ROBERT GRAVES



EL VELLOCINO DE ORO

«El vellocino de oro» es una historia legendaria, que desde hace miles de años ha incendiado la imaginación de quien la lee o escucha. Sucesión de fantásticas peripecias en la que se narra la venturosa expedición de los Argonautas en busca de una extraordinaria piel de carnero, esta obra se basa en un viaje supuestamente realizado en 1225 a.C. A bordo de la nave «Argo», que parte de las costas de Farsalia, la tripulación está capitaneada por Jasón e integrada por los más atractivos personajes de la mitología: Hércules, Orfeo, Atalanta de Calidón, Meleagro, Cástor, Pólux, Linceo, Autólico, Peleo, Mopso y Nauplio, entre otros.

Lectulandia

Robert Graves

El vellocino de oro

ePub r1.0
Hechadelluvia 26.10.13

Título original: *The Golden Fleece*
Robert Graves, 1944
Traducción: Lucía Graves

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.0

Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado: «¡Loado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

PREFACIO

Por regla general los mitos antiguos no ofrecen una historia sencilla y coherente, y por ello nadie debe extrañarse si algunos detalles de intención no concuerdan con los de cada poeta e historiador.

Diodoro Sículo, Libro IV, 44: 5, 6.

INVOCACIÓN

Anceo, pequeño Anceo, héroe oracular, último superviviente (según dicen) de todos los Argonautas que navegaron a Cólquide con Jasón en busca del vellocino de oro, háblanos a nosotros, visitantes; habla claramente desde tu rocosa tumba junto a la fuente de la diosa, en la fresca Deia hespérida. Primero cuéntanos cómo llegaste allí, tan lejos de tu hogar en la florida Samos; y luego, si te place, revélanos la historia completa de aquel famoso viaje, empezando por el principio de todo. ¡Vamos, derramaremos libaciones de aguamiel para endulzar tu garganta! Pero recuerda, ¡nada de mentiras! Los muertos sólo pueden decir la verdad, incluso cuando la verdad los desacredita.

ANCEO EN LA HUERTA DE LAS NARANJAS

Una tarde de verano, al anochecer, Anceo el lélege, el de la florida Samos, fue abandonado en la costa arenosa del sur de Mallorca, la mayor de las islas Hespérides o, como las llaman algunos, las islas de los Honderos o las islas de los Hombres Desnudos. Estas islas quedan muy cerca unas de otras y están situadas en el extremo occidental del mar, a sólo un día de navegación de España cuando sopla un viento favorable. Los isleños, asombrados por su aspecto, se abstuvieron de darle muerte y le condujeron, con manifiesto desprecio por sus sandalias griegas, su corta túnica manchada por el viaje y su pesada capa de marinero, ante la gran sacerdotisa y gobernadora de Mallorca que vivía en la cueva del Drach, la entrada a los infiernos más distante de Grecia, de las muchas que existen.

Como en aquellos momentos estaba absorta en cierto trabajo de adivinación, la gran sacerdotisa envió a Anceo al otro lado de la isla para que lo juzgara y dispusiera de él su hija, la ninfa de la sagrada huerta de naranjos en Deia. Fue escoltado a través de la llanura y de las montañas escarpadas por un grupo de hombres desnudos, pertenecientes a la hermandad de la Cabra; pero por orden de la gran sacerdotisa, éstos se abstuvieron de conversar con él durante el camino. No se detuvieron ni un instante en su viaje, a paso ligero, excepto para postrarse ante un enorme monumento de piedra que se hallaba al borde del camino y donde, de niños, habían sido iniciados en los ritos de su hermandad. En tres ocasiones llegaron a la confluencia de tres caminos y las tres veces dieron una gran vuelta para no acercarse al matorral triangular rodeado de piedras. Anceo se alegró al ver cómo se respetaba a la Triple Diosa, a quien están consagrados estos recintos.

Cuando por fin llegó a Deia, muy fatigado y con los pies doloridos, Anceo encontró a la ninfa de las Naranjas sentada muy erguida sobre una piedra, cerca de un manantial caudaloso que brotaba con fuerza de la roca de granito y regaba la huerta. Aquí la montaña, cubierta por una espesura de olivos silvestres y encinas, descendía bruscamente hacia el mar, quinientos pies más abajo, salpicado aquel día hasta la línea del horizonte por pequeñas manchas de bruma que parecían ovejas paciendo.

Cuando la ninfa se dirigió a él, Anceo respondió con reverencia, utilizando la lengua pelasga y manteniendo la mirada fija en el suelo. Todas las sacerdotisas de la Triple Diosa poseen la facultad de echar el mal de ojo que, como bien sabía Anceo, puede convertir el espíritu de un hombre en agua y su cuerpo en piedra, y puede debilitar a cualquier animal que se cruza en su camino, hasta causarle la muerte. Las serpientes oraculares que cuidan estas sacerdotisas tienen el mismo poder terrible sobre pájaros, ratones y conejos. Anceo también sabía que no debía decirle nada a la ninfa excepto en respuesta a sus preguntas, y aun entonces hablar con la mayor

brevedad y en el tono más humilde posible.

La ninfa mandó retirarse a los hombres-cabra y éstos se apartaron un poco, sentándose todos en fila al borde de una roca hasta que volviera a llamarlos. Eran gentes tranquilas y sencillas, con ojos azules y piernas cortas y musculosas. En lugar de abrigar sus cuerpos con ropas los untaban con el jugo de lentisco mezclado con grasa de cerdo. Cada uno llevaba colgado a un lado del cuerpo un zurrón de piel de cabra lleno de piedras pulidas por el mar; en la mano llevaban una honda, otra enrollada en la cabeza y una más que les servía de taparrabo. Suponían que pronto la ninfa les ordenaría que acabasen con el forastero, y ya debatían amistosamente entre sí quién iba a tirar la primera piedra, quién la segunda, y si iban a permitirle salir con ventaja para darle caza montaña abajo o iban a hacerle pedazos cuando se acercara a ellos, apuntando cada uno a una parte distinta de su cuerpo.

La huerta de naranjos contenía cincuenta árboles y rodeaba un santuario de roca habitado por una serpiente de tamaño descomunal que las otras ninfas, las cincuenta Hespérides, alimentaban diariamente con una fina pasta hecha de harina de cebada y leche de cabra. El santuario estaba consagrado a un antiguo héroe que había traído la naranja a Mallorca desde algún país en las lejanas riberas del océano. Su nombre había quedado olvidado y se referían a él simplemente como «el Benefactor»; la serpiente se llamaba igual que él porque había sido engendrada de su médula y su espíritu le daba vida. La naranja es una fruta redonda y perfumada, desconocida en el resto del mundo civilizado, que al crecer es primero verde, después dorada y tiene una corteza caliente y la pulpa fresca, dulce y firme. Crece en un árbol de tronco liso, con hojas brillantes y ramas espinosas, y madura en pleno invierno, al revés de los demás frutos. No se come cualquier día en Mallorca, sino sólo una vez al año, en el solsticio de invierno, después de la ritual masticación de ladierno y de otras hierbas purgantes; si se come de esta forma la naranja concede una larga vida, pero es un fruto tan sagrado que en cualquier otro momento basta con catarla para que sobrevenga la muerte inmediata, a no ser que la propia ninfa de las Naranjas la administre.

En éstas islas, gracias a la naranja, tanto los hombres como las mujeres viven tanto tiempo como desean; por regla general sólo deciden morir cuando se dan cuenta de que están convirtiéndose en una carga para sus amigos, por la lentitud de sus movimientos o la insipidez de su conversación. Entonces, por cortesía, se marchan sin despedirse de sus seres queridos ni crear ningún alboroto en la cueva pues todos viven en cuevas escabulléndose sin decir nada, y se arrojan de cabeza desde una roca, complaciendo de este modo a la diosa quien aborrece toda queja y dolor innecesarios y premia a estos suicidas con funerales distinguidos y alegres.

La ninfa de las Naranjas era alta y hermosa. Llevaba una falda acampanada y con volantes al estilo cretense, de un tejido teñido del color de la naranja con tintura de

brezo, y por arriba, como prenda única, llevaba puesto un chaleco verde de manga corta sin abrochar delante, mostrando así la esplendidez y la plenitud de sus senos. Los símbolos de su cargo eran un cinturón formado por innumerables piezas de oro eslabonadas en forma de serpiente con ojos de piedras preciosas, un collar de naranjas verdes secas, y una cofia alta bordada con perlas y coronada con el disco de oro de la luna llena. Había dado a luz a cuatro hermosas niñas, de las cuales la más pequeña la sucedería un día en su cargo, al igual que ella, que era la menor de sus hermanas, sucedería un día a su madre, la gran sacerdotisa en Drach. Estas cuatro niñas, como aun no tenían edad suficiente para ser ninfas, eran doncellas cazadoras, muy diestras en el manejo de la honda, y salían con los hombres para darles buena suerte en la caza. La doncella, la ninfa y la madre forman la eterna trinidad en la isla, y la diosa, a quien se venera allí en cada uno de estos aspectos, representados por la luna nueva, la luna llena y la luna menguante, es la deidad soberana. Es ella la que infunde la fertilidad en aquellos árboles y plantas de los que depende la vida humana. ¿No es acaso bien sabido que todo lo verde brota mientras la lumia crece y deja de crecer mientras la luna mengua, y que sólo la caliente y rebelde cebolla no obedece sus fases mensuales? Sin embargo, el sol, su hijo varón, que nace y muere cada año, la asiste con sus cálidas emanaciones. Ésta era la razón por la que el único hijo varón parido por la ninfa de las Naranjas, puesto que era la encarnación del sol, había sido sacrificado a la diosa, según la costumbre, mezclándose seguidamente los trozos despedazados de su carne con la semilla de la cebada para asegurar una abundante cosecha.

A la ninfa le sorprendió descubrir que la lengua pelasga que hablaba Anceo se parecía mucho a la de las islas. Pero aunque se alegró de poderle interrogar sin verse obligada a recurrir a la pesada tarea de hacer gestos y de trazar dibujos sobre la arcilla con una varita, por otra parte se sintió un poco preocupada al pensar que quizás Anceo había estado conversando con los hombres-cabra sobre asuntos que tanto ella como su madre tenían por norma que ellos desconociesen. Lo primero que le preguntó fue:

—¿Eres cretense?

—No, sagrada ninfa —contestó Anceo—; soy pelasgo, de la isla de Samos en el mar Egeo, y por lo tanto no soy más que primo de los cretenses. Pero mis señores son griegos.

—Eres un viejo y feo despojo humano —dijo ella.

—Perdóname, sagrada ninfa —le contestó—. He llevado una vida muy dura.

Cuando le preguntó por qué lo habían abandonado en la costa de Mallorca, respondió que había sido desterrado de Samos por su obstinada observancia del antiguo ritual de la diosa —pues últimamente los samios habían introducido el nuevo ritual olímpico que ofendía su alma religiosa y él, sabiendo que en Mallorca se

veneraba a la diosa con inocencia, primitiva, le había pedido al capitán del barco que lo desembarcara allí.

—Es curioso —observó la ninfa—. Tu historia me recuerda la de un campeón llamado Hércules que visitó nuestra isla hace muchos años cuando mi madre era la ninfa de este huerto. No puedo contarte los pormenores de su historia, porque mi madre no gustaba de hablar de ella durante mi infancia, pero eso si que me consta: Hércules fue enviado por su señor, el rey Euristeo de Micenas (dondequiera que esté Micenas) a recorrer el mundo para realizar una serie de trabajos que a primera vista parecían imposibles y todo, según dijo, por su obstinada devoción hacia los antiguos rituales de la diosa. Llegó en canoa y desembarcó en la isla, anunciando con sorprendente osadía que había venido en nombre de la diosa a recoger un cesto de naranjas sagradas de esta huerta. Era un hombre-león y por este motivo llamaba mucho la atención en Mallorca, donde no tenemos ninguna hermandad del León ni entre los hombres ni entre las mujeres, y además estaba dotado de una fuerza colosal y de un prodigioso apetito por la comida, la bebida y los placeres del amor. Mi madre se encaprichó con él y le dio las naranjas generosamente, y además lo honró haciéndole su compañero durante la siembra de primavera. ¿Has oído hablar del tal Hércules?

—En una ocasión fui compañero suyo de navío, si os referís a Hércules de Tirinto —respondió Anceo—. Eso fue cuando navegué a los Establos del Sol, a bordo del famoso Argo, y siento deciros que el muy canalla seguramente engañó a vuestra madre. No tenía ningún derecho a pedirle la fruta en nombre de la diosa, pues la diosa le odiaba.

A la ninfa le divirtió su vehemencia y le aseguró que había quedado satisfecha de sus credenciales y que podía levantar los ojos y mirarle a la cara y hablar con ella con un poquito más de familiaridad, si lo deseaba. Pero tuvo cuidado de no ofrecerle la protección formal de la diosa. Le preguntó a qué hermandad pertenecía y él respondió que era un hombre-delfín.

—Ah —exclamó la ninfa—. Cuando me iniciaron en los ritos de las ninfas por primera vez y me dejé acompañar por hombres en el surco abierto después de la siembra, fue con nueve hombres-delfín. El que elegí como preferido se convirtió en campeón solar, o rey de la guerra, para el año siguiente, según nuestras costumbres. Nuestros delfines forman una hermandad pequeña y muy antigua y se distinguen por su talento musical que supera incluso al de los hombres-foca.

—El delfín responde a la música de forma encantadora —asintió Anceo.

—Sin embargo —continuó la ninfa—, cuando di a luz, no tuve una niña, a la que hubiera conservado, sino un niño; y a su debido tiempo mi hijo regresó despedazado, al surco del cual había salido. La diosa se llevó lo que había dado. Desde entonces no me he atrevido a dejarme acompañar por ningún hombre-delfín, pues considero que

esta sociedad me trae mala suerte. A ningún hijo varón de nuestra familia se le permite vivir más allá de la segunda siembra.

Anceo tuvo el valor de preguntar:

—¿Es que ninguna ninfa o sacerdotisa (ya que las sacerdotisas tienen tanto poder en esta isla) ha intentado jamás entregarle su propio hijo varón, en secreto, a una madre adoptiva, criando a la hija de esta madre en su lugar, para que ambas criaturas puedan sobrevivir?

—Puede que en tu isla se practiquen trucos de esta clase, Anceo —le respondió severamente la ninfa—, pero en la nuestra no. Aquí ninguna mujer engaña jamás a la Triple Diosa.

—Naturalmente, sagrada ninfa —respondió Anceo—. Nadie puede engañar a la diosa.

Pero volvió a preguntar:

—¿No es quizás vuestra costumbre, si una ninfa real siente un afecto fuera de lo común por su hijo varón, sacrificar en su lugar un becerro o un cabrito, envolviéndolo en las ropas del pequeño y poniéndole sandalias en los pies? En mi isla se supone que la diosa cierra los ojos ante tales sustituciones y que luego los campos rinden con la misma abundancia. Es únicamente después de una mala estación, cuando el grano se agosta o no crece, que se sacrifica a un niño en la siguiente siembra. Y aun así, siempre es un niño de padres pobres, no de estirpe real.

La ninfa volvió a responder con el mismo tono severo:

—En nuestra isla no. Aquí ninguna mujer se burla jamás de la Triple Diosa. Por eso prosperamos. Ésta es la isla de la inocencia y de la calma.

Anceo asintió, diciendo que desde luego era la isla más agradable de los cientos que había visitado en sus viajes, sin exceptuar la suya, Samos, llamada Isla Florida.

—Estoy dispuesta a escuchar tu relato —dijo entonces la ninfa—, sí no es aburrido. ¿Cómo es que tus primos, los cretenses, han dejado de visitar estas islas como hacían antaño, en tiempos de mi bisabuela, conversando con nosotros con buenas maneras en un lenguaje que, aunque no era el nuestro, podíamos entender muy bien? ¿Quiénes son estos griegos, tus señores, que vienen en los mismos barcos que en un tiempo usaron los cretenses? Vienen a vender las mismas mercancías —jarrones, aceite de oliva, tinturas, joyas, lino, muelas de esmeril y excelentes armas de bronce—, pero utilizan el carnero en lugar del toro como mascarón de proa y hablan en una lengua ininteligible y regatean con unos modales groseros y amenazantes, y miran impúdicamente a las mujeres y roban cualquier pequeño objeto que encuentran en su camino. No nos gusta nada comerciar con ellos y muchas veces les hacemos marchar con las manos vacías, rompiéndoles los dientes con los tiros de nuestras hondas y abollando sus cascos de metal con piedras grandes.

Anceo explicó que la tierra al norte de Creta, que en un tiempo había sido

conocida por Pelasgia, se llamaba ahora Grecia en honor de sus nuevos señores. La habitaba una población notablemente mixta. Los pobladores más antiguos eran los pelasgos terrestres quienes, según se cuenta, habían salido de los dientes desparramados de la serpiente Ofión cuando la Triple Diosa la había despedazado. A estos pobladores se unieron primero los colonos cretenses de Cnosos, luego los colonos henetes de Asia Menor, mezclados con los etíopes de Egipto, cuyo poderoso rey Pélope dio su nombre a la parte sur de estas tierras, el Peloponeso, y construyó ciudades con enormes murallas de piedras y tumbas de mármol blanco en forma de colmena como las chozas africanas; y finalmente los griegos, un pueblo bárbaro dedicado al pastoreo, procedentes del norte, más allá del río Danubio, que bajaron a través de Tesalia en tres invasiones sucesivas y acabaron tomando posesión de todas las fuertes ciudades peloponesas. Estos griegos gobernaron a las otras gentes de forma insolente y arbitraria. Y por desgracia, sagrada ninfa —dijo Anceo—, nuestros señores adoran al Triple Dios como deidad soberana y odian en secreto a la Triple Diosa.

La ninfa se preguntó si no habría entendido mal sus palabras.

—Y ¿quién podría ser el dios padre? —preguntó—. ¿Cómo es posible que una tribu adore a un padre? ¿Qué es un padre sino el instrumento que una mujer utiliza de vez en cuando para su placer y para poderse convertir en madre?

Empezó a reír con desdén y exclamó:

—Por el Benefactor, juro que esta historia es la más absurda que jamás he oído. ¡Padres, nada menos! Supongo que estos padres griegos amamantan a sus hijos y siembran la cebada y cabrahigan las higueras y dictan las leyes y, en una palabra, realizan todas las demás tareas de responsabilidad propias de la mujer, ¿no?

Estaba tan irritada que dio unos golpecitos con el pie sobre una piedra y la cara se le oscureció con el calor de su sangre.

Al advertir su irritación cada uno de los hombres-cabra tomó silenciosamente una piedrecita de su zurrón y la colocó en la tira de cuero de su honda. Pero Anceo respondió en tono apacible y suave, bajando de nuevo la mirada. Comentó que en este mundo había muchas costumbres extrañas y muchas tribus que a los ojos de otros parecían estar dementes.

—Me gustaría mostraros los mosinos de la costa del mar Negro, sagrada ninfa —le dijo—, con sus castillos de madera y sus niños tatuados que son increíblemente gordos y se alimentan de tortas de castañas. Viven junto a las amazonas que son tan raras como ellos… Y en cuanto a los griegos, su razonamiento es el siguiente: ya que las mujeres dependen de los hombres para su maternidad —pues no les basta el viento para llenar de nueva vida sus matrices, como ocurre con las yeguas ibéricas—, los hombres son, en consecuencia, más importantes que ellas.

—Pero es un razonamiento de locos —exclamó la ninfa—. Es como si

pretendieras que esta astilla de pino es más importante que yo misma porque la utilizo para mondarme los dientes. La mujer, y no el hombre, es siempre la principal: ella es el agente, él siempre el instrumento. Ella da las órdenes, él obedece. ¿No es acaso la mujer quien elige al hombre y le vence con la dulzura de su presencia, y le ordena que se acueste boca arriba en el surco y allí, cabalgando sobre él, como sobre un potro salvaje domado a su voluntad, toma de él su placer y cuando ha terminado le deja tumbado como un hombre muerto? ¿No es la mujer quien gobierna en la cueva, y si cualquiera de sus amantes la enoja por su malhumor o su pereza le amonesta tres veces consecutivas para que coja todas sus cosas y se marche al alojamiento de su hermandad?

—Con los griegos —dijo Anceo y con voz apagada apresuradamente la costumbre es exactamente la contraria. Cada hombre elige a la mujer que desea convertir en la madre de su hijo (pues así le llama), la venció con la fuerza de sus deseos y le ordena que se acueste boca arriba en el lugar que más le convenga y entonces, montándose, toma de ella su placer. En la casa es él el amo, y si la mujer le enoja por su forma de importunarle o por su comportamiento obsceno, la golpea con la mano; y si con esto no consigue que cambie su conducta, la manda a casa de su padre con todas las cosas que ha traído consigo y da sus hijos a una esclava para que se los críe. Pero, sagrada ninfa, no os enfadéis, ¡os lo ruego por la diosa! Yo soy pelasgo, detesto a los griegos y sus costumbres y únicamente estoy obedeciendo vuestras instrucciones, como es mi deber, al contestaros a estas preguntas.

La ninfa se contentó con decir que los griegos debían ser las personas más impías y más asquerosas del mundo, peor aun que los monos africanos —sí, en efecto, Anceo no se estaba burlando de ella—. Volvió a interrogarle acerca de la siembra de la cebada y la cabrahigadura de las higueras: ¿cómo se las arreglaban los hombres para obtener pan o higos sin la intervención de la diosa?

—Sagrada ninfa —respondió Anceo—: cuando los griegos se instalaron por primera vez en Pelasgia eran un pueblo de pastores, que sólo se alimentaba de carne asada, queso, leche, miel y ensaladas silvestres. Por consiguiente, nada sabían acerca del ritual de la siembra de la cebada ni del cultivo de ninguna fruta.

—Estos griegos dementes —dijo ella, interrumpiéndole—, supongo entonces que bajaron del norte sin sus mujeres, como hacen los zánganos, que son los padres ociosos entre las abejas, cuando se marchan de la colmena y forman una colonia aparte, separados de su abeja reina, y con inmundicias en lugar de miel, ¿no es así?

—No —dijo Anceo—. Trajeron consigo a sus propias mujeres, pero estas mujeres estaban acostumbradas a lo que a ti te parecerá una forma de vida indecente y vuelta del revés. Cuidaban del ganado, y los hombres las vendían y las compraban como si ellas también fueran ganado.

—Me niego a creer que los hombres puedan comprar o vender mujeres —

exclamó la ninfa—. Es evidente que te han informado mal sobre este punto. Pero, dime, ¿continuaron durante mucho tiempo estos sucios griegos con esta forma de vida, una vez instalados en Pelasgia?

—Las primeras dos tribus invasoras, los jonios y los eolios —contestó Anceo—, que llevaban armas de bronce, no tardaron en rendirse ante el poderío de la diosa al ver que ella consentía en adoptar a sus dioses varones como hijos suyos. Renunciaron a muchas de sus bárbaras costumbres y cuando, poco después, les persuadieron de comer el pan cocido por los pelasgos y descubrieron que tenía un sabor agradable y propiedades sagradas, uno de ellos, llamado Triptólemo, le pidió permiso a la diosa para poder sembrar él mismo la cebada, pues estaba convencido de que los hombres podrían hacerlo con casi tanto éxito como las mujeres. Dijo que deseaba, si es que era posible, evitarles a las mujeres un trabajo y una preocupación innecesarios, y la diosa, indulgente, consintió.

La ninfa se rió hasta que las laderas de la montaña devolvieron el eco de su risa, y desde su roca los hombres-cabra corearon sus carcajadas, revolcándose de alegría, aunque no tenían la menor idea de por qué se estaba riendo.

—¡Qué estupenda cosecha debió de recoger este tal Triptólemo! —le dijo a Anceo—. ¡Todo serían amapolas, beleño y cardos!

Anceo tuvo la suficiente prudencia como para no contradecirla. Empezó a hablarle de la tercera tribu de los griegos, los aqueos, cuyas armas eran de hierro, y de su insolente comportamiento ante la diosa y de cómo instituyeron la familia divina del Olimpo; pero observó que ella no le escuchaba y desistió.

—Vamos a ver, Anceo —le dijo en tono burlón—. Dime, ¿cómo se determinan los clanes entre los griegos? Supongo que no me irás a decir que son clanes masculinos en lugar de femeninos y que determinan las generaciones a través de los padres en lugar de las madres, ¿verdad?

Anceo asintió lentamente con la cabeza, como si se viera forzado a admitir un absurdo gracias a la astucia del interrogatorio de la ninfa.

—Sí —dijo—, desde la llegada de los aqueos de las armas de hierro, que ocurrió hace muchos años, los clanes masculinos han sustituido a los femeninos en la mayor parte de Grecia. Los jonios y los eolios ya habían introducido grandes innovaciones, pero la llegada de los aqueos lo volvió todo del revés. Los jonios y los eolios, ya por aquel entonces, habían aprendido a calcular la descendencia a través de la madre, pero para los aqueos la paternidad era, y sigue siendo, lo único que tienen en cuenta al determinar su genealogía, y últimamente han conseguido que la mayoría de los eolios y algunos jonios adopten su punto de vista.

—No, no, ¡eso es manifiestamente absurdo! —exclamó la ninfa—. Aunque es claro e indiscutible, por ejemplo, que la pequeña Kore es mi hija, ya que la partera la extrajo de mi cuerpo, ¿cómo puede saberse con certeza quién fue el padre? Pues la

fecundación no proviene necesariamente del primer hombre a quien yo gozo en nuestras sagradas orgías. Puede provenir del primero o del noveno.

—Los griegos intentan resolver esta incertidumbre —dijo Anceo haciendo que cada hombre elija lo que llaman una esposa. Una mujer a quien le está prohibido tener por compañero a nadie que no sea él. Entonces, si ella concibe, no puede discutirse la paternidad.

La ninfa le miró de hito en hito y le dijo:

—Tienes una respuesta para todo. Pero ¿acaso esperas que me crea que se puede gobernar y guardar hasta tal punto a las mujeres que se les impida disfrutar de cualquier hombre que les apetezca? Imagínate que una mujer joven se convirtiera en la esposa de un hombre viejo, feo y desfigurado como tú. ¿Cómo podría ella consentir jamás en ser su compañera?

Anceo sostuvo su mirada y le respondió:

—Los griegos profesan que pueden controlar así a sus esposas. Pero admito que muchas veces no lo consiguen, y que a veces una mujer tiene relaciones secretas con un hombre de quien no es la esposa. Entonces su esposo se pone celoso e intenta matarlos a los dos, a su esposa y a su amante, y si los dos hombres son reyes, llevan a sus pueblos a la guerra y sobreviene gran derramamiento de sangre.

—Eso no lo pongo en duda —dijo la ninfa—. En primer lugar no deberían decir mentiras, ni luego emprender lo que no son capaces de realizar, dando así lugar a los celos. A menudo me he dado cuenta de que los hombres son absurdamente celosos: es más, después de su falta de honestidad y su charlatanería, diría que es su principal característica. Pero cuéntame, ¿qué les ocurrió a los cretenses?

—Fueron vencidos por Teseo el griego, a quien ayudó a conseguir la victoria un tal Dédalo, famoso artesano e inventor —dijo Anceo.

—¿Qué fue lo que inventó? —preguntó la ninfa.

—Entre otras cosas —contestó Anceo—, construyó toros de metal que braman artificialmente cuando se encendía un fuego bajo sus vientres; también estatuas de madera de la diosa que parecían de carne y hueso pues las extremidades articuladas podían moverse en cualquier dirección, como si fuese un milagro, y, además, los ojos podían abrirse o cerrarse tirando de un cordón oculto.

—¿Aun vive este Dédalo? —preguntó la ninfa—. Me gustaría conocerlo.

—Por desgracia ya no —contestó Anceo—. Todos estos acontecimientos ocurrieron mucho antes de mis tiempos.

Ella insistió:

—Pero ¿verdad que me podrás decir cómo estaban hechas las articulaciones de las estatuas para que las extremidades pudieran moverse en cualquier dirección?

—Sin duda debían girar en un hueco esférico —dijo él, doblando su puño derecho y girándolo en el hueco formado por los dedos de la mano izquierda para que

comprendiera en seguida lo que quería decir—. Pues Dédalo inventó la articulación esférica. En todo caso, gracias a un invento de Dédalo quedó destruida la flota de los cretenses, y por esto ya no son ellos quienes visitan vuestra isla, sino únicamente los griegos y algún que otro pelasgo, tracio o frigio.

—La madre de mi madre me contó —dijo la ninfa que, aunque los cretenses adoraban a la diosa con casi tanta reverencia como nosotros, su religión difería de la nuestra en muchos aspectos. Por ejemplo, la gran sacerdotisa no elegía a un campeón solar sólo para un año. El hombre que ella elegía reinaba algunas veces durante nueve años o más, negándose a dimitir de su cargo porque alegaba que la experiencia trae consigo la sagacidad. Le llamaban el sacerdote de Minos, o el rey Toro, pues la hermandad del Toro se había convertido en la hermandad suprema de aquella isla. Los hombres-ciervo, los hombres-caballo y los hombres-carnero jamás se atrevieron a luchar por obtener el trono de la guerra, y la gran sacerdotisa solamente se dejaba acompañar por hombres-toro. Aquí mi madre y yo distribuimos nuestros favores por igual entre todas las hermandades. No es prudente dejar que una sola hermandad obtenga la supremacía, ni dejar que un rey reine más de dos o tres años a lo sumo; los hombres se dejan llevar fácilmente por la insolencia si no se les mantiene en el lugar que les corresponde, y entonces se creen ser casi iguales a las mujeres. Con la insolencia se destruyen a sí mismos y para colmo hacen enojar a las mujeres. Sin duda alguna esto fue lo que debió de ocurrir en Creta.

Mientras aun conversaban, hizo una señal secreta a los hombres-cabra para que se llevaran a Anceo fuera de su vista y después le dieran caza hasta matarlo con sus hondas. Pues decidió que a un hombre que podía contar historias tan perturbadoras e indecentes no se le podía permitir seguir con vida en la isla, ni siquiera un momento más, ahora que ya le había contado lo que quería saber sobre la forma de articular las estatuas de madera. Temía el daño que podría ocasionar si inquietaba las mentes de los hombres. Además era un viejo encorvado, calvo y feo, un exiliado, y un hombre-delfín que no le traería buena suerte a la huerta.

Los hombres-cabra se postraron en reverencia ante la ninfa de las Naranjas y luego, incorporándose, obedecieron sus órdenes con alegría. La persecución no fue larga.

1. LA TOSTADURA DE LA CEBADA

Cuando el primer grupo de invasores griegos, la tribu jonia, bajó desde la parte alta del Danubio atravesando Istria e Iliria y entró por fin en Tesalia, todos los nativos, tales como los sátiros, los lapitas, los eticmos, los flégicos y los centauros, se refugiaron en las espesuras de sus milontes. Los invasores, que eran muy numerosos, trajeron consigo a sus propios dioses y todos los instrumentos sagrados de su culto. Los centauros, los habitantes aborígenes del monte Pelión, observaron cómo avanzaban lentamente, con sus rebaños y manadas, hacia la llanura de Págasas, situada al oeste, donde permanecieron varios días; pero entonces, atraídos por informes de que existían pastos aun más ricos en dirección sur, los jonios reanudaron su viaje hacia la fortaleza de Ptía y se perdieron de vista. En Yolco, cerca de la falda del Pelión, se hallaba un antiguo colegio de ninfas de los Peces, cuya gran sacerdotisa legislaba en materias sagradas para todo el territorio de Ptiótide. Las ninfas no huyeron al aproximarse los jonios: se limitaron a hacerles muecas gorgóneas, silbándoles y sacándoles la lengua; los jonios pasaron de largo prudentemente y se dirigieron a Beocia.

En Pelasgia, como se llamaba entonces Grecia, los jonios se encontraron con una raza hospitalaria compuesta por los pelasgos nativos mezclados con colonos henetes, cretenses y egipcios, todos los cuales adoraban a la Triple Diosa Lunar bajo un nombre u otro. Los enviados que procedentes de Micenas, Argos, Tirinto y otras ciudades llegaron al santuario venerable de la diosa, recibieron de ella órdenes de dar una buena acogida a los jonios, pero de imponerles la estricta condición de respetar las costumbres religiosas reinantes en sus dominios. Los jonios quedaron impresionados por la cortesía y el porte firme de los enviados y asimismo por las colosales murallas de las ciudades de las cuales procedían. Como no les seducía en absoluto la idea de volver a Tesalia y, por otro lado, no tenían esperanzas de conquista, tuvieron la sensatez de permitir que sus dioses se sometieran a la diosa y se convirtieran en sus hijos adoptivos. El primer jefe jonio que recomendó esta sumisión se llamaba Minia y desde entonces la diosa le favoreció más que a ningún otro; su padre, Crises, había fundado el poblado de Eea en la isla del mismo nombre situada frente a Pola, en el extremo norte del Adriático. Cuando murió Minia, la diosa le concedió el título de héroe y ordenó a cincuenta ninfas que cuidaran de su enorme sepulcro blanco en la ciudad Beocia de Orcómeno, junto al lago Copais, y que se encargaran de la legislación sagrada para todo aquel territorio. Estas ninfas no se casaban, sino que tomaban amantes en días de fiesta, al estilo pelasgo. Cécrope, el egipcio, había ya introducido en Ática la institución del matrimonio y la diosa había admitido esta innovación siempre que se practicara sin faltarle al respeto a ella y sin

perjudicar a su pueblo pelasgo; los jonios también practicaban el matrimonio, pero cuando vieron que los nativos más honorables consideraban indecente esta costumbre, la mayoría se sintieron avergonzados y la abandonaron.

Poco después se produjo otra invasión griega, esta vez de la tribu eolia, cuyas gentes eran más vigorosas que los jonios y llegaron atravesando la comarca de Tracia. Pasaron por Yolco, sin detenerse, como habían hecho los jonios, pero tomaron la ciudad Beocia de Orcómeno, que encontraron desguarnecida con ocasión de un festival. Sus jefes obtuvieron el derecho a ser considerados guardianes militares del territorio; esto lo consiguieron persuadiendo a las ninfas del sepulcro de Minia a aceptarlos por esposos, y en adelante se hicieron llamar minias. Constituyeron la aristocracia de aquella parte de Grecia, pero no les fue posible adentrarse en el Ática o en el Peloponeso, porque Cadmea, la ciudadela de Tebas, les cerraba el paso. A Eolo, su gran antepasado, también le fue concedido el título de héroe, y desde la cueva, o grieta en la tierra, donde estaban sepultados sus huesos, tenía la gentileza de enviar vientos de cola de serpiente a petición de sus visitantes. La Triple Diosa había delegado en él este poder sobre los vientos. Cuando Teseo, el rey de la Atenas jónica, construyó secretamente una flota y saqueó Cnosos, en Creta, también los minias se hicieron a la mar. Armaron cien barcos o más y se reunieron cerca de Aulide, en las playas protegidas del golfo de Eubea. Teseo, antes que enzarzarse en una guerra naval, prefirió hacer un pacto con ellos, mediante el cual los dos estados compartirían pacíficamente el comercio que les había sido arrebatado a los cretenses y ejercían una acción conjunta contra los piratas. Los atenienses comerciaban con el sur y con el este, con las ciudades de Egipto, África, Fenicia y Asia Menor, y con la ciudad frigia de Troya, el mejor mercado del lejano oriente: los minias comerciaban con Tesalia y Tracia en el norte, y con Sicilia, Corfú, Italia y las Galias en el oeste. Por razones de conveniencia para su comercio con occidente, los minias estacionaron parte de su flota en Pilos la Arenosa, un enclave suyo en el lado oeste del Peloponeso, evitando así el difícil paso del cabo Malea. Los vientos que enviaba Eolo y que las ninfas del sepulcro sabían guardar en vejigas de cerdo, resultaban de gran utilidad para los capitanes de las naves minias.

Los minias se enriquecieron, y al principio disfrutaron de su reino sin perturbación alguna, principalmente porque hicieron todo lo posible por complacer a la diosa. Su dios del Cielo llamado Dio, a quien adoraban en el monte Lafistio bajo la forma de carnero, era reconocido por ellos públicamente como hijo de la Diosa Madre. Ella le impuso el nuevo nombre de Zagreo, o Zeus, en memoria del hijo que, según se decía, paría todos los años en prueba de su fertilidad en la cueva de Dicte, en Creta, pero que era sacrificado cada año por el bien de los campos. A partir de entonces este sacrificio dejó de practicarse y Zeus disfrutó de los privilegios de una deidad adulta. Aunque en algunas cuestiones se le concedió prioridad sobre la Diosa

Ninfa y la Diosa Doncella, las dos hijas de la Diosa Madre, ésta continuó siendo la deidad soberana.

El siguiente acontecimiento en la historia de los minias que tiene relación con esta historia argonáutica, fue que ampliaron su reino hasta el golfo de Págasas, y en el norte hasta Larisa, en Tesalia. Atamante, un rey minia muy altivo, invitó a Ino, la gran sacerdotisa del colegio en Yolco, a que celebrase matrimonio con él y que sus ninfas lo hicieran simultáneamente con sus jefes. Ino no podía permitirse rechazar la propuesta de matrimonio de Atamante, un hombre alto, rubio y apuesto, porque traía espléndidos regalos tanto para ella como para las demás mujeres, y porque los minias eran mucho más numerosos y estaban mejor armados que su propio pueblo de Ptiótide. Sin embargo, si daba su consentimiento estaría infringiendo los derechos de los centauros del Pelión, pues los centauros de la hermandad del Caballo siempre habían sido los amantes elegidos por las ninfas de los Peces en Yolco, al igual que las ninfas de los torcecuellos del colegio centauro que cuidaban del sepulcro del héroe Ixión únicamente tomaban amantes de la hermandad del Leopardo de los magnesios. Ino consultó con la diosa, preguntándole si ella y sus ninfas debían dar muerte a sus esposos en la noche de bodas, como habían hecho las Danaides de Argos hacía mucho tiempo, en circunstancias similares, o si debían matarse a si mismas arrojándose al mar, como habían hecho los Palántidas de Atenas. O si no, ¿qué otras órdenes tenía para ellas la diosa? La diosa le respondió en un sueño: «Sírveles vino puro a los hombres-caballo y deja el resto en mis manos». La boda se celebró con gran esplendor y, a instancias de Ino, los hombres-caballo fueron invitados a bajar de sus cuevas en las montañas y unirse a la fiesta. Cuando llegaron, se les sirvieron copas rebosantes de vino de Lemnos. Los centauros honran a un héroe tesalio llamado Sabacío, el inventor de la cerveza de cebada, su bebida ritual, que, cuando se toma, produce al principio gran jovialidad y después deja sumidos a los fieles en un profundo sueño. Supusieron que ese licor desconocido, el vino, era algún tipo de cerveza, porque tenía un color de oro pálido, aunque el aroma era más fuerte que el de la cerveza y no era necesario beberlo con pajas al carecer de aquella malta espesa que flota en la superficie. De un trago se bebieron el vino, sin sospechar nada, exclamando: «¡lo, Sabacío, lo, lo!». Descubrieron que tenía un sabor dulce, y pidieron más. Pero en lugar de provocarles sueño, el vino no tardó en inflamarles y empezaron a corcovear descontroladamente, haciendo girar los ojos y relinchando de lujuria. Las ninfas de los Peces sintieron lástima por ellos y pronto dejaron a los sobrios minias, quienes habían mezclado su vino con cuatro partes de agua, y salieron precipitadamente hacia los bosques donde ofrecieron su compañía amorosa a los centauros.

Este comportamiento caprichoso enojó a los esposos minias, quienes persiguieron a sus esposas y mataron a una docena de centauros con sus espadas de bronce. Al día

siguiente Atamante dirigió un ataque contra las montañas de los centauros. Estos se resistieron lo mejor que pudieron con sus lanzas de madera de pino y con grandes rocas que hacían rodar montaña abajo; pero él los derrotó y los obligó a huir hacia el norte. Para disuadirles de regresar, Atamante sacó la imagen de la Diosa Blanca con cabeza de yegua instalada en el santuario de la diosa, y después de bajarla a Yolco, al colegio de los Peces, tuvo la osadía de rededicar el santuario en el monte Pelión a Zeus el Carnero, o Zeus el dios de las Lluvias. Durante un tiempo logró quebrar al espíritu de los centauros, pero Ino hizo que una de sus ninfas llevara secretamente la imagen de cabeza de yegua a una cueva en un valle boscoso a medio camino del monte Osa, y allí los centauros volvieron a congregarse y rezaron a la diosa pidiéndole venganza.

El rey Atamante ignoraba que Ino hubiese devuelto la imagen a los centauros; de otro modo se hubiese dirigido a ella con más insolencia todavía.

—Esposa —le dijo—. He desterrado a tus amantes equinos del monte Pelión porque profanaron nuestra noche nupcial. Si cualquiera de ellos se atreve a descender nuevamente a nuestros prados de Yolco en busca de la imagen de la diosa, será destruido sin piedad. El monte Pelión se ha convertido ahora en la morada de nuestro dios Eolo Zeus; es más digno de él que el monte Lafistio que, por comparación, tiene una altura poco considerable.

—Cuidado con lo que dices, esposo —contestó Ino—, si es que debo llamarte así. ¿Qué pensará la diosa al ver que la has expulsado del Pelión? ¿Y cómo imaginas que crecerá la cebada si no están presentes los centauros en la fiesta de la siembra para disfrutar de mi compañía y de la de mis ninfas de los Peces ante los ojos de la Diosa Blanca?

Atamante rió y replicó:

—La diosa no le envidiará el monte Pelión a su hijo. Y ahora que cada una de tus mujeres tiene un esposo entre mis seguidores y que tú me tienes a mí, ¿qué más podéis desear? Somos hombres altos y robustos, inmensamente superiores en todos los aspectos a esos centauros locos y desnudos, y os acompañaremos gustosos durante la fiesta de la siembra, si es que tenéis costumbre de sentir ansias de amor en esa estación.

—¿Eres tan ignorante que crees que la diosa nos permitirá aceptar los abrazos de tus hombres-carnero en una ocasión tan sagrada? —preguntó Ino—. Jamás bendecirá la cebada si lo hacemos. ¡No, no! Nos conformamos con ser vuestras esposas durante la mayor parte del año, pero si han de prosperar nuestros asuntos hemos de dejarnos acompañar no sólo por los centauros en la estación de la siembra, sino además por los sátiros de la hermandad de la Cabra que nos visitan en la ceremonia de la cabrahigadura, cuando hacemos madurar los higos con la picadura del insecto que produce las agallas, y por amantes de otras hermandades en ocasiones apropiadas que

de vez en cuando me pueden ser reveladas por la diosa.

—Y ¿eres tú tan ignorante que crees que cualquier griego que esté en su sano juicio permitirá a su esposa disfrutar de los abrazos de otro hombre, en la fiesta de la siembra o en cualquier otra? —le contestó Atamante—. Tu parloteo carece de sentido. Los higos maduran por sí solos, sin ayuda artificial, como bien puede observarse en las huertas abandonadas donde no se ha celebrado la ceremonia. Y ¿qué necesidad tenemos nosotros los minias de las mujeres, incluso para la siembra de nuestra cebada? El héroe Triptólemo demostró que los hombres pueden sembrar la cebada con tan buenos resultados como las mujeres.

—Lo hizo gracias al gentil permiso de la diosa —dijo Ino—, cuya luminaria, la luna, es el poder que hace crecer todas las semillas y madurar todos los frutos.

—Era innecesario pedir su permiso —dijo Atamante—. La diosa no tiene ningún poder real sobre ninguna especie de grano o fruto. Lo único que hace falta es que se siembre cuidadosamente el grano de la cebada cuando el sol ha perdido su fuerza, en surcos de un campo bien arado, que se grade después con una grada de espinas y que luego llueva sobre el campo a su debido tiempo. Zeus proporcionará la lluvia a petición mía y el sol reanimado madurará afablemente las espigas. La luna es fría, está muerta y no tiene ninguna virtud creativa.

—Y ¿qué me dices del rocío sagrado? —preguntó Ino—. Supongo que me dirás que el rocío también es un regalo del sol, ¿no?

—Al menos no es un regalo de la luna —contestó Atamante—, pues con frecuencia ésta no sale hasta que la hierba está blanca de rocío.

—Me extraña —dijo Ino que te atrevas a hablar así de la diosa, como también me extraña que hayas quitado su venerable imagen blanca del santuario sin mi permiso y la hayas reemplazado por la de su hijo adoptivo. Te espera un terrible destino, Atamante, si no corriges tu comportamiento antes de que transcurra un solo día más y te diriges a la diosa como penitente. Si la siembra de Triptólemo fue premiada con una buena cosecha, ten por seguro que fue porque primero se ganó la protección de la diosa con su humildad y porque no emitió ninguna de las acostumbradas ceremonias amorosas de la siembra. Además, no es cierto que los higos maduren en las huertas abandonadas sin cabrahigadura. Existe un registro completo de todas las higueras de este país y cada higuera la cuida una de mis ninfas, por muy solitario y apartado que sea el lugar de crecimiento.

—No estoy acostumbrado a que me gobiernen las mujeres —contestó Atamante apasionadamente. Mi esposa Beocia Néfele, que me espera en Orcómeno, ha aprendido por experiencia a evitarme disgustos y a ocuparse de sus propios asuntos, dejando que yo me ocupe de los míos. No sería más que un necio sí visitara el santuario del que tú eres la gran sacerdotisa y te pidiera (a ti nada menos) que intercedieras ante ella para conseguir mi perdón.

Ino fingió que la violencia masculina de Atamante la asustaba. Le acarició la cabeza y la barba y exclamó:

—Perdóname, esposo, por confesarte mis escrúpulos religiosos. Te obedeceré en todo. Pero concédeme al menos esto: que tus seguidores plantarán ellos mismos la cebada, como lo hizo Triptólemo, sin la ayuda de mis mujeres. Todas tememos la ira de nuestra diosa si sembramos la echada sin los acostumbrados ritos de fertilidad, para los cuales la compañía amorosa de los centauros nos parece esencial.

De esta forma apaciguó a Atamante. Él no sentía el suficiente respeto por la diosa y confiaba más en el poder de Zeus, que bajo su anterior nombre Dio había sido la deidad suprema de su tribu cuando por primera vez llegaron a Tesalia. Atamante entonces trasladó un objeto particularmente sagrado desde el monte Lafistio hasta el santuario del monte Pelión, recientemente dedicado al Zeus de las Lluvias. Se trataba de una efigie del dios Carnero tallada en una raíz de roble, sobre la cual colgaba un vellón de cordero teñido de púrpura de mar para que el color fuera similar al de nubes de lluvia que podía hacer aparecer mágicamente, incluso en pleno verano. Debido al refrán «la lluvia es oro» y también debido al polen dorado que da color a los vellones de las ovejas en Ida, donde se supone que Zeus fue criado por unos pastores, por todo el borde del vellón se había cosido un precioso fleco de finísimos hilos de oro que formaban bucles como la lana; por esto llegó a conocerse como «el vellocino de oro». Unos cuernos dorados, enormes y curvados, estaban sujetos a la cabeza del vellón, que encajaba en la madera que formaba la cabeza de la efigie. Este vellocino de oro era algo que maravillaba a quien lo veía, y siempre lograba hacer caer lluvia si se le ofrecía al dios el sacrificio apropiado. Los sacerdotes aseguraban que la imagen levitaba en tales ocasiones: se elevaba, decían, con el humo del sacrificio, saliendo por el humero en el techo del santuario y descendiendo de nuevo al poco rato, empapado de las primeras gotas de lluvia.

En Yolco se recogió la cosecha y ya se acercaba la temporada de siembra otoñal. Ino esperó una señal de la Diosa Blanca, quien al poco tiempo se le volvió a aparecer en un sueño y le dijo:

—Ino, has obrado bien, pero obrarás aun mejor. Toma toda la semilla de cebada de las tinajas donde está almacenada en mi recinto sagrado, y distribúyela secretamente entre las mujeres de Ptiótide. Ordénales que la tuesten ante los fuegos de sus hogares, a razón de dos o tres cestos de cosecha cada una, pero que no les permitan a los hombres saber lo que están haciendo, so pena de provocar mi mortal enfado.

En el sueño Ino tembló y pregunto:

—Madre, ¿acaso puedes pedirme que haga tal cosa? ¿No destruirá el fuego la vida de la semilla sagrada?

La diosa replicó:

—Hazlo de todos modos. Al mismo tiempo debes envenenar el agua en los abrevaderos de las ovejas de los minias con agárico y cicuta. Mi hijo Zeus me ha despojado de mi hogar en el monte Pelión y lo voy a castigar destruyendo sus rebaños.

Ino obedeció fielmente a la diosa, aunque con el corazón algo inquieto. Las mujeres ejecutaron las tareas que les habían sido asignadas, y no de mala gana, porque odiaban a sus conquistadores minias. Cuando murieron sus ovejas, los minias no sospecharon que las habían envenenado estas mujeres sino que se quejaron entre ellos contra Atamante. Como su ley les prohibía comer reses que no hubieran sido sacrificadas de acuerdo con los ritos, se vieron obligados a comer más pan del que tenían costumbre tomar y la caza que podían conseguir en los bosques; pero no eran muy buenos cazadores.

Ino le dijo a Atamante:

—Espero, esposo, que tengas buena suerte con tu siembra. Aquí tienes la semilla de la cebada, guardada en estas tinajas. Mira y huele, verás lo estupendamente seca que está: la semilla mohosa, como quizás ya sepas, no produce cosechas abundantes.

La luna estaba en su menguante; sin embargo, los hombres minias, con Atamante a la cabeza, sembraron la semilla en los surcos arados. Lo hicieron sin ceremonia ni plegaria alguna, mientras las ninfas de Ino les observaban a distancia, riendo juntas silenciosamente. Aquella estación resultó ser extraordinariamente seca, y al ver que no aparecía el verdor de la cebada sobre la tierra en el momento esperado, Atamante subió a la montaña con algunos compañeros y allí invocaron al Zeus de las Lluvias. Lo hicieron imitando el sonido de la lluvia y el retumbar del trueno con sonajeros de calabaza y bramaderas, y sacrificando un carnero negro, quemando los huesos sagrados del muslo untados con grasa y comiéndose alegremente toda la carne de la res muerta.

Aquella misma noche cayó un agradable chaparrón.

—Esta lluvia hará crecer la ¿cebada, esposa, no lo dudes —le dijo Atamante a Ino.

Pasaron diez días más y aun no se veía ningún destello de verdor en los campos.

Ino le dijo a Atamante:

—El chaparrón que envió Zeus no fue suficiente. No penetró bastante en la tierra. Me temo que plantasteis la semilla a demasiada profundidad. Tendrás que volver a invocar a Zeus; y ¿por qué no mandas a alguien al santuario tracio de tu antepasado Eolo para que envíe unos cuantos soplos de viento del norte que es el que trae la lluvia? Atamante se estaba inquietando y volvió a subir al Pelión. Esta vez propició al dios con un sacrificio de cincuenta carneros blancos y uno negro, quemándolos en hogueras de leña de pino hasta que quedaron hechos ceniza, sin probar él ningún bocado para mostrar la humildad de su corazón; hizo girar la bramadera y sacudió la

calabaza hasta que le dolieron los brazos. Aquella noche Zeus debidamente mandó rayos y truenos y cayó un diluvio tan grande que casi ahogó a Atamante y a su gente mientras regresaban a Yolco. El arroyo Anauro se desbordó, llevándose el pequeño puente por el cual habían cruzado, y tuvieron que esperar a que bajaran las aguas para poder alcanzar de nuevo la ciudad.

Una semana más tarde los campos estaban cubiertos por una espesa capa de malas hierbas que la lluvia había hecho germinar, pero no se veía ni una sola espiga de echada.

Ino le dijo a Atamante:

—Ya que me has persuadido de que la omisión de los ritos de fertilidad de los que te hablé no puede haber causado la pérdida de la cosecha, debo concluir que Zeus ha mandado una lluvia que no es la adecuada. Si cuando llegue la próxima luna no ha brotado la cebada, algunos de nosotros moriremos de hambre. Es demasiado tarde para sembrar de nuevo, la mayoría de tus rebaños han muerto, y tus hombres glotones han agotado nuestras reservas de grano. Y en cuanto a los peces, todos han abandonado el golfo desde la llegada de tus minias, como era de esperar, pues consideran que nuestro colegio ha sido profanado.

Instigadas por Ino, sus ninfas, que habían fingido sentir un enorme respeto por sus esposos, les apremiaron a exigir de Atamante la ejecución de un tercer y último sacrificio. Pues los minias creían que si Zeus no quería mandarles lluvia cuando se le ofrecía un carnero, ni siquiera cuando se le ofrecían cincuenta, era señal de que exigía vorazmente algo aun mejor: el sacrificio de los propios hijos del sacerdote del Carnero. Los esposos estuvieron de acuerdo con sus mujeres en que ahora debía hacerse este sacrificio, y un día se presentaron todos ellos ante Atamante quien, con aire pesimista, hurgaba con su bastón en la tierra yerma de un campo de cebada. El mayor de ellos dijo:

—Atamante, te compadecemos, pero venimos a verte para que cumplas con tu obligación sin vacilar. Sacrifica a tu hijo Frixo y a tu hija Hele al padre Zeus, y la lluvia divina que caerá entonces hará que despierte la semilla de la cebada y salvará nuestras vidas.

Al principio Atamante se negó a escucharlos. Pero cuando le amenazaron con violencia consintió en sacrificar a los niños sólo si así se lo ordenaba el oráculo de Delfos, pues por aquel entonces Delfos era para los griegos el tribunal supremo en asuntos sagrados. El oráculo lo dirigía una sacerdotisa de la Diosa Blanca; originariamente había recibido la inspiración oracular de un pitón sagrado, el espíritu del fallecido héroe Dioniso, que disfrutaba de la más absoluta confianza de la diosa y cuya mandíbula y cordón umbilical estaban expuestos sobre una mesa en su sepulcro, detrás de un cerco de lanzas. Pero se decía que este pitón había hecho algunos comentarios ofensivos acerca del nuevo dios de los griegos, Apolo el arquero, en los

primeros tiempos de la llegada de éstos desde Tesalia. Apolo, anteriormente un demonio con forma de ratón procedente de la isla de Delos, con poder para producir y para apaciguar la peste, había sido convertido en dios por los colonos henetes en Tesalia, donde había salvado a los eolios de la plaga. Los arqueros de Apolo, al enterarse de que Dioniso había negado la divinidad de su dios y que había comentado «Me voy a tragar a ese ratoncito», marcharon furiosos a Delfos desde su hogar en el valle de Tempe, penetraron en el recinto de Dioniso y llamaron tres veces a la puerta del sepulcro blanco y redondo. El pitón surgió con furia y los arqueros lo traspasaron con sus flechas. A continuación quemaron el cordón umbilical y la mandíbula de Dioniso sobre un fuego hecho con las sagradas lanzas, y luego huyeron a Tempe a toda prisa. Para expiar su crimen, Apolo consintió, aunque de mala gana, en convertirse en siervo doncel de la Diosa Blanca, y después de penetrar en la tumba vacía de Delfos, emprendió el trabajo anteriormente desempeñado por Dioniso y fundó los Juegos Pitios en memoria del pitón. Por consiguiente ya no era a través de las inteligentes contorsiones de la serpiente que la sacerdotisa leía y revelaba el pasado o el futuro, aunque seguían llamándola la —pitonisa. En lugar de esto, masticaba hojas de laurel, el árbol consagrado a Apolo, que le producían una intoxicación profética. Procedentes de Tempe llegaron a Delfos barcos cargados de jóvenes laureles que fueron plantados alrededor del santuario, y al poco tiempo sus ramas se juntaron, formando una densa sombra. El lugar seguía llamándose Pito o Santuario Umbilical, pero los sacerdotes de Apolo explicaban que su nombre provenía de la posición central que ocupaba en Grecia; el recuerdo de Dioniso quedó olvidado y no se revivió en mucho tiempo.

Atamante esperaba que la pitonisa le diera una respuesta favorable porque, como él dijo: «Apolo se compadecerá de mí y de mi difícil situación; comprenderá que la diosa es la causa de mi problema pues se niega obstinadamente a que crezca la semilla. A pesar de su fingida lealtad hacia la diosa, encontrará alguna forma de absolverme de mi cruel obligación. Nos debe mucho a nosotros los eolios. ¿Por qué he de sacrificar a mis hijos a Zeus sólo porque su madre se esté comportando con su acostumbrada perversidad femenina?».

Ino también envió un mensaje a Delfos, por medio de un pastor beocio que conocía los atajos más cortos a través de las montañas escarpadas y de los valles espinosos, y advirtió a la pitonisa que Atamante no sólo se había portado muy irrespetuosamente con la diosa, a quien tanto Apolo como ella debían lealtad, sino que además se había negado a aplacar a Zeus en la forma acostumbrada, y que su obstinación amenazaba con traer una miseria sin límites a su propia tribu y también a los centauros. Por esto, cuando Atamante llegó e intentó propiciar a Apolo ofreciéndole un trípode de oro, la pitonisa lo rechazó; le ordenó que sacrificase a sus dos hijos en el monte Pelión a Zeus, dios de las Lluvias, y sin demora.

Por el mismo pastor, su emisario, Ino fue informada con antelación de la respuesta de Apolo, cuatro o cinco días antes del regreso de su esposo.

2. LA PÉRDIDA DEL VELLOCINO

Ino mandó llamar a Hele y le advirtió que Atamante tenía intención de quitarle la vida.

—¿Qué te parece esto, hija? —le preguntó—. ¿Por qué tu padre ha de sacrificaros bárbaramente a ti y a tu querido hermano, en la flor de la vida, sólo porque Apolo así lo ordena? Apolo es un intruso en el monte Parnaso, un delio rechazado que vuestra tribu recogió en mala hora, mucho después del fallecimiento de vuestro gran antepasado Eolo. En el Santuario Umbilical no se ha emitido ni un solo oráculo digno de confianza desde que A polo mató impíamente al pitón de Dioniso. Apolo no goza de la confianza de la diosa, como pretende, y todo lo que anuncia son conjeturas y equivocaciones en lugar de verdades.

Hele, temblorosa y llorando, respondió:

—Apolo teme a Zeus como le tememos mi hermano Frixo y yo misma. Tendremos que morir, sagrada ninfa.

Ino respondió:

—Si el sacrificio fuera necesario, ¿por qué no lo ordenó el propio Zeus? Considera, hija, cómo llegó tu padre a tomar esta cruel decisión. Primero insultó a la Diosa Blanca, que es la deidad soberana tanto en Ptiótide como en Magnesia, al intentar privar a mis ninfas yolcas de los Peces de su sagrada cita otoñal con los hombres-caballo de los centauros. Naturalmente ella se enojó y entonces infundió valor en los corazones de los centauros para que fueran a perturbar la boda a que él y sus minias nos habían forzado. En venganza, tu padre la arrojó brutalmente de su santuario que luego rededicó a su codicioso hijo Zeus. Esto era inmiscuirse en cuestiones divinas, lo que ningún mortal tiene derecho a hacer. La diosa se enojo aun más y empezó a envenenar sus rebaños; y cuando se omitieron todas las ceremonias amorosas en la siembra de la cebada se abstuvo de fertilizar la semilla, de modo que por mucha lluvia que mande Zeus no crecerá jamás. No es Zeus quien ha ordenado vuestro cruel sacrificio pues no es su ira la que hace yermos los campos, sino la de su madre.

—Sin embargo es Apolo quien lo ha ordenado —dijo Hele sollozando.

Ino respondió:

—Apolo siempre ha sido un provocador. Ordena este sacrificio con la esperanza de hacer que Zeus se convierta en el hazmerreír de nuestra tribu y de la tuya: él sabe que aunque se sacrifique toda una hecatombe de niñas y niños sobre el lomo escarpado del Pelión no brotará ni una sola espiga de echada hasta que tu padre se haya humillado ante la diosa y haya restaurado la antigua pureza de su veneración—. Y utilizando una antigua fórmula, Ino añadió:

—No son palabras mías, sino de mí Madre.

Aunque Hele se hubiera dirigido al foso de la muerte sin ocurrírsele siquiera desobedecer, si Zeus así lo hubiese ordenado, las reflexiones de Ino sobre la cuestión le hicieron abrigar esperanzas de que quizás, de algún modo, conseguiría escapar a su destino. Buscó a Frixo y lo encontró aturdido por la noticia del sacrificio inminente y en un lamentable estado de apatía. Jamás había desobedecido a su padre en lo más mínimo y sentía el más profundo respeto por Zeus: siempre que en las colinas había rayos y truenos se taponaba los oídos con cera de abejas, se cubría los ojos con un lienzo y corría a esconderse bajo un montón de mantas hasta que sus sirvientes le aseguraban que el cielo volvía a estar claro. Pero Hele le preguntó en privado:

—Hermano, ¿por qué hemos de consentir en entregar nuestras vidas de esta forma tan insensata? ¿Por qué hemos de convertirnos en los instrumentos para recrudecer el odio ya existente entre los dioses inmortales sólo porque nuestro padre Atamante haya cometido un sacrilegio?

Frixo, pálido y delgado por el ayuno, respondió:

—Y ¿quiénes somos nosotros para juzgar nuestra suerte? Lo único que podemos hacer es someternos a ella.

Hele sonrió y le acarició las mejillas.

—El ayuno ha debilitado tu valor —le dijo—. Nuestra querida y cariñosa madrastra Ino nos encontrará una manera legítima de huir de la muerte.

Tanto insistió Hele que finalmente Frixo consintió en dejarse guiar por ella y de este modo salvé su vida.

Razonando con ellos, Ino entonces les hizo ver a los dos que ni Zeus había ordenado este sacrificio ni Atamante había querido ejecutarlo.

—Y además —continué diciendo Ino todavía ninguno de los dos habéis recibido por boca de vuestro padre noticia de sus intenciones. Nada le agradaría más a su regreso de Delfos, desde donde estará viajando lo más lentamente posible que descubrir que los dos os habéis ido, pues con todas sus faltas, tengo que admitir que es un padre amantísimo.

—Pero ¿a dónde podemos huir? —preguntó Frixo—. Nuestro padre Atamante es un hombre importante en Grecia y seguro que nos encontrará vayamos donde vayamos. Tiene que obedecer el oráculo de Delfos, tanto si le gusta como si no; y si nos refugiamos en Atenas o en Tebas o en Argos, los gobernadores de las ciudades nos mandarán de nuevo a Yolco voluntariamente en cuanto sepan que Apolo ha exigido nuestras muertes.

—Grecia no es el mundo entero —dijo Ino—. El poder de Apolo y de Zeus no se extiende más allá de Grecia y de sus colonias. Solamente la Triple Diosa tiene poder universal. Si consentís en poneros bajo su protección ella hallará un hogar seguro y agradable para vosotros allende los mares. Pero, niños, debéis apresurar vuestra

decisión, pues vuestro padre, por muy lentamente que viaje, ya debe estar acercándose a casa.

Sucedió que Néfele, la esposa Beocia de Atamante, llegó a Yolco aquel mismo día para visitar a sus hijos Frixo y Hele. Ino la trató con una cortesía ejemplar y, fingiendo preocupación por la suerte de los niños, la convenció de que debían pedir clemencia a la diosa y obedecer sus órdenes divinas incondicionalmente, fueran cuales fueran. Néfele desconfiaba de la autenticidad del oráculo délfico y convino en que la diosa, aunque ofendida por Atamante, quizás se apiadaría de los nonos si se dirigían a ella piadosamente. Ino la indujo a que acompañara a las ninfas de los Peces en su próxima orgía en el monte Pelión, a la luz de la luna. Néfele se adornó la cabeza con una guirnalda de hiedra, tomó en su mano una varita de abeto y entonces, vestida únicamente con una piel de cervato, corrió exaltada por la montaña con el resto del desordenado tropel, haciendo cosas increíbles. Sus pies parecían tener alas y jamás, en toda su vida, había experimentado un éxtasis tan sagrado. Atamante la había ofendido al casarse con Ino y ésta era su venganza, pues entre los centauros halló varios amantes mucho más solícitos que él.

Entre las tres, Ino, Néfele y Hele, vencieron los escrúpulos religiosos de Frixo. A no ser que recurra a la violencia, un hombre no puede resistir mucho tiempo los razonamientos reiterados de tres mujeres. Aquella noche él y Hele se purificaron de acuerdo con los ritos e Ino les dio una infusión de hierbas sagradas que los hizo dormir. Mientras dormían una voz, que tomaron por la de la propia diosa, les ofreció salvar sus vidas con la condición de que obedecieran ciertas órdenes. Cuando despertaron cada uno le contó al otro lo que había dicho la voz, y los dos mensajes concordaban perfectamente. Éstas fueron las palabras:

—Hijos de Atamante, ¿por qué habéis de morir por el pecado de vuestro padre? Soy yo, y sólo yo, quien ha arruinado los campos de cebada y los ha convertido en campos yermos. Ni lluvia ni sol, ni rocío alguno podrán devolverles la fertilidad. Me siento ofendida por la intrusión de mi hijo Zeus en mi antiguo santuario del monte Pelión y por la destitución de mi imagen de cabeza de yegua. Yo soy la Triple Madre de la vida, la Señora de todos los Elementos, el Ser original, la soberana de la Luz y de la Oscuridad, la reina de los Muertos y no hay dios alguno que no sea mí vasallo. Yo gobierno los cielos estrellados, los turbios mares verdes, la tierra multicolor con todas sus gentes las oscuras cuevas subterráneas. Mis nombres son innumerables. En Frigia soy Cibeles, en Fenicia soy Astarté, en Egipto, Isis, en Chipre soy la reina chipriota, en Sicilia soy Proserpina, en Creta soy Rea, en Atenas soy Palas y Atenea, entre los piadosos hiperbóreos soy Samotea, y Anu entre sus siervos de tez oscura.

Otros me llaman Diana, Agdistis, Mariano, Dindimene, Hora, Juno, Musa y Hécate. Y en los Establos del sol en Cólquide, el punto más extremo del mar Negro, bajo la sombra del elevado Cáucaso, donde tengo intención de mandaros, me llaman

la madre de Cabeza de Pájaro, o Brimo, o La Inefable. Soy yo quien ha inspirado la sentencia del oráculo de Delfos. Tu madre hace mal en dudar de su autenticidad; pero ha sido pronunciada con la intención de causar la ruina de vuestro padre y no la vuestra.

«Esta noche debéis subir juntos, a la luz de la luna, por el empinado sendero que serpentea por Pelión, hasta que lleguéis a mi recinto sagrado. Primero entrará Frixo, llevando puesta la máscara ritual del caballo, hallará dormidos a los guardianes del santuario y deberá gritar sin miedo: «¡En nombre de la Madre!». Entonces descolgará el vellocino de oro de la imagen sagrada del Carnero, lo envolverá en una manta de color oscuro y saldrá. Después entrará Hele, con una máscara similar, encontrará la manta y, sin desenvolverla, la sacará del santuario. Entonces los dos volveréis a entrar juntos y sacaréis a los guardianes fuera del santuario, arrastrándolos por los pies; luego les embadurnaréis el cabello con estiércol de caballo y los dejaréis allí tumbados. Entonces volveréis a entrar los dos juntos y sacaréis la imagen desnuda y la colocaréis boca arriba, con las patas al aire, entre los guardianes dormidos. A continuación derramaréis una bota de vino sobre la imagen y la cubriréis con vuestras capas. Seguidamente os apartaréis y observaréis cómo mí imagen de cabeza de yegua es devuelta al santuario en una solemne procesión de mis gentes centauras, que agitarán antorchas y tocarán la flauta y el tambor. Cuando se haya cerrado la puerta del santuario, volveréis a toda prisa a Yolco, cargando por turnos con el vellocino».

«En la puerta os esperará un mensajero con una varita blanca y le diréis únicamente estas palabras: «¡En nombre de la Madre!». Él os conducirá a los dos a la arenosa playa de Págasas, donde están los astilleros, y os hará subir a bordo de una galera corintia que zarpará con rumbo a la ciudad de Cícico junto al mar de Mármara. Durante todo el viaje deberéis guardar un silencio sagrado, y cuando estéis a un día de distancia de mí isla sagrada, Samotracia, Frixo colgará el resplandeciente vellocino en la proa del navío. Desde Cícico iréis por tierra al reino de los manandinos, en la costa sur del mar Negro, y una vez allí exigiréis en mi nombre un pasaje por mar a Cólquide. Cuando por fin os desembarquen en Ea, en Cólquide, entregaréis el vellocino de oro al rey colquídeo Eetes y le diréis: «Un obsequio de la Madre, de la Inefable. Cuidad bien de él». A partir de entonces vuestras vidas gozarán de libertad y de felicidad mientras continuéis siendo mis siervos. Si por casualidad Eetes teme la cólera de Zeus y os pregunta: «¿Acaso robasteis el vellocino del santuario de Zeus?», tú, Frixo, contestarás: «Por el poder de la diosa, juro que no robé el vellocino del santuario, ni persuadí a nadie a hacerlo». Y tú, Hele, responderás: «Por el poder de la diosa, juro que ni siquiera vi el vellocino hasta que llegamos a un día de navegación de Samotracia». De este modo, a pesar de decir la pura verdad, lo engañaréis».

Frixo y Hele obedecieron fielmente estas instrucciones, aunque no sin sentir

temor y reparo. Fue Quirón, el sabio centauro, hijo de la sacerdotisa Fílira del santuario oracular de Ixión, quien encabezó la procesión triunfal del regreso de la diosa. Después, oculto entre las rocas, el centauro pudo observar cómo los guardianes narcotizados se despertaron y ver la expresión de horror en sus caras cuando encontraron al dios Carnero tumbado entre ellos dos, desnudo y borracho, sobre el suelo de piedras en el exterior del recinto. Rápidamente se incorporaron, fueron a buscar agua y lavaron bien la imagen. La secaron con sus propias ropas y estuvieron a punto de volverla a entrar en el santuario; pero la diosa de Cabeza de Yegua estaba allí ocupando su antiguo lugar y de su boca salió una voz que relinchando decía: «Guardianes, llevaos de aquí a mi hijo ebrio, y que no vuelva hasta que esté vestido y sobrio». Los guardianes se postraron ante ella aterrorizados, echaron a correr gimiendo y entre los dos bajaron la imagen a Yolco sobre una tosca litera de ramas de pino, cubierta con sus capas. Allí explicaron a los jefes minias que el dios les había invitado a beber vino con él, invitación que al principio habían rechazado, pues él tenía costumbre de beber solamente agua, o agua mezclada con miel; pero que les había convencido con su insistencia. No recordaban nada más hasta que los dos se encontraron acostados con él, con dolor de cabeza y las ropas empapadas en vino.

Ya antes de que regresara Atamante se dio la alarma para encontrar el vellocino. Cuando se supo que Frixo y Hele habían desaparecido más o menos al mismo tiempo, corrió el rumor de que al subir al monte para adorar al dios (pues un pastor les había visto emprender el camino) habían encontrado el vellocino tirado en el suelo donde el dios lo había echado en su embriaguez y que habían tenido intención de devolverlo al santuario, pero que habían recibido órdenes de la diosa de deshacerse de él de algún otro modo.

Para proporcionar una pista falsa a sus perseguidores, Ino hizo circular otro rumor de que se les había visto encaminarse hacia el norte, en dirección al monte Osa. La verdad era que Frixo y Hele, al bajar del monte con el vellocino, cuando se ponía la luna, habiendo evitado ser descubiertos, se habían encontrado con el hombre de la varita blanca. Éste les había guiado a Págasas y allí los había embarcado en una nave corintia que debía zarpar al amanecer. El capitán les había dado la bienvenida en nombre de la diosa y ellos habían guardado un silencio sagrado; y al tercer día, cuando costeaban el promontorio acteo de Atos con un viento favorable, Frixo sacó el vellocino de la manta oscura en la que estaba envuelto y lo colgó en la proa con gran asombro del capitán y de la tripulación.

Después siguieron navegando y entraron en el angosto estrecho, antiguamente llamado el estrecho de Dardania, que lleva desde el mar Egeo hasta el mar de Mármara. Era un día sin viento, y estaban remando con todas sus fuerzas contra una poderosa corriente que aun así impelía el barco hacia atrás. Entonces Hele, que estaba sentada en la proa, olvidó sus instrucciones. Se puso en pie de un salto y, rompiendo

el silencio exclamó: «¡Oh, Frixo, Frixo, estamos perdidos!» pues vio que el barco se estaba dirigiendo directamente hacia las rocas de Dardania. De pronto una ráfaga de viento hinchó la vela salvando el navío de las rocas y siguieron navegando. Pero el brusco zarandeo del navío arrojó a Hele por la borda y la corriente se la llevó, sin esperanza de salvación, y se ahogó. Los griegos siguen llamando este estrecho Helesponto, o aguas —de Hele, hasta nuestros días.

Frixo, que observó con más fidelidad las instrucciones de la diosa, llegó a Cólquide sano y salvo, entregó el vellocino al rey Eetes y respondió a sus preguntas en la forma indicada. Eetes colgó el vellocino en un ciprés de un recinto sagrado, el hogar de un inmenso pitón oracular. En este pitón residía el espíritu de un antiguo héroe cretense llamado Prometeo de quien se dice que fue el primero en descubrir y en explicar a la humanidad cómo crear el fuego haciendo girar una rueda o un taladro en dirección lunar y que, de este modo, había dado origen a las artes de alfarería, metalurgia y las demás y se había convertido en el primer cocinero y en el primer panadero. Se le tenía en gran estima en Ática y en Fócide pero su cordón umbilical y su mandíbula y sus demás reliquias milagrosas habían permanecido guardadas en Efira, en Corinto, durante muchos años y de allí se los había llevado su descendiente Eetes cuando emigró a Cólquide. Entre los adoradores de Zeus y los de Prometeo existía una vieja disputa, pues los griegos mantenían que el rayo de Zeus era la fuente originaria del fuego y los sacerdotes en Dodona acusaban a Prometeo de haber robado una chispa del relámpago de uno de los otros santuarios de Zeus, preservando su calor en la médula de un tallo de hinojo sin que nadie le viera. Y en efecto, existe un tipo de hinojo gigante, del tamaño de un hombre, en cuyo tallo seco puede transportarse una chispa durante una milla o más, que luego, al soplar, se convierte en llama. Pero fuera cual fuera la verdadera historia, la entrega del vellocino de oro de Zeus al cuidado de Prometeo el cretense era una señal más de la implacable furia de la Diosa Blanca. Eetes recibió con toda hospitalidad a Frixo y le permitió a su hija Calciope casarse con él sin pedirle ningún regalo nupcial a cambio. Vivió prósperamente en Cólquide durante muchos años.

Cuando Atamante regresó a Yolco y supo lo ocurrido durante su ausencia, se consideró a sí mismo odiado por todos los dioses. Se echó sobre su cama, se tapó la cabeza con las faldas de su túnica y empezó a gemir. Ino fue a consolarle:

—Esposo —le dijo—, uno de los centauros que aun recorren el monte Pelión desafiando arriesgadamente tus órdenes, ha informado que muy temprano por la mañana de aquel funesto día vio a tu hijo y a tu hija que subían lentamente hacia el santuario del dios Carnero, del cual salían ruidos de jolgorio embriagado. Los saludó y siguió corriendo. Quién sabe lo que debió ocurrir cuando llegaron al recinto y se encontraron al Hijo libertino tumbado entre sus guardianes y a la Madre sobriamente en posesión del santuario… Puede que ella les convirtiera en rocas o en árboles en

castigo por algunas palabras desconsideradas que pudieran decir. O puede ser que tocaran el vellocino cuando estaba en el suelo y que se convirtieran en murciélagos o en comadrejas. O tal vez se volvieron locos y, a instancias de la Madre, cogieron el vellocino y corrieron hacia abajo por la cuesta más apartada del Pelión y se arrojaron con él al mar. Esto son enigmas que hasta ahora no han sido resueltos.

Atamante no contestó y continuó gimiendo.

Ino prosiguió:

—Mi más querido entre los hombres, escucha mi consejo. Primero haz las paces con la Diosa Blanca, humillándote ante su santuario en el monte Pelión y ofreciéndole los sacrificios más ricos posibles con la esperanza de poder aplacar su ira; luego vuelve a esta habitación y procede como sí estuvieras muerto. A no ser que hagas esto, tu pueblo, que cree que te has llevado a escondidas a tus hijos en desafío al oráculo de Apolo, exigirá de ti tu propio sacrificio. Permanece muerto hasta la próxima siembra, cuando mis mujeres y yo sembraremos la poca semilla que hemos salvado, con los ritos acostumbrados, y todo irá bien. Mientras tanto deja que tu hermano Creteo sea tu regente en asuntos militares y navales y que yo vuelva a gobernar el país en todo lo demás, como antes. Aunque puede que pasemos hambre, sin duda la diosa no dejará que muramos.

Atamante se encontraba demasiado abatido para oponerse. Mientras estaba en el Pelión, ofreciéndole a la diosa las súplicas más serviles, Ino convocó una conferencia de jefes minias y les puso en antecedentes de sus decisiones. La desgracia acaecida a su dios Carnero pesaba tanto en sus ánimos que cuanto les dijo Ino en nombre de la diosa les pareció incontrovertible. Juraron obedecer a Creteo como su rey de guerra y como sacerdote de Zeus durante la muerte temporal de Atamante y obedecer a Ino como legisladora y gobernante. Creteo era un hombre fácil de contentar y de cuerpo débil sobre quien Ino tenía un dominio absoluto.

Invitaron a los centauros a que regresaran al monte Pelión y se les prometió una indemnización por la muerte de sus compañeros, además de la restauración de todos sus antiguos privilegios. La Diosa Blanca les sonrió con sus dientes de yegua: pero la imagen desnuda del dios Carnero fue vestida de nuevo con un vellón corriente de color negro y trasladada en silencio a su antiguo santuario del monte Lafistio. Creteo no castigó a los guardianes por su negligencia, pues éstos alegaron que se habían limitado a obedecer al dios cuando les ofreció vino y que sus excesos no eran culpa suya.

En cuanto a Atamante, regresó a su mansión real al amparo de la oscura noche y allí murió y permaneció muerto durante un año completo, comiendo únicamente la comida roja de los muertos que los vivientes no pueden comer excepto en algunas ocasiones solemnes: langosta, cangrejos, morcillas, tocino y jamón hervidos, granadas y tortas de cebada mojadas en zumo de bayas. Cuando volvió de nuevo a la

vida, después de que Ino hubiese dirigido la siembra otoñal con todos los rituales, se descubrió que había perdido el juicio. Tres años más tarde mató a Learco, uno de los dos niños varones que tuvo con Ino, disparándole con el arco una flecha desde una ventana que daba al patio. Entonces los minias decidieron destituirlo y otorgar a Creteo el título de rey y de sacerdote.

Pero Ino ya había muerto. Se le contagió la locura de Atamante al ver a Learco morir en el patio: tomó a Melicertes, su otro hijo, del cesto de cosecha que le servía de cuna y entonces, toda vestida de blanco, echó a correr hacia el Pelión dando alaridos de triunfo. Allí en el santuario de la diosa despedazó a su hijo y luego siguió corriendo hacia adelante y hacia arriba con una ligera espuma en los labios, cruzando el cerro más alto del Pelión y bajando a toda prisa por la otra ladera. Finalmente llegó a un acantilado y se arrojó al mar. La tripulación de un barco corintio divisó los dos cuerpos que flotaban en el agua y los llevó a Corinto para darles sepultura; allí el rey Sísifo instituyó los Juegos ístmicos en honor a Melicertes. Ino, a causa de su suicidio y del asesinato de su hijo, llegó a quedar asimilada a la diosa a quien había servido, y fue adorada tanto en Corinto como en Megara como la Diosa Blanca, añadiendo así un nombre más a los innumerables nombres con que se honra a la Madre de todas las cosas. Pero la diosa ordenó a Atamante marchar en dirección al sol poniente y establecerse en algún lugar donde los animales salvajes pudiesen mantenerle. Viajó hacia las montañas detrás de Halos donde se encontró con una manada de lobos que estaba devorando un rebaño de ovejas. Los lobos huyeron cuando se acercó y dejaron las reses muertas para que se las comiera. Así pues se estableció allí y le puso el nombre de Atamante a aquel lugar y creó una nueva familia; pero había muerto incluso antes de que el Argo partiera hacia Cólquide.

La tierra de Ptiótide estuvo en paz durante algunos años y surgió una firme amistad entre los minias y los centauros, porque cuando Creteo les había pedido que volvieran a sus cuevas en el monte Pelión éstos repartieron grano y bellotas comestibles de las provisiones que tenían escondidas, entre los hambrientos minias y les proporcionaron carne de venado y otra caza. Así pues, si de vez en cuando las ninfas de los Peces salían sigilosamente por las noches de sus chozas para unirse a los hombres-caballo en sus acostumbradas orgías de amor en la montaña, los esposos minias no se atrevían a manifestar su resentimiento, y durante la fiesta de la siembra y el festival de la cabrahigadura, estos minias se iban de vacaciones a la playa y no regresaban hasta que todo había concluido.

Creteo murió y fue sucedido por su hijo Esón, cuya esposa Alcimeda era entonces sacerdotisa en lugar de Ino. Durante los juegos fúnebres en honor de Creteo, un centauro ebrio trató de matar a Esón, golpeándolo con un enorme jarrón de vino hecho de barro. Esón se defendió con otro de oro, y le sacó los sesos al centauro. Pero aparte de este incidente, los demás años transcurrieron en calma, hasta que de pronto

todo se volvió del revés con la llegada de los aqueos, con sus armas de hierro y bajo el mando de Pelias, hijo de Poseidón. Una mañana muy temprano, desde su cueva en el monte Pelión, el centauro Quirón vio cómo se elevaba una alta nube de humo de la ciudad de Yolco: entonces subió un siervo, dando traspiés, por el sendero de la montaña para advertir a los centauros del peligro. En nombre de la diosa le entregó a Quirón un niño rubio de unos dos años y le pidió que cuidara de él; iba vestido con una túnica de tela color púrpura y lo llevaba sentado sobre los hombros: era Diomedes, el único hijo superviviente de Esón y Alcimeda.

Quirón tuvo mucho miedo, pero no pudo negarse a cuidarlo. Hizo correr la voz entre su gente de que el niño Diomedes era uno de los magnesios que le había sido enviado para que lo iniciara en los ritos de la hermandad del Caballo; pues entre los hombres-leopardo y los hombres-caballo este intercambio de cortesías era habitual. Le puso por nombre Jasón, que significa «El Curador», esperando, aunque sin confiar, que algún día sería él quien restablecería la paz en Ptiótide.

Por lo menos éste es el relato de los acontecimientos tal como nos ha sido transmitido por una sucesión de poetas merecedores de crédito, los cuales sólo se contradicen en detalles sin importancia. Y algunos dicen que el oficio que ejerció Jasón mientras vivió en el monte Pelión fue el de fabricante de antorchas para la diosa: con su autorización, hería los pinos cerca de la raíz y después de trece meses cortaba la madera impregnada de resma alrededor de la herida dándole luego forma de antorchas fálicas. Esto lo hacía durante tres años consecutivos y finalmente cortaba el corazón del árbol con idéntica finalidad.

3. EL ORIGEN DE LOS OLÍMPICOS

Cuando, viajando en lentas etapas hacia el sur desde lo alto del río Danubio, los robustos aqueos llegaron por fin a las zonas pobladas de Grecia, dejando atrás su último cuartel en Dodona, en la comarca de Epiro, encontraron muchas cosas que no resultaron del agrado de sus corazones salvajes y también otras muchas que les complacieron. Las casas graciosas y bien decoradas, las ciudades con sus fuertes murallas, los barcos rápidos y cómodos, fueron para ellos motivo de asombro e incluso de reverencia; también se alegraron de poder variar su dieta de carne asada y hervida, leche, queso, bayas y ensaladas silvestres con higos secos, pan de cebada, pescado y aceite de oliva. Pero se quedaron pasmados y escandalizados al descubrir que sus primos, los griegos jonios y eolios, que habían entrado en el país antes que ellos, se habían dejado ablandar por su prolongado trato con los nativos. No sólo llevaban ropas y joyas femeninas sino que además parecían considerar a las mujeres como el sexo más sagrado y de más autoridad. Casi todas las funciones sacerdotales las ejercían las mujeres e incluso los dioses de las tribus griegas habían sido declarados hijos y dependientes de la Triple Diosa. A los aqueos les repugnó este descubrimiento y determinaron no caer en el mismo error que sus primos, sobre quienes sus carros y armas de hierro les proporcionaban una superioridad en la batalla. Hasta entonces en Grecia sólo se conocían las armas de bronce y se hacía poco uso del caballo en las guerras por ser un animal sagrado. Las columnas que formaban los carros de los aqueos marchaban a tanta velocidad que fueron ocupando las ciudades amuralladas una por una, antes de que los habitantes de la siguiente pudieran llegar a darse cuenta del peligro.

El rey Esténelo, nuevo señor aqueo del Peloponeso, justificaba el haber arrebatado a la casa henete de Pélope el trono de Micenas declarando que su predecesor no tenía derecho válido a heredarlo: se casó con Nicipa, descendiente por línea materna de Andrómeda, hermana de Perseo el cretense, que había fundado la ciudad, y gobernaba en su nombre.

Pues bien, la Triple Diosa, que en su personalidad de madre Rea había adoptado al dios de los cielos griego Dio, como hijo suyo y le había impuesto en nuevo nombre de Zagreo o Zeus, había mantenido a éste bajo control convirtiéndole en vasallo de Crono, su indolente amante cretense, y proporcionándole varios hermanos mayores, en gran parte antiguos héroes pelasgos, que ocupaban los santuarios oraculares. Pero Esténelo y sus aqueos negaron la tutela de Crono sobre Zeus y sólo reconocieron a Poseidón y a Hades como dioses mayores y hermanos mayores de Zeus, pues éstos habían sido, como él, antiguos dioses del pueblo griego. También negaron que Zeus era Zagreo, hijo de la Triple Diosa: volviendo a la antigua fábula griega de que él era

Dio y que había descendido de los cielos sobre la tierra insensata en forma de rayo, declararon que la tierra no era su madre ya que jamás había dependido de ella, y que él era el dios supremo y original de todas las cosas. Pero este criterio no fue bien recibido por los jonios, los eolios y los pelasgos, quienes insistían en que, en efecto, se trataba de Zeus el cretense, el último de los hijos de la diosa nacido en la cueva de Dicte.

La gran sacerdotisa de la Diosa Madre Rea, en alianza con la gran sacerdotisa de Atenea, la Diosa Doncella, mandó enviados secretos a los grandes sacerdotes de Poseidón y de Apolo, encomendándoles que se suprimiese en seguida la soberanía de Zeus si no querían que un culto monoteísta, semejante al establecido hacía poco tiempo en Egipto por el faraón Akhenaton, destruyera la rica complejidad de la vida religiosa en Grecia: la sacerdotisa se comprometía a que, una vez depuesto Zeus mediante una incursión sobre Dodona, su más sagrada sede, la Diosa Madre instituiría una república divina de dioses y diosas, todos ellos con el mismo grado de importancia, bajo su benigna presidencia. Esta sugerencia fue aceptada por Poseidón y por Apolo, pero Esténelo fue informado a tiempo de la intriga y después de arrestar a los grandes sacerdotes y a las grandes sacerdotisas, los hizo traer encadenados a Micenas. No se atrevió, sin embargo, a condenarlos a muerte, sino que fue a consultar el oráculo de Delfos. El oráculo ordenó que Poseidón y Apolo fuesen desterrados de Grecia durante un año entero y que se convirtieran en siervos mercenarios de extranjeros; mientras tanto su culto debía suprimirse por completo. Este castigo se llevó a cabo en las personas de sus dos sacerdotes; Esténelo los envió a su aliado, el rey Laomedonte de Troya, y éste los empleó como albañiles en la construcción de su palacio: pero se dice que, como buen troyano, no les pagó su salario. Por orden del oráculo, Rea y Atenea fueron atadas públicamente por los cabellos a las ramas de un roble, con los pies sujetos con yunques, hasta que juraran portarse bien. Pero su culto no se suprimió, por el bien de la cosecha.

Los aqueos descubrieron que la Triple Diosa era demasiado poderosa para rechazarla o destruirla, como habían tenido intención de hacer al principio, y durante algún tiempo no supieron qué hacer. Después decidieron, en nombre de Zeus, repudiar a su anterior esposo Dione, y obligar a la diosa a casarse con él, de modo que a partir de entonces él fuera el gran Padre y ella simplemente la madre de sus hijos y mío ya la gran Madre. Su decisión fue aceptada en general por los demás griegos, intimidados por la venganza tomada contra Apolo, Poseidón, Rea y Atenea. Era una decisión de gran importancia ya que autorizaba a todos los padres a convertirse en cabezas de familia y a tener voz y voto en asuntos que hasta entonces se habían dejado enteramente a discreción de sus esposas.

Ares, el dios guerrero de los tracios, y un nuevo dios forjador, Hefesto de Lemnos, fueron declarados como renacidos de esta unión forzada entre Zeus y la

Triple Diosa. También se propuso que el dios Apolo renaciera de esta misma unión, pero los sacerdotes arqueros de Apolo se opusieron a esto porque querían que el oráculo de Delfos fuera independiente de la diosa, y alegaron que Apolo era hijo de Zeus por otra madre, una mujer de la hermandad de la Codorniz de Ceos llamada Leto. Igual negativa dieron los seguidores de Hermes, anteriormente un héroe pelasgo que gozaba de poder sobre los demás espíritus, pero que ahora había sido convertido en el dios heraldo del Olimpo; alegaron que Hermes era hijo de Zeus y de la hija de los Titanes llamada Maya «La Arcadia». Los aqueos aceptaron ambas afirmaciones pero rechazaron la afirmación de que Ares, que odiaba a Zeus, había nacido partenogenéticamente de Hera, pues insistían en que todos los dioses, exceptuando a Zeus, debían tener un padre. Sin embargo la Triple Diosa controlaba los santuarios de un buen número de otros héroes por toda Grecia, y en vistas de que resultaba poco práctico cerrarlos todos, a causa de la devoción de los campesinos pelasgos, se la empezó a conocer ahora, en su nueva personalidad de consorte de Zeus, únicamente como Hera, protectora de los héroes. Para limitar su poder, los adoradores de Zeus alegaron que él era el padre, a través de otras madres, de muchos de estos héroes. Las reivindicaciones contradictorias causaron muchas disputas religiosas en Grecia, y se rumoreó que Hera había retirado su protección de todos los héroes que se vanagloriaban de tener a Zeus por padre. Los griegos se quejaban de ella, diciendo que era una esposa celosa y una madrastra cruel.

Entonces Esténelo envió mensajeros a todos los rincones de Grecia anunciando que tenía intención de convocar una gran conferencia para tratar asuntos sagrados, esperando de esta forma allanar los conflictos más importantes surgidos entre los devotos de las diferentes deidades del país. El lugar elegido fue una ciudad cerca de Pisa, al este del Peloponeso, llamada Olimpia por encontrarse cerca del menor de los montes Olímpicos; allí había un santuario de la Madre Rea, o Gea, el más antiguo de toda Grecia. A la conferencia asistieron todos los jefes griegos y pelasgos y celebraron banquetes juntos más amistosamente de lo que cabía esperar, discutiendo puntos de teología o teogonía. Lo primero que se debatió fue qué deidades merecían pertenecer a la divina familia instalada a partir de entonces en el Gran monte Olimpo bajo la presidencia del padre Zeus. Entre los admitidos a la deidad adulta se hallaba el arrepentido Poseidón. Poseidón había sido un dios de los bosques, pero la gradual disminución de lo~ bosques en las zonas pobladas de Grecia llevó a pensar que lo correcto era entregarle además el gobierno de algún otro departamento de la naturaleza. Se convirtió en dios del Mar (como era natural, ya que los barcos se construyen con leños de los bosques y son impulsados por remos de madera) y se le afirmó en su soberanía casándolo con Anfitrite, la Triple Diosa en su aspecto marítimo; ésta se convirtió en la madre de todos los Tritones y todas las Nereidas, sus hijos. Pero le quitaron el rayo, que antes había sido su arma, y en su lugar se le dio un

tridente para que le sirviera de arpón de pesca: Zeus se reservó el rayo para su uso exclusivo.

El dios Apolo, aunque sin conseguir entrar en la categoría adulta, había mejorado su posición al adueñarse de la mayor parte del culto que hasta entonces se le había debido al héroe Prometeo: se convirtió en patrón de las escuelas prometéicas de música, astrología y arte que habían sido fundadas en las proximidades de Delfos mucho antes de su llegada a aquel lugar, y adoptó la rueda de fuego de Prometeo como uno de sus propios emblemas.

La Triple Diosa en su gracioso carácter de Ninfa no podía quedar excluida de la familia olímpica; pero perdió su antiguo nombre, Mariane, y la obligaron a contraer un indigno matrimonio con Hefesto, el dios forjador lisiado, enano y de cara sucia de hollín, que hasta había sido considerado únicamente como un héroe de Lemnos. Le fue impuesto el nuevo nombre de Afrodita, «La Nacida de la Espuma». Muchos de los presentes también instaron a que la Triple Diosa quedara representada en el Olimpo en su tercer aspecto principal, el de Doncella, y después de algunas discusiones fue admitida como la Doncella Cazadora y conocida con el nombre de Artemisa de la Luna Nueva, pues Artemisa era el principal nombre de la Triple Diosa entre los pelasgos; pero la nueva Artemisa renació como hermana de Apolo, con Leto por madre. Sin embargo, esta concesión no satisfizo a los beodos ni a los atenienses: la Diosa Doncella ejercía sobre ellos una fuerza afectiva tan poderosa en su carácter de Atenea que tuvieron que encontrarle otro puesto en el Olimpo. Después de muchas discusiones fue admitida como Atenea, pero sólo con la condición de que ella también sufriera un renacimiento, negando ser la hija de la Madre y alegando que había brotado, completamente armada, de la cabeza de Zeus; esto se hizo para demostrar que el padre Zeus podía engendrar hijos, incluso hembras, sin tener que recurrir a la matriz femenina, mediante un simple acto de su libre albedrío. Atenea se arrepintió de su intento de derrocar a Zeus y se convirtió en la más obediente y trabajadora de todas sus hijas, y en su más celoso defensor contra la ilegalidad.

Cuando surgió la cuestión del mundo subterráneo, se hizo un intento en nombre de la diosa, en su carácter de Madre Hécate, de reclamarlo como la más antigua e inalienable de sus posesiones. Pero la petición fue rechazada por los partidarios de Zeus, pues temieron que lo pudiera utilizar como base de guerra contra el Olimpo. Se lo adjudicaron al melancólico Hades, hermano de Zeus. No obstante, ya que era imposible dejar a la diosa totalmente fuera de los Infiernos, fue admitida como la doncella Perséfone, aunque sometida a la severa tutela de su tío Hades y con pocas prerrogativas en la administración de sus antiguos dominios. La madre Hécate recibió un trato aun más infame. Puesto que había sido costumbre ofrecerle el sacrificio de perros, fue convertida en un can de tres cabezas atado a las puertas del Infierno y se le impuso el nuevo nombre de Cerbero. La adjudicación de los Infiernos a Hades

causó más disensiones en Grecia que cualquier otra de las determinaciones tomadas en la conferencia, y los pelasgos se quejaron amargamente de su unión con Perséfone diciendo que se trataba de una violación más que de un matrimonio.

La mayoría de los jonios, cuando por primera vez reconocieron la autoridad de la Triple Diosa, habían permitido a sus hijos varones iniciarse en las hermandades secretas pelasgas que la asistían en su culto.

Los eolios habían hecho lo mismo. Cada hermandad tenía un demonio, encarnado en alguna bestia o pájaro cuya carne causaba la muerte al ingerirse, excepto en algunas ocasiones solemnes, y sus miembros se reunían regularmente para realizar danzas dedicadas al demonio, en las cuales imitaban el andar y las costumbres de la bestia o del pájaro sagrado y se disfrazaban con su cuero, o su pelo, o su plumaje. Su jefe representaba al demonio y recibía de él su inspiración. Algunas veces la elección de la hermandad la hacia la propia madre para su hijo antes de su nacimiento si algún animal le había llamado la atención, en sueños o despierta. Pero, por regla general, la hermandad comprendía a todos los miembros varones de media tribu. Así pues, los sátiros de Tesalia y los silenos de Fócide pertenecían a la hermandad de la Cabra; los centauros del Pelión a la del Caballo, algunos de los magnesios a la hermandad del Leopardo, los crisios de Fócide a la de la Foca y en Atenas había hombres-búho. Las mujeres tenían sociedades similares y la diosa no permitía a ninguna mujer que tomara un amante de su misma hermandad —de este modo un hombre-león podía tener relaciones con una mujer de la hermandad del Leopardo y una mujer-león con un hombre-leopardo, pero jamás un hombre-león con una mujer-león ni un hombre-leopardo con una mujer-leopardo—, una regla que sin duda tenía como finalidad unir las desparramadas tribus en una armonía de afectos, con el agradable ir y venir que esta costumbre imponía. Pero en prueba de que todos los demonios de las diferentes hermandades estaban sometidos a la Triple Diosa, todos los años se celebraba un holocausto en honor suyo: cada hermandad enviaba su animal macho sagrado, bien atado, al santuario más próximo para quemarlos allí todos juntos en una crepitante hoguera.

Los aqueos miraban con natural recelo a estos demonios por su lealtad a la Triple Diosa y por el promiscuo amor que infundían en sus adoradores. El rey Esténelo adoptó la política de suprimir cuantas sociedades pudiera y de someter el demonio de todas las que quedaban a algún miembro de la familia olímpica. Así pues, alegó que Zeus no sólo poseía su carácter de carnero por el hecho de haber sido adorado por pastores, sino que además podía perfectamente ser venerado como toro, águila, cisne, palomo y gran serpiente. A Hera se le permitió retener su poder sobre el león, el cuco, y el torcecuellos. A Apolo, que anteriormente había sido un demonio ratón, le concedieron las identidades de lobo, abeja, delfín y halcón. A Atenea le fueron concedidas las de cuervo, garza y búho, y más tarde le quitó el cuco a Hera. A

Artemisa le dieron el pez, el ciervo, el perro y el oso. A Poseidón el caballo y el delfín.

A Hermes el lagarto y la serpiente pequeña. A Ares el jabalí, y así sucesivamente. Los pelasgos se encolerizaron cuando Poseidón se adjudicó el título de dios Caballo y, como protesta por este hecho, colocaron una efigie de la madre de Cabeza de Yegua llamada Yegua Furiosa en una de sus ciudades, pues el caballo proclama sin lugar a dudas la soberanía de la Triple Diosa por la luna que imprimen sus cascos. Estos y otros cambios desconcertantes en la religión griega, que incluían la inauguración de un nuevo calendario, fueron explicados a los visitantes congregados en Olimpia en un espectáculo solemne, organizado por los heraldos del dios Hermes, con el cual pusieron fin a la conferencia. Hubo una representación pantomímica de la castración, por mano de Zeus, de su supuesto padre Crono —después de lo cual felicitaron a Zeus coronándolo con ramas de olivo silvestre y tirándole hojas de manzanos—, de los matrimonios de Hera y Zeus, de Poseidón y Anfitrite y de Hefesto y Afrodita; de los renacimientos de Ares, Hefesto y Atenea; de la sumisión de las bestias y de los pájaros, nada uno ante su nuevo amo o señora —en resumen, de todas las novedades mitológicas que se habían acordado. Estas representaciones terminaron con una animada exhibición de los doce olímpicos sentados juntos a la mesa, llevando las vestiduras apropiadas a sus nuevas caracterizaciones y atributos. Cada deidad estaba representada por algún rey, sacerdote o sacerdotisa, y el papel de Zeus lo desempeñaba Esténelo de Micenas, que en una mano llevaba el áureo cetro de Perseo con cabeza de perro y en la otra el escudo de la aversión con una cara gorgónea.

El festival olímpico dio lugar a grandes pruebas de atletismo entre los jóvenes de cada una de las ciudades y colonias de Grecia: los Juegos Fúnebres en honor de Crono. Las competiciones, conocidas como los Juegos Olímpicos, fueron organizadas por el joven Alceo de Tirinto, el principal campeón varón de la Triple Diosa y descendiente por línea materna de Andrómeda. Él mismo ganó las carreras pedestres y las competiciones de lucha. Alceo, un hombre de fuerza y estatura descomunales, jefe de la hermandad del Toro en Tirinto, había llegado a Olimpia profiriendo amenazas contra los enemigos de la diosa; pero, como casi siempre ocurre con hombres fuertes e impetuosos, fue engañado con facilidad. Los partidarios de Zeus le hicieron comer y beber en abundancia y le indujeron a creer que los había forzado a otorgarle muchas e importantes concesiones a la diosa en su nueva posición —y en efecto, Alceo había hecho más por ella que ninguno otro—: había amenazado con destruir la sala de conferencias con su maza de olivo forrada de metal a no ser que se acordara que no fuera mayor el número de dioses que de diosas en el Olimpo. Así pues, cuando los aqueos introdujeron a Ares, Hefesto y Hermes en la familia olímpica, Alceo introdujo a la Triple Diosa en dos aspectos más: como Deméter,

diosa madre de los Cereales y madre de Perséfone, y como Hestia, diosa del Hogar. De este modo había seis dioses y seis diosas[1] en el nuevo Panteón. Pero quedó claro a los ojos de todos que Alceo había sido engañado al verse obligado a aceptar, en nombre de la diosa, mucho menos de lo que a ella le correspondía, pues ahora tanto en el cielo como en el mar, y tanto en el mundo subterráneo como en la tierra, estaba sometida a la tutela masculina; y cuando la gran sacerdotisa de la Triple Diosa en Olimpia, sentada con el cetro de cuco en la mano, en la divina fiesta de Hera, le preguntó si había actuado por traición o por estupidez, él le disparó una flecha que le atravesó los dos senos (una acción vergonzosa que atrajo sobre él la peor de las suertes). Más tarde Alceo se hizo famoso bajo su nuevo nombre de Hércules o Heracles, que significa «Gloria de Hera», nombre que adoptó cuando dejó la hermandad del Toro y se convirtió en un hombre-león, con la esperanza de aplacar la ira de la diosa a quien había lastimado.

En todas partes se murmuraba en contra de esta reforma general de la religión, pero los aqueos amedrentaron con la fuerza de las armas a quienes se quejaban, y los oráculos confirmaron unánimemente las innovaciones. Las palabras de más peso fueron pronunciadas por el oráculo de Apolo en Delfos, cuya posesión había dejado de ser una humillación para este dios y se había convertido en fuente de gloria y de poder; y del propio oráculo de Zeus en Dodona, en Epiro, se daba respuesta a las consultas mediante el rumor de las hojas de un roble sagrado y el augurio de palomas negras. No sobrevino ninguna revuelta armada en Grecia como había sucedido una o dos generaciones antes, cuando un grupo de mujeres pelasgas, llamadas desde entonces equivocadamente amazonas, asaltaron Atenas por no estar de acuerdo con las innovaciones del rey jonio Teseo; o cuando, en tiempos del rey Pélope, el henete, las Danaides, ninfas del río, obligadas a casarse con los albañiles egipcios del rey, los habían asesinado a todos menos a uno en su noche de bodas. Solamente cuatro reyes se negaron a reconocer el nuevo orden olímpico: Salmoneo de Elide, hermano del rey Atamante, Tántalo, hijo del héroe jonio Tínolo, que últimamente se había establecido al otro lado del mar, en Lidia, Eetes, el rey de Cólquide, pero anteriormente de Efira, que era de origen cretense, y Sísifo, rey de la Asopia corintia, el sobrino de Eetes.

Los cuatro fueron maldecidos por los oráculos. A Tántalo, que había ridiculizado la fiesta de los dioses, se le negó universalmente el agua y el fuego, y de este modo murió de inanición; Salmoneo, había ultrajado a Zeus al crear su propia tormenta de lluvia con los truenos artificiales producidos por el entrechocar estrepitoso de jarras de metal, y fue apedreado hasta morir. A Sísifo le obligaron a trabajar como obrero en las canteras de mármol de Éfira, donde permaneció durante años, hasta que un día le aplastó una piedra al caer. Su delito consistía en no haber guardado el secreto exigido a todos los miembros de la conferencia: había mandado aviso oportunamente al colegio de las ninfas de los Peces en Asopia de que los aqueos pretendían raptarlas

para llevárselas a la isla de Egina y allí prostituirlas de acuerdo con su ceremonial. Sísifo también había encadenado a un sacerdote de Hades que vino a arrebatarle a una sacerdotisa de Hécate su santuario de los Infiernos; y cuando Esténelo, su señor, mandó a un heraldo para que liberase al sacerdote y le recordara a Sísifo que Hades era ahora el único gobernante del mundo subterráneo, Sísifo tuvo la audacia de prohibir a todos sus familiares que le enterraran cuando muriera porque, según decía, prefería la libertad de vagar como fantasma por las riberas del Asopo. En cuanto a Eetes de Cólquide, éste vivía lo suficientemente lejos como para poderse reír del oráculo.

Algunos poetas han asegurado que se celebraron muchas conferencias en Olimpia y en otros lugares, y no sólo una, antes de que pudiera quedar terminada la reforma, y que muchos de los incidentes representados en la pantomima final ya habían sido implantados en la religión nacional en tiempos de los eolios y de los jonios. Otros niegan que se celebrara siquiera una sola conferencia y mantienen que todas las decisiones sobre asuntos que afectaban a la familia divina en el Olimpo fueron tomadas por Zeus en persona sin ningún consejo humano. ¿Quién puede decir dónde se encuentra la verdad en todo esto? Lo que si es cierto, es que el poder de Zeus quedó firmemente establecido en toda Grecia, y que ningún juramento público tenía validez si no se hacía en su nombre.

El gobierno de la provincia de Ptiótide, desde Yolco, en el norte, hasta Halos, en el sur, recayó en un aqueo llamado Pelias, que había representado el papel del dios Poseidón en la fiesta divina de Olimpia y, que había ganado la carrera de caballos en los juegos. Se comportó de forma desdeñosa con los minias locales después de haber matado a los más peligrosos; sin embargo, no condenó a muerte a Esón, hijo de Creteo, rey de los minias, contentándose simplemente con casarse con una hija de Atamante y de Néfele y con actuar como regente de Esón. Puesto que Esón no tenía ningún hijo superviviente (o al menos esto es lo que se suponía), Pelias se convirtió en su heredero y esperaba que algún día sus propios hijos le sucederían como gobernantes indiscutibles del país.

Se dio el caso de que el propio Pelias podía considerarse un minia y, efectivamente, era hermanastro de Esón. Tiro, madre de ambos, mujer del rey Creteo, había estado visitando un colegio de ninfas de las Garzas tesalias en las riberas del Enipeo unos años antes, cuando fue arrebatada por un grupo incursor de aqueos. La prostituyeron en un templo de Poseidón y cuando descubrieron que estaba encinta la hicieron regresar a pie a casa de su esposo. Junto al camino dio a luz a dos mellizos pero se sintió avergonzada de llevárselos a Creteo y los abandonó. Un pastor de caballos que acertó a pasar por allí montado en su yegua los descubrió; se los llevó a su esposa y los llamó Pelias y Neleo —Pelias, que significa «sucio» porque la yegua había tirado un terruño de barro a la cara del niño; Neleo, que significa «cruel» por la

mirada fija de sus ojos—. Sidero, la mujer del pastor, acababa de perder a su propio hijo y accedió a criar a los mellizos, pero no tenía leche suficiente para los dos. El hecho de que tuvieran que mamar por turnos de la perra loba del pastor fue lo que se dio luego como explicación de la ferocidad de carácter de los dos niños.

Dos días más tarde Tiro volvió con la intención de enterrar a sus hijos y así poderse proteger contra sus resentidos espíritus. Cuando los halló vivos en la casa del pastor se llenó de alegría, pues se había arrepentido amargamente de su acto y pidió que le fueran devueltos. Pero Sidero rechazó las grandes recompensas que Tiro le ofrecía y la despidió con una paliza. Cuando Pelias y Neleo tuvieron edad de comprender y les contaron toda la historia, mataron a su madre adoptiva Sidero en castigo por su crueldad hacia Tiro. Marcharon corriendo a unirse a los aqueos, ante los cuales se presentaron como hijos de Poseidón por haber nacido de una prostituta del templo y obtuvieron altos rangos. Cuando los aqueos invadieron Hélade, Pelias, en virtud de su sangre minia, reclamé el reino de Ptiótide y Neleo el otro reino minia de Pilos. Pero la Diosa Madre odiaba a Pelias porque había violado uno de sus santuarios al matar a Sidero mientras ésta se aferraba a los propios cuernos del altar de la luna.

4. JASÓN RECLAMA SU REINO

Una vez más les fue prohibido a los centauros del monte Pelión disfrutar de la compañía de las esposas de los minias, costumbre que Pelias consideraba indecente y que no estaba dispuesto a permitir. Pero, como él mismo decía «incluso estos desgraciados salvajes no pueden vivir sin tener de vez en cuando relaciones con mujeres», les animó a que raptaran a mujeres de sus antiguos enemigos, los lapitas de Tesalia, gobernados ahora por una aristocracia minia. Pelias consideraba a los lapitas unos vecinos inquietos e insolentes, y le alegraba ayudar a los centauros en sus incursiones.

Un día Pelias hizo una visita ceremonial a los centauros y conoció a su jefe; Quirón, en el recinto de la Diosa Blanca de Cabeza de Yegua, en el Pelión. Quirón persuadió a Pelias a entrar en el santuario y consultar el oráculo. Para divertirse, Pelias le preguntó a la diosa cómo iba a morir y explicó a sus compañeros que su razón para hacerle esta pregunta no era que necesitase ninguna información, sino que quería comprobar la veracidad de la diosa. Ya había sido informado de los detalles exactos de su muerte por el oráculo del padre Zeus en Dodona, y ¿quién podía atreverse a contradecir al omnipotente y omnisapiente Zeus?

La respuesta que dio la diosa fue ésta:

—¿Cómo puedo decirte, Pelias, lo que pretendes saber ya por boca de mi hijo? Sin embargo, déjame prevenirte contra el hombre de una sola sandalia: él te odiará y no descansará hasta que su odio te convierta en picadillo.

Pelias hizo poco caso de los gruñidos de esta «vieja de tres almas», pues así la llamaba este blasfemo, porque su religión, según decía, estaba en decadencia en todas partes y en especial porque no podía reconciliar su profecía con la solemne aseveración de Zeus de que ningún hombre levantarla jamás la mano en violencia contra él y que, en su vejez, le sería concedida la elección de la hora y de la forma de su muerte. No obstante, tuvo la prudencia de ordenar que no se permitiera jamás la entrada en Ptiótide a ningún etolio, bajo ningún pretexto, pues los etolios, para asegurarse la buena suerte, en sus bailes y en sus marchas, se calzan solamente el pie izquierdo.

Unos días más tarde Pelias tuvo un curioso recordatorio del poder de Zeus. El gran sacerdote de Apolo llegó a Yolco a pie, nuevamente vestido como siervo mercenario, y rechazó los ricos platos de carne asada y la buena bebida que Pelias le ofreció en atención a su alto rango; se sentó junto al hogar con los criados y comió despojos. Iba de camino a la fortaleza de Feras, en Tesalia, donde vivía Admeto el minia, yerno de Pelias, sufriendo en su persona un segundo castigo de Zeus. La historia era la siguiente:

Los sacerdotes de Hades se quejaron en Dodona que Esculapio, uno de los hijos de Apolo nacido de una prostituta del templo, había fundado una escuela de medicina en Delfos. Acusaban a Apolo de fomentar el estudio de la medicina y de la cirugía a fin de disminuir el número de muertos, especialmente de niños, privando así al sacerdocio de los infiernos de sus gajes y honorarios. Por lo visto, Esculapio, a petición de una pobre viuda, había asistido al funeral de su único hijo que había perecido ahogado. Los sacerdotes de Hades ya habían empezado con sus ensordecedores lamentos pero Esculapio se negó a considerar al muchacho como muerto. Le hizo expulsar el agua que tenía dentro y movió sus brazos de un lado a otro como si aun estuviera con vida, consiguiendo así que volviera el aliento a su cuerpo. El muchacho se incorporó y estornudó, y Esculapio entonces lo dedicó al servicio de Apolo.

El oráculo de Dodona emitió una respuesta favorable a los querelladores, ordenando el cierre de la escuela, pero Esculapio se negó a aceptar esta decisión como genuinamente oracular. Protestó diciendo que Hades se hacía finalmente con todas las almas, y que cuantas más vidas infantiles salvaba Apolo, más niños nacerían en un futuro, todos los cuales también acabarían siendo presas de Hades. Este argumento molestó a Zeus porque era incontrovertible y sólo se podía responder con la violencia. Inmediatamente envió un destacamento de guardias del templo desde Dodona hasta Delfos para allí dar muerte a Esculapio y también al muchacho cuya vida había salvado. Los arqueros de Apolo lanzaron un ataque de represalia sobre Dodona, matando con sus flechas a todos los hijos de los Cíclopes, los forjadores de Dodona, que construían los muebles sagrados para los altares de Zeus, Poseidón y Hades y que se llamaban Hombres del Ojo Único porque trabajaban con un ojo protegido contra las chispas que saltaban de sus yunques.

Entonces el oráculo de Zeus amenazó a Apolo con la extinción si no se humillaba y trabajaba de nuevo como criado durante un año entero: esta vez el castigo se cumpliría en la provincia más salvaje de Grecia —que según el gran sacerdote era el reino minia de Feras— y durante ese año el oráculo permanecería en silencio. Al gran sacerdote no le quedó más remedio que someterse. Es posible que eligiera Feras como su lugar de servidumbre porque Admeto, rey de Feras, le debía un favor. En una ocasión Admeto había ofendido sin saberlo a la hermana de Apolo, la diosa doncella Artemisa, al omitir los sacrificios propiciatorios en su honor cuando se casó con Alcestis, la hija mayor del rey Pelias. La diosa había castigado a Admeto haciendo que al entrar en la cámara nupcial no encontrase en el lecho más que un cesto lleno de víboras, y al principio se negó a devolverle a Alcestis. Admeto entonces se dirigió a Delfos con ofrendas y suplicó a Apolo que intercediera ante su divina hermana, cosa que Apolo cumplió. Así pues, ahora, en compensación, Admeto hizo que la servidumbre del gran sacerdote fuera lo más agradable posible y se ganó

su eterna gratitud.

Pasó mucho tiempo antes de que ninguna otra deidad (exceptuando la Triple Diosa, que permaneció implacablemente hostil), se atreviera a disputar la autoridad de Zeus: pero Apolo jamás ha olvidado el insulto que tuvo que tragarse en aquella ocasión y ha sido profetizado entre los bárbaros que algún día hará causa común con la Triple Diosa y castrará a Zeus tan despiadadamente como éste lo hiciera con su padre Crono. Apolo, según la profecía, utilizará la hoz de oro que está guardada en el templo de Zeus en Hilos, en Corfú, y que, según dicen, es el auténtico instrumento utilizado por Zeus contra Crono. Pero Apolo ha aprendido a ser cauteloso y espera la hora propicia. En la entrada del Santuario Umbilical están escritas estas palabras: «Nada con exceso». Y se ha dedicado al estudio de las ciencias.

En el siguiente solsticio de invierno, cuando el monte Pelión estaba coronado de nieve, al igual que el monte Otris, que se halla muy distante, al otro lado del golfo en dirección sudoeste, Pelias celebró el acostumbrado festival en honor de las deidades de la comarca. Dedicó especial reverencia a su padre Poseidón y dio prioridad sobre las demás a la diosa doncella Artemisa. Puesto que el pez estaba ahora consagrado a Artemisa, le rededicó a ella el colegio de las ninfas de los Peces en Yolco, poniéndolo bajo la dirección de la vieja Ifias, su tía materna, hija de un rey de Argos. Pelias se vio obligado a cometer tres extrañas omisiones en la lista de invitados inmortales que probarían los asados de ternera, cordero y venado en los suntuosos festejos públicos. La primera omisión fue el nombre del propio Zeus. Esto fue porque algunos años antes, en tiempos del rey Atamante, el dios había tenido la mala fortuna (como decía Pelias) de ser descubierto en el Pelión por su madre de Cabeza de Yegua cuando dormía una agradable borrachera; en su vergüenza por encontrarse totalmente desnudo —pues se había sacado el vellocino de oro para aliviar el calor de su cuerpo y lo había arrojado al suelo—, le había cedido a ella su santuario y se había retirado, envuelto en unas nuevas y sobrias vestiduras de lana negra, al monte Lafistio. «Y hasta que el padre Zeus no vuelva públicamente al Pelión y despache a la diosa de Cabeza de Yegua», decía Pelias, «considero prudente ofrecerle únicamente sacrificios privados». Pero como no quería dar la impresión de haberse puesto del lado de la Madre en su disputa con Zeus, la segunda y la tercera de las omisiones fueron los nombres de la diosa en sus caracteres de Hera y Deméter. Hizo esta omisión —que era aun más extraña que la omisión de Zeus— porque el festival de invierno había estado dedicado en su origen únicamente a la diosa sin ofrecerle ningún sacrificio propiciatorio, pues quería demostrarle que ni temía sus oráculos ni tenía intención de buscar sus favores. Pero a Zeus le ofreció en privado un sacrificio en su sala de banquetes durante el que quemó toda la carne de un magnífico buey sin probar ni un solo bocado.

Esperando haber evitado el descontento del Padre, Pelias bajó entonces a la plaza

del mercado, donde las hogueras de leños secos de pino ya crepitaban, a punto para asar los cuerpos de las hermosas bestias que había elegido para sacrificar a los otros olímpicos. Entre la alegre multitud de la fiesta reparó en un extraordinario forastero —joven, alto y apuesto—, cuyos rasgos creyó recordar como si los hubiera ya visto en sueños, que iba armado con dos lanzas con hoja de bronce. A juzgar por su túnica y sus calzones apretados de piel de ciervo y por su capa de piel de leopardo, parecía un magnesio perteneciente a la hermandad del Leopardo que había bajado de las montañas sobre el lago Boebe; sin embargo, su larga melena rubia era prueba de que había sido iniciado en la hermandad del Caballo de los centauros. «Qué raro —pensó Pelias—; lo hubiera tomado por un griego, con ese pelo rubio, esa nariz recta y esas extremidades tan grandes». El forastero miraba a Pelias fijamente y de modo desconcertante, pero éste no se dignó saludarle.

Pelias ordenó que llevaran las enguirnaldadas víctimas al altar, donde había colocado varios montones de igual tamaño de cebada tostada y uno que era dos veces mayor que los demás. Roció con sal la cabeza de las bestias, mencionando al hacerlo el nombre de cada dios o diosa; luego su ayudante los desnucó con un hacha y a continuación el propio Pelias les cortó la garganta con un cuchillo curvado de sílex. Al hacerlo les volvía la cabeza hacia arriba pues se trataba de un sacrificio a los dioses olímpicos, no a las deidades ni a los héroes de los Infiernos. Finalmente quemó la ofrenda de los huesos del muslo, bien envueltos en grasa, y de parte de las entrañas; pero cada bocado de la carne se destinaba a los propios adoradores. La costumbre de rociar con sal a las víctimas del sacrificio para así sazonarlas era una innovación introducida por los aqueos; antes de su llegada ninguna deidad lo había exigido y la Triple Diosa sigue rechazando cualquier ofrenda salada que se le haga.

Una vez terminados estos sacrificios, el forastero abordó a Pelias con audacia y le preguntó:

—Rey Pelias, ¿cómo es que ofreces sacrificios a todas las demás deidades, pero te olvidas de la Gran Diosa tal como la veneran los pelasgos?

Pelias respondió:

—Hombre sin ojos, ¿no has observado que tampoco se ha ofrecido ningún sacrificio al padre Zeus? ¿Crees que estaría bien invitar a la esposa a una fiesta (pues debes saber que la Gran Diosa es ahora consorte de Zeus) y no al marido? Este sacrificio ha sido en honor de mi padre Poseidón y de los dioses olímpicos menores cuyos nombres me has oído invocar. El forastero dijo:

—Quizás has hecho bien en no ofrecerle ningún sacrificio a Zeus si lo que me han dicho es cierto: que detesta aparecer por estos contornos desde el día en que su madre le vio desnudo durante una borrachera.

Pelias miró de arriba abajo al forastero, pues sus palabras habían sido tan audaces que casi rozaban la impiedad, hasta que su mirada se detuvo repentinamente en sus

pies: llevaba sólo una sandalia.

Inmediatamente le preguntó su nombre y el forastero respondió:

—Hazme cualquier pregunta menos ésta, Barba-gris, y procuraré contestarla.

Pelias hizo una pausa para reponerse de su perplejidad y luego inquirió con voz entrecortada:

—Forastero, ¿qué harías si estuvieras en mi lugar? —nadie, jamás, en toda su vida, le había hecho frente de este modo.

El forastero se rió con insolencia, tiró al aire, con un solo movimiento, sus dos lanzas con mango de serbal, las volvió a coger y respondió:

—Yo enviaría una expedición en busca del vellón, con órdenes a su comandante de que no regresara hasta haber encontrado la lana de oro, aunque para ello tuviese que navegar hasta el otro extremo del mundo —quizás hasta Cólquide donde se encuentran los establos de los caballos que tiran del carro del Solo descender hasta lo más profundo de la tierra donde, de acuerdo con nuestra nueva teología, la Decimotercera Deidad tiene su oscuro y horrible imperio.

—Una sabía sugerencia —dijo Pelias, esperando que una respuesta irreflexiva a la próxima pregunta causaría la ruina del forastero—. Y dime, ¿darías quizás el mando de la expedición al hombre más audaz de tus dominios?

—Tendría que tratarse del hombre más audaz de toda Grecia, creo yo —respondió el forastero con el mismo atrevimiento—, para emprender tal tarea.

—Tú eres ese hombre —exclamó Pelias.

—¿Yo? —preguntó el forastero, desconcertado.

—Tú —dijo Pelias—,-, que has venido armado y solo a un festival donde no se permiten las armas, que te has dirigido al gobernante de la ciudad llamándole Barba-gris y negándole tu nombre, que te has mofado, sin darle importancia, del padre Zeus, que es el rey del Cielo y el principal dios de Grecia, ciertamente has demostrado ser el hombre más audaz de todo el mundo y no sólo de mi reino de Ptiótide.

El joven respondió con vehemencia:

—Jamás me he acobardado ante una aventura. Sin embargo, no iré en busca del vellocino de oro a no ser que jures que a mi regreso —pues no pienso volver con las manos vacías, de esto puedes estar seguro me entregarás la regencia de este reino.

Pelias replicó:

—Pero, necio, yo no puedo comprometerme a este absurdo. La ley dice que mi reino sólo puede gobernarlo un minia, un miembro de la familia real. Cuando muera mi hermano Esón yo heredaré el título además del poder del rey porque ahora soy su heredero más próximo de sangre minia, mis camaradas mataron a sus dos hijos y a dos hermanos que tenían más derecho que yo al trono; y cuando yo muera, el reino pasará debidamente a Acasto, mi hijo mayor.

El forastero negó lentamente con la cabeza:

—Creo que no será así —dijo.

Pelias preguntó:

—¿Por qué niegas con la cabeza y dices que crees que no será así? Ni siquiera un dios puede alterar las leyes de la herencia.

El desconocido explicó:

—Cuando tenía dos años, un sirviente de palacio me salvó en secreto del saqueo de esta ciudad y me entregó al cuidado de los centauros, quienes se ocuparon muy bien de mí. Durante dieciséis años he estado bajo la tutela de Quirón, hijo de Fílira. Hoy he bajado a Yolco, al festival, donde esperaba poder participar en el sacrificio en honor a la diosa. Ruego excuses mí ruda apariencia: mi túnica de piel de ciervo se ha desgarrado al engancharse entre las ramas de un acanto en mi rápido descenso y además parece ser que he perdido una sandalia, tal vez en el barro del crecido Anauro cuando lo vadeaba. Soy Diomedes, el único hijo superviviente de tu hermano Esón, pero Quirón me ha puesto el nombre de Jasón. Yo, y no tú, soy el heredero más próximo al trono minia.

—No irrites a los dioses con tus bobadas —dijo Pelias—. Todo el mundo sabe que Diomedes murió en el incendio del palacio y que se le enterró y se le lloró debidamente.

—No fue Diomedes quien murió —dijo Jasón sino el hijo de una esclava. En mi zurrón llevo mis vestidos de niño, de lana púrpura, que no han sido tocados por el fuego, en prueba de la veracidad de mi historia.

A Pelias le dio un vuelco el corazón, pero tuvo miedo de mostrarse enfadado o de hacerle algún daño a Jasón en una ocasión tan sagrada. Se contentó con decir secamente que Jasón debía tener muy mala opinión de su valor si esperaba que renunciara a todas sus riquezas de oro, joyas, ganado y grano sin antes luchar por ello.

Jasón respondió:

—Pero, tío, yo no he dicho nada de quitarte tus riquezas. Guárdalas, son tuyas y puedes hacer con ellas lo que te plazca. Lo único que quiero es que me reconozcas como heredero de mi padre. Y ya que a mi padre no le ha parecido oportuno vengar en ti el asesinato de sus hermanos e hijos, tampoco estaría bien que lo hiciera yo.

Jasón dijo estas palabras con inocencia, pues la ruda vida de las montañas no le había enseñado que un rey sin riquezas es como una lanza sin punta. Un rey necesita una renta para pagar a sus soldados y servidores y para proporcionar hospitalidad a los príncipes que le visitan y ofrecer sacrificios a los dioses y para gastar en cientos de cosas más.

Pelias no sabía si Jasón era muy ingenuo o muy astuto, y durante algún tiempo permaneció en silencio. Luego se echó a reír y le abrazó de forma muy amistosa, dándole la bienvenida a su ciudad natal con fingidas muestras de alegría. Pero

mientras lo acompañaba a la casa donde Esón estaba guardando cama, empezó a suspirar profundamente y dijo:

—Jasón, Jasón, ¿por qué no confesaste en seguida de quién eras hijo? Entonces jamás te hubiera hecho la pregunta a la cual, inspirado por algún dios (quizás por mi propio padre Poseidón, el invitado principal de nuestra fiesta), has dado una respuesta ante testigos de la que ahora no puedes retractarte. No te queda más remedio, pues, que salir en busca del vellocino perdido y al regresar, atraído por las esperanzas y las oraciones de todo este pueblo, de buena gana dimitiré de la regencia de Ptiótide en tu favor y me convertiré en tu leal y fiel camarada.

En el rostro de Jasón se dibujó una expresión de desánimo cuando comprendió cuán caramente había de pagar sus indiscretas palabras y entonces, con la intención de hacerle ver que el rescate del vellocino era una tarea imposible, Pelias se puso a hablarle del rey Eetes y de su hostilidad contra los griegos.

Dos años después de que Hele y Frixo hubieran escapado de Yolco, Creteo, el regente, recibió noticias de que Hele se había ahogado en el estrecho Troyano, pero que Frixo había entregado el vellocino al rey Eetes, hijo de Eleo, rey de Cólquide el cual había puesto el obsequio bajo la protección del héroe Prometeo. Al recibir estas noticias Creteo había debatido con sus jefes sobre los pros y contras de exigirle el vellocino a Eetes, pues tenía el presentimiento de que la suerte de los minias dependía del vellón; pero decidieron no arriesgarse a despertar la cólera de la Diosa Blanca y, en consecuencia, no hicieron nada. No obstante, unos años más tarde Eetes se enteró de que su sobrino Sísifo, a quien le unían los más solemnes juramentos de amistad, había sido destituido y esclavizado por negarse a reconocer el reciente sometimiento de la Triple Diosa a sus anteriores hijos, Zeus, Posición y Hades. Estas noticias le enfurecieron, pues Sísifo había sido el rey de Asopia, la parte occidental del doble reino de Corinto, mientras que la otra mitad, que comprendía el istmo y la ciudad de Efira, le pertenecía a él. Eetes había dejado sus tierras a cargo de su viejo amigo Butio, pero Sísifo había actuado como regente del pueblo. Así pues, Eetes juró dar muerte despiadadamente a la primera tripulación de marinos griegos que se atreviera a venir a Cólquide, a no ser que trajeran noticias de la puesta en libertad y restauración de su sobrino Sísifo. Pero lejos de dejar a Sísifo en libertad o de restaurar la vieja religión en Corinto, el nuevo gobernador aqueo lanzó una proclama negando que la ciudad hubiera sido fundada, como creía todo el mundo, por una sacerdotisa de la diosa doncella Efira. Aseguraba, por el contrario, que el fundador era un campeón llamado Corinto, devoto de Zeus, al cual Efira había arrebatado la gloria, y que el nombre original, Corinto, que ahora se aplicaba al reino entero, debía ser restituido. Confiscó las tierras del rey Eetes, alegando que no tenía derecho a ellas porque su título, que derivaba de Efira, ya no tenía validez; y Asopia pasó a manos de su amigo Creonte que se casó con Glauce, la hija de Sísifo, a pesar de la oposición de

ésta.

Desde entonces no habían habido comunicaciones directas entre Cólquide y Grecia y los troyanos actuaron como intermediarios para el comercio. Esto representó un gran perjuicio para los griegos, pues mientras que antes los troyanos percibían una quinta parte del valor del cargamento como derecho de tránsito, ahora vendían las mercancías colquídeas a los comerciantes griegos por un precio dos o tres veces mayor al que habían pagado por ellas. Troya era una poderosa fortaleza construida con grandes bloques de piedra por albañiles egipcios, como Micenas y otras ciudades griegas, y estaba muy bien guardada. Los griegos amenazaron con enviar una expedición que destruyese la ciudad si los troyanos no se comportaban más razonablemente; pero aun no se sentían lo suficientemente fuertes como para llevar a cabo su amenaza. Se decía que el rey Eetes había firmado un pacto con los troyanos mediante el cual prometía no comerciar con ninguna otra nación occidental más que la suya, con la condición de que le pagaran un buen precio por sus mercancías y que protegieran los estrechos contra cualquier expedición punitiva que pudieran mandar los griegos contra Cólquide.

Pelias expuso todas estas circunstancias a Jasón, suspirando profundamente mientras las iba relatando. Esperaba que Jasón, desanimado por las dificultades de la empresa, se escabulliría y regresaría de nuevo al Pelión y a la compañía de sus amigos los centauros, quedando así tan desacreditado a los ojos de los minias que nunca más podría presentarse en la plaza del mercado de Yolco. O mejor aun, se sentiría tan herido en su honor que intentaría realizar el viaje para recobrar el vellocino, cosa que sin duda, pensaba Pelias, acabaría en desastre. Aunque consiguiera eludir a los vigilantes troyanos en el viaje de ida, ¿cómo iba a persuadir a Eetes de que le entregase el vellocino mientras aun tuviera un ejército y una flota tan poderosos? Y suponiendo que se diera el caso, imposible de creer, de que Jasón lograra robar el vellocino mediante un golpe de audacia, ¿cómo iba a pasar por el Helesponto por segunda vez? Los troyanos le estarían esperando, y, después de examinar su cargamento, lo retendrían hasta que llegara la flota colquídea que le estaría persiguiendo, y entonces le matarían. Pues no se conoce otra ruta para salir del mar Negro que no sea la del Bósforo y el Helesponto.

Pelias pensó que sin duda le había tendido a Jasón una buena trampa. No obstante, Jasón se enfrentó a los hechos con valor y le dijo:

—Querido tío, olvidemos estos tristes pensamientos y entremos juntos a la casa de mis padres cuyos rostros no he visto desde que era un niño de dos años. Tengo ganas de abrazarlos y de recibir su bendición.

Así pues, mientras se asaban las carnes de los sacrificios sobre las hogueras de la plaza del mercado, girando lentamente sobre los espetones, despidiendo un agradable olor y un sonido silbante, Pelias acompañó a Jasón a la modesta casa de sus padres a

quienes saludó con reverencia. Alcimeda se volvió loca de alegría al ver de nuevo a su único hijo, y le estrechó febrilmente contra su pecho; pero Esón, que se había incorporado en el lecho donde yacía dormitando sobre un montón de mantas se dejó caer otra vez y volvió la cara contra la pared. Mientras Jasón había estado con los centauros, Esón había pensado en él con paternal afecto y con esperanza, pero ahora que había bajado intrépidamente de la montaña y había revelado su identidad a Pelias, Esón se sintió dominado por dudas y temores y casi sintió odio hacia él. Temía que Pelias le pediría cuentas por no haberle comentado jamás el engaño del funeral y que aprovecharía el primer pretexto que se le ocurriera para condenarlos a él y a Jasón a muerte. Así pues, Esón murmuró algo ininteligible por encima del hombro y no prestó atención alguna a las elocuentes protestas de lealtad que profería Pelias como tampoco a sus felicitaciones por la vuelta de Jasón, casi del reino de los muertos. Cuando Pelias alabó a Jasón abiertamente por su fuerza, belleza y valor, Alcimeda se llenó de júbilo olvidando qué mala suerte suelen traer estas alabanzas y que los genios siempre andan por ahí, en forma de moscas azules, mariposas o mosquitos, para llevar las noticias a los celosos dioses olímpicos o a los de los Infiernos; pero Esón continuó gimiendo.

Pelias dejó a Jasón con sus padres y regresó a la plaza del mercado. Allí su heraldo-jefe hizo sonar tres veces una concha para imponer silencio y seguidamente Pelias ordenó al pueblo que se regocijase con él pues Jasón, heredero del trono de los minias, había regresado inesperadamente.

—Y ha demostrado ser un joven realmente valeroso y reverente —añadió Pelias— después de su aprendizaje en la cueva del honesto centauro Quirón, que lo ha mantenido oculto —no se por qué motivo durante todos estos años, con nombre y linajes falsos. Este Jasón es tan valiente y es tanta su reverencia que por el momento se niega a establecerse tranquilamente entre nosotros. Declara que antes debe realizar grandes hazañas y mostrar un profundo respeto por el padre Zeus, soberano de los dioses, restituyendo el vellocino de oro perdido a la Imagen de carnero del monte Lafistio. ¡Que todos los dioses y las diosas favorezcan sus principescas intenciones! ¡Y que ningún príncipe minia de igual valor que Jasón deje de participar en tan gloriosa empresa!

Con estas palabras Pelias esperaba involucrar a veinte o treinta nobles minias, enemigos naturales de los aqueos, en la muerte de su presuntuoso sobrino.

El pueblo, que ya estaba ebrio de aguamiel y cerveza, aplaudió el discurso de Pelias con un prolongado alboroto, y cuando vieron a Jasón volver a la plaza del mercado para tomar su porción de carne asada, corrieron a saludarle profiriendo gritos de admiración. Los que llevaban guirnaldas de flores de invierno y bayas le coronaron con ellas, mientras que otros, en su embriaguez, le besuqueaban la mano y le acariciaban los hombros.

Jasón no pronunció ni una sola palabra de respuesta. Caminaba ya como la víctima que, sin comprender, es conducida al sacrificio, coronada de guirnaldas, mientras que los glotones adoradores se relamen y gritan alegremente: «¡Qué magnífica bestia! ¡Qué sabroso bocado para los dioses y para nosotros!».

Pelias estaba de tan buen humor que festejó a Jasón en su palacio durante cinco días y cinco noches.

5. LA DIOSA BLANCA APRUEBA EL VIAJE

Jasón regresó al monte Pelión para pedirle consejo a Quirón. Quirón se sorprendió al verle aun con vida. Conocía el genio de Jasón y le había suplicado que no hiciera el viaje, pues estaba seguro de que no le iba a traer suerte a nadie. Sacudió tristemente la cabeza cuando Jasón le informó de lo ocurrido en la plaza del mercado de Yolco y le dijo:

—Hijo, las noticias que me traes no podrían haber sido peores. O fracasarás en tu empresa y te matarán los colquídeos y sus aliados troyanos o si no, aunque esto es mucho menos probable, recuperarás el vellocino y entonces Zeus el Camero regresará de nuevo a este santuario y expulsará a nuestra adorada Madre. ¡Esa lengua tuya! ¿Cuántas veces te he dicho que el hombre que se aventura solo entre enemigos debe mantener la boca cerrada y los oídos abiertos? Has deshonrado mi cueva.

Jasón se sintió compungido y le pidió a Quirón que al menos consultase con la diosa sobre qué resolución debía tomar. Prometió que si la diosa le ordenaba abandonar la empresa y de este modo quedar en ridículo ante los ojos de los jefes minias, la obedecería de todos modos y renunciaría a todos los derechos sobre el trono de Ptiótide.

Aquella noche Quirón se purificó, entró en el santuario de la diosa y apoyó su cabeza sobre una almohada de trébol, el cual, por tener tres hojas unidas en una sola, está consagrado a la Triple Diosa y produce sueños verídicos. A medianoche la diosa bajó de su trono, o esto le pareció a Quirón, y le dirigió las siguientes palabras:

—Quirón, a ti que eres mi servidor fiel, me atrevo a revelar más verdades de las que creo conveniente revelar a los no iniciados. En primer lugar tienes que comprender que el poder de la diosa queda limitado por la condición de sus adoradores. Los aqueos de armas de hierro le han dado a mi rebelde hijo Zeus tantas fuerzas que ya no puedo conseguir mis propósitos directamente. Incluso en mi lucha con Atamante el eolio, que era un adversario mucho menos temible que este aqueo Pelias, amamantado por una perra, me vi obligada a idear una tortuosa intriga y simular que acataba sus innovaciones religiosas. Sin embargo, he decretado la destrucción de Pelias con la misma certeza con que decreté la de Atamante, y pienso vengarme de cada uno de mis demás enemigos humanos, uno por uno, y también de mi esposo Zeus. Soy una diosa paciente y de larga vida y me place tomarme el tiempo necesario y no perder los estribos. Ya sabes lo implacable que fui en el caso de Teseo el ateniense. Al principio no tuve quejas de él cuando saqueó Cnosos y castigó a Minos en mi nombre porque me trató a mí y a mis sacerdotisas con el debido respeto. Pero más tarde, cuando empezó a dar muestras de rebeldía en Ática y quitó furtivamente dos de mis imágenes de Diosa Doncella de sus santuarios, la que

se veneraba como Helena y la que se adoraba como Perséfone, convencí a sus gentes para que lo desterraran. Huyó a la isla de Esciros donde había heredado unas tierras, pero yo le sugerí al rey de Esciros que le hiciese subir al pico más alto de la isla, como para mostrarle la extensión de sus dominios y desde allí que lo arrojara abajo de cabeza. Y a Pirítoo, el fiel compañero de Teseo, le hice correr una suerte aun peor.

«Ahora se me ha antojado entrar en la familia olímpica como esposa de Zeus, en lugar de permanecer fuera como enemiga suya. Puedo hacerle la vida insoportable quejándome y espiándole continuamente y haciendo otras mil travesuras para vengarme del tormento continuo que representó para mí cuando él era mi malhumorado hijo y yo tenía autoridad sobre él. Y al multiplicarme en sus divinas hermanas e hijas puedo aumentar todavía más sus dificultades. «No vayas a suponer que fue por voluntad propia que Jasón importunó a su tío en la plaza del mercado de Yolco. Como bien sabes, Jasón es un hombre salvaje y sin picardía, a pesar de la esmerada educación que de ti ha recibido, y es fácil presa para mis insospechadas sugerencias. ¿Has oído cómo llegó a perder su sandalia? En su descenso del Pelión, cuando ya había atravesado sucesivamente los bosques de pinos, y los matorrales de epigea y acanto y había pasado por las praderas cubiertas de tomillo, me aparecí a él en la persona de la anciana Ifias, sacerdotisa de Artemisa en quien tengo confianza. Le prometí traerle buena suerte si me ayudaba a cruzar el inundado Anauro. Al principio se negó, pero luego cambió de parecer y me levantó sobre sus hombros. Inmediatamente le hice caer en un trance y le enseñé todas las palabras que después le dijo a Pelias. Cuando me dejó en el suelo al llegar a la otra orilla rompí el trance y le hice una mueca gorgónea, haciendo girar los ojos y sacándole la lengua. Inmediatamente se quitó la sandalia y me la arrojó para romper el hechizo. Yo me hice a un lado, la sandalia cayó al arroyo y se la llevó la corriente.»

«Jasón, ese bocazas aunque su nombre signifique «curador» está destinado a ser veneno en el vientre de Grecia y simiente de innumerables guerras, igual que Hércules, mi loco servidor; pero dejemos que eso sea asunto de Zeus, no mío, ya que Zeus ha sido quien ha usurpado mi poder. Yo mando a Jasón a Cólquide con un solo propósito inmediato: hacer que descanse en tierra el espíritu de mi servidor Frixo que aun ronda desconsoladamente entre las mandíbulas de su cráneo insepulto, para que pueda entrar en el descanso eterno que le he prometido. Si al mismo tiempo Jasón quiere recobrar el vellocino, eso me trae sin cuidado. El vellocino no significa nada por si solo —no es más que una vestidura desechada y su devolución a Zeus servirá para recordar la humillación que yo le obligué a sufrir. Guarda bien los secretos que te he revelado. Jasón sólo necesita saber esto: que puede ir a Cólquide con mi protección, pero con la única condición de que antes de hacer su tentativa de recobrar el vellocino debe exigirle a Eetes los huesos de su pariente Frixo, y debe enterrarlos de manera adecuada en el lugar que yo le indique».

Jasón se sintió aliviado al saber que no había perdido el favor de la diosa. A pesar de su viva lengua era muy temeroso cuando estaba en juego el favor de los dioses o de las diosas. Ahora le pareció que era extremadamente afortunado; podía contar con que la diosa no le pondría ningún obstáculo para el viaje, aunque éste iba a llevarse a cabo principalmente en honor de Zeus. A partir de este momento tenía que evitar cuidadosamente cualquier acción que pudiera provocar la enemistad o los celos de una de estas deidades. Y puesto que se vería obligado a informar a sus compañeros minias, para persuadirles a que se unieran a él, de que la diosa le había prometido su protección en un sueño, sería prudente consultar también con el oráculo de Zeus; de otro modo, los sacerdotes de Zeus podrían sospechar que el viaje se realizaba siguiendo instrucciones secretas de la diosa con alguna intención maligna.

Cuando Jasón le dijo a su tío Pelias que la diosa había aprobado el viaje, éste se sorprendió y le dijo:

—¿Ah, si? ¿Y en qué se basa su aprobación?

—Se basa en esto: que el espíritu de mi pariente Frixo debe recibir reposo —respondió Jasón.

Esto dejó perplejo a Pelias, pues no tenía ni idea de que el espíritu de Frixo no hubiera alcanzado el reposo; ni siquiera sabía que hubiese muerto. Pero respondió astutamente:

—Ah, claro, la diosa por desgracia hace bien en recordarte el piadoso, deber que tienes respecto a tu pobre primo. Hace algunos años, este miserable Eetes añadió una fechoría más a su lista de crímenes, envenenando a Frixo en un banquete y arrojando sus huesos, sin ceremonia alguna, a un matorral cercano al comedor real. Ahora las amapolas salen por las cuencas de los ojos en el cráneo de nuestro pariente y las zarzas se enroscan por sus huesos. Su espíritu seguirá molestando a todos los miembros de su familia hasta que se le dé descanso, con los debidos ritos funerarios. Ya ha perturbado mi sueño en varias ocasiones.

Entonces Jasón le dijo a Pelias que tenía intención de consultar el oráculo del padre Zeus en Dodona. Pelias le alabó por su devoción y le preguntó cuál de los tres posibles caminos de Tesalia a Epiro pensaba tomar. El primero es todo por tierra, cruzando las altas montañas y los profundos valles; el segundo es parte por tierra y parte por mar tomando la carretera de Delfos y luego navegando por el golfo de Corinto y subiendo por la costa occidental del Adriático hasta llegar a la desembocadura del río Tiamis, en Epiro, desde donde parte una buena carretera que conduce a Dodona; el tercer camino es casi exclusivamente por mar, circunnavegando Grecia hasta la desembocadura del río Tiamis y siguiendo luego la carretera de Dodona. Este último fue el camino que le recomendó Pelias, prometiendo proporcionar a Jasón una nave y una tripulación sin cobrarle nada.

Jasón nunca había subido a un barco, y por lo tanto prefería las rutas terrestres;

pero Pelias le advirtió que el camino le conduciría a través del territorio de los lapitas y por la inhospitalaria cordillera del Pindo, habitada por los dólopes, los eticios y otras tribus terriblemente salvajes. Lo persuadió a renunciar a la idea aunque admitió que el segundo camino tampoco era muy prometedor ya que no sería probable que encontrara un barco en el golfo de Corinto dispuesto a hacer el viaje a Dodona en aquella época del año. Ya casi había terminado el verano y había empezado la estación de las tormentas.

—Pero si tomas el tercer camino —dijo Pelias y te atreves a circunnavegar Grecia, puedo prometerte un buen barco y un capitán experto. Jasón respondió que ya que la estación no era propicia tampoco le parecía prudente tomar el tercer camino, aunque navegase en una de las naves del propio Pelias, pues había oído relatar espantosas historias sobre los vientos cambiantes en las escarpadas Costas del este del Peloponeso y de los furiosos vendavales con que se encontraban los barcos que doblaban los cabos Malea y Ténaro. Le recordó a Pelias el proverbio de que el camino más corto a los Infiernos era doblar el cabo Ténaro en tiempo de otoño y dijo que tenía intención de tomar el segundo camino, cruzando el golfo de Corinto y que, sin duda alguna, algún dios le proporcionaría un barco.

Pelias entonces prometió escoltarle por tierra hasta la bahía Crisea, cerca de Delfos, en el golfo de Corinto y allí, a ser posible, contratar una nave para que pudiera continuar su viaje a Epiro.

Jasón emprendió el viaje con Pelias en aquella época del año en que empiezan a madurar las aceitunas; iba sentado junto a Pelias en su lustroso carro de mulas y escoltado por una guardia de aqueos que cabalgaban delante sobre sus caballos. Tomaron la ruta que atraviesa el río Cefiso y la comarca de Daúlide y pasaron por la encrucijada donde mucho más tarde Edipo el tebano asesinó a su padre el rey Layo por equivocación. Pronto se vieron obligados a bajar del carro y a continuar el camino montados en las mulas porque un desprendimiento de rocas les había cerrado el paso de la carretera. Delfos está situado formando un semicírculo en lo más alto de la ladera sur del Parnaso, un terreno rico en olivares. Sobre Delfos se alzan los Riscos Brillantes, un muro de roca de prodigiosa altura, y delante, al otro lado del valle del Plisto, la cima cubierta de abetos del monte Cirfis tapa la vista del golfo de Corinto y protege la ciudad contra los malos vientos en verano. Había caído mucha lluvia recientemente y allí cerca una cascada susurrante de blancas aguas saltaba vertiginosamente por un barranco, mezclando sus aguas al llegar abajo con las de la fuente Castalia —la fuente donde los sacerdotes de Apolo se lavan el cabello— y las dos fluían juntas hasta el valle del Plisto, después de dar otro salto prodigioso.

En Delfos, una ciudad de tamaño pequeño pero de gran renombre, los sacerdotes del Santuario Umbilical celebraron cortésmente la buena presencia de Jasón y la generosidad con que Pelias lo aceptó como heredero legítimo del trono de Ptiótide.

Jasón presentó a Apolo sus más humildes respetos con la intención de ganarse el favor de la mayor cantidad posible de deidades. Después de ofrecerle el acostumbrado trípode de bronce a la pitonisa (que le había proporcionado su padre Esón), le preguntó cuál era el consejo de Apolo. La pitonisa, empezó a masticar hojas de laurel para ponerse en trance oracular —con visitantes más humildes omitía este pesado procedimiento y se contentaba con darles consejos prácticos, aunque no inspirados, fruto de sus propios conocimientos y experiencias— y entonces comenzó a desvariar y a murmurar palabras ininteligibles mientras permanecía sentada sobre el trípode que le habían regalado, en un nicho de la blanca y redonda tumba.

Al poco rato Jasón creyó entender que el viaje que debía emprender se conmemoraría en canciones durante siglos incontables si tomaba la precaución de ofrecer sacrificios a Apolo, dios de los Embarques, el día que se hiciera a la mar y a Apolo, dios de los Desembarcos, la noche de su regreso. Luego sus palabras volvieron a parecer disparatadas. La única frase que iba repitiendo y que Jasón consiguió entender era que «debía llevarse al verdadero Jasón consigo». Pero cuando la pitonisa recobró su sobriedad, no supo decirle quién podía ser aquella persona.

Delfos era famosa por su música lírica curativa, pero Jasón, acostumbrado únicamente a la emocionante música de flauta y tambor, desdeñaba los suaves tañidos de la lira de carey. Le costó mucho esfuerzo guardar el silencio obligatorio mientras los sacerdotes de la Escuela de Música tocaban para él, y le apenó ver la piel desollada del pelasgo Marsias que los sacerdotes de Apolo habían curtido y colgado en la puerta de la escuela en señal de burla. Marsias había sido un sileno, jefe de los hombres-cabra que tocaban música de flauta en honor del héroe Dioniso, pero los arqueros de Apolo habían echado a los hombres-cabra, arrojando por el barranco a los que se salvaron de sus flechas. Los sacerdotes alegaban que la lira era una reciente invención del dios Hermes, quien la había ofrecido a Apolo. Sin embargo, la única diferencia entre la lira que ellos utilizaban y la que habían utilizado las sacerdotisas de la Triple Diosa desde tiempo inmemorial, era que aquella llevaba cuatro cuerdas en lugar de tres y que la habían alargado con un par de cuernos curvados que sobresalían por ambos lados del armazón de concha y se unían en la parte alta mediante un yugo de madera al cual iban sujetas las cuerdas.

Otro de los estudios cultivados en Delfos era la astronomía, y los sacerdotes ya dividían las estrellas en constelaciones y median el tiempo que tardaban sus primeras ascensiones sobre el horizonte y sus subsiguientes descensos. También quedaba bajo la advocación de Apolo una escuela de imaginería y de decoración de jarrones, pero Ifito, el focense, famoso artista en cuya casa se estaba alojando Jasón en esta ocasión y que más tarde se convirtió en uno de los Argonautas, le dijo a éste que en Delfos ya no se honraba el nombre de Prometeo ni tampoco el de Dioniso.

En cuanto a la escuela de medicina de Esculapio, se había llegado a un

compromiso entre las pretensiones de Apolo y las de Hades: que una vez comenzadas las lamentaciones sobre una persona enferma, a los médicos de Apolo les estaba prohibido intentar curarla, y en general el arte de la medicina debía ser paliativo más que restablecedor. Pero los médicos de Apolo no siempre se atenían a su parte del compromiso, en especial los establecidos en la isla de Cos.

6. ZEUS APRUEBA EL VIAJE

Un corto viaje separa a Delfos de las aguas azules de la bahía Crisea, donde Pelias y Jasón hallaron anclada una nave mercante corintia: llevaba un cargamento de alfarería focense y de adornos pintados para el rey Alcinoo de Corfú, una isla que está situada frente al río Tiamis y a pocas millas de distancia del mismo. Pelias negoció con el capitán para que condujese a Jasón sano y salvo hasta el río Tiamis y tuvo la precaución de decirle confidencialmente:

—Este sobrino mío, Jasón, hijo de Esón, se ha propuesto navegar a Cólquide en primavera con la audaz intención de arrancar el vellocino de oro de Zeus de manos del malvado rey Eetes, el cual se ha negado a devolverlo a los gobernantes aqueos de Grecia. Jasón espera ahora poder consultar el oráculo de Zeus en Dodona y allí lograr la aprobación del dios para su empresa. Sería una verdadera lástima que cayera al mar antes de llegar a la costa de Epiro, pues como aun no goza de la protección de Zeus, es probable que se ahogara y en tal caso el vellocino continuaría en poder de Eetes.

Pelias le pagó al capitán por adelantado la suma requerida y además le dio un valioso anillo de oro con estas palabras:

—Cuida bien de mi sobrino, como si ya estuviera de regreso cargado con el vellocino.

El capitán corintio, tal como sospechaba Pelias, sentía gran reverencia por el rey Eetes, su compatriota, como campeón de la antigua religión contra la nueva, y también reverenciaba la memoria de su primer amo, el generoso rey Sísifo de Asopia, a quien Zeus y los aqueos habían dado un final tan cruel. Las palabras de Pelias «sería una verdadera lástima que cayese al mar» iban dando vueltas en su cabeza y el valor del anillo demostraba que Pelias confiaba en la capacidad de Jasón para rescatar el vellocino y le recompensaba de acuerdo con ello. Así, pues, el corintio decidió asesinar a Jasón; éste había sido el propósito de Pelias, aunque había tenido buen cuidado de quedar limpio de culpa en el asunto.

Las aguas del golfo estaban bastante tranquilas y el viento les era favorable, pero al tercer día, cuando la nave corintia costeaba la isla de Léucade y se enfrentó con toda la furia del mar Jonio, Jasón se mareó y se tendió al abrigo de la proa, envuelto en su capa de lana y levantándose de vez en cuando para vomitar por la regala. Entonces el capitán, cuyo hermano, el timonel, conocía sus intenciones, cogió a Jasón por las piernas y lo arrojó por la borda. Nadie más que el timonel vio o escuchó lo que estaba ocurriendo, pues los remeros bogaban vueltos de espaldas y el capitán ahogó el débil grito de Jasón con una alegre canción, mientras que el timonel desde su puesto empezó a maldecir a uno de los remeros por no mantener el ritmo.

Éste hubiera sido el fin de Jasón, que estaba debilitado por sus frecuentes vómitos

y fue arrastrado por una poderosa corriente, de no haber sido por una milagrosa intervención. Un olivo silvestre, arrancado de raíz por un vendaval, o por una inundación, de una montaña cercana y arrojado al mar, pasó a la deriva. Jasón, que había pasado toda su vida en las montañas y por lo tanto nunca había aprendido a nadar, se asió a las ramas y, haciendo un gigantesco esfuerzo se subió al tronco. Se aferró a este árbol hasta el anochecer, cuando por fin vio una vela en el norte y al poco rato llegó una nave ateniense, impulsada velozmente por el viento, a una distancia de dos tiros de flecha. El timonel, al advertir las señales que le hacía Jasón, dirigió la nave hacia el náufrago y la tripulación le subió a bordo. Cuando se enteraron de quién era y de cómo había llegado al agua quedaron asombrados, pues no hacía ni una hora que habían visto la nave corintia naufragar con todos sus hombres y sin posibilidad alguna de rescate, en las rocas de una costa a sotavento. Juzgando que Jasón, a quien habían hallado rodeado de enormes y feroces peces, debía sin duda alguna estar bajo la protección de los dioses, el capitán se avino a cambiar de rumbo y llevarlo a su destino sin recibir compensación alguna. Este capitán ateniense se llamaba Arestor.

Jasón dio las gracias efusivamente a Arestor, y, arrodillándose junto al mástil, rezó en voz alta a la diosa Atenea, patrona de la nave. Por haberle salvado de perecer devorado por los peces, se comprometió a erigirle un altar en Yolco y allí sacrificarle las mejores vaquillas. Era indudable que su salvación se debía desde el principio hasta el final a Atenea, a quien está consagrado el olivo.

Pocos días después Jasón llegó sano y salvo a Dodona, acompañado por Argo, el hijo mayor de Arestor. Jasón había oído a los aqueos alardear tanto de este lugar donde sus padres habían residido durante algunos años, que quedó sorprendido al ver aquel mísero pueblo disperso junto al nacimiento de un lago lleno de ruidosas aves acuáticas. No tenía edificios altos y grandiosos, ni casas de pulida construcción, e incluso la sala del consejo no era más que una choza en ruinas con techo de paja y el piso de tierra batida. Sin embargo, Quirón, cuyas recomendaciones había aprendido a respetar, le había enseñado a simular admiración durante sus viajes incluso ante los más miserables edificios, vestiduras, armas, ganado y demás, cuando sus dueños las señalaban con orgullo, y al mismo tiempo a quitar importancia a todo lo que había dejado atrás en su hogar, exceptuando la sencillez y la honestidad de sus conciudadanos. De este modo se congració con los habitantes de Dodona y aunque los sacerdotes del santuario quedaron desilusionados al saber que los regalos que había tenido intención de presentarle al dios —una gran caldera de cobre y una hoz para sacrificios con mango de marfil— se habían perdido en el naufragio de la nave corintia, se contentaron con su promesa de que enviaría otros regalos de igual valor en cuanto regresara a Yolco. En señal de buena fe se cortó dos largos bucles de su cabello rubio y los puso sobre el altar; con esto quedaba sometido al poder de los

sacerdotes hasta que cumpliera la promesa.

El gran sacerdote, que era pariente de Pelias, quedó encantado al conocer la resolución tomada por Jasón de arrebatar el vellocino a los extranjeros. Le informó que el rey Eetes, por su prolongado trato comercial con los salvajes colquídeos de cabello rizado y por su matrimonio con una salvaje princesa taurina de Crimea, se había convertido él también en un salvaje y toleraba costumbres en su propia familia que sería vergonzoso siquiera insinuar en un lugar tan sagrado como Dodona.

—¿No es terrible —preguntó el sacerdote que el vellocino de Zeus, una de las más santas reliquias de Grecia, de la cual depende la fertilidad de toda Ptiótide, haya sido colgada por las sucias manos de ese desgraciado, justamente en el santuario de Prometeo, el ladrón de fuego y el enemigo declarado de Zeus, a quien los colquídeos ahora identifican con su dios nacional de la Guerra? Déjame decirte algo más sobre ese tal Eetes. Es de origen cretense y alega que lleva en sus venas sangre real, sangre de las pervertidas sacerdotisas de Pasífae que se vanagloriaban de ser todo ombligo, es decir, insaciables en sus apetitos sexuales, y de quienes se dice que se copularon con toros sagrados. Mientras residió en Corinto, Eetes practicó una brujería particularmente impía, habiendo sido iniciado en este arte por su hermana, la rubia Circe. El porqué de su separación, partiendo Circe a una remota isla cercana a la costa de Istria y Eetes al sur del mar Negro, es un enigma, pero se sospecha que se produjo por orden de la Triple Diosa como castigo al incesto o a algún otro crimen que cometieron juntos.

—Venerable —dijo Jasón—, vuestros informes llenan mi alma de justa cólera. Consultad al dios por mí, os lo ruego, para asegurarme de que cuento con su favor.

—Purifícate con ladierno, báñate en las aguas del lago, abstente de todo alimento, quítate tu ropa de lana y encuéntrate conmigo en el robledo, mañana en el gris amanecer —respondió el sacerdote.

Jasón hizo lo que le mandaron. Vestido únicamente con su apretada túnica de cuero y sus toscas sandalias, se presentó allí a la hora indicada y aguardó a la sombra del robledo. El sacerdote ya se encontraba en el lugar, vestido con el traje de ceremonias de lana de carnero, y con un par de dorados cuernos formando espiral sujetos en la frente. En la mano tenía una rama amarilla. Tomó a Jasón del brazo y le dijo que no tenía nada que temer. Entonces empezó a silbar suavemente dos o tres notas de una melodía y a mover la rama de un lado a otro hasta que se levantó una brisa que hizo gemir las hojas del roble y moverse las que estaban esparcidas por el suelo como si bailasen una danza ritual en honor del dios.

El sacerdote continuó moviendo la rama y silbando cada vez más fuerte. Pronto el viento rugió entre las ramas y a Jasón le pareció oír cantar las hojas al unísono: «¡Ve, ve, ve con la bendición del padre Zeus!». Cuando el sacerdote cesó en sus invocaciones hubo una calma repentina, seguida de otra ráfaga furiosa y de un trueno

lejano. Luego se oyó un crujido sobre sus cabezas y una rama frondosa, del tamaño y forma de la pierna de un hombre, cayó a los pies de Jasón.

El gran sacerdote le aseguró a Jasón que rara vez se había concedido una señal tan propicia a ningún visitante del robledo. Después de recortar cuidadosamente la rama con la hoz para quitarle todas las hojas y ramitas, se la entregó cortésmente a Jasón.

—Toma —le dijo—, aquí tienes un objeto sagrado para fijar en la proa del navío en el que navegues a Cólquide.

Jasón preguntó:

—¿Crees que el dios será tan benigno que me proporcionará un navío?

—No, no —respondió el gran sacerdote—. Puesto que la diosa Atenea ya se ha esforzado por salvarte del mar, dejemos que se encargue también ella de la construcción del navío. El padre Zeus tiene otras preocupaciones. Te ruego que se lo hagas saber.

Cuando Jasón regresó lleno de júbilo a la choza donde se alojaba, su compañero Argo le preguntó si tenía intención de pasar el invierno en Dodona, ahora que la nave en la que habían venido ya había zarpado de regreso a sus tierras y no se podía contar con encontrar otra, o si iba a intentar regresar a Yolco por el camino de las montañas.

Jasón respondió que no podía permitirse pasar todo el invierno ocioso y que la sagrada rama de Zeus le serviría de protección suficiente para cualquier viaje. Entonces Argo se ofreció a acompañarlo. Dos días más tarde, con los zurrones repletos de carne seca, bellotas asadas y otros alimentos sencillos, se pusieron en camino siguiendo el valle del torrencial río Aracto hasta que llegaron a un paso rocoso sombreado por el monte Laemón. En aquellas alturas hacía un frío terrible y la nieve ya había cubierto de blanco las cimas; por las noches vigilaban por turnos el fuego de su campamento. Cuando ululaban los búhos, sus gritos no le parecían a Jasón de mal agüero; para él representaban el alentador saludo del ave de la diosa Atenea, y como había sido iniciado en la hermandad del Leopardo, tampoco le asustaban los aullidos de estos animales, muy numerosos en la cordillera del Pindo. Pero el rugir de los leones le aterraba.

Dejando atrás el paso, continuaron en dirección este hasta llegar al nacimiento del Peneo. El Peneo, aunque al principio es un riachuelo, recoge ríos tributarios en su descenso hasta las fértiles llanuras de Tesalia y finalmente, ya convertido en un río noble, desemboca en el mar Egeo, en Tempe, entre el Gran monte Olimpo y el monte Osa. La caza escaseaba en aquel desolado país, y Jasón, aunque era un famoso cazador en las laderas del Pelión, no conocía las costumbres y los escondrijos de las bestias que habitaban el Pindo. Él y Argo se apretaron los cinturones del hambre y se consideraron afortunados cuando, al octavo día, lograron mutilar una liebre y matar una perdiz con sus certeras pedradas. Pero saber que estaban bajo la protección de tantas deidades los sostenía, y por fin divisaron a lo lejos la cabaña de un pastor,

cerca de la cual pastaban las ovejas, y corrieron ilusionados hacia ella.

Se oyó un furioso ladrido, y un enorme perro moloso corrió hacia ellos, mostrando sus colmillos amarillos, y, sin detenerse ni un segundo, se precipitó sobre la garganta de Jasón. Mientras saltaba, Argo hundió su lanza en el vientre del animal que murió aullando. El pastor, que había vivido durante años en este solitario lugar sin ninguna compañía humana, salió corriendo de la cabaña y vio cómo Argo traspasaba al perro con su lanza. Cogió una jabalina y se dirigió directamente a Argo, decidido a vengar la muerte del perro, su único amigo. Argo aun no había conseguido retirar su lanza, que se había enganchado entre las costillas del animal, y hubiera muerto él también si a su vez Jasón, que llevaba la sagrada rama, no hubiera golpeado con ella el cráneo del pastor haciéndolo rodar por el suelo.

Transportaron al desvanecido pastor a la cabaña y trataron de reanimarlo mojándole la cara con agua fría y quemando plumas bajo su nariz. Pero cuando empezó a respirar con ronquidos, comprendieron que iba a morir. Esto les preocupó muchísimo y cada uno se puso a reprochar al otro en silencio, haciendo señas con los labios y los ojos, pues temían que al no haber muerto el pastor en lucha legítima, su espíritu les perseguiría tercamente hasta que sus parientes lo vengaran; pero Jasón era el que se sentía más culpable de los dos. Se embadurnaron las caras con hollín del hogar, con la esperanza de que el espíritu no les reconociera y los tomara por etíopes, y Argo se lavó la sangre del perro que le había salpicado la mano en las aguas de un manantial.

Cuando por fin expiró el pastor cavaron una fosa en el lugar donde había caído y lo enterraron, tal como estaba, con el perro a su lado, apartando la cara todo el rato por si acaso los reconocía el espíritu, incluso a través del hollín, y hablando con voces chillonas. Amontonaron piedras sobre la tumba y derramaron sobre ella una libación de leche y miel (que encontraron en la cabaña) para aplacar el espíritu. No se atrevieron a tocar ninguna otra cosa perteneciente al pastor y, para demostrar que sus intenciones eran amistosas, metieron su rebaño en el redil para que quedara protegido, y siguieron adelante.

Caminaron en silencio durante una milla o dos, hasta que Jasón tuvo una brillante idea. Se volvió a Argo y le dijo:

—Te doy las gracias, querido compañero, por haberme salvado de los colmillos de aquel perro furioso.

Argo se quedó sorprendido de que un homicida pudiese hablar tan pronto después de cometer el acto y respondió:

—Y yo, noble príncipe, te doy las gracias por haberle dado muerte al furioso pastor.

Jasón respondió con suavidad:

—No tienes por qué agradecerme nada, hijo de Arestor. Ni tú ni yo matamos al

pastor. La rama sagrada fue la que descargó el golpe. Que sea Zeus el responsable de la hazaña. Sus hombros son lo suficientemente anchos como para soportar el peso de cualquier culpa.

Argo quedó complacido por esta idea. Abrazó a Jasón y, después de lavarse la cara en un arroyo cercano, siguieron su camino hasta llegar al poblado más cercano, formado por cinco cabañas pertenecientes a una tribu de bandidos eticios. Los habitantes, en su mayoría mujeres, quedaron impresionados por el porte resuelto y las buenas armas de Jasón y Argo y les ofrecieron cuencos de leche. Al poco rato Jasón les informó que había presenciado la muerte del pastor, producida, según dijo, por una rama de roble que se había desprendido de un árbol. Los eticios creyeron su historia (que hasta aquí era cierta) pues sabían que había varios robles en las cercanías de la cabaña y pensaron que, de haber asesinado al pastor, estos forasteros hubieran ocultado su muerte el mayor tiempo posible. Al preguntarle qué había ocurrido con las ovejas del hombre muerto, Jasón respondió:

—Buenas gentes, no somos ladrones. Las ovejas han quedado en el redil, sanas y salvas. El moloso rojo del pastor nos atacó tomándonos por enemigos y mi compañero tuvo que atravesarlo con su lanza. Pero yo pensé que no debíamos dejar las ovejas a merced de las bestias salvajes y las puse a salvo en el redil.

Los eticios celebraron las precauciones tomadas por Jasón y enviaron a un muchacho a buscar el rebaño y traerlo al poblado, cosa que hizo. Como se diera el caso de que el pastor era un exiliado de un clan lejano, sin parientes conocidos, repartieron las ovejas equitativamente entre todas las cabañas; dos que sobraron las sacrificaron a Ares, dios de la Guerra, la deidad principal de los eticios. Aquella noche todos se hartaron de cordero asado, bebieron cerveza con pajitas de cebada, bailaron en honor de Ares, hombres y mujeres juntos, y elogiaron al pastor muerto. Jasón y Argo esperaban ser atacados a traición al amanecer pues los eticios tiene fama de carecer totalmente de principios morales. Así pues, tuvieron cuidado de no beber demasiada cerveza y, como siempre, montaron guardia armada por turnos. Pero no sucedió nada malo y por la mañana uno de sus anfitriones les guió hasta la casa de un pariente materno suyo que vivía a unas veinte millas de distancia en el valle del Peneo y allí les dispensaron las mismas atenciones.

Desde el territorio de los eticios su camino los conducía a través del de los lapitas, enemigos hereditarios de los centauros. Pero Argo se comprometió a escoltar a Jasón sano y salvo si consentía en trenzarse el cabello de modo distinto al de los centauros y hacerse pasar por un criado; Jasón estuvo de acuerdo. A su llegada al territorio lapita, donde hallaron magníficos rebaños de vacas y caballos pastando en las vegas, Argo se dio a conocer en seguida. Dijo que era pariente por línea materna de Teseo de Atenas, celebrado por los poetas lapitas por su amistad con el anterior rey lapita Pirítoo; estos dos héroes habían sido aliados en una victoriosa guerra contra los

centauros originada, como siempre, por una pelea relacionada con mujeres.

Argo fue atendido hospitalariamente por los lapitas y todo hubiera ido bien si Jasón no se hubiera cansado de verse tratado como un sirviente; les dijo a sus anfitriones que esperaba alimentos mejores que las cáscaras y los cartílagos que le echaban. El jefe lapita se escandalizó y ordenó que azotasen a Jasón por su insolencia; así pues, Argo tuvo que interponerse y revelar quién era realmente este sirviente, pero con la advertencia de que gozaba de la protección no sólo de la Diosa Blanca sino además de los olímpicos Apolo, Atenea, Poseidón y Zeus. El jefe, cuyo nombre era Mopso el minia, comprendió que Jasón sería de más utilidad vivo que muerto. Al principio pensó pedirle a Pelias un enorme rescate en oro y ganado, pero Argo le dijo claramente que sin duda Pelias no pagaría ni un botón de hueso por él. Mientras Mopso aun debatía la cuestión con sus compañeros, Jasón se comprometió a que, si le liberaban sin imponerle condición alguna, él persuadiría a los centauros, sobre quienes tenía influencia, a firmar la paz con los lapitas. Mopso confió en la palabra de Jasón y le puso en libertad, y éste fue el comienzo de su amistad.

Cuando Jasón regresó sano y salvo a Yolco, después de pasar por Feras, y se jactó de su aventura en el mar Jonio, Pelias se enfureció terriblemente porque se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Si no hubiera sugerido al capitán del barco corintio la idea de intentar asesinarle, Jasón sin duda hubiera perdido la vida en las rocas. Pero Pelias sabía bien cómo ocultar una decepción bajo la apariencia de adulación o felicitaciones, y festejó a Jasón con tanta esplendidez como antes.

Al poco tiempo Jasón visitó a Quirón y le dio a conocer las proposiciones de Mopso, que eran que las hostilidades entre los lapitas y los centauros cesaran de inmediato; los centauros debían disuadir a Pelias de continuar por cuenta propia la guerra lapita y tendrían vía libre a través del territorio de los lapitas siempre que quisieran ir a cortejar a las mujeres eticias del Pindo. Quirón aceptó estas propuestas y poco tiempo después convenció a Pelias, mediante regalos de pieles y maderas, para que también firmara la paz. Así fue cómo Jasón vino a terminar con la antigua querella entre los lapitas y los centauros y así fue cómo justificó el nombre que Quirón le había dado.

7. LA CONSTRUCCIÓN DEL ARGO

Una vez que Jasón, en cumplimiento a su promesa, hubo sacrificado a la diosa Atenea un par de vaquillas blancas, envió a unos heraldos, regiamente vestidos, a las principales ciudades de Grecia. Cada heraldo llevaba en su mano derecha cuatro ramitas de maderas diferentes y una diminuta hacha de doble filo, atado todo ello con una larga mecha de lana amarilla; y en su zurrón llevaba una piña de abeto. Cada vez que el heraldo llegaba al patio de una gran casa cuyo dueño era de raza minia, daba unas palmadas para llamar la atención y entonces sacaba el hacha y las ramitas y decía:

—¡Que la bendición del Olimpo caiga sobre esta mansión! Vengo en nombre de los dioses inmortales. Mirad esta ramita de fresno: el fresno está consagrado a Poseidón cuyos remos y lanzas están hechos de esta resistente madera. Mirad esta ramita de laurel: es el árbol profético de Apolo. Y esta ramita de olivo es de Atenea; no es necesario que os recuerde las virtudes del olivo, que es como una vaca fértil entre los árboles. Mirad finalmente esta ramita de roble, consagrada al propio Zeus, cuya hacha de poder llevo envuelta en este haz. Señores míos, ¿qué significa esta lana amarilla? Significa el común propósito de cuatro grandes deidades griegas respecto del vellocino de oro, la antigua propiedad de Zeus que le ha sido impía e injustamente arrebatada por el corintio Eetes, en la actualidad rey de Cólquide, que gobierna la caucásica Ea, donde se encuentran los establos de los veloces corceles del Sol, en los confines del mar Negro. Este objeto sin precio tiene que serle arrancado a Eetes mediante la persuasión, el engaño o la fuerza y ha de ser devuelto a la sagrada imagen de roble del Padre en el monte Lafistio.

«Yo soy el heraldo de Jasón el minia, hijo del rey Esón, gobernador de Yolco, de la Ptiótide, o Hemonia (como la llaman ahora algunos). Que el fresno sea testigo: en la plaza del mercado de Yolco, durante la concurrida fiesta de sacrificio en honor al dios Poseidón, este Jasón recibió inspiración para proponer la expedición a Cólquide. Que sea testigo el laurel: más tarde, el dios Apolo alentó públicamente a Jasón en su resolución. Que sea también testigo el olivo: la diosa Atenea, cuando vio a Jasón luchar en el agitado mar cerca de la isla de Leucas, lo salvó de un modo milagroso y lo condujo, sano y salvo, hasta las puertas de su Padre. Finalmente que el roble sea testigo: el todopoderoso Zeus aceptó los servicios que Jasón le ofrecía y en prueba de su favor le ofreció una rama de su sagrado árbol. ¿No es esto maravilloso?»

«Venid mi señor, y vos, y vos también, ¿no os uniréis a Jasón en esta sagrada empresa para ganar de este modo la gloria, gloria que no solamente brillará para vosotros durante vuestra vida, por muy larga que ésta sea, sino que además, después de vuestra muerte, conferirá dignidad a vuestra casa y a vuestra ciudad y a toda

vuestra posteridad? Cuando muráis, señores, os convertiréis sin duda alguna en héroes y amontonarán y derramarán ofrendas a vuestros espíritus, de modo que jamás vagaréis hambrientos y desconsolados por las tenebrosas cavernas de los Infiernos como es el destino de los seres de menor importancia. Beberéis en las copas más grandes y cabalgaréis sobre caballos blancos y cuidaréis de que las semillas que planten vuestros hijos en vuestros campos ancestrales germinen y proporcionen frutos ricos y abundantes. Todos los benditos olímpicos bendicen este viaje, que con toda seguridad será afortunado, por muy arriesgado que parezca. Porque Zeus ha encargado la construcción del navío a su obediente hija Atenea y ha ordenado a su leal hermano Poseidón que calme las aguas del mar, y Apolo, su hijo, ha profetizado oscuramente otras cosas favorables».

«Y ¿qué mejor jefe que Jasón podéis esperar encontrar, cuando Hércules de Tirinto está ocupado con sus trabajos y no puede venir? Se ha informado —y sin duda es verdad, pues nadie se atrevería a inventar una historia tan improbable que antes de ser salvado por la doncella Atenea, Jasón estuvo en el mar durante siete días y siete noches, batallando con una multitud de monstruos marinos de afilados dientes, hasta que el mayor de ellos se lanzó sobre él con la boca abierta y lo engulló, sin embargo, Jasón es tan varonil que se abrió paso y logró salir cortando un costado de la enorme bestia con su afilado cuchillo de caza magnesio».

«Y más aun: en Cólquide no sólo hallaréis la gloria imperecedera sino también tesoros. ¿Acaso el impío Eetes no custodia el camino del Cáucaso y recauda unos derechos de paso que ascienden a una quinta parte o más de todas las mercancías que pasan por allí, amontonadas en carros, procedentes de Persia, Caldea, Bactria, Sogdiana, la India y los confines de Asia? ¿No rebosan de riquezas los aposentos y los sótanos de su palacio? Cuando Eetes sea vencido y se haya recobrado el vellocino, ¿qué impedirá que cada uno de vosotros se lleve todo el oro en polvo, todos los lingotes de oro y plata, los fardos de tapices, las bolsas llenas de perfumes y los cofres llenos de joyas que quiera?»

«Vamos, señores míos, ¿qué decís? Pero permitid que os advierta que sólo se aceptarán jóvenes nobles y fuertes de indudable sangre minia y de éstos solamente la dotación de un navío. Habrá que rechazar a muchos. Venid, señores, venid rápidamente a Yolco».

Este discurso casi nunca fracasaba en su propósito de levantar los ánimos de los minias que lo escuchaban, sobre todo de aquellos que estaban hartos de sus pacíficas ocupaciones y de los reproches de sus señores aqueos: pues los aqueos tenían un concepto poco favorable de los minias y alegaban que la fácil vida que llevaban en Grecia los había debilitado y que no eran capaces de realizar ninguna empresa peligrosa. Algunos se alistaban inmediatamente en la expedición, pero otros muchos eran más circunspectos y preguntaban:

—¿No es cierto, buen heraldo, que el vellocino del cual habláis le fue robado hace ya mucho tiempo al Carnero del monte Lafistio por su madre de Cabeza de Yegua en venganza por haber usurpado su santuario en el monte Pelión? ¿Acaso nos estás invitando a que nos pongamos de parte del dios Carnero, llamado ahora el padre Zeus, contra la Gran Triple Madre a quien ahora ha obligado a convertirse en su esposa Hera? Nosotros somos minias, descendientes de aquel Minia a quien la madre amó y honró sobre todos los griegos por ser el primero que aconsejó al dios Carnero que se convirtiera en su súbdito. ¿No estaríamos deshonrando la memoria de nuestro antepasado, a cuyo túmulo en Orcómeno continuamos mandando presentes todos los años, si tratáramos de deshacer lo hecho por la diosa? ¿Acaso no fue por orden suya que el vellocino robado llegó a manos del rey Eetes?

Esta era la respuesta del heraldo:

—Os felicito por vuestra continuada devoción a la diosa. Pero ahora observad el otro símbolo auténtico que llevo en mi zurrón. Es una piña de los abetos del monte Pelión y está envuelta, como ves, en una redecilla tejida con la crin de la sagrada yegua de la diosa. Este símbolo responde a todas vuestras preguntas: de él podéis deducir claramente que la diosa aprueba el viaje. Pues aunque la recuperación del vellocino no sea asunto que le interese, promete bendecir a cuantos minias naveguen hacia Cólquide con Jasón y allí den reposo al espíritu de su siervo Frixo, que aun se aferra desconsoladamente a sus huesos insepultos. Dejadme advertiros, nobles minias, que no debéis ver en la ya olvidada querella que la Triple Diosa tuvo con aquel que un día fue su hijo, una razón en contra de vuestra expedición a Cólquide en busca del vellocino de oro. Proceder así equivaldría a olvidar las calamidades que le han sobrevenido a vuestro clan desde que el vellocino fue robado. Atamante era el guardián de la preciosa reliquia y por su pérdida el padre Zeus lo castigó haciendo que perdiese la razón; hasta tal punto de locura le llevaron las Furias que traspasó con una flecha a su hijo Learco, confundiéndolo con una pieza de caza en el patio de su propio palacio. Desde que fue depuesto Atamante, el poder de los minias ha declinado.

Primero los siete campeones enviados contra Tebas fueron derrotados desde sus muros por Hércules de Tirinto. Más tarde el enfermizo Esón no pudo mantener cerrada la puerta noreste de Grecia contra la invasión de los aqueos; no pasó mucho tiempo antes de que sus tíos, los reyes minias Perieres de Mesene y Salmoneo de Élide terminaran su vida miserablemente. Pero Jasón, el hijo de Esón, que recientemente ha regresado de la oscura cueva del centauro como quien regresa de los muertos, es un hombre de extraordinaria bravura y sabiduría: él opina que hasta que no se recobre el vellocino de oro los minias no volverán a gozar del favor de Zeus, y deberán quedarse quietos, sonriendo con complacencia, mientras sus orgullosos señores los acusan de indolencia y cobardía.

Este discurso convencía a unos cuantos indecisos, pero no a todos, ni muchos menos.

Mientras tanto Jasón había visitado la ilustre ciudad de Atenas, navegando con tiempo favorable a través del golfo de Eubea. Allí hizo sus devociones en honor de Atenea y le transmitió humildemente las órdenes del padre Zeus. Los reyes arcontes, que juntos gobiernan la vida religiosa del Ática, le dieron la bienvenida y mostraron gran interés por su proyecto. Después de una rápida consulta le ofrecieron toda la ayuda que les fuera posible recabar pero a cambio le hicieron prometer que no insultaría a los habitantes de Troya ni cometería ninguna acción violenta contra ellos, pues los atenienses estaban en muy buenas relaciones con ellos, sino que obedecería cualquier petición razonable que le hiciera el rey de Troya. Cuando Jasón hubo confirmado su promesa con juramentos tan solemnes que sólo un loco se atrevería a romper, se enteró con alegría de que Atenea había aceptado el encargo de su Padre y que la construcción de la nave iba a ser confiada a Argo, el hijo de Arestor, que no sólo era descendiente de Dédalo, el inventor, sino que además casi le igualaba en el arte de construcción naval.

Jasón regresó a Yolco y contó al rey Pelias su afortunada entrevista con los arcontes. Pelias, simulando alegría, le ofreció madera cortada, clavos y cordaje y todos los recursos de sus astilleros. Jasón le dio las gracias ceremoniosamente pero le remitió a Argo, sobre quien recaía enteramente la tarea de construir el navío; y luego, en privado, le recordó a Argo, que, ya que Pelias estaba secretamente en contra de la expedición, ninguno de sus obsequios les traería buena suerte —el simple hecho de utilizar un ramal o dos de cordaje de Yolco sería como aparejar el navío con maldiciones—. Así pues Argo declinó el ofrecimiento de Pelias, aunque dando muestras de gratitud, pero aduciendo que la diosa Atenea había estipulado que hasta el menor pedazo de cuerda utilizado en el navío tenía que haber sido enroscado en la cordelería de Atenas y que cada trozo de madera tenía que haber sido cortado en nombre de la diosa.

Argo marchó en busca de madera de pino y halló lo que necesitaba en la falda del monte Pelión, donde un vendaval había derribado una hilera de altos árboles; algunas raíces estaban aún fijas en el suelo y gracias a esto la madera se había ido secando lentamente y estaba endurecida. Allí había madera suficiente para la tablazón de cubierta de un navío de guerra con un solo mástil, bajos estrechos y treinta remos, que en su opinión era el tipo de embarcación más adecuada para una incursión contra Cólquide. Sus hombres limpiaron estos pinos con hachas y los acabaron de descortezar. Después bajaron los troncos hasta la costa —ninguno estaba podrido en lo más mínimo— en plataformas de madera tiradas por bueyes, y allí los ataron firmemente formando con ellos como una balsa que hicieron flotar a través de la bahía hasta la ancha playa de Págasas.

Cerca de allí, en Metone, Argo encontró madera de roble adecuada para las cuadernas del navío, y seleccionó ramas curvadas de grandes árboles y un roble alto y derecho para la quilla. Cuando hubo hecho flotar también esta madera hasta Págasas, pudo empezarse la construcción. Algunos de sus carpinteros alisaron la madera de pinos con azuelas, formando tablones de cubierta, mientas que otros, con sierras y hachas, cortaron las cuadernas del navío y a continuación las encajaron en la quilla y las perforaron, haciendo en ellas unos agujeros para poder sujetarlas, mediante unas clavijas de madera de olivo, a los sólidos baos de roble. Pronto cobró forma el esqueleto del navío y cuando estuvieron terminadas la proa y la popa el bordaje estaba ya listo para ser unido a las cuadernas con clavos de cobre; pero primero se le había dado flexibilidad a cada una de las tablas colocándolas sobre humeantes calderas llenas de agua de mar hirviente. La nave medía sesenta pasos de longitud en la línea de flotación con un bao de cinco pasos; algunos marinos experimentados opinaban que era necesario un bao de más anchura para cruzar el mar Negro, pues tiene fama de provocar olas enormes en todas direcciones a la vez; pero Argo sostenía obstinadamente que era más importante tener en cuenta la velocidad que la comodidad de la tripulación.

El mástil se guardaba en un borquilla, pero se podía sacar con facilidad y colocar en su orificio con la ayuda de unas macizas cuñas de roble. La vela era cuadrada, de duro lienzo blanco traído de Egipto, y las maromas estaban hechas de crin entorchada con cáñamo. Los remos de fresno, cuya longitud era de dos veces la altura de un hombre, tenían palas estrechas; pero las palas de los dos remos del timón, uno colocado a babor y el otro a estribor, a ambos lados del asiento del timonel, eran anchas. Los bancos remeros eran de roble, con unas arquetas que encajaban perfectamente debajo, y las chumaceras iban forradas en la parte inferior con cuero de toro.

La proa, en la cual iba colocada firmemente la sagrada rama del roble de Dodona, tenía una graciosa forma curvada como el cuello de un cisne, pero terminaba en una cabeza tallada de carnero; la popa también tenía una curvatura similar para que el timonel pudiera ver fácilmente por encima de las cabezas de los remeros. Sobre la borda se habían colocado unos escudos de mimbre forrados en su parte exterior con cuero, para proteger a los remeros de la lluvia y de las grandes olas. Y para que el árbol sagrado de cada una, de las deidades que patrocinaba el viaje estuviese presente en la construcción del navío, los palos que sujetaban dichos escudos protectores estaban hechos de madera de laurel cortada en la arboleda de Apolo de Delfos.

El navío se construyó en noventa días y antes de que la popa estuviera terminada ya habían empezado a calafatearlo y a adornar la proa y los costados. Después de calafatearlos con cera de abeja caliente se embadurnaron los costados por dentro y por fuera con alquitrán destilado de los pinos del Pelión y las mejillas de la proa se

pintaron con bermellón de cinabrio comprado en el mercado de verano de Troya. A cada lado de esta proa, bien alto, se pintó con tierras blancas y verdes un gran ojo, y se le añadieron largas pestañas con la ayuda del cepillo para el alquitrán. También se buscaron piedras planas como pesos de ancla, perforándolas para que pudieran pasar las maromas y tallándolas en forma circular para que pudieran subirlas fácilmente a bordo haciéndolas rodar por una tabla y luego izándolas por la borda. Se cortaron pértigas para proteger la nave de las rocas y para arrancarla de la arena si encallaba, y se construyeron dos escaleras para facilitar el embarco y el desembarco. Unas correas sujetaban los remos a la bordada para impedir que resbalasen por las chumaceras y se perdieran.

Todos los que examinaban el navío —y para verlo viajaban hasta allí centenares de personas procedentes de todas partes— aseguraban que jamás habían visto nada tan hermoso. Se le dio el nombre de Argos en honor de su constructor y éste se enorgulleció tanto de su obra que declaraba que no podría soportar separarse de su nave y que navegaría con ella allá donde fuese.

Aquel invierno el palacio de Yolco se llenó de jóvenes enérgicos que habían venido respondiendo a la invitación de los heraldos. La mayoría de ellos eran minias, pero no en su totalidad, pues se creía que Jasón aceptaría a hombres cuya sangre no era minia si consentían en convertirse en minias por adopción. Pelias no podía negar la hospitalidad a estos visitantes, pero se quejaba a Jasón de que estaban minando sus riquezas como una plaga de langostas y dijo que cuanto antes comenzasen el viaje más se alegraría. Como eran jóvenes distinguidos tenía que alimentarlos de acuerdo con su rango y la mayoría venían acompañados de varios criados. Esón, el padre de Jasón, aunque nominalmente era el rey de Ptiótide, vivía en tal pobreza que no podía alojar a más de seis personas. Esto les pareció tan raro a los aventureros que más de la mitad decidieron no emprender el viaje después de todo. Comprendieron que Pelias y no Esón era el verdadero gobernador del reino y que era él y no ningún dios quien había instado a Jasón a que realizara el viaje con la esperanza de deshacerse de un rival. Sin embargo, no regresaron de inmediato a sus casas ya que en Yolco se divertían mucho cazando, boxeando, luchando, jugando a dados y haciendo carreras. Pelias, por el honor de su hogar, no les escatimaba ni el alimento ni la bebida.

Los más animosos le preguntaban a Argo qué debían hacer para prepararse para el viaje. Éste les contestaba que no hicieran preguntas que podían responder ellos mismos: lo mejor que podían hacer era aprender el arte del remo, a no ser que lo dominaran a la perfección, cosa que Argo dudaba. Pues, a menos que los vientos fueran más favorables de lo que era lógico esperar, sólo a fuerza de remos podrían atravesar el Helesponto y el Bósforo o escapar a la persecución de la flota colquídea una vez hubieran arribado y rescatado el vellocino. Algunos de ellos eran ya remeros avezados que habían hecho viajes a Sicilia y a Italia y que sabían todo lo que había

que saber sobre el manejo de una nave; pero la mayoría de ellos se había dedicado más a la crianza de caballos y a la lucha que a la navegación, y raras veces o quizás nunca habían subido a un barco excepto en calidad de pasajeros durante la calmada época estival. Entonces Jasón le pidió prestadas a Pelias dos galeras de veinte remos que tenía haladas para el invierno y allí, en las abrigadas aguas del golfo, él y sus nuevos amigos realizaban carreras con apuestas, bajo la vigilancia de los experimentados timoneles Anceo de Tegea y Tifis de Sifas. Aprendieron a girar los remos con su chumacera como gira una llave en la cerradura y a mantener el ritmo de acuerdo con el canto del timonel. Las manos se volvieron duras y los hombros musculosos y este ejercicio, realizado en común y a diario, creó entre ellos una estrecha camaradería que les hacía evitar las peleas con armas por la noche, cuando bebían y jugaban a dados.

Una noche Jasón fue a ver a Pelias y le dijo en privado:

—Tío, hay algo que me preocupa mucho, pero siento vergüenza de decírtelo.

—Dime lo que sea, muchacho —dijo Pelias con benignidad.

Jasón vaciló unos instantes y luego le dijo:

—Corre un falso rumor por el palacio. Tus huéspedes dicen que me odias y que me temes, y que sólo me envías a esta expedición para deshacerte de mí. Algunos incluso llegan a insinuar que planeas el hundimiento del navío por algún procedimiento mecánico o mágico, en cuanto estemos fuera del golfo de Págasas. ¿Te das cuenta de la desvergüenza con que hablan estos canallas? No obstante, mucho me temo que a no ser que tú les convenzas de que estás tan bien dispuesto hacia mí y hacia el navío Argo como mi corazón me dice que estás, no quedarán voluntarios para el viaje, o al menos no los suficientes para formar la tripulación. En tal caso habrás hecho todos estos gastos inútilmente y el Argo se convertirá en la burla de toda Grecia. Peor aún. Cuando los reyes y los sacerdotes se reúnan para charlar y se pregunten: «Dime, ¿por qué razón no se hizo finalmente a la mar el Argo, después de tantas baladronadas y tantas preparaciones lujosas de toda clase?», ésta será la respuesta: «Se sabía que Pelias meditaba alguna traición, ésta es la verdadera razón por la cual el Argo no llegó a zarpar, y no los malos augurios que simularon hallar en los sacrificios». Y considera, tío, si los dioses estarán contentos cuando este rumor llegue al alto Olimpo.

Pelias quedó preocupado. Reunió a todos los aventureros y les dijo:

—Señores, algún insensato ha estado manchando mi buen nombre. ¡Que el padre Zeus lo despedace con un rayo con cielo claro y que las Arpías se lleven sus retorcidos restos! ¿Quién de vosotros, mis honorables huéspedes, se atreverá a repetirme a la cara las bajas calumnias que se cuchicheaban a mis espaldas? ¿Así que yo intento estropear el casco del Argo o urdo planes para acabar con su tripulación? ¿Cómo podéis pensar que tengo tan poco respeto por los dioses y por mis

semejantes? Oh, si, hay canallas que se creen cualquier cosa. Pero ahora dejad que os dé una prueba de mis buenas intenciones para con vosotros. Allí sentado se encuentra mi único hijo el príncipe Acasto, a quien amo tiernamente. Aunque lo necesito aquí para conducir a mis hombres a la guerra —pues yo he rebasado ya la edad de luchar, incluso desde un carro—, a partir de este momento lo dedico a la sagrada empresa de la búsqueda del vellocino. Él irá con vosotros, será camarada vuestro y cualquier problema o desastre que sufra el Argo lo sufrirá también mi hijo Acasto y yo a mi vez, a través suyo.

Hablaba con engaño, proyectando retener a Acasto en el último momento, con algún pretexto, pero el discurso tranquilizó a muchos de los que tenían dudas. Acasto, que en su embriaguez acababa de quejarse de que su padre era injusto al prohibirle tomar parte en una aventura de la que no podía abstenerse honradamente ningún príncipe minia, lanzó un grito de alegría. Cruzó la sala, dando traspiés, para abrazar las rodillas de Pelias y pedirle su bendición. Pelias se vio obligado a bendecirlo ocultando su disgusto.

Resulta que entre los jefes de Ptiótide se hallaba un joven de origen corintio que había escapado a Yolco, desde su isla de Egina, después de haber matado con un tejo a un hermanastro suyo; pero no estaba claro si se trataba de asesinato u homicidio. Después se había casado con la hija de un primo de Pelias, jefe del clan de los mirmidones, y en Ptía había recibido una completa purificación ritual para engañar al espíritu de su hermanastro. Después de la ceremonia se cambió el nombre por Peleo —su nombre original ya ha quedado en el olvido— y fue iniciado en la hermandad de la Hormiga. Peleo fue con su suegro a Arcadia para tomar parte en la famosa caza del jabalí de Calidón. Cuando el jabalí salió repentinamente de su escondrijo, Peleo le arrojó su jabalina, pero chocó contra el lomo del animal y rebotó, traspasando a su suegro. Se fue a Yolco para recibir nuevamente una purificación, que realizó Acasto, pero conservó el nombre de Peleo; luego regresó a Ptía para hacerse cargo de las tierras de su suegro y tomar la jefatura del clan de los mirmidones. Mientras aun estaba en Yolco, la mujer de Acasto se enamoro de él, o al menos eso fue lo que él dijo después, y le requirió de amores. Al rechazarla, ella lo acusó secretamente ante Acasto diciendo que él la había requerido a ella y que ella le había rechazado. Acasto era amigo de Peleo, pero los aqueos daban tanta importancia a la castidad de sus mujeres que se sintió obligado a vengar su honor. Sin embargo, no le gustó la idea de matar a Peleo sin más ni más, ya que la ceremonia de la purificación, como él bien sabía, era muy molesta y no siempre eficaz. En lugar de esto invitó a Peleo a cazar al monte Pelión, en una parte del bosque que, a través de un tratado estaba reservada para los centauros. Una vez allí lo hizo dormir dándole de beber cerveza cuando tenía el estómago vacío. Luego le quitó la espada y lo abandonó, esperando que las bestias salvajes o los centauros lo mataran.

Los centauros fueron los primeros en descubrir a Peleo, pero afortunadamente el viejo Quirón apareció a tiempo para disuadir a los ardorosos hombres de su tribu y recordarles que si mataban a un aqueo se exigirían veinte vidas centauras en venganza. Peleo adivinó quién se había llevado su espada y por qué motivo y persuadió a Quirón a mandar un mensaje a Yolco diciendo que su cuerpo había sido hallado destrozado por las fieras. Entonces la mujer de Acasto se vanaglorió públicamente de que su esposo había vengado su honor y Acasto, cada vez más preocupado, se encerró en su habitación sin querer probar bocado, embadurnándose la cara con suciedad y desgarrándose las vestiduras para que el espíritu vengador de su amigo no lo reconociese. Cuando Peleo regresó sano y salvo unos días más tarde y contó su versión de la historia, todo el mundo se rió de Acasto, pero Acasto al menos pudo reírse de su mujer. Él y Peleo se convirtieron en hermanos de sangre y se juraron eterna amistad. Así pues, cuando Acasto recibió permiso para embarcarse en el Argo, Peleo decidió unirse a él.

Se aproximaba el equinoccio de primavera, que era lo más pronto que se consideraba seguro para empezar el viaje, y por fin Jasón, que había enviado un mensajero al santuario de Zeus en el monte Lafistio para preguntar cuál era el día más favorable para zarpar, pudo anunciar que su aventura comenzaría el cuarto día después de la siguiente luna nueva.

Al oírse estas palabras se elevó un grito de alegría en la sala, pero se advirtió que varios de los que se habían distinguido en las fiestas y en los juegos de tejos y en las carreras, guardaban silencio: y al poco rato empezaron a poner excusas para no embarcar. Unos hacían ver que se habían dañado los brazos al remar, otros se metieron en la cama como si tuvieran fiebre alta, otros se marcharon durante la noche sin despedirse siquiera, ni dar ninguna excusa. Parecía poco probable, después de todo, que pudieran encontrar hombres suficientes para formar la tripulación y Jasón iba de un lado a otro con gesto melancólico, lo que contribuía a enfriar el ánimo de sus compañeros.

8. LA LLEGADA DE HÉRCULES

La noche de la luna nueva un mensajero entró corriendo en el palacio y dijo al rey Pelias:

—Viene un antiguo enemigo de los minias por la carretera de Halo. En seguida adivinarás de quién se trata cuando te diga que sobre el hombro lleva una maza de madera de olivo recubierta con latón, en la espalda un enorme arco y que viste una túnica de piel de león y lleva el pelo largo y descuidado como una melena leonina. Sin embargo, ha ido informando a los viajeros que se ha encontrado por el camino que viene en son de paz, y él raramente se molesta en decir mentiras.

Se produjo una conmoción en la sala y Ergino de Mileto, antes de Orcómeno, se llevó la mano a la espada y hubiera salido a combatir si sus camaradas no se lo hubieran impedido. Melampo de Pilos, el del rostro melancólico, hijo de Poseidón dijo:

—Ergino, sabemos que has tenido motivos para maldecir el nombre de Hércules de Tirinto desde que luchó contra ti en Tebas después de haberles cortado las orejas y las narices a tus recaudadores de tributos de Orcómeno. Es cierto, el tributo no era injusto, pues todos sabemos que lo exigías en compensación por la muerte de tu padre a manos de los tebanos. Sin embargo, si, como supongo, Hércules ha oído hablar de nuestra proyectada expedición y desea tomar parte en ella, ¿no tendrás entonces por fin motivos para bendecir su nombre? No hay en el mundo luchador tan audaz ni tan experimentado como Hércules. Minias, salgamos corriendo de esta sala, pero no con espadas para combatirle sino con guirnaldas y copas de vino para darle la bienvenida. Hace muchos años, con su defensa de Tebas, impidió que subyugásemos a Beocia, pero debemos olvidar esta vieja injuria ahora que los aqueos se han hecho los dueños de toda Grecia y que el mismo Hércules se ha convertido en un siervo del rey Euristeo de Micenas. Todos habéis oído el dicho: «Nada sin Hércules» y cierto es que durante los últimos treinta años no ha habido hazaña militar importante en la que no estuviese presente. Considero su llegada como un signo afortunado. Olvidemos nuestra antigua querella e invitémoslo a que se una a nosotros en calidad de jefe.

Todos los presentes aplaudieron estas palabras a excepción de Jasón, quien, a pesar de su total ignorancia en cuestiones marítimas y de navegación, había supuesto que le correspondería la gloria de estar al mando de la expedición. Solamente él y Argo, que se había herido el pie con un hacha, permanecieron en la sala mientras los otros aventureros corrían a saludar a Hércules.

Pelias, que observaba esto, le preguntó a Jasón en tono burlón:

—¿Por qué te quedas ahí sentado, sobrino, envuelto en tu piel de leopardo? ¿Acaso no sabes que el león es el rey de las bestias?

Como Jasón no respondía añadió:

—Te aconsejo que corras a adelantarte a tus compañeros para ser el primero en dar la bienvenida a Hércules. Si no lo haces se enojarán y se harán a la mar sin ti y entonces te habrás convertido en el hazmerreír de Grecia.

Pelias esperaba que Hércules aceptaría el mando de la expedición, pues así Jasón perdería su gloria. Además, Hércules, que sufría ataques de locura, tenía fama de ser terrible con sus amigos como con sus enemigos. Era capaz de levantar repentinamente su enorme maza recubierta de bronce y matar de un golpe a cinco o seis de sus compañeros por algún insulto o alguna injuria imaginaria; y luego rugía de remordimiento, y golpeaba su enorme cabeza contra la pared.

Jasón siguió el consejo de su tío y salió corriendo. Cuando hubo salido, Pelias no puedo evitar decirle a Argo:

—Dudo que tu barco, por muy bien construido que esté, pueda sostener por mucho tiempo el peso de un campeón tan gigantesco como Hércules.

Jasón, que era muy ligero de pies, pronto dejó atrás a los demás minias. Una hora más tarde llegó solo y jadeante a Págasas, donde encontró a Hércules con Hilas, su joven paje, en una cabaña cerca del reluciente Argo, bebiendo con los carpinteros y los pintores del navío.

—Noble príncipe Hércules —dijo Jasón, jadeante—, soy Jasón de Yolco, a donde ya ha llegado la buena nueva de tu llegada a estos contornos. Me he adelantado a mis compañeros para ser el primero en darte la bienvenida. Me apresuro de buen grado a poner en tus manos la dirección de la empresa.

Hércules, un hombre con ojos porcinos, cuello de toro y de músculos y altura extraordinarios —medía cerca de dos metros y medio—, estaba sentado royendo una pierna de cordero. Por toda respuesta emitió un gruñido, arrancó un trozo más de la carne asada con sus enormes y sucias manos y se llenó la boca con ella. Luego arrojó bruscamente el hueso por la puerta donde se encontraba Jasón, apuntando a un pato que se contoneaba en el agua a unos cuantos pasos de la costa. El hueso pasó silbando junto a la oreja de Jasón, cruzó la playa de punta a punta y fue a dar contra la cabeza del ave que murió instantáneamente.

—Siempre acierto —rió Hércules para sí.

Se limpió los dedos grasientos en el pelo canoso y tieso, eructó ruidosamente y al cabo de unos instantes preguntó:

—¡ja! Y ¿qué empresa es ésta, muchachito? Hablas como si todo el mundo conociera los chismorreos de tu pequeño rincón de Tesalia. ¿Es que los lobos del monte Hemo han estado robando vuestras ovejas flacuchas? ¿O acaso han vuelto a bajar los centauros del Pelión para besar a vuestras flacuchas mujeres?

Ésa era su zumba de siempre; sabía muy bien a qué empresa se refería Jasón. Acababa de terminar el sexto de los famosos «doce trabajos» que le había impuesto el

rey Euristeo de Micenas (el hijo y sucesor del rey Esténelo), y que consistía en capturar vivo al jabalí salvaje que había estado sembrando el terror en las laderas del monte En manto. La noticia del proyectado viaje de Jasón le llegó en la plaza del mercado de Micenas cuando sacaba al jabalí, fuertemente atado, de la carretilla en la cual lo había traído desde el valle del Psófide, en Arcadia, aquel valle frío y sombreado por cipreses. Los ciudadanos proferían exclamaciones de asombro al ver los terribles colmillos del animal, casi tan grandes como los de un elefante africano, y sus ojos ensangrentados de mirada feroz. El joven Hilas dijo a los ciudadanos:

—Mi amo Hércules terminó pronto con el animal. Lo persiguió obligándolo a meterse en un profundo ventisquero y allí lo atrapó en una red de cáñamo, aprovechando sus tropezones.

En aquel momento llegó a la plaza del mercado uno de los heraldos de Jasón y empezó a hacer su discurso sobre las ramitas y la lana y el hacha a un grupo de minias que encontró allí. En estas, Hércules exclamó:

—Buena gente, llevad este jabalí al rey Euristeo, presentadle mis respetos, y decidle que volveré para recibir más órdenes cuando haya ido a Cólquide para arreglar este pequeño asunto del vellocino perdido. Vamos, Hilas, hijo, alcánzame mi zurrón del carro que salimos otra vez de viaje.

Hércules prolongó sus trabajos con una serie de tareas voluntarias, muchas de ellas más extraordinarias que las impuestas por Euristeo. Esto lo hacía para demostrar el desdén que sentía por su amo. Puede parecer sorprendente que Euristeo tuviera siquiera un poder mínimo sobre Hércules, pero la historia es como sigue:

Después de su victoria sobre los minias en Orcómeno, Hércules (conocido antes como Alceo) había sido recompensado por el rey de Tebas con la mano de su hija mayor Megara, pero cuatro años más tarde, en uno de sus ataques de embriaguez, mató a los hijos que tuvo con ella y a dos de sus sobrinos al mismo tiempo, confundiéndolos con serpientes o lagartos. Sus espíritus empezaron a perseguirle. Los acostumbrados ritos de purificación no surtieron efecto porque el espíritu de los propios hijos no se puede engañar con facilidad. En consecuencia fue a Delfos para pedirle consejo a Apolo, quejándose que de pronto sentía como le pellizcaban las piernas y le tiraban de la túnica y unas voces infantiles resonaban en su cabeza. El gran sacerdote no había olvidado la gran hostilidad que Hércules había mostrado por la nueva religión y le ordenó convertirse durante todo un «gran año» en siervo del rey Euristeo, cuyo padre Esténelo había sido asesinado por Hilo, un hijo de Hércules. Tenía que hacer cuanto le ordenase Euristeo, dentro y fuera de lo razonable, y se le prometió que al concluir el año desaparecerían por completo aquellos pellizcos y aquellas voces. Mientras tanto, los médicos sagrados le recetaron paliativos. Un «gran año» son casi ocho años, y cuando finaliza, el sol, la luna y los planetas vuelven a estar todos situados en el lugar en que se encontraban al comenzar.

Al principio Euristeo quedó complacido con este arreglo, que halagaba su vanidad y le daba esperanzas de poder vengar el asesinato de su padre en Hércules, que había sido el instigador; pero pronto se dio cuenta de las desventajas de poseer un servidor tan especial. Después de terminar con éxito su primer trabajo, el de estrangular al león de Nemea, Hércules casi mató de un susto a Euristeo cuando, para gastarle una broma, echó el cadáver del león sobre su regazo. Euristeo se negó, a partir de entonces, a concederle audiencia y construyó una tumba-refugio de bronce debajo de su trono a la cual podía deslizarse, si Hércules algún día volvía a irrumpir en el palacio, bajando la escotilla para taparse y fingiéndose muerto. Luego pensó en una serie de trabajos casi imposibles que su heraldo Talcibio le ordenaba realizar a Hércules y que tenían por finalidad mantenerlo alejado de Micenas el mayor tiempo posible. Hércules solía saludar a Talcibio de este modo: «Hola, Basurero, ¿qué nueva porquería me traes de parte de mi amo?». Pero su respeto por los heraldos le impedía golpearlo o romperle los dientes.

En una ocasión su tutor, Quirón, había advertido a Jasón que siempre era más prudente beber con Hércules que discutir con él. Así pues, respondió a su burla con suavidad.

—¿De veras? —preguntó—. ¿Será posible que no hayas oído hablar aún de lo que se está comentando por toda Grecia? Será que has estado en el extranjero o en alguna parte inaccesible de Grecia durante los últimos meses. Por las motas de mi Leopardo, juro que estos carpinteros y pintores han sido maravillosamente discretos y me pregunto qué escrúpulos les habrán impedido decirte qué navío están construyendo y con qué propósito.

Hércules gruñó:

—¡Ja! Es cierto que empezaron a contarme no sé qué disparatada historia de un grupo de jóvenes minias que se jactan de que van a embarcar en él hacia Escitia —¿o era la India?— en busca de un tesoro guardado allí por unos grifos. Si quieres que te sea sincero, dejé de escuchar cuando vi que se trataba de una empresa minia. Jamás he sentido ni el más mínimo interés por lo que puedan hacer los minias desde que les di aquella paliza en Tebas hace algunos años.

Jasón contuvo su indignación.

—Honorable Hércules —le dijo—, me temo que no viste a los minias en plena forma en aquella ocasión.

—Me temo que no, muchacho —respondió Hércules—. Es más, dieron un espectáculo lastimoso. Hasta Hilas podría haberlos derrotado con su pequeña honda y su puñal. ¿No es cierto, hijito?

Hilas se sonrojó y Jasón dijo:

—Permíteme que admire la hermosura de tu joven compañero, Hércules. Tengo que confesar que es el niño más precioso que he visto en toda mi vida.

Hércules atrajo a Hilas a su lado y le dio tres o cuatro besos sonoros en el cuello y en la cara.

—Lo es todo para mí —exclamó— y es el más valiente de todos los muchachos. Dentro de un año o dos, ahora que ya ha llegado a la pubertad, pienso iniciarlo en la hermandad del León. No somos muchos pero, por las Serpientes Sagradas, ¡cómo hacemos notar nuestra presencia en el mundo!

Hércules había empezado siendo un hombre-toro, pero abandonó la hermandad cuando se anunció que Zeus se había apropiado de ella arrebatándosela a la Diosa Madre. «Si un carnero puede convertirse en toro», dijo, «un toro también puede convertirse en león»; y entonces, para compensar a la diosa por el daño que le había infligido a su gran sacerdotisa en Olimpia, y también por la muerte de su león de Nemea que él había estrangulado, fue a visitar a la reina Circe de Eca, que se ocupaba de asuntos de esta índole y se alistó en la hermandad del León. Circe le ordenó arrancarse un dedo de un mordisco para aplacar el espíritu del león, cosa que hizo sin miedo alguno, y además instituyó, en honor suyo, los Juegos de Nemea.

A Jasón le alegró haber encontrado un lado blando en la tosca naturaleza de Hércules.

—Estoy seguro de que tu Hilas demostrará ser digno de ti —le dijo—. Ya lleva la cabeza erguida como un rey. ¿Cómo ha llegado a tu servicio? No será uno de tus innumerables bastardos, ¿verdad?

Él suspiró que dio Hércules parecía una gran ráfaga de viento.

—El pobrecito es huérfano —dijo—. Yo mismo maté a su padre. Esto es lo que sucedió: yo vagaba por el oeste de Tesalia en no sé qué expedición, y un buen día me sentí muy hambriento. Me encontré con un labrador driope que araba un barbecho en un valle protegido, profiriendo las acostumbradas imprecaciones obscenas para obtener buena suerte. Yo le saludé diciendo: «Dichoso labrador, estoy tan hambriento que me comería un buey». Él respondió con una sonrisa pero continuó con sus maldiciones, diciendo que al menos no me comiera su buey antes de que estuviera el campo arado y gradado. «Por las Serpientes Sagradas», exclamé yo, perdiendo la paciencia, «lo haré si me da la gana». «Ten cuidado», dijo él, «yo soy Tiodamante el driope. Te exijo que no me hables de esta forma tan perentoria». Y yo le respondí: «A los cuervos con tu «perentoria». Yo soy Hércules de Tirinto y siempre digo, hago y consigo justo lo que me place. El otro día en Delfos le dije a la pitonisa exactamente lo que te acabo de decir a ti; pero ella se negó a creerme». Tiré del trípode sagrado sobre el cual estaba sentada y lo saqué fuera del santuario. «Y ahora», le dije, «si hace falta haré mi propio oráculo». ¡Jo, jo! Eso pronto le hizo recobrar su sano juicio. Pero Tiodamante o no había oído hablar nunca de mí, o si no, no podía creer que yo era yo. Me amenazó con la aguijada de su buey y yo le di un golpecito amistoso con mi maza y le partí el cráneo como si fuera una cáscara de huevo. ¡Ay de mí! Yo no

quería matarle. Nunca sé medir mi propia fuerza, ésta es mi maldición. Lo mismo me ocurrió cuando era un niño y aprendía a tocar la lira y mi maestro de música, un tonto pomposo llamado Lino, me dio unos golpecitos en los nudillos y me dijo que colocaba mal los dedos. Yo, en broma, le di con la lira en la cabeza y le saqué los sesos. Fue un puro accidente, ¡lo juro! Yo alegué que se había tratado de un acto de defensa propia y el asunto se dejó correr, pero desde entonces jamás he vuelto a poner las manos sobre una lira.

«Bueno, pues, como decía, aquel día tenía un hambre fuera de lo normal. Maté el buey, encendí un fuego con el arado de madera y la aguijada y le añadí unos cuantos maderos secos que saqué de la pared de un granero que había por allí cerca. Mientras se estaba asando mi carne, dediqué piadosamente el cadáver de Tiodamante a la madre Cere, la diosa de los Cereales, y esparcí algunos trozos de su cuerpo por los surcos para mejorar la cosecha: era una forma muy astuta de escapar a la atención del espíritu, pensé yo. Estaba a punto de sentarme a cenar cuando oí como unos gemidos que venían del lado del granero —¡iii, iii, 000, iii! Allí sentado vi a un niño de unos dos años que había estado durmiendo sobre el manto de su padre al cálido sol. Le debió despertar el crujido de mis mandíbulas. Si, lo has adivinado: se trataba de Hilas. En seguida me encapriché de él. Le di un hueso con médula para chupar y le tosté un pedacito de lengua de buey en el fuego. Él y yo pronto nos hicimos tan amigos que me lo llevé en mi zurrón. Desde entonces siempre me ha acompañado en todas mis aventuras. Dicen que su madre murió de pena por su doble pérdida. Si así fue, era una mujer tonta»:

Tiodamante era obstinado como una mula y ella tenía que haberse dado cuenta que era un error querer privar a Hilas de una educación que muchas madres hubieran pagado lo que fuera por conseguir para sus hijos. Pero no te preocupes, Hilas, hijito: Hércules es ahora tu padre y tu madre. Hércules siempre cuidará de ti.

Jasón preguntó:

—¿Puedo preguntarte qué es lo que haces en Ptiótide, noble Hércules? ¿Acaso estás realizando otro de tus trabajos, famosos en el mundo entero?

—No, no. Acababa de completar el sexto ¿o era el séptimo? —no importa cuando se me ocurrió tomarme unas vacaciones en Tesalia, mostrarle a Hilas sus tierras paternas y de paso hacerle una visita a mi viejo amigo Quirón el centauro. Uno de estos días colocaré a Hilas en el trono driope si él quiere, ¿verdad, hijito?— volvió a coger a Hilas y se puso a abrazarlo. Cuando Hilas chilló de dolor, Hércules le soltó al instante.

—Ya lo ves —dijo nunca sé medir mi propia fuerza. Hace unos meses le rompí unas cuantas costillas y tuvo que guardar cama. Pero de verdad, no quería hacerle ningún daño; soy muy afectuoso por naturaleza, sabes.

—Entonces, y puesto que no estás muy ocupado —dijo Jasón—, para nosotros los

minias, que de modo alguno somos tan degenerados como juzgas, representaría el más alto honor que nos acompañaras a Cólquide como capitán de este navío. Pues allí tenemos intención de recuperar el vellocino de oro de Zeus.

Hércules quedó pensativo un momento.

—¿Cólquide? ¿Dijiste Cólquide? Ya recuerdo este lugar. Primero navegas hasta Troya y te discutes como siempre con los malhumorados troyanos y rompes unas cuantas cabezas. Luego sigues por la costa sur del mar Negro, recorriendo difíciles caminos que suben y bajan montes durante unos centenares de millas —algunas de las tribus con que te encuentras tienen unas costumbres rarísimas—, hasta que llegas al país de las amazonas, al norte de Armenia. Yo estuve allí no hace mucho, en uno de mis trabajos, para rescatar el ceñidor de la reina Hipólita: no fue un trabajo fácil pues las amazonas luchan como gatas salvajes, y yo me vi obligado a complacerlas. No obstante, conseguí lo que había ido a buscar. Después de Amazonia, recorres unas cien millas más o menos y por fin ves las montañas del Cáucaso en el límite del horizonte y el mar Negro acaba. Aquello es Cólquide. Recuerdo un río ancho y limoso y una maraña de vid salvaje en los bosques y ranas de árbol del color de las esmeraldas y unos nativos en el puerto con el pelo rizado y un buen número de árboles indios de aspecto extraño. Empecé a remontar el río en canoa, pues tenía unos asuntos que atender en el santuario de Prometeo, que estaba a cierta distancia corriente arriba, pero me vi forzado a volver atrás porque volvía a oír voces de niños en mi cabeza. Me gustaría volverlo a intentar. Me gustaría visitar la tierra de la nieve perpetua en lo alto del Cáucaso, donde los soanios, los comedores de ajo, se deslizan montaña abajo sobre toboganes de piel, más veloces que las golondrinas al volar, o trepan los picos helados y resbaladizos con sus zapatos claveteados de cuero crudo. He oído decir que allí la nieve cae en copos planos como cuchillitos, en lugar de formar estrellas o flores como hace aquí. ¿Será eso cierto? Muy bien, iré con vosotros a Cólquide. Nuestras vacaciones en Tesalia pueden esperar, ¿verdad, Hilas?

—¡Qué generoso eres, príncipe Hércules! —exclamó Jasón, que hubiera preferido verlo muerto y enterrado bajo un túmulo de tierra y piedras.

Hércules lo hizo callar.

—Escucha, muchacho —le dijo—. Yo soy muy cuidadoso en la elección de mis compañeros. Si consiento en dirigir la expedición, insisto en decidir quién viene y quién se queda atrás.

—Eso me evitará muchas dificultades —dijo Jasón mientras con sientas en incluirme a mí entre los que han de ir.

—No puedo decir que me guste tu aspecto —dijo Hércules con severidad—. Te haces llamar minia, juras por las motas del Leopardo como si fueras un magnesio y llevas el cabello en una melena, como un centauro. Me recuerdas a Quimera, la cabra de Caria con cabeza de león y cola de serpiente. No la conozco personalmente, ni

espero tener que hacerlo. Según creo, la mitad de las historias que se cuentan sobre ella son falsas. ¿Quién eres tú?

Jasón le contó brevemente quién era. Cuando Hércules le oyó decir que era uno de los discípulos de Quirón exclamó: «¡Bien, bien!», y le trató con mayor afabilidad.

—Quirón es el último de mis viejos amigos —le dijo—. Él y su sabia madre Fiira en una ocasión me curaron una mala herida. Jamás lo olvidaré. Había llegado a temer que perdería un brazo.

No hablaron más de la expedición y se pusieron a beber juntos con jovialidad. Pronto los demás minias irrumpieron en la cabaña y saludaron a Hércules con alegres vítores. Hércules les rugió que se fueran, diciéndoles que estaba ocupado con su bebida y les dio con la puerta en las narices con tal ímpetu, que parte del tejado se vino abajo. Los minias regresaron a Yolco arrastrando los pies y apesadumbrados.

Jasón aduló a Hércules y le sirvió más vino, yendo a buscar otra jarra llena a una granja cercana y por fin, incautamente, le pidió permiso para estampar un casto beso en la mejilla de Hilas.

Hércules rugió con risas de indignación y meneó su enorme y calloso dedo índice ante Jasón.

—Más vale que no hagas nada de eso —le dijo—. ¡El niño es mío, no tuyo!

En un rincón de la cabaña, entre las herramientas de los carpinteros, había una palanca de hierro. Hércules la cogió y empezó a doblarla para hacer un collar destinado al cuello de Jasón, pero Hilas le suplicó que lo perdonara, así que Hércules, en lugar de seguir con el collar, le dio a la palanca forma de serpiente enroscada con la cabeza en el aire, pronta para el ataque y la colocó en el suelo frente a Jasón, silbándole amenazadoramente. Su rostro se había puesto rojo como el fuego por el esfuerzo, pues ya iba a cumplir los cincuenta años y su fuerza empezaba a declinar un poco; causaba terror.

9. LA ELECCIÓN DE LOS ARGONAUTAS

A la mañana siguiente, Hércules durmió su borrachera. Se despertó alrededor del mediodía de un humor irritable; pero Hilas le esperaba con un enorme tazón de vino y un par de filetes de buey que había preparado Jasón y pronto consintió en trasladarse en bote al puerto de Yolco. Estaban a medio camino cuando las dos galeras de carreras pasaron agitando las aguas; su estela hizo que el bote empezara a balancearse. Hércules lanzó una maldición, agarró y encordó su arco y, levantándose de un salto, dio una furiosa patada. Hubiera enviado una descarga de flechas tras las galeras de no haber abierto una enorme brecha en el suelo del bote, que se inundó al momento y se fue a pique. Hilas nadaba como un pez y se dirigió a la costa yolca a la que pronto llegó, pero Jasón se lamentó amargamente de no haber escarmentado después de su anterior aventura y haber tomado clases de natación además de las de remo. Consiguió mantener la boca fuera del agua con la ayuda de un remo y gritó, pidiéndole auxilio a Hércules. Después de esto ya no recordaba nada más. Hércules, que no quería que los frenéticos esfuerzos de Jasón le hundiesen, había tomado la precaución de darle un puñetazo en la cabeza para dejarlo sin sentido. Fue una suerte que el grueso cráneo de Jasón estuviese protegido por las trenzas de su melena y por un casco de cuero.

Cuando por fin volvió en si, con un tremendo dolor de cabeza, oyó unos pasos pesados cerca de él y, al entreabrir los ojos vio a Hércules que le contemplaba con gesto perplejo.

—No estás muerto, ¿verdad? —le preguntó.

Jasón dolorido, miró a su alrededor y vio que estaba de nuevo en la sala de Pelias, y no en las cavernas de los Infiernos como había imaginado.

—No, aún estoy vivo —respondió—. ¿De dónde vino el golpe?

Hilas soltó una risita, Hércules rió entre dientes y pronto La sala entera resonaba con un tremendo estallido de risas.

—¿De dónde vino el golpe? ¡Ja, ja! ¿De dónde vino el golpe? —pues Hércules acababa de hacer una exhibición de su fuerza en el curso de la cual había desafiado a Augías, el joven rey de Élide, dueño de los famosos establos, a que luchase con él, y cogiéndolo por las rodillas, lo había lanzado al techo; Augías había quedado enganchado por el cinturón en la clavija de la viga, de la cual pendía como un trozo de carne de cabra seca.

Luego Hércules había marcado su huella en el lugar, como solfa, al golpear una gran caldera de cobre con sus nudillos dejando una abolladura de tres o cuatro pulgadas de profundidad.

—¿De dónde vino el golpe? ¡Ja, ja! —coreaba el rey Augías desde su viga,

congratulándose de seguir con vida e ileso. No tenía ninguna prisa por bajar.

La noche siguiente, después de la cena, Jasón, débil todavía, pero capaz de sostenerse con la ayuda de un bastón, le preguntó a Hércules si ya había elegido la tripulación para el Argo. Hércules se había olvidado del asunto pero se ocupó de ello sin demora. Dio unas palmadas reclamando silencio e incluso el rey Pelias, que estaba dando instrucciones a su escanciador, creyó prudente obedecer. Dondequiera que fuera, Hércules siempre parecía el rey.

—En primer lugar —empezó con su voz atronadora—, ordeno a los huéspedes del rey Pelias que deseen navegar conmigo a Cólquide en el cómo-se-llame que se coloquen a mi derecha, y los que no deseen hacerlo que se pongan a mi izquierda.

Después de un momento de vacilación, cincuenta hombres se colocaron a su derecha, minias unos cuantos de ellos, y treinta a su izquierda, minias en su mayoría.

—En segundo lugar —dijo Hércules—, os ordeno a vosotros los treinta cobardes que os rezagáis y no queréis participar en el viaje, incluso sabiendo que Hércules también navegará, que dejéis las armas en el suelo y os despojéis de todas vuestras ropas. Las vais a dejar aquí para el rey Pelias como cortés recompensa por la hospitalidad que os ha dado y marcharéis inmediatamente a vuestras casas sin tan siquiera un par de calzones de cuero a repartir entre todos.

Se escuchó una gran carcajada del grupo de los cincuenta y un grito de indignación del grupo de los treinta, quienes blandieron sus armas se negaron a ejecutar lo que les ordenaba Hércules. Pero cuando vieron que cogía su maza y que escupía sobre las palmas de sus manos, los treinta lo pensaron mejor y empezaron a depositar sus espadas, lanzas y jabalinas en el suelo y a desabrocharse las ropas. Las hijas e invitadas del rey Pelias se ruborizaron y salieron de la habitación por una puerta lateral; incluso el rey quedó alarmado, temiendo que este incidente diera lugar a una docena de guerras. Pero Hércules no cedió y los jóvenes salieron en cueros de la sala, a la fría noche, dejando allí sus armas, joyas y vestidos. Los cincuenta valientes les abuchearon.

Entonces Hércules dirigió estas palabras geniales a Jasón:

—Yo soy un hombre poco afortunado, siempre lo he sido. Dices que no sé juzgar a los hombres y quizás tengas razón. Que mi Hilas elija los tripulantes por mí. Hilas es un muchacho muy listo, vaya si lo es. Pero primero, que todos los voluntarios de sangre minia se pongan a un lado: los heraldos han prometido que tendrían los primeros puestos en el barco.

Los aventureros que no eran minias se tomaron a mal el que la elección la hiciera un simple niño, pero ninguno de ellos se atrevió a oponerse a los deseos de Hércules.

Los catorce minias (no había más) se pusieron a un lado. Entre ellos se destacaba Mopso el lapita, el cual, como hacía poco que una vieja cigüeña le había presagiado su muerte en los desiertos de Libia, estaba totalmente convencido de que sobreviviría

a este viaje, ya que le llevaba en dirección contraria. Pues Mopso alegaba que podía entender el lenguaje de las aves, aunque reconocía que algunas veces hablaban de manera tan insensata como los humanos. Su insignia era el estornino y tenía la punta de su lengua partida por un cuchillo. A su lado se hallaba el honesto Corono el lapita, de la hermandad del cuervo; el melancólico Melampo de Argos, primo de Jasón, que llevaba la insignia de la urraca; el impetuoso Ergino de Mileto, cuya capa estaba rayada como un atún en honor de su padre Poseidón y que llevaba un cinturón de crin de caballo trenzado. Junto a Ergino se hallaba otro hijo de Poseidón, el mago Periclimeno de la arenosa Pilos; llevaba un cinturón del mismo estilo que el de Ergino pero, como había nacido durante un eclipse solar, tenía libertad para llevar la insignia que quisiera; incluso le estaba permitido comer la comida de los muertos. Su madre Cloris era ahora la esposa de Neleo, el cruel hermano de Pelias. Junto a Periclimeno estaba el taciturno Ascálafo, un hijo del dios Ares y de Astíoque, cuyos brazos estaban tatuados con figuras de lagartos. Estos tres hombres habían tenido por padres a los dioses porque, debido a sus distinguidas cunas, sus madres habían sido elegidas para ser prostitutas del templo. Los demás minias eran Jasón, hijo de Esón; Acasto, hijo de Pelias; Euridamante el dólope del lago Xinias, en Tesalia, un fornido criador de caballos; Tifis, el timonel, de Sifas, en Beocia; dos hombres de Halo cuyos nombres ya no se recuerdan; y un par de hermanos, nietos de Perieres, el anterior rey de Mesenia, llamados Idas y Linceo. Idas y Linceo llevaban unas gorras de piel de lince que jamás se quitaban de la cabeza; eran hombres altos en la flor de la vida, y no les importaba nadie en absoluto.

Hilas recorría las filas de los voluntarios que no tenían sangre minia. Los primeros en llamarle la atención fueron dos magníficos campeones, altos y al parecer gemelos, con músculos prominentes y vestidos con plumas de cisne. Les dio un golpecito en el hombro.

—Vuestros nombres, por favor —dijo Hércules.

—Cástor y Pólux —respondieron a unísono—. Somos los hijos de Leda y del padre Zeus, y príncipes de Esparta.

—Ya decía yo que os reconocía —dijo Hércules—, aunque, ¡caramba! no os distinguiría jamás uno de otro ¿cuál de vosotros es el domador de caballos y el luchador —el que arrojé a la multitud por encima de las cuerdas en Olimpia y que después intentó enseñarme el arte de la esgrima?

Cástor sonrió y contestó:

—Yo soy Cástor. Fui un necio al entrar contigo en el cuadrilátero. Sin embargo, nunca me habían arrojado fuera, y jamás me ha vuelto a suceder. Recuerdo bien aquellas lecciones de esgrima… Al final te aconsejé que siguieras con tu maza.

—Yo soy Pólux —dijo Pólux—. Yo gané la competición de boxeo en los Juegos. Tuve suerte de que no tomaras parte en ella.

—Estaba endiabladamente borracho —dijo Hércules y fue una suerte para los dos pues en cuanto subo al cuadrilátero siempre se me olvida que estoy luchando en un concurso amistoso, ¿verdad, Hilas, hijito?

Cástor y Pólux, aunque no eran minias, eran primos de Idas y Linceo y se habían criado junto a ellos; entre los dos pares de hermanos existía una rivalidad mortal.

Hilas entonces dio unos golpecitos a dos norteños de aspecto salvaje, otro par de gemelos, que iban tocados con plumas de milano teñidas con púrpura de mar. Los dos llevaban la cara tatuada con delgadas anillas azules que se entrelazaban.

—Vuestro nombre, por favor —dijo Hércules.

—Calais y Zetes —respondió Calais—. Cuando nuestra madre Oritía de Atenas era una niña, fue raptada por unos piratas tracios mientras bailaba en honor de Artemisa a orillas del Iliso. La convirtieron en prostituta en el oráculo del Viento del Norte, a orillas del río Ergino y nosotros nacimos allí. Después, Meo, el rey ciego de los tinios, tomó a Oritía por esposa y ella tuvo dos hijos más con él; por esto nos llaman hijos de Finco, pero en realidad somos hijos del Viento del Norte.

El siguiente que eligió Hilas fue Eufemo, hijo de Europa, procedente de Ténaro, que está situado en el promontorio más austral del Peloponeso. Era el mejor nadador de toda Grecia. Comparado con los demás, parecía deslizarse sobre el agua como una golondrina, que por cierto era su insignia. Por este motivo los poetas lo han conmemorado como hijo de Poseidón, pero su padre era Ctimeno el focense.

La verdad era que a Hilas le encantaban los tocados de plumas y estaba eligiendo a todos los hombres que pertenecían a hermandades de pájaros. Su próxima elección recayó en Idmón de Argos, que llevaba la dorada insignia de la abubilla. Idmón era el heredero del rey Argos, pero su madre, Calíope, quedó embarazada de él después de una visita de placer al oráculo de Delfos y por este motivo se decía que era hijo de Apolo. Llevaba botas y túnica de color escarlata y una capa de color blanco bordada con dibujos de hojas de laurel en honor de su divino padre. Al igual que Mopso, estudiaba la ciencia de los augurios.

El siguiente hombre elegido fue Equión, un hijo del dios Hermes con Antianira de Álope; su distintivo era una serpiente en honor a su padre y llevaba una preciosa vestidura heráldica bordada con dibujos de hojas de mirto. Había sido uno de los heraldos de Jasón y se había persuadido a sí mismo que debía presentarse voluntario para el viaje por la fuerza de su propia elocuencia.

En el momento en que Hilas estaba eligiendo a Equión, entró un tesalio de aspecto magnífico, vestido con una capa y una túnica hechas de pieles de corderos nacidos antes de tiempo. Era uno de los aventureros más valientes, pero se había ausentado para hacer una rápida visita a su hogar, que no estaba lejos de allí. En cuanto vio a Hércules lanzó un grito de alegría y corrió a abrazarle. Era Admeto de Feras, el rey tesalio junto al cual había sido condenado Apolo por Zeus a trabajar

como un siervo. Un día, unos doce años antes de eso, había penetrado accidentalmente en un recinto consagrado hacía poco tiempo al dios Hades porque un ciervo al que estaba persiguiendo se había escondido allí. El sacerdote de Hades entonces advirtió a Admeto que o bien él o uno de sus parientes debían entregarse, en un plazo de siete días, como víctima del dios ofendido; de no hacerlo, caería una maldición sobre todo el país. Su mujer, Alcestis, una de las hijas de Pelias, fue enseguida al santuario y se ofreció en lugar de Admeto, pues era la mejor de las esposas. Pero Hércules, que pasaba por Tesalia con el pequeño Hilas sobre el hombro, oyó casualmente esta historia. Aduciendo que Hades no tenía ni pizca de derecho al santuario que le había robado recientemente a la diosa Perséfone, entró corriendo con su maza, atemorizó a los sacerdotes infernales y rescató a Alcestis justo a tiempo. Hércules tenía muy buena opinión de Alcestis y solía decir con pena que ninguna mujer lo había querido tanto como para ofrecer su vida por él. Ahora le dio a Admeto una palmada amistosa que lo mandó rodando a la otra punta de la sala y le dijo a Hilas:

—¡Incluye también a Admeto! —pues Admeto era minia, hijo de Feres, el hermano de Esón.

Hilas siguió eligiendo entre los voluntarios que quedaban y cuando ya hubo seleccionado toda una tripulación menos tres, Hércules agitó la mano y dijo:

—Basta. Ahora que el resto se desvista hasta quedar en cueros y que peleen por el puesto para divertirnos, luchando o boxeando sin atenerse a las reglas. Los tres últimos hombres que queden en pie vendrán con nosotros.

Entonces se desencadenó una batalla que era a la vez muy feroz y muy sosegada, pues no todos los veinte concursantes estaban verdaderamente ansiosos por hacer el viaje; muchos se habían presentado voluntarios por vergüenza y estaban deseando que los rechazaran. Algunos cayeron y se quedaron tumbados como troncos al primer empujoncito que recibieron; otros lucharon con tremendo vigor, dando puñetazos y patadas, arañando y dando mordiscos. Los espectadores gritaban para animar a sus parientes y no se pudo impedir que uno o dos de ellos corrieran a unirse a la pelea. Hilas chillaba y Hércules daba tremendas carcajadas al ver cómo dos enormes luchadores, después de haberse puesto los ojos morados, interrumpían la lucha de mutuo acuerdo y marchaban en busca de una presa más fácil; y al observar las cabriolas del pequeño Anceo de la florida Samos, con su casco de cuero —no el gran Anceo de Tegea, el timonel, que llevaba un sombrero arcaico de alas anchas—. El pequeño Anceo hacía ver que luchaba con toda ferocidad pero en realidad no hacía más que entrar y salir como una flecha de la arrebatiña, esquivando golpes sin dar ninguno, a fin de reservar sus fuerzas para la contienda final. Poco a poco se fue despejando la sala. Ya sólo quedaban siete concursantes en pie; cuatro luchando entre sí, amontonados; dos juntos, cuyos nombres eran Falero y Butes, que boxeaban aparte

con precaución; y el pequeño Anceo. El pequeño Anceo corrió hacia Falero y Butes.

Serenaos, atenienses —gritó—. Vosotros, como yo, seguís frescos y fuertes. Unámonos para poder caer los tres juntos sobre los otros necios —tenía la nariz ensangrentada— y barrerlos cual torrente de montaña.

Falero el arquero y Butes el colmenero eran todo lo astutos que se puede esperar de un ateniense: sabían que su mejor oportunidad de ser elegidos era simular una gran lucha, intercambiando golpes ruidosos pero inofensivos, y confiando que su reputación como boxeadores mantendría alejados a los demás. Un joven de la Arcadia, que tenía inquina contra Atenas, intentó convertir la lucha en pelea de tres, pero Falero golpeó con la rodilla la ingle del arcadio, y éste cayó al suelo gimiendo.

Al oír la invitación de Anceo, los atenienses dejaron caer los puños y los tres corrieron juntos al otro extremo de la sala donde tres de los combatientes estaban intentando hacer caer al cuarto. Anceo se agachó detrás de las rodillas de uno de ellos, un micenio, a quien Butes cogió del pelo y tiró hacia atrás. Cuando el micenio se tambaleó y cayó, Falero le asestó un puñetazo en mitad del pecho. Este truco lo repitieron con uno de la pareja que quedaba, ambos cadmeos de Tebas; y al que quedó lo agarraron entre todos y lo tiraron a la calle fangosa por la puerta abierta de la sala. Así pues, Butes, Falero y el pequeño Anceo resultaron vencedores…

Sin embargo, los nombres de treinta remeros, el timonel y los agregados que finalmente partieron en el Argo no se corresponden con los de la tripulación elegida por Hilas y Hércules. Pues dos minias, los de Halo, se escaparon en la última noche y dos etolios que llegaron después, un hombre y una mujer, ocuparon su lugar inesperadamente. Así pues, ya que ha habido tantos pretendidos Argonautas que ni siquiera vieron al Argo flotar anclado en el protegido puerto, daremos la lista completa de los auténticos tripulantes; pero todavía no.

10. LA BOTADURA DEL ARGO

Se aproximaba ya el día indicado por el oráculo para la botadura del navío, y la tripulación seleccionada practicaba el remo, todos en la misma galera, todos menos Hércules que se había marchado con Hilas a visitar a sus amigos centauros y que pasó los tres días siguientes y sus correspondientes noches en el más tremendo jolgorio con Quirón. Los miembros de la tripulación que no eran minias de nacimiento practicaron un ceremonial para poder serlo por adopción. Cada uno por turno tenía que salir gateando de entre las rodillas de la madre de Jasón, Alcimeda, lloraba como un recién nacido y a continuación ella les consolaba con un chupador de ropa empapado en leche de oveja recién parida. Después de esto se les volvía a poner sus propios nombres solemnemente y en una hora ya se habían convertido en hombres adultos.

Jasón se ocupó del avituallamiento del barco, pero muchos de los Argonautas eran hombres de fortuna y estaban dispuestos a pagar su parte o más de su parte de los gastos. Con los adornos de plata y oro, las joyas y las ropas bordadas que entregaron al tesoro común, Jasón pudo comprarle a Pelias sacos de cereales, cuartos de carne de ternera curada, pan de higos con forma cónica, pasas de uva, avellanas tostadas y saladas, jarros de miel, panes de miel aromatizados con tomillo y adornados con piñones, y toda clase de dulces en grandes cantidades. Le pareció innecesario lastrar la nave con arena y piedras: en vez de esto colocaron en unos soportes a ambos lados de la sobrequilla, unas enormes vasijas de barro, del tamaño de un hombre, llenas de vino dulce y bien tapadas. Cada uno de los Argonautas tenía que procurarse sus armas y ropas de cama, pero el cordaje y las velas de repuesto lo habían facilitado los arcontes de Atenas.

Por fin amaneció el día decisivo. El cielo estaba claro y soplaba un viento frío del norte que provenía de Tesalia, pero que cesó al salir el sol. En Yolco se oyó un gran coro de lamentaciones, provocadas en parte por la sincera pena de ver partir a unos jóvenes tan espléndidos hacia un viaje tan peligroso; pero la mayoría eran proferidas por plañideras alquiladas, pagadas por los Argonautas para evitar los celos de cualquier dios o genio que pudiera tener malas intenciones respecto al navío del mismo modo en que se maldice cuando se plantan alubias para mantener alejados a los espíritus que roen los jóvenes tallos. Pelias, por cortesía, lloraba más fuerte que todos y repetía sin cesar:

¡Ojalá la oscura ola que arrebató a Hele hubiera arrebatado también a Frixo! Entonces el vellocino jamás hubiera llegado a Cólquide y mi querido sobrino Jasón no hubiera tenido necesidad de realizar este viaje. Mucho me temo que será fatídico para muchos (quién sabe si para todos) de los valientes jóvenes que lo acompañan.

Cuando Jasón fue a despedirse de su padre, muy temprano aquella mañana, Esón se comportó con dignidad y le dio su bendición. Además se comprometió a enviar a Dodona el caldero y la hoz sacrificatoria con mango de marfil que había prometido, aunque no podía permitirse estos gastos. Alcimeda rodeó el cuello de Jasón con sus brazos, llorando sin cesar. Por fin Jasón consiguió apartarla diciendo:

¡Qué vergüenza, madre! Cualquiera que te viera diría que eres una huerfanita maltratada por su madrastra, que solloza abrazada al cuello de su vieja nodriza, la única persona en la casa que aun se preocupa por ella. Estas lágrimas son impropias de una reina.

Acurrucada en el suelo, Alcimeda sollozaba:

—¿Qué va a ser de tu padre y de mí cuando te vayas? Puedes estar seguro de que no nos encontrarás con vida cuando regreses, si es que algún día regresas. Pelias habría sido nuestro asesino. Y ¿quién se atreverá entonces a darnos sepultura? Arrojarán nuestros cuerpos al campo para que los milanos los picoteen y los perros los despedacen. No me asusta la muerte, que es destino común de todos los humanos, pero me aterra la miserable existencia de un espíritu ligado a la tierra, condenado a vagar eternamente sin hogar, agitándose como un murciélago en medio del frío y la lluvia.

Jasón le dijo secamente que se animara y salió dando grandes zancadas a la plaza del mercado. Allí la gente le saludó con gritos de admiración mezclados con alaridos de dolor. Cubrieron su camino con anémonas rojas, emblema de los jóvenes predestinados a morir. La gran sacerdotisa Ifias, tía-abuela de Jasón, le salió al paso. Se había enamorado de él, como ocurre a veces con vírgenes ancianas que conocen a jóvenes apuestos. Le cogió la mano derecha y se la besó, pero, por mucho que intentaba decirle algo no podía pronunciar las palabras, porque su corazón latía con fuerza contra su pecho. Jasón siguió su camino, rodeado por la multitud que lo aclamaba, y ella tuvo que quedarse a un lado murmurando con rencor.

—¡Joven sin corazón que no respeta la virtud ni la edad! ¡Espero que me recuerde cuanto tenga el cabello cano y escaso y ya le duelan los huesos; cuando el hermoso navío al que ahora se dirige tan orgullosamente sea un esqueleto que se pudra en la playa; cuando ya no tenga multitudes que lo aclamen ni le den golpecitos amistosos en la espalda! —y trazó una figura secreta en la polvorienta tierra a sus pies—.

Jasón siguió andando por el ondulante camino de la costa y en Págasas encontró a la mayoría de sus compañeros que ya se habían congregado allí. Estaban sentados sobre rollos de cuerdas, velas dobladas y otros pertrechos reunidos en la playa. Argo, vestido con una larga capa de cuero de buey que llevaba con el negro pelo en la parte exterior esperaba impaciente el permiso para botar el barco. Hércules no había llegado aun, pero Jasón sugirió que comenzaran la botadura sin él. Jasón había ofrecido un sacrificio a Apolo, dios de los Embarcos; y su padre, que le había

proporcionado una yunta de bueyes en cada uno de los tres días anteriores —para sacrificarlos a Zeus, Poseidón y Atenea respectivamente—, le había prometido otra yunta del pequeño rebaño que aun le quedaba; así la tripulación podría darse un buen banquete en cuanto la nave se hiciera a la mar. Cuando Jasón les dijo esto, todos se levantaron y comenzaron a reunir grandes piedras planas que colocaron unas encima de otras para formar un altar sobre el cual apilaron leños secos de madera de deriva.

Hecho esto, Jasón se quitó toda la ropa excepto sus calzones de cuero y la puso sobre una roca grande por encima del nivel de pleamar; los demás siguieron su ejemplo. Entonces, a petición de Argo, atortolaron la nave de proa a popa con cuatro sólidas cuerdas, que primero mojaron y luego estiraron valiéndose de un cabrestante. Al asegurar y anudar cada cuerda, Jasón iba invocando los nombres de las deidades que patrocinaban el viaje, pidiéndoles que cuidasen bien de las cuerdas.

Argo tenía listos los picos, y él y sus camaradas empezaron a abrir una zanja, un poco más ancha que los bajos del navío, que bajaba por la playa hasta el mar a partir de la proa. En este lugar las aguas eran mucho más profundas que en el resto de la costa, en media mula a la redonda.

Mientras la tripulación iba excavando, sus criados, detrás de ellos, armados con pesados troncos, apisonaban la tierra de la zanja para darle una superficie lisa. El Argo ya se hallaba descansando sobre unos rodillos que se habían colocado al mismo tiempo que la quilla. Ahora sólo quedaba poner otros delante de la nave, en la zanjas gruesos troncos de pino despojados de la corteza y a continuación izar el Argo sobre ellos. En la afilada popa sólo cabían dos o tres hombres para hacer fuerza, pero Argo dio la vuelta a los remos en sus chumaceras, de modo que los extremos sobresalían un par de pies del costado y las palas presionaban contra el costado opuesto. Luego colocó, un hombre en cada remo y, subiendo a la proa, gritó:

—Una, dos, tres… ¡izad!

Los Argonautas izaban con todas sus fuerzas mientras que la multitud guardaba un sagrado silencio. El Argo dio una sacudida, crujió, y lentamente comenzó a deslizarse hacia delante. Los hombres de los remos y de la popa empujaban cada vez con más fuerza y Tifis mantenía el rumbo de la embarcación gritando: «¡Muy bien los de estribor! ¡Más brío los de babor!». Los rodillos gemían y despedían un leve humo al deslizarse la nave sobre ellos. Tifis seguía gritando: «¡Arriba, arriba! ¡Nada de empujones! ¡Despacio, despacio todos!». Entonces, con un susurro silbante, la proa tocó el agua seguida de toda la nave. Tifis, que tenía una jarra de aceite de oliva preparada la vació en el mar, salpicando antes la proa, como libación en honor de Poseidón y como plegaria para que les otorgase un mar en calma.

El Argo se deslizó perfectamente sobre el agua y la multitud les vitoreó tres veces para desearles buena suerte. La tripulación amarró la nave en aguas de poca profundidad y, después de volver a dar la vuelta a los remos y de asegurarlos en las

chumaceras con los lazos de cuero, empezaron a subir provisiones a bordo. Argo se ocupó de plantar el mástil, de ajustar los garruchos para elevar la verga, y del laboreo de las cuerdas, pero no largó las velas porque no había viento.

Casi tenían concluido estos trabajos cuando desde la costa se elevó un grito de desilusión. Por el camino de Yolco apareció Hilas, que iba junto a un carro tirado por bueyes sobre el cual se hallaba tendido Hércules; detrás del carro iba un séquito de plañideras. «¡Ha muerto, nuestro jefe ha muerto!», gritaban consternados los Argonautas y uno o dos añadieron:

—¡Nada sin Hércules! Hércules ha muerto: no podemos zarpar.

Pero resultó que sólo estaba borracho y que las plañideras, de alquiler, después de refrescarse por el camino, habían ido hasta Págasas para desearle una venturosa despedida al Argo.

Cuando Hilas reanimó a Hércules echándole en la cara un casco lleno de agua de mar, éste se incorporó con furia, cogió su maza y saltó del carro, que se había detenido ante el altar recién construido. La multitud se dispersó en todas direcciones y los Argonautas treparon por los costados del navío y se acurrucaron allí dentro. De pronto Hércules descargó dos rápidos golpes sobre las cabezas de los blancos bueyes que habían tirado del carro. Los animales cayeron muertos sobre sus cuernos.

Jasón, que atisbaba sobre la proa, desde el puesto del timonel, gritó:

—¡Buen golpe, noble Hércules! ¡Has conseguido que las víctimas caigan de la forma más propiciatoria posible!

Hércules se restregó los ojos y parecía despertar de un trance. Luego empezó a reír. La multitud salió poco a poco de sus escondites, los Argonautas saltaron fuera del navío y todos rieron, incluso las plañideras alquiladas. Entonces Jasón llamó al gran Anceo y a otros dos para que le ayudaran a desuncir los bueyes que yacían en el suelo y arrastrarlos junto al altar. Eran precisamente las bestias que Esón habían prometido enviar para el sacrificio. Hilas los había visto casualmente cuando los llevaban en dirección a Págasas y los había pedido prestados para utilizarlos como bestias de tiro y así transportar a Hércules.

De pie ante el altar, Jasón elevó la voz y exclamó:

—¡Dios solar, hermano de la diosa lunar Artemisa, Apolo délfico, dios Lobuno, laureado Apolo, dios de los embarcos, a quien ofrecí este sacrificio hace seis meses cuando visité tu sagrado santuario y ciudad… ¡escúchame! Por inspiración tuya ha sido Hércules de Tirinto, y no yo, quien ha derribado en tu honor estos dos bueyes, e inesperadamente pronto, pues todavía no había vertido en mis manos el agua lustral, ni puesto en el cuenco del altar tu porción de la cebada sagrada. Ya sabes, señor de los Ratones, lo rápido que es Hércules para cualquier empresa: te suplico, dios de la Música, que consideres con benevolencia esta alteración en tu ritual acostumbrado. Ahora, después de lavar mis manos de toda inmundicia te dedico formalmente estos

hermosos y puros animales, dios de la Verdad, poniendo sal sobre sus cabezas para sazonarlos.

Guía nuestra nave y condúcela sana y salva de regreso a esta playa de Págasas una vez que hayamos logrado nuestro propósito y cuida de todos los que en ella navegan. Al regresar, los que queden con vida te ofrecerán, en este mismo altar, nuevos y bellos sacrificios de carne de buey, y llevaremos otros innumerables obsequios de incalculable valor a tus santuarios, frecuentados por las abejas, de Delfos o de Tempe o de Ortigia. Idmón, que es huésped de tu propia casa de Delfos, navegará con nosotros; y asimismo lo hará el piadoso Admeto, rey de Feras, quien en una ocasión os demostró desmesurada reverencia cuando tú eras su siervo y estabas obligado a obedecer hasta su más insignificante orden. Protege a los tuyos, celeste Arquero del Cabello Largo, y concédenos una señal de buena fortuna cuando soltemos las amarras; intercede asimismo por nosotros ante tu tío, el severo Poseidón, para que sus caballos marinos, las olas, no se precipiten con demasiada fuerza en archipiélago.

Después de esto, esparció la pasta de echada por la superficie del altar, satisfecho consigo mismo por haber mencionado en su discurso la mayoría de los atributos divinos del dios.

Idmón, como sacerdote de Apolo, cortó la garganta de los bueyes valiéndose de un cuchillo de obsidiana verde oscuro. Brotó la sangre y fue a caer en la zanja que rodeaba el altar; era el alimento caliente para aplacar cualquier espíritu que pudiera esconderse por allí.

Linceo, cuya vista era tan aguda que podía distinguir siete pléyades en el cielo nocturno, cuando los demás sólo podían ver seis, y que era siempre el primero en descubrir la presencia de un dios, o de un espíritu o de un genio, comenzó a sonreír y comentó en voz baja al pequeño Anceo:

—¡Con qué ansia beben esos espíritus! Entre ellos hay un pastor de aspecto feroz, eticio o driope por su aspecto, que se ha abierto paso entre la multitud en la parte más profunda de la zanja y está bebiendo mucho más de lo que le corresponde. Tiene a su lado un enorme perro-lobo y juntos, lengua con lengua, beben la excelente sangre antes de que la arena la absorba.

Jasón no oyó estas palabras, pero Anceo las grabó en su memoria.

Argo, por pertenecer a la hermandad del Toro, no podía comer su carne excepto una vez al año, en un día sagrado. Construyó otro altar y sacrificó una hermosa oveja a la diosa Atenea, para que les sirviese de alimento a la diosa y a él. Linceo volvió a tocar con el codo al pequeño Anceo y dijo:

—¡Murciélagos y búhos! ¡Qué apetito tienen el pastor eticio y su perro! Ahora beben sangre de la oveja que parece gustarles más. Si siguen bebiendo cobrarán color y entonces incluso tú podrás verlos. ¿A qué habrán venido aquí? El perro rojo peludo

le está mostrando los colmillos a Jasón. Pero ¡qué cosa tan extraña! ¡de su lomo sale la sombra de una punta de lanza de bronce!

Pero Jasón tampoco oyó estas palabras; estaba ocupado despojando a uno de los bueyes de su blanca piel. Los nobles que lo contemplaban despreciaban su habilidad, pues desollar era una tarea que los hombres de cuna distinguida dejaban para sus servidores. Con un corte aquí, y uno allá y otro corte más allá, Jasón extrajo la piel completa sin que una gota de sangre manchara el blanco pelo. Mientras Jasón estaba atareado en esto, el Fantasma del pastor se acercó lentamente con mirada asesina. Linceo metió apresuradamente la mano en el zurrón, sacó tres alubias, las introdujo en su boca y las escupió luego al pastor.

—¡Vete! ¡Vete! ¡Vete! —murmuró.

El Fantasma se desvaneció con un grito mudo de dolor y rabia.

Girando lentamente sobre los espetones de roble, los cuartos de buey se asaban en el fuego del altar, mientras que los sagrados huesos del muslo, envueltos en grasa, se iban quemando, exhalando un tufillo apestoso. Idmón contemplaba cómo se elevaba el humo de la madera de Icriva en oscuras espirales de buen augurio, mientras que Jasón derramaba una libación de leche y aguamiel en honor de Apolo; y al mirar, sintió deseos de profetizar en nombre de Apolo y exclamó: —Idmón, Idmón, ¿qué es lo que ves en las llamas? Y él mismo se respondió—: Veo la pequeña flor amarilla del acónito. Veo la muerte para ti, tu muerte en una pradera florida, lejos de tu hogar, mientras el navío sigue navegando hacia el sur sin ti, arrullado en el batir de los remos, y los rostros de tus compañeros resplandecen me alegría y gloria.

Los camaradas de Idmón se compadecieron de él profundamente aunque les alivió saber que no veía en las llamas la destrucción de todos silos. Intentaron disuadirle de realizar el viaje, pero Idmón contestó: El miedo al futuro es vergonzoso en un sacerdote.

Dos aguzanieves que andaban por la playa se dirigieron hacia el barco, se detuvieron un momento frente a él y píaron antes de levantar vuelo. Jasón llevó aparte a Mopso y le preguntó qué habían dicho.

—Los aguzanieves son animales muy precavidos —respondió—. Me recuerdan que lleve ungüentos, medicinas, febrífugos y otros remedios a bordo. Pero yo ya he metido en una bolsa de lienzo todo lo que creo que podamos necesitar.

Antes de que el sol llegase al punto más alto del firmamento estaba dispuesta la comida; mientras tanto, bajo la dirección de Argo, habían seguido los últimos preparativos para el viaje. Toda la tripulación se sentó en círculo alrededor del altar y empezó a comer con voracidad la excelente y humeante carne asada, que cada uno cortaba con su cuchillo según su gusto. Hilas mezclaba el fragante vino para ofrecérselos en adornadas copas de loza minia y lo iba repartiendo, dedicando palabras de atención a cada hombre por turno. Estaba aromatizado con menta

silvestre.

Cuando todos estuvieron acomodados y tranquilos, Argo se puso en pie y levantó la mano para rogar silencio. Éstas fueron sus palabras:

—Señores míos: según las instrucciones que he recibido de los reyes arcontes de Atenas, quienes a su vez las recibieron de la diosa Atenea del cetro de cuco, yo tenía que construir un navío para Jasón el minia, heredero del reino de Ptiótide, en el cual él y los camaradas que eligiese zarparían con destino a Cólquide, que se encuentra en el extremo del mar Negro, con la intención de recuperar el vellocino de oro del Carnero Lafistio. Yo he obedecido tales instrucciones pues Jasón aprueba mi trabajo y lo alaba. Pero mi interés por el barco no termina al estar éste acabado. Tan orgulloso me siento del Argo que os propongo partir en él. Creo que nadie me negará un puesto en él, aun cuando no estuve presente el día de la elección, pues si el navío se estrella algún día contra las rocas, ¿quién sabrá mejor que yo cómo repararlo y ponerlo de nuevo a flote? Pero decidme, señores, ¿quién de vosotros es el capitán al que debo hacer el acostumbrado juramento de obediencia? ¿Es Jasón el minia, quien después de haber sido designado jefe por voluntad de los dioses (como dicen algunos) envió heraldos que os llamaron para congregaros aquí? ¿O es acaso Hércules, príncipe de Tirinto, cuya fama y poderes son superiores a los de todos los demás hombres que hoy viven? He oído decir a algunos de vosotros que sería una presunción descabellada por parte de Jasón o de cualquier otro, aspirar a la jefatura, ahora que Hércules (a pesar de no ser minia, ni siquiera mediante la ceremonia de renacimiento) ha convenido en venir con nosotros. Aunque a nadie le guste obedecer cuando puede mandar, debemos ponernos de acuerdo para elegir un jefe que pueda cerrar pactos en cualquier corte extranjera que acertemos a visitar, y que pronuncie el voto decisivo en nuestros consejos de guerra. Por mi parte, estoy dispuesto a obedecer a Jasón o a Hércules o a quien escojáis, diciendo únicamente para influir en vuestro veredicto que fue a Jasón a quien el padre Zeus confió la sagrada rama; y que el rey Pelias, quizás inspirado por su padre Poseidón, dudaba que mi barco, por muy sólida que fuera su construcción, pudiera soportar por mucho tiempo el tremendo peso de Hércules.

Entonces Admeto, Peleo y Acasto gritaron:

—¡Queremos a Hércules!

Y todos los Argonautas corearon:

—¡Hércules! ¡Hércules!

Hubiera sido necesario tener gran valor para gritar otro nombre que no fuera éste, pues aun no se sabía si Hércules había comido lo suficiente como para recobrar su buen humor natural, después de la borrachera del monte Pelión. Hércules tomó la paletilla de cordero que Argo le había dado como añadidura al enorme lomo de buey proporcionado por Jasón, le arrancó toda la carne que aun quedaba en el hueso, se

llenó la boca con la carne, se limpió las manos grasientas en su cabellera y se puso a mondarse los dientes con un puñal. Entonces, al ver que un ave marina de mal agüero volaba sobre el agua dando roncos graznidos, arrojó repentinamente el hueso de la paletilla, cortándole el vuelo y matándola en el acto.

—Siempre acierto —gruñó, mientras los demás proferían estruendosos gritos de asombro.

Se renovaron los gritos de «¡Hércules, Hércules!», pero él extendió la mano derecha y dijo:

—No, camaradas, es inútil elegirme a mí. A menudo la bebida me deja sin conocimiento. Además, en cualquier momento puede aparecer aquel maldito heraldo Talcibio, a quien yo llamo «el Basurero», acercarse a mí a hurtadillas sobre sus blandos pies y decirme: «¡Con los respetos del rey Euristeo, noble príncipe Hércules! Tienes que ir a buscar el tridente de Poseidón, si eres tan amable». Entonces me vería forzado a dejaros y a marchar para realizar el nuevo trabajo: pues siempre que desobedezco, las voces infantiles que oigo en mi cabeza se vuelven más y más fuertes hasta que casi me rompen los tímpanos, y unas manos invisibles me pellizcan la nariz y me tiran del pelo en las sienes, donde la piel es más sensible. Elegid a otro.

Después de una pausa, uno gritó: «¡Admeto!», y otro «¡El gran Anceo!», y otro «¡Cástor y Pólux juntos!». Pero nadie exclamó «¡Jasón!».

Al poco rato Hércules silenció aquella barahúnda con un movimiento de la mano y dijo:

—Mi desgraciado amigo el centauro Quirón me dijo anoche que confiaba en la capacidad de Jasón para dirigir la empresa si yo me negaba a hacerlo. «Ah», le dije yo, «¿Realmente te refieres a Jasón, el hijo de Esón?». «Sí», dijo él. «Los olímpicos le han mostrado especial favor, y por mi parte le estoy agradecido por su reciente ayuda en solucionar mis diferencias con los lapitas. Además, Jasón es uno de esos hombres a quienes los otros hombres envidian o desprecian pero de quien se enamoran casi todas las mujeres a primera vista. Ya que en todas partes, tanto entre los bárbaros como entre las razas civilizadas, las mujeres tienen las riendas secretas del poder y siempre consiguen finalmente lo que se proponen, el don que la Diosa Ninfa le ha concedido a Jasón no debe menospreciarse. Es mejor jefe aun que tú, Hércules, a quien admiran todos los hombres y a quien ninguno envidia, y ante quien toda mujer que esté en sus cabales recoge sus faldas y sale corriendo y gritando». La sensatez de Quirón es con justicia famosa, aunque exageraba el miedo que sienten por mí las mujeres. Por lo tanto, aunque me niego a dirigir la expedición, estoy dispuesto a luchar en solitario, o junto con otros, contra los que deseen disputar la elección de Quirón. Pero que nadie tenga la insolencia de preguntarte si desprecio o envidio a Jasón.

11. EL ARGO ZARPA

Jasón se puso en pie para darle las gracias de todo corazón a Hércules, comprometiéndose humildemente a pedirle consejo inmediatamente, siempre que surgiesen peligros o dificultades.

—Muy bien —dijo Hércules—. Pero si en alguna ocasión estoy dormido o borracho, consulta con Hilas. Su inteligencia iguala o supera (si esto fuera posible) a su belleza y tiene dos veces más experiencia en viajes por el extranjero que cualquiera de los presentes, exceptuándome sólo a mí. Jasón volvió a darle las gracias en el mismo tono humilde y luego, levantando la voz, dijo enérgicamente:

—Camaradas, echemos ahora a suerte los bancos. Haced el favor de darme cada uno de vosotros una piedrecita que después pueda reconocerse. Yo las agitaré todas juntas en mi casco y después Hilas las extraerá al azar, de dos en dos. De este modo iremos llenando todos los bancos, comenzando por el que está junto al timonel y terminando por el de la proa. Como es natural, Hércules queda excluido: él debe descansar mientras vosotros remáis.

Pronto Jasón tuvo los guijarros de todos los tripulantes menos Hércules, Hilas y Tifis el timonel. Hilas, apartando la mirada, los fue sacando del casco de dos en dos, después de que Jasón los hubo removido bien. Cada vez que sacaba un par, enseñaba las piedrecitas y preguntaba:

«¿De quién son éstas?». Pero cuando hubo sacado trece pares, el casco quedó vacío, y se vio claramente que faltaban cuatro hombres. Dos de ellos resultaron ser los minias procedentes de Halo; la noche anterior habían salido del palacio con la excusa de que iban a ofrecerle un sacrificio a Artemisa, en la tercera noche de la luna, y desde entonces no se les había vuelto a ver. Los otros dos que faltaban eran Acasto, el hijo del rey Pelias, y su amigo Peleo el mirmidón. Habían tomado parte en la botadura del navío, pero poco después el rey había enviado un mensaje para Acasto que éste no podía desobedecer, ordenándole regresar para responder a una queja del alguacil del rey que le acusaba de haber maltratado a una esclava. Acasto había partido montado sobre una mula; Peleo le había seguido poco después.

Se debatió entonces si debía demorarse la salida hasta que ambos regresaran. Hilas contó que cuando venía con el carro en dirección a Figasas lo habían detenido unos guardias del palacio que estaban apostados a una milla de la ciudad. Levantaron la manta que cubría el rostro de Hércules y al reconocerlo la dejaron caer precipitadamente, explicando que tenían órdenes de impedir que el príncipe Acasto embarcara en el Argo. Así pues, los Argonautas comprendieron que el asunto de la esclava y del alguacil había sido un pretexto inventado por Pelias para evitar que su hijo partiera.

Idas, el hermano de Linceo, el de la vista aguda, dijo:

—Es posible que Acasto sea tan culpable como su padre. Creo que en el fondo es un cobarde. Pero no imaginé que Peleo el mirmidón nos pudiera abandonar de esta forma tan vergonzosa; aunque, en realidad, es el tirador de jabalina más torpe que conozco, y en sus tratos es más escurridizo que una anguila en aceite.

El viejo Nauplio respondió alegremente:

—Mejor es tener una nave medio llena de remeros con mucha voluntad, que otra repleta de remeros sin voluntad alguna.

Algunos de sus compañeros asintieron, pero con un aire de duda.

Fue transcurriendo la tarde. Los jóvenes empezaron a relatar las historias ingeniosas u obscenas que suelen contarse en la etapa final de un banquete. Pero Jasón continuaba silencioso, envuelto en su capa, y sin contribuir al regocijo de los demás, ni siquiera con una sonrisa. Idas alargó el brazo por detrás de Jasón, se llenó la copa de vino puro, se la bebió de golpe y volvió a llenarla dos veces más. Luego, borracho, empezó a bailar una danza guerrera en la playa. Adoptando una postura exagerada, y señalando con el dedo pulgar a Jasón, que estaba a un lado, empezó a recitar unos versos defectuosos que decían así:

Jasón, hijo de Esón, dime la verdad.
¿Qué es lo que te acaba de pasar?
Cuéntame el motivo de tu preocupación.
Dímelo bajito, ¡o gritando sin temor!
¿Acaso tienes miedo de ser el jefe aquí.
De los hombres más valientes de todo este país?
¡El más bravo es nuestro Idas, hijo de Afareo
que debe más a su lanza que al propio Zeus!

(Al llegar aquí comenzó a blandir su lanza de modo peligroso).

Arriba el ánimo, cobarde, si es por cobardía
que escondes la cabeza bajo el brazo todo el día.

(Entonces imitó la actitud de Jasón).

Idas viaja contigo. —Idas, ¿me oyes bien?
En el arte de la lanza nadie es ducho como él.
Yo soy Idas de Arene, el que nunca se rindió.
Y me importa un comino el poder de cualquier dios.
Ni siquiera el de Apolo a quien hoy queréis honrar.

Una vez quiso a mi Marpesa raptar.
Y allí en su santuario la quería prostituir,
Pero ningún dios se atreve a robarme a mí.
Con mi lanza a sus ministros sin pensarlo ataqué…

Al llegar a este punto Mopso e Idmón intervinieron, Idmón cogiéndolo por las piernas y haciéndole caer, mientras Mopso le quitaba la lanza de las manos. Otros le sujetaron mientras Idmón le sermoneaba con estas palabras:

—Fanfarrón insolente, estás buscando problemas. Veo por tu copa que has estado bebiendo vino sin mezclar; pero ni siquiera esto tendría que haberte hecho enloquecer hasta el punto de insultar al dios Radiante, huésped eres junto con todos nosotros. Recuerda lo que les ocurrió cuyo hace muy pocos días a los jefes aloidas. Se negaron a reconocer la jurisdicción de Apolo sobre las ninfas musicales de las Yeguas en el monte Helicón, alegando que habían residido en el Helicón como servidoras de la Triple Musa desde mucho antes del advenimiento de Apolo. Amenazaron con declarar la guerra a todos los olímpicos si Apolo intentaba apoderarse del Helicón, y hablaron absurdamente de poner el Pelión sobre el monte Osa, si fuera necesario, para así llegar a la cima del Olimpo y derribar a Zeus de su trono. Pero yo profeticé contra ellos; antes de que mi padre Apolo pudiera hacer salir a sus arqueros, los dos bravucones ya habían muerto. Disputaron acerca de un ciervo al que estaban cazando, y al que cada uno de ellos pretendía haber matado: se despedazaron uno a otro con sus propias espadas.

Idas se rió, pero ahogadamente, porque Pólux el boxeador estaba sentado sobre su pecho.

—Ven, rana de Argos —le dijo—, profetiza contra mí si te atreves, como hiciste con los aloidas, y verás lo que te pasa. Se demostrará que eres un profeta falso, truhán con botas, pues te aseguro que tu cuerpo se quedará aquí hasta pudrirse, aquí en la playa de Págasas, y no en alguna remota y florida pradera (como pretendes tú), y, entretanto, la nave navegará sin ti.

La riña hubiera acabado con derramamiento de sangre, pues Linceo ya acudía, espada en mano, a socorrer a su hermano Idas, si no hubiera sonado de pronto, detrás del altar, un tañido, unos golpes y un tintineo: una lira de cuatro cuerdas que alguien tocaba maravillosamente bien. Al oírla, los que estaban sujetando a Idas abandonaron su presa. Se levantaron y empezaron a bailar al son de la música. Idas también se levantó y se unió al baile, sin mostrar resentimiento alguno, pues los borrachos tienen la memoria corta, y Linceo se alegró de poder envainar su espada y seguirle. Jasón salió de su melancólico ensimismamiento y se puso a danzar con gracia, levantando los brazos y chasqueando los dedos, pues Quirón había sido un severo y experto maestro de baile. Por fin el ruido sordo de las pisadas despertó a Hércules. Haciendo

un esfuerzo, se incorporó y saltó sobre el carro de bueyes, y dando unas tremendas pisadas se puso a bailar al compás de la música, hasta que parecía seguro que el eje se rompería. Junto a él, la fila de bailarines iba serpenteando de un lado a otro, entrelazándose para formar un ocho, número sagrado.

Con un golpe sobre la concha de la lira, la música acabó tan bruscamente como había empezado. Mopso, Idmón y varios más, corrieron a abrazar al delgado tracio de mirada salvaje, con el rostro tatuado y la blanca túnica, cuya intervención había evitado milagrosamente el derramamiento de sangre.

—Orfeo —exclamaron—, Orfeo, ¿has vuelto otra vez de Egipto y de tu voluntario destierro entre los crueles cicones?

Orfeo respondió:

—He recibido órdenes de navegar con vosotros en un sueño. Subamos a bordo.

La llegada de Orfeo hizo que el banquete se prolongase hasta la noche, y entonces era demasiado tarde para hacerse a la mar. Jasón mandó cortar hierba y extenderla sobre la playa para que les sirviese de lecho, y él y sus compañeros comieron y bebieron hasta que la luna brilló en lo más alto del cielo, mientras que Orfeo les entretenía con su música. Balada tras balada, cantó en recuerdo de los buenos tiempos pasados de Teseo y Pirítoo, y seguían pidiendo más. Alrededor de la medianoche se fueron durmiendo, uno por uno, pero sus criados montaron guardia por si Pelias preparaba alguna traición. La noche era tranquila y no tardó en despuntar el alba, clara y despejada.

Después de haber desayunado todos con carne fría y un poco de vino, Jasón les condujo, contento, hasta el Argo, y la tripulación trepó a bordo para ocupar los puestos que les habían sido asignados. Los criados se agolparon para subir a bordo los pertrechos que estaban amontonados en la playa, y sus amos los colocaron con rapidez en las arquetas que había bajo los bancos. Tenían prisa por marchar, ahora que Orfeo se había puesto a tocar la solemne canción marinera Deslízate por el mar, barco fiel, hoy en día tan famosa, pero entonces cantada por vez primera. Hércules se ofreció magnánimamente a tomar el remo espaldar de estribor junto al timonel y Jasón dio la orden de que los hombres de más peso se situaran a babor para hacer contrapeso; esto lo hizo aconsejado por Argo. El viento del sur soplaba a ráfagas.

Tifis ocupó su puesto en la popa y Jasón gritó a la multitud de la playa que soltasen las maromas atadas a las piedras perforadas que servían de ancla. Hecho esto, lanzaron los cabos de las maromas a bordo para que Jasón las cogiera. Pero Argo le reprochó a Jasón que quisiera dejar atrás las piedras que tanto les había costado a los canteros perforar y redondear. A pesar del murmullo de impaciencia procedente de los bancos, se subieron las piedras al barco desde la playa, haciéndolas rodar por una tabla.

Por fin Jasón dio la señal de partida. Hércules hundió su remo en el agua y tiró de

él. Los demás hicieron lo mismo y, después de una brusca salida, el navío comenzó a deslizarse por las aguas del golfo, mientras los remos se hundían y se elevaban con un ritmo perfecto. Entonces se cumplió la profecía de Apolo de que el verdadero Jasón aparecería. Pues una vez a bordo del Argo, Jasón, a pesar de su nombre, no curó discordia alguna. Fue Orfeo el encargado de apaciguar las incesantes peleas que surgían entre la revoltosa y envidiosa tripulación.

Al observar un triple centelleo de sol sobre un metal pulido en dirección a Metone, señal que había estado esperando, Jasón le dijo a Tifis:

—Pon rumbo a Metone, por favor. Allí espero completar nuestra tripulación.

Tifis le obedeció y pronto los lamentos de la playa de Págasas se fueron desvaneciendo en la lejanía.

Cuando Yolco ya había quedado atrás, Linceo, que miraba por encima de su hombro izquierdo, interrumpió la música:

—Veo algo, camaradas —exclamó—. Veo a dos hombres y a una mujer que bajan corriendo por el Pelión en dirección a Metone, medio escondidos por las espesuras de los robles. Los hombres los conocéis todos: son Acasto, hijo de Pelias, y su amigo Peleo el mirmidón. Muchos de vosotros conocéis también a la mujer. Corre y salta sobre los arbustos con la agilidad de un gamo; y por su cabello trenzado, su corta túnica y su arco, tiene todo el aspecto de ser una doncella cazadora de la diosa Artemis.

—Oh, Linceo, ¿cuál es el color de su túnica? —preguntó con ansiedad el joven Meleagro de Calidón, su compañero de banco—. ¿Es acaso de color azafrán?

—De color azafrán —replicó Linceo—, y lleva un collar de garras de oso. No quiero inquietarte más Meleagro. Es la mujer a quien amas más que a tu vida: Atalanta de Calidón.

El gran Anceo gritó enfadado:

—Más vale que no ponga el pie en este barco. No trae buena suerte una mujer a bordo.

—Ten cuidado —dijo Meleagro—. Del mismo modo hablabas en Calidón antes de comenzar la caza, y dime, ¿qué hubiera sido de ti sin Atalanta? ¿Acaso no te salvó la vida?

El gran Anceo murmuró una respuesta ininteligible.

Cuando el Argo llegó junto a la gran roca de Metone, que hacía las veces de malecón, Atalanta saltó a bordo antes de que nadie pudiera impedírselo, llevando en la mano una rama de abeto.

—¡En el nombre de la diosa Doncella! —exclamó.

Jasón no tuvo más remedio que aceptarla como miembro de la tripulación. El abeto está consagrado a Artemisa, la cual, aun habiendo renegado de su parentesco con la Triple Diosa y aceptado a Zeus por padre, conserva la mayoría de sus

características primitivas. Es peligrosísimo ofenderla y Jasón quedó aliviado al saber que ella también patrocinaba la expedición; tenía miedo de haber ofendido a su sacerdotisa Ifias con su brusquedad de aquella mañana.

Pero Meleagro, que estaba enamorado de Atalanta, quedó amargamente decepcionado al ver que había ido en nombre de la diosa y era, por lo tanto, intocable. Recientemente le había propuesto repudiar a su joven esposa Cleopatra, hija de Idas y Marpesa, para casarse con ella en cuanto dejase el servicio de Artemisa. Esto le estaba permitido a Atalanta si practicaba ciertos sacrificios innombrables en el santuario de la diosa, pero un oráculo le había anunciado que el matrimonio le traería mala suerte y, además, no quería provocar la ira de Idas, padre de Cleopatra, ni tampoco ofenderla a ella, que había sido su compañera de caza. Por consiguiente, Atalanta se había negado a casarse con Meleagro, el del cabello rizado. Éste entonces juró que al menos no podía obligarle a permanecer al lado de Cleopatra; se iría a Yolco y desde allí se presentaría voluntario para el viaje a Cólquide, y de este modo se olvidaría de las dos.

Pero por lo visto Atalanta no quería que Meleagro la olvidase, ni mucho menos. Fue a sentarse en su banco y Linceo le entregó su remo. Del ceñidor de Atalanta colgaban tres sangrientas cabelleras, y esto causó inquietud y malestar entre sus compañeros de viaje.

Al poco rato, Acasto y Peleo llegaron corriendo a la roca y saltaron a bordo riendo. Se sentaron juntos en el banco de proa y mientas colocaban sus remos en los orificios, Jasón y Linceo apartaron el Argo de la roca con pértigas. Mientras remaban, Acasto relató a sus camaradas lo sucedido. Parece ser que, cuando llegaron a Yolco, Pelias le había dicho inmediatamente que no tenía que responder a cargo alguno, pero que había apostado guardias para impedir su regreso a Págasas. Acasto le contestó con resentimiento y no dio muestras de quererse someter a la voluntad de su padre hasta que llegó Peleo. Pues Peleo entró en la sala declarando que había reñido con Jasón por el asunto de la jefatura de la expedición y juró que, al menos a él, jamás se le pasaría por la cabeza embarcar, a no ser capitaneado por Hércules.

—Has sido muy prudente —dijo Pelias—, muy prudente, porque si quieres que te sea franco, no espero volver a ver esta nave jamás, ahora que esos aventureros han aceptado por jefe a mi presuntuoso sobrino.

Entonces Acasto, fingiendo que cambiaba de parecer dijo:

—Puesto que también tú has regresado, querido Peleo, no me importa ya mucho si me voy o me quedo. Ven, sentémonos juntos ahora a comer, y mañana iremos al Pelión para saludar a Quirón y persuadirle de que salga a cazar con nosotros.

Pelias no formuló objeción alguna a esto. Así pues, a la mañana siguiente se levantaron temprano, subieron un pequeño trecho del monte y luego cambiaron de rumbo y se dirigieron a Metone, pues Peleo le había comunicado a Jasón sus

intenciones y esperaba encontrar allí el Argo. Al poco rato se encontraron con Atalanta que acababa de matar a dos centauros y les estaba quitando las cabelleras…

—Los centauros no reconocen a la Artemisa olímpica —explicó Atalanta—. La odian desde que tomó bajo su cargo el colegio de las ninfas de Yolco, privándoles así de sus habituales placeres. Tres de ellos estaban al acecho, esperándome mientras yo subía por la montaña desde Osa, y sin duda hubieran intentado ultrajarme si yo no hubiese sorprendido su emboscada con una flecha. Luego, al ver que me seguían, yo también preparé una emboscada y maté a los dos que quedaban. Para evitar la persecución de sus eróticos espíritus, les arranqué el cuero cabelludo —las melenas que llevan los centauros facilitan esta tarea—, dejándolos de este modo sin poder alguno sobre mí. Toda su fuerza reside en sus cabellos. No, no, las gotas de sangre de sus cabelleras no nos traerán mala suerte, sino buena.

El relato de Atalanta horrorizó a Jasón. Dijera lo que dijese ella, lo más probable era que los espíritus de los centauros, sus parientes, vendrían a exigirle venganza. Pero no podía arriesgarse a ofender a Artemisa. Finalmente dijo:

—Mientras no hayas matado a mi padrastro Quirón, puedo perdonarte. Hubiera tenido que castigarte si hubieras matado a mi padrastro Quirón.

—Ah, pero ¿es que no te dije —interrumpió Hércules que mi viejo amigo ha muerto? Murió ayer. Él, Hilas y yo lo estábamos pasando de maravilla juntos, comiendo y contando historias y entonces… No recuerdo exactamente cómo empezó el asunto, pero sé que algunos de los otros centauros empezaron a ponerse nerviosos y a hacerme muecas. Yo le di un bofetón a uno de ellos, pero debí hacerlo con demasiada fuerza porque ya no dijo ni una palabra más. Los otros se pusieron aun más nerviosos y decidieron vengar su muerte.

—Hércules mató a unos seis centauros —dijo Hilas—. Es que volvía a oír aquellas voces infantiles en su cabeza. Entonces aquel hombre intentó impedir que exterminase a la tribu, pero se interpuso en el vuelo de una de sus flechas. A Hércules le atormentaron los remordimientos, como os podéis imaginar, y yo tuve que calmarlo dándole otro jarro de vino. Por esto llegamos tarde a la playa. —Llamaba a Quirón «aquel hombre» para evitar la invocación de su espíritu.

—Los centauros son una plaga —dijo Corono el lapita—. Se echaron sobre mi padre Ceneo, sin provocación alguna, y lo apalearon a muerte con troncos de pino. Mi corazón siempre salta de alegría cuando me entero de que ha muerto algún centauro.

Al oír estas palabras, Orfeo inició precipitadamente una suave melodía y se puso a cantar:

Olvidemos, camaradas, olvidemos,
Los hechos siniestros que quedan atrás,

Que la pena no nos ciegue ni confunda jamás
Porque esperanzas siempre tendremos.

—Repite este verso, Tracio —dijo Hércules—. Tienes razón. Olvidemos a aquellos miserables centauros. No me guardas rencor, ¿verdad, Jasón?

Jasón no respondió hasta que Hércules repitió su pregunta amenazadoramente y entonces le dijo con voz entrecortada y los ojos llenos de lágrimas:

—Aquel hombre era el más noble de cuantos he conocido y me despreciaría a mí mismo si no llorase al conocer esta noticia; pues veo que incluso los ojos del bravo Peleo están derramando lágrimas y que sus hombros se estremecen con sus sollozos. Sin embargo, prefiero que mi amado padre adoptivo Quirón y mis camaradas centauros hayan caído por mano tuya, noble Hércules. Pues sé que a tu regreso a Grecia apaciguarás el espíritu de aquel hombre con obsequios más espléndidos que los que podría esperar de cualquier otro, y que tampoco olvidarás a los demás centauros. Además, aquel hombre no estaba enteramente libre de culpa: debía haber evitado espitar públicamente un tonel de vino; el vino es la maldición de los centauros, como él mismo a menudo decía.

De este modo Jasón aplacó la cólera de Hércules.

—Camaradas —dijo Argo—, os propongo que aprovechemos la tarde para salir del golfo de Págasas antes de que Pelias envíe una de sus galeras en nuestra persecución.

—Canta otra vez aquella canción, Orfeo —repitió Hércules—. A propósito, ¿no era hermano tuyo Lino, aquel pedante maestro de música al que le partí el cráneo con su lira, en defensa propia? a quien…

—Olvida esos terribles episodios —dijo Orfeo, apenado, y empezó a cantar de nuevo.

Pero Metone no fue el único lugar en el golfo de Págasas donde atracó el Argo. Jasón sintió la necesidad de tocar una playa, situada en uno de los lugares más apartados del golfo, llamado desde entonces Afete (o playa de la partida), para sacrificar allí a Artemisa la Resplandeciente un cabrito que le había comprado a un pastor a cambio de unos cuantos trozos de pan de higos. Sin embargo, este sacrificio no les demoró mucho y Meleagro convenció a Atalanta para que dedicase las cabelleras de los centauros en el mismo altar, quitándoles a todos un buen peso de encima.

La historia de Atalanta es como sigue:

Yaso el arcadio, uno de los jefes del rey Eneo de Calidón, el que plantó la primera viña en Etolia, deseaba tener un hijo; y cuando su amada esposa murió al dar a luz una niña a quien llamó Atalanta, ordenó a su alguacil que abandonase a la criatura en las montañas para que expiase así la muerte de su madre. Sin embargo, nadie se

atreve a abandonar a un niño, porque su espíritu es más difícil de engañar que el de las personas mayores. El alguacil encargó la tarea a un subordinado suyo y éste a un porquerizo. El porquerizo transmitió el encargo a su mujer y su mujer colocó a Atalanta en el umbral del templo de Artemisa la Osa e informó a su marido que ya se había cumplido la orden de Yaso. Se dice que una verdadera osa solía bajar de las montañas todos los días para comer la miel que le daban en el santuario, y que permitía que Atalanta mamara su leche. Atalanta fue consagrada a la diosa y se convirtió en una cazadora de renombre; cuando llegó a la edad adulta corría a través de los bosques y de los terrenos escabrosos con más velocidad que ningún otro hombre o mujer de Grecia, tanta era la seguridad que tenía en sus pies.

Al poco tiempo un jabalí comenzó a asolar los prados y los huertos de Calidón en castigo, según se creía, de un insulto que el rey Eneo había inferido a Artemisa, señora de las Bestias Salvajes. El rey había omitido premeditadamente la porción correspondiente a la diosa en un sacrificio conjunto en honor de todos los dioses olímpicos, porque los zorros de Artemisa habían irrumpido en su viña. Al principio nadie se atrevía a enfrentarse con el jabalí, pero finalmente Meleagro, que era el hijo del rey, reunió un puñado de valientes venidos de todos los rincones de Grecia y dio la batida al animal. Sin embargo, Meleagro sentía escrúpulos de atacar al jabalí sin el consentimiento de Artemisa y se dirigió al santuario de la Osa con una ofrenda propiciatoria. La gran sacerdotisa alabó la piedad y el valor de Meleagro y no sólo aprobó la caza sino que envió a Atalanta para que tomara parte en ella. Esto molestó a los compañeros de Meleagro, entre los que se encontraban Idas, Cástor, Pólux, Admeto, el gran Anceo y Peleo. Todos ellos se negaron al principio a cazar en compañía de una mujer, alegando que les traería mala suerte. Meleagro replicó que si abandonaban la caza entonces, Artemisa los castigaría con la misma severidad con que había castigado a su padre Eneo. Así que todos emprendieron la caza, aunque a regañadientes, y quedó decidido que quien matase al jabalí se quedaría con la piel.

Atalanta los avergonzó al ser la primera en seguir las huellas del animal hasta la espesura donde estaba escondido. Para demostrarle su desprecio desobedecieron sus órdenes, que consistían en rodear el matorral silenciosamente, esperando con arcos y jabalinas a que ella desalojase al jabalí. En lugar de hacerlo así, penetraron en el matorral profiriendo fuertes gritos para asustar a la bestia. El jabalí los acometió cuando estaban apiñados en un grupo, mató a dos de los cazadores e hirió a otros dos, uno de los cuales era el gran Anceo. Atalanta cargó sobre sus espaldas al gran Anceo y lo arrastró hasta un lugar seguro, mientras el jabalí devoraba los cadáveres de sus compañeros, y dejó para Peleo el honor de matarlo. Pero aunque el jabalí estaba ocupado en su sangrienta tarea, Peleo no consiguió matar más que a su suegro. El jabalí escapó ileso.

Después de vendar la herida de Anceo, Atalanta continuó persiguiendo a la bestia

y una vez más descubrió su guarida. En esta ocasión los cazadores obedecieron sus señas y permanecieron ocultos. Atalanta se acercó sigilosamente al jabalí por detrás y disparó una flecha que se hundió en una de sus patas traseras. El animal salió cojeando y con terribles aullidos a un claro en el bosque, y allí fue recibido por una nube de flechas disparadas por los arqueros que Atalanta había apostado por todas partes. Una flecha le dio de lleno en el ojo izquierdo, y el animal empezó a correr en lentos círculos, con la boca llena de espuma. Meleagro se atrevió a acercarse a la bestia por su lado ciego y le traspasó el corazón con su jabalina.

El jabalí cayó y entonces varios hombres más, que se habían mantenido apartados mientras aun existía peligro, corrieron a alcanzarlo.

Como era de esperar, hubo una larga disputa acerca de quién había matado al jabalí y se había ganado la piel. Meleagro zanjó la disputa declarando que aunque él había descargado el golpe mortal, renunciaba a su derecho y entregaba la piel a Atalanta; pues había sido ella la primera en herir al animal, lesionándolo de tal modo que hubiera muerto igualmente al cabo de unos días, y además lo había conducido a una emboscada que ella misma había preparado.

Entonces los servidores de Meleagro desollaron la bestia e hicieron entrega de la piel a Atalanta. Ella la aceptó con gratitud, pero, cuando regresaba lentamente al santuario de Artemisa, los tíos de Meleagro, uno de los cuales alegaba haber disparado la flecha que dejó ciego al jabalí, intentaron en su furia, no sólo arrebatarle la piel, sino además violarla.

Meleagro oyó sus gritos y corrió a salvarla, invocando a Artemisa para que lo eximiese de toda culpa. Mató a sus dos tíos con la misma jabalina que había servido para dar muerte al jabalí. De este modo se confirmó el prejuicio de que trae mala suerte cazar con una mujer, pues aquel día murieron cinco hombres; sin embargo, también podríamos decir sin faltar a la verdad que fue el propio prejuicio lo que los mató.

Al oír que Atalanta había ganado la piel, a Yaso se le llenó de orgullo el corazón y la reconoció por fin como hija suya. La nombró su heredera y donó al santuario de Artemisa puertas de bronce y un asador de hierro.

Pero Atalanta no podía acostumbrarse a la vida doméstica de una hija de jefe, ni consentía que le diera órdenes de ninguna clase; solía salir a cazar siempre que le apetecía, especialmente cuando la luna resplandecía con intensidad.

A continuación daremos la lista de los Argonautas que salieron del golfo de Págasas. No todos terminaron el viaje, y otros adquirieron el título de Argonautas por embarcar en el Argo cuando éste ya había pasado por las rocas Simplégades y se encontraba ya en el mar Negro.

***Acasto**, hijo del rey Pelias de Yolco, minia.*

***Admeto**, rey de Feras, minia.*

***El gran Anceo** de Tegea, hijo del dios Poseidón.*

***El pequeño Anceo**, el lélege, de la florida Samos.*

***Argo** de Atenas, tebano de nacimiento, constructor del Argo.*

***Ascálafo** de Orcómeno, hijo del dios Ares, minia.*

***Atalanta** de Calidón.*

***Augías**, hijo de Forbas, rey de Elide y sacerdote del Sol.*

***Butes** de Atenas, sacerdote de la diosa Atenea y el más célebre apicultor de toda Grecia.*

***Calais**, hijo del Viento del Norte, de Sinia, en Tracia.*

***Cástor** de Esparta, hijo del padre Zeus, luchador y jinete.*

***Corono** el lapita, de Girtón, en Tesalia, minia.*

***Equión** del monte Cileno, hijo del dios Hermes, el heraldo.*

***Ergino** de Mileto, hijo del dios Poseidón, minia.*

***Eufemo** de Tenaro, el nadador focense.*

***Euridamante** el dólope, del lago Xinias de Tesalia, minia.*

***Falero** el arquero, de la casa real de Atenas.*

***Hércules** de Tirinto.*

***Hilas** el driope, escudero de Hércules.*

***Idas**, hijo de Afareo de Arene, minia.*

***Idmón** de Argos, hijo del dios Apolo.*

***Ifito** de Fócide, pintor e imaginero. Jasón, capitán del Argo, hijo del rey Esón de Yolco, minia.*

***Linceo**, el vigía, hermano de Idas, minia.*

***Meleagro**, hijo del rey Eneo de Calidón.*

***Melampo** de Pilos, hijo de Poseidón, minia.*

***Mopso** el lapita, minia y augur.*

***Nauplio** de Argos, hijo del dios Poseidón, notable navegante.*

***Orfeo**, el músico tracio.*

Peleo *de Ptía, príncipe de los mirmidones.*

Periclimeno *de la arenosa Pilos, el mago minia, hijo del dios Poseidón.*

Pólux *de Esparta, el famoso boxeador, hermano de Cástor.*

Tifis *de Sifas, en Beocia, minia, timonel del Argo.*

Zetes *el tracio, hermano de Calais.*

A éstos se unieron más tarde Polifemo el lapita, minia procedente de Larisa; también tres hermanos minias llamados Deileonte, Flogio y Autólico; los cuatro hijos de Frixo, el minia que llevó el vellocino de oro a Cólquide, llamados Frontis, Melas, Citisoro y Argo. Así pues, sólo veintiún minias pueden llamarse Argonautas, aparte de los que se convirtieron en minias mediante la ceremonia de adopción. En cuanto a Dáscilo, el mariandino que pilotó el Argo durante una o dos etapas de su viaje de ida; Telamón de Egina; y Canto, el hermano de Polifemo; y otros que como ellos fueron pasajeros del Argo durante el viaje de regreso: éstos no tomaron parte en la búsqueda del vellocino de oro y por lo tanto los poetas y heraldos cuyos relatos son fidedignos no los consideran como Argonautas. Pero la reciente incorporación de sus nombres a la lista de tripulantes ha hecho ascender el número hasta cincuenta, y ha dado lugar a la falsa creencia de que el Argo era una nave de cincuenta remos.

12. LAS HOGUERAS DE CASTANEA

El Argo avanzaba a buena velocidad, primero hacia el sur sólo con remos, atravesando la estrecha abertura del golfo de Págasas, y más tarde, aquel mismo día, con remos y velas, se dirigió hacia el noreste y atravesó el profundo estrecho que separa el borde de la isla de Eubea del curvado extremo de Magnesia. Al izarse por primera vez la vela y ver cómo el viento la henchía, los Argonautas gritaron llenos de alegría.

El viejo Nauplio dijo:

—De todos los barcos que han navegado en aguas saladas, el tuyo es el mejor, Argo.

—Hiende el agua con la soltura y la elegancia de un cisne —observó Cástor.

—Dirás mejor que parece un delfín que salta de ola en ola —dijo el pequeño Anceo.

—Ver cómo corona las olas y rompe las nubes de espuma, rociando a sus hijos con el agua de mar de su proa, como si fuera agua lustral caída al agitar una rama verde de laurel, esto, queridos camaradas, es un espectáculo que conmueve el alma —dijo Idmón.

Y así cada Argonauta alababa el navío de la forma que era más natural a su nacimiento y condición. Luego todos volvieron a coger los remos para apresurar la marcha; pero sintieron un gran alivio cuando por fin pudieron desarmarlos al llegar al estrecho Esciático, entre el talón de Magnesia y la rocosa isla de Esciatos, con sus densos bosques, la más occidental de las Espórades. Entonces se recostaron en los bancos y curaron sus manos llenas de ampollas.

El viento soplaba a popa. Tifis conocía bien esta costa y mantenía el Argo a un par de tiros de flecha de la orilla por temor a las rocas sumergidas. Ya avanzada la tarde, señaló hacia un oscuro acantilado que se elevaba frente a ellos.

—Es el cabo Sepias —dijo—, un lugar que se divisa con alegría en el viaje de regreso desde Tracia; se reconoce fácilmente por el acantilado rojizo que hay más allá. Pero tenemos que dejarlo atrás, y también el cabo Ipni, antes de poder desembarcar esta noche. Mientras dure este viento miremos por segunda vez hoy el Pelión por encima del hombro izquierdo.

Así siguieron navegando, y aunque la oscuridad era cada vez mayor, la joven luna salió y las estrellas les alumbraron con su brillo. Orfeo cantó un himno dedicado a la diosa Artemisa, que poseía varios santuarios en las cercanías, advirtiendo a los argonautas, con una multitud de ejemplos recientes, del peligro que corrían los que olvidaban el respeto debido a la diosa. Entre estrofa y estrofa de aquel himno, que los acompañó durante unas buenas cinco millas de su curso, Idas alzaba su ronca voz y

con la misma melodía exclamaba:

Meleagro, hijo de Eneo
Oh, tú, Meleagro, hijo de Eneo,
este aviso es para ti Meleagro
¡Apártate de los labios de Atalanta!

y los demás argonautas le coreaban entre risas:

Este aviso es para mí, Meleagro
¡Apártame de los labios de Atalanta!

A Meleagro no le importaba porque Atalanta estaba sentada en su mismo banco y presionaba su pie contra el suyo para mostrarle que sentía lástima por él. Al final tomó la lira de Orfeo y, haciendo una demostración de sus habilidades musicales, cantó, con la misma melodía, una balada sobre los peligros que corrió la doncella cazadora que olvidó sus votos de castidad. Contó cómo Calixto, la cazadora Arcadia, que tuvo un hijo con el propio Zeus, no pudo escapar a la cólera y los celos de Artemisa: pues Artemisa ordenó que la hirieran con flechas, aunque no en los órganos vitales, y así Calixto quedó inválida y murió en el bosque. En memoria suya se dio su nombre a la Osa Mayor, para recordar a las mujeres que Artemisa no conoce la piedad.

El Pelión, visto desde el mar a la luz de la luna se veía extrañamente distinto del Pelión que Jasón conocía de toda la vida: hubo un momento en que parecía una meseta, y Jasón quedó confuso. Le preguntó a Hércules:

—¿No deberíamos desembarcar pronto, noble Hércules? Creo que ya hemos pasado el Pelión.

—¿Por qué me lo preguntas a mí? Pregúntale a Tifis o a Argo o a quien quieras —contestó Hércules—, pero a mí no me molestes con preguntas tontas, como si fueras un chiquillo.

Jasón se sintió avergonzado al escuchar las risas que se produjeron. Pero Tifis dijo:

—Yo al menos, me daría por satisfecho si llegamos esta noche a Castanea; allí hay un lugar seguro para el anclaje y agua buena.

—Conozco bien a los pastores de Castanea —dijo Jasón—. Un poco de vino bastará para que nos den carne de cordero suficiente para dos días.

Así que siguieron adelante, bajo la oscura sombra del Pelión y, evitando las rocas, dejaron atrás el promontorio de Ipni; entonces la brisa amainó y tuvieron que volver a tomar los remos. No llegaron a Castanea hasta clarear el día. Estaban agotados y

protestaban contra Jasón por haberlos traído, según decían, casi a medio camino de Cólquide en la primera jornada. Hallaron anclaje seguro y saltaron a tierra, con las piernas tiesas como remos.

Los pastores magnesios los tomaron por piratas, cogieron a sus hijos y huyeron por el desfiladero entre los montes. Jasón les gritó diciendo que se tranquilizaran, pero no le hicieron caso.

Los argonautas recogieron ramas secas para hacer un fuego mientras que Hércules salió en busca de ovejas. Pronto regresó con un par de carneros que balaban lastimosamente.

—Pienso sacrificar estos llorones a Hestia, la diosa del Hogar —dijo—. Este lugar me agrada infinitamente. Un día, cuando haya terminado mis trabajos, me estableceré aquí con Hilas y construiré una casa. Me sentaré a escuchar el rumor de las olas y contemplar la ancha luna a través de las ramas plumosas del árbol del relámpago. Y si Euristeo me envía a Talcibio con un mensaje para mí, lo partiré en mil pedazos con mi sartén. ¡Serpientes Sagradas, qué hambre tengo! De prisa, necios, construid un altar y prestadme un pedernal para el sacrificio.

Euridamante el dólope le pidió que en lugar de hacer el sacrificio allí lo efectuase en la rumba de su antepasado Dólope, que se hallaba allí cerca, y Hércules accedió magnánimamente. Sabía en el fondo de su corazón que jamás se establecería en ningún sitio, por mucho que viviera.

Al poco rato ya estaban los carneros sacrificados, desollados y partidos en pedazos, y su sangre se vertió para calmar la sed del espíritu de Dólope. Los Argonautas se sentaron alrededor de las dos grandes hogueras, bien envueltos en sus mantas y capas, y cada cual se tostaba sobre el fuego su porción de cordero, cortado en trozos y espetado en palos puntiagudos. Hércules había bajado a tierra un tonel de vino y luego Hilas había ido en busca de agua con su jarra de bronce. El Argo estaba bien sujeto a dos rocas con maromas, la vela bajada y recogida y la proa apuntando al filo del viento. Melampo de Pilos, el primo de Jasón y el más melancólico y taciturno de los Argonautas, se quedó a bordo haciendo de vigía; su camarada Periclimeno, el mago, le llevó una porción generosa de carne y vino.

En la hoguera más pequeña, Corono el lapita le comentó a Admeto de Feras:

—No está nada mal esta carne de cordero. Aunque por estos contornos los pastos no son tan ricos como en nuestra Tesalia, supongo que las ovejas bajan a lamer las piedras saladas, cosa que les abre el apetito y las ayuda a engordar.

—Yo les doy sal a lamer a mis ovejas con regularidad —dijo Admeto—, y aunque son de raza pequeña, puedo enorgullecerme de ellas ahora que tú las has librado de las garrapatas. Te portaste como un buen vecino, Corono.

—No tiene importancia —contestó Corono—. Desde que Atenea adoptó la hermandad del Cuervo tenemos un maravilloso poder sobre nuestra sagrada ave de

larga vida. El cuervo vuela en nuestro nombre a cualquier rebaño que pueda necesitar sus servicios. Sí, desde luego, tus ovejas deben de estar en muy buenas condiciones este año.

Butes de Atenas dijo con una sonrisa:

—Mis rebaños peludos no son tan blancos como los tuyos, Admeto, pero aunque quizás no te lo creas, yo poseo quinientas cabezas por cada una de las tuyas. Son tan inteligentes que no necesitan ni perro ni pastor que las guarde, y proporcionan para mi mesa una comida infinitamente más dulce que la tuya.

Admeto contestó con cortesía:

—¿De verás? Se dice que la carne de cordero de Feras es la más dulce de Tesalia y yo creía que no tenía rival, ni siquiera en Ática. Nuestra hierba es tan sabrosa como el pan de cebada, ¿no es así, Corono? Y los vellones de mis ovejas (si me permites alardear de ello) son de los más suaves que he visto: ¡fíjate en el tacto de esta manta!

—Mis ovejas son marrones y amarillas y mucho más pequeñas que las tuyas —dijo Butes, sonriendo ampliamente. Salen de sus corrales, como nubes, a pastar en el Himeto y al anochecer ya están de regreso a casa, sanas y salvas. Desdeñan los pastos y la sal, pero adoran las flores. Tienen pequeños cuernos en la cabeza y el vientre velludo.

Estaba hablando en broma de sus abejas, pero pasó algún tiempo antes de que Admeto descifrara el acertijo. Por fin Butes sacó una jarra de miel de debajo su capa y les pidió a sus compañeros que metieran el dedo en él y lo chuparan después.

Cuando prorrumpieron en gritos de admiración por su sabor, Butes les dio una conferencia acerca de la cría de abejas y les prometió que, en cuanto terminase el viaje, cada uno de ellos recibiría un enjambre y no tendrían que volver a depender de la miel que hallaban en los huecos de los árboles o en las grietas de las rocas.

—Pero entendedme bien —advirtió Butes—; yo no desperdicio la miel silvestre y paso muchas agradables mañanas buscándola en el monte Himeto. Espero junto a un campo florido hasta que veo que una abeja cargada con miel se dirige a su colmena. Me coloco detrás de ella y voy señalando su ruta con ramitas, pues las abejas vuelan exactamente en línea recta cuando regresan a la colmena. Al poco rato sale otra abeja en su viaje de regreso desde otro lado del campo. También señalo su camino; y junto al punto de intersección encuentro abejas que vuelan desde todas direcciones. Muy cerca de allí encuentro la colmena.

Butes era un hombre amable, y cualquiera que fuera la conversación en la que tomaba parte, siempre conseguía que al final se hablase de abejas o de miel. Era raro que fuera sacerdote de Atenea y no de Apolo, patrón de las hermandades de la Abeja. Llevaba la cabeza afeitada y siempre iba vestido de blanco, porque esto ejercía un efecto calmante sobre las abejas, o al menos eso creía él.

En la otra hoguera algún genio invisible provocó ásperas discusiones entre los

compañeros: sobre la naturaleza del fuego, sobre la época apropiada para plantar el sésamo, y sobre si los osos de Arcadia eran más feroces que los del monte Parnes en Ática o si los osos blancos de Tracia eran más fieros que ambos. Al oírse los gritos enfadados con que Falero y Argo defendían la ferocidad del oso ático contra los ataques verbales de los dos arcadios, Equión y el gran Anceo, y las malhumoradas protestas de los tracios Calais y Zetes, parecía que eran ellos los osos. Pero Orfeo los hizo callar, diciendo que ningún oso era feroz por naturaleza y que, sin embargo, todos los osos podían dar muestras de ferocidad: las hembras si veían algún peligro para sus crías, los machos por celos sexuales, y los dos cuando eran sacados de su sueño invernal por el chocar de las ramas y el ladrido de los perros.

—De todas las bestias —dijo Orfeo—, el oso es el más parecido al hombre. Lucha por lo que es suyo; le encanta volverse otra vez joven y jugar con sus cachorros y no halla placer más dulce que el sueño, como no sea mordisquear un panal de miel. Vamos, camaradas, el agotamiento favorece la discordia. Dormid tranquilamente allá donde estéis sentados y que no os preocupe el peligro. Yo montaré guardia, pues no he trabajado tan duramente como vosotros.

Pelias pronto supo que el Argo había llegado a Metone, pero la noticia no le preocupó. Supuso que Argo se había detenido allí para subir a bordo parte de los pertrechos que dejó en aquel lugar cuando cortaba leña por aquellos alrededores. Entonces llegó un mensajero del monte Pelión con la noticia de la muerte de Quirón y de pronto empezó a sentir preocupación por su propio hijo Acasto, temiendo que los centauros se hubieran vengado por la matanza que hizo Hércules. Mandó patrullas en su búsqueda y uno de ellos trajo noticias facilitadas por un porquerizo de Metone, según el cual Peleo y Acasto habían subido a bordo del Argo y se habían hecho a la mar riendo. Cuando Pelias comprendió que había sido engañado se encolerizó terriblemente, golpeó a los mensajeros casi hasta matarlos y se puso a recorrer la sala de arriba abajo como una bestia salvaje. Finalmente cogió un hacha y salió corriendo de palacio. Bajó la calle a la luz de la luna hasta la casa de Esón, y por el camino iba ensayando en voz alta: «Tu impío y cruel hijo me ha robado al príncipe Acasto, a quien amo más que a nada en el mundo, engañándole con promesas de fama y tesoros. Si algo malo le pasa a Acasto, hermano Esón, no esperes vivir mucho tiempo».

Era medianoche y la casa tenía las puertas y contraventanas cerradas y barradas, pero Pelias forzó la entrada con su hacha. Sorprendió a Esón y Alcimeda en un patio interior de su casa mientras completaban un sacrificio sin altar a la luz de una antorcha, en honor de la diosa doncella Perséfone.

Pelias quedó asombrado, pues Esón se movía con la agilidad de un hombre joven. Acababa de cortar la garganta de un asustado toro negro, que tenía los cuernos atados con cintas de color azul como la noche, y la cabeza coronada con unas ramas de tejo.

La sangre caía chorreando dentro de una artesa de piedra, sobre la cual estaba inclinada Alcimeda, quien agitaba las manos y murmuraba. Ni ella ni Esón habían oído la ruidosa entrada de Pelias; habían estado absortos con la difícil tarea de matar al toro, el cual, a pesar de llevar una argolla en la nariz, se resistía a los esfuerzos por acercarlo a la artesa.

Esón entonces se puso a rezar en tonos solemnes a Perséfone rogándole que permitiese al espíritu de su padre, Creteo el minia, ascender de los infiernos para beber la rica y caliente sangre y después profetizar sobre cuál sería el destino de Jasón y sus compañeros en su viaje a Cólquide. Mientras que Pelias observaba, empezó a acumularse una vaga nube en el lado menos profundo de la artesa, como la neblina que algunas veces ofusca la visión de un hombre enfermo; poco a poco fue tomando cuerpo y adquiriendo un color rosado hasta endurecerse, formando la cabeza inclinada de Creteo que lamía con la lengua y se estremecía de placer.

Pelias se sacó una sandalia y la arrojó al fantasma para evitar que profetizase. Éste se escabulló inmediatamente difuminándose a un tiempo, y se rompió el hechizo. Pelias se quitó el casco y se lo entregó a Esón diciendo:

—¡Mételo en el lado más profundo de la artesa, traidor, llénalo de sangre caliente y bebe!

Esón preguntó:

—¿Y si me niego, hermano?

—Si te niegas —respondió Pelias—, os haré pedazos a ti y a tu mujer con este hacha y esparciré vuestros huesos por el Pelión para que vuestros espíritus jamás encuentren el descanso, pues vuestra sepultura estará en los vientos de los leopardos, de los lobos y de las ratas.

—¿Por qué me das esta orden impía? —preguntó Esón, temblando tanto que casi no podía mantenerse en pie.

—Porque me has engañado durante estos últimos veinte años —respondió Pelias—, primero al hacer creer que debías guardar cama, para que yo no te temiera, después al ocultarme la supervivencia de tu retoño Diomedes o Jasón, y finalmente al conspirar con él para destruir a mi pobre y necio hijo Acasto. Bebe, bebe te digo o te haré mil pedazos como si fueras un tronco seco de pino.

Esón dijo:

—Beberé, pero primero dame tiempo a repetir al inverso las palabras del conjuro que ha hecho surgir a mi noble padre Creteo de los muertos, para que pueda regresar sano y salvo a su hogar en el mundo subterráneo.

Pelias consintió. Esón repitió el conjuro correctamente, aunque con voz temblorosa, y después, inclinándose, hundió el casco en la espesa sangre del toro. Bebió, se atragantó y murió. Al verlo, Alcimeda se cortó la garganta con el cuchillo del sacrificio; así que tres sombras, padre, hijo y nuera, bajaron a los infiernos

cogidos de la mano. Pero antes Alcimeda salpicó la túnica de Pelias con sangre que brotó de su herida y con los ojos pronunció la maldición que su garganta gorgoreante no podía pronunciar. Pelias quemó su túnica sangrienta y se purificó en el sepulcro de Poseidón, donde los sacerdotes le impusieron sólo una penitencia leve.

13. A LEMNOS, PASANDO POR ATOS

Los argonautas pasaron un día y una noche en Castanea, empleando el tiempo agradablemente en cazar, pescar y practicar juegos, pero no se aventuraron lejos de la nave por si de pronto cambiaba el viento, permitiéndoles reanudar el viaje. Augías de Elide, gran amante de la comodidad, que tenía las manos llenas de ampollas y las nalgas doloridas de tanto remar, recomendó encarecidamente que durante el resto del viaje sólo se utilizaran los remos en caso extremo, y que las jornadas diarias no se prolongasen más de lo que era agradable. Tifis y Argo negaron con la cabeza al oír esto y el viejo Nauplio dijo:

—Cólquide está muy lejos, rey Augías, y hemos de estar de vuelta antes de que acabe el verano, si no queremos naufragar en esta misma costa rocosa.

Los pastores no se atrevieron a regresar. Cuando por fin llegó el momento de levar anclas, Jasón les dejó un dibujo, hábilmente ejecutado por Ifito el focense, explicándoles lo ocurrido. El dibujo, trazado con carbón sobre una roca lisa, mostraba un enorme Hércules con la maza y la piel de león, llevándose doce pequeñas ovejas —se había comido doce por lo menos— y a Jasón con crin de caballo y el cuerpo moteado como el de un leopardo, dejando graciosamente en la cueva de los pastores una magnífica lanza de bronce y una jarrita de vino como pago de su deuda. Al fondo se veía el Argo anclado, y los argonautas estaban representados por las diferentes bestias y los diferentes pájaros que constituían sus distintivos. Sin embargo, a su regreso los pastores no supieron descifrar el dibujo y, aterrados, abandonaron sus pastos, convencidos de que pesaba sobre ellos una horrible maldición. La lanza y la jarrita de vino permanecieron en la cueva más de un año sin que nadie los tocase.

En la mañana del segundo día se levantó una fuerte brisa del sudoeste y Tifis aconsejó a Jasón que se dejasen arrastrar por este viento siguiendo la costa hasta llegar al valle del Tempe, consagrado a Apolo, donde el río Peneo desemboca en el mar. Jasón consintió. Todos subieron otra vez a bordo, alejaron la nave de la costa con sus pértigas, izaron la vela y pronto estuvieron de nuevo en marcha. Las olas chocaban con fuerza contra los costados del navío, y algunos sintieron náuseas o vomitaron.

La costa era alta y escarpada. Pronto, desde tierra, la cima cónica del monte Osa se encumbró sobre ellos y pasaron el poblado de Eurímine, cuyos habitantes corrieron a buscar sus armas por temor a un desembarco hostil, pero luego les saludaron con la mano al descubrir su equivocación. Una vez que el Argo hubo doblado el promontorio del Osa, la costa empezó a tomar un aspecto inhóspito, y Tifis comenzó a hablar de las naves que había visto naufragar en aquellas rocas a causa de las furiosas borrascas del nordeste. Pero poco después la cordillera se fue alejando,

dejando entre sus montes y el mar una estrecha faja de tierra baja acabada en una playa arenosa, y los tripulantes se sintieron aliviados.

Al mediodía llegaron a la desembocadura del Peneo, río que Jasón sólo conocía en su nacimiento, pero que es el más noble de toda Grecia y cuyos muchos tributarios riegan la totalidad de las fértiles tierras de Tesalia. Estaban a punto de desembarcar, pues Idmón, Ifito, Orfeo, Mopso y otros estaban empeñados en visitar el santuario de Apolo en Empe y allí tomar parte en un festival sagrado de ratones, cuando de pronto el viento cambió y empezó a soplar desde tierra. Entonces Argo y Tifis rogaron a Jasón que aprovechara esta brisa, un regalo de su antepasado Eolo, para dirigirse al este, hacia las montañas de Tracia. Jasón aprobó la idea. Detrás de ellos, costa arriba, el enorme Olimpo mostraba una amplia superficie de roca pálida y desnuda; como siempre, estaba coronado de nieve y sus escarpadas laderas surcadas por gargantas cubiertas de oscuro follaje.

—Ya sé cómo pasan su tiempo los dioses y las diosas allá arriba —dijo Idas en tono solemne.

—¿Cómo lo pasan? —preguntó Corono de Girtón, el ingenuo lapita.

—¡Jugando con bolas de nieve! —exclamó Idas, riéndose a carcajadas de su propia agudeza. Sus compañeros fruncieron el ceño ante tal ligereza. La majestad del Olimpo, incluso visto desde una distancia de diez millas, les llenaba el alma de un temor reverencial.

Almorzaron con queso de cabra y torta de cebada, que acompañaron con tragos de vino, y se distrajeron proponiendo acertijos. El de Admeto decía así: «No viví hasta morir en honor de la hermana del servidor de mi amo; ahora voy piadosamente con mi amo en busca de mi glorioso antepasado». Atalanta adivinó la respuesta: era la gorra de Admeto que estaba hecha con lana de los corderitos nonatos de las ovejas preñadas que él sacrificaba a Artemisa. Pues Artemisa era hermana de Apolo, que había sido servidor de Admeto; y ahora la gorra iba con Admeto en busca del vellocino de oro.

Meleagro propuso otro acertijo: «Nunca me quedo mucho tiempo con mi gente. No conozco mi fuerza. Derribo a los hombres como si fueran árboles podridos. Pasé mi infancia entre extraños. ¿He fallado alguna vez en darle al blanco con mi flecha? Me atrevo a estar entre un grupo de enemigos sin nadie que me acompañe; y nadie me lo impide porque todos me temen».

—¡Hércules! —gritaron todos a la vez.

—No —dijo Meleagro—. Probad otra vez.

Cuando todos se dieron por vencidos les explicó:

—Es Atalanta. Pues no conoce la fuerza de su belleza que derriba los hombres como si fueran árboles podridos. Pasó su infancia entre las sacerdotisas de Artemisa en el monte Aracinto, del mismo modo que Hércules vivió en Cadmea, en Tebas,

rodeada de extraños y, como él rara vez se queda entre su gente. ¿La habéis visto errar el blanco alguna vez? Ahora se atreve a permanecer entre este grupo de hombres, que son los enemigos naturales de la mujer; y nadie se lo impidió.

Había oscurecido, pero aun así el navío seguía avanzando, silenciosamente como un sueño, y cuando Tifis se cansó de guiarlo, el pequeño Anceo se hizo cargo del timón. Milla tras milla mantenía la estrella polar sobre su hombro izquierdo, mientras Tifis dormía con los demás argonautas, a excepción de Orfeo. Entonces Orfeo cantó sólo para el pequeño Anceo una canción de dulzura tan penetrante que éste no pudo contener las lágrimas. Y siempre, desde entonces, en las guardias silenciosas de noches estrelladas, aquellas palabras y su melodía resonaban en su cerebro:

Ella confiesa su amor mientras está medio dormida.
En las horas oscuras
Con medias palabras, en susurros:
Mientras la Tierra se mueve en su sueño invernal.
Y hace germinar la hierba y las flores
A pesar de la nieve,
A pesar de la nieve que cae.

Anceo sabía cómo se llamaba la mujer de la canción: era Eurídice, la hermosa mujer de Orfeo, mordida por una serpiente a la que había pisado accidentalmente. Ni siquiera la música sublime, que, como un torrente de sentimientos, salía de su lira hiperbórea, fue capaz de salvarla; y lleno de angustia Orfeo había sacudido de sus sandalias el polvo de Grecia y había viajado a Egipto. Pero después de regresar tan repentinamente como se había marchado, se había impuesto un destierro voluntario entre los cicones, para quienes era legislador, árbitro y amigo querido.

Orfeo siguió rasgueando la melodía durante un rato después de dejar de cantar. Anceo, al mirar a babor para asegurarse de que seguía bien el rumbo, creyó ver las oscuras cabezas de unos hombres que nadaban junto a la nave. Al mirar a estribor vio varias más. Se asustó y dijo en voz baja:

—¡Chist, Orfeo; nos siguen los espíritus!

Pero Orfeo le dijo que no se asustara; eran focas atraídas de todas partes por el poder de su música.

Al poco rato, Anceo oyó que Orfeo daba un profundo suspiro y le preguntó:

—¿Por qué suspiras, Orfeo?

—Suspiro de cansancio —respondió Orfeo.

—Duerme entonces —dijo Anceo—. Yo montaré guardia solo. Duerme y descansa bien. Orfeo le dio las gracias pero dijo:

—No, querido lélege, mi cansancio no es de los que se curan con el sueño; sólo

un descanso perfecto podrá curarlo.

Anceo preguntó:

—Puesto que descansar bien es dormir, pero descansar perfectamente es morir, ¿deseas la muerte entonces, Orfeo?

Orfeo respondió:

—Ni siquiera la muerte. Estamos atrapados en una rueda de la que no existe liberación si no es por la gracia de la Madre. Nos lanzan a la vida, a la luz del día, y vuelven a bajarnos a la muerte, la oscura noche. Pero luego otro día despunta, el alba roja, y volvemos a aparecer, renacemos. Y el hombre no renace en su acostumbrado cuerpo sino en el de un ave, una bestia, una mariposa, un murciélago o un reptil, según como le hayan juzgado allá abajo. La muerte no te libera de la rueda, Anceo, a no ser que intervenga la Madre. Yo suspiro por un descanso perfecto, por gozar al fin de su benévolo cuidado.

Al clarear el cielo, vieron frente a ellos algo que parecía una isla.

Orfeo la conocía: era Palene, llamada en aquellos días Flegras, la más cercana y más fértil de las tres penínsulas de Peonia, y se alegró al ver que habían mantenido su rumbo exacto. Orfeo y el pequeño Anceo despertaron a Tifis, que volvió a tomar su turno en el timón, y Tifis despertó a Jasón para que montara guardia con él. Luego, mientras estos cuatro desayunaban con pan de cebada, queso y vino, salió del mar el sol espléndido, dorando las nubes aborregadas que corrían en lo alto del cielo azul. El viento refrescó. Se aproximaron a la costa, sin miedo a los bancos de arena ni las rocas, y observaron varios magníficos rebaños de ganado y ovejas que pastaban sin vigilancia cerca del mar.

—No desembarquemos aun —dijo Tifis—; más adelante encontraremos un botín tan bueno como éste. Dejemos dormir a nuestros compañeros. Los hombres que duermen no tienen hambre.

Siguieron navegando y el sol calentó a los durmientes, favoreciendo su sueño. Costearon la planta del pie de Palene y divisaron las montañas de la frondosa península de Sitonia, que termina en una colina cónica llamada Colina de las Cabras. El pequeño Anceo y Orfeo dormían ya, pero Jasón despertó a los otros para que desayunaran, y vieron cómo la tercera península, la de Acte, aparecía al nordeste. La península de Acte es escabrosa y está toda surcada por barrancos; a su pie se alza el monte Atos, un gran cono blanco ceñido por oscuros bosques. Allí decidieron desembarcar para buscar agua y para darse el gusto de andar en tierra firme, pero no pudieron quedarse mucho tiempo porque Corono, conocedor del tiempo, miró el cielo y anticipó que el viento no duraría mucho más.

Los argonautas aun estaban de un humor festivo, sin preocuparse por las dificultades y los peligros que podrían aguardarles. Jasón les preparó un concurso que tenía por premio una jarra de vino. Este premio se adjudicaría a quien le trajese el

mayor ser vivo, antes de que la sombra de un palo, que había plantado en tierra, hubiese corrido de una señal a otra. Los tripulantes se dispersaron, y un momento antes de que la sombra tocase la señal, Jasón sopló una caracola de mar para llamarlos. Algunos pensaban que en tan corto espacio de tiempo nadie podía haber encontrado algo de gran tamaño, y así, uno exhibía orgullosamente un pajarito marino robado de su nido, en un acantilado, otro un ratón que había pisado pero que no había matado, otro un pequeño cangrejo encontrado en la playa. Pero Atalanta había atrapado una liebre y la estaba comparando en tamaño y peso con el pez que había pescado Melampo, cuando se oyeron unos tremendos bramidos del otro lado de la colina y vieron a Hércules bajando con paso airado por la montaña, demasiado tarde para obtener el premio, con un oso joven que luchaba entre sus brazos.

Hércules se disgustó al descubrir que el concurso ya había finalizado. Después de hacer saltar los sesos del animal contra el costado de la nave, mostró su disgusto comiéndose crudas las partes más tiernas, sin ofrecer ni un solo bocado a nadie excepto a Hilas. Arrojó lo que quedaba del animal muerto al mar una vez reanudaron el viaje.

El viento no les abandonó hasta el anochecer. Entonces se arrió la vela y sacaron los remos; tuvieron que remar mucho aquella noche antes de ponerse al pairo para dormir algunas horas. Poco después del amanecer de la mañana siguiente lograron llegar a Lemnos, una isla de aspecto algo yermo y de poca elevación. Mirina, su ciudad principal, fue fácil de encontrar, ya que se aproximaron a la isla desde el oeste; Tifis puso rumbo hacia el santuario de Hefesto, que se destacaba sobre un promontorio. Este promontorio sobresalía de la costa entre dos ensenadas; Mirina estaba orientada hacia el norte y hacia el sur por hallarse situada en el angosto istmo que unía el promontorio con la isla. Tifis eligió la ensenada del sur que ofrece una ancha playa de arena en el ángulo más próximo a la ciudad y que está protegida contra las tormentas por bancos de arena que rompen la fuerza de las olas.

Mientras entraban virando hacia la ciudad, manteniendo bien el ritmo a pesar de la velocidad de movimientos impuesta por Hércules, Jasón les dio la orden de entrar los remos. Así lo hicieron y el Argo siguió con su marcha veloz, gracias al impulso que le habían dado, mientras los tripulantes se ponían los cascos, encordaban sus arcos y echaban mano a sus lanzas o jabalinas. Y al acercarse la nave a las aguas poco profundas, perdiendo velocidad paulatinamente, salió de las casas blanqueadas una muchedumbre de habitantes armados para oponerse a su desembarco.

Jasón dijo a los argonautas:

—En el nombre de los dioses y de las diosas, os ruego que no hagáis ningún ademán hostil. Dejad que ataquen ellos primero, si es que quieren hacerlo. Equión, Equión, ponte tu túnica y tu corona de heraldo, toma en la mano la vara de olivo y asegúrales a estos lemnios que nuestras intenciones son pacíficas.

Equión se colocó sus magníficas insignias, se ciñó la túnica y, saltando al agua, que le llegaba a las rodillas, vadeó hasta tierra con la vara de olivo en alto.

De pronto Linceo exclamó:

—¡Por las patas y la cola del Lince! ¡juro que son todo mujeres!

Euridamante el dólope asintió:

—¡Yeguas, potros y caballos sementales! ¡No son hombres ni mujeres!

Entonces Hércules bramó:

¡ja, ja! ¿Es que las amazonas han venido a Lemnos?

Todos los demás profirieron exclamaciones variadas ante tan extraña aparición.

Ésta es la historia de las mujeres de Lemnos:

Primitivamente la Triple Diosa era devotamente adorada por los lemnios y existían colegios de ninfas y una maja o gran sacerdotisa que gobernaba toda la isla desde su casa en las colinas sobre Mirina; pero no existía la institución del matrimonio. Luego la nueva religión olímpica vino a perturbar la isla. Los hombres se volvieron ambiciosos y desearon ser padres y esposos para así tener dominio sobre las ninfas; pero la gran sacerdotisa les amenazó con terribles castigos si no continuaban con las costumbres de siempre. Ellos simularon conformidad pero poco después se hicieron todos a la mar secretamente en sus botes de pesca y al anochecer hicieron una repentina incursión en la costa de Tracia. Era un día en que sabían que las muchachas del distrito estarían reunidas en una pequeña isla cerca de la costa, haciendo un sacrificio en honor de un héroe local, y sin ningún hombre que las acompañase. Sorprendieron a las jóvenes, las raptaron y las convirtieron en sus esposas. El asunto se realizó tan discretamente que los tracios creyeron que las mujeres habían sido devoradas por los monstruos marinos, o arrebatadas por las Arpías o quizás tragadas por arenas movedizas.

Los hombres de Lemnos se establecieron con sus esposas en Mirina, haciendo saber a las mujeres de Lemnos que ya no las necesitaban, pues sus nuevas esposas sembrarían el grano, se ocuparían de la cabrahigadura de los higos y cuidarían bien de ellos. Abrazaron la nueva religión olímpica, y, como eran orfebres, se pusieron bajo el patrocinio del dios forjador Hefesto, que hasta entonces había sido considerado un héroe local, y no un dios, pero que ahora había sido deificado como hijo de Zeus y Hera. Su santuario de héroe, que Tifis había divisado en el promontorio, había sido rededicado como templo; se le ofrecían los sacrificios sobre un elevado altar y ya no en un humilde hogar, y los sacerdotes habían sustituido al colegio de las ninfas.

Solamente un hombre, el rey guerrero Toante, hermano de a gran sacerdotisa, se negó a unirse a los renegados; y la gran sacerdotisa lo envió para que advirtiese a los demás de la cólera de la Triple diosa. Éstos le arrojaron basuras y le hicieron volver con el siguiente mensaje «Mujeres lemnias, tenéis un aliento apestoso. Pero estas

muchachas tracias son como rosas».

En Mirina iba a celebrarse un gran festival en honor de los dioses olímpicos. Al llegar el día del festival, la gran sacerdotisa envió espías, quienes al anochecer, le informaron que los hombres ya estaban tendidos en la plaza del mercado, completamente borrachos. Y ocurrió que las mujeres que habían enloquecido por haber masticado hojas de hiedra y haber bailado desnudas a la luz de la luna, bajaron corriendo a Mirina al amanecer y mataron a todos los hombres sin excepción y también a todas las mujeres tracias. En cuanto a los hijos, perdonaron a las niñas, pero cortaron la garganta de todos los varones, sacrificándolos a la diosa doncella Perséfone, para evitar que en años futuros pudieran realizar actos de venganza. Todo esto se hizo en un éxtasis religioso, y volvieron a establecerse los antiguos ritos del culto en el santuario del promontorio.

Cuando llegó la mañana, las mujeres se asustaron de lo que habían hecho, pero ya no podían hacer volver a la vida a los hombres muertos, algunos de los cuales habían sido sus hermanos, otros sus hijos, otros sus amantes. Les hicieron un entierro decente y se purificaron de su culpa como mejor pudieron. La diosa pronunció un oráculo por el que tomaba sobre sí toda la culpa y les ordenaba que se alegraran y bailasen una danza de victoria. Las mujeres obedecieron. Luego emprendieron contentas todas las tareas realizadas normalmente por los hombres, excepto el barnizado de vasijas y la forja de armas e instrumentos, que no comprendían, y se las ingeniaron para pescar el suficiente pescado para sus necesidades, y para guiar los arados y quebrar los terrones. También se ejercitaron en el manejo de la lanza y de la espada por temor a un desembarco hostil por parte de los tracios.

La hija de la gran sacerdotisa, la ninfa de los Cucos, Hipsípila, había ejecutado todo el plan siguiendo las instrucciones de su madre; también había logrado ocultar a Toante durante la masacre, porque era el hermano de su madre y era devoto de la diosa. Después lo abandonó en un barco sin remos, por no atreverse a matarlo en aquel momento, pero no quiso comunicar a las demás mujeres lo que había hecho, pues se había Votado unánimemente por la muerte de todos los hombres sin excepción alguna. Hipsípila era una hermosa mujer de ojos negros por quien las demás mujeres sentían gran respeto. Durante algunos meses antes de la llegada del Argo había ido creciendo su preocupación por el futuro de la isla; pues todas las mujeres sentían unas ansias mal disimuladas por la presencia y el olor del hombre. A falta de amantes, sentían unas por otras pasiones antinaturales, anhelaban tener hijos y se comportaban de forma inquieta e histérica. Hipsípila también estaba preocupada por la cosecha, pues la cebada no se había fertilizado con los acostumbrados actos de amor con los hombres lemnios. Su sagrada madre no podía ofrecerle más consejos pues había sufrido un ataque de parálisis y había perdido el habla: un acontecimiento de muy mal agüero. Sin embargo, la diosa le advirtió a Hipsípila en un sueño que

tuviera paciencia ya que todo marcharía bien. Cuando avistaron el Arco, Hipsípila naturalmente creyó que se trataba de una nave tracia e hizo una llamada a las armas; pero en cuanto vio la cabeza de carnero, emblema de los minias, se sintió un poco más tranquila.

14. LA ISLA DE LAS MUJERES

Hipsípila recibió a Equión en lo que había sido la sala de consejo de los hombres. Equión la indujo a creer que el Argo se dirigía a Tracia en un viaje comercial, y le dijo que Jasón el minia, su capitán, solamente quería hacer escala en Mirina para proveerse de comida, bebida y para esparcimiento de la tripulación. Hipsípila le preguntó bajo qué auspicios se realizaba el viaje. Equión le respondió:

—Bajo los de Zeus, Poseidón, Apolo, Atenea y Artemisa.

Cuando ella repuso: «Está bien», pero en un tono bastante frío, él tuvo la astucia de añadir:

—Y más que todos ellos nos favorece la Triple Diosa.

Equión vio cómo se le iluminaba la cara de placer al oír estas palabras.

Como el argonauta no le hacía ninguna pregunta que pudiera resultar violenta acerca de la ausencia de todos los hombres de las calles y de las salas de consejo, Hipsípila conversó con él amistosamente, y le explicó que puesto que todos los hombres de Lemnos se habían ido a Tracia en una expedición militar, el consejo de mujeres debía ahora deliberar si estaría bien, en su ausencia, permitir que unos hombres de otra raza desembarcaran en la isla. Esperaba que Jasón tendría paciencia durante una o dos horas, hasta que el consejo hubiera tomado una determinación. Mientras, le entregó un tarro de miel como prueba de amistad.

Equión ofrecía un aspecto magnífico con sus vestiduras de heraldo; llevaba su vara de olivo con los dos vástagos de la punta atados con lana blanca como si fuera un cetro. Cuando salió de la sala, seguido de una esbelta joven que se tambaleaba bajo el peso de un enorme tarro de miel, muchas mujeres no pudieron contenerse y se acercaron a él para acariciarle los brazos y los hombros. Él sonreía, agradeciendo cortésmente cada atención, y esto animó a las mujeres a tomarse mayores libertades, hasta que Hipsípila las llamó al orden y les recordó que la persona de un heraldo es sagrada y que no podía hacérsele objeto de violencias de ninguna clase.

Equión volvió al navío y contó lo ocurrido, comentando con sequedad el extrañamente incontrolado ardor de las mujeres de Lemnos; mientras, Butes cataba la miel para sus compañeros. Después de una pausa Butes se pronuncio:

—No está nada mal esta miel, nada mal. Principalmente brezo, algo de tomillo —¿romero?— sí, romero y una pizca de ciclamen. Por ser una sencilla miel isleña, he de reconocer que está realmente muy bien. Claro que la miel de Ática es más exquisita, porque la armonía de sus sabores complementarios es más compleja: del mismo modo que una melodía bien interpretada con una cítara de siete cuerdas resulta más agradable al oído que una melodía interpretada con la misma maestría en una lira de tres cuerdas. Pero si me pidieran que juzgara entre una melodía bien

interpretada con un instrumento de tres cuerdas y otra mal tocada con uno de siete, respondería: «Las tres cuerdas ganan». Esta miel de Lemnos es perfecta comparada con la que nos presentó Pelias en Yolco ufanándose de que era miel pura de epigea. ¡Epigea, señores! No me importa el sabor del ajo silvestre en un guiso de cordero y cebada, pero ¡por el búho de Atenea!, las leyes de la hospitalidad exigen que quede excluido del tarro de miel. Sin embargo, sería ingrato por mi parte criticar a nuestro real anfitrión, y poco prudente hacerlo en presencia de su hijo, su sobrino y su yerno, todos ellos hombres distinguidos. Dejemos que el mayordomo —jefe de Pelias— cargue con mi acusación. Pero lo que quiero decir es esto: si los atractivos de Lemnos son como esta miel, sencilla pero excelente, me alegra de antemano mi estancia aquí.

El consejo de Hipsípila se encontraba ante un conflicto de emociones entre la resolución que habían tomado de no confiar nunca más en los hombres, ni dejarlos desembarcar en la isla, y la oleada de pasión amorosa que la aparición de Equión había desencadenado. Hipsípila se dirigió a las mujeres de este modo:

—Queridas hermanas, tías, sobrinas, primas y tú mi pequeña hija Ifinoe, escuchadme con paciencia, por favor, y luego aconsejadme. Estos minias, si su heraldo no miente (y realmente no creo que se atreviera a hacerlo después de haber mencionado a tantos dioses y diosas, e incluso a la Gran Madre), vienen en son de paz y sin duda quedarían satisfechos con presentes de vino, miel, pan de cebada, queso y nuestro buen cordero de Lemnos. Después de saltar a tierra para estirar las piernas —manteniéndose alejados, a petición nuestra, de las casas de Mirina continuarán su viaje a Imbros, su próxima escala en el viaje a Tracia. He de admitir que la construcción de su nave sugiere más la guerra que el comercio. Es probable que el asunto que les lleva a Tracia tenga un carácter de piratería; pero eso no debe preocuparnos. Los tracios distan mucho de ser nuestros aliados y podemos mantener a los minias a distancia sin problemas, pues somos mucho más numerosas que ellos y podemos hacer buen papel de desencadenarse una batalla.

«Su heraldo pareció creerme cuando le dije que nuestros hombres están retenidos en Tracia; así pues, se cuidarán mucho de atacarnos, si les gustan nuestros obsequios, por temor a una venganza futura. Sin embargo, sería peligroso dejarles vía libre en nuestra ciudad, pues estoy segura de que alguna de nosotras sería indiscreta y contaría toda la verdad sobre lo que ocurrió en aquella noche sangrienta. Entonces, aunque estos minias no nos culpasen, la historia de nuestra horrible hazaña pronto se extendería por toda Grecia. Los tracios se enterarían y vendrían aquí inmediatamente para vengar la muerte de sus hijas».

Después de una pausa, Ifinoe habló:

—Madre, después de entregar el tarro de miel a los hombres del barco y marcharme, volví a bajar a hurtadillas por el barranco y me escondí detrás de una roca para oír lo que decían. La brisa del mar me traía sus palabras con toda claridad.

Oí decir a un hombre a quien los demás llamaban pequeño Anceo: «¿Es cierto eso? ¡Entonces lo que me contó Toante no fue una fábula sino la pura verdad!». Alguien le preguntó: «¿Quién es Toante, y qué fue lo que dijo?». Y Anceo respondió: «Toante era un viejo lemnio que recogí durante mi viaje entre Yolco y Samos; iba a la deriva en un bote sin timón y yo lo desembarqué en el islote de Sicinos, cerca de Naxos. Estaba enloquecido de hambre y sed e insistía en contar que las mujeres de Lemnos habían matado a todos los hombres de Lemnos exceptuándole a él y lo habían abandonado en aquel bote. Este relato estaba tan repleto de otros detalles que sin duda eran mentira, como por ejemplo, que tenía un pequeño campo de cebada y un par de ovejas lecheras en el arcón, debajo del asiento del timonel, que mis compañeros y yo no le creímos ni una palabra». Así pues, madre, no veo razón alguna para mantener alejados a estos apuestos marineros, ahora que ya saben lo peor. Y he de decir que su capitán, que tiene trenzas rubias y lleva una túnica de piel moteada, es el hombre más apuesto que he visto en mi vida.

Reinó el silencio durante un rato. Luego una anciana de aspecto débil, que había sido nodriza de Hipsípila, se levantó y dijo:

—Queridas, yo ya soy una vieja, hace mucho que dejé de poder ser madre, y estoy demasiado arrugada, amarillenta y delgada para darle placer a ningún hombre. Por lo tanto lo que voy a decir es desinteresado. Estoy convencida de que hicimos bien en matar a nuestros hombres y a sus mujeres: estábamos obligadas a vengar el honor de la diosa. Al hacerlo reparábamos un error en el que habíamos caído últimamente: pues cuando mi madre era una niña se corregía la insolencia de los hombres en la pubertad, rompiéndoles la pierna derecha en honor del héroe cojo Hefesto. Esto les impedía competir con nosotras en la batalla y en la caza y los relegaba al arado, al barco y al yunque. Se dejó de practicar esta excelente costumbre, supongo que por equivocada, y depusimos nuestras jabalinas. Pero impedir que ningún hombre, de ninguna clase, entre en la isla, me parece a mí, después de mucho reflexionar, una acción intolerablemente malévola contra nosotras mismas. Considerad esto, queridas: aunque sois capaces de defender Lemnos contra cualquiera que venga aquí, ¿qué clase de vida estáis preparando para vuestra vejez? Cuando nosotras, las ancianas, vayamos muriendo poco a poco, y vosotras, hermosas jóvenes, vayáis ocupando nuestro lugar junto al fuego del hogar, ¿cómo vais a poder vivir? ¿Creéis que los inteligentes bueyes se uncirán y ararán los campos por cuenta propia? ¿Pensáis que los asnos trabajadores tomarán las hoces en la época de la cosecha y segarán para vosotras? ¿Acaso los serviciales peces saltarán del agua a la sartén? Por mi parte me horroriza pensar que pueda morir y ser enterrada antes de que mis oídos se recreen una vez más con los gritos y bramidos de chiquillos robustos que juegan a piratas en el patio; ahora solamente escucho los tediosos quejidos de las niñas que se pellizcan y se arañan con malicia y que cuchichean secretitos en los

rincones.

«Volved a ser mujeres, bellezas de Lemnos, buscad vuestros amantes entre estos apuestos extranjeros, poned vuestras personas confiadamente bajo la protección de su fama —pues parece que entre ellos hay importantes príncipes y engendrad una raza de lemnios más noble de la que antes existía».

Un suspiro de alivio y un estallido de aplausos marcaron el final del discurso de la anciana. Ifinoe, que bailaba de impaciencia, exclamó:

—Madre, madre, ¿puedo ir en seguida a buscar a todos esos apuestos marineros?

Hipsípila sometió la pregunta al consejo, el cual mostró su aprobación sin una sola discrepancia; y aunque algunas de las mujeres sospechaban que Hipsípila había sido quien había sacado a Toante de la isla, en aquel momento estaban demasiado contentas y emocionadas para acusarla del crimen. Así pues, Ifinoe salió en busca de los marineros. Se fue corriendo a la playa y gritó:

—Queridos marineros, os damos a todos la bienvenida. Podéis saltar a tierra y estirar las piernas. Mi madre, la reina Hipsípila, os promete que aquí seréis tan felices como lo fuisteis en vuestros hogares con vuestras esposas, a quienes debéis echar mucho de menos.

Los argonautas vitorearon y le tiraron besos, mientras que Idas reía roncamente y le clavaba el codo en las costillas a su vecino, Argo, diciéndole:

—¡Eh, Argo! ¿Cómo va tu pierna? ¿No vas a bajar a tierra esta vez a estirarla?

En medio del regocijo que produjo esta salida, Jasón dio órdenes de impulsar la nave hasta que quedara varada. Todos se inclinaron sobre sus remos y pronto se escuchó el silbido de la quilla al clavarse en la arena. Invirtieron los remos, teniendo cuidado de no golpearse las cabezas en su impaciencia; luego salieron trepando por los costados y jalando arrastraron el Argo hasta dejar la mitad de la nave fuera del agua. Hércules echó al mar las piedras de anclaje.

Los perspicaces ojos de Ifinoe buscaron entre los tripulantes un muchacho apuesto que pudiera ser su compañero (pues era ya núbil) y se fijó en Hilas. Le sonrió significativamente; Hilas se sonrojó y le devolvió la sonrisa con timidez.

—Guíanos, querida niña —exclamó Jasón, dirigiéndose a Ifinoe—. Estamos todos contigo.

Destrenzó su larga cabellera y cogió la jabalina que Atalanta le había dado en Metone como prueba de confianza en su jefatura; tenía la punta de hierro y el mango estaba adornado con tres tiras estrechas de oro. Después se puso su mejor manto, teñido con púrpura marina; estaba bordado con emblemas que relataban la historia del vellocino perdido, aunque nadie que no fuera conocedor de los preceptos del arte hubiera podido comprender su significado. Pues en el primer panel se veía a Hele y a Frixo volando por los aires montados sobre un carnero de oro, con Hele a punto de tambalearse y caer en brazos de los tritones y de las Nereidas, mientras que su madre

Néfele, en forma de nube, les impelía hacia delante con el soplo de aire producido por el aleteo de su manto, y la Triple Diosa, representada por tres hermosas mujeres cogidas del brazo, pisoteaba al postrado Atamante, su padre. El carnero parecía estar hablándole a Frixo por encima del hombro. Un buitre desgarraba el hígado de un hombre que cualquiera podría suponer que era Prometeo, por la rueda de fuego que llevaba en la mano y por la montaña nevada; pero se trataba de Frixo, mucho después de su llegada a Cólquide. La rueda de fuego representaba la consagración del vellocino al santuario de Prometeo, y el buitre significaba que Frixo no había sido enterrado adecuadamente. El dibujo que representaba al propio Jasón blandiendo una espada en la cueva de Quirón, que aparecía como mitad hombre, mitad caballo y tocando la flauta, era igualmente misterioso; Jasón parecía un pigmeo atacado por un monstruo con una cerbatana.

Los demás argonautas también se atildaron y emperifollaron, y desde luego ofrecían un aspecto magnífico cuando estuvieron listos. Jasón preguntó:

—¿Quién se queda a guardar la nave por si se produjera alguna traición? ¿Tú, Melampo? ¿Tú, pequeño Anceo?

Los dos estaban dispuestos a quedarse, aunque desilusionados por no poder seguir a los demás, pero Hércules sorprendió a todos diciendo:

—¡Id vosotros dos! Yo me quedo aquí con Hilas. Aun no tiene edad para la clase de excursión que esto promete ser. Si le dejo en compañía de aquella ardiente mozuela lo seducirá tan de prisa como el sol cuando funde la mantequilla.

Los ojos de Hilas se nublaron de descontento. Suplicó:

Oh, Hércules, ¡déjame ir! No me ocurrirá nada malo. Soy casi un hombre ya, ¿sabes?

Atalanta, que tenía buen corazón dijo:

—Sí, Hércules, déjalo ir y ve tú también. Yo me encargaré de la guardia. He de admitir que me apetecía poder charlar con estas hermosas jóvenes lemnias y tomar por fin una comida bien guisada. Pero lo mismo me da quedarme que salir: no puedo tomar parte en los amores que se desencadenarán sin duda después del banquete y sólo serviría de estorbo. Así que ve tú, Hércules: la mejor forma de evitar que le suceda algo malo a Hilas es dándole ejemplo de castidad.

Jasón interrumpió:

—Una mujer sola no es guardia suficiente para el Argo.

Atalanta dominó su cólera:

—Meleagro puede quedarse conmigo, si quiere —dijo. Hércules se rió en su cara:

—Tú estás enamorada de Meleagro —dijo y tienes celos de que pueda disfrutar de la compañía de algunas mujeres de Lemnos. Quieres guardarlo para ti. Pero yo no te dejaré sola con él. Eso equivaldría a provocar a la mala suerte. Si tú no confías en Meleagro cuando está lejos de ti, yo no confío en él cuando está a tu lado, no sea que

ofendas a Artemisa cediendo a sus deseos. ¡No, no! Hilas y yo nos quedamos aquí, ¿verdad, hijito querido?

Levantó a Hilas y lo estrechó contra sí con su abrazo de oso hasta que el niño chilló:

—¡Sí, si, Hércules! ¡Déjame en el suelo! Haré lo que tú quieras, ¡pero déjame en el suelo!

—Muy bien —dijo Atalanta—. Será como tú digas.

Meleagro se quedó rezagado y le murmuró al oído:

—Amada mía, hablemos otra vez con Hércules. Ofrezcámosle cuidar de Hilas mientras él se une a los otros en una fiesta que lamentaría perderse. Nada le gustaría más a Hilas que verse libre de su padre adoptivo durante unas horas. Con Hilas como testigo de la castidad de nuestra conducta, Hércules no podrá objetar a que nos quedemos aquí juntos.

Atalanta asintió y Meleagro regresó para proponerle su nueva oferta. Pero Hércules se negó.

—¡No, no! —exclamó—. Ya veo tu engaño. Tienes intención de hacerle el amor a Atalanta con el pretexto de guardar este barco y de hacerme un favor; pero en cuanto vuelva la espalda arrojarás a Hilas en los brazos de Ifinoe y después dirás que estuvo contigo todo el rato. No, no, yo me quedo aquí, ¿comprendes? No tengo ningún deseo especial por ir a Mirina. No aprecio tanto el acto del amor como podrías suponer juzgando por la gran cantidad de mujeres con quienes lo he realizado… ¿Qué le vamos a hacer? Una y otra vez, siempre he tenido la misma mala suerte. Ella siempre quiere tener un hijo mío, tan alto y tan fuerte como yo, y yo siempre quiero tener una hija, tan esbelta y bonita como ella. Cada vez gana ella y pierdo yo. Sin duda se debe al despecho de Hera. Imagínate, ¡dos o trescientos hijos y ni una sola hija! ¡Por las Serpientes Sagradas! ¿Has oído cosa igual? Estoy casi decidido a abandonar la contienda… Pero ¿qué es lo que discutíamos hace un momento?

Atalanta respondió secamente:

—Meleagro y yo nos ofrecimos a guardar el Argo y cuidar de Hilas mientras tú ibas a Mirina. Tú rechazaste la oferta. ¡Vamos, Meleagro!

Mientras se marchaban juntos, Hércules le dijo a Hilas:

—¡Qué mal genio tiene esa muchacha Atalanta! Pero supongo que no es peor que el de las demás mujeres. Bueno, ahora, hijito, ya estás otra vez a salvo de esa ávida muchachuela lemnia, a salvo con tu querido y afectuoso Hércules. Pero tengo un poco de hambre. ¿Qué te parece si comemos algo bueno?

Hilas le gritó a Atalanta:

—Dile a Ifinoe que si trae algo bueno de comer para mi padre adoptivo nos hará un favor a los dos. Dile que necesita al menos un cordero asado entero y un tonel de vino de tres galones.

Ifinoe condujo a Jasón y al resto de los argonautas, de dos, en dos, por las puertas de la ciudad. Las mujeres lanzaban gritos de admiración y bienvenida. Pero el gran Anceo hizo correr este mensaje por la columna:

—¡Mirada al frente, manos a las armas!

Llegaron a la sala del consejo, donde unas jóvenes armadas abrieron las puertas plegadizas, tachonadas con clavos de bronce que representaban cabezas de leones, y los invitaron a sentarse en los bancos; o, si querían hacer sus necesidades, había un hermoso retrete bajando el pasillo, con asientos al estilo cretense, que se limpiaba con agua de una cisterna colocada en el tejado, y tenía una bolsa llena de plumas de ganso, colgada en la pared, junto a cada asiento.

Al poco rato Jasón fue llevado a presencia de Hipsípila. Estaba sentada en una habitación bien amueblada del piso superior, con una ventana que miraba al sur. Éste había sido el departamento particular del gobernador cretense antes de que Teseo saquease Cnosos, hecho al que siguió la revuelta de todas las colonias cretenses, incluida Lemnos. Las paredes estaban decoradas con dibujos del león de Rea que despedazaba a sus enemigos desnudos, y de niños que cabalgaban sobre delfines, y de dos damas que intercambiaban regalos de flores en la plaza del mercado de Cnosos.

Jasón saludó a Hipsípila con grave respeto:

—Hermosa reina —le dijo—, ya he tenido noticias de vuestros infortunios por boca del viejo Toante, un nativo de Lemnos a quien uno de mis camaradas salvó de un bote sin timón cerca de Naxos. Él informó que durante mucho tiempo habíais sufrido por la mala conducta de vuestros hombres y que os habíais visto en la amarga necesidad de matar a la mayoría de ellos.

Hipsípila respondió con cautela:

—Me alegra mucho saber que el noble Toante, hermano de mi madre, se encuentra aun con vida, aunque no logro comprender qué es lo que hacía en un bote a la deriva, en el mar de Naxos. La última vez que nos vimos no estaba del todo en sus cabales y no comprendía muy bien lo que ocurría a su alrededor. Lo cierto es que hace un año, cuando llegó la temporada de navegación, en lugar de ponerse a pescar pacíficamente como de costumbre, nuestros hombres empezaron a hacer incursiones en la costa de Tracia y a traernos regalos de terneras y ovejas. Nosotras, las mujeres, no queríamos vernos envueltas en una guerra contra los tracios y en consecuencia, mi madre, la gran sacerdotisa, les pidió que desistieran. Ellos adujeron que el pescado escaseaba y que, cuando lo había, no era tan apetitoso como la carne vacuna o la de cordero. Mi madre replicó que estas incursiones debían cesar, a no ser que ellos quisieran que les negase nuestro acostumbrado amor en los festivales en honor de la diosa. Pues la diosa le había aconsejado que les diese exactamente esta respuesta. Ellos le contestaron con insolencia que adonde iban ellos no era asunto suyo, y volvieron a navegar hacia Tracia con la siguiente brisa del sur. Allí encontraron un

grupo de muchachas tracias que celebraban el festival de la luna nueva separadas de los hombres. Las raptaron y las convirtieron en sus esposas, en contra de la costumbre de esta isla, donde hasta entonces no se conocía el matrimonio y a nosotras, las ninfas, nos dijeron que «nos fuéramos a los cuervos».

«Mi madre les suplicó que volvieran a su sano juicio y devolvieran aquellas muchachas a sus pobres madres, ¡pero no!, respondieron que nosotras las ninfas apestábamos y que ya no nos necesitaban. Y lo que fue peor, quitaron por la fuerza la antigua imagen negra de la diosa de su templo al aire libre situado cerca de aquí, y la remplazaron por la de un dios Forjador que habían hecho ellos mismos. No tenemos nada en contra del dios Forjador, aunque preferimos considerarlo como un héroe más que un dios, pero ¿por qué tuvieron que desahuciar la imagen antigua por él? Pues bien, una noche estaban todos tumbados por las calles, vergonzosamente borrachos y la diosa nos inspiró, infundiendo en nosotras un valor desesperado: debíamos asaltar la ciudad de noche y desarmarlos, amenazándolos con la muerte a no ser que abandonaran la isla para siempre. Luchamos y salimos victoriosas. Viéndose a merced nuestra, consintieron en marcharse con sus esposas, pero sólo con la condición de que les entregáramos todos nuestros hijos varones, aunque podíamos quedarnos con las niñas. Nosotras aceptamos la condición pero les hicimos embarcar sin armas ni armadura, ya que no nos fiábamos de que no regresaran de noche a atacarnos. Esto ocurrió hace casi un año, y desde entonces no hemos sabido ni una palabra de ellos. Toante salió una noche en bote a buscarlos: echaba de menos la compañía masculina y no pudimos persuadirle de quedarse. Hace poco mi hija Ifinoe tuvo un vívido sueño en el cual vio cómo nuestros hombres tocaban tierra en la desembocadura de un río de Tracia; pero los tracios encolerizados se echaron en seguida sobre ellos y los hicieron pedazos con sus hachas. Así pues, quizá seamos en cierto modo responsables por su muerte, como sugiere Toante. ¿Quién sabe?»

Hipsípila suspiró y empezó a llorar. Jasón le besó la mano para consolarla y ella lo atrajo hacia si. Él le besó el cuello en lugar de la mano, murmurando que sentía lástima por ella.

Ella lo apartó suavemente, sollozando.

—¡No me beses por lástima, mi señor! Preferiría mil veces que me besaras por amor que por piedad. Y, oh, Jasón, déjame que te lo confiese: estoy terriblemente preocupada por la cosecha de la cebada. Se sembró la simiente sin los acostumbrados ritos de fertilidad, y aunque la cebada y el mijo crecen espesos y verdes, pues hicimos lo que pudimos —sacrificando cabritos y corderitos a la Madre y haciendo las acostumbradas plegarias ¿qué ocurrirá si luego todo resulta ser paja? Moriríamos de hambre.

Jasón preguntó:

—¿Es demasiado tarde para salvar vuestra cebada y vuestro mijo con un rito

amatorio de los que supongo que practicáis aquí?

—¡Qué hombre tan generoso y devoto! —exclamó Hipsípila ven, atrévete a besarme en la boca. ¿Sabes? Cuando miraba por la ventana y te vi marchando calle abajo a la cabeza de tus magníficos hombres, y me pregunté: ‹¿A qué se parece más? …

—¿Y a qué me parecía más, querida? —preguntó Jasón apretando su suave brazo.

Hipsípila respondió:

—A una brillante estrella que una niña observa desde una ventana alta, viendo cómo sale del mar a medianoche; una niña que al día siguiente ha de ser iniciada en los secretos de la femenidad y que casi no puede dormir de ansias que siente.

—¿Es esto lo que te parezco a ti? —dijo Jasón—. Deja que te diga a mi vez que tus claros ojos negros son como charcos a medianoche en la orilla del mar en los que esa misma estrella centellea.

—¿Y no apesto? —preguntó Hipsípila, con el labio tembloroso—. Dijeron que nuestros cuerpos apestaban.

—Eres toda tú violeta y rosas, y tu aliento es tan dulce como el de la vaca sagrada de Hera —exclamó Jasón con galantería—. Desde el momento en que te vi, mi corazón inició una danza de oro. ¿Has visto alguna vez cómo tiembla un rayo de sol sobre el techo blanqueado de una habitación elevada —como podría ser ésta proyectado allí por una gran caldera de agua lustral en el patio, cuya superficie agita el viento? Así es exactamente cómo bailaba mi corazón y cómo sigue bailando.

Una alcoba inmediata al lugar donde se hallaban formaba una pequeña capilla de Nuestra Señora de Mirina, como se llamaba allí a la Diosa Madre. La tranquila imagen de la diosa, de loza vidriada, con su manto azul, sonreía benignamente al pequeño Zagreo que se hallaba a sus pies —el mismo que estaba condenado a morir miserablemente por el bien del pueblo— y a su lado se elevaba una sencilla y achatada cruz, tallada en mármol blanco, con dos huecos en su base para recibir pequeñas ofrendas de frutas y nueces. Hipsípila había esparcido arena de mar y conchas de coquina sobre la mesa en la que estaba la imagen, y, en los ricos jarrones de plata que había a cada lado de la cruz, brillaban los perfumados lirios que tanto amaba la diosa. Únicamente la pequeña serpiente moteada que sujetaba en su mano izquierda y la luna plateada que pendía sobre su pecho, recordaban a sus visitantes sus aspectos más sombríos. Llevaba una corona de estrellas.

Hipsípila le preguntó a Jasón:

—¿Verdad que es un santuario precioso? ¿Crees posible que algún día Nuestra Señora sea expulsada de Lemnos? Los hombres malos pueden ignorarla o desdeñarla, pero ¿no permanecerá para siempre entre nosotros?

Jasón negó con la cabeza.

—El Padre se ha vuelto muy poderoso —le dijo—, y ¿quién puede decir cuáles

son sus intenciones secretas hacia la que una vez fue su madre y que ahora es su esposa? Pero no dejemos que ninguna cuestión de teología perturbe nuestros corazones, que bastante heridos están ya por las flechas del genio del Amor. ¡Vuelve conmigo, reina radiante, a la sala del consejo!

Sin embargo, antes de salir, buscó prudentemente en su zurrón y encontró tres avellanas y un pedacito de queso duro de cabra; con ellos propició a la diosa del manto azul, colocándolos en los huecos, al pie de la cruz.

15. ADIÓS A LEMNOS

Cuando Jasón e Hipsípila volvieron a la sala del consejo, él rodeándole los hombros con su brazo derecho, ella rodeándole la cintura con su brazo izquierdo, estallaron en aplausos. Hipsípila era tan alta, morena y hermosa, y Jasón tan alto, rubio y apuesto. Los dos se sonrojaron.

Al poco rato cada argonauta ya estaba sentado a la mesa con una mujer a cada lado. La de la izquierda se encargaba de ir llenando su tajador de madera de haya con abundante comida: pescado, cordero asado con alcaparras envinagradas, buey asado con salsa de asafétida, caza, pasteles de miel, estofado de lirón (aunque los adoradores de Apolo se excusaron de probarlo), espárragos, higos blancos secos, pan de cebada empapado en aceite de oliva, un exquisito queso de oveja, hinojo marino en salmuera y huevos de aves acuáticas cocidos. La mujer a su derecha iba llenando su copa de agua y vino (y la mezcla contenía casi tanto vino como agua), o leche, o cerveza, según lo que pidiera; a veces lo mezclaba todo junto y añadía miel.

Meleagro estaba en un dilema. Aunque era el más joven de los argonautas, era también el más alto y el más fuerte de todos, con el cabello negro y rizado y las facciones regulares, y aquel aire melancólico que le hacía especialmente atractivo a las mujeres. Varias de ellas se precipitaron sobre él, estrechándole las manos y las rodillas. Él las apartó con un movimiento cortés pero decidido.

—Marchad a otro lado, preciosas abejas —les dijo—. En esta flor no queda miel.

Ellas sonrieron, le besaron y se marcharon, creyendo que era menos viril de lo que parecía. Atalanta fomentó esta suposición:

—Meleagro de Calidón es hijo de rey —les dijo—, pero aun no ha podido contentar a una mujer como es debido. Su padre, el rey Eneo, provocó la ira de una celosa diosa. Si necesitáis un amante digno de vosotras, hermosas muchachas ¡id a la playa porque allí encontraréis la felicidad!

Meleagro y ella se sentaron juntos, apartados de los demás, y eligieron su comida entre todos los guisos que hallaron hirviendo en cazos ennegrecidos por el humo en aquel largo hogar, o asándose en la gran cantidad de espetones de hierro. Los tripulantes les hacían poco caso, y cuando hubieron saciado su sed y su hambre pidieron permiso cortésmente a la reina Hipsípila para retirarse. Hipsípila inclinó la cabeza con aire ausente, pues estaba extasiada escuchando a Jasón que le relataba su viaje a Dodona, y les aseguró que podían disponer de toda la isla. En algunos rincones de la sala ya se había empezado a hacer el amor seriamente y a Atalanta le pareció poco digno quedarse allí por más tiempo.

Ifinoe, que había estado mezclando agua y vino para las jarras que le traían las mujeres, se escabulló y corrió tras Meleagro y Atalanta.

—Oh, príncipe Meleagro —exclamó—, ¿a dónde vas?

Él contestó:

—Atalanta y yo vamos a salir a cazar.

—Buenas gentes —les dijo—, si vuestra caza os lleva hasta la playa, os suplico que le deis un mensaje a aquel muchacho de ojos negros. Decidle que lo esperaré a medianoche en la cueva que hay encima de la playa, cerca del macizo de zarzas y arbustos de alcaparras.

—Lo haré con mucho gusto —dijo Meleagro—. ¿Has enviado ya a Hércules la comida y la bebida?

—Sí —respondió ella—. Aquellas amorosas mujeres que tú rechazaste se encargan de hacerlo. Le están llevando un cordero asado entero, una pierna de vaca, un ganso estofado con cebada —no, dos gansos y seis galones de vino. El vino lo he aromatizado yo con semillas de amapola machacadas. Si con todo esto no se queda dormido, entonces será que es aun más asombroso de lo que indica su aterradora presencia.

Atalanta y Meleagro salieron por las puertas de la ciudad confiando en que el oscuro bosque que se extendía sobre los montes allá detrás, albergaría mucha caza. Pero antes bajaron al Argo para comunicar el mensaje de Ifinoe, si les era posible. Desde lejos vieron a una multitud de mujeres que zumbaban alrededor de Hércules como avispas alrededor de un pedazo de panal caído al suelo no sólo las que Meleagro había rechazado, sino todas aquellas que no habían tenido la suerte de conseguir un amante, o de repartirse un amante con otras, en la sala.

¡Pobre Hércules! —dijo Atalanta sonriendo—. Le va a resultar muy difícil complacer a una o dos sin disgustar a cincuenta.

—Hércules ha realizado con éxito trabajos aun más difíciles que éste —respondió Meleagro con una sonrisa amarga—. Pero ¿dónde puede estar Hilas? ¿Lo ves tú?

Atalanta dio un amplio rodeo para no ser vista por Hércules, y se acercó, nadando y vadeando, hasta el Argo, donde suponía que Hilas se hallaría preso. Asomó la cabeza por encima de la regala, y vio allí a Hilas, llorando en silencio y sin poderse mover: Hércules, para ponerlo a salvo de los planes de Ifinoe, lo había sentado dentro de la gran caldera de cobre de la nave y luego había doblado los lados sobre su cuerpo, como quien envuelve un pescadito en una hoja de higuera. Nadie podría sacarlo de allí, excepto Hércules con sus manos, o un herrero con los pesados y ruidosos golpes de un enorme martillo. No obstante, Atalanta le dio en voz baja el mensaje, y regresó por donde había venido. Aun estaba en el agua, aunque ya a mucha distancia de la nave, cuando algo golpeó su casco de cuero, con un ruido sordo y resonante y se lo arrancó de la cabeza. Entonces oyó el tremendo rugir de Hércules:

—¡Siempre acierto! ¡jo, jo!

Le había arrojado un jarrete de oveja para divertirse.

Dos días más tarde, Hércules se despertó con un terrible dolor de cabeza y agarró su maza que encontró por allí cerca. Miró con furia a su alrededor y vio solamente los restos de una fiesta. Algunos peines rotos, algunos vestidos de mujer desgarrados y un tosco altar sobre el cual se habían amontonado fruta y grano chamuscados. ¿Dónde estaba su querido Hilas? Empezó a desvariar y a bramar, pues la semilla de amapola en el vino le había nublado la memoria y las voces infantiles en su cabeza sonaban más chillonas y desagradables que nunca. Estaba a punto de salir corriendo en busca de Ifinoe y sacarle los sesos, cuando oyó la voz de Hilas que le llamaba lastimosamente desde el Argo:

—¡Hércules, Hércules, déjame salir, déjame salir!

Hércules se puso a reír de alegría, subió al Argo de un salto retumbante, corrió al lugar donde se encontraba Hilas y tirando violentamente del caldero, le devolvió su forma original. Entonces lo abrazó y cubriéndole la cara de besos babosos, igual que un enorme mastín cuando lame la cara al niño de su amo hasta que éste se pone a chillar de miedo. Se paró un momento para preguntar:

—Mi querido Hilas, ¿cuánto tiempo he dormido?

—Dos noches enteras y un día entero —respondió Hilas débilmente y durante este tiempo yo he estado aquí dentro apretujado y dolorido, sin poderte despertar. Unas mujeres compasivas me trajeron comida y bebida y me cubrieron los hombros con esta manta; pero era poco consuelo. ¿Por qué, si de verdad me quieres, eres tan cruel conmigo? ¿Por qué encarcelas y torturas a tu pobre Hilas? Todos los demás argonautas, incluyéndote a ti, han gozado de la hospitalidad más espléndida que jamás se ofreció a una tripulación desde que se inventaron los barcos.

—¡Dos noches y un día! ¿Y nadie vino a liberarte? —exclamó Hércules indignado—. ¡Ah, desgraciados! ¿Por qué ninguno de ellos ha regresado para relevarnos de la guardia? ¿Acaso esas malditas mujeres les han hecho la misma faena que les hicieron a sus parientes? ¿Nos habrán perdonado la vida sólo a ti y a mí?

Pero pronto vio a Idas y a Linceo que paseaban tranquilamente por la playa, cada uno con dos mujeres a cada lado, una guirnalda en la cabeza y las mejillas enrojecidas por el vino.

—¿Cuándo vais a venir, perezosos, a relevarme de la guardia? —gritó—. Hace dos noches y un día que estoy aquí haciendo de vigía.

—No tenemos ninguna orden —respondió Idas—. Además, tú rechazaste la oferta de Atalanta de quedarse con Meleagro para montar guardia. ¿Por qué te quejas ahora? Nosotros estamos ocupados, como puedes ver. Tenemos a unas damas a quien hemos de amar y servir.

—Si no venís aquí inmediatamente —gruñó Hércules para relevarnos a Hilas y a mí, os moleré a palos hasta que quedéis planos como una era.

Pensaron que lo más prudente era obedecer, pero se trajeron a las mujeres con

ellos. Entonces Hércules, asiendo a Hilas por el hombro con la mano izquierda y su maza forrada de latón con la derecha, se dirigió enfurecido hacia Mirina. Al llegar a cada una de las casas golpeaba con su maza gritando: «¡Argonautas, salid!». Ninguna puerta era lo suficientemente fuerte como para resistir aquel imperioso mandato. Los paneles o los montantes salían rodando por la sala o la puerta entera se salía de sus goznes y se venía a bajo con un enorme estrépito. Las mujeres de la casa chillaban alarmadas y furiosas y los argonautas, instalados cómodamente en el interior, hacían coléricas observaciones. Hércules seguía adelante, bajando por las calles principales y yendo de un lado a otro, golpeando metódicamente a cada puerta con un derechazo o un revés y gritando: «¡Argonautas, salid!». Por fin llegó a la mansión de Hipsípila en lo alto del peñasco y rugió:

—¡Eh, tú, Jasón! ¿No crees que ya va siendo hora de hacernos otra vez a la mar en busca de ese vellocino tuyo? ¿Por qué tardas tanto?

La cabeza despeinada de Jasón se asomó por una de las ventanas de arriba y la de Hipsípila también.

—Ah, ya entiendo —dijo Hércules—. Estás ocupado en fundar una casa real en Lemnos. Buena suerte con tus esfuerzos, pero ¿No estás ya terminando?

Hipsípila exclamó:

—¡Oh, Hércules, cuánto me alegro de verte! Mis mujeres me cuentan unas cosas formidables sobre tu fuerza y tu afecto. Pero fue poco amable por tu parte quedarte en la playa como si el Argo estuviera en peligro para mantener a ese apuesto hijo adoptivo tuyo alejado de mi Ifinoe. La pobre niña ha estado llorando a lágrima viva porque sentía lástima de sí misma y lástima de Hilas. Por favor, te lo ruego, déjalo que suba corriendo ahora y que juegue con ella durante el resto de la tarde.

Hércules estaba tan enfadado que no se le ocurría ninguna respuesta adecuada.

Hipsípila continuó:

—Casi he convencido a Jasón para que se quede con nosotras para siempre y se convierta en el rey de Lemnos. Da lo mismo que afrontemos la realidad ahora o más adelante: la fatigada vieja Diosa Madre no puede ya competir de igual a igual con esos nuevos y robustos olímpicos. Los reyes están de moda en todas partes y Jasón es el hombre con aspecto más real que he visto en mi vida. Además, Lemnos es una isla maravillosa, como bien puedes ver, con las tierras más profundas y más húmedas de todas la que hay en el Egeo. Nuestra cebada es excelente, nuestro vino sólo lo supera el de Lesbos, y nuestros pastos no son de despreciar. Y además, nuestros bosques rebosan de caza. Jasón me ha prometido quedarse al menos un mes y después pensar si…

—Yo no he hecho tal promesa, preciosa Hipsípila —exclamó Jasón, enrojeciendo —. Lo único que dije fue que me quedaría uno o dos días más y entonces decidiría si quedarme tal vez otro mes.

—Es que está enamorado de mí, ¿comprendes? —rió Hipsípila—. Y creo, Hércules, que te costaría tanto como uno de tus trabajos reunir una tripulación antes de uno o dos meses por lo menos. Los hombres no tendrán ganas de marchar y las mujeres se opondrán a ti resueltamente: con las armas en la mano, si fuera preciso. Después de un período de abstinencia tan largo, se están revolcando en los placeres del amor como los cocodrilos de Egipto se revuelcan en el cieno fértil del Nilo.

A un lado de la calle había un montón de barro. Hércules se agachó, recogió un puñado y, después de amasarlo y darle forma de pastelito de barro, lo arrojó bruscamente en la cara de Hipsípila.

—¡Revuélcate en esto, mujer! —gruñó y en cuanto a ti, mi señor Jasón, tienes que bajar enseguida si no quieres que con mi maza abra unas brechas tan grandes en esta casa que por ellas podrían pasar cuatro bueyes de frente.

Jasón bajó, refunfuñando.

—Ahora, señor mío —dijo Hércules con severidad—, te aconsejo que reúnas a tu tripulación y que los hagas dirigirse en fila hasta el navío. No podernos permitirnos perder las ventajas que ofrecen esta brisa del oeste y este mar en calma.

—Concédenos una hora, más o menos, para hacer nuestras despedidas —rogó Jasón.

—¡Cuánto tardas para todo! Cuando yo era un hombre joven, tendría tu edad entonces, me invitaron a disfrutar de la compañía de las ninfas tespiadas en premio por mi matanza de la bestia de Citerón, yo me acosté con las cincuenta en el curso de una sola noche y las preñé a todas ellas. ¡Pero tú! ¡Tú pareces haber pasado dos días y dos noches retozando sin resultado con la misma mujer. A este paso, ¿cómo esperas poder ganar algún día el vellocino de oro? Puedes estar seguro que no lo ganarás jugueteando por los campos de cebada de Lemnos? ¡Por el latón de mi maza! ¡Ningún hombre se ha burlado hasta ahora de mí, y tú no vas a ser el primero!

Con insultos acres y obscenos hizo salir a Jasón de la casa de Hipsípila. Ésta, que se había limpiado la cara con una esponja, salió corriendo medio desnuda a la calle y empezó a gritarle a Jasón:

—¡Qué la bendita Madre te devuelva a mí, mi amor, ileso, victorioso y rodeado de todo sus compañeros! Ya sabes cuál es mi promesa: tu serás el rey, y todos los compañeros tuyos que deseen establecerse en Lemnos tendrán toda la tierra y el ganado que tú juzgues prudente concederles. Recuerda a tu pobre Hipsípila cuando estés lejos. Pero antes de irte, dime, ¿qué debo hacer si me convierto en la madre de tu hijo?

Jasón respondió:

—Hipsípila, hemos pasado juntos dos días y dos noches exquisitos ¡ojalá se hubieran podido convertir en años! Pero Hércules tiene razón en lo que dice. Nos esperan grandes trabajos y no podemos continuar aquí. Tampoco puedo prometer que

regresaré para establecerme definitivamente en tu hermosa Lemnos, porque Ptiótide es mi reino, y es peligroso para el hombre cabalgar sobre dos caballos. La soberanía de Lemnos debe quedar en tus manos; sin embargo, si das a luz un niño, y si llega a la edad adulta, puedes naturalmente convertirlo en rey; pero recuerda que también ocupa el puesto siguiente al mío en la sucesión del trono de Ptiótide y que en el caso de mi muerte deberá elegir, como hago yo ahora, entre los dos tronos. En cuanto hayas tenido la criatura —pues seguro que habrá una criatura hazlo saber a mis ancianos padres, y si algún día te ves forzada a abandonar esta isla ellos, en mi nombre, os proporcionarán un buen hogar para los dos— y se puso a llorar.

Sin embargo, esta triste despedida resultó no ser la última, pues ni con amenazas ni con promesas pudo Jasón persuadir a los otros argonautas de que dejasen sus nuevos hogares. Hércules tampoco estaba en condiciones de ayudarle: después de haber encerrado a Hilas en una habitación sin ventanas junto a la gran cocina de la sala del consejo, y de apoyar la espalda contra la puerta, se bebió contento todo el vino de una enorme jarra de lesbio que había encontrado. Cuando Hipsípila entró en la sala, al anochecer, y se lo encontró allí, parpadeando como un búho, le llevó pan y un ganso asado frío que le hiciera bajar más dulcemente el vino, en prueba de que lo había perdonado. Él la cogió por la túnica, de forma embriagada, y le confesó su más sincero pesar por su unión con Jasón.

—Es un desgraciado que no vale nada, reina Hipsípila —dijo—, y si alguna vez te encuentras en un apuro, no levantará ni un dedo para ayudarte. Pero Hércules de Tirinto es un hombre de una calidad completamente distinta. Si alguna vez te ocurre algún desastre, tanto si es este año, o el que viene, o dentro de doce años, recuerda que Hércules es tu amigo. ¡Envíame a buscar, tanto si es para consolarte como para vengarte!

Ella le dio las gracias atentamente, manteniendo una expresión sería, pero se rió a carcajadas en cuanto estuvo de nuevo con Jasón en su alcoba.

Así pues, pasó otro día de placer para todos, menos para Hilas e Ifinoe. Era el día de las ceremonias en los campos de cebada, que se realizaron alegremente.

Al caer la tarde, Atalanta y Meleagro regresaron a Mirina con Orfeo que, como ellos, no había tomado parte en el jolgorio. Lo habían encontrado en un claro del bosque donde, según dijo, había estado enseñando a unas comadrejas a bailar al son de la Lira. Ni Atalanta ni Meleagro vieron el baile, pues se acercaron justamente cuando la música cesaba, pero vieron cómo muchos animalitos se escabullían corriendo por la maleza. Orfeo tocaba tan maravillosamente que a nadie le hubiera extrañado que bailaran incluso los árboles, las piedras y las rocas.

Fue Orfeo con su lira quien por fin condujo a los argonautas, tan poco dispuestos a marchar, hasta el Argo, en la mañana del cuarto día. Los acompañaba una enorme multitud de mujeres y, una vez que el navío estuvo a flote en unos cuantos pies de

agua, todas intentaron entrar trepando por los costados, con la intención de enfrentarse a los peligros del viaje al lado de sus amantes. Pero Hércules, después de haber levantado las piedras que servían de anda, se encargó de echar al agua a todas las mujeres que habían logrado subir a bordo —unas veinte o treinta—, que peleaban como linces.

No se percató de Ifinoe; estaba escondida bajo la vela doblada —pues sólo se estaban utilizando los remos— hasta que el Argo estaba ya bien lejos y los lamentos de la costa ya no sonaban con tanta fuerza en los oídos de los tripulantes. Entonces estornudó accidentalmente, señal de buen agüero para todos menos para ella. Hércules guardó su remo y en un abrir y cerrar de ojos ya la tenía en sus manos. La lanzó por la borda, como un pez que el pescador lanza fuera de su red por no tener el color o la forma que busca. Cuando se puso a nadar hacia la costa, le gritó a Hilas:

—¡Hilas, cariño, recuérdame!

Hércules cogió una de las piedras del ancla y estaba a punto de tirársela, pero Hilas de pronto dio un alarido en su oído y él dejó la piedra en el suelo. Así pues, Ifinoe escapó a la muerte. Las dulces notas de la lira hacían avanzar el navío con movimiento rítmico, y la blanca estela crecía como la nata detrás de él.

Aquí podemos relatar lo que ocurrió con las mujeres de Lemnos como resultado de la visita del Argo a su hospitalaria isla. Cincuenta mujeres dieron a luz niñas, y nada menos que ciento cincuenta dieron a luz niños. De estos hijos, sesenta y nueve eran de constitución robusta, ojos vivos y temperamento vivo, lo cual los distinguía como hijos de Hércules; quince se parecían al gran Anceo, que también engendró tres niñas; doce niños y cinco niñas se parecían a Idas; y de este modo, en orden descendente hasta llegar al pequeño Anceo que sólo engendró una niña.

Jasón le dio a Hipsípila dos hijos gemelos, llamados Euneo y Nebrófono, de los cuales Euneo, por ser el mayor, llegó a gobernar Lemnos como su rey y se casó con Lálage, la hija del pequeño Anceo, y fue famoso por sus bien plantados viñedos. Sin embargo, el Argo ya no volvió a atracar en Mirina y Jasón se olvidó de Hipsípila, del mismo modo que después se olvidó de otras mujeres; pero Hilas no olvidó a Ifinoe porque era un muchacho muy impresionable.

16. ORFEO CANTA A LA CREACIÓN

Se levantó una brisa del sur. Jasón quería navegar siguiendo la costa de Lemnos y luego tomar rumbo al este en dirección al Helesponto, pero Tifis no quería correr el riesgo de estrellar el Argo contra la falda rocosa del cabo Irene. Pues, aunque un barco de vela puede conducirse en dirección oblicua a la del viento, temía los arrecifes de una costa a sotavento; además, la mayor parte de los tripulantes estaban ebrios y no se encontraban en condiciones de remar. Por consiguiente, propuso que su siguiente etapa del viaje fuera Samotracia.

Jasón había oído hablar de Samotracia, pero no sabía si era una ciudad o una isla. Argo le dijo:

—Es una isla, de un tamaño menor que la mitad de Lemnos, y esta situada a unas cinco horas de navegación rumbo al noreste. Los habitantes, como los de Lemnos, son de origen pelasgo.

—Visitémosla —dijo Jasón.

Esperaban poder llegar a Samotracia al atardecer, pero la brisa amainó mucho antes de haber perdido de vista la isla de Lemnos. Todavía se veía elevarse el monte Escopia en el horizonte, al sudoeste, cuando se vieron obligados a utilizar los remos. El sol brillaba implacable y no conseguían poner fuerza en sus paladas. Al anochecer aun no se divisaba Samotracia, había una calma chicha y estaban cansados de remar. Se formó una bruma marina que ocultó el horizonte, oscureciendo incluso la aguda vista de Linceo.

Los argonautas comieron casi en silencio. La mayoría pensaban en las mujeres que habían dejado atrás y se reprochaban su necedad de no haberse quedado al menos unos días más en aquella isla paradisíaca. Idas, que siempre era el primero en interrumpir sin modales, exclamó de pronto:

—¡A los peces con este miserable almuerzo! Es sólo culpa de Orfeo que estemos acurrucados aquí en estos bancos duros, con la garganta llena de bruina, en lugar de estar reclinándonos cómodamente sobre alfombras de piel de cordero teñida, frente a un fuego crepitante y una hilera de ollas ennegrecidas y burbujeantes. Orfeo nos hizo subir a bordo engañándonos con su música. Todos éramos más felices que reyes en Lemnos. ¿Por qué tuvo que hacernos reemprender esta misión ingrata e imposible?

Cástor reprochó a Idas:

—Considérate con suerte de que así lo hiciera Orfeo, Idas. Jamás has mostrado moderación alguna desde que te conocí, cuando eras un niño agresivo y glotón. Unos cuantos días más en Lemnos y serias un cadáver, vencido por un exceso de vino, comida y mujeres. Por mi parte, no deseo nada mejor que volver a caer en el compulsivo hechizo de aquella maravillosa lira, pues al escucharla siento una

felicidad mucho mayor que la que me pueda producir una copa del perfumado vino de Lemnos, o un espinazo entero de tierna carne de vaca lemnia, o el blanco y rollizo cuerpo de una de esas amorosas muchachas lemnias.

Linceo, el gemelo de Idas, odiaba a Cástor y a Pólux, cuyo abuelo, Ebalo el aqueo, se había casado por la fuerza con Gorgófone, la abuela minia de Idas y de él mismo, privándoles de una gran parte de su herencia mesenia. Gorgófone fue la primera viuda griega que se volvió a casar, y esto constituyó una constante vergüenza para su padre Afareo. Linceo sonrió con sarcasmo.

—Sí, Cástor, eso dices tú. Pero son las palabras de la saciedad. Tu apetito nunca fue ni grande ni sano. Confiésalo, hace uno o dos días hubieras hablado de un modo muy diferente.

Pólux recogió el reto y le dijo a Linceo:

—Mi hermano al menos no se portó como un bruto, como hizo el tuyo.

En todas partes se elevaron voces, unas de protesta contra esta pelea entre los dos pares de hermanos, otras con la intención de recrudecería. Hércules gruñó:

—Si yo hubiera estado al mando de este navío hubiera empezado el viaje de esta mañana dándole a cada individuo un casco lleno de agua de mar para purgarle el estómago. Pero es Jasón el que manda, y no yo.

Entonces Idmón el augur dijo con su voz chillona:

—No sólo se tenía que haber purgado el estómago, sino también el alma. Ojalá que nuestra próxima escala fuera Delos, la isla sagrada de Apolo, en lugar de la Samotracia pelasga; habría mucho trabajo para sus sacerdotes.

—Sí —asintió Ifito, el focense—, estaría más que bien que pudiéramos desembarcar en Delos y allí bailar la danza circular llamada La Grulla. Nos iríamos entrelazando de derecha a izquierda, hora tras hora, hasta que la monótona música llegara a purgar nuestras almas de todo deseo menos el de continuar danzando de derecha a izquierda, de derecha a izquierda hasta caer desmayados.

—¡Pues vaya qué diversión tan alegre! —dijo el gran Anceo con desdén—. Vamos, salta al agua, Ifito, y muéstranos los pasos. Seguro que Apolo te sostiene; Apolo lo puede hacer casi todo.

Esto hizo reír a algunos, pero otros se enfadaron y más aun cuando Idas dijo:

—Idmón, como es una rana argiva, tiene los pies palmeados. Lleva coturnos para ocultarlos, pero cuando se los ha quitado puede bailar mejor en el agua que en tierra firme.

—Tan sagrada es esta isla de Delos —dijo Idmón con su voz penetrante, que se abría camino entre el murmullo general como una hoz que va cortando la alta hierba que nadie puede nacer ni morir allí. Todos los actos inminentes de nacimiento y muerte se realizan en el islote vecino de Ortigia.

—Ahora comprendo —dijo Hilas por qué Hércules nunca me ha llevado a Delos.

Va repartiendo los nacimientos y las muertes tan pródigamente allí donde va, que Delos ya no volvería a ser Delos nunca más.

Con gran alivio de todos, Hércules se tomó bien esta salida y la repitió entre risotadas como si se le hubiese ocurrido a él mismo.

Ascálafo de Orcómeno rara vez hablaba, pero siempre que lo hacía todo el mundo escuchaba, pues su voz salía crujiendo, como de una puerta con los goznes herrumbrosos por falta de uso. En esta ocasión se irguió sobre su banco y levantó la mano diciendo:

—¡Orfeo, Orfeo de Tracia, cántanos un canto a la creación de todas las cosas! Incluso los más sabios de nosotros somos como niños en el saber, comparados contigo. Purga nuestras almas, Orfeo, con el canto a la creación.

Hubo un silencio y luego un lento murmullo de asentimiento. Orfeo afinó su lira, la colocó entre sus rodillas, y se puso a cantar bajito pero con claridad, mientras punteaba las cuerdas.

Cantó de cómo en un tiempo la tierra, el cielo y el mar estaban los tres mezclados en una forma única, hasta que sonó una música fascinante, no se sabe de dónde, y se separaron, aunque siguieron constituyendo un solo universo. Esta misteriosa música anunciaba el nacimiento del alma de Eurínome, pues éste era el nombre original de la Triple Diosa, cuyo símbolo es la luna. Ella era la diosa universal y estaba sola. Como estaba sola, pronto empezó a sentirse triste, entre la desnuda tierra, el mar vacío y los astros que giraban con precisión por el firmamento. Se frotó las frías manos, y al abrirlas de nuevo, salió deslizándose la serpiente Ofión, a quien ella aceptó amar por curiosidad. De las terribles convulsiones de este acto de amor brotaron los ríos, se elevaron las montañas, se hincharon los lagos; causó el nacimiento de toda clase de animalitos y peces y bestias que poblaron la tierra. Avergonzada de inmediato por lo que había hecho, Eurínome mató a la serpiente y envió su espíritu bajo tierra; pero, haciendo un acto de justicia, desterró a su propia sombra, de cara color de mora, para que viviera bajo tierra con el espíritu. A la serpiente le impuso el nuevo nombre «Muerte» y a su sombra llamó Hécate. De los dientes desparramados de la serpiente muerta brotó la raza «sembrada» de hombres, que estaba formada por pastores de ovejas, vacas y caballos, pero ninguno de ellos labró el suelo ni se dedicó a la guerra. Comían sólo leche, miel, nueces y fruta y no conocían la metalurgia. De este modo terminó la primera Edad, que había sido la Edad de Piedra.

Eurínome continuó viviendo en la tierra, el mar y el cielo. Su ser terrestre era Rea, con aliento de flor de aulaga y ojos color ámbar. Un día, bajo su aspecto de Rea, fue a visitar Creta. Del cielo a la tierra hay una gran distancia, la misma, en efecto, que separa la tierra del mundo subterráneo, la distancia que recorrería un yunque si se desplomara por el espacio durante nueve días y nueve noches. En Creta, sintiéndose otra vez sola, Rea formó, con sol y aire, un dios-hombre llamado Cronos para que

fuera su amante. Para satisfacer sus anhelos maternales, dio a luz cada año, a partir de entonces, un hijo del Sol en la cueva de Dicte; pero Cronos sentía celos de los hijos del Sol y los mataba, uno tras otro. Rea ocultaba su disgusto. Un día le dijo a Cronos sonriendo:

—Dame, querido, los cinco dedos de tu mano izquierda. Una mano sola es suficiente para un dios tan perezoso como tú. Con ellos haré cinco pequeños dioses que obedezcan tus instrucciones mientras que tú te reclinas aquí conmigo en la ribera florida. Ellos protegerán tus pies y tus piernas de las fatigas innecesarias.

Así pues, le dio los dedos de su mano izquierda y con ellos ella creó cinco pequeños dioses llamados Dáctilos, o dioses de los Dedos, y los coronó con coronas de mirto. Le divirtieron mucho con sus juegos y sus danzas. Pero Rea les ordenó en secreto a los Dáctilos que ocultaran al próximo hijo del Sol, para que Cronos no lo viera. Ellos la obedecieron y engañaron a Cronos, colocando una piedra de rayo con forma de hacha en un saco y haciendo ver que era el hijo de Rea que, como siempre, tiraban al mar en lugar de él. Esto dio lugar al proverbio de que la mano derecha siempre ha de saber lo que está haciendo la mano izquierda. Rea no podía amamantar al niño, a quien llamó Zagreo, sin despertar las sospechas de Cronos; por lo tanto, los Dáctilos le trajeron una cerda bien gorda que le sirviese de nodriza —circunstancia que más tarde a Zagreo le molestaba que le recordasen—. Después de un tiempo, como les resultaba incómodo tener que ahogar su voz infantil tocando fuertemente el tambor y la flauta cada vez que lloraba, lo destetaron de la cerda y se lo llevaron del monte Dicte. Lo confiaron al cuidado de unos pastores que vivían lejos de allí, hacia el oeste, en el monte Ida, quienes lo alimentaron con queso de oveja y miel. De este modo terminó la segunda Edad, que había sido la Edad de Oro.

Rea apresuró la llegada de la nueva Edad fomentando la agricultura y enseñándole a su servidor, Prometeo el cretense, cómo producir fuego artificialmente con la rueda de la cruz gamada. Se rió largo tiempo para si cuando Zagreo castró y mató a su padre Crono con una hoz de oro que Prometeo había forjado, y aun más cuando intentó disfrazarse de cuco mojado y le suplicó que lo acogiera en su regazo y le devolviera la vida. Ella fingió que lograba engañarle, y cuando volvió a cobrar su verdadera forma le permitió gozar de ella.

—Desde luego que si, mi pequeño dios —le dijo—, puedes ser mí amante y servidor si lo deseas.

Pero Zagreo respondió con insolencia:

—No, Rea, yo seré tu amo y te diré lo que tienes que hacer. Yo soy más astuto que tú, pues te engañé con mi disfraz de cuco. Y también soy más razonable que tú. Con un acto de mi razón acabo de inventar el tiempo. Ahora que el tiempo ha comenzado con mi advenimiento, podremos tener fechas, historia y genealogía en lugar de mitos eternos y vacilantes. Y el tiempo registrado, con su cadena de causas y

consecuencias detalladas, será la base de la lógica.

Rea quedó asombrada y no sabía si pulverizarlo con un golpe de su sandalia o reclinarse estallando en risas. Finalmente no hizo ni una cosa ni la otra. Dijo solamente:

—¡Oh, Zagreo, Zagreo, mi pequeño hijo del Sol, qué extrañas ideas has mamado de las ubres de tu nodriza, la Cerda de Dicte!

Él respondió:

—Mi nombre es Zeus, y no Zagreo; y yo soy el hijo del Trueno y no el hijo del Sol; y me amamantó la cabra Amaltea de Ida y no la Cerda de Dicte.

—Ésa es una triple mentira —dijo Rea sonriendo.

—Eso ya lo sé —respondió él—. Pero ahora soy lo suficientemente grande y fuerte como para poder decir mentiras triples o incluso séptuples, sin temor a que me contradigan. Si tengo un temperamento bilioso es porque los ignorantes pastores de Ida me hicieron comer demasiados panales de miel. Ten cuidado con mis imperiosos mandatos, madre, te lo advierto, pues de aquí en adelante soy yo, y no tú, el Único Soberano de todas las cosas.

Rea suspiró y respondió con placidez:

—Querido Zagreo, o Zeus, o como quieras que te llamen, ¿es que has adivinado lo cansada que estoy del orden natural y metódico de este patente universo y de la ingrata labor de supervisarlo? Gobiérnalo tú, Hijo, ¡gobiérnalo, desde luego! Déjame que me recueste un rato para meditar sin prisas. Si, yo seré tu esposa, tu hija y tu esclava; y cuantas contiendas o perturbaciones traigas a mi hermoso universo por actos de razón, como lo llamas tú, te las perdonaré, porque tú aun eres muy joven y no se puede esperar que comprendas las cosas tan bien como yo. Pero te ruego que tengas cuidado con las Tres Furias, nacidas de las gotas de sangre que cayeron de los genitales cortados de tu padre; trátalas bien, o algún día lo vengarán. Registremos el tiempo, las fechas, la genealogía y la historia, ¿por qué no?, aunque preveo que te van a causar mucha más ansiedad y mucho más placer del que merecen. Y, ¿cómo no?, utiliza la lógica como apoyo para tu inteligencia atrofiada y como justificación de tus absurdos errores. Sin embargo, primero he de imponerte una condición: habrá dos islas, una en el mar del Occidente y otra en el mar de Oriente, que yo conservaré para mi culto antiguo. Allí ni tú, ni ninguna otra deidad en la que puedas dividirte tendrá jurisdicción alguna; solamente yo y mi serpiente Muerte, cuando se me antoje mandarla venir. La del Occidente será la isla de la inocencia, y la de Oriente será la de la iluminación; en ninguna de ellas se llevará cuenta del tiempo sino que cada día será como mil años, y viceversa.

Inmediatamente hizo surgir de las aguas la isla occidental, como un jardín, a un día de navegación de España; y también cubrió con una nube el órgano seccionado de Cronos, que los Dáctilos se llevaron cuidadosamente a la isla oriental, que ya existía,

donde se convirtió en su compañero, el alegre dios de cabeza de pez, Priapo.

Entonces Zeus dijo:

—Esposa, acepto tus condiciones si tú consientes que tu otro yo Anfitrite ceda el dominio de los mares a mi oscuro hermano Poseidón.

Rea contestó:

—Consiento, esposo, pero reservando para mi propio uso las aguas que se extienden a cinco millas alrededor de mis dos islas; también puedes gobernar el cielo en lugar de Eurínome, y poseer todas las estrellas y planetas y el propio sol; pero yo me reservo la luna para mí.

Cerraron el trato con un apretón de manos y Zeus, para demostrarle su poder, le dio un fuerte cachete en el oído, y bailó armado una danza amenazadora, golpeando, con su hacha de piedra de rayo, su escudo de oro y haciendo que el trueno resonara horriblemente por las bóvedas del firmamento. Rea sonreía. No había perdido en el trato su control sobre tres cosas de suma importancia, que Zeus ya nunca logró arrancarle: el viento, la muerte y el destino. Por esto sonreía.

Al poco rato, Zeus frunció el ceño y le dijo que dejara de sonreír y fuera a asarle un buey, pues tenía hambre. Ésta fue la primera orden jamás recibida por Rea, que se quedó allí indecisa, porque la idea de comer carne asada le repugnaba. Zeus volvió a golpearla y le gritó:

—¡Date prisa, mujer, date prisa! ¿Por qué crees que he inventado el fuego si no es para que me ases o me hierbas sabrosas comidas?

Rea se encogió de hombros e hizo lo que le había mandado, pero al principio Zeus no pudo convencerla de que compartiese con él el festín.

Entonces Zeus, para demostrar su poder, hizo desaparecer la mayor parte de la humanidad con un diluvio, y formó con barro un nuevo hombre llamado Deucalión y una nueva mujer llamada Pirra y les infundió vida con su aliento. Con su nacimiento terminó por fin la Segunda Edad, y empezó la Tercera Edad, la de Bronce. En la Edad de Bronce Zeus le dio muchos hijos a Rea, a quien había impuesto el nuevo nombre de Hera, pero no los dejó permanecer mucho tiempo junto a ella. En cuanto tenían edad suficiente para valerse por si solos, enviaba a sus sacerdotes de cara de tiza, los Tutores, a que se los robasen durante la noche; estos Tutores disfrazaban a los niños poniéndoles barbas postizas y ropas masculinas, los iniciaban en las artes y costumbres masculinas y hacían creer que eran hijos de mujeres mortales. En cada ocasión los Tutores simulaban al principio que habían quemado a los niños con un rayo y los habían reducido a cenizas para que Hera no intentara rescatarlos. Hera sonreía al oír los tambores y las bramaderas con que imitaban el trueno, porque el engaño era muy torpe, y además no quería que le devolvieran a sus niños, por el momento. Pronto empezaría la Edad de Hierro, que está empezando ahora…

Los argonautas escuchaban esta historia, y cuando Orfeo hubo terminado todos

suspiraron a la vez: el sonido parecía el susurro de los juncos al moverse. Idas, con una voz tenue, tan distinta a su habitual voz grosera y descortés, preguntó:

—Dinos, Orfeo, ¿dónde se halla esta isla occidental?

Orfeo respondió:

—Los tracios la llaman Isla del Ámbar; los troyanos la llaman Dardania; pero vosotros los griegos la llamáis Samotracia. El santuario de la diosa está situado al pie de una alta montaña en forma de pico, en la costa norte, una costa peligrosa para la navegación excepto en tiempo de calma. Dormid ahora, camaradas, envueltos en vuestras mantas; por la mañana temprano vararemos el Argo a los pies de la diosa.

17. LOS GRANDES MISTERIOS DE SAMOTRACIA

Al amanecer se levantó el viento del oeste, que despejó la bruma; primero Linceo y luego otros, divisaron unas montañas a lo lejos, hacia el este. Argo dijo:

—Aquéllos son los picos de Samotracia; Tifis, nos has desviado del rumbo.

Hicieron dar media vuelta al navío, izaron la vela, y a las dos horas se deslizaban ya por el agua azul, a lo largo de la rocosa costa norte de la isla. El sacerdote de los Dáctilos, llamado Tiotes, fue a recibirlos a la playa vestido con su traje de ceremonias. Les dijo:

—Forasteros, bien venidos seáis a nuestra isla, pero siempre que acatéis las leyes que mantienen su santidad. Quiero que sepáis (si Orfeo el tracio, a quien veo entre vosotros, no os lo ha dicho ya) que en Samotracia no se rinde culto a los dioses olímpicos. Es más, no reconocemos a ninguna otra deidad de ninguna clase, sino únicamente a la gran Triple Diosa, suprema, omnipotente e inmutable, y a los seis pequeños dioses que la sirven y que se formaron con los restos del viejo Cronos, es decir, los cinco dioses de los Dedos, mensajeros y artesanos de la diosa y el dios fálico Priapo, su amante. Estas deidades se conocen colectivamente por Cabiros. Cuando se pone el pie en Samotracia uno vuelve a encontrarse con el mundo tal como era antes de que empezara la Historia. Aquí Zeus es todavía Zagreo, la criatura que nace cada año y que cada año es destruida. Los trajes ceremoniales y las insignias que algunos de vosotros lleváis en honor de Apolo, Ares, Poseidón o Hermes no tienen significado alguno para nosotros. Quitáoslo y dejadlo en el navío; llevad puestos únicamente vuestros calzones. Pronto los Dáctilos Benditos os proveerán de camisas para que las llevéis durante vuestra estancia con nosotros. Mañana seréis iniciados en los grandes misterios de la diosa.

Los argonautas se avinieron a hacer todo cuanto les ordenaba Tiotes. Todos menos Atalanta que dijo:

—Yo soy una mujer, y no un hombre. ¿Cuáles son tus intenciones en lo que a mi respecta, Tiotes?

Tiotes respondió:

—Llevas el traje y las insignias de la doncella Cazadora, pero la doncellez prolongada en una mujer núbil le resulta detestable a la diosa. Mañana por la noche habrá luna llena. Ven entonces y las ninfas de los Búhos te iniciarán en sus sagrados ritos. En Samotracia no existe el matrimonio, sólo existen las costumbres de las ninfas. Atalanta respondió:

—Estoy consagrada a Artemisa la olímpica, y hacer lo que tú sugieres sería arrojar una maldición sobre nuestra nave, pues es una diosa celosa.

Tiotes respondió:

—La Artemisa olímpica aun no ha nacido. Deja tu arco y tus flechas, cazadora; destrénzate el cabello; aprende a ser la mujer que eres.

Meleagro la animó:

—Atalanta, haz lo que te dice Tiotes.

Pero ella le pregunto:

—Meleagro, ¿debo entonces quedarme en esta isla toda mi vida contigo? Pues, aunque lo que pueda hacer aquí quizás no le incumba a Artemisa, ¿qué ocurrirá cuando reanudemos el viaje? Imagínate que mis entrañas se llenen de nueva vida y que a mi regreso a Calidón dé a luz un hijo, ¿qué ocurrirá entonces? ¿No le incumbirá eso a Artemisa? ¿Crees que una doncella cazadora puede amamantar a un niño, alegando que fue engendrado antes de que lo fuera Artemisa?

Meleagro respondió:

—Sin duda Artemisa se enfadaría, como se enfadó con Calixto cuando Zeus la dejó encinta. Pero suponte que por amor a ti consintiera en quedarme aquí en Samotracia. ¿No sería esta tierra lo suficientemente buena para nosotros? ¿No podríamos vivir aquí juntos hasta la vejez, felices en este amor mutuo?

Atalanta respondió:

—Aquí no existe el matrimonio, solamente la práctica de las ninfas, y ninguna mujer se ata a un solo hombre. Tanto tú como yo tendríamos que relacionarnos promiscuamente con otros en honor de la diosa; entonces unos terribles celos te consumirían, y a mí también. No, mí más querido de los hombres, Samotracia no es mejor lugar para nosotros que lo era Lemnos.

Se quedó en el navío, meditando tristemente, y Meleagro se quedó para consolarla. Todos los demás menos Hilas se marcharon en compañía de Tiotes —incluso Hércules—, pues Meleagro juró por su propia cabeza que no dejaría que Hilas hiciera ninguna travesura si Hércules lo dejaba con ellos.

Tiotes y los demás sacerdotes entretuvieron a los argonautas en el pórtico del santuario de los Dáctilos con danzas grotescas y bufonadas, pero no les dieron alimento ni les permitieron hacer sacrificios sangrientos en honor de ninguna deidad. Cuando el gran Anceo preguntó con impaciencia si reinaba el hambre en la isla, Tiotes le respondió que había de todo en abundancia, pero que ésta era una noche de ayuno en preparación para los acontecimientos del día siguiente. Diciendo esto, les entregó a cada uno una bebida fuerte y amarga, que les hizo revolcarse toda la noche apretándose el vientre y vomitando —todos menos Hércules, que apenas sintió una punzada—.

Al amanecer dieron comienzo los grandes Misterios. La primera parte estaba reservada a los adoradores del sexo masculino. No está permitido revelar toda la fórmula del ritual nónuple, que tuvo lugar en un bosque de abetos; pero pueden contarse muchas cosas sin faltar al decoro. No es ningún secreto que apareció la

propia diosa Rea, penetrando en el cuerpo de la sacerdotisa de Rea. Llevaba una falda acampanada, al estilo cretense, de un tejido teñido de púrpura marina, y por arriba, como única prenda, llevaba puesto un chaleco de manga corta sin abrochar delante y que mostraba la esplendidez y la plenitud de sus senos. En la cabeza llevaba una cofia alta coronada con el disco de la luna y con ámbar que centelleaba, y alrededor de su cuello un collar formado por cincuenta falos, tallados en marfil amarillo. Sus ojos eran de mirada salvaje y cuando la descubrieron los argonautas estaba sentada sobre un sitial construido con los cuernos izquierdos de toros cretenses. Sus ministros eran los representantes de los Dáctilos, los cinco dioses de los Dedos, y del dios Priapo, su amante. Una guardia armada impedía que se le acercasen las mujeres, los niños y los forasteros.

Todos los novicios, bajo pena de muerte, guardaban un silencio absoluto y se hallaban completamente desnudos; sin embargo, Orfeo, que ya estaba iniciado, ocupó su puesto entre los músicos de la diosa, ataviado con una vestidura blanca que llevaba bordado un rayo dorado.

Primero tuvo lugar el ritual de la Creación. Sonó una música y la diosa, con sus propias manos, formó un montón circular de tierra, vertió agua en una zanja que había alrededor y se puso a bailar encima; se trataba de un baile lento y rítmico, que imitaba el monótono girar de las constelaciones, y ejecutaba los pasos con una exactitud penosa. Después de una extenuante hora o tal vez más, la diosa dio una palmada para que los músicos cambiaran de melodía, y al poco rato volvió a bailar con una enorme serpiente sagrada enroscada en torno a su cuerpo. Su danza se fue volviendo más y más salvaje hasta que los músicos sudaban y gemían en su intento de seguir el ritmo de sus posturas; y mientras, los ojos de los argonautas se salían de sus órbitas, tal era su terror. Por fin sonaron tres golpes fuertes e imperiosos sobre un gong de cobre, y todos se taparon los ojos mientras la serpiente silbaba y lanzaba alaridos. La diosa profirió una risa aterradora; era como si la fría mano de la Muerte les apretara los corazones, y se les erizó el cabello en la nuca, como el pelo de un lobo enfurecido.

Cuando un suave sonido de flauta les dio permiso para volver a mirar, la serpiente había desaparecido, y pronto empezó el rito de la Dominación con una música triunfal. Los Dáctilos le trajeron a la diosa una paloma viva, como símbolo del cielo; ella se contoneó y bailó y luego le retorció el cuello. Le trajeron un cangrejo vivo como símbolo del mar; ella se contoneó y bailó y luego le arrancó las patas. Le trajeron una liebre viva como símbolo de la tierra; ella se contoneó y bailó y luego la hizo pedazos.

Rea dio sus primeras órdenes; no está permitido repetirlas.

A continuación vino el ritual del Amor. Rea tomó bellotas y aguamiel y le ofreció amorosamente a Priapo, su amante con cara de pez, compartir con ella la comida.

Bailó con él, al principio de modo desdeñoso, pero luego cada vez más amorosa y desvergonzadamente. Entonces, igual que antes, sonaron tres golpes de gong, como advertencia, y todos se taparon los ojos mientras en sus oídos sonaba un grito horrible, como si hienas o águilas copularan entre ellas.

Cuando volvió a sonar la suave flauta, Priapo había desaparecido y los adoradores observaron el ritual del nacimiento. Rea gimió y chilló y de debajo de su falda salió tambaleándose un becerrito negro que miraba a su alrededor con asombro. Rea lo coronó con una guirnalda de flores. Los argonautas lo reconocieron en seguida como el niño Zagreo, y hubieran caído de bruces en adoración si los Dáctilos no les hubiesen indicado que permanecieran firmes.

Después tuvo lugar el ritual del Sacrificio. Los desnudos Dáctilos permanecían en pie detrás de Rea, y cada uno llevaba un trozo de yeso en cada mano. Frotaron los dos trozos y se empolvaron la cara y el cuerpo hasta quedar blancos como la nieve. Entonces se abalanzaron sobre el becerro por detrás. Uno lo cogió por la cabeza, y cada uno de los otros lo cogió por una pierna, y mientras la música sonaba enfurecida a su alrededor, despedazaron al pequeño dios, y salpicaron a los argonautas con su sangre, para hacerles enloquecer. Se precipitaron sobre él y desgarraron el destrozado cuerpo en trizas, comiéndose la carne ávidamente, con pellejo y todo. Así, comiendo del dios, ellos se volvieron como dioses.

Rea dio sus segundas órdenes: no está permitido repetirlas.

Luego tuvo lugar el ritual de la Ablución. Los Dáctilos entregaron a los argonautas unas esponjas y agua lustral en unos cuencos de madera; se lavaron tres veces con cuidado hasta que no podía verse ni una gota de sangre sobre ninguno de ellos.

Siguió el ritual del Renacimiento y del Recuerdo. Esto no puede contarse, pero ¡oh, con qué frenesí rugían las aguas en túnel infinito!

A continuación tuvo lugar el ritual de la Coronación. Los argonautas renacidos fueron coronados con guirnaldas de hiedra, ungidos con aceite y vestidos con camisas de lienzo de color púrpura. Rea les dio a cada uno un beso en la boca y les enseñó la oración con que debían dirigirse a ella cuando estuvieran en peligro de naufragio; pues los vientos de cola de serpiente siguen estando bajo el control de la diosa, y Zeus no tiene poder alguno sobre ellos.

Del último ritual no está permitido mencionar siquiera el nombre.

Rea dio terceras y últimas órdenes y cuando hubo concluido, los argonautas fueron conducidos a una cueva detrás de su trono y allí se quedaron dormidos todos juntos.

Durmieron hasta la medianoche, hora en que la segunda parte de los grandes misterios reservados para las adoradoras del sexo femenino casi había concluido. Un mensajero del dios Priapo les despertó para que ayudaran a la consumación de éstos;

les ordenó que se desnudasen y les condujo a la arboleda de su iniciación. La luna ancha y llena brillaba en lo alto, manchando su piel con sombras de los árboles. Las ninfas de los Búhos los trataron cruelmente, saltando sobre ellos desde madrigueras en la tierra y desde árboles huecos, atacándolos con uñas y dientes y obteniendo el placer con una violencia lunática. Cuando volvió a clarear el día los argonautas se creyeron hombres muertos. Incluso la gruesa voz de Hércules salía como un murmullo de sus labios hinchados y sangrientos, y apenas si podía levantar su cuerpo del matorral de retama al que lo habían arrojado. Pero los serviciales Dáctilos vinieron corriendo y los ungieron con grasa de víboras que traían envuelta en hojas de higuera silvestre y les hicieron beber fuertes cordiales. Luego Orfeo los hizo dormir como por encanto en la cueva de la que habían salido.

Al mediodía despertaron, sintiéndose refrescados, de un sueño que les pareció de diez mil años. Volvieron a vestirse con sus propios calzones, y después de despedirse con reverencia de Tiotes, regresaron al Argo. Pero antes, en el santuario de los Dáctilos dedicaron cinco cuencos de bronce con el reborde de plata, que aun hoy en día siguen expuestos en aquel lugar. Y Tiotes le entregó a Jasón, como regalo de despedida, un talismán contra el trueno; era un ungüento compuesto por pelos, cebollas e hígados de sardina. Pero Jasón lo perdió antes de que terminase el viaje.

Mientras partían, Orfeo les cantó la canción del ciprés y el avellano. En ella les enseñaba cómo habían de proceder a su muerte si querían convertirse en héroes oraculares en lugar de vivir su eterna existencia subterránea como espectros temblorosos e ignorantes. Ésta era su canción:

En cuanto tu asombrado espíritu descienda
de la luz a la oscuridad, hombre, recuerda
lo que has sufrido aquí en Samotracia,
lo que has sufrido.

Después de atravesar los siete mares del infierno,
cuyos humos sulfurosos habrán quemado tu garganta,
ante tus ojos se alzará la sala del juicio,
como un milagro de ónix y jaspe.

A la izquierda borbotea un negro manantial
sombreado por un gran ciprés blanco.
Apártate de esta fuente, que es la del Olvido;
aunque el vulgo corra a beber de ella,
apártate de esta fuente.

A la derecha hay una secreta charca
repleta de moteadas truchas y peces de oro;
le da sombra un avellano; Ofión,
serpiente primitiva, extendida en las ramas,
saca y mete la lengua. Esta sagrada charca la nutre
Un chorro de agua; ante ella unos guardianes.
Corre hacia esta charca que es la de la Memoria,
corre hacia esta charca.

Entonces los guardianes te escudriñarán diciendo:
«¿Quién eres, quién eres? ¿Qué tienes que recordar?
¿No le temes a la lengua vibrante de Ofión?
Vete a la fuente que hay bajo aquel ciprés,
Huye de esta charca».

Entonces responderás: «La sed me abrasa,
dame de beber. Soy hijo de la Tierra,
pero también del Cielo, de Samotracia vengo,
ved sobre mi frente el reflejo del ámbar.
Vengo de la Pura, como podéis ver.
También soy vuestro pariente, tres veces bendito,
hijo de la Triple reina de Samotracia:
He sido absuelto de mis sangrientas hazañas.
Y ella me ha investido con púrpura de mar,
Y como un cabrito me ha amamantado,
Dadme de beber, ahora que la sed me abrasa,
¡Dadme de beber!».

Pero ellos aun te preguntarán: «¿Y esos pies tuyos?».
Tú responderás: «Esos pies míos me han traído aquí
escapando a la cansada rueda, al rodar de los años,
hasta llegar a esta otra rueda, inmóvil y sin radios: Perséfone.
¡Dadme de beber!».

Entonces te acogerán dándote frutas y flores,
Y te guiarán al viejo y mojado avellano,
Exclamando: «¡Hermano de nuestra sangre inmortal,
bebe y recuerda la gloriosa Samotracia!».
Y entonces beberás.

Beberéis hasta saciaros con aquella refrescante poción
para convertiros en señores de los no iniciados,
de los incontables fantasmas que se agitan en el infierno,
para convertiros en héroes, montando en veloces corceles,
pronunciando oráculos en vuestras blancas sepulturas
cuidadas por las ninfas. Ellas, con aguamiel,
verterán libaciones para vuestras formas de serpiente,
para que podáis beber.

A los ojos de Atalanta, Meleagro e Hilas, los argonautas que regresaban al barco parecían dioses en vez de hombres; alrededor de cada frente brillaba un tenue nimbo de luz. Pero cuando subieron por la escalera al barco y se volvieron a poner sus ropas, la gloria se desvaneció; volvían a ser hombres, aunque hombres cambiados.

18. A TRAVÉS DEL HELESPONTO

Unas montañosas nubes blancas aparecieron en dirección a Tracia: era un signo seguro de que se aproximaba el viento del noroeste que necesitaban. Rápidamente remaron una milla o más hacia alta mar, y allí el viento se les echó encima. Con muchas dificultades consiguieron mantener al Argo alejado de la costa rocosa de Samotracia, mientras las olas rompían contra la regala de babor y los empapaba la espuma. Una vez pasado el peligro, izaron la vela y se deslizaron velozmente; y debajo de ellos la quilla se encabritaba como una mula asustada. Al mediodía ya pasaban a toda velocidad por la costa oeste de Imbros, con sus montes afilados y sus verdes valles. La idea que ahora les preocupaba a todos era cómo eludir la vigilancia de los troyanos, pues Jasón había prometido a los arcontes de Atenas no dar lugar a ningún conflicto armado con ellos. Sabían que si de algún modo podían escabullirse por el Helesponto sin ser vistos y conseguir que los troyanos ignorasen su presencia en el mar Negro, podrían seguramente volver a pasar sin ser vistos en su viaje de regreso a casa, con la ayuda de la poderosa corriente que fluye desde el mar de Mármara.

Poco a poco el viento fue virando hacia el norte y pareció fijarse en esta dirección. Por lo tanto, Argo le aconsejó a Jasón que se refugiara al socaire del cabo Céfalos, que sobresale en el ángulo sudoeste de Imbros. Conocía una ensenada pequeña y arenosa donde podrían anclar durante un día o dos hasta que el viento, cambiando de dirección al suroeste o al oeste, soplara con fuerza suficiente para transportarlos de noche a través del Helesponto. Tifis apoyó a Argo, diciendo que le había informado ampliamente sobre las corrientes del estrecho un timonel de Percote, un poblado griego situado en el mismo estrecho. Él creía que con un buen viento del suroeste, la luz de la luna y una tripulación dispuesta, conseguirían cruzar el territorio troyano en una sola noche. Pero el viejo Nauplio preguntó si el viento del sudoeste en esta parte del mar era diferente del que él había conocido en otros lugares; pues sería extraño, dijo él, que un viento así no trajera consigo nubes de lluvia que ocultarían la luna.

Jasón rechazó la objeción de Nauplio y convino en buscar refugio bajo el cabo Céfalos. El Argo ya se deslizaba junto a los acantilados amarillentos de Céfalos y se dirigía a la ensenada de la cual había hablado Argo, cuando Ifito de Fócide se puso de pronto en pie.

—Señores —dijo—, no veo por qué tenemos que desembarcar en Imbros. Admito que Imbros está habitada por pelasgos, una raza con cuya amistad podemos contar. Sin embargo, los troyanos tienen guardacostas apostados cerca de esta ensenada y, sea cual sea la historia que les contemos a estos guardias, no les vamos a poder

engañar durante mucho tiempo. Considerad esto: si esperamos allí a que llegue una noche clara y una fuerte brisa del suroeste, ¿qué van a pensar de nosotros? Llegarán a la conclusión natural de que estamos intentando pasar por Troya sin ser vistos. Nos seguirán en un barco propio y darán cuenta de nuestros movimientos al rey de Troya.

La mayoría de los argonautas aprobaron este razonamiento, pero Jasón protestó:

—Es muy fácil, Ifito, criticar las decisiones del jefe. Soy consciente de tu experiencia en asuntos marinos, pero, a menos que puedas ofrecer un plan mejor que el que ya han propuesto Argo y Tifis, te aconsejo que cierres la boca, pues sólo conseguirás volver a tus compañeros contra mí. Te creí más sensato, Ifito. Ahora hablas de una forma casi tan disparatada como Idas. Cállate, ¡haz el favor!

Orfeo habló en defensa de Ifito:

—Jasón, Jasón, ¿has olvidado tan pronto lo que aprendiste en Samotracia?

Jasón respondió:

—En Samotracia aprendí a comportarme con prudencia cuando ya esté muerto. No quiero que me recuerdes que quizás pronto tenga que poner estos conocimientos en práctica. Cállate, ¡haz el favor!

Orfeo le dijo a Hércules:

—Mi noble Hércules, ya que no me está permitido dirigirme a nuestro jefe, ¿puedo dirigirme a ti? Pues capto lo que está pensando Ifito.

Hércules respondió:

—Bueno, Orfeo, eres un hombre de cuerpo algo extraño, pero considerando que eres el hermano del hombre a quien saqué los sesos con mi lira, siempre me has tratado bien. Si se te ha atragantado algo, ¡desembucha!

Orfeo respondió:

—No puedo hablar con claridad en presencia de tres personas no iniciadas; pero si a la puesta del sol dejan que les tapemos los oídos con cera y les vendemos los ojos durante un corto espacio de tiempo, quizás cruzaremos el Helesponto esta misma noche. Dejémonos arrastrar por el viento hasta que lleguemos a unas cuantas millas de la boca del estrecho y entonces haremos lo que tengamos que hacer.

Meleagro y Atalanta no se opusieron a la sugerencia, y Hércules dio su palabra de que Hilas obedecería las órdenes. Así pues, fue rechazada la propuesta de Jasón y el Argo continuó rumbo al sudeste, mientras todos los remeros aprovechaban para dormir un poco. Se despertaron al anochecer y vieron que estaban a cuatro millas de la entrada del Helesponto. En todo el día no se había divisado ni una sola vela.

Entonces Orfeo vendó los ojos a Meleagro, a Atalanta y a Hilas, y les tapó los oídos con cera. En cuanto pudo hablar libremente le recordó a Jasón que era una necedad que los iniciados de Samotracia se consideraran como un juguete indefenso en manos del viento: debían hacer uso inmediato de los talismanes y de los encantamientos que los Cabiros les habían enseñado en nombre de la Gran Diosa.

Jasón no dijo ni que si, ni que no, y se refugió en un melancólico silencio, mientras que Orfeo, que de todos los argonautas era el que menos probabilidades tenía de cometer algún error en el ritual de Samotracia, invocó a la Triple Diosa bajo su nombre de Anfitrite. Vertió una jarra de aceite de oliva sobre las olas y, en su nombre, pidió respetuosamente al Viento del Norte que cesara. Durante un tiempo, el Viento del Norte, a quien también invocaron respetuosamente sus hijos Calais y Zetes, no dio respuesta alguna, a excepción de una furiosa ráfaga que casi arrancó el palo mayor, pero luego, poco a poco fue cesando. Cuando el aire quedó en calma, aunque las olas seguían hinchándose hoscamente, Orfeo ató una piel de víbora a la cola de una flecha y entonces, después de pedir prestado un arco a Falero, disparó la flecha hacia el nordeste hasta perderla de vista, invocando al Viento del Sudoeste para que la siguiera. Mientras esperaban que empezara a soplar el nuevo viento, Peleo, que era el hombre más astuto de a bordo, le dijo a Jasón:

—Señor, bajemos la vela y tiñámosla de negro.

—¿Con qué propósito? —le preguntó Jasón.

Peleo respondió:

—De lo contrario, los troyanos la verán brillar a la luz de la luna cuando pasemos. Una vela negra pasará inadvertida.

Argo objetó que una vela embreada sería difícil de manejar, y que se verían obligados a desembarcar en alguna parte y encender un fuego para calentar el tarro de brea del barco. Pero Peleo dijo:

—Tengo un tinte que es mejor que la brea.

Entre las golosinas que habían traído de Lemnos había un tarro de valiosa tinta de jibia, procedente de las bolsas de tinta de miles de jibias. Esta tinta, que da un sabor dulce cuando se añade a los guisos o a las gachas de cebada, es de color muy oscuro. Augías, Idas y otros glotones se quejaron de que un licor tan delicioso se desperdiciara de aquel modo; pero descubrieron que si se mezclaba con agua bastaba la mitad del contenido del tarro para teñir toda la vela del color de las algas.

Los argonautas arriaron la vela, la pintaron por ambos lados y la volvieron a izar. Apenas habían atado las escotas cuando empezó a oírse el Viento del Sudoeste, silbando a lo lejos, y acercándose a ellos, acompañado de una lluvia que azotaba la superficie del mar, y pronto la vela se hinchó y el Argo saltó hacia delante. Entonces quitaron el tapón de los oídos de los no iniciados y les desvendaron los ojos. Al aumentar la oscuridad distinguieron con dificultad los blancos acantilados del cabo Helas, y sintieron cómo disminuía la velocidad del navío al encontrar la corriente del Helesponto. A sugerencia de Peleo, envolvieron los remos y los dos timones con tiras de trapos viejos.

—Afortunadamente —dijo Tifis—, la corriente es más débil en el lado de Tracia que en el de Troya. También tiene menos remolinos, porque la costa es más recta;

pero incluso en el lado de Tracia puede tener una velocidad de hasta dos nudos.

Pronto Jasón ordenó a la tripulación que guardase silencio, y penetraron en el Helesponto. El cielo estaba cubierto y la luna no era más que un punto luminoso entre las nubes arremolinadas. Y en aquella oscuridad, Linceo sirvió bien a sus camaradas. Se subió a la proa, y cuando la nave se acercaba demasiado a las costas (que para los demás era sólo un muro de negrura) o cuando se apartaba demasiado, se lo indicaba a Tifis tirando una o dos veces de una cuerda que sujetaba con la mano; pues el otro extremo estaba atado a la rodilla de Tifis. Los remeros mantenían un ritmo seguro, aunque sin canción que les ayudara, y durante horas siguieron bogando en silencio juntos, mientras que el viento seguía soplando de popa. Sólo en un punto, el estrecho de Dardaneas, Tifis se atrevió a navegar por el centro de la corriente, donde era bien sabido que la corriente era más débil que junto a la costa. Un corpulento lapita de barba gris, un iniciado en los grandes misterios que se había unido al Argo en Samotracia, tomó el remo de Linceo; era Polifemo de Larisa, que se había casado con una hermana de Hércules y que vivía perpetuamente desterrado de su ciudad por haber matado accidentalmente a una niña pequeña con su cuchillo de caza. Hércules sentía gran aprecio y afecto por él.

Al amanecer los argonautas se encontraron cerca de Sestos, un escarpado promontorio más allá del cual se halla una bahía pequeña, con una playa arenosa al norte, a la que vierte sus aguas un arroyo. Al otro lado de las aguas de la bahía se extendía una estrecha cadena de montes litorales cubiertos de verde hierba, que era el distrito llamado Abidos. Desembarcaron junto al arroyo y estiraron las piernas, algunos recogiendo madera de deriva para un fuego, otros jugando a salta cabrillas. Jasón ocultó el mascarón de proa, poniendo sobre la cabeza del carnero otra que había traído consigo: la cabeza de un caballo blanco, hecha de cuero pintado, pues el caballo blanco era el mascarón de proa de los barcos que navegaban a Troya desde Cólquide. Ahora que se encontraban a unas treinta millas de Troya, y en aguas no dominadas por los troyanos, Jasón esperaba que los tomarían por súbditos del rey Eetes que regresaban a Cólquide de un viaje mercantil. En Sestos, después ele haber ofrecido sobrios sacrificios en honor a Anfitrite, en gratitud por su ayuda, decidieron descansar un día y una noche. Pero el viento cambió y sopló del nordeste, pues en el Helesponto predominan los vientos de este cuadrante, y continuó así dos días y dos noches; no pudieron reanudar su viaje hasta la mañana del tercer día, en que el viento viró de nuevo al sudoeste. Durante su estancia en Sestos nadie vino a molestarlos, excepto un muchacho pastor que huyó como una liebre al divisar la centelleante reunión de extranjeros, dejando abandonado a su merced parte del rebaño.

Avanzaron a buena velocidad por el angosto estrecho, casi pegados a los acantilados amarillentos de Tracia, y al anochecer ya se habían adentrado en el mar de Mármara. Continuaron navegando durante la noche, ahora junto a la costa opuesta,

pues el viento había girado y soplaba del sur. El gran Anceo releyó a Tifis al timón, pues éste se había ganado un largo sueño.

—¿En qué puerto haremos nuestra próxima escala? —preguntó Acasto, hijo de Pelias, dirigiéndose a toda la tripulación.

Hércules, que se entretenía retorciendo distraídamente la espada de bronce del pequeño Anceo y dándole forma de serpiente —sin permiso—, fue el primero en responder.

—Si mal no recuerdo —dijo—, hay una gran isla rocosa, llamada isla del Oso, no lejos de aquí, a un día de navegación con un viento favorable. En realidad no es una isla, sino una península. El rey es amigo mío, ¿cómo se llama? No me acuerdo, pero es un buen amigo mío, creedme y ha construido una ciudad sobre el istmo llano que une la isla con la costa. En las colinas que hay detrás se halla un gran lago transparente, del cual parte un arroyo que baja hasta la ciudad. El rey Eneo —ese es su nombre, claro— posee una multitud de ovejas gordas que pastan junto al lago y al arroyo. Sus gentes se llaman doliones, una especie de aqueos que adoran al dios Poseidón. Nos recibirá con los brazos abiertos, estoy seguro. Su reino abarca un buen trecho de las colinas, y la costa de la isla del Oso. Los habitantes de la isla en sí son pelasgos. Eneo está siempre en guerra con ellos. La última vez que estuve por aquí crucé el istmo y fui a matarle unos cuantos. Son hombres muy corpulentos y disfruté mucho haciendo chocar sus cabezas, ¿verdad, Hilas?

Aquel día, con ayuda de remos y vela, hicieron una excelente jornada. Al mediodía ya divisaban la isla del Oso con su destacado pico, el monte Dindimo, y ya costeaban los primeros campos de cereales de los doliones. La fértil línea de costa se iba estrechando lentamente, y las colinas, cubiertas de robles y cortadas por barrancos, llegaban hasta la orilla del mar. Allí, entraron en una ensenada, cuya playa estaba totalmente cubierta por conchas, y los argonautas quitaron el caballo de la proa, descubriendo la cabeza de carnero, e izaron la vela blanca de repuesto en lugar de la negra; entonces siguieron navegando hasta ver las encaladas paredes y techos de teja de la ciudad de la cual les había hablado Hércules. Se llamaba Cícico en recuerdo de su fundador: Cícico, el padre de Eneo.

Anclaron sin miedo en el abrigado puerto, y Jasón mandó al heraldo Equión al palacio; allí fue recibido con grandes honores y le aseguraron que todos los argonautas, pero Hércules en especial, eran bienvenidos y podían permanecer en territorio dolión todo el tiempo que desearan.

19. LAS BODAS DEL REY CÍCICO

Los argonautas encontraron que el rey Eneo había muerto hacía varios meses y que Cícico, su hijo mayor, un hombre más o menos de la edad de Jasón, lo había sucedido. Cícico acababa de casarse con la mujer más hermosa de toda Asia. Se llamaba Clite y era la hija del rey de Percote, una ciudad de blancas murallas situada en el lado troyano del Helesponto que los argonautas habían dejado atrás en su viaje desde Sestos. Mérope, el padre de Clite, lejos de concederle una dote, que según él hubiera sido como untar una colmena con miel, había proclamado con audacia que ningún hombre podría conseguir su mano si no estaba dispuesto a pagar el enorme tributo que últimamente el rey Laomedonte de Troya había impuesto sobre la ciudad de Percote. Cícico, que había visto a Clite casualmente, un día que navegaba por el estrecho, y que desde entonces no la había podido borrar de su mente, pagó el tributo, que consistía en una gran suma en polvo de oro y ganado, y, como era natural en un joven, consideró que había salido ganando. Pero su hermano Alejandro lo llamó derrochador y se ausentó de la boda, con la excusa de que estaba enfermo. Tal vez estaba celoso. El día en que llegó el Argo era el segundo de los cinco dedicados a los festejos. Cícico, que había lanzado una invitación general a todos los griegos para que participaran en la fiesta, y que había preparado grandes cantidades de comida, se alegró muchísimo de poder acoger a una tripulación de distinguidos luchadores griegos, entre los que se encontraba el gran Hércules, el aliado de su padre.

Una hora después de haber desembarcado, los argonautas ya habían sido bañados, ungidos y perfumados, y se reclinaban en blandos divanes, ataviados con sus mejores ropas, junto con otros numerosos invitados a la boda. Cien apuestos mancebos les trajeron toda la comida y la bebida que deseaban y los coronaron con guirnaldas de flores primaverales, mientras que los músicos, sentados en la galería pintada situada encima de ellos, tocaban una agradable música lidia. Pero Falero el arquero y el augur Idmón montaban guardia a bordo del Argo, dispuestos a dar la alarma soplando en las conchas al menor indicio de traición.

Clite era tan hermosa como se decía. Sus facciones eran pálidas, su cabello negro y espeso, y sus ojos grises; pero su belleza residía principalmente en su porte y en sus gestos, en el sonido grave de su voz y en sus gruesos labios que nunca sonreían más que a medias. Cícico era un hombre de cabello rubio y de rostro encendido, amigo de reír con ganas y muy dado a las aventuras. Él y Clite formaban una pareja perfecta, y cuando pasaron juntos por la fila de divanes y preguntaron atentamente a cada invitado si estaba bien servido, les acompañó un gran murmullo de admiración.

Cícico trató a Hércules con gran deferencia, creyendo que era el verdadero jefe de la expedición, por mucho que el heraldo Equión le hubiese informado de lo contrario.

Con sus propias manos le sirvió vino en una copa con un bajorrelieve en el que figuraba el propio Hércules con un hombre-oso en cada mano haciendo chocar sus cráneos alegremente y saltándoles los sesos. Hércules rió a carcajadas al verlo y entonces Cícico le mostró el otro lado de la copa en el que aparecían varios hombres luchando desesperadamente y otros que saltaban al agua desde una balsa.

—Esos son los pelasgos de Proconesos —le dijo—, los aliados de los hombres-oso. Asaltaron nuestra ciudad poco después de marcharte tú. Perdimos a muchos de nuestros camaradas antes de conseguir alejarlos. ¡Ojalá reanudaran el ataque mientras estés tú aquí como mi invitado! ¡Menuda broma! Los que dieran la sorpresa serían los sorprendidos.

Hércules respondió:

—Rey Cícico, la visita que hice a tu ciudad cuando tu padre Eneo aun vivía, fue para mí extraordinariamente grata; esta visita no lo es menos. Pero, por favor, dirige tus discursos sabios y lisonjeros al jefe de esta expedición, Jasón de Yolco, que es aquel joven que está ahí, con la larga melena rubia, y no a mí. ¡Déjame a mí con este excelente cuarto de buey, y que seáis muy dichosos tú y tu bella esposa! Me complace mucho escuchar tus palabras mientras como, pero soy igualmente feliz sólo con comer. Desperdicias toda tu elocuencia con Hércules, el viejo glotón.

Cícico sonrió y siguió adelante. Invitó a Jasón a que se recostara junto a la mesa con patas doradas, frente a él y Clite. Cuando Jasón estuvo bien instalado, con almohadones de pluma bajo su cabeza, una manta con ricos bordados sobre sus rodillas, y una jarra de fragante vino de Lesbos al alcance de su mano, Cícico le instó a que le revelase confidencialmente el objeto de su viaje. Pero Jasón no estaba dispuesto a hacerlo. Lo único que le dijo fue que los dioses les habían animado, a él y a sus compañeros, a aventuras en el mar Negro.

Cícico respondió cortésmente:

—¿Ah sí? ¿Y qué parte de aquel enorme e inhóspito mar recomendaron los dioses como merecedora de vuestro interés? ¿Acaso visitaréis Crimea, donde viven los taurios salvajes, a quienes les encantan los sacrificios humanos y quienes adornan las empalizadas de sus ciudades con cabezas humanas? ¿O quizás Hércules os lleva a visitar a sus viejas enemigas, las amazonas? ¿O es vuestra meta el territorio de Olbe, que se encuentra en la desembocadura del río Bug, donde se produce la mejor miel del mundo?

Jasón, para eludir todas estas preguntas, aprovechó que se mencionase la miel y llamó a Butes para que tomase parte en la conversación, comunicándole lo que le había dicho Cícico sobre el producto de Olbe. Butes le pidió a Cícico toda clase de información sobre el color, el perfume, el gusto y la viscosidad de esta miel, y aunque Cícico sólo le dio vagas respuestas, no se ofendió en absoluto sino que se puso a charlar largo y tendido sobre el comportamiento de las abejas.

—¿Has observado, Majestad —le preguntó—, que las abejas nunca liban el néctar de las flores rojas? Son animales que dan vida, por eso evitan el color de la muerte.

Luego, como estaba un poco bebido, Butes empezó a hablar de forma mordaz sobre el patrocinio del dios Apolo a la abeja, que anteriormente había sido servidora de la diosa de Creta.

—¡El que en un tiempo fue un demonio-ratón! Los ratones son los enemigos naturales de las abejas. Durante el invierno invaden la colmena y roban la miel, ¡ladrones descarados! El año pasado me alegré muchísimo cuando descubrí un ratón muerto en una de mis colmenas. Las abejas lo habían picado hasta matarlo y luego lo habían embalsamado con cola de abeja, dejándolo muy bonito, para evitar el hedor a muerte.

Y siguió charlando así; y cuando hizo una pausa para beber otra copa de vino, Jasón se puso a hacerle preguntas a Cícico sobre la navegación en la parte oriental del mar de Mármara, y sobre las corrientes primaverales en el Bósforo. Pero Cícico no se sintió obligado a darle ninguna respuesta detallada, y volvió agradablemente al tema de la miel. Ambos siguieron defendiéndose con evasivas durante un rato, hasta que Jasón, malhumorado, se excusó y regresó a su anterior diván. Al cabo de un rato Butes le siguió, por cuestión de buenos modales.

Clite le dijo a Cícico:

—Amado mío, ¿has notado que Jasón tiene las pestañas blancas? Mi padre Mérope me previno una vez contra los hombres que tuvieran las pestañas blancas. Dijo que ninguno era digno de confianza. ¿Crees tú que este minia ha venido a saquear nuestra ciudad, y que tiene intención de esperar que llegue la noche, cuando todos tus fieles camaradas estén adormecidos de tanto comer y beber?

—Amada mía —le respondió Cícico—, eso puede ser posible, pero yo no puedo estar de acuerdo en que sea probable.

—Tanto Hércules como Jasón parece que nos están escondiendo algo —dijo Clite —, tienes que reconocerlo. Y el colmenero habló de Apolo de un modo muy poco respetuoso, como sí nos estuviera tentando a hacer lo mismo, y de este modo crear problemas. ¡Confiesa que te pareció muy raro!

—Es cierto —dijo Cícico—. Bueno, mujer sabía, ¿qué me aconsejas?

—Advierte a Jasón —dijo Clite que el varadero actual del navío no es nada seguro, hasta que el Argo no pueda obtener piedras de anclaje más pesadas. Háblale de los vendavales del nordeste y aconséjale que cambie de amarradero hasta que tus hombres le hayan perforado un par de piedras realmente pesadas. Recomiéndale la ensenada protegida que hay al otro lado del istmo… se llama Quitos, ¿no? Ofrécele un bote que lo remolque hasta allí. No puede negarse a aceptar tu ofrecimiento. Y si está planeando alguna traición repentina tendrá que reconsiderar sus planes; pues no resultaría fácil escapar del palacio si el buque está tan lejos.

Cícico siguió su consejo y al poco rato hizo la propuesta. Jasón la consideró razonable y la aceptó de inmediato con muestras evidentes de gratitud. Pero Hércules, que con su astucia sospechaba que Cícico tenía algún otro motivo, que no era el que alegaba, para cambiar el amarradero del Argo, declaró que a donde iba el barco, iban también Hilas y él; y Peleo y Acasto dijeron lo mismo; y Polifemo dijo que no quería separarse de Hércules, a quien respetaba más que a ningún otro hombre. Estos cinco abandonaron la fiesta, y fueron remolcados en el Argo hasta la ensenada de Quitos, donde anclaron el navío; pero la alegría en el palacio continuó toda la noche.

Por algo que Jasón había dejado escapar incautamente, Cícico creyó al principio que el objeto del viaje era comerciar en Sinope, o en algún otro puerto del mar Negro, donde las mercancías del Oriente podían comprarse a un precio mucho menor que en Troya. Pero si así era, ¿por qué había tantos reyes y tantos nobles a bordo? Quizás planeaban algo más importante. ¿Podrían quizás estar visitando, uno por uno, todos los pequeños reinos del mar de Mármara y del mar Negro, con la intención de crear una confederación jurada contra Troya y Cólquide?

Le hizo a Jasón esta pregunta sin rodeos, y cuando vio que Jasón vacilaba en responder, declaró que si los griegos emprendían la guerra contra Troya, él y su suegro, Mérope de Percote, junto con otros muchos monarcas vecinos, se ofrecerían contentos como aliados.

Jasón se divirtió dejándole creer a Cícico que había acertado. Incluso le insinuó que su próxima escala después de dejar a Cícico sería en el territorio de Finco de Tinia, cuyos hijos adoptivos, Calais y Zetes habían ido a Grecia (decía Jasón) para proponer una guerra contra Troya, y regresaban ahora en el Argo.

Pero Clite, que observaba sus ojos y sus manos, sabía que estaba mintiendo.

Al amanecer se oyó un clamor lejano y el sonar de los cuernos de guerra. Los doliones y los argonautas se levantaron inmediatamente, echando mano de las armas, pues cada bando estaba convencido de que el otro estaba cometiendo traición. Pero los argonautas fueron los más rápidos e intimidaron a los doliones. Jasón blandió su espada desnuda sobre Clite y amenazó con matarla si Cícico no ordenaba a sus hombres que depusieran las armas. Cícico hizo lo que le decía Jasón. Entonces Equión, el heraldo, salió corriendo, seguido de Cástor, Pólux y Linceo para ver qué ocurría.

El ruido venía de la ensenada de Quitos, al otro lado de la bahía, y Linceo, aguzando la vista, exclamó:

—Se está produciendo una lucha entre nuestros guardias y una gran horda de hombres que parecen tener seis manos porque llevan puestas pieles de osos con las cuatro patas colgando. ¡Corramos en su ayuda!

Equión regresó corriendo a palacio con la noticia, y cuando Jasón la oyó, envainó la espada y le pidió perdón a Cícico, quien se lo concedió generosamente. Entonces,

todos juntos bajaron corriendo a la playa, sacaron barcas y galeras, y remaron a toda prisa para acudir al socorro.

Cuando llegaron a Quitos encontraron que la lucha ya había terminado. Los hombres-oso habían atacado pensando que encontrarían a los guardianes dormidos, pero Hilas había dado la alarma. Esto ocurrió por casualidad. Desde que habían salido de Lemnos, Hilas no había hecho más que esperar una oportunidad para poder escapar de la tutela de Hércules y volver con su Ifinoe. Esto aun no había sido posible: en Samotracia lo habrían vuelto a capturar en seguida, y en Sestos lo habrían visto los dos hombres que constantemente montaban guardia. Pero ahora le parecía que había llegado el momento de su aventura. Llegaría a escondidas a la isla del Oso, treparía por la costa rocosa, atravesaría corriendo el istmo (como si estuviera llevando un mensaje de Hércules) y después se dirigiría tierra adentro hacia los montes de Frigia. Esperaba llegar a Troya en unos cuantos días y una vez allí, utilizando la hebilla de plata de su cinturón como soborno, persuadir a algún capitán de barco ateniense o cadmeo que lo dejase en la isla de Lemnos.

Hilas esperó hasta que sus compañeros se durmieron uno por uno. Entonces llenó su zurrón con provisiones y su hebilla de plata y algunos pequeños adornos de oro, cogió una jabalina, y justamente cuando se estaba descolgando por el macarrón de babor, junto a la proa, oyó cómo alguien contenía un estornudo en un matorral que había allí cerca. Volvió a subirse a la nave. Entonces los hombres-oso, a la vez que maldecían al camarada que había estornudado, iniciaron el ataque. Uno se subió sobre los hombros de otro y hubiera logrado trepar a bordo si Hilas no se hubiera precipitado sobre él traspasándole la garganta con la jabalina y haciéndolo caer con un tremendo grito. Hilas gritó: «¡A las armas! ¡A las armas!». Acasto y Peleo agarraron sus lanzas y Polifemo su hacha de bronce, y, de pie sobre la regala, estos tres echaron de allí a los hombres-oso. Pero Hércules, que estaba borracho, se subió con mucho esfuerzo al asiento del timonel y pidió su arco y sus flechas. Hilas se las llevó y él se puso a disparar. Cosa extraña, el efecto que el vino le producía a Hércules era el de acelerar la rapidez de sus disparos sin perjudicar la precisión de su puntería. Mientras que Acasto y Peleo mataban cada uno a un par de hombres con sus lanzas y Polifemo mataba a otro con su hacha, Hércules traspasó a no menos de treinta con sus flechas antes de que el resto se retirara. Los muertos quedaron tendidos en la playa o en el agua como si fueran vigas curándose en los astilleros de Págasas.

Hércules juró que debía su vida a la vigilancia de su maravilloso Hilas y lo abrazó con su violencia acostumbrada. Hilas por lo tanto recibió el botín de batalla: treinta y cinco estupendas pieles de oso, diez de las cuales se abrochaban con botones de oro, dos cascos griegos muy buenos que los hombres-oso les habían arrebatado a los guardias del rey Eneo, un puñal de bronce con una incrustación de caballos verdes al

galope, tres collares de garras de oso y otro de grandes cuentas de terracota pintada. Pero las armas de la mayoría de estos salvajes no eran más que lanzas de roble, con las puntas afiladas al fuego, mazas muy toscas de roble y piedras dentadas. Hilas distribuyó las pieles de oso entre los argonautas, como regalo. Butes fue el único que rechazó la piel que le ofrecían, diciendo que si llegaba a ponérsela sus abejas se enterarían y nunca volverían a confiar en él.

Todos regresaron amistosamente a la ciudad. Se hizo entrega de una piedra de anclaje más pesada para el Argo y la piedra más ligera, a la que ésta reemplazaba, se colocó como ofrenda votiva en el templo de Poseidón, donde todavía puede contemplarse. A continuación se ofrecieron sacrificios sangrientos a todos las diosas y los dioses olímpicos por turno. Pero no se hizo ningún tipo de ofrenda a la Triple Diosa porque era venerada por los hombres de la isla del Oso, y por los pelasgos de Proconesos, y por los troyanos. Cícico la odiaba: hacía sólo unos cuantos días que había dirigido un ataque armado contra la isla del Oso, cuyos habitantes habían huido, y una vez allí había disparado contra uno de sus leones, consagrado a la diosa en su denominación de Rea, que suelen rondar por el monte Díndimo. Luego, audazmente, había extendido su piel sobre su lecho nupcial para que le sirviese de cobertor.

Orfeo instó a Jasón a ir con él y unos cuantos más, por cuenta propia, a propiciar a la diosa con ofrendas en su montaña sagrada, aduciendo que la omisión de su sacrificio se hacía por motivos políticos, y no por hostilidad o desprecio.

Jasón no quiso escucharlo, declarando enérgicamente que debía ganarse la confianza total de Cícico y de este modo asegurar un generoso aprovisionamiento del navío; y que sin duda alguna el hecho de abandonar la ciudad en una visita secreta a la isla del Oso sería interpretado erróneamente como una traición.

Así pues, no le hicieron ningún gesto propiciatorio a la diosa y los festejos de la boda continuaron bajo los auspicios olímpicos. Al finalizar la fiesta uno de los argonautas, no se sabe cuál, había dejado escapar el secreto de su viaje a Cólquide. Inmediatamente varios doliones se ofrecieron como voluntarios para la expedición, pero Jasón no encontró sitio ara ellos en el Argo. El propio Cícico estaba ansioso por navegar con ellos, y como era un timonel con experiencia y había hecho dos veces el viaje a Cólquide, hubiera resultado un buen elemento para la tripulación, pues Tifis sufría cólicos y no podía comer o beber más que leche de oveja y gachas de cebada; Cícico sugirió que Tifis se quedara en el palacio donde estaría bien atendido, mientras que él tomaba al mando del timón. Pero Tifis declaró que se encontraba lo suficientemente fuerte y que no le cedería el timón ni al propio Poseidón hasta haber concluido el viaje, pues la diosa Atenea le había confiado personalmente el gobernarle. Y la reina Clite juró en privado que, si Cícico se marchaba con Jasón, ella regresaría de inmediato a casa de su padre y no volvería jamás: pues no quería

compartir la casa de un necio, y sólo un necio se fiaría de Jasón, con sus pestañas blancas.

Así pues, al quinto día, los argonautas se dispusieron a zarpar de nuevo. Cícico pidió mil bendiciones a los olímpicos para el Argo y entregó ricos presentes a todos los tripulantes: jarras de vino y cereales, camisas de lino egipcio y capas bordadas. A Jasón le dio una lanza de punta ancha, con el mango incrustado de concha que había pertenecido al rey Eneo; y Jasón, a su vez, le dio una copa de oro (uno de los regalos de despedida de Hipsípila) con un dibujo grabado alrededor que representaba ciervos corriendo, y también unas bridas tesalias con un bocado de plata. Se estrecharon las manos y juraron ser como hermanos. Pero cuando Jasón hubo vuelto su ancha espalda, Clite murmuró:

—Espero no volver a ver nunca más a ese hombre.

El viento soplaba fresco del sudoeste. Ya habían hecho rodar las dos piedras de anclaje a bordo del navío y Argo había entregado los extremos de las maromas a una fila de doliones para que las sujetaran hasta que los tripulantes se hubieran acomodado en sus puestos, cuando, de pronto, una súbita ráfaga de aire procedente del monte Díndimo, hizo que el Argo virase en redondo; arrastrando al agua a los hombres que sujetaban los cabos. Nadie se hizo daño y Cícico dijo riendo:

—Parece que vuestro Argo no tiene ganas de dejar nuestra hospitalaria costa. ¡Fijaos cómo gira su proa!

Incluso antes de que el Argo se hubiese perdido de vista, Clite le advirtió a Cícico:

—Amado mío, mantén una vigilancia severa durante las próximas noches. El viento que hizo virar el navío de Jasón fue el aviso de algún dios de que tiene intención de regresar a traición, ahora que ya ha espiado nuestra situación, para asesinarnos en nuestros lechos.

Cícico respondió que si cualquier otra mujer le hubiese hablado de aquel modo la hubiera llamado ignorante y entrometida.

Clite dijo:

—Pero al ver que he sido yo quien lo ha hecho, ¿qué motivo tienes para hacer caso omiso de mi advertencia?

Insistió en que se montara guardia día y noche.

Al amanecer amainó la brisa, cuando el Argo ya había recorrido una buena distancia. No se veía tierra por ningún lado. El cielo estaba cubierto, a pesar de que la lluvia ya había cesado. El Argo estaba rodeado por aguas de un verde gris, sin barcos, rocas o arrecifes que cortaran la línea continua del horizonte. Ni Tifis ni Argo, ni el viejo Nauplio (cuyo bisabuelo y tocayo fue el primer griego que gobernó una nave guiándose por la Estrella Polar) podían calcular con certeza su posición.

Jasón le preguntó a Nauplio:

—¿Qué tiempo crees que podemos esperar hoy?

Él movió negativamente la cabeza.

—He estado en la mar, de muchacho y de mayor —dijo—, durante treinta años, en cada una de las épocas de navegación; sin embargo, no puedo darte ninguna respuesta. El mar es para mí como la cara de una vieja abuela para un niño. Nunca puedo leer en sus rasgos lo que está ocurriendo en su mente, ni cuál va a ser su próximo estado de ánimo, un momento puede estar en calma, y al siguiente puede haber una tormenta. Pregúntale a Corono: su pájaro, el Cuervo, puede predecir el tiempo infaliblemente, ¡eso dicen!

Idas rió y dijo:

—Los que del tiempo entienden, no entienden de nada más.

Jasón se lo preguntó a Corono, quien contestó sencillamente:

—Puedes esperar una tormenta del nordeste.

A media mañana el cielo empezó a aclararse en el horizonte nordeste, y soplaron varias ráfagas de viento, ora de una dirección, ora de otra.

El cansado Tifis les dijo a sus compañeros:

—Sin duda esto es el preludio de la tormenta predicha por Corono.

Según mis cálculos ya estamos a un día de navegación del Bósforo. Pero no podemos esperar atravesarlo contra un viento fuerte del nordeste. Y he oído decir que cuando un viento de estos ha soplado durante un día o dos, la corriente en el Bósforo es de cinco o seis nudos; no lograríamos avanzar aunque amainara el viento. Cuando nos azote la tormenta, tenemos que correr delante de ella, costeando las islas Besbicos y dirigirnos hacia las playas arenosas en la desembocadura del río Rindacos, que se encuentra al sudoeste. Éste es el rumbo más prudente si queremos evitar el naufragio. Mientras tanto, volvamos a disfrazar nuestro barco con la vela oscura y poniendo la cabeza del caballo blanco sobre la del carnero.

Los argonautas empezaron a exclamar:

—¡No, no! ¿Por qué no volvemos a invocar a Anfitrite para obtener de ella otra ráfaga de aquel excelente viento del sudoeste? Vamos, Orfeo, ¡dirige la ceremonia!

Orfeo negó con la cabeza.

—Nuestro jefe, Jasón —dijo—, se negó a ofrecerle un sacrificio a la diosa en el momento en que honrábamos a las deidades olímpicas, y tampoco quiso seguir mi consejo de subir al monte Díndimo para propiciarla allí. Incluso se atrevió a convertirse en hermano de sangre del rey Cícico, quien ha dado muerte a uno de los leones sagrados de la diosa y se ha declarado públicamente enemigo suyo. ¿Cómo podemos esperar ahora, invocándola bajo el nombre de Anfitrite, obtener de ella una sonrisa? Por algo sopló aquella ráfaga de viento que bajó del Díndimo y que hizo virar al Argo. Yo comprendí al momento que era una advertencia de la diosa de que no debíamos navegar hasta haber conseguido su perdón; pero entonces ya era tarde

para hablar. ¡Éste es un mal asunto, y todos debemos aceptar sus consecuencias!

Mientras hablaba, con un ruido como de diez mil flechas silbantes, el viento del nordeste se abatió sobre ellos, frío y cruel, desde las lejanas llanuras de Escitia. A toda prisa, hicieron dar la vuelta al navío y corrieron adelantándose al viento. Pronto el mar estuvo erizado de olas coronadas de espuma entre las cuales corría el Argo, levantándose y hundiéndose, como un gamo asustado en plena carrera; pero la vela aguantó, y la nave no hacía agua, gracias a sus ajustadas cuadernas. Hora tras hora la nave seguía avanzando veloz, y Argo exclamó:

—¡Camaradas, ahora veis las ventajas de un navío bien construido! Otro simplemente unido al estilo antiguo ya se hubiera agrietado hace tiempo, y nosotros estaríamos achicando desesperadamente para deshacernos del agua gris, que entraría por las grietas.

Sin embargo, ni siquiera Linceo podía divisar las islas de Besbicos, y cuando al anochecer se aproximaron a la costa sur, ésta era muy escarpada y las olas silbaban sobre implacables rocas. Siguieron navegando, buscando la desembocadura del Rindaco. Ya era de noche, y la luna menguante aun no había salido, cuando vieron frente a ellos algo que parecía ser una llanura que se extendía entre dos colinas. Algunas luces centelleaban al pie de la colina situada a babor y Argo dijo:

—Debe ser Dascilión, un pequeño poblado troyano de unas veinte casas. Creo que si navegamos hacia él en línea recta, encontraremos la playa lisa y sin rocas.

—Hay que ser audaces —dijo Peleo—. Saltemos a tierra con un grito de guerra. Sorprendamos a los habitantes y los intimidaremos.

Jasón asintió. Se colocaron los cascos y corazas, y al poco el viento condujo la nave por encima del oleaje hasta una playa arenosa y hospitalaria. La halaron hasta que estuvo fuera del alcance de las olas y la amarraron a una roca lisa, que parecía hecha para este propósito, y entonces se precipitaron todos como un solo hombre hacia el lugar donde brillaban las luces, chillando: «¡Rendíos, rendíos!».

20. EL FUNERAL DEL REY CÍCICO

Hombres armados salieron en tropel de las casas de la colina y la batalla comenzó en un lugar situado encima de la playa. Los argonautas luchaban en bloque —todos menos Hércules, que se precipitó hacia delante dando golpes a derecha e izquierda con su terrible maza— pero el enemigo peleaba desparramado y de modo desordenado. Era la primera batalla en la que participaba Jasón y una furia divina se apoderó de él. Con la lanza que le había regalado Cícico embestía las negras siluetas de sus enemigos, mientras que a su derecha Polifemo, el lapita, con una larga espada, y a su izquierda el pequeño Anceo con un hacha, se iban abriendo camino hasta las casas. Era un trabajo sangriento; diez enemigos estaban ya tumbados por el campo de batalla y el resto casi derrotados cuando, con un repentino grito de guerra, tres hombres altos bajaron corriendo por la colina. Su jefe se fue derecho a Jasón quien lo acometió con su lanza y lo ensartó por la cintura. La punta de la lanza sobresalía junto al espinazo y Jasón no lograba desengancharía, incluso empujando con el pie contra los muslos del adversario. Uno de los otros dos hombres fue derribado por el pequeño Anceo, quien le cercenó la cabeza al tercer golpe, y el tercero huyó gritando: «¡Estamos perdidos, oh, estamos perdidos, han matado a nuestro noble rey Cícico!».

Al oír esto, el pánico se apoderó de los argonautas y Jasón gritó:

—¡Una luz! ¡Una luz!

El joven Hilas, que acababa de hundir su jabalina, él también, en el vientre de un enemigo, cogió la humeante antorcha de pino que había dejado caer el moribundo, y la hizo girar sobre su cabeza hasta que la llama empezó a brillar con fuerza. Entonces corrió a donde estaba Jasón, y éste, arrodillándose para examinar al hombre que tenía a sus pies, descubrió que, en efecto, se trataba del rey Cícico, a quien había traspasado con la lanza que le había regalado, la lanza de su propio padre Eneo.

Cícico levantó la vista y con su último aliento dijo: «¡Clite, Clite!». Luego arrojó sangre por la boca y murió.

Ahora por fin sabían que habían pasado la desembocadura del río Rindaco unas veinticinco millas antes y que la Triple Diosa, gastándoles una broma amarga, había hecho que los argonautas volvieran al otro lado del mismo istmo del cual habían zarpado dos días antes.

Jasón ordenó a Equión el heraldo que fuese a palacio para hacer las paces en su nombre con Clite, y el hermano de Cícico y el resto de los jefes doliones. Equión aceptó valientemente este peligroso cometido, pero cuando por fin consiguió que le dejaran entrar y pidió que le llevaran ante Clite, la encontró colgada de una viga en su cámara nupcial. Cortó la cuerda, pero fue demasiado tarde.

El día amaneció despejado y ventoso. El viento levantaba enormes olas que

rugían sobre la playa y rompían contra la popa del Argo rociándolo con su espuma. Los doliones ya habían encontrado y reclamado a sus muertos y el llanto de los lamentos resonaba en cada casa como el alarido de los lobos. Los argonautas formaban pequeños grupos, hablando en voz baja, inquietos. Sólo Idas se atrevió a hablar claro. Se acercó a Jasón y le dijo:

—Nosotros estamos libres de culpa en este asunto. La sangre de nuestros queridos anfitriones sólo mancha tus manos. ¿Por qué hiciste caso omiso de la advertencia de Orfeo? ¿Por qué no propiciaste a la diosa?

Jasón se llevó la mano a la espada y dijo:

—Idas, has jurado obedecerme como capitán. Ahora te ordeno que calles. Escúchame. La muerte de mi desgraciado hermano real me pesa terriblemente en lo más hondo del corazón, y sin embargo no me considero más culpable de ello que tú. Resulta claro que la Gran Diosa nos ha convertido a todos por un igual en el instrumento de su venganza sobre él por la muerte de su león sagrado. Que sea la propia diosa, y no nosotros, la responsable de los hechos acaecidos anoche. Ni uno solo de nuestros hombres ha muerto ni ha resultado tan siquiera herido, con excepción de un par de rasguños, cosa muy notable y que demuestra sin lugar a dudas que su justa ira iba dirigida enteramente contra los doliones.

Idas estaba a punto de contestarle con alguna mofa cuando Hércules lo cogió por detrás y lo lanzó al aire, haciéndole dar una voltereta antes de volver al suelo, tambaleándose.

—Ya has dicho bastante —dijo Hércules, haciendo girar rápidamente su maza. Idas se tragó su rabia.

Se hizo la paz con los doliones. Alejandro, que sucedió a su hermano en el trono, aceptó la explicación de Jasón de que sus hombres habían creído estar en Dascilión; los absolvió de toda culpa y admitió que, por su parte, los había tomado por sus enemigos pelasgos de Proconesos. Estaba claro que sentía alegría en lugar de pena por la muerte de su hermano. Entonces, todos juntos, los argonautas y los doliones formaron piras y colocaron sobre ellas los doce cadáveres, con romero y otras hierbas perfumadas para disimular el hedor de la carne humana al asarse, y con todos los regalos de comida que habían sido llevados al Argo, excepto el vino. Juntos bailaron con sus armas alrededor de cada pira, tres veces alrededor de cada una, haciendo chocar sus armas, mientras que los sirvientes soplaban en conchas y tocaban el tambor para asustar a los espíritus de los muertos en batalla. Y siempre, al finalizar la tercera vuelta, los danzarines arrojaban tizones encendidos sobre la pira y se detenían a mirar cómo las llamas saltaban y devoraban el cadáver. El viento hizo crepitar las piras con fuerza, y pronto ya nada quedaba de los muertos más que huesos candentes. Sobre éstos apilaron unos altos túmulos, pero el más alto fue para Cícico.

Los argonautas se lavaron tres veces en agua de manantial y se cambiaron de

ropa. Sacrificaron corderos negros, con las cabezas vueltas hacia el suelo, y vertieron sangre sobre los túmulos, para que los espíritus pudieran calmar su sed de venganza; y también el vino que les habían regalado, para hacerlos olvidar. También se arrancaban el pelo a mechones. Sin embargo, el espíritu de Clite no preocupaba a los argonautas.

Durante tres días se celebraron juegos fúnebres en honor del rey Cícico, en los que los doliones también participaron; pero los argonautas, como era de esperar, ganaron todos los torneos.

En el torneo de lucha, en lugar de elegir a Hércules o a Cástor, eligieron al gran Anceo para representarles. Pues Hércules había matado accidentalmente a los dos últimos contrincantes que había tenido en un cuadrilátero y aun le perseguían de vez en cuando sus espíritus, y Cástor se había hecho daño en el dedo pulgar al saltar a tierra desde el Argo aquella noche funesta. En el primer encuentro, Anceo cogió a su adversario por la cintura, y levantándolo del suelo, lo arrojó hacia un lado y lo tumbó en tierra rápidamente antes de que pudiera recobrarse de su sorpresa. Esto le valió una copa de oro a Anceo, pues el dolión se negó a arriesgarse a otra caída.

Hércules ganó la prueba de levantamiento de pesos con toda facilidad. Su adversario se estaba esforzando por levantar con ambas manos la nueva piedra que servía de ancla para el Argo y ponérsela sobre los hombros; pero mientras aun jadeaba y tiraba de ella sin resultado alguno, Hércules se acercó a él por detrás y, forzándolo a sentarse sobre la piedra, metió una mano por debajo y la levantó sobre su cabeza con el dolión incluido. Y luego, cuando el dolión hubo bajado de un salto, declarándose vencido, Hércules lanzó la piedra al aire, recogiéndola al caer, y preguntó si alguien tenía ganas de jugar con él a la pelota. Nadie respondió, así que arrojó la piedra por el aire como si fuera un tejo sobre las cabezas de los espectadores. Por fortuna no hubo heridos. Esta hazaña le valió a Hércules una copa de plata, pues la plata era más apreciada por los doliones que el oro.

Cástor recibió una cimera de oro por ganar las carreras de carros de dos caballos; pero el concurso en si no fue muy memorable, pues los caballos locales eran de una raza pobre en comparación con los de Esparta o Tesalia.

Pólux ganó un magnífico tapiz con el boxeo; resultó ser un adversario terrible y jugaba con su contrario como un gato salvaje con un ratón. El dolión se abrazaba constantemente, con gran disgusto de los argonautas, pues en Grecia la clincha está mal considerada. Pero Pólux lo dejaba despegarse de cada clincha sin castigarlo, y después corría tras él, asestándole golpes en la barbilla con la izquierda hasta conseguir que se aturdiera y se dejara caer, vencido, sobre una rodilla.

Las carreras pedestres se suprimieron porque Atalanta se había inscrito en ellas; y mientras que los doliones se negaban a concursar con una mujer, Jasón tampoco quería insultar a Atalanta sustituyéndola por otro argonauta.

Se consideró justo dejar que Jasón defendiera a los argonautas al menos en uno de los certámenes, y le fue permitido inscribirse en el de tiro con arco, aunque Falero de Atenas era mucho mejor arquero que él, y Hércules mucho mejor que Falero. Pusieron un ganso en medio de un campo y un poco de cebada delante del animal; a una señal dada, Jasón y su adversario dispararon al ganso una flecha cada uno, desde una distancia de sesenta pasos. La primera flecha del dolión hirió al ganso en una pata, clavándolo en el suelo y haciendo que agitara las alas, pero la flecha de Jasón le pinchó en el pecho y le hizo sangrar. En la segunda ronda los dos erraron el tiro a causa de una repentina ráfaga de aire. En la tercera, la flecha del dolión penetró en la rabadilla, pero la de Jasón en la cabeza. Esto le valió a Jasón una corona de olivo silvestre, pues no quiso aceptar ningún otro obsequio, diciendo que los que había recibido antes le habían traído mala suerte.

Finalmente tuvo lugar el concurso de música y Foceo, el bardo de la corte de los doliones, acompañándose a la lira, cantó con voz gutural un largo panegírico sobre el rey Cícico y sus camaradas muertos, detallando las glorias de sus antepasados y las valientes hazañas de cada uno de ellos, y cerrando cada estrofa con el mismo triste lamento:

Pero murió en la noche, ¡ay, ay!
Herido por la mano de un amigo.

Se le aplaudió como se merecía, y luego todos los ojos se volvieron a Orfeo. Al contrario que Foceo, Orfeo no hacía vibrar con fuerza su voz, ni punteaba las cuerdas con movimientos exagerados de manos y muñecas, ni eran las palabras que cantaba adulaciones vacías de los caídos. En lugar de esto, volvió su preocupado rostro hacia el monte Díndimo, y punteando las cuerdas como si cada nota le estuviera hiriendo, hizo que su lira palpitara de dolor, y cantó con su voz clara:

Perdona, Madre, a tu hijito insensato
Tan joven que casi no sabe decir tu nombre
¡Tú, diosa, omnipotente y juiciosa por todas las faltas que ha cometido hoy
no le culpes, por favor.

Quiebra los timones, destroza los cascos
de quienes enarbolan las velas del mal,
Y aunque sus espíritus chillen como gaviotas en bandada,
baila en tu noche triunfal sobre sus cráneos
Pero a mí, Madre, sonríeme.

El llanto le impidió continuar, y todos los argonautas lloraron con él. Equión se quitó de su pie derecho su dorada sandalia, con alas en el talón, emblema de su oficio de heraldo. La entregó a Orfeo con estas palabras:

—Orfeo, ¡jamás podré ser tan buen heraldo como tú! Luego, como un solo hombre, se incorporaron y atravesaron en fila el istmo, bajando a la isla del Oso. Subieron al monte Díndimo por el sendero que hoy en día se llama Sendero de Jasón, empeñados en aplacar a la enojada diosa. No temían a los hombres-oso, pues Atalanta los acompañaba, y mientras los argonautas se tapaban los oídos, profirió el grito agudo, como una carcajada seca, que hacer que se hiele la sangre de los hombres: el grito de la doncella cazadora que advierte a los extraños para que se aparten de su camino si no quieren que los metamorfosee en ciervos. Así pues, llegaron sanos y salvos a la cima, desde la cual, como el día estaba despejado, podían ver casi toda la costa del mar de Mármara, y Proconesos parecía estar sólo a un tiro de flecha. Linceo miró hacia el noroeste y exclamo:

—¿Veis aquella cinta plateada en la lejanía? Es el Bósforo, a través del cual está nuestro camino hacia Cólquide —pero nadie más pudo distinguir el estrecho.

En un hoyo, cerca de la cumbre, hallaron el tocón de un pino cuya parte superior había sido arrancada por un rayo, pero había sido un árbol tan grande que dos hombres con los brazos extendidos no podían rodear el tronco. Argo empezó a cortarlo con su hacha, hasta que tomó la forma de una diosa sentada en cuclillas, con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas. Cuando hubo terminado, todos los hombres se pusieron guirnaldas de hiedra sobre la frente y se postraron ante la imagen. Se cortaron con cuchillos hasta que empezó a correr la sangre, y dando alaridos de súplica le pedían su perdón, mientras que Atalanta coronaba de flores la imagen y se dirigía a ella llamándola «Amada Señora de la Faz Radiante». Entonces cada uno de los hombres fue en busca de una roca enorme, la más grande que pudiese levantar o hacer rodar, y Hércules construyó con ellas un altar firme. Sobre el altar depositaron las ofrendas que habían traído consigo: cebada, sésamo, bellotas, piñones y un valioso tarro de miel de Himeto, que era la ofrenda de Butes. Atalanta pronunció la oración apropiada y entonces apartaron la vista y esperaron una señal. Al poco rato oyeron el rugido de un león repetido tres veces, y comprendieron que todo estaba bien.

Regresaron al istmo, de dos en dos, y mientras caminaban vieron cómo se formaban nubes en el sudoeste. Tifis dijo:

—Dentro de tres días podremos zarpar.

Jasón preguntó:

—¿Y por qué no esta noche?

Tifis respondió:

—Hemos de dejar que el viento nos preceda y debilite la fuerza de la corriente en el estrecho.

Aquella noche, que era la última antes de la luna nueva, fueron atormentados por sueños de los doliones muertos. El pequeño Anceo, Peleo, Falero y Ergino de Mileto, se despertaron bruscamente, echaron mano a las armas, y se hubieran puesto a luchar a muerte entre ellos mismos si Idmón no se hubiera despertado con el ruido. Les arrojó agua fría en la cara para hacerlos volver en sí.

Por la mañana todos estuvieron de acuerdo en que debían reanudar su viaje cuanto antes y hacer su próxima escala en la desembocadura del río Cío, que está al abrigo de las altas montañas de Argantonia. Mientras tanto Idmón se encargó de apaciguar a los espíritus de un modo más eficaz de lo que se les había apaciguado en el funeral.

Ordenó a sus camaradas que se lavasen tres veces en el mar y una vez en agua de manantial (tal como él mismo hizo), y que se ciñeran la frente con coronas verde-gris de olivo. Luego, puesto en pie sobre el túmulo de Cícico, y vestido con su túnica sacerdotal, los hizo desfilar a todos ante él y tocó a cada uno con una ramita de laurel de buen agüero. A continuación sacrificó unos cerdos, derramando primero su sangre sobre los túmulos y asándolos a continuación sobre hogares bajos, hasta que todo quedó consumido por las llamas.

—¡Comed bien, queridos espíritus! —exclamó Idmón con su voz aguda.

Entonces colocó treinta y cuatro troncos de roble en fila y plantó unas estacas junto a estos troncos, como si fueran lanzas, y llamó a cada tronco por el nombre de uno de los argonautas. Luego se llevó a los argonautas andando de puntillas y cruzaron un arroyo descalzos para que el agua que corría se llevara consigo su olor y no pudieran reconocerlos los espíritus que tan fino olfato tienen. A continuación regresó solo y se dirigió a los espíritus diciendo:

—Espíritus, olvidad vuestra cólera y contentaos por fin con vuestro lugar de reposo allá abajo. No aflijáis a los rebaños con plagas ni a las cosechas con añublos. Mirad, frente a vosotros en fila, están los que os han matado por error. Acosadlos a ellos si queréis, ¡pero no descarguéis vuestra cólera en sus hijos u otros inocentes!

Llamó a cada uno de los troncos por turno. Finalmente, tapándose la cabeza con su capa, también él se alejó a hurtadillas y cruzó el arroyo.

—¡A la mar, a la mar! —gritaron los argonautas.

—Que ninguno de vosotros vuelva la cabeza para mirar los túmulos —dijo Idmón —, no sea que algún espíritu os reconozca y se dé cuenta del engaño.

Pero Idmón se había olvidado de poner su tronco en la fila y de llamarlo Idmón. El fantasma de uno de los doliones llamado Megabrontes, a quien había dado muerte el propio Idmón, se deslizó tras él, voló a bordo del Argo y se ocultó en la arqueta

debajo del asiento del timonel. Allí permaneció escondido, esperando poderse vengar. Linceo vio cómo fijaba en Idmón su mirada ceñuda, pero no le dijo entonces nada a nadie, pues no quería atraer sobre sí la atención del fantasma.

Pronto se hicieron de nuevo a la mar, con el viento del sudoeste en la vela, y Orfeo tocó una melodía sin palabras en honor a la diosa del Díndimo; tan dulce era la melodía que a cada uno de los tripulantes le parecía que el mar se llenaba de flores. Un martín pescador reluciente voló desde un promontorio en la isla del Oso, se posó en la verga y se puso a piar y a batir sus cortas alas.

Orfeo dejó su lira. Todos empezaron a preguntarle a Mopso: «¿Qué está diciendo el pájaro? ¿Es un mensaje de la diosa?».

Y Mopso respondió:

—Una y otra vez, es siempre el mismo mensaje: «Hijos míos, ¡no volváis a pecar!».

Pero los doliones prorrogaron por todo un mes la duración de su luto, sin encender fuegos y comiendo sólo alimentos crudos.

21. HILAS SE PIERDE

Hércules empezó a gruñir mientras remaba.

—Estoy seguro de que el rey Euristeo ya ha enviado a su heraldo Talcibio en mi busca con órdenes para algún nuevo trabajo. Si tenemos más demoras como esta última, me alcanzará, tan seguro como que me llamo Hércules. No me extrañará nada encontrármelo esperándome encaramado sobre una roca a la entrada del Bósforo. Me dirá con su sonrisa insípida: «¡Cuánto me alegro de verte, noble Hércules! Mi amo, el rey Euristeo de Micenas, tu señor, me envía para que te comunique sus últimas órdenes. Tienes que subir a la luna y bajarle unas fresas maduras —¡asegúrate de que estén maduras!». ¡Bah! ¿Por qué querrá fresas de la luna? A ver si me lo explicáis. ¿No las tiene en sus propias cañadas? Por las Sufrientes Sagradas, ¡qué peticiones más necias hace ese idiota orejudo! Y lo peor de estas bromas es que yo tengo que ejecutarlas con toda seriedad.

Jasón, para seguirle la corriente, le dijo:

—Sí, príncipe Hércules, no podríamos prescindir de ti. ¡Será mejor que nos demos prisa, como bien dices!

Hércules respondió:

—Toma un remo, para variar, muchacho, y deja que por hoy sea Orfeo nuestro capitán. Parece tener más inteligencia que todos los demás que estamos en este barco, exceptuando al pequeño Hilas. Toma el remo de Idmón y deja que Idmón releve a Tifis, que tiene la mirada de perro enfermo y debería estar bien acurrucado bajo su manta.

Jasón tomó el remo y Tifis accedió a que Idmón guiase el navío. Tifis estaba más débil cada día; Hércules lo había tenido que bajar a cuestas del monte Díndimo.

—Vamos —dijo Hércules—, démonos prisa. Entregaré la copa de plata que gané en los juegos al hombre que consiga mantener mi ritmo con el remo hasta que varemos en una playa esta noche. ¡Música, Orfeo!

Orfeo inició una canción de remeros, con un estribillo bajo y balanceante, y empezó a improvisar versos sobre el Sol, que todos los días cruza los cielos de este a oeste en una carroza de fuego; y que cada noche regresa por la ruta del océano, transportado en un bote de oro con forma de lirio de agua, durmiendo mientras navega. También cantó a Ea, ciudad de Cólquide, donde se encuentran los establos del Sol con sus corceles blancos que mascan granos de oro y salpican al suelo de los establos con espuma. Cada estrofa era una repetición de la anterior con sólo un verso nuevo al comienzo. Este recurso acumulativo era como un hechizo que obligaba a los remeros a continuar remando. Hora tras hora seguían bogando, jactándose cada hombre para sí de que seria el último en guardar el remo.

Hércules remaba con los ojos vidriosos, como en sueños, aunque de vez en cuando se unía al estribillo con un bramido ronco. Y así siguieron, verso tras verso, y pasaron la desembocadura del río Rindaco llena de juncos, con sus pantanos que resonaban con los gritos de aves salvajes, y también la frondosa isla de Besbicos, siete millas más al norte. Esta parte del mar rebosaba de peces de toda clase, algunos de ellos desconocidos para los griegos, y que tenían extrañas formas y colorido. El día era caluroso, y alrededor del mediodía el gran Anceo le dijo a su vecino Hércules, rompiendo el hechizo del canto:

—Querido compañero, dejemos de remar un rato y refresquémonos con un poco de vino y pastel de cebada.

Por toda respuesta Hércules cantó a gritos la siguiente estrofa de la canción; ni Anceo ni ningún otro se atrevió a volver a mencionar el tema. Y así siguieron remando, verso tras verso y hora tras hora, siguiendo el ritmo de Hércules. Pasaron el poblado frigio de Mirlea, edificado sobre una costa llana respaldada por colinas bien cultivadas; todos deseaban ardientemente desembarcar allí, pues podían distinguir las largas extensiones de viñas bien cuidadas en las laderas en bancal detrás de la ciudad; pero el canto implacable los mantenía atados a sus remos. Euridamante, el dólope, y su compañero, Corono de Girtón, fueron los primeros en rendirse, desarmando sus remos con rostro avergonzado. Ergino de Mileto y Ascálafo, hijo de Ares, siguieron su ejemplo. Cuando Falero de Atenas se dio cuenta de que los cuatro eran auténticos minias, se guaseó de ellos diciendo:

—Si este viaje lo hubieran hecho solamente los minias, creo que ni siquiera habríamos llegado a ver cómo las costas de Grecia se perdían en el horizonte.

De este modo despertó el espíritu de rivalidad entre los minias verdaderos y los que sólo eran minias por adopción. Entre los diez siguientes hombres que dejaron los remos estaban el propio Falero y su compañero Butes. El canto seguía subiendo y bajando como un gruñido, mientras avanzaban hacia el golfo Cianeo; pero los que se habían retirado de la prueba dejaron de cantar por agotamiento. El gran Anceo se desmayó y cayó hacia delante sobre su remo, hecho que el pequeño Anceo utilizó como un pretexto para guardar su propio remo y reanimar a su tocayo, echándole agua de mar en la cara. A babor, al otro lado del golfo, se elevaba la escarpada y formidable masa de montañas de Argantonia, coronadas de nieve y cubiertas de pinos, donde se encuentran osos de tamaño gigantesco.

Cuando se hallaban aun a cinco millas de su objetivo, que era la desembocadura del poco profundo pero turbulento río Cío, en el punto más distante del golfo, sólo continuaban firmes Cástor, Pólux, Jasón y Hércules. Cada vez que se había retirado un remo, el trabajo que recaía sobre los demás remeros se había vuelto más y más duro, y un fuerte oleaje recrudeció aún más su tarea. Pronto Cástor y Pólux dejaron de remar a un tiempo, pues ninguno de los dos quería quedar mejor que el otro, y la

fuerza de Cástor iba decreciendo. Jasón continuó bogando, con las manos en carne viva, empeñado seriamente en su esfuerzo, pues le resultaba odioso tener que ceder a la supremacía de Hércules. En poco más de media milla la prueba habría terminado. Pero el remo de Jasón no se hundía en el agua tan profundamente como el de Hércules y a Idmón le resultaba difícil mantener el rumbo de la nave.

Hércules cantaba cada vez con más vigor; Jasón cada vez más débilmente. Finalmente Jasón falló un golpe, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Hércules se quedó remando solo. La corriente fangosa del río Cío presionaba contra el Argo; Hércules luchó contra ella con energía e intentó con todas sus fuerzas seguir avanzando. De pronto se oyó un fuerte crujido, seguido de un estruendo. Su remo se había partido en dos y el pobre se había dado un golpe tan fuerte con el extremo de la pala en el pecho que cayó tambaleándose hacia atrás arrojando a Zetes, que estaba allí sentado, a los brazos de Meleagro, y a Meleagro a los brazos de Nauplio. Hércules se recuperó y echando fuego por los ojos, gritó furioso:

—¡Leones y Leopardos! ¡Que alguien me de un remo de verdad y no otro listón podrido como éste!

Argo respondió por los demás:

—¡No, noble Hércules! No fue culpa del remo. Tu maravillosa fuerza rompería el mejor remo del mundo al competir con este impetuoso río. Vamos, compañeros minias, ¡un último esfuerzo con el remo y esta noche podremos acampar en aquellas agradables praderas que desde aquí se ven, estrelladas de flores blancas!

Los agotados hombres echaron otra vez mano a los remos y Hércules le quitó a Jasón el suyo de sus manos muertas. El Argo volvió a dispararse hacia delante e Idmón lo hizo penetrar en una laguna. Allí anclaron el navío, desembarcaron en un terreno cubierto de hierba y en seguida se pusieron a recoger madera seca de deriva para hacer su fuego de campamento, que Augías encendió con los bastoncitos que guardaba para este fin. Era el hombre más hábil en toda Grecia para encender un fuego en tiempo húmedo o cuando hacía viento, aunque nadie lo hubiera dicho a juzgar por sus manos gruesas y la lentitud de sus movimientos.

Llenaron el caldero del Argo con agua del río para hervir en él la docena de grandes peces que Tifis había pescado aquella tarde a curricán, con un anzuelo atado a un corcho a remolque de la nave; pero se había sentido tan débil que le había pedido a Hilas que fuera jalando los peces a bordo a medida que los iba pescando. Una sopa de pescado, preparada con harina de cebada y hierbas aromáticas, les reconfortaría mucho; pero Hércules declaró que aunque el fango del río quizás no estropearía el gusto de la sopa, necesitaba al menos agua clara para mezclar con el vino. Los demás argonautas estaban demasiado agotados para preocuparse de lo que iban a beber; sin embargo, Hilas se ofreció a buscar un manantial de agua limpia y traerle a Hércules lo que pedía. Volvió a trepar por el Argo para recoger su jarra, pero al mismo tiempo

tomó el zurrón que contenía su hebilla de plata, los adornos de oro y las provisiones de carne y de higos. Había encontrado, por fin, su oportunidad para escapar. Todos los argonautas, a excepción de Hércules, estaban demasiado cansados para perseguirlo, y estaba seguro de poder engañar a Hércules.

—Ten cuidado, hijito —dijo Hércules—. No te alejes de la orilla del río, y si te encuentras con cualquier peligro, ¡aléjate inmediatamente y pide auxilio! ¡Ven, dame un beso primero!

Hilas le dio un beso de inusitado fervor, esperando así distraerle para que no se fijara en el zurrón. Hércules no sospechó nada y cuando Hilas se hubo perdido de vista en una de las revueltas del camino de Sirga, lanzó un profundo suspiro, parecido a la ráfaga de aire que anuncia una tempestad.

—¡Ah, cómo me quiere este muchacho! —exclamó—. ¿No me envidias, Idas? ¿No me envidias, Zetes? Linceo, tú que tienes la vista más aguda de cuantos hombres existen sobre la tierra, y vosotros, Argo, Nauplio, Orfeo, mi hermano Polifemo, que de toda la tripulación sois los hombres que más lejos habéis viajado (después de mí), y tú, Atalanta, que por ser mujer puedes hablar libre de prejuicio, decidme, ¿habéis visto alguno de vosotros, en todos vuestros viajes, un muchacho más hermoso, más cortés, más gracioso o más cariñoso?

—Oh, pues claro que no, noble Hércules —contestaron todos al unísono.

Pero Tifis dijo con suavidad:

—¡Ten cuidado, Hércules, no sea que atraigas la envidia de algún dios! Fue precisamente esta clase de elogio irreflexivo lo que tentó a Zeus a raptar al joven troyano Ganimedes. Déjame que aparte el peligro de Hilas sacándole algunos defectos. Tiene la nariz un poco corta, la boca un poco grande, y tuerce el dedo meñique con afectación cuando bebe.

—Me gustan las narices cortas, su boca tiene una forma perfecta, y si dices una sola palabra más sobre el modo elegante en que bebe convertiré mi maza en mano de mortero y te haré picadillo.

—Muy bien —dijo Tifis—, retiro mis palabras, que habían sido pronunciadas con buena intención.

—Olvídate de tus buenas intenciones y cíñete a la verdad —dijo Hércules severamente—. La verdad es única y perdurará —entonces recordó el remo roto y les dijo a sus compañeros—. Voy a cortar madera para hacerme un remo; pero un remo como está mandado, que no se partirá jamás. Cuando regrese Hilas, hermano Polifemo, asegúrate de que coma bien y de que beba un poco de vino, pero no demasiado. Soy de la opinión de que el vino en grandes cantidades no es saludable para un niño.

Hércules se alejó a grandes zancadas y se puso a explorar la comarca en busca de un pino apropiado, pero no encontró ninguno que le gustara. Cada árbol que

examinaba era demasiado pequeño o demasiado grande, o tenía demasiadas ramas, o estaba torcido. Al caer la noche regresó de mal humor y pidió una antorcha encendida. Polifemo le entregó una rápidamente y Hércules volvió a marcharse. Transcurrieron dos horas más antes de que encontrara un pino adecuado, un árbol espléndido, tan derecho y liso como un álamo que crecía junto a una oscura arboleda. Aflojó las raíces con su maza y luego, agachándose, con las piernas separadas, tiró de él con furia. Por fin el árbol salió de un tirón, arrastrando en sus raíces una carretada de tierra. Hércules lo golpeó para sacudir la tierra, lo levantó sobre el hombro, y volvió dando tropezones al fuego del campamento.

—Que alguien me dé un hacha —gritó—. Pienso convertirlo en un remo antes de cenar. Y escucha, Argo, te voy a pedir que me hagas una nueva chumacera para el remo, dos veces mayor que la otra.

Se puso a cortar y a rebajar el tronco, dando enormes gruñidos, cuando de pronto llamó:

—¡Hilas, eh, tú, Hilas, cariño! ¡Ven a ver lo que estoy haciendo!

—Hilas aún no ha vuelto, noble hermano —dijo Polifemo ¿Quieres que salga en su busca?

—¿Qué aún no ha vuelto, dices? ¿Qué quieres decir con eso de «aún no ha vuelto»? —rugió Hércules—. Te ruego que no me provoques. Sabes que soy una persona muy susceptible cuando no estoy ahíto de comida y bebida.

—No es ninguna broma —dijo Polifemo—. Hilas salió con la jarra y aún no ha vuelto. ¿Quieres que salga en su busca mientras tú terminas el remo?

—Será mejor que lo hagas, Polifemo —dijo Hércules—, y cuando lo hayas encontrado, le dices de mi parte que se prepare para recibir la mayor paliza de su vida por haberme causado tanta preocupación.

Polifemo se echó un haz de antorchas a la espalda y, con una antorcha encendida en la mano, empezó a subir siguiendo el río. Mientras caminaba llamaba a gritos a Hilas, pero no obtuvo respuesta alguna excepto el ululato burlón de un mochuelo. Polifemo era un gran conocedor de los bosques y no tardó en descubrir las huellas de unos pequeños pies calzados con sandalias. Eran las pisadas de Hilas, que sin duda había estado corriendo. Las marcas de los dedos en la sandalia derecha no eran más profundas que las de la izquierda: así pues, la pesada jarra de bronce debía estar contrapesada por algún otro objeto en el otro lado. ¿O habría Hilas tirado su jarra al río? Las huellas llevaron a Polifemo hasta un pequeño arroyo que terminaba en un profundo manantial, llamado el manantial de Pegae. Allí encontró las sandalias y la jarra de Hilas tiradas en la orilla, y también su traje de piel de cervato, pero no encontró a Hilas. En aquel momento resonó en la espesura el grito de un pájaro nocturno; Polifemo desenvainó su espada y corrió hacia delante, ofuscado, creyendo que unos ladrones o algún animal salvaje se había llevado a Hilas. Gritó:

—¡Hilas, Hilas! ¿Qué te están haciendo?

Hércules oyó el grito desde el lugar donde estaba trabajando y, agarrando su maza, subió dando saltos por el valle. Pronto se encontró con Polifemo y éste, con los dientes castañeando y la voz temblorosa, le dijo:

—Oh, querido Hércules, prepárate para oír malas noticias. Hilas llegó hasta aquella fuente que hay allí arriba, pero allí terminan sus huellas. Ha dejado su jarra, sus sandalias y su traje de piel de cervato sobre la hierba, pero le deben de haber atacado unos ladrones, o unos osos salvajes, o se lo habrá llevado al cielo algún dios celoso. ¡Yo le oí gritar!

Hércules bramó de rabia y de angustia como un monstruoso toro al que le pica un tábano en alguna parte sensible. Corrió dejando atrás a Polifemo y empezó a hacer girar su maza por encima de la cabeza gritando:

—¡Hilas, Hilas, hijito, vuelve! ¡Vuelve, estás perdonado! ¡No pensaba pegarte!

Polifemo regresó al campamento y les advirtió a los argonautas lo que podían esperar de Hércules si Hilas no aparecía.

—Estoy seguro de que nos matará a todos —dijo—, empezando por Tifis y Jasón.

—Lo que ha ocurrido está muy claro —dijo Ergino de Mileto—. Hilas siguió corriendo hasta que sintió calor, bebió agua en el manantial, se sacó las sandalias y el traje de piel de cervato para poder nadar, se tiró al agua de cabeza, perdió pie y se ahogó.

—Nadaba como un pez —advirtió Jasón.

—Debió de golpearse la cabeza contra una roca hundida y perder el conocimiento —dijo Eufemo de Telamón—. Esto mismo les ha sucedido a muchos nadadores temerarios.

—Hilas era un muchachito estupendo —dijo Peleo—. Lo voy a echar de menos.

Meleagro sonrió y dijo:

—No creo que tengáis que hablar de él como si ya estuviese muerto. Por la forma en que nos habló a Atalanta y a mí el otro día en Samotracia, creo que sólo ha huido de su amo. Y creedme, en el fondo no puedo culparle.

Linceo dijo:

—Me di cuenta de que llevaba un zurrón consigo cuando salió. Si se hubiese tirado al agua para nadar, lo hubiese dejado en la orilla junto con sus sandalias y su jarra.

—Yo oí en su zurrón como un chocar de metales —dijo Atalanta.

Polifemo dijo:

—Un zurrón con mucho peso en el lado izquierdo explicaría la igualdad del rastro. No podía comprender cómo el peso de la jarra no hacía que las marcas de los dedos fueran más pronunciadas en un lado que en otro.

—¿Un zurrón pesado con un sonido metálico? —exclamó Mopso—. Entonces

está claro como el día que el jovencito se ha escapado. Es lo suficientemente listo como para escabullirse de Hércules, al menos por el momento. Me imagino que cogerá la carretera del interior hacia Troya y desde allí tomará un barco hasta Lemnos para encontrarse otra vez con aquella muchacha, Ifinoe.

—Quizás Pelias tuviera razón —dijo Argo cuando aseguró que el peso de Hércules sería demasiado para el Argo. Tengo miedo de que cuando regrese dé unas cuantas patadas que abrirán enormes agujeros en el fondo. ¿No creéis que ha vuelto a enloquecer? Fijaos en este prodigioso remo que ha construido. ¿Creéis de verdad que tiene intención de utilizarlo? Pero si es casi tan largo como el barco… Todo el mundo se reirá de nosotros cuando pasemos remando.

—Es el remo más extraño que he visto en mis treinta años de navegación —comentó con acritud el viejo Nauplio—. Es demasiado largo y no podría utilizarse ni siquiera en caso de que Hércules se sentara en el banco del lado opuesto. Además, ¿cómo conseguiría guardarlo? ¡Tendríamos que echar el mástil por la borda y meter el remo en las cuñas del mástil!

Aún se oía a lo lejos cómo Hércules gritaba: «¡Hilas, Hilas!», pero ya no se veían los débiles centelleos de su antorcha. Inquietos, se preguntaban si Hilas descubriría a los troyanos que el Argo se dirigía a Cólquide, pues, si lo hacía, las consecuencias serían graves. Pero Atalanta defendió a Hilas diciendo que antes se mordería la lengua que traicionar a sus camaradas, y que, cuando quería, era un mentirosillo muy ingenioso.

—Le deseo mucha suerte con las mujeres —dijo—. Sin embargo, no puedo dejar de preocuparme por él ahora que está a su merced ¡vaya si me preocupo!

Así continuaron hablando.

—Bueno, espero poder dormir un poco ahora —dijo el gran Anceo—. Éste ha sido un día agotador para todos. ¡Buenas noches, compañeros!

Todos se quedaron dormidos, menos Polifemo, que no quería que Hércules lo considerara un gandul. Se puso a caminar río arriba siguiendo la dirección que había tomado Hércules, llamando con voz cansada: «¡Hilas, Hilas!» y agitando su antorcha.

El Cío es la prolongación de un enorme lago sagrado llamado lago Ascanio, en cuyo extremo más cercano se halla el colegio de las ninfas, de los Picos. Cuando Hilas llegó al manantial de Pegae, sorprendió a la ninfa principal, llamada Driope, que se estaba bañando desnuda; era la víspera de la luna nueva y se estaba purificando para el sacrificio. Hilas apartó la vista modestamente, pero se atrevió a pedirle que le indicara el camino de Troya, relatándole su historia con pocos encubrimientos. Driope se enamoró de él. Le dijo que si quería podía ir con ella al colegio de las ninfas, donde lo disimularía entre las demás mujeres hasta que la nave hubiese zarpado. Hilas le dio las gracias con lágrimas en los ojos y ella lo abrazó, pero no de la forma en que lo hacía Hércules, como un oso; luego lo besó

dulcemente. Dijo que como la había visto desnuda y no se había convertido en zorro o en ciervo, estaba claro que la diosa había previsto este encuentro: él podría disfrutar de su compañía, con mucho gusto por parte de ella. De este modo lo sedujo sin dificultad alguna, pues era una mujer hermosa y el joven Hilas estaba entusiasmado de poder sentirse hombre por fin y disfrutar del favor de la diosa. Le dio todos sus ornamentos como prenda de amor, pero la ninfa le aconsejó que dejara sus sandalias, su jarra y su traje al borde del agua, para que creyesen que se había ahogado; ella lo llevaría por un sendero cubierto de espesa hierba donde sus huellas no quedarían marcadas.

Cuando Hércules llegó enfurecido al colegio de las ninfas y preguntó si habían visto a Hilas, Driope le dijo que no sabía nada. Él insistió en buscar por todos los rincones y ella no se opuso a sus deseos, aunque el colegio era un lugar sagrado y él no tenía derecho alguno a atravesar sus umbrales. Fue de habitación en habitación abriendo armarios y arcas a golpes de maza y mirando furiosamente a las aterradas ninfas. Pasó por delante de Hilas, pero no lo reconoció con su túnica corta de color verde y su capucha; luego, al amanecer, regresó al fuego del campamento cerca de la laguna, profiriendo rugidos, gruñidos y maldiciones. Al acercarse empezó a gritar:

—Todos vosotros sois unos traidores y habéis tramado esto contra mí. Me voy a vengar. Uno de vosotros me ha robado a mi hijito. Has sido tú, Jasón, o tú, Tifis, nunca me fié de ninguno de los dos.

Pero el campamento estaba desierto, y cuando se puso a buscar el Argo, vio que había desaparecido. Cuando empezó a clarear el día lo divisó, una figura pequeña en el horizonte oeste, costeando los arrecifes basálticos de Argantonia. Cuando se dio cuenta de que lo habían abandonado se quedó al principio demasiado sorprendido para poderse enfadar. Nunca le había sucedido nada igual en ninguna de sus aventuras. Se puso a buscar su copa de plata y sus otras pertenencias pues estaba convencido de que las habrían sacado de su arqueta y se las habrían dejado allí. Pero no habían dejado nada más que las espinas de los pescados y su remo nuevo. ¡Los muy piratas! Desde los bosques, a sus espaldas, podía oír la voz ronca de Polifemo que iba llamando a intervalos: «¡Hilas! ¡Hilas! ¿Dónde estás?».

A bordo del Argo había mucho desconcierto. Una hora antes de que amaneciera había soplado por el valle una fuerte brisa que avivó las consumidas ascuas de la hoguera con una llamarada. El humo hizo toser y estornudar a Tifis. Se despertó y entonces llamó a Jasón y le dijo:

—Ésta es precisamente la brisa que nos hace falta. ¡Da orden de que suban todos a bordo!

Jasón gritó:

—¡Todos a bordo!

Los soñolientos argonautas reunieron sus pertenencias y subieron tambaleándose

por la escalera al navío, colocándose cada uno en su asiento, menos Meleagro que se separó de Atalanta y se sentó en el banco de Hércules, pues durante la noche había surgido entre estos dos una discusión de enamorados. Lo que cada uno dijo no se sabía, pero habían dejado de ser amigos y si tenían que preguntarse algo lo hacían a través de Orfeo.

Se retiró la escalera por orden de Jasón y los argonautas utilizaron las puntas de los remos como si fueran pértigas, para impulsar al Argo fuera de la laguna. Luego, la rápida corriente del Cío lo atrapó y lo arrastró fuera del golfo.

—¡Izad la vela! —gritó Jasón.

Sacaron el mástil de las cuñas y lo aseguraron, alzaron la verga y la brisa hinchó la vela. Los argonautas, todavía medio dormidos, vieron cómo retrocedía la costa brumosa.

Sólo cuando estuvieron en pleno golfo, Admeto, el primero en insistir en Yolco en que Hércules capitaneara la expedición, exclamó de pronto:

—¿Dónde está Hércules? ¿Por qué no está a bordo? ¿Y donde está Polifemo? ¿Y qué haces tú sentado en el banco de Hércules, Meleagro?

Enfadado, se volvió hacia atrás para asegurarse de que Hércules no estuviera dormido en la proa. Luego le gritó a Tifis:

—¡Tú, miserable canalla! Fuiste tú quien nos despertaste cuando aún no era de día y tú quien persuadiste a Jasón de que nos hiciera subir a bordo y zarpar antes de que nos diéramos cuenta de que Hércules no estaba entre nosotros ¡Da media vuelta a la nave, o prepárate para lo peor!

Tifis no dio respuesta alguna. Se limitó a sonreír inexorablemente a Admeto.

Admeto guardó su remo y se levantó de un salto, arma en mano. Se dirigió tambaleándose y profiriendo maldiciones al otro extremo del navío, hacia Tifis. Pero Calais y Zetes, los hijos del Viento del Norte, lo sujetaron y exclamaron:

—¡Silencio, Admeto! Si tienes alguna queja dirígela a Jasón. Él es el capitán aquí.

Admeto luchó para desasirse.

—Tenéis razón, tracios —les dijo—. Jasón también tiene que ver con esta conspiración. Él ha consentido, por envidia, en abandonar a Hércules. Quiere que toda la gloria de la expedición sea para él solo. Sabe muy bien que si tiene éxito, toda persona con un poco de sentido común alabará a Hércules y se olvidará de Jasón. ¡Da la vuelta a la nave, he dicho! ¡Eh, camaradas! ¿Quién está de mi lado? ¿Qué esperanzas tenemos de recuperar el vellocino sin Hércules? Regresemos en seguida a buscarlo, y también a Polifemo. Si castiga a Jasón y a Tifis tal como se merecen, yo seré el primero que no levantará un dedo para defenderlos.

Nadie, a excepción de Peleo y Acasto, apoyó a Admeto. El viento era fuerte, el esfuerzo del día anterior había agotado hasta tal punto a los argonautas, que sólo el

pensar en bajar la verga y regresar remando contra el viento les producía un sentimiento de angustia. Además, tenían mucho más miedo de volver a encontrarse con Hércules que de ser acusados de abandonarlo: ya antes de perderse Hilas estaba bastante enloquecido, y ni siquiera le habían dejado comida o bebida en el lugar del campamento.

Idmón dijo:

—Vamos, Jasón, tú eres nuestro jefe. Eres tú quien debe decidir.

¿Regresamos o seguimos?

Jasón se quedó sentado, con mirada ceñuda, sin querer decir palabra.

Falero, el ateniense, le habló en tono de mofa:

—Jasón, estás más silencioso que un vendedor de pescado en el mercado de Atenas cuando un comprador le pregunta el precio de un pescado, calculado en aceite o en cebada. No se atreve a mencionar ninguna cantidad, por temor a pedir menos de lo que el cliente está dispuesto a pagar. Pero cuando un vendedor orgulloso me hace esta jugada a mí, cojo el pescado mojado y le pego en la cara con él, aunque en general soy un hombre paciente.

Admeto volvió a hablar:

—El viento nos empuja cada vez más lejos —dijo—. Vamos, Jasón, danos la orden antes de que sea demasiado tarde.

Idas se burló con su voz estridente:

—Admeto, Admeto, llevas tu gorra de piel de cordero torcida y la nariz sucia de alquitrán. ¡Siéntate, hombre, siéntate!

Calais le dijo con más suavidad:

—Admeto, olvídate de Hércules. Algún dios debió meterle en la cabeza a Tifis que nos despertara a todos de aquel modo, y hasta ahora nos ha mantenido ciegos ante la pérdida de Hércules.

—Y como su dedo invisible aún sella los labios de Jasón, nuestro capitán —añadió Zetes—, sigamos navegando, olvidémonos del loco de Tirinto, y pensemos únicamente en el vellocino.

Admeto contestó:

—Muy bien entonces. ¿Qué soy yo, un hombre contra todos vosotros? Pero sed testigos, Acasto y Peleo, de que vosotros y yo propusimos seriamente regresar al lugar del campamento, y que Zetes y Calais se opusieron. Si Hércules quiere vengarse sobre alguno de nosotros, que sea sobre aquellos dos tracios. Por lo visto Jasón, Argo, Tifis y los demás están sumidos en un trance divino y no pueden ser considerados responsables. En cuanto a ti, Idas, un día vas a decir una burla de más: y la burla volverá volando a tu boca como si fuera un genio, y te picará la lengua.

Continuaron navegando en un silencio que no tardó en romper la voz rasposa de Ascálafo de Orcómeno.

—Oigo un extraño ruido que viene de la proa, como si fuera una canción —dijo —. ¿No será la rama de Zeus?

—No es más que el viento que agita el cordaje —dijo Equión.

Pero Mopso, el adivino, subió a la proa, hizo callar a la tripulación y escuchó atentamente. Por fin asintió con la cabeza y habló:

—La rama dice: «Hércules ha quedado atrás por designio del propio Zeus. La cólera de Hércules allanará nuestro camino de regreso. Zeus también tiene una tarea preparada para que la ejecute Polifemo en la desembocadura del Cío. Cesad, hijos míos, de pelearos entre vosotros, y proseguid vuestro viaje devotamente en busca del objeto sagrado que hace mucho tiempo una yegua robó a un carnero».

Esto resolvió el asunto y volvió a restablecerse la paz entre los argonautas.

Al no hallar ni el más mínimo rastro de Hilas en el valle de Cío, Hércules visitó todas las ciudades de Misia vecinas, una por una, y acusó a los gobernadores de cada una por turno, de haberle robado a Hilas. Cuando rechazaban la acusación, él les exigía rehenes en garantía de su buen comportamiento y la promesa de que buscarían a Hilas hasta hallarlo. Ellos aceptaban, porque sabían que si le negaban cualquier cosa a Hércules, éste destrozaría sus casas a golpes y quemaría sus cosechas. Todavía hoy en día las gentes de Misia siguen buscando a Hilas por todas partes una vez al año, llamándole a través de los fértiles valles y los espesos bosques de sus tierras. Pero Hércules emprendió a pie el viaje a Cólquide, esperando encontrar el Argo allí y vengarse de Jasón y de sus compañeros.

Polifemo, al ser un exiliado de Larisa, no tenía hogar fijo, y cuando Hércules le puso al cargo de los treinta jóvenes rehenes misios, decidió establecerse en el valle del Cío y construir una ciudad allí. Así lo hizo, y desde entonces se ha convertido en un lugar de gran importancia, y es el nido favorito de la cigüeña sagrada.

—¿Por qué no? —asintió Jasón.

Siguieron remando lentamente durante unas cuantas millas más, hasta un lugar en que la costa se desviaba hacia el oeste y las colinas se alejaban; entonces vieron una ciudad de aspecto próspero con rebaños que pacían en una pradera de ricos pastos y un brillante arroyo que corría con ímpetu montaña abajo.

—¿Sabe alguien quiénes son los habitantes de este lugar? —preguntó.

22. PÓLUX BOXEA CON EL REY ÁMICO

Después de llegar al cabo Poseidón, los argonautas pusieron rumbo al noroeste, arriando la vela y tomando los remos. Las altas colinas los protegían del viento, pero como aún no se habían repuesto del esfuerzo del día anterior, su avance a lo largo de la costa rocosa escarpada fue lento.

Nauplio preguntó a Jasón:

—¿Intentamos pasar el Bósforo esta tarde?

Jasón consultó a Tifis, quien respondió:

—La corriente del estrecho será muy fuerte aún. Sin la ayuda de Hércules creo que nos va a resultar muy difícil luchar contra ella.

—Entonces, ¿por qué demonios —gritó Admeto nos hiciste marchar tan de prisa esta mañana, dejando atrás a Hércules?

Idmón dijo con su voz aguda:

—Admeto, Admeto, ya hemos discutido suficientemente esta cuestión, y la rama habladora del padre Zeus nos ha dado una clara explicación sobre el comportamiento de Tifis. Mi consejo es que te dirijas ahora mismo a Tifis y que le des la mano, en prueba de amistad; y que hagas lo mismo con Jasón y con Calais y Zetes.

Puesto que todo el mundo aprobó esta sugerencia, Admeto se vio obligado a cumplirla. Se puso en pie y estrechó solemnemente la mano de sus compañeros.

—Escucha, Jasón —dijo el gran Anceo—, si no tienes intención de avanzar más hoy, ¿por qué no desembarcamos en la primera playa resguardada que encontremos para completar nuestro descanso interrumpido?

Jasón.

Argo respondió:

—Son los bébrices, o, mejor dicho, una mezcla de aqueos, brigios y misios. Hace dos generaciones un clan aqueo se estableció entre los brigios en la desembocadura del Danubio y se mezcló con ellos; luego vinieron aquí en una flota compuesta de botes de piel de foca acompañados por unos cuantos guerreros brigios y pronto subyugaron a los misias locales. Son un pueblo extraño que prefiere la leche de vaca a la de oveja o cabra, y mezcla su vino con resma fresca de pino. He oído decir que su rey, que casi siempre está en guerra con los mariandinos y los bitinos en el norte, es un ser salvaje llamado Amico. Él sostiene que desciende de Poseidón y sigue una costumbre que afortunadamente ha sido abandonada en Grecia: la de hacer sacrificios humanos a este dios con el más mínimo pretexto. Si Anceo de Tegea necesita descansar, es muy probable que Amico le proporcione el reposo eterno.

Jasón puso el asunto a votación:

—¿Desembarcamos aquí o seguimos remando?

Decidieron desembarcar por treinta votos contra dos; todos se colocaron sus cascos y sus escudos y, profiriendo un grito de desafío, vararon el Argo frente a lo que parecía ser, por su tamaño, un palacio real, y ataron las maromas a un gran laurel.

Equión, el heraldo, fue el primero en saltar a tierra. Con aspecto grave y decidido se dirigió hacia las casas. Un hombre enorme y velludo, de largos brazos y cabeza aplastada, que parecía hecha en el yunque, a golpe de mazo —el rey Amico en persona, a juzgar por sus doradas insignias—, salió a recibir a Equión. Pero en lugar de saludarle con la cortesía que todo hombre de honor muestra ante un heraldo, aunque sea del enemigo, voceó bruscamente:

—Supongo que sabes quién soy yo. Soy el rey Amico. No, no quiero saber a quién representas ni a dónde os dirigís —de todos modos debes tener la boca llena de mentiras—, pero quiero que sepáis cuál es vuestra situación. A ningún extranjero le está permitido desembarcar en mi reino, a ninguno en absoluto. Aquí, cuando los extranjeros hacen eso, tanto si ha sido por error como intencionadamente, han de atenerse a las consecuencias. O me envían a un campeón para que boxee conmigo, en cuyo caso lo mato invariablemente con mi famoso gancho de derecha, o, si prefieren omitir esa formalidad, pueden abreviar el asunto rindiéndose en la cima del promontorio que acabáis de doblar y se les arroja sin más al mar, como ofrenda a mi gran antepasado Poseidón.

—Yo, personalmente, no boxeo —respondió con suavidad Equión y siento que ya no esté a bordo Hércules de Tirinto, que hasta ayer fue compañero nuestro. Creo que con él hubieras disfrutado de un buen encuentro. Pero en fin, tenemos con nosotros a otro campeón de los puñetazos, a quien tal vez te gustara conocer. Es Pólux de Esparta, que ganó el campeonato nacional de Grecia en los Juegos Olímpicos hace algunos años.

Amico se rió y dijo:

—En mi vida he visto a un griego que sirviera para algo en el cuadrilátero. Es cierto que he visto algunos griegos boxear con mucho estilo; con buen movimiento de pies, y hurtando el cuerpo aquí y allá. Pero eso, ¿de qué les sirve? ¡De nada en absoluto, los muy necios! Siempre les asesto mi gancho de derecha y los dejo hechos un trapo. Ellos no pueden hacerme daño, ¿comprendes? Soy todo músculo y hueso. Pégame y te romperás la muñeca.

Bajaron juntos al Argo y Amico se puso a gritar con insolencia:

—¿Dónde está este espartano loco, Pólux, que se cree un boxeador?

Jasón le respondió fríamente:

—Creo que debes de haber entendido mal las palabras de nuestro noble heraldo Equión, el hijo de Hermes. Yo soy Jasón de Yolco, jefe de esta expedición, y debo pedirte que me dirijas a mí las primeras palabras de bienvenida.

La desdeñosa risa de Amico parecía un balido:

—¡Habla cuando te hablen, Rizos de Oro! —le dijo—. Yo soy el famoso y terrible Amico. No me meto en el huerto de nadie ni permito que nadie se meta en el mío. Antes de arrojaros al mar por el acantilado, uno por uno, tengo ganas de conocer a este campeón nacional de Grecia y darle unos cuantos puñetazos. Me hace falta ejercicio.

Los argonautas se miraron los unos a los otros con expresión perpleja, pero la playa ya estaba repleta de los arpados secuaces de Amico. No tenían esperanza alguna de poder empujar el Argo y alejarlo de la costa sin sufrir grandes pérdidas; y no querían abandonar a Equión en manos de unos salvajes que, sin duda, no iban a respetar la inviolabilidad de su persona.

—Aquí estoy, rey Amico —dijo Pólux, poniéndose en pie—. Estoy un poco entumecido de tanto remar, pero será un gran honor para mí encontrarme contigo en el cuadrilátero. ¿Dónde sueles boxear? ¿Acaso en el patio de este maravilloso palacio tuyo?

—No, no —respondió Amico—. Más allá del pueblo hay una cañada, debajo de un acantilado, donde siempre realizo mis luchas, si es que se pueden llamar luchas. Generalmente se parecen más a un simple sacrificio sangriento.

—¿Ah, sí? —dijo Pólux ¿Así que tú estás a favor de boxear como en el matadero? Los hombres altos como tú a menudo se sienten tentados de ponerse de puntillas y asestar un buen golpe hacia abajo. Pero ¿lo encuentras eficaz cuando el adversario se protege la cabeza?

—Aprenderás muchos trucos del cuadrilátero antes de que te mate —dijo Amico, riéndose a carcajadas.

—A propósito —preguntó Pólux—, ¿va a ser un combate de boxeo o de lucha libre?

—Un combate de boxeo, claro está —contestó Amico—. Y yo me vanaglorio de ser un auténtico deportista.

—Vamos a ver si nos entendemos —dijo Pólux—. Como sabrás, los códigos varían considerablemente según los países. Antes que nada:

—¿Permitís vosotros las clinchas, el manoseo y las patadas? ¿Y arrojar arena a los ojos del adversario?

—Claro que no —dijo Amico.

—¿O morder, dar cabezazos o pegar por debajo del hueso de la cadera?

—¡Desde luego que no! —exclamó Amico indignado.

—¿Y solamente tú y yo podremos pisar el cuadrilátero?

—Sólo tú y yo —dijo Amico—. Y la lucha es a muerte.

—Bien —exclamó Pólux—. ¡Vamos a la cañada!

Amico le condujo a la cañada, que era un lugar muy hermoso, donde crecían en abundancia las violetas, los jacintos y las anémonas, en el césped más verde que

pueda imaginarse, y las adelfas perfumaban el aire. Los secuaces armados de Amico ocuparon sus puestos a un lado, bajo una hilera de madroños, dejando el otro lado libre para los argonautas. Pero cuando iban de camino, apartados de los demás, Idmón vio una señal de buen agüero: dos águilas gemelas posadas sobre el cadáver de un caballo negro y velludo que acababa de morir. Una de las águilas hundía constantemente su pico para arrancarle las tripas, pero la otra, ya Saciada, se estaba limpiando su curvado pico contra el casco del caballo.

Otras aves carroñeras, cuervos, milanos y urracas, saltaban y revoloteaban a su alrededor, deseosas de participar del manjar. Idmón reconoció en las águilas a los gemelos Cástor y Pólux, pues el águila era el pájaro de su padre Zeus; y al caballo como Amico, pues el caballo está consagrado a Poseidón; y las demás aves carroñeras eran Corono, Melampo, Calais, Zetes y el resto de los argonautas.

—Es un cuadrilátero muy poco corriente —observó Pólux—. Hay poquísimo espacio para maniobrar. Y los dos extremos se estrechan formando un pico, como la proa y la popa de un navío.

—Va bien para mi modo de boxear —dijo Amico—. Y debo añadir que siempre boxeo de espaldas al acantilado. No me gusta que me dé el sol en los ojos.

—Me alegra saberlo —dijo Pólux—. En países civilizados es más corriente echar a suertes la posición. Bueno, mi señor, ¡desnúdate y átate los guantes!

Amico se desnudó. Su cuerpo era de forma indefinida, como el de un oso, sólo que con las piernas más largas. En sus brazos peludos, los músculos sobresalían como rocas cubiertas de algas. Sus seguidores le ataron los guantes: enormes tiras de cuero cargadas de plomo y tachonadas con clavos de latón.

Jasón se adelantó con aire decidido para protestar:

—Rey Amico, ¡esto no vale! En Grecia está prohibido tachonar los guantes con clavos de metal, por considerarse una costumbre bárbara. Esto es un combate de boxeo, no una batalla.

—Esto no es Grecia —dijo Amico—. No obstante, no quiero que ningún hombre ponga en duda mi sentido de la deportividad. Si Pólux quiere que le preste mi par de guantes de repuesto, se los dejaré con mucho gusto.

Jasón dio las gracias a Amico y éste le ordenó a un esclavo que fuera a buscarle a Pólux unos guantes de la misma clase que los que él llevaba puestos. Pólux miró al esclavo y rió, negando con la cabeza, pues Cástor ya le había atado sus propios guantes que eran muy flexibles y servían para proteger sus nudillos y evitar que se le hinchasen y para dar fuerza a sus muñecas. Los cuatro dedos de cada mano quedaban sujetos, pero el pulgar quedaba suelto y descubierto.

Jasón le dijo a Cástor en voz baja:

—¿Por qué ha rechazado tu gemelo aquellos excelentes guantes?

Cástor respondió:

—Cuánto más pesa el guante, más lento es el golpe. ¡Ya verás!

Los adversarios decidieron empezar el combate al sonar una caracola. El trompeta tomó su posición sobre una roca encima de la cañada y cuando aún estaba haciendo ver que desenredaba los cordones cruzados que sujetaban la caracola a su cuello, de pronto sonó otra caracola entre la multitud y Amico se precipitó contra Pólux, esperando cogerlo desprevenido. Pólux dio un salto hacia atrás para evitar el derechazo que iba dirigido a su oreja, luego hizo una esquivada lateral y rápidamente se dio media vuelta. Amico, al recobrarse, se encontró con el sol en los ojos.

Amico era sin lugar a dudas el más pesado de los dos, y varios años más joven que Pólux. Estaba furioso al verse colocado en aquella dirección, y embistió a Pólux como un toro, golpeándolo con las dos manos.

Pólux lo detuvo con un golpe de la izquierda directo a la punta de su barbilla, y para aprovechar su ventaja, en lugar de darle el esperado derechazo le dio otro golpe con el mismo puño, que hizo castañear los dientes del adversario.

Fue necesario algo más que esto para contener a Amico. Éste corrió con la cabeza agachada y tapándose la cara para protegerse de un posible golpe de abajo arriba, dio unos cabezazos contra el pecho de Pólux y dirigió un par de mazazos a sus riñones. Pólux se liberó de él a tiempo y Amico intentó perseguirlo y obligarlo a meterse en el rincón sombreado de la cañada, lugar en que el sol no molestaría a ninguno de los dos. Pero Pólux no quiso perder terreno y mantuvo a Amico peleando en el punto en que el sol le cegaría más; en un momento dado quedaba tapado por una roca y al instante volvía a brillar deslumbradoramente, por encima de la roca; entretanto, Pólux detenía sus ataques con ganchos, golpes rápidos, golpes cortantes, y golpes de abajo arriba. Pólux luchaba ora con la derecha, ora con la izquierda, pues era ambidiestro de nacimiento, una estupenda ventaja para un boxeador.

Cuando la contienda había durado el tiempo que un hombre tardaría en recorrer una milla andando sin prisas, Pólux seguía ileso excepto por un hombro que le había desgarrado al levantarlo súbitamente, olvidándose del guante claveteado de Amico, para protegerse la cabeza de un repentino golpe lateral; pero Amico escupía sangre por su boca hinchada y ya tenía los dos ojos casi cerrados. En dos ocasiones intentó asestarle a Pólux un golpe que lo desnucara, poniéndose de puntillas y bajando con ímpetu su brazo derecho; pero falló en cada ocasión y Pólux aprovechó que había perdido el equilibrio para castigarlo, porque había colocado los pies demasiado juntos.

Entonces Pólux empezó a anunciar dónde tenía intención de golpearle, y cada advertencia iba seguida inmediatamente por un puñetazo.

No se dignaba dar golpes en el cuerpo, porque esto va en contra del estilo olímpico, y siempre los dirigía a la cabeza. Gritaba: «¡Boca, boca, ojo izquierdo, ojo derecho, barbilla, otra vez la boca!».

Amico rugía con casi tanta fuerza como lo había hecho Hércules cuando buscaba a Hilas, pero cuando empezó a proferir amenazas obscenas, Pólux se enfureció. Hizo una finta con el puño derecho, y con el izquierdo descargó un terrible golpe en la nariz de su adversario; sintió cómo crujían el hueso y el cartílago con la fuerza del puñetazo.

Amico se tambaleó y cayó hacia atrás. Pólux se adelantó para golpearlo donde yacía; pues aunque en los combates amistosos de la escuela de boxeo se consideraba como gesto de generosidad abstenerse de pegar al adversario caído, en un combate público se tomaría por tonto al boxeador que no rematara su golpe. Amico dio una vuelta rápida, y a duras penas se incorporó nuevamente. Pero ahora sus golpes ya eran cortos y alocados, y los guantes le pesaban como piedras de anclaje; y Pólux no respetaba la nariz rota, sino que se puso a golpearla continuamente de un lado y de otro y también de frente.

Desesperado, Amico agarró con su mano izquierda el puño izquierdo de Pólux cuando éste le asestaba un gancho y tiró de él con fuerza, intentando descargar sobre él, al mismo tiempo, un tremendo derechazo. Pólux, que había estado esperando juego sucio, se dejó llevar hacia donde le tiraba Amico, y Amico, que había imaginado que Pólux resistiría el tirón colocando debidamente la cabeza para recibir el puñetazo, sólo golpeó al aire. Antes de que pudiera recobrarse, Pólux le había asestado un poderoso gancho con la derecha sobre la sien, seguido de un golpe de abajo arriba que le dio en la punta de la barbilla.

Amico bajó la guardia; ya no podía luchar más. Se bamboleaba sobre sus pies mientras que Pólux le iba golpeando sistemáticamente en la cabeza, con un movimiento rítmico, como el del leñador que tranquilamente va derribando un pino de gran altura y luego se aparta para verlo caer con estrépito entre la maleza. El último golpe, un fuerte izquierdazo que subió casi desde el suelo, rompió los huesos de la sien de su adversario y lo dejó muerto en el suelo. Los argonautas profirieron gritos de admiración y de alegría.

Los bébrices habían estado bastante callados durante el combate, porque no creían que Amico saliera perdiendo. En muchas ocasiones anteriores los había divertido haciendo ver que su adversario lo había herido para después volver a la vida y reducirlo a una pulpa sangrienta. Pero cuando Pólux empezó a castigar a Amico sin oposición, empezaron a inquietarse y a llevarse las manos a sus lanzas y a hacer girar sus mazas. Cuando Amico cayó, se precipitaron hacia delante para vengarlo, y una jabalina que habían arrojado rozó la cadera de Pólux. Los argonautas corrieron a defender a su campeón y se entabló una corta y sangrienta lucha. Pólux se unió a ellos, tal como estaba, y demostró ser tan diestro en el arte de la lucha libre como lo era en el pugilismo. Daba patadas, bregaba, mordía, golpeaba, daba cabezazos, y después de derribar al hombre que le había lanzado la jabalina con una patada en

pleno estómago, se abalanzó sobre él de inmediato y le yació los ojos. Cástor, de pie junto a su hermano, con un golpe de su larga espada partió en dos el cráneo de un bébrice, tan limpiamente que parecía que las dos mitades iban a caer sobre sus hombros.

Idas, que capitaneaba un pequeño grupo de argonautas armados con lanzas, corrió por el borde de la cañada y atacó a los bébrices por el flanco. Estos se disolvieron y echaron a correr por la arboleda de madroños, como un enjambre de abejas huyendo del humo. Jasón, Falero y Atalanta mataron a flechazos a los que corrían los últimos; Meleagro los acosaba con su rápida jabalina. Los bébrices corrían en tropel tierra adentro, completamente asombrados y sin jefe que les guiase, dejando atrás en el campo de batalla a cuarenta hombres muertos o moribundos; pero Calais y Zetes siguieron persiguiéndolos durante un largo trecho, como persiguen los milanos a una bandada de palomas de bosque.

Jasón reunió a su tripulación, de la cual tres o cuatro hombres estaban heridos, aunque ninguno de gravedad; Ifito de Fócide había perdido el conocimiento a consecuencia de un mazazo. Acasto exhibía orgullosamente una herida de lanza en la parte interior del muslo que sangraba mucho y le dificultaba el andar, y a Falero le habían magullado la cadera con una roca.

Los argonautas corrieron de común acuerdo al palacio de Amico en busca de botín. Allí encontraron oro, plata y joyas en abundancia, que después repartieron entre todos, echando suertes. También hallaron enormes cantidades de provisiones, incluyendo varias jarras de vino de Lesbos. Hércules casi había agotado el vino del Argo y este hallazgo les causó mucha alegría.

Aquella noche, coronados con hojas de laurel del árbol al que estaba amarrado el Argo, se dieron un buen festín con carne tierna de cordero y buey y se protegieron contra un posible regreso del enemigo armando a unos mariandinos que Amico había hecho prisioneros en sus guerras, y apostándolos por toda la ciudad. Pero los bébrices no se atrevieron a atacar.

Jasón tenía gran empeño en no ofender al dios Poseidón. A la mañana siguiente, siguiendo su consejo, el viejo Nauplio de Argos, Perciclímeno de Pilos y Ergino de Mileto, todos hijos de Poseidón, se reunieron para celebrar un sacrificio en honor de su padre. No escaseaban los ganados, puesto que todas las reses de Amico estaban ahora en posesión de los argonautas y tendrían que abandonar por fuerza lo que no pudieran comerse. Haciendo de la necesidad virtud, sacrificaron a Poseidón nada menos que veinte bueyes intachables de raza roja de Tracia, quemándolos totalmente y sin probar bocado; aparte, se sacrificaron otras bestias a otras deidades, en la forma usual.

Aquel mismo día dieron honrosa sepultura a los bébrices, enterrando al rey Amico separadamente de los demás. Los argonautas no temían a sus espíritus, pues

habían muerto en lucha lícita.

Butes quedó encantado con un tarro de miel silvestre que encontró en la despensa particular de Amico: era de un color marrón dorado, procedente en su totalidad de la flor de pino en las montañas de Argantonia.

—En ningún sitio había encontrado una miel de pino tan sumamente pura como ésta —declaró—. La llamada miel de pino del monte Pelión está mezclada con una variedad de otras flores; pero ésta tiene aquel fuerte sabor auténtico. No obstante —añadió—, es más bien una curiosidad que una golosina.

ORFEO HABLA DE DÉDALO.

El comedor del rey Ámico estaba decorado con frescos de colores.

Entre ellos había uno que representaba a Dédalo y a Ícaro que huían volando de Creta, donde un hombre con cabeza de toro lanzaba tras ellos mugidos de agonía y Teseo de Atenas, con un búho posado sobre el hombro, blandía jubilosamente un hacha de doble filo.

El pequeño Anceo le dijo a Orfeo:

—Querido compañero, tú que has viajado tan lejos, explícanos el significado de este dibujo, te lo ruego. Prometemos escuchar atentamente y no hacer ninguna interrupción.

Ésta es pues, la historia que Orfeo le cantó mientras celebraban un festín, coronados con hojas de laurel, en el palacio de su enemigo derrotado.

—Se cree que fue debido a un descuido, más que a una desobediencia premeditada, que el jefe de la hermandad del Toro de Cnosos, en Creta, el gran sacerdote del dios Sol, Minos, infringiera una antigua ley de la Triple Diosa según la cual solamente los cretenses nativos tenían permiso para subir a bordo de un barco con más de cinco asientos. La infringió en el caso de Dédalo, un artesano pelasgo de Atenas, como os explicaré en seguida, queridos argonautas. Teseo el jonio, rey de Atenas, había enviado a Dédalo a Cnosos, al festival anual de la Primavera, donde, en compañía de otros diecinueve infortunados hombres, todos maniatados, iba a ser perseguido por el Minotauro, el toro consagrado al Sol. Dédalo, que era pariente de Teseo por línea materna, había sido condenado por éste a muerte por el asesinato de un compañero artesano, pero Teseo revocó la sentencia cuando Dédalo se ofreció a cambio a entrar en la arena.

—Anteriormente todas las víctimas del Minotauro habían sido hombres-toros de Creta, voluntarios para la muerte, pero los cretenses estaban cada vez menos dispuestos a sufrir esta persecución, aunque fuera por la gloria de la diosa. Minos (como se llamaba al gran sacerdote de Minos para abreviar) perdonó esta renuencia, y ordenó que las veinte víctimas anuales del toro las proporcionaran las colinas cretenses, o las ciudades tributarias. Esto lo hizo de tal modo que pareciera conferir un gran honor al lugar elegido, pues al mismo tiempo la gran sacerdotisa convocaba al mismo número de doncellas de aquel lugar para que se convirtieran en sacerdotisas del Minotauro, cargo que les proporcionaba riquezas y distinción. Normalmente Minos efectuaba esta petición a Micenas, o Tirinto, o Pilos o Argos o a alguna otra ciudad del continente griego, pero algunas veces se dirigía a las islas del Egeo, o a Asia Menor, o a Sicilia; y en una ocasión incluso a la lejana Filistía. Estas víctimas iban desarmadas y generalmente el Minotauro los mataba a todos en una tarde sin dificultad, ya que no tenían esperanza alguna de salvación, pudiendo únicamente

correr o saltar. No obstante, si un hombre de extraordinaria agilidad y valor eludía la muerte durante un tiempo determinado, que se medía con el lento fluir de la arena de un pote agujereado, entonces las ninfas de Ariadna, como se llamaba a las sacerdotisas del Minotauro, saltaban por encima de la barrera, desnudas a excepción de un taparrabos de piel de serpiente, y lo salvaban de los cuernos del toro. Las ninfas de Ariadna cuidaban del Minotauro desde que era un becerro y podían controlarlo con la voz, incluso cuando bramaba y levantaba los cuernos y pateaba furiosamente la arena. Demostraban el poder de la Triple Diosa montado sobre su lomo, tres o cuatro a la vez, dando volteretas por encima de su cabeza, colocando guirnaldas sobre sus cuernos mientras él las embestía jugando, saltando sobre el animal con pértigas, y ejecutando muchos otros trucos divertidos. Para poner punto final al festival de la Primavera, se celebraba un acto de amor místico entre Pasífae, la Vaca-Luna, y Minos, el Toro-Sol, que se materializaba públicamente, después de un intrincado baile ritual, mediante la unión carnal de las ninfas de Ariadna con los hombres-toro, que llevaban puestos sus disfraces cornudos. A continuación la gran sacerdotisa sacrificaba al Minotauro sin piedad, y la sangre que chorreaba de su garganta se recogía en una vasija y se guardaba en una ánfora de dos asas, junto con las lágrimas derramadas por las ninfas por la muerte de su compañero de juego cornudo. Luego se rociaban algunas gotas de esta sangre, bien diluida en agua, con plumas de cola de cuco, sobre los innumerables árboles frutales de la isla, para que produjesen abundantes cosechas: un encantamiento de enorme virtud.

—Dédalo era famoso por su ingenio. Se le atribuyen muchos inventos asombrosos, incluyendo el arte de fundir estatuas en sólido bronce mediante el sistema de la cera perdida. Incluso se dice que fabricó unas alas artificiales que podía batir como las de un pájaro y sostenerse con ellas en el aire. Pero sea cual sea la verdad de esta historia, lo cierto es que en la arena de Cnosos consiguió burlar al Minotauro, aunque le tocó ser el primero en entrar en la plaza, y además era cojo y ya había pasado su juventud; ninguno de los otros diecinueve que entraron después de él consiguieron esquivar los curvados y penetrantes cuernos. El Minotauro había aprendido a tratar a todos los hombres como sus enemigos, y a respetar únicamente a las mujeres; además, cuando salía al galope del oscuro establo donde había estado encerrado sin comida ni agua, le clavaban desde arriba un alfiler de plata en el lomo para avivar su cólera.

—Dédalo no escapó de él volando hacia Atenas con sus alas artificiales, como nos quisieron hacer creer todos los trovadores mal informados.

—Tampoco se hizo una madriguera en la plaza para poderse esconder; pues sobre el suelo de piedra solamente había arena suficiente para que no resbalaran los pies y para absorber la sangre derramada. Fue otro el plan que ideó para escapar.

—Sabía que en las dehesas sagradas existían unas hermas, unos pilares blancos de

cabeza redondeada cuya colocación había decretado la diosa porque eran símbolos de fertilidad que infundían vigor en los toros. Los toros no prestaban ninguna atención a estas hermas, porque constituían el mobiliario familiar de sus pastos. El truco de Dédalo fue hacerse pasar por una de estas hermas. La habitación del palacio en el que estaba recluido tenía las paredes enyesadas; rompió una cornisa de este yeso blanco, la redujo a polvo con las manos y blanqueó las ropas de alegres colores que le habían proporcionado. También se blanqueó las manos, los pies la cara y el cabello, y cuando lo bajaron a la arena, justo antes de soltar al Minotauro, se acercó cojeando a un altar de piedra, se subió encima, se tapé la cabeza con un trozo de tela que había rasgado de su túnica, y permaneció tan inmóvil como una herma. El toro no advirtió la presencia de Dédalo y corrió por la plaza mugiendo y buscando en vano un punto débil en la barrera. El olor de los hombres lo enfurecía, y ansiaba sembrar la muerte entre los espectadores. Cuando las ninfas de Ariadna entraron corriendo, como siempre, para apartar el cadáver con sus pies y realizar sus ejercicios acrobáticos, encontraron que Dédalo aún estaba vivo. Los guardias del palacio lo escoltaron a un lugar seguro.

—Gracias a sus bromas y sus inventos, Dédalo pronto se ganó el respeto de todos los de palacio y el favor de la gran sacerdotisa. Para ella construyó, entre otros extraños juguetes, una estatua de la diosa para el santuario del palacio, con extremidades y ojos que se movían, de modo que parecía tener vida propia, y también un hombre mecánico, llamado Talo, que ejecutaba los movimientos de un soldado cuando está de guardia.

—Durante el año que siguió a este acontecimiento Minos se volvió celoso de Dédalo y, valiéndose de algún pretexto, lo confinó en el calabozo del palacio. No obstante, Dédalo escapó sin ninguna dificultad, gracias a la ayuda de la gran sacerdotisa, en la víspera del festival de Primavera. Al mismo tiempo libertó a veinte pelasgos desalentados, entre los cuales se hallaba Ícaro, el hijo de su hermana, que tenían que haber sido conducidos a la arena la tarde siguiente. Los guió a través del laberinto de pasillos de palacio y luego bajaron hasta la costa donde un nuevo navío de guerra esperaba su botadura en los astilleros reales. El navío estaba dotado de un invento suyo —un procedimiento rápido para poder izar la vela y aprovechar la brisa —, pero el invento aún no se había probado y éste era el único navío provisto de él. Hasta entonces la vela cuadrada cretense se había colgado de una verga, unida permanentemente al mástil, y los marineros tenían que subir por el mástil para descolgarla siempre que el viento era contrario; y cuando el viento era favorable tenía que volverse a colgar por el mismo procedimiento laborioso. Pero Dédalo había inventado un método —que hoy en día se utiliza en toda Grecia mediante el cual la verga, a la cual iba sujeta la vela, podía izarse o arriarse con ayuda de una polea, sin necesidad de trepar por el mástil, y además podía hacerse girar un poco para

aprovechar un viento de costado. Minos había quebrantado la ley al permitirle a Dédalo pisar esta embarcación, aunque todavía no se había botado; pues Dédalo no era cretense de nacimiento.

—Los fugitivos hallaron los astilleros desiertos, botaron la nave colocando unos rodillos debajo, izaron rápidamente la vela y en pocos momentos ya se estaban haciendo a la mar, pasando por la isla del Día. Los guardianes apostados en el puerto dieron la señal de alarma, y unas horas más tarde Minos salió en su persecución con su flota, esperando adelantar a los pelasgos en cuanto cesara la brisa, porque no estaban acostumbrados a remar. Pero el navío, tan bien aparejado, ya se había perdido de vista, y Minos pronto descubrió que antes de zarpar, Dédalo y sus compañeros habían serrado todos los timones de los barcos cretenses hasta la mitad, para que se partieran al menor esfuerzo. Tuvo que regresar a puerto y poner a trabajar a los carpinteros para construir timones nuevos. Minos supuso que los fugitivos no se atreverían a regresar a Ática, por temor a la cólera de Teseo; tal vez se dirigirían a Sicilia, y allí se refugiarían en uno de los santuarios de la diosa.

—Dédalo, que se había retrasado por culpa de los vientos contrarios del golfo Jónico, divisó a sus perseguidores en el momento en que se aproximaba a Sicilia y los evadió navegando audazmente por el estrecho de Mesina, entre la roca de Escila y el remolino de Caribdis, y dirigiéndose a continuación rumbo al norte, en lugar de seguir hacia el sur. Despistó a sus perseguidores y llegó felizmente a Cumas, en Italia, donde echó a pique su barco y dedicó la vela y el cordaje a la diosa del lugar. Pero el hijo de su hermana, Ícaro, el timonel, se había ahogado durante el viaje, al caerse por el costado de la nave una mañana temprano, mientras dormía. El mar que se lo tragó se llama desde entonces mar de Ícaro en memoria suya. No dejéis que nadie crea, por una equivocada interpretación de los frescos sagrados (como el que estáis viendo ahora) o de los dibujos en arcas talladas o en copas con grabados, la absurda fábula de que Ícaro llevaba puestas unas alas que Dédalo le había fijado a la espalda con cera y que voló demasiado cerca del sol, con lo que la cera se derritió y se ahogó. Las alas que llevan en este dibujo simbolizan la velocidad de su nave; y el ritual establecido en Cerdeña en honor a Dédalo en el que se derrite cera, se refiere únicamente al método ingenioso de fundir el bronce que él inventó.

—Desde Cumas, Dédalo y sus compañeros viajaron a pie atravesando el sur de Italia y pasaron luego a Sicilia. En Agrigento fueron agasajados por la ninfa del sepulcro del héroe Cócalo, a quien Dédalo hizo entrega de una estatuilla de la diosa, construida del mismo modo que la grande que había fabricado en Cnosos. Ella quedó encantada con el obsequio y le prometió la protección de la diosa. La flota cretense, que costeaba Sicilia en una búsqueda infructuosa de Dédalo, naufragó cerca de Agrigento a causa de unos vientos de cola de serpiente que la ninfa conjuró de la tierra y dirigió contra ellos; solamente el propio Minos y muy pocos de sus marineros

escaparon a la muerte y lograron nadar a tierra. Al encontrar a Dédalo y a sus compañeros cómodamente instalados en el santuario de Cócalo, se puso furioso en extremo y ordenó a la ninfa, con palabras amenazadoras y groseras, que se los entregara como esclavos fugitivos. La ninfa se vio obligada a vengar su propio honor y el de la diosa. Así pues, cuando Minos estaba sentado en la bañera, sus ninfas, en lugar de echar sobre él agua caliente, le tiraron aceite hirviente o (según dicen algunos) pez derretida.

—Dédalo reparó uno de los destrozados navíos de los cretenses y con mucha audacia navegó a Atenas para ver al rey Teseo y darle la noticia de la muerte de Minos, mostrando el anillo de sello que había extraído de su dedo pulgar, como prueba evidente. Era una gran cornalina en la que estaba grabado un Minotauro sentado y la doble hacha del poder. Teseo había visitado Cnosos algunos años antes, y había tomado parte en los concursos de atletismo del festival, ganando el de boxeo; Cnosos le parecía la ciudad más maravillosa del mundo. Cuando tuvo en sus manos el anillo y se lo colocó para admirarlo en el dedo pulgar, el corazón le saltaba en el pecho de orgullo y exaltación. Al percatarse de su emoción, Dédalo se comprometió privadamente a ayudarle en la conquista de Creta si le perdonaba la vida a él y a sus compañeros fugitivos. Teseo aceptó la oferta.

—Bajo la dirección de Dédalo, se construyó secretamente una flota de navíos guerreros, más veloces y mejor aparejados que los de los cretenses. Quedó prohibido difundir esta noticia entre los cretenses. Cuando el nuevo Minos, que se llamaba Deucalión, envió un mensaje a Teseo reclamándole la entrega de Dédalo, Teseo respondió que como su primo Dédalo se había salvado del Minotauro, era ahora un hombre libre y había expiado su crimen original de homicidio: no era culpable de ningún otro delito, que se supiese. La ninfa de Cócalo, siguió diciendo que Teseo, había matado a Minos por cuenta propia, y Dédalo no había tomado parte alguna en aquel acto atroz. Sería, por consiguiente, injusto entregar a su pariente a los vengativos cretenses como si se tratara de un esclavo evadido; pero que Minos le mandara pruebas de que Dédalo había participado en algún otro crimen y si así lo hacía reconsideraría el asunto. Apaciguando de este modo las sospechas de Minos, Teseo reunió su flota y navegó hacia Creta, dando un largo rodeo por una ruta del oeste, y llevándose a Dédalo como piloto.

—Los cretenses, hasta entonces los señores incuestionables de los mares, hacía ya siglos que se sentían tan seguros contra la invasión, que ni siquiera habían amurallado sus principales ciudades. Cuando los guardacostas vieron la flota griega que se aproximaba por el oeste, llegaron a la conclusión de que las naves que se habían dirigido a Sicilia no habían sido hundidas después de todo, sino que el viento las había desviado de su ruta y que regresaban ahora, cuando ya se habían perdido las esperanzas de volverlos a ver. Dieron la noticia a Cnosos por señas, y toda la

población bajó corriendo alegremente a la costa para dar la bienvenida a sus camaradas; entonces se dieron cuenta del engaño. De los barcos saltaron a tierra los griegos armados para hacer una carnicería entre la alegre multitud; luego corrieron tierra adentro para atacar el palacio. Lo saquearon y lo quemaron, matando a Minos y a todos los principales hombres-toro. Luego zarparon en seguida hacia los demás puertos de Creta, se apoderaron del resto de las naves de guerra de la isla y saquearon las ciudades que quedaban. Pero Teseo no se atrevió a afrentar a la Triple Diosa Pasífae ni a molestar a ninguna de sus sacerdotisas: formó una firme alianza con la gran sacerdotisa, mediante la cual quedó reafirmada como encargada del gobierno de Creta. El cargo de Minos quedó abolido y el señorío de los mares, que los cretenses habían disfrutado durante dos mil años, pasó repentinamente a manos de los griegos y de sus aliados.

Tal es, al menos, la historia que nos ha sido transmitida a través de una sucesión de poetas fidedignos.

Entonces Orfeo se puso la lira entre las rodillas y, mientras tocaba, cantó una canción que hablaba de Teseo y de la princesa a quien en un tiempo cortejó y luego abandonó en la isla de Naxos:

En su labrado lecho, más allá de las olas
Él sueña, y entre sueños la recuerda con su paso decidido
Por sus senderos de conchas bordeados de flores
y por la sombreada hierba bajo la parra.
Él suspira: «En lo más profundo de mi erróneo pasado
su espíritu recorre las ruinas y los campos asolados».

Pero la real casa sigue allí, intacta,
sólo torcida por la edad y cubierta de pinos.
Allí, donde por vez primera él se cansó de su constancia.
Y ella pisa con pie más firme que cuando
el temor a su odio era un trueno en el aire,
cuando agonizaban los pinos bajo el viento brutal,
Y las flores la miraban con ojos frenéticos.
Ahora que todo acabó ya nunca sueña con él
sino que pide al cielo la bendición de los vivos
para aquel lugar que él imagina cubierto de escombros y tupida hierba
Y juega a ser reina en más noble compañía.

24. EL REY FINEO Y LAS HARPÍAS

Al tercer día, muy temprano, el Argo zarpó rumbo al norte con una brisa favorable. A bordo iban varios marineros mariandinos de alto rango, rescatados del poder de los bébrices, entre los cuales se encontraba la hermana del rey Lico, a quien el rey Amico había convertido en su concubina; Jasón se había ofrecido a llevarlos por mar hasta su ciudad natal, situada en la costa sur del mar Negro.

Al mediodía de aquel mismo día llegaron a la boca del Bósforo; pero Argo, Tifis y Nauplio, los tres marineros de más experiencia convinieron en que la fuerza que llevaba la corriente era peligrosa. Era mejor dejar que el viento soplara un día o dos más, dijeron los tres, y entonces podrían intentar realizar la travesía.

Calais y Zetes le dijeron a Jasón:

—Si mientras tanto quieres desembarcar en la costa de Tracia, te prometemos un buen recibimiento en la corte de nuestro padrastro Fineo, rey de los tinios, cuyo nombre te oímos mencionar cuando hablabas con nuestro difunto anfitrión. Él gobierna toda la región montañosa del este de Tracia que por el norte llega hasta el pie de la cordillera del Hemo.

Jasón aceptó esta sugerencia con alegría, ignorando los peligros de la aventura que estaba a punto de emprender. El barco navegó en dirección oeste durante un par de millas, dirigiéndose a un lugar en que hay una pequeña interrupción en la línea de colinas que rodean el mar de Mármara por todos lados y donde la corriente del Bósforo no arrastra a las embarcaciones. Anclaron cerca de un acantilado rojo, y, dejando una guardia a bordo formada casi totalmente por griegos del Peloponeso y de las islas, Jasón saltó a tierra con Calais y Zetes, Equión el heraldo, Orfeo y todos los tesalios, pues éstos entendían el lenguaje tracio.

—El rey Fineo debe alojarse todavía en Batinia, su capital de invierno, que está situada junto a un lago, a una hora de viaje tierra adentro —dijo Zetes—. No acostumbra a trasladarse a Salmidesos, su capital de verano, hasta que maduran los primeros higos.

Calais y Zetes, hasta entonces poco comunicativos en lo que respecta a su vida privada, empezaron a contarle a Jasón, mientras caminaban, por qué habían salido de Tracia en su reciente viaje por tierras griegas. En parte había sido para aprender las artes y costumbres del país de su madre, pues Oritía había sido natural de Atenas, y en parte para cobrar las posibles herencias que pudieran corresponderles por las leyes de derecho materno, que aún regía en el territorio de Ática, aunque en este sentido quedaron decepcionados; y por último, habían dejado Tracia para no tener que convivir con la nueva esposa de su padrastro. Pues el rey Fineo, que era ciego, se había casado hacía poco tiempo con la hija del monarca vecino, el rey escita que se

había apoderado de las tierras altas en la ribera sur del Bajo Danubio; se llamaba Idea y demostró no poseer ninguna de las virtudes raciales de aquellos inocentes escitas, bebedores de leche.

—En realidad es una mujer arrogante, cruel, taimada y lujuriosa —dijo Zetes.

—Y para serte franco —dijo Calais—, puede decirse que nuestro padrastro nos desterró cuando le reprochamos, en presencia suya, la vergüenza que había traído a nuestra casa. Pero él está ciego y ha quedado atontado por su fingida dulzura. Cree que es la mejor esposa del mundo.

—Ha tenido un hijo con ella —dijo Zetes—, si no es el capitán de su guardia escita el padre de este mocoso, y estoy seguro de que Idea tiene intención de entregarle el reino, aunque nosotros seamos los herederos legítimos. Sus escitas atemorizan a los guardias de palacio y a todos los tinios en general.

—No pienso arriesgarme a dar ni un paso más —dijo Jasón—. ¿Por qué no me revelasteis todas estas circunstancias antes de emprender el viaje? Ahora que hemos perdido a Hércules no somos lo suficientemente fuertes como para poder intervenir en la política interna de una ciudad o reino que estén en nuestra ruta. El principal y casi único propósito de nuestro viaje es el de recuperar el vellocino de oro. Y me niego a desviarme de él.

—Tú no «perdiste» a Hércules. Lo abandonaste intencionadamente.

Equión intervino:

—Noble Jasón —dijo—, debes recordar que, antes de salir de Yolco, todos los que tenemos el honor de llamarnos argonautas nos comprometimos solemnemente a prestarnos mutuo apoyo. Ya que Calais y Zetes accedieron entonces a prestarte ayuda en la peligrosa búsqueda del vellocino —que después de todo, no les concernía directamente, pues no eran minias de sangre—, lo lógico es que ahora tú hagas cuanto esté en tus manos para que se hagan las paces entre ellos y su padrastro como quien unta con aceite el cubo caliente de la rueda del carro cuando chirría al rozar con el extremo del eje inflexible.

Los demás apoyaron a Equión. Así pues, todos siguieron adelante. Cuando habían llegado a media milla de distancia del palacio, vieron una cabalgata que se dirigía hacia el oeste, más allá del lago. Linceo, el de la vista aguda, informó que estaba formada por una veintena de arqueros de ojos rasgados y cabeza calva, montados sobre sus robustas jacas y capitaneados por una mujer que vestía blusón y pantalones de tela basta, con un cinturón adornado con joyas, y un pañuelo bordado en la cabeza. Avanzaban a trote ligero, acompañados de una jauría de mastines.

—Bien. Esperemos aquí hasta que mi madrastra y su guardia escita se hayan perdido de vista —dijo Calais—. Pero, Orfeo ya que tú eres tracio, ¿podrías adelantarte solo y hacer ver que eres un juglar viajero y entretener a los guardias de palacio y a los sirvientes en el patio? Si lo haces, los demás podremos entrar

silenciosamente por la puerta lateral del palacio. Entonces Zetes y yo tendremos el placer de hablar con nuestro padrastro Fineo sin miedo a que nos interrumpan.

Nadie en el mundo podía resistir mucho tiempo la atracción de la música que sonaba de la lira de Orfeo, y cuando entró en el patio de palacio, tocando una alegre giga, los centinelas dejaron sus armas en el suelo, los cocineros dejaron que la carne se quemara en los asadores, las lavanderas abandonaron su colada sobre las piedras planas en la orilla del lago, y todos, sin distinción, se pusieron a bailar en el patio abierto. Las gorras de piel de zorro volaron por los aires.

Calais y Zetes, entrando sigilosamente en palacio, condujeron al grupo de argonautas hasta la sala de banquetes. Al abrir una puerta lateral, percibieron en seguida un repugnante hedor, una mezcla de estiércol reciente y de carnes podridas; y una vez dentro fueron testigos de un espectáculo extraordinario. El rey Fineo estaba sentado ante una larga mesa de patas doradas, cargada de fuentes de comida, que se estaban disputando unos veinte o treinta milanos. De vez en cuando, con un batir de alas, entraba otro milano y se unía al festín. Con sus fuertes picos desgarraban los despojos y la carne podrida que había en las vahosas fuentes. Aunque Fineo no hacía más que dar palmadas y gritarles que se fueran, los pájaros no le hacían caso y continuaban ocupados ávidamente en su asquerosa comida. Aunque no tenía más de cincuenta años de edad, Fineo ya tenía el rostro demacrado y amarillento de un bisabuelo en el último invierno de su vida.

De común acuerdo, los argonautas se precipitaron hacia la mesa, gritando con todas sus fuerzas; y los pájaros salieron volando por la ventana, cogiendo primero lo que pudieron de las fuentes. Calais y Zetes le hicieron una señal a Equión para que hablase al rey por ellos, pues no querían revelar su presencia hasta haber escuchado su explicación sobre lo que acababa de ocurrir.

Equión se adelantó, se aclaró la garganta y se dirigió a Fineo en su estilo más elocuente.

—Majestad, yo soy el heraldo Equión, hijo del dios Hermes, y fui formado en el colegio de heraldos del monte Cileno. Creo que tengo el honor de dirigirme a Fineo, rey de los famosos tinios, cuyas tierras se extienden al noroeste desde el rápido Bósforo casi hasta las mil desembocaduras del tremendo Danubio. Majestad, perdonaréis, espero, que hayamos entrado sin anunciarnos, pero un músico viajero acaba de ponerse a tocar una horrible giga en el patio y ha distraído la atención de tus fieles guardianes y de tus servidores. No han querido hacernos ni caso a mis camaradas ni a mí cuando nos presentamos, y por esto, antes que perdernos el placer de saludaros a nuestra llegada, hemos preferido encontrar el camino sin ayuda de nadie.

—¿De quién eres heraldo? —preguntó Finco con voz trémula.

Equión respondió:

—Represento a un grupo de nobles tesalios que han venido en viaje de comercio a vuestra hospitalaria tierra. Hemos partido de Yolco, y llevamos un cargamento de cerámica pintada, pieles de caballos blancos y madejas de lana (teñida de colores maravillosos y listas para el telar) que esperamos intercambiar por los valiosos productos de vuestro rico país.

—De nada me servirían a mí —dijo el desgraciado Fineo—, de nada en absoluto. Pero os daría todos los anillos y todas las cadenas de oro que aún me quedan a cambio de un trocito de pan limpio, o unos cuantos higos, o una loncha de queso que no hayan embadurnado estas inmundas Arpías con cara de mujer. ¡Ah! Pero ¿de qué me sirve hablar? Aunque vosotros tuvierais este regalo para mí, las Arpías volverían a volar aquí en seguida y me lo arrebatarían de las manos. Hace ya muchos meses que no como nada limpio. Pues en cuanto me traen las ricas y sabrosas carnes, bajan volando las Arpías por la ventana y me las quitan o las estropean. Mi amante esposa Idea ya ha intentado todo lo posible para liberarme de esta plaga de seres con cara de mujer, pero sin el menor éxito. Las ha enviado algún dios a quien he ofendido sin darme cuenta.

Equión dijo:

—Aunque esto sea una audacia por mi parte, permitidme que os haga esta pregunta: ¿cómo vos, un hombre ciego, podéis saber qué aspecto tienen las Arpías?

Fineo respondió:

—Mi amante esposa Idea me ha descrito a menudo sus caras delgadas y como de bruja, sus pechos marchitos y sus enormes alas de murciélago. Además, yo tengo otros sentidos, sobre todo los del oído y del olfato, y cuando oigo su risa aguda, sus exclamaciones y cuchicheos obscenos, el chocar de los platos mientras comen, y siento el susurro de sus alas y huelo su aliento putrefacto y la terrible inmundicia con la que salpican la habitación, realmente no necesito ojos para poderlas ver más claramente, y al menos entonces, me alegro de mi ceguera.

Equión dijo:

—Graciosa majestad, aquí hay alguien que os está haciendo objeto de una odiosa burla. Preguntadles a todos mis compañeros lo que han visto y lo que aún ven, y os responderán lo mismo que yo. Aquellos seres no eran Arpías con cara de mujer, sino simples milanos; y no estaban desgarrando sabrosas carnes sino despojos y carnes podridas, puestas allí como cebo. Ni tampoco fueron ellos quienes ensuciaron vuestra mesa, como suponéis, pues está claro que esto lo habían hecho con anterioridad vuestros desvergonzados pajes, esparciendo la porquería que habían traído de la pocilga y de los retretes, en pequeños montones aquí y allá sobre vuestra mesa, y ensuciando vuestro plato y vuestra copa. En cuanto a la risa aguda y a los cuchicheos, esto sin duda procedía de algunas esclavas complicadas en el asunto. Si vuestra amante esposa Idea os ha dicho que vuestros visitantes son Arpías, debe de ser muy

malvada o estar completamente loca.

Peleo, Acasto, Jasón y todos los demás confirmaron lo dicho por Equión, pero a Fineo le resultó difícil creerlo. No hacía más que volver a su historia de las Arpías. Por fin Peleo tomó un trozo de pan de cebada y otro de queso de oveja de su zurrón y los puso en la mano del rey diciendo:

—Comed, comed, majestad. Esto es comida sana y nadie os lo arrebatará. Los milanos y los malvados sirvientes han huido y no regresarán.

Fineo los probó primero con aire de duda, pero luego se puso a comer con apetito. Jasón insistió en que tomara también higos y un par de pastelillos de miel, y le llenó la copa de vino puro de una bota de cuero que llevaba metida en su faja. La sangre volvió a correr por las demacradas mejillas del rey. De pronto, empezó a golpearse el pecho, a tirar de sus greñas y a lamentar amargamente su propia credulidad, declarando que por fin, aunque ya era demasiado tarde, comprendía con cuánta crueldad había sido engañado. ¿Cómo había podido creerse una sola palabra de las que le había dicho Idea? ¿Por qué se había negado a creer las acusaciones de sus hijastros? Ellos le habían advertido que su esposa se estaba aprovechando de su ceguera para engañarlo, pero no había prestado oídos a sus palabras. En su ofuscamiento había desterrado a los dos mayores, Calais y Zetes, y quién sabía, tal vez sus huesos se estaban blanqueando en el fondo del mar. Hacía poco que Idea había acusado a los dos más jóvenes de haber intentado violarla en los baños del palacio; ahora se hallaban encarcelados en el calabozo, una cámara funeraria con puertas de bronce. Los guardias los azotaban a diario con látigos de cuero de toro, hasta que confesaran su pecado y suplicaran el perdón.

—Pero ¿qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer? —exclamó con voz quebrada—. Es Idea quien gobierna aquí, y no yo; ella guarda las llaves de la prisión, y no yo. Ella da las órdenes a los guardias, y no yo. Estoy totalmente sometido a su poder. Bondadosos tesalios, a cambio de vuestra comida deliciosa, os ruego que toméis cuantas fuentes de plata y de oro queráis y que después salgáis en seguida por donde habéis entrado, dejándome a mí aquí abandonado a mi desgracia. Me merezco todo lo que he sufrido porque he sido un insensato, y no quiero mezclaros con la venganza de mi malvada esposa. ¡Ay de mis hijastros Calais y Zetes! Os ruego, forasteros, que los busquéis hasta encontrarlos; dadles mi bendición y pedidles que me perdonen de todo corazón por el daño que les he hecho. Sin embargo, será demasiado tarde para que salven a sus hermanos de una muerte bajo el látigo, o a mí de morir lentamente de hambre.

Al oír esto, Calais y Zetes se dieron a conocer a Fineo y la escena de reconocimiento y de reconciliación hizo que brotaran lágrimas de todos los ojos. Entonces Peleo y Corono corrieron a toda prisa al calabozo y abrieron la puerta a martillazos. Libertaron a los jóvenes que estaban casi muertos a causa del hambre y

de los latigazos diarios.

Por ellos, Calais y Zetes supieron cuáles de los sirvientes del palacio continuaban siendo leales a Fineo y cuáles eran desleales. Salieron al patio y le hicieron señas o Orfeo para que cesara la música. Entonces reunieron a los sirvientes leales, prendieron a los desleales y mandaron a éstos al calabozo con una escolta. Pronto todo el palacio estaba en sus manos. Para abreviar, Calais tendió una emboscada al regreso de la reina Idea y de su guardia personal, en la que cayeron debidamente y fueron apresados con vida y desarmados. Fineo no castigó a Idea en modo alguno por su maldad y su traición; la envió de nuevo a casa de su padre, el rey escita, explicándole claramente lo que había sufrido en sus manos. El escita, que era hombre justo, como lo son la mayoría de los escitas, sintió gran admiración por la tolerancia de Fineo. En prueba de su admiración condenó a Idea a muerte; pero esta noticia no llegó a Tinia hasta después de la partida del Argo.

Fineo consideraba a los argonautas como sus salvadores. Intentó disuadirlos de proseguir con su misión, que ellos le habían explicado confidencialmente, pero al ver que no podía, los festejó con esplendidez y les dio un itinerario completo de la ruta de Cólquide por el sur, con todos los detalles de vientos, corrientes, señales fijas y anclajes; y les prometió una calurosa bienvenida en Salmidesos a su viaje de regreso. Le apenó mucho saber que Calais y Zetes estaban empeñados en seguir a bordo del Argo, pero no intentó detenerlos cuando supo que se habían comprometido mediante un juramento. Sus hijos más jóvenes no tardaron en pone en orden su reino; y los sagrados milanos, al volver a ser nutridos por los hombres-milano (una hermandad tinia a la que pertenecían Calais y Zetes) bajo el árbol donde se congregaban, perdieron la costumbre, que les había inculcado Idea, de entrar volando por las ventanas al comedor de palacio.

Cuando se pregunta por qué Idea no asesinó a Fineo de una vez en lugar de atormentarlo de aquel modo, se suele dar esta respuesta: «Ninguna mujer escita asesina jamás a su esposo por temor al terrible destino que le aguardaría en los infiernos». Sin embargo, ella esperaba que con darle a Fineo únicamente comida sucia, lo reduciría a un estado tan lamentable que éste pondría fin a su vida voluntariamente, sin sospechar que era ella la causa de su desgracia.

25. LA TRAVESÍA DEL BÓSFORO

—El Bósforo —había anunciado Fineomide tiene unas dieciséis millas de largo de mar a mar, y se parece mucho más a un río que a un estrecho, sobre todo allí donde el canal se hace más angosto y no mide más que media milla de costa a costa: pues recibe las aguas de un inmenso mar de casi mil millas de largo y quinientas de ancho, alimentado por varios ríos de enorme caudal. ¡Ay, amigos míos, cuando las nieves derretidas que bajan de las grandes estepas del norte, o de las montañas del Cáucaso, hacen crecer cada uno de estos ríos hasta tener un caudal muchas veces superior al habitual, y cuando los violentos vendavales del noroeste empujan aquella tremenda masa de agua hacia el Bósforo, ya podéis imaginaros qué cataratas rugen por el estrecho! Afortunadamente la estación peor aún no ha llegado y el viento del suroeste que ha estado soplando durante dos días habrá hecho ceder la fuerza de la corriente. Aprovechad la oportunidad sin demora, y que los dioses hagan que podáis salir del estrecho antes de que el viento vuelva a cambiar bruscamente, como me temo que sucederá, por el aspecto del cielo.

—La corriente es más veloz en el centro del estrecho, y a ambos lados hallaréis remolinos y corrientes contrarias. Recordad que a menos que aprovechéis estas contracorrientes, la labor de vuestros remeros será una tarea imposible; recordad también que los promontorios de este canal escarpado y retorcido os proporcionará un socaire en el que la corriente queda desviada, y os permitirá recobrar el aliento para el siguiente esfuerzo. Pero vuestro capitán y vuestro timonel habrán de ser hombres de gran presencia de ánimo, pues de lo contrario es indudable que os estrellaréis contra las rocas.

—Comenzad a remontar el estrecho por el lado oriental, donde la costa es escarpada y encontraréis aguas profundas cerca de la orilla; pero tened cuidado con la entrada del estrecho, donde un bajío frena las aguas que desembocan allí procedentes de un torrente de montaña, y se extiende paralelo a la costa durante un centenar de pasos. En aquel lugar, cuando os aventuréis al centro de la corriente, vuestra embarcación dará vueltas como una astilla de madera en un remolino. Que vuestro timonel mantenga la proa señalando siempre directamente hacia la corriente, y vosotros confiad en los dioses y aplicaros a vuestros remos. Cuando hayáis pasado el estrecho, donde calculo que hoy la velocidad de la corriente será la de un hombre que camina muy de prisa, encontraréis que el canal vuelve a ensancharse, y que a ambos lados el agua está quieta; en la costa occidental está Terapia, una pequeña bahía donde podréis anclar tranquilamente, si queréis, para hacer un descanso a medio camino. Solamente hay un lugar más donde la travesía se hace difícil; y allí hallaréis el mayor peligro de todo el viaje: las rocas Simplégades. Las encontraréis a unos

doscientos pasos de la costa, en un punto angosto que se distingue por una arboleda de cipreses blancos. Mientras navegáis con dificultad por la costa oeste del estrecho, donde el agua es más tranquila que en la costa opuesta, encontraréis que la contracorriente es tan caprichosa que engaña la vista. Os parecerá que las oscuras rocas, algunas de las cuales están a flor de agua, no están fijadas al fondo del canal y que se balancean de un lado a otro e intentan aplastar el navío entre ellas y la costa. Pero vuestro timonel debe mantener la mirada fija en algún punto invariable al otro lado del estrecho y guiar la nave hacia él.

—Una vez hayáis pasado las rocas Simplégades podéis levantar el ánimo, pues solamente os quedarán tres millas de camino y éstas no presentan grandes dificultades. A no ser que el viento cambie repentinamente de dirección, pronto estaréis anclados en el mar Negro o varados en alguna playa agradable.

Los argonautas se aprendieron éstas y otras instrucciones de memoria y se las iban repitiendo unos a otros mientras navegaban por el primer trecho del canal, sin remar, porque querían reservar sus fuerzas para el duro trabajo que les aguardaba en el estrecho. El mar abundaba en atunes y peces espada, y de las rocas que iban pasando colgaban alcaparreras de un color verde brillante.

Cuando se aproximaron al estrecho y tomaron los remos, Orfeo afinó su lira para empezar una nueva canción, una aguda sátira sobre la tripulación, destinada a desviar la cólera de cualquier dios o diosa que pudiera aprovechar esta oportunidad para perjudicarlos. El estribillo decía:

¡Qué tripulación tan extraña y singular
de jóvenes campeones que se hacen a la mar!

En ella iba contando una broma sobre cada uno de los argonautas por turno. Primero habló de Linceo, cuya vista era tan aguda que podía leer a través de un roble los pensamientos de un escarabajo que paseaba por el otro lado; luego de Butes, que conocía el nombre y linaje de todas sus abejas y que lloraba si alguna no regresaba a la colmena por si se la había tragado una golondrina; de Admeto, a quien Apolo sirvió como criado, pero a quien sólo se le ocurría pedirle: «Traéme salchichas, por favor»; de Eufemo el nadador, que retó a un atún a hacer una carrera alrededor de la isla de Citera y que la hubiera ganado si el pez no hubiese hecho trampa; de Calais y Zetes, que corrían tan de prisa que siempre llegaban a su meta un poquitín antes de sonar la palabra «¡Ya!» y que en una ocasión persiguieron a un grupo de arpías bajando por el mar de Mármara, atravesando el Egeo y Grecia hasta llegar a las islas Estrófades; de Periclimeno el mago, nacido durante un eclipse, que podía convertirse en cualquier bestia o insecto que quisiera, pero que un día quedó transformado en un burrito tan joven que no recordaba cómo volver a cobrar forma humana; de Mopso e

Idmón, que preferían la conversación de los pájaros a la de las personas, incluyéndose a si mismos; de Ifito, que pintó en las paredes interiores de una casa de Fócide una escena tan llena de vida de la caza del ciervo que, por la noche, la presa, los podencos y los cazadores salieron todos corriendo y desaparecieron por el humero del techo; de Jasón, que era tan apuesto que las mujeres se desmayaban al verle y había que reanimarías con el olor de plumas quemadas. Pero Orfeo tuvo buen cuidado de burlarse también de sí mismo, como había hecho con los demás: contó cómo en un valle de Arcadia un gran número de árboles se desarraigaron y le siguieron dando extraños pasitos mientras él iba cantando sin pensar «Venid a un país mejor, venid a Tracia».

Estas bromas les ayudaron a pasar felizmente los lugares más peligrosos del estrecho, aunque en un momento dado, a pesar de que remaban con el máximo vigor, necesitaron tres estrofas de la canción para poder adelantar cien pasos. Cuando por fin Tifis los condujo a la bahía de Terapia, temblaban debido al esfuerzo realizado y se encontraban medio muertos. Anclaron y se refrescaron con vino, queso y tiras de venado envinagrado que les había dado Fineo; pero cuando el viento empezó a amainar interrumpieron su comida y reanudaron el viaje por temor a que las cosas empeoraran. Pero primero, para aligerar el navío, hicieron desembarcar a los mariandinos rescatados del poder del rey Amico, y convinieron en encontrarse aquella misma noche, si los dioses lo permitían, en la orilla del mar Negro, al este de la entrada al Bósforo.

Navegaron despacio por el lado más ancho del estrecho, pero el viento ya había cesado por completo cuando divisaron el promontorio de los cipreses, y por un sonido silbante del agua comprendieron que las rocas Simplégades estaban cerca. Tenían la boca seca por el miedo y sus brazos y piernas daban nerviosas sacudidas, pero Tifis mantuvo el rumbo y Orfeo les cantaba alegremente. La corriente en el centro del estrecho alcanzaba una velocidad terrible y los remolinos cercanos a la costa hacían que el Argo diera vueltas locamente. Los remeros vieron una garza que volaba corriente arriba en dirección a la nave, y la vitorearon jadeantes, porque este pájaro está consagrado a la diosa Atenea; pero cuando ya agitaba sus alas por encima del mástil, los gritos de alegría se convirtieron en un gemido de consternación. Vacilaron, perdiendo el compás de las remadas y haciendo que disminuyera su velocidad; pues un gavilán se había abalanzado sobre la garza y por muy poco no había dado en el blanco. Una pluma de cola bajó agitándose en el aire y rápidamente se la llevó la corriente.

El gavilán se cernía, dispuesto a atacar de nuevo, y si la garza llega a ser alcanzada y muerta, esto hubiera representado el peor augurio posible. Palero, cuyo remo había tomado Jasón en Terapia porque aún no se había recuperado del golpe en la cadera que le había asestado un bébrice, agarró su arco, colocó una flecha en la

cuerda y la disparó. El gavilán cayó dentro del barco con el corazón atravesado, y la garza siguió volando felizmente hacia el mar Negro.

Rara vez se había justificado un augurio con tanta rapidez. Tifis, al ver una de las rocas Simplégades que la marea había dejado descubiertas a cierta distancia de la costa, cerca del centro del estrecho, calculó que llevaba buen rumbo; pero el sonido del agua lo había confundido. El tirón súbito de un remolino hizo que el Argo girara sobre sí, violentamente, y siguió un estruendo de trituración y una sacudida tan fuerte que todos los que estaban a bordo creyeron que el viaje había terminado antes de tiempo y que todo estaba perdido. No obstante, Orfeo continuó con su canción, Tifis volvió a recuperar el control de la nave, y siguieron remando con ahínco, mientras la fuerza del agua hacía que los remos se curvasen como arcos. El agua salada no les mojó los pies, como esperaban ellos; y Falero, al inclinarse por el costado para ver qué era lo que le había sucedido a la embarcación, gritó que solamente habían chocado con el adorno de la popa contra una roca sumergida. Parte de ella se había desprendido del mismo modo que la garza había perdido su pluma de cola; pero el revestimiento del navío no estaba perforado.

Animados, cobraron nuevo impulso y siguieron adelante, y pronto el mar Negro se extendió ante ellos. Doblaron el promontorio oriental y pasaron el acantilado de creta blanca que el rey Fineo les había mencionado al darles las instrucciones; entonces dejaron el Argo varado a una milla o dos hacia el este, en un lugar en que unos acantilados amarillos quedan cortados por pequeños valles ribeteados por estrechas tiras de arena.

En cuanto desembarcaron empezó a soplar un viento del nordeste que al poco rato lanzaba unas enormes olas por el estrecho. Los argonautas se pusieron a reír, a gritar y a tirarse puñados de arena para dar rienda suelta a su alivio y su alegría. Los atenienses, Argo, Butes y Falero compraron unas ovejas a los pescadores bitinos que vivían en un valle cercano, sacrificándolas después a Atenea en agradecimiento por su señal de advertencia; pero los tres hijos de Poseidón, que no querían que nadie les superase en piedad, delimitaron un terreno sagrado en honor de su padre el Quebrantador de Rocas, y compraron dos toros rojos para ofrecérselos en sacrificio.

En esta playa volvieron a reunirse con los mariandinos. Y también aquí Idas recordó con grosería muchas de las bromas de Orfeo, riéndose sobre todo de Periclimeno, el mago, que hasta entonces no les había dado a los argonautas ni una sola prueba de los extraños poderes que generalmente se le atribuían. Periclimeno, después de salir en busca de los utensilios y accesorios que necesitaba y de invocar a su padre Poseidón para que le inspirara, hizo una exhibición de su habilidad.

Les enseñó una piedra blanca y otra negra, y tapó cada piedra con una concha, ante los ojos de todos; cuando quitó las conchas la piedra blanca y la negra habían intercambiado posiciones.

A continuación cogió una nuez, le dio unos pases mágicos y la introdujo en la rodilla de Idas, de forma que desapareciera sin dejar rastro. Luego ordenó a la nuez que creciera, causando a Idas un terrible dolor mientras echaba raíces y brotes, hasta que éste le suplicó, con lágrimas en los ojos, que sacara la nuez de su rodilla y le pidió perdón por su insolencia. Periclimeno se apiadó de él, sacó el nogal por las raíces y lo exhibió ante la tripulación, con un poco de sangre aún adherida al retoño verde.

Después transformó una piedra en un pececito con sólo frotarla con las manos debajo de una tela; también hizo que una copa de agua de mar hirviera sin fuego alguno. Incluso habló de cortarle la cabeza a Jasón y luego devolverle la vida, pero Jasón no quiso someterse a la prueba, aunque todos sus compañeros le suplicaron que mostrara su valor y su fe.

Finalmente, Periclimeno les divirtió y les dejó perplejos haciendo que su voz sonara en diferentes lugares, de modo que en un momento dado parecía que el pez que antes había sido una piedra estaba recitando una estrofa de la canción satírica —la misma que hablaba de Periclimeno— y al instante parecía como si Hilas les estuviera llamando alegremente desde el otro lado de la roca sobre la cual estaban sentados, diciendo: «¡Aquí estoy de nuevo, argonautas! Desde la última vez que os vi me he dejado crecer la barba y he sido padre de dos preciosos nikos». Pero no había nadie.

26. UNA VISITA A LOS MARIANDINOS

El contorno del mar Negro tiene la forma de un arco escita, curvado con la cuerda tendida en dirección norte, y es distinto al Mediterráneo en muchos aspectos. Recibe las aguas de muchos ríos inmensos, tales como el Danubio, el Dniéster, el Bug, el Dniéper y el Don, todos los cuales son mayores que cualquiera de los ríos, exceptuando el Nilo, que desembocan en el Mediterráneo, y no contiene ninguna isla de tamaño digno de mención. La parte norte es tan fría que, aunque parezca increíble, allí se congela incluso el agua de mar, y el gran mar de Azov, que está unido al mar Negro por un angosto estrecho, está a menudo cubierto, en invierno, por una capa de hielo de dos pies de espesor. Los ríos más caudalosos de los que afluyen al mar Negro proceden del norte y del noreste, y tanto en la primavera como en el verano, la nieve derretida hace crecer muchísimo su caudal; entonces sus aguas turbias se desplazan en masa hacia el Bósforo y allí, al no poder entrar todas juntas, se precipitan, formando una corriente, por la costa sur del mar hasta llegar a las montañas del Cáucaso. En todo el mar se originan brumas repentinas que ocultan por completo la línea de tierra, y a menudo sus corrientes y vientos hacen balancear las embarcaciones de un modo horrible, incluso cuando el tiempo es bueno; pero en sus aguas abundan los grandes peces, tales como atunes, lenguados y esturiones y ninguna de sus orillas presenta arenales desérticos e inhóspitos.

En el centro de la costa norte surge la península de Crimea, donde habitan los salvajes taurios, que se deleitan en hacer sacrificios humanos y colocan las cabezas de los forasteros sobre estacas alrededor de sus casas. Detrás de los taurios viven los cimerios, que son morenos, pequeños y excitables, famosos por sus cantos y valientes en la guerra, pero aficionados a la sodomía; al este y al Oeste de estos cimerios viven los longevos y equitativos escitas, cuyos únicos hogares son sus carros, y que beben leche de yegua y son arqueros excepcionales. Detrás de éstos habitan los fineses, los caníbales de capa negra; también los neurios, muchos de los cuales se transforman en hombres-lobo por la noche, y los cazadores budinios, que se tiñen el cuerpo de rojo y de azul, construyen ciudades con estacadas de madera y van vestidos con gorras y túnicas de piel de castor; y los isedones, que consideran un acto piadoso comer la carne de sus padres muertos y hacer copas con sus cráneos; y una tribu de sacerdotes calvos, los argipios, que cabalgan sobre caballos blancos, van desarmados, y se alimentan de leche cuajada mezclada con zumo de cerezas hasta formar una pasta espesa. En la costa occidental viven los tinios y los bitinios, que hablan el lenguaje tracio; y los robustos godos, bebedores de cerveza; y los escitas agricultores; y los pescadores brigios, que llevan calzones de piel de ballena; y los tatuados agatirsos, buscadores de oro, que aún veneran a la Triple Diosa con sencillez primitiva. En la

costa oriental viven los colquídeos y los apsileos y los escitas reales. En la costa sur habitan tribus que iremos describiendo por orden a medida que el Argo vaya pasando por delante de sus territorios o se detenga en sus puertos; esta costa sur está protegida en todas partes por altas colinas y su clima es igual al de Grecia.

Al tercer día después de su entrada en el mar Negro, los argonautas volvieron a hacerse a la vela, navegando por un mar agitado, pero sin que les sucediera nada, hasta que al anochecer divisaron el promontorio de Calpe y, cerca de él, casi pegado a la costa, un islote de rocas que no tendría más de ochenta pasos de largo y con una altura como la de un hombre por encima del nivel del mar. En esta isla —casi la mayor que habían de ver durante el resto del viaje a Cólquide— desembarcaron los argonautas y sacrificaron un cabrito en honor a Apolo. La sangre del cabrito se recogió en el hueco del escudo de Jasón, y todos mojaron sus dedos en ella, renovando sus juramentos de fiel camaradería y comprometiéndose a no abandonar nunca la nave. Luego vertieron la sangre sobre la arena exclamando todos a la vez: «¡Que nuestra sangre se derrame de igual modo si rompemos nuestro juramento!». Esta ceremonia se creyó necesaria ahora que habían penetrado en un mar en cuyas aguas se agitaban peligros continuos y por el cual ninguno de ellos habían viajado con anterioridad. Bailaron la danza en corro llamada La Grulla mientras Orfeo tocaba, y cantaron todos juntos:

¡Salve oh Febo, señor de la Salud,
Febo siempre tan hermoso…!

Y Atalanta consintió en reconciliarse de nuevo con Meleagro. La grulla estaba consagrada a Artemisa, pero ella y Apolo, al ser hermano y hermana, tenían muchos emblemas y atributos en común.

Los argonautas permanecieron toda la noche en el islote y al amanecer se levantó una buena brisa en el oeste, gracias a la cual llegaron la noche siguiente hasta los límites del país de los mariandinos, que son una especie de tracios. Pasaron por delante de lo que parecía un mar de árboles que bañaba las colinas bajas, y por la desembocadura de tres ríos: el fangoso y torrencial Sangario, el Hipio con sus orillas desiguales y el ancho Lico. Pronto, después de dejar atrás el río Lico, doblaron el promontorio de Aquerusia y, recordando el consejo del rey Finco, anclaron en una bahía que quedaba protegida del viento por un enorme e inaccesible acantilado coronado por plátanos.

En el extremo de esta bahía se alza la ciudad principal de los manandinos, famosa por la belleza de sus huertos, sus prados y sus jardines. La cebada, el mijo, el sésamo y toda clase de verduras crecen aquí en abundancia, y también hay viñas, higueras, avellanos, perales, y toda clase de frutales menos olivos, pues la tierra es demasiado

rica para el olivo. El acantilado se va inclinando poco a poco tierra adentro hacia el valle del Lico y, en una honda cañada, cercana a la cumbre, hay un abismo que es una de las principales entradas al mundo subterráneo. Es aquí donde brota el peligroso arroyo Aquerón, que corre por un barranco bajando por la superficie del acantilado. Hércules es la única persona que ha descendido a este horrible lugar: bajó una o dos millas, años más tarde, por orden del rey Euristeo, para presentar una queja al dios Hades en persona sobre los malos tratos que, según se decía, daba a ciertos espíritus distinguidos.

El rey Lico tributó a los argonautas un recibimiento digno de reyes, en cuanto se enteró de que habían rescatado a su hermana y a sus compañeros de un penoso cautiverio a manos de los bébrices. Jasón, Pólux y los demás se vieron obligados a rechazar más de la mitad e los ricos presentes que el rey les entregaba, pues el Argo era un navío de guerra y no tenía espacio para carga.

Cuando estuvieron todos sentados en un lujoso banquete preparado en su honor y que continuó, plato tras plato, durante doce horas enteras, Lico le preguntó a Jasón:

—Dime, príncipe salvador de mi pueblo, ¿conoces tú a un campeón griego llamado Hércules de Tirinto? Mide siete pies de alto, lleva una piel de león, y es el hombre más maravilloso del mundo entero. Hace algunos años, durante el reinado de mi padre Dáscilo, pasó por aquí a pie, procedente del país de las amazonas, llevando como tributo de guerra el ceñidor de la reina Hipólita. Mi padre estaba entonces en guerra con los bébrices y Hércules se ofreció a subyugarlos en su nombre, cosa que hizo sin mucho esfuerzo, matando a su rey Migdón, el hermano de Amico, y arrebatándoles todos los territorios del norte; porque una vez que se ponía a blandir su maza recubierta de latón, nada podía detener a Hércules. El hermano menor de mi mujer fue muerto durante el combate, y le dedicamos unos juegos fúnebres; durante estos juegos, Hércules boxeó con nuestro campeón Titias, y como no sabe medir su propia fuerza, le aplastó el cráneo. Naturalmente sintió remordimientos y ofreció, como penitencia, subyugar cualquier otra tribu hostil que mi padre le indicara, y así lo hizo con los henetes, que habitan al este de nuestro país. Ni siquiera quiso aceptar una recompensa. Los henetes son los restos obstinados de una gran raza que hace mucho tiempo entró en Grecia bajo el mando de Pélope.

Jasón, bajando la voz, dijo:

—Rey Lico, este mismo Hércules fue nuestro compañero de navío durante la primera parte de nuestro viaje, pero por desgracia lo perdimos hace unos días. Cuando desembarcamos junto a la desembocadura del río Cío, Hilas, su hijo adoptivo, aprovechó la oportunidad para escaparse de él, el muy desagradecido, con un zurrón tintineante en la cintura; suponemos nosotros, esperaba llegar a Troya por el camino del interior, partiendo del lago Ascania, y desde allí tomar un barco a Lemnos, donde tiene una novia llamada Ifinoe. Hércules no se dio cuenta de que

Hilas había desaparecido hasta pasadas unas horas, pero cuando lo descubrió, se fue corriendo a buscarlo, afligido por su dolor. Nosotros seguimos la carretera de Troya durante algunas millas, pero él no hacía caso de nuestros gritos y pronto nos dejó atrás; así pues, tuvimos que regresar, aunque de mala gana. Calais y Zetes, a quienes ves allí, y Tifis, nuestro timonel, sugirieron que continuáramos nuestro viaje, pero ¿cómo íbamos a abandonar a un compañero? El rey Admeto de Feras insistió en este punto con un calor que yo admiré mucho en él, y lo mismo hizo Acasto, hijo de Pelias, y Peleo el mirmidón. Sin embargo, la mayoría estaba en contra nuestra y al final tuvimos que ceder ante su insistencia. Levamos anclas y nos hicimos de nuevo a la mar con el alma compungida. Aún así, no quisiera culpar ni a Tifis ni a Calais ni a Zetes por esta decisión. Pienso que algún dios debe haber inspirado sus palabras.

Lico se compadeció de Jasón: el jefe de una expedición, le dijo, a menudo debe tomar decisiones que le resultan desagradables.

Jasón le explicó en confianza a Lico cuál era el verdadero motivo de la aparición del Argo en el mar Negro, y Lico aplaudió su valor y su piedad. Se ofreció a prestarle a Jasón los servicios de su hijo Dáscilo, que se embarcaría con ellos y les acompañaría hasta el río Termodonte, a mitad de camino de Cólquide, y le presentaría a todos los reyes de la costa, si fuera necesario.

Jasón aceptó este ofrecimiento con alegría, y el Argo hubiese zarpado a la mañana siguiente con un buen viento que soplaba del oeste, de no haber sido por un cruel accidente. Idmón, Peleo e Idas salieron juntos a pasear por la elevada ribera del río Lico, esperando poder eliminar, con el ejercicio, el empacho del banquete, y mientras caminaban Idmón empezó a contarles un sueño de mal agüero que había tenido durante la noche, de dos serpientes en cópula, que de todos los malos sueños es el que trae peor suerte. Idas, que no hacía ningún caso de los sueños, se estaba burlando de Idmón, cuando de pronto algo se movió entre los juncos y un enorme jabalí salvaje, que se había estado revolcando en el fango, se precipitó sobre ellos. Idas y Peleo dieron un salto a un lado, pero Idmón quedó inmóvil, incapaz de moverse. El jabalí hundió sus blancos y curvados colmillos en su muslo derecho, por encima de su coturno escarlata, desgarrándoselo. La sangre salió a chorro de la herida e Idmón cayó al suelo dando un grito. Peleo lanzó su jabalina con todas sus fuerzas contra el jabalí cuando éste volvía corriendo hacia los juncos, pero con idéntica mala puntería que la demostrada cuando se enfrentó al jabalí de Calidón. Irritado por su fallo se puso a gritar, y el jabalí volvió a dar media vuelta. Esta vez embistió a Idas, quien lo recibió con la punta de su lanza, apuntando entre el cuello y el omóplato y matándolo instantáneamente. Idas a menudo había irritado a Peleo con sus baladronadas, pero lo cierto era que, en toda Grecia, nadie le igualaba en su habilidad con la lanza y que, hasta nuestros días, nadie le ha podido superar. Dejaron al jabalí en el suelo y corrieron junto a Idmón, pero no pudieron restañar la sangre que

manaba. Mopso llegó a toda prisa con sus remedios para heridas que consistían en zumo de muérdago, una decocción de vara de oro, vulneraria y milenrama, y trementina pura. Pero llegó demasiado tarde. Idmón se fue quedando blanco como la nieve y murió sin pronunciar palabra en brazos de Idas. Era evidente que el jabalí, que jamás había sido visto por aquellos valles, no era un animal corriente, y los argonautas concluyeron que debía estar animado por el espíritu de Megabrontes, el dolión muerto a quien Idmón se había olvidado de aplacar. Pues el emblema de Megabrontes había sido el jabalí.

El rey Lico tomó parte personalmente en los ritos fúnebres, que duraron tres días. Los argonautas se consolaron mutuamente recordando que Idmón era un iniciado en los Grandes Misterios y que, en consecuencia, gozaría de soberanía entre los muertos. Se sacrificaron rebaños de ovejas en su tumba y los mariandinos levantaron un alto túmulo sobre su sepultura; y sobre el túmulo plantaron un olivo silvestre. Las hojas de este mismo olivo antiguo todavía garantizan sueños veraces si se colocan bajo la almohada.

Los argonautas estaban de nuevo dispuestos para zarpar cuando perdieron a otro de sus compañeros, Tifis el timonel, que murió de una enfermedad consuntiva, igual que su abuelo y su padre. Una maldición pesaba sobre la familia desde que el abuelo de Tifis cortó por error un roble sagrado; un oráculo decretó que ningún varón de la familia viviría más de lo que había vivido el roble, que eran cuarenta y nueve años. Mopso le administró una cucharada de un caldo hecho con el corazón de una musaraña y el hígado de un ratón de campo, pero ni así logró salvarlo, aunque durante algunas horas se recuperó muchísimo.

Una vez más lloraron y lamentaron la muerte de un compañero durante tres días. Alzaron otro túmulo de igual altura que el anterior y empezaron a decirse unos a otros: «La entrada a los infiernos no esta lejos de aquí. ¿A quién le va a tocar morir ahora? ¿Quién será el tercero?». Pues es cosa sabida que tales muertes siempre ocurren de tres en tres. Pero el gran Anceo encontró una rata en el Argo, que estaba royendo las provisiones y la mató con una piedra.

—¡Camaradas —gritó—, lloremos al tercer argonauta muerto!

Esto les devolvió la alegría. Pero luego empezaron a pelearse; unos decían que Nauplio debía tomar el puesto de Tifis como timonel y otros reclamaban el lugar para Ifito, que había sido capitán de una nave mercante durante algunos años; pero Jasón le dio el puesto al gran Anceo, y esto satisfizo a casi todos.

Al octavo día reanudaron el viaje con una brisa del oeste. Un reciente vendaval del nordeste había agitado el mar. Pasaron ante las desembocaduras de dos ríos más, el oscuro Bilbeo, cuyas márgenes están ennegrecidas por el carbón arrastrado del Promontorio Carbonífero; y el Partemo, o río de las guirnaldas, llamado así por las muchas praderas floridas que atraviesa. Luego, al llegar a Henete, tierra famosa por

sus maderas de boj, por sus mulas salvajes que pueden reproducirse y por el alfabeto de árbol henete más antiguo que el cadmeo, anclaron a sotavento de una península doble que se proyectaba hacia el mar, y cerca de un islote con escarpadas costas amarillas. Pero los henetes huyeron en cuanto vieron que se aproximaba el Argo, y cuando a la mañana siguiente se hicieron a la mar, aún no habían regresado.

Luego pasaron ante una costa accidentada y de aspecto lúgubre y llegaron al cabo Carambis, un promontorio muy elevado, bordeado de acantilados, rojos, y allí Dáscilo les dijo que se prepararan para un cambio de viento; sin embargo, continuó soplando del oeste. Siguieron navegando durante toda una noche y cuando amaneció se encontraron a mitad de camino de Sinope, deslizándose por delante de una costa escarpada de peñascos áridos, el territorio de los paflagonios; y como el viento no daba señales de cesar, continuaron su viaje todo el día. Al anochecer anclaron a sotavento de un arrecife de rocas, algunas de las cuales afloraban en la superficie que se encontraba a pocas millas de Lepte, el gran promontorio que divide la costa sur del mar Negro en das golfos poco pronunciados. En tres días y dos noches habían viajado unas doscientas cincuenta millas, sin confiar únicamente en el viento y en la corriente, sino valiéndose también de los remos para hacer avanzar el Argo, y así recuperar el tiempo perdido, aplicándose a ello durante dos largas etapas cada día.

El mismo día que anclaron junto a este arrecife, Hércules, que viajaba hacia Cólquide a pie, llegó al territorio de los mariandinos. El rey Lico le dio una calurosa bienvenida, pero le dijo:

—¡Qué lástima, querido benefactor! Si hubieses venido hace un día o dos hubieras encontrado a tus compañeros, los argonautas, que han estado lamentándose amargamente de tu pérdida… por lo menos Jasón, su capitán. Por lo que me ha contado, cuando tú te separaste de ellos, en los alrededores de Ascania, dos tracios, Calais y Zetes, y Tifis el timonel, le convencieron de que no debía esperarte.

—Con que sí, ¿eh? —dijo Hércules Ya me acordaré de esto.

—Tifis ha muerto de una fiebre consuntiva —añadió Lico.

—No importa —dijo Hércules—, aún puedo vengarme en los dos tracios.

—Yo te proporcionaré una galera de guerra para que salgas en su persecución, querido benefactor —exclamó Lico—, pero antes festejemos nuestro encuentro y recordemos juntos los viejos tiempos pasados.

—Tengo tanta hambre que me comería un buey —rugió Hércules.

—Puedes comerte dos, si quieres —replicó Licó. Tuvo buen cuidado de no hacerle preguntas sobre Hilas hasta que hubiera comido y bebido bien.

Mientras banqueteaban con carne de vaca asada de primera calidad, hubo un revuelo en la sala y un hombre alto, griego por su aspecto, vestido con el traje real de los heraldos, entró con paso decidido. Saludó a Lico con unas palabras halagadoras, pero le dijo:

—Mi mensaje no es para ti, majestad. Es para tu noble huésped, el príncipe Hércules de Tirinto.

—¡Válgame el cielo! ¡Pero si es el Basurero! —exclamó Hércules—. Estás tan pegado a mí como mi propia sombra, y caminas con igual silencio.

Talcibio se inclinó profundamente y dijo:

—¡Me alegro de verte, mi noble Hércules!

—Pues yo no —respondió Hércules haciéndole una mueca gorgónea.

Talcibio hizo caso omiso del insulto, y extendiendo su serpenteante vara de olivo, dijo suavemente:

—El rey Euristeo de Micenas te presenta sus saludos y te pide que regreses inmediatamente a Grecia para limpiar en un solo día las cuadras y los establos inmundos del rey Augías de Elide.

Hércules exclamó:

—¿Te ha hecho recorrer la mitad del mundo habitable sólo para pedirme que ejecute una sencilla labor sanitaria en mi tierra natal del Peloponeso? ¡Pues vaya, hombre!

—Yo sólo soy un heraldo —se excusó Talcibio.

—No, también eres un basurero —dijo Hércules.

Talcibio sonrió débilmente y contestó:

—Lo siento, mi noble Hércules, pero ahora vas a ser tú el basurero.

Hércules rió a carcajadas pues volvía a encontrarse de muy buen humor.

—¡Bien contestado! —exclamó—. Sólo por el chiste que has hecho voy a obedecer a tu señor. Pero primero he de obtener el permiso del rey Augías, que está a bordo del Argo, sólo a un día de navegación de aquí, en dirección este. El rey acaba de prometerme una veloz galera de guerra y mañana saldré tras ellos.

—Las órdenes del rey son que regreses a Grecia inmediatamente —dijo Talcibio con voz firme.

—No puedo limpiar las cuadras y los establos de mi compañero Augías sin su permiso —dijo Hércules—. Es posible que prefiera que se queden sucios, ¿quién sabe?

Y continuó obstinado. Pero en cuanto puso el pie en la galera, a la mañana siguiente, comenzó a dolerle la cabeza y las voces infantiles chillaban en disonancia: «¡Regresa, regresa, Hércules! ¡Nos estás matando! ¡Regresa, regresa!». Y tuvo que regresar. En el muelle, Lico se atrevió a preguntarle qué noticias tenía de Hilas, y Hércules admitió con tristeza que no tenía ninguna. Le contó su infructuosa búsqueda entre los misios y cómo había tomado rehenes de sus gobernantes y los había dejado al cuidado de su cuñado que estaba construyendo con ellos un poblado en la desembocadura del río Cío.

—Bueno —dijo el rey Lico—, también podría ser que Hilas esté escondido en

algún lugar entre los misios, pero por lo que dejó caer uno de mis invitados, creo que el muy desagradecido había estado planeando una escapada por el camino interior hacia Troya. Según he oído decir se llevó el zurrón, que tintineaba; a lo mejor estaba lleno de adornos de oro y plata para pagarse el pasaje a la isla de Lemnos, donde dicen que tiene una novia.

¡Qué! —bramó Hércules—. Con que ésa es la historia, ¿eh? ¡Los despiadados canallas proyectaron deshacerse de mí, y se han valido del cándido amor de Hilas por la desvergonzada Ifinoe para llenarle el zurrón de objetos valiosos que le permitieran escapar! Y entonces, en cuanto yo salí tras él, se escabulleron silenciosamente y me dejaron allí abandonado. Ya ajustaré las cuentas con ellos algún día, ya lo verás; pero mientras tanto, tengo que encontrar a mi adorado Hilas, que sin duda no tuvo mala intención. Es un muchacho inconsciente y está en una edad en que cualquier chiquilla deshonesta podría seducirlo, arrancándolo incluso del lado de Hércules que siente por él un cariño inmenso e infinito. Te doy las gracias, buen Lico, por esta información, por muy dolorosa que sea para mí. Tú si que eres un amigo fiel. Ahora tengo que regresar a Grecia, pero antes pasaré por Troya; y si el rey Laomedonte no me quiere devolver a mi Hilas ni decirme dónde puedo encontrarlo; destrozaré su orgullosa ciudad, piedra tras piedra. Tengo cuentas pendientes con él. Me quitó unas yeguas comedoras de hombres que dejé a su cuidado la última vez que pasé por allí.

—Toda Asia se alegrará de que les des una buena lección a esos orgullosos troyanos —dijo Lico ¿Puedo sugerirte que visites a los doliones y a los percosios y les pidas prestadas unas cuantas galeras de guerra? Por lo que he oído están deseosos de entablar una guerra con los troyanos.

—Eso es exactamente lo que haré —dijo Hércules Vamos, Basurero, ¿quieres que viajemos juntos o por separado?

—Sería un honor viajar en tu compañía, mi noble Hércules —contestó Talcibio —, y una gran protección contra los insultos de los bárbaros, algunos de los cuales sienten tanto respeto por un heraldo como por un gusano blanco en una nuez.

27. LOS MINIAS DE SINOPE

Cuando los argonautas doblaron el cabo de Lepte, que constituye el cuerno izquierdo de un gran promontorio con forma de cabeza de toro, el viento de pronto cambió del oeste al noroeste. Atravesaron a remo un golfo de aguas turbulentas bordeado de rocas blancas, y luego doblaron el cabo Sinope, que forma el cuerno derecho del promontorio. El cabo Sinope tiene laderas escarpadas y su cima es llana, y desde lejos parece una isla porque el istmo que lo une a la tierra es muy bajo. Un pequeño poblado de blancas casitas situado en la parte oriental de Sinope, cerca del istmo, hizo que los minias recordaran con melancolía su hogar, pues la sólida construcción de las casas era idéntica a la de sus ciudades en Grecia. Jasón intentó desembarcar en el istmo, pero encontró que estaba protegido por arrecifes de afilada piedra caliza llena de cavernas, así que hizo volver atrás al Argo hasta llegar a una pequeña playa situada en la península misma, y allí dejó varado el navío. La playa estaba muy bien resguardada contra los vientos del oeste y los del nordeste.

Los argonautas desembarcaron y comenzaron a encender un fuego de madera de deriva; y Equión agitó la mano amistosamente para saludar a un joven que los estaba observando fijamente por detrás de la cima del pequeño acantilado que bordeaba la playa. Él agitó también la mano como respuesta y en unos instantes volvió a aparecer, montado sobre una estupenda mula paflagonia, y empezó a descender por un barranco hacia ellos, a una velocidad peligrosa. Llevaba una gorra de piel de lobo y un collar de dientes de lobo, y gritaba con alegría los nombres de los tesalios Corono, Euridamante y Admeto a quienes había reconocido desde lo alto del acantilado por sus insignias y sus atavíos. Resultó ser Autólico de Trica, un minia a quien todos daban por muerto. Cinco años antes, él y sus dos hermanos habían acompañado a Hércules en su expedición al país de las amazonas, pero no habían regresado; cuando le preguntaron qué les había ocurrido, Hércules se limitó a contestar que los había dejado atrás y que seguramente los paflagonios les habrían dado muerte.

Fue un encuentro muy alegre. Autólico, cuyos hermanos Flogio y Deileonte también estaban vivos y le seguían muy de cerca, no había visto a un solo griego ni había tenido noticia alguna de su amada Tesalia desde que Hércules los había abandonado, pues Autólico se atrevió a emplear esa dura palabra. Parece ser que Flogio había caído enfermo durante la marcha y que Deileonte se había torcido un tobillo; pero Hércules se negó a esperarlos o a reducir siquiera su acostumbrada velocidad de treinta y cinco millas diarias. Los dos se habían visto obligados a abandonar la marcha y Autólico, magnánimamente, se había quedado con ellos. Los paflagonios los trataron bien, pues aunque toscos y obstinados, son una raza generosa, y ellos les pagaron su bondad introduciendo en el país muchas artes y

ciencias útiles que hasta entonces les eran desconocidas. En especial les enseñaron a los paflagonios el valor de los árboles que crecían en abundancia en las colinas, tales como el arce y el nogal de montaña, que son muy apreciados en occidente para la construcción de mesas y cofres, y los instruyeron en el arte de curar y desbastar la madera para la exportación. Los hermanos también organizaron pesquerías de atún y enseñaron a sus anfitriones el verdadero valor de las mercancías extranjeras traídas a este puerto por tierra desde Persia y Bactria. Hasta entonces los paflagonios habían dejado que sus aliados los troyanos regatearan con los mercaderes armenios en una feria anual, y se habían contentado con una insignificante comisión sobre los productos vendidos, pero ahora Autólico y sus hermanos les aconsejaron que trataran amistosamente con los armenios cuando entrasen en su país para, de este modo, sacar beneficio razonable como intermediarios.

También estos tesalios se habían enriquecido con la compra y reventa de mercancías como pieles de tigre, alfombras con dibujos, bálsamo, cinabrio, ocre rojo, ónix, turquesas, lapislazulí y láminas de mica gálata, con la que los reyes y príncipes cubren las ventanas de sus dormitorios. Cada uno de los hermanos poseía un saco de polvo de oro que casi pesaba tanto como ellos mismos, pero los tres añoraban su hogar en Tesalia. No se atrevían a enfrentarse a los peligros de un viaje por tierra, y como no eran expertos en carpintería de navío no tenían medios para regresar por mar, pues no querían confiar sus vidas y sus tesoros a los troyanos. Flogio declaró que con gusto dejaría todas sus riquezas si con hacerlo pudiera ver una vez más «las hermosas vegas del Ión y del Leteo, donde pastan las yeguas de cría, y retozan los potros, y el sonido agudo de la gaita del pastor hace que bailen los robustos chiquillos bajo los álamos».

Cuando Jasón les dijo que el Argo se dirigía a Cólquide, donde tenía intención de recuperar el vellocino de oro del santuario de Prometeo, los tres hermanos se quedaron a la vez asombrados y desanimados. Conocían la fuerza de la flota y del ejército colquídeos y la aversión que el rey Eetes sentía por la nueva religión olímpica. Pero dijeron:

—Si por casualidad regresáis en paz de Cólquide, pasando por Sinope, sobre todo no volváis a Grecia sin nosotros: pues os daremos la mitad de todo el polvo de oro que poseemos como pago por nuestro pasaje —polvo de oro sacado de la tierra por gigantescas hormigas de la India y robado por los morenos dandios así como unas bolsas llenas de joyas.

Jasón respondió:

—Podéis venir con nosotros ahora y ayudarnos a recuperar el vellocino, o quedaros aquí, pero sin esperar ningún favor de nosotros en el viaje de regreso. Si venís, no os exigiremos ni oro ni joyas como pago del pasaje, sino únicamente las provisiones necesarias para unas cuantas etapas más del viaje.

Pero Equión dijo:

—No, no, hijo de Esón. Que nos busquen provisiones y que además nos paguen con oro en polvo; que le den a cada argonauta tanto como pueda coger en ambas manos y meter en su zurrón sin levantar el dedo pulgar. No será ninguna cantidad excesiva, pero la suficiente para que no observen con envidia los sacos. Y para demostrar que yo no siento sed de oro, no voy a introducir ni un solo dedo en los sacos.

Finalmente los tres hermanos, después de fortalecerse con vino mariandino decidieron subir a bordo, y aceptar las condiciones de pago. Equión extendió bajo sus pies su sagrada túnica para recordar a sus camaradas que no debían faltar a lo pactado, levantando el pulgar o metiendo la mano dos veces. Luego cada argonauta, por turno, hundió las dos manos en el saco, las sacó repletas de oro y vertió el polvo en su zurrón. El gran Anceo, que tenía las manos más grandes, sacó más que los demás pero derramó la mitad mientras intentaba abrir el zurrón, y a otros les ocurrió lo mismo; pero el pequeño Anceo, que tenía manos pequeñas, se las embadurnó con sebo hasta la muñeca y, yendo con sumo cuidado, logró meter todo el oro menos unos cuantos granos, en el suyo. Equión felicitó efusivamente al pequeño Anceo por su sagacidad, y éste le felicitó a su vez al ver que recogía todo el oro derramado en un pliegue de su túnica y que se lo quedaba como propina —suficiente, como se vio más tarde—, para hacer una vaina de oro en la que guardar su rama de olivo y un cinturón con grabados de emblemas sagrados.

Jasón consintió en esperar dos días mientras los hermanos tesalios arreglaban sus asuntos. Dáscilo, el hijo de Lico, se despidió entonces de los argonautas, que ya no necesitaban sus servicios, pues los nuevos miembros de la tripulación conocían bien todas las tribus de la costa hasta el territorio de las amazonas.

De este modo, la tripulación volvió a estar completa, pues estos tres hermanos tesalios tomaron los puestos de Hércules, Idmón y Tifis, y aprovisionaron el navío con tortas planas hechas de espelta, lonchas de atún seco, jarras de aceite de delfín, y cordero dulce en adobo.

De pie sobre el promontorio, Orfeo y los demás iniciados en los Misterios de Samotracia, ofrecieron sacrificios a la Gran Diosa y le pidieron humildemente que soplara el viento del noreste; pero no sopló. Llegaron a la conclusión de que debían haber cometido algún error en el ritual y esperaron al día siguiente para volver a ejecutarlo. Entonces el viento cambió al noroeste, que era lo que les convenía, aunque no sopló con fuerza.

Durante aquel día atravesaron un golfo tranquilo, pasando colinas cubiertas de árboles que llegaban hasta la orilla del mar; tierra adentro, a gran distancia, se elevaba el doble cono del monte Saramene. Cerca del promontorio que hay en el otro extremo del golfo pasaron por delante del delta del río Halis, el mayor de toda la

costa sur de este mar, pero que deja de ser navegable poco después de su desembocadura. Luego, al doblar el promontorio cerca de la costa, vieron unos rebaños de ciervos que pastaban por allí; era una hermosa raza de ciervos llamados gacelas, que ninguno de los argonautas había visto con anterioridad, excepto Nauplio, que las había visto cuando naufragó en la costa de Libia. Las gacelas tienen los ojos grandes, las orejas largas y las patas delgadas, y su carne es muy sabrosa. Atalanta quería desembarcar para cazarlas, porque Nauplio la había provocado al decir que eran tan veloces que ni ella podría darles alcance; pero Jasón no lo consintió, y siguieron adelante. Pasado el promontorio había una playa larga, rematada por colinas bajas, y detrás de ellas un lago pantanoso lleno de aves acuáticas. Desembarcaron y se quedaron allí una o dos horas para recrearse, y los tesalios, ahora que eran tantos, hicieron una exhibición de baile con toda su armadura puesta, al son de la música de flauta que tocaba Jasón. Bailaban con gran agilidad, dando unos saltos increíblemente altos y haciendo girar sus espadas por encima de sus cabezas. Dos grupos de bailarines imitaban, con gestos de mímica, una acción de guerra, turnándose en ser los vencedores y los vencidos, y dándose unos golpes que parecían realmente fuertes, pero que, gracias a su habilidad y control, no llegaron siquiera a abollar un casco.

Entretanto Atalanta y Meleagro se fueron corriendo juntos a cazar gacelas, pero regresaron con las manos vacías y jadeantes, justo cuando el navío estaba a punto de zarpar.

Aquella noche recorrieron lentamente otro golfo y al amanecer doblaron un promontorio poco elevado y cubierto de bosques, llamado promontorio de Ancón, donde el serpenteante Iris vierte sus aguas en el mar.

—Aquí —dijo Autólico—, hay un poblado de asirios de barbas rizadas y largas túnicas, desterrados de su país; y más allá se extiende el país de los cálibes, una tribu salvaje famosa por su modo de trabajar el hierro, con la cual he traficado últimamente. Pronto divisaremos un islote, llamado Isla de la Permuta, cerca de la costa cáliba, donde nosotros, los de Sinope, venimos en nuestras canoas hechas de troncos huecos y ponemos sobre las rocas la alfarería minia pintada, el lino de Cólquide, los abrigos de piel de cordero teñidos de rojo con rubia, o de amarillo con brezo, que es lo que más aprecian los cálibes. Luego nos marchamos remando a ocultarnos detrás de las rocas. En cuanto nos hemos ido, los cálibes se acercan al islote montados sobre unas balsas; junto a nuestras mercancías colocan puntas de lanza y hacha, de hoja ancha y bien templadas, y también leznas, cuchillos y agujas de marinero, y luego vuelven a marcharse. Si a nuestro regreso nos satisfacen sus productos, los recogemos y partimos hacia casa; pero si no estamos satisfechos, separamos del montón de nuestra mercancía todo lo que creemos que no queda cubierto por su pago. Entonces los cálibes vuelven de nuevo y pagan este montón de

productos que hemos colocado aparte con unas cuantas herramientas más. Finalmente se completa la permuta, a no ser que los cálibes se marchen ofendidos, llevándose todos sus productos de hierro, y nos hagan volver a casa con las manos vacías, pues son una raza muy caprichosa.

El Argo continuó avanzando por esta costa con un viento fresco, y pasó por delante de varios poblados de chozas construidas con ramas, pero en ningún sitio vieron los argonautas rebaños de ninguna clase, aunque había hierba suficiente para que pastaran en grandes números. Las colinas se acercaron más al mar y pasaron por la Isla de la Permuta. La costa entonces giró bruscamente hacia el norte, y después de unas cuantas millas llegaron remando a un promontorio bajo que hoy en día se llama cabo Jasón. Como ya anochecía y amainaba el viento, y no querían verse mezclados con los belicosos tibarenos, cuyo territorio empezaba en este cabo, anclaron al abrigo de otro islote. Aquella noche fue memorable para los argonautas, pues Nauplio les enseñó los nombres de las constelaciones celestes, tal como él las conocía, entre las cuales estaban la Mujer Osa Calixto, su hijo Árcade (generalmente llamado Guardián de la Osa), las Pléyades (que estaban saliendo en aquel momento) y Casiopea. Luego se divirtieron poniéndoles nombres ellos mismos a otras constelaciones y algunos de estos nombres se empezaron a utilizar en los puertos griegos después del regreso del Argo. Así fue cómo adquirieron su nombre las estrellas gemelas Cástor y Pólux, ante cuyo brillo se calman los mares más embravecidos; y la gran y pesada constelación de los Trabajos de Hércules; y la Lira de Orfeo; y la constelación de Quirón el Centauro (bautizada así por Jasón) —todas éstas aún se recuerdan—. También recordamos el Delfín del pequeño Anceo: pues aquella noche todos menos él comieron cordero frito en aceite de delfín, que para él era un alimento prohibido; él tuvo que comer atún seco y le puso a la constelación el nombre de «Delfín del pequeño Anceo». Pasaron muchos años antes de que el propio Argo hallara un lugar en los cielos, muy cerca del horizonte, en una constelación de veintitrés estrellas. Cuatro estrellas forman el mástil, cinco el timón de babor y cuatro el estribor; cinco la quilla, cinco la borda; pero la proa no se divisa porque fue la causa de un homicidio.

A la mañana siguiente siguieron remando, saliendo con el mar completamente en calma; pero el viento reinante en estas costas es del noroeste, y pronto volvió a soplar, impulsándolos a bastante velocidad frente al país de los tibarenos. Según lo que contó Autólico, estos salvajes habían destronado hacía poco tiempo a la Diosa Madre y habían puesto al padre Zeus en su lugar; pero les resultó difícil abandonar por completo las costumbres antiguas, que habían representado un papel importante en su religión. Los hombres se reunieron y uno de ellos les dijo a los demás: «Ya que es el hombre el que siembra la semilla, el que crea el hijo, y no la mujer, pues ella no es más que el campo en el que la siembra, ¿por qué debe el hombre reverenciarla?

Propongo que de ahora en adelante, todas las atenciones que se han dedicado equivocadamente a la mujer durante su embarazo y parto, se dediquen al esposo. Él es el creador, no ella». Y así quedó decidido. Ahora, cuando una mujer está embarazada, el marido tibareno come el doble de lo que acostumbra comer, se le honra por encima de los demás y se le consienten extraños caprichos, y camina como un pato cuando sale de casa; y mientras su mujer está de parto, se echa en la cama y gime, con la cabeza vendada fuertemente, y las mujeres lo atienden solícitamente y le preparan los baños de parturienta —pero la mujer tiene que arreglárselas sola. Igual que los cálibes, estos tibarenos no cultivan la tierra, ni mantienen ovejas ni bueyes. Viven de la pesca, la caza y las frutas que recogen en los bosques; pues los mares están llenos de peces y los bosques de caza. Aquí crecen espontáneamente enormes cantidades de manzanos, perales y árboles con varios tipos de nueces; y la vid silvestre está cargada de pesados racimos de uvas de gusto áspero pero refrescante.

Al mediodía los argonautas llegaron a la pantanosa desembocadura del Ceraso, más allá del cual se halla la isla de Ares. De pronto, el ancho cielo frente a ellos quedó oscurecido por minadas de pájaros acuáticos que volaban hacia el mar procedentes de las costas bajas. Mopso, el augur, los observó fijamente, con ojos que parecían a punto de salírsele de las órbitas, y la boca redonda como un huevo. Entonces gritó:

—¡Media vuelta, queridos camaradas! ¡Este espectáculo es demasiado horrible para los ojos de un augur!

Pero el averío ya sobrevolaba el barco a proa y a popa, y una bandada de sucias espátulas se dirigía directamente hacia el Argo. Todos los argonautas, de común acuerdo, agarraron armas, cascos, platos y calderas de cobre y empezaron a entrechocarlos; al oír el horrible estrépito los pájaros huyeron, pero sus plumas cayeron como una lluvia. Se dice que las espátulas les chupan la vida a los hombres dormidos y una bandada de ellas se considera como presagio seguro de la fiebre. El segundo Trabajo que le fue impuesto a Hércules fue el de obligar a una enorme colonia de espátulas a abandonar los pantanos cercanos a Estinfalo, en Arcadia; mató a algunas y obligó a las demás a huir con gritos disonantes.

Así pues, los argonautas siguieron navegando, y cuando llegaron a la isla de Ares, la encontraron ennegrecida por la presencia de pequeños pájaros, tales como alondras, aguzanieves, guiones de codornices, colirrojos reales, pichones volteadores e incluso una bandada de martines pescadores; al pasar el Argo todos alzaron el vuelo formando una gran nube, pero los alejaron con el mismo ruido alborotador de antes.

Mopso extendió las palmas de las manos para hacerle una plegaria a Apolo:

—Innumerables peligros e innumerables bendiciones, nubes que resuenan con dudas. Mi vista se enturbia. ¡Amado de Delos, sonríenos, sacudiendo tus largos bucles, y haz que prevalezca el bien!

28. LOS GORDOS MOSINOS Y OTROS PUEBLOS

Aquella noche, cuando pasaban por delante del cabo Céfiro, Autólico les dijo a sus compañeros, levantando la voz:

—Allí está el territorio de los mosinos, y me temo que no me creeréis cuando os cuente la clase de gente que son, pues ya leí la incredulidad en vuestros ojos cuando os describía las costumbres de los tibarenos. Por lo tanto no diré ni palabra y dejaré que baséis vuestro juicio en vuestra propia experiencia con estas gentes singulares.

Poco después de que Autólico dijera estas palabras, encontraron una playa protegida por los vientos del oeste, anclaron, desembarcaron, encendieron un fuego con madera de deriva y cenaron, habiendo dejado apostada una fuerte guardia. Pero Autólico los tranquilizo:

—No tenéis nada que temer de los mosinos, pues cuando vean nuestro fuego se retirarán a sus castillos de madera donde permanecerán toda la noche. Por la mañana, la curiosidad los hará venir hasta aquí con regalos. Es peligroso viajar por su país, porque hacen muchos hoyos para atrapar a las bestias salvajes en los bosques, y si un extranjero tiene la desgracia de caer en uno de ellos, los mosinos lo consideran una pieza de caza más y lo matan sin piedad. Pero no son peligrosos cuando se encuentran con hombres armados y en campo abierto.

La noche transcurrió tranquilamente, y en cuanto el sol empezó a caldear las playas, bajaron dos mosinos a visitarlos, tal como Autólico les había predicho. Su aspecto era tan gracioso que los argonautas estallaron en carcajadas incontrolables. Los mosinos, un hombre y un muchacho, se animaron con este evidente signo de bienvenida y empezaron a reír también. El hombre se puso a hacer cabriolas y el muchacho batía las palmas. El hombre llevaba un escudo en forma de hojas de hiedra hecho con cuero de buey blanco, una lanza de prodigiosa longitud con una pequeña punta en el extremo redondeado, y un cesto repleto de nueces, frutas y otras golosinas. Llevaba una corta túnica blanca y tenía la cara pintada con tinte amarillo y azul, formando líneas alternas. En la cabeza llevaba un casco de piel sin cimera, atado con la cola de un buey blanco. Era extremadamente gordo.

El niño iba desnudo y era todavía más gordo, prodigiosamente gordo; sólo podía andar con gran dificultad, y al hacerlo el sudor le chorreaba por la frente. Por su cara pálida y piel blanquísima parecía que había estado encerrado en una habitación oscura durante semanas y semanas y alimentado como un buey al que se ceba, cosa que, después de hacer algunas preguntas, resultó ser, en efecto, lo que había pasado. Sus enormes muslos estaban tatuados delicadamente con dibujos de flores y hojas. El hombre, que era un jefe, acompañó al niño al fuego del campamento y lo ofreció a Jasón, junto con el cesto de dulces, con un ademán de generosidad, extendiendo

luego la mano para recibir algún regalo a cambio. Entonces los argonautas se pusieron a reír aún más fuerte, pues observaron que las gruesas nalgas del muchacho estaban teñidas, una de color amarillo, la otra de color azul, con un ojo blanco y negro de mirada espantada en cada una.

Jasón se sintió confuso. No sabía qué decir ni qué hacer. No obstante, Autólico, que sabía unas cuantas palabras en lengua mosina, se adelantó y dio las gracias al jefe, de parte de Jasón, por su obsequio, afirmando que el muchacho estaba admirablemente gordo.

—Claro que lo está —dijo el jefe—, con la cantidad de castañas hervidas que le metemos en la boca, día tras día y noche tras noche.

Jasón le preguntó al jefe, utilizando a Autólico como intérprete, qué regalo le gustaría a cambio del suyo.

El jefe respondió que se contentaría con la mujer que los argonautas habían traído consigo; aunque no estaba en la flor de su juventud y parecía medio muerta de hambre a causa de su largo viaje desde Egipto, dijo que él les garantizaba que la engordaría en unas cuantas semanas hasta que tuviera el aspecto de una calabaza madura. Mientras tanto, para demostrarle que no la despreciaba por su aspecto flaco, la convertiría en su amante delante de todos, en señal de cortesía.

Autólico movió la cabeza negativamente al oír tan desvergonzada sugerencia, pero el jefe, blandiendo su lanza, insistió en que tradujera estas palabras a Jasón; Autólico así lo hizo. Sus palabras produjeron tanta risa, que el hombre sacó inocentemente la conclusión de que los argonautas estaban contentísimos de librarse de una mujer flacucha y adquirir, a cambio, un muchacho rollizo. Avanzó hacia Atalanta con pasos menudos, los primeros saltitos de una danza lasciva, y se quitó el casco y la túnica.

Atalanta le hizo una mueca gorgónea, pero esto no lo desanimó en lo más mínimo. Cuando empezó a desatarse el taparrabos, ella dio media vuelta y echó a correr. Él la persiguió, dando alaridos, pero Meleagro corrió tras él y le echó la zancadilla, haciéndolo caer de bruces sobre un montón de piedras puntiagudas. Dio un chillido, y el niño gordo se puso a gritar como una mujer cuando está de parto. Al oírlos, los mosinos que les estaban observando, bajaron corriendo del castillo de madera más próximo, armados con jabalinas y las mismas lanzas enormes y escudos en forma de hoja de hiedra que los que llevaba su jefe. Falero, Jasón, Admeto y Acasto, armados con arcos y flechas, cubrieron la retirada de sus compañeros que se apresuraron a botar el navío. Pero cuando los salvajes descubrieron que su jefe no se había hecho ningún daño, y que no se habían llevado al niño gordo, no atacaron a los de retaguardia, quienes pudieron subir sanos y salvos a bordo sin malgastar ni una sola flecha.

Jasón aún conservaba el cesto de golosinas, que consistían en una torta plana y

blanda hecha de espelta; uvas, manzanas, peras y castañas; unas malolientes huevas de caballa y colas de platija; y un trozo de panal de miel. Distribuyó la torta y la fruta entre sus camaradas y tiró el pescado al agua. Pero el panal lo guardó para Butes.

—Me gustaría conocer tu opinión sobre esta miel, mi noble Butes —le dijo. Pero antes de que Butes pudiera bajar por el pasillo hasta donde estaba Jasón, Autólico y su hermano Flogio ya habían arrebatado el panal de manos de Jasón y lo habían arrojado al mar como había hecho Jasón con el pescado apestoso.

Butes estaba furioso.

—¿Qué? ¿Me robáis a mí este obsequio, pareja de piratas tesalios? —exclamó—. Jasón me ofreció el panal porque yo sé más sobre la miel que ningún otro hombre en Grecia y quería conocer mi opinión.

Autólico respondió:

—Eso puede ser cierto, pues vemos que incluso te zumba la cabeza, ateniense. Pero ya no estamos en Grecia, y así nos lo recordó el rey Amico cuando aún navegábamos por el mar de Mármara. Mi hermano Flogio y yo tiramos el panal de miel porque era venenoso, y porque como argonautas leales, valoramos tu vida.

Butes mitigó su cólera. Exclamó con sorpresa:

—¡Avispas y avispones! ¿De modo que aquel salvaje realmente quería envenenarme? Entonces, ¿debo mi vida a vuestra vigilancia? ¿Acaso roció el panal con el zumo del mortífero acónito que vi crecer en los campos de los mariandinos?

—No —respondió Autólico—, no tuvo necesidad de hacer eso. La miel aquí es venenosa por naturaleza, pues procede de una planta llamada tósigo de cabra. Una pequeña cantidad de esta miel es suficiente para hacer enloquecer a un hombre que no esté acostumbrado a tomarla, y hacerle caer al suelo sin sentido.

—Eso no son más que fábulas y no me creo ni una palabra —dijo Butes, volviéndose a enfadar—. Las abejas son criaturas sagaces y sobrias, mucho más sagaces y sobrias que los hombres, y jamás se les ocurrirá almacenar miel venenosa en sus panales, ni polen envenenado. ¿Quién ha visto alguna vez una abeja intoxicada? ¡Contestad a esto!

—Llámame embustero, si quieres —dijo Autólico—, pero al menos abstente de probar la miel de esta costa. La de los moscos, que son tributarios del rey Eetes de Cólquide, también es venenosa. Allí las abejas no la extraen del tósigo de cabra, sino de una hermosa flor roja, la azalea póntica, que crece en las laderas norte de las altas montañas de Armenia.

—No te llamaré embustero, porque eres mi compañero, en quien debo confiar, pero afirmo que estás completamente equivocado —dijo Butes—. Las abejas nunca se acercan a las flores rojas, y aunque la miel a menudo es utilizada por criminales, sobre todo por criminales del sexo femenino, como un buen medio para disimular el veneno que quieren utilizar contra sus enemigos, ninguna miel pura jamás le hizo

daño ni siquiera a una mosca, sea de la flor que sea. Afirmo que quien crea lo contrario es un crédulo ignorante.

En aquel momento Orfeo empezó a tocar una bonita melodía, Autólico se encogió de hombros y la disputa termino.

Pronto el Argo pasó delante del barranco de donde surge el río Caristotes, y los argonautas vieron varias canoas con tres asientos, hechas de troncos huecos, que remontaban la corriente a toda prisa. Los ocupantes llevaban tocados de plumas de buitre.

—Los mercaderes troyanos de esclavos suelen hacer inesperadas incursiones a estas costas —explicó Autólico—. Utilizan a los hombres que capturan como trabajadores en las canteras.

Aquel día navegaron hasta el cabo Sagrado, donde termina el territorio de los mosinos y comienza el de las amazonas. Este cabo, que está consagrado a la diosa de los Infiernos, era visible para todos, y no únicamente para Linceo, desde una distancia de sesenta millas. Una colina cónica se alza en un extremo, con acantilados rojizos a su alrededor. Pero no se atrevieron a desembarcar allí, y siguieron navegando durante la noche; porque toda la gente con quien se habían encontrado les había advertido que no se acercaran a las amazonas.

Las amazonas veneran a la Triple Diosa y los hombres de la tribu a la que pertenecían anteriormente (pero cuyo nombre se ha olvidado) tenían costumbres muy parecidas a las de los centauros, los eticios, los sátiros u otros pelasgos. Pero cuando estos hombres empezaron a hablar con entusiasmo de la paternidad —palabra que habían oído por vez primera a algún viajero armenio o asirio— y a exaltar al padre Zeus a expensas de la diosa, las mujeres celebraron una consulta (como habían hecho las mujeres de Lemnos) y decidieron conservar su poder, aunque para ello tuvieran que recurrir a la fuerza. En una sola noche desarmaron y mataron a todos sus hombres, o al menos a todos los que eran adultos, y entregaron sus genitales seccionados como ofrenda de paz a la Madre. Luego se dedicaron a adiestrarse en las artes marciales. Las armas que eligieron fueron el hacha de combate corta y el arco, y luchaban a caballo, pues en sus llanuras tenían una magnífica raza de caballos altos. Se cortaron los pechos derechos para poder tender el arco al máximo sin impedimentos y esto fue lo que les valió el nombre de amazonas, o sea, «mujeres sin pecho». No mataron a los niños varones, como habían hecho las mujeres lemnias, sino que les rompieron los brazos y las piernas, dejándolos inservibles para la guerra, y luego les enseñaron a tejer y a hilar y a hacer trabajos útiles en la casa.

Sin embargo, sentían el mismo anhelo natural por el acto del amor que las mujeres de Lemnos, y no se dignaban irse a la cama con sus esclavos inválidos. Así que hicieron la guerra a las tribus vecinas y tomaron amantes entre los cautivos más valientes, a quienes luego mataban sin el menor remordimiento. Esta política les

obligó poco a poco a ensanchar su territorio en todas direcciones, más de lo que convenía a sus necesidades; no eran una raza muy numerosa, y su fértil llanura alrededor del río Termodonte les bastaba para vivir. Sin embargo, no tardaron en llegar a un acuerdo con los macronios, una tribu brava y apuesta que habitaba las altas colinas del interior. Cada primavera los jóvenes macronios se encontraban con las jóvenes amazonas en un valle fronterizo, y allí se unían carnalmente; y de los hijos nacidos de este acto, las amazonas se quedaban con las niñas y entregaban los niños a los macronios.

Por lo menos éste es el relato de Autólico, que confirma lo dicho por Hércules. Hércules había conseguido el ceñidor de la reina Hipólita sin luchar, pues ésta se había enamorado de él cuando asistió, con sus amigos los macronios, al encuentro amoroso anual; y se lo entregó como un obsequio, sin pedirle nada a cambio. Fue debido a un mero accidente que Hércules tuviera un conflicto con la guardia de la reina, matando a cinco o seis con sus flechas; los macronios estaban celosos de su éxito con las amazonas y habían hecho correr el falso rumor de que su intención era raptar a Hipólita y llevársela para convertirla en esclava.

Los argonautas siguieron navegando toda la noche, y al mediodía siguiente, alarmados por el extraño aspecto del cielo, dejaron la nave varada en lo más alto de una playa, al socaire del cabo Rizos, unas noventa millas al este del cabo Sagrado. El cabo Rizos está situado en el territorio de una tribu, la de los llamados bequirios. Los montes que hay tierra adentro son extremadamente altos.

Jasón le preguntó a Autólico, bromeando:

—¿Y qué clase de gente son estos bequirios? ¿Acaso tienen cara de perro? ¿O tienen las cabezas bajo la axila? ¿Comen por casualidad arena y beben agua de mar? Si no, ¿cuál es su peculiaridad?

—Los bequirios —contestó Autólico poseen estas peculiaridades: dicen la verdad, son monógamos y fieles a sus esposas, no hacen la guerra a sus vecinos y, como ignoran por completo la existencia de los dioses y las diosas, pasan su vida sin miedo a ser castigados por sus pecados. Creen que cuando un hombre muere, muere totalmente, y por este motivo no temen a los fantasmas. Su tierra está libre de las fiebres que plagan a sus vecinos y es extremadamente fértil. A menudo he pensado en establecerme entre ellos; lo único es que, cuando muriera, mis huesos no recibirían sepultura, lo que sería algo terrible para un griego con un espíritu tan religioso como el mío.

Desde donde acababan de desembarcar sólo había dos días de navegación, con un viento favorable, para llegar al puerto colquídeo de Fasis, en la desembocadura del río Fasis. A lo lejos, hacia el norte y hacia el este, al otro lado del mar, se perfilaba una línea irregular de color blanco: las distantes montañas nevadas del Cáucaso.

29. EL ARGO LLEGA A CÓLQUIDE

Aquella tarde empezó a soplar un fuerte viento del norte y unas olas de tamaño extraordinario azotaban la playa. Mientras los argonautas contemplaban el mar, vieron una gran nave, a una milla de la costa, poco más o menos, que viajaba en dirección este. Era el primer barco que divisaban desde que habían dejado el país de los mariandinos. Estaba construido al estilo corintio.

Linceo aguzó la vista y les informó:

—Los remeros, por su cabello rizado y sus trajes de lino, parecen colquídeos, pero algunos de los pasajeros, que están achicando con cascos y platos, tienen un aspecto curiosamente griego. Se ha abierto una vía de agua, creo que en la proa, y han perdido los macarrones de popa. Los remeros están agotados, pero el capitán les está azotando las espaldas y forzando a seguir remando.

Algunos de los argonautas subieron corriendo a una colina que había encima de la playa para poder ver mejor. La nave colquídea estaba intentando doblar el promontorio de Rizos para refugiarse en la bahía que hay al otro lado y que tiene una playa larga y hospitalaria.

Pólux dijo suspirando:

—¡Pobre gente! ¡No podrán conseguirlo!

—Lo conseguirán fácilmente —exclamó Idas—. Están tirando de los remos como potros salvajes.

—No olvidéis el arrecife hundido del cual yo os aparté al pasar por allí —dijo el gran Anceo—. Quedará al descubierto en el seno de cada ola; y además, hay una roca que está cubierta por las olas, a un tiro de flecha de la costa, sólo un poquito más allá del punto al que acaban de llegar.

Apenas había terminado de hablar Anceo cuando una enorme ola levantó la nave y la arrojó de costado sobre la roca que acababa de mencionar. Al instante se partió en mil pedazos y el viento trajo consigo los chillidos de los hombres que se ahogaban.

—Esta vez me equivoqué —dijo Idas—. ¡Están perdidos!

Linceo les informó:

—Los cuatro griegos se están aferrando al mástil. Uno de ellos está herido. Están apartando con los pies a dos marineros colquídeos que se han agarrado a las escotas y están intentado ponerse a salvo. ¡Mirad! ¡Mirad allí! Aquel griego tenía un cuchillo entre los dientes y ha cortado las escotas. Ahora tienen la oportunidad de intentar llegar a tierra con el mástil.

Eufemo el nadador ya estaba corriendo en dirección al punto de naufragio. Corría velozmente. Cuando llegó a la orilla se tiró de cabeza al agua y nadó bajo las olas

como una nutria o una foca hasta que volvió a aparecer cerca de los cuatro hombres que se aferraban al mástil. Uno de ellos tenía un corte profundo en la cabeza que le estaba sangrando y sus compañeros lo sostenían con dificultad.

—Dejádmelo a mí —exclamó Eufemo, acercándose a ellos y ejecutando complicados ejercicios en el agua para demostrar su maestría como nadador.

—¡Hazte cargo de él, en nombre de la Madre! —respondió uno de ellos.

Eufemo, nadando de espaldas, no tardó en llevar a tierra al hombre herido. Los otros, moviendo los pies acompasadamente, dirigieron el mástil hacia el mismo lugar seguro. Pero no hubieran logrado trepar a tierra de no ser por la ayuda que les prestó Eufemo: volvió a tirarse al agua y los fue izando a tierra, uno por uno. Cuando por fin estuvieron todos en tierra le abrazaron del modo más tierno que pueda imaginarse, afirmando en un griego bárbaro que se había ganado su eterna gratitud.

—Parece que sois de alguna raza griega —dijo Eufemo.

—Es que somos griegos —respondió uno de ellos—, aunque nunca hemos visitado nuestra tierra natal. Somos de sangre minia, que según tenemos entendido es la más noble de todas las que son el orgullo de Grecia.

—Venid ante nuestro capitán, cuyo nombre es Jasón, hijo de Esón, y contadle vuestra historia —dijo Eufemo—. Él también es minia, como lo son varios de nuestros compañeros.

Jasón dio la bienvenida a los náufragos y les invitó a que se secaran junto al fuego del campamento. Les dio ropas que ponerse y vino caliente para beber. Mopso vendó la cabeza del hombre herido con vendas de lino, después de haber curado la herida con ungüento de vulnerario. Jasón esperó a que sus huéspedes se encontraran algo restablecidos y descansados antes de preguntarles cortésmente:

—¿Quiénes sois, forasteros? Y si me permitís preguntaros, ¿a dónde os dirigíais en vuestra nave antes de que esta terrible tempestad la rompiera en mil pedazos?

Su jefe respondió:

—No sé si alguna vez has oído hablar de un griego eolio llamado Frixo, que huyó de Tesalia, hace unos treinta años, porque su padre, el rey Atamante, tenía intención de sacrificarlo. Bueno, pues llegó sano y salvo a Cólquide, y se refugió en la corte del rey Eetes, que procede de Éfira y que se había establecido allí hacía ya algunos años; se casó con la hija del rey, la princesa Calciope. Nosotros somos los cuatro hijos de aquel matrimonio, pero nuestro padre, Frixo, murió hace dos años y no estamos en muy buenas relaciones con nuestro abuelo, que es un viejo muy severo. Hace poco, decidimos visitar Grecia, porque nuestro padre nos había dicho que en Orcómeno nos esperaba una valiosa herencia a saber, las tierras beocias de su padre, Atamante. Cuando le pedimos permiso para embarcar al rey Eetes, nos lo concedió de mala gana y con la condición de que primero visitáramos Éfira para descubrir qué había pasado con las tierras que posee allí y reclamarlas formalmente en su nombre. Nosotros

aceptamos la condición, pero cuando no hacía más que dos días que nos habíamos hecho a la mar, como bien pudisteis ver, perdimos nuestro barco y todas nuestras pertenencias. Si no llega a ser por tu noble camarada aquí presente también hubiéramos perdido nuestras vidas, estoy seguro, pues él nos arrancó de las olas cuando estábamos agotados. Nuestros nombres son Argo (el que está allí con la herida en la cabeza), Melas (el moreno que le está curando y que se parece a su abuela colquídea), Citisoro, que está a mi lado (nuestro campeón de lucha libre), y Frontis —yo soy Frontis, el mayor de los cuatro. Estamos enteramente a tu servicio.

Jasón le tendió la mano.

—Este encuentro es muy extraño —le dijo—. Os he tratado con la gentileza con que trataría a mis propios parientes, ¡y ahora resulta que lo sois en realidad! Tú y yo somos primos hermanos. Tu abuelo Atamante y mi abuelo Creteo eran hermanos. Y tenéis más primos entre nosotros (luego os explicaré su genealogía): Periclimeno y Melampo de Pilos, Admeto de Feras, Idas y Linceo de Arene y Acasto de Yolco.

Frontis le estrechó la mano y preguntó:

—¿Cómo es posible que os encontréis en esta playa? ¿Acaso los troyanos no han cerrado el estrecho para impedirle el paso a todo griego que tenga intención de comerciar aquí, en el mar Negro? Se comprometieron a hacerlo. Nuestro abuelo Eetes es un aliado de Laomedonte, el rey de Troya, y se ha comprometido a ayudarlo con naves y con hombres para poder llevar a cabo esta política; pues aunque él también es griego, dice que los griegos siempre crean problemas vayan donde vayan. He oído decir que las amazonas le han hecho un ofrecimiento parecido a Laomedonte, alegando que los griegos son demasiado rápidos con sus armas y demasiado lentos con sus obsequios. Por cierto, hay tres hermanos tesalios que viven en Sinope entre los paflagonios, y que han deshonrado el nombre de los griegos: tienen la reputación de ser unos pillos redomados y unos cicateros.

Jasón le instó a que diera más información sobre estos tres hermanos. Frontis respondió:

—No los conozco personalmente pero uno de ellos, que se llama Autólico, es el mayor ladrón de toda Asia; según los troyanos sería capaz de robarle la nariz a un hombre mientras durmiera, o el trípode a una sacerdotisa mientras estuviera profetizando. Pero los troyanos no se atreven a raptar a estos hermanos y darles muerte, porque los paflagonios, engañados por ellos, los creen maravillosos y los benefactores del país y para demostrarles su resentimiento cerrarían la ruta comercial del sur, desconectándola de Oriente.

Autólico dijo sonriendo:

—No creas nunca lo que te digan estos malvados troyanos, noble Frontis. Cree a los sencillos paflagonios a quienes, en efecto, mis hermanos y yo hemos proporcionado beneficios sustanciosos. Y no guardéis vuestras narices con demasiado

desvelo mientras durmáis, pues os juro que no les pondré las manos encima mientras vosotros no hagáis lo mismo con las nuestras. Esto es lo que siempre les he dicho a los troyanos.

Toda la tripulación prorrumpió en carcajadas al oír esta salida, y Frontis se disculpó ante Autólico y sus hermanos, diciendo que si realmente eran ellos los tres tesalios en cuestión, sus rostros amables y francos eran ya de por si una refutación de las calumnias que hacían circular contra ellos sus rivales en el comercio. Los hermanos les otorgaron el perdón generosamente, diciendo que cualquier queja que contra ellos tuvieran los envidiosos troyanos era como música para sus oídos.

Entonces Jasón dijo:

—Frontis, estos tres buenos tesalios han embarcado en nuestra nave, después de dejar arreglados sus asuntos en Sinope, porque la gloria de nuestra divina misión ha encendido en sus corazones el anhelo de compartirla con nosotros.

—¿Ah, sí? —dijo Frontis, sintiéndose aliviado al poder cambiar de tema de conversación Y ¿cuál es, si puedo preguntar, esta divina misión?

Jasón respondió:

—Voy a decírtelo en confianza: se trata de rescatar el vellocino de oro que está en poder del rey Eetes y devolverlo al santuario de Zeus Lafistio, de cuya imagen tu padre, hace mucho tiempo, tuvo la audacia de retirarlo. Tú y tus hermanos deberíais sentir un profundo interés por esta misión; y si nos ayudáis a cumplirla, podemos prometerte que vuestras reclamaciones sobre las tierras de Atamante serán consideradas favorablemente por los gobernantes de Beocia, y serán expulsados quienes las ocupan actualmente. Has de comprender que la buena suerte del clan minia depende de la recuperación del vellocino; es más, estoy seguro que ha sido la propia Triple Diosa quien os ha arrojado a estas costas.

Frontis dijo:

—Tus palabras suenan disparatadas y extrañas en nuestros oídos. Nuestro abuelo, el rey Eetes, jamás os entregará voluntariamente el vellocino, y posee no sólo un ejército de cinco mil hombres sino también una flota compuesta por treinta veloces galeras, cada una de ellas del mismo tamaño que la vuestra; y si conseguís apoderaros del vellocino mediante una rápida incursión, esta flota os perseguirá y os alcanzará, sin duda alguna. Antes que nada, permíteme que te advierta que en la sala del palacio de nuestro abuelo hay dos toros de bronce. Están hechos siguiendo el modelo del toro que Dédalo entregó a la sacerdotisa cretense Pasífae, sólo que están dedicados al salvaje dios de la guerra de los taurios. Cuando nuestro abuelo os haya cogido, os encerrará, de dos en dos, en los vientres de estos toros y encenderá debajo de ellos un fuego de sacrificio para que muráis asados. Vuestros gritos y chillidos saldrán como rugidos por la boca de los toros y le causarán un infinito placer. Y dime, primo, ¿cómo puedes llegar a imaginarte que la Triple Diosa, a quien adoramos en Cólquide

como la madre de Cabeza de Pájaro o la Inefable, esté a favor de tu audaz intento de deshacer lo que ella hizo? ¿Por qué habría de consentir en devolver el vellocino al hijo rebelde al cual ella lo sisó?

Jasón respondió:

—Todas las grandes deidades olímpicas —Zeus, Poseidón, Apolo, Atenea y Artemisa—, han bendecido personalmente esta empresa, que no es, ni mucho menos, más difícil que otras que, como tú sabes, se han llevado a cabo con éxito. Por ejemplo, cuando Hércules de Tirinto recibió órdenes del rey Euristeo de Micenas de apoderarse del ceñidor de la reina Hipólita de las amazonas.

Al llegar a este punto, Melas y Citisoro le interrumpieron:

—Oh sí, todos hemos oído hablar de Hércules, el gran tirintio. Si Hércules hubiera venido con vosotros, entonces tal vez seria otra cuestión. Incluso nuestro abuelo Eetes le teme. Jasón dijo:

—Entonces permitidme que os diga, y, si vosotros queréis lo confirmaré con un juramento, que Hércules es miembro de esta expedición. Si miráis en la arqueta debajo del banco más próximo a la popa, encontraréis algunas de sus pertenencias, incluyendo un casco del tamaño de una caldera y un par de calzones de cuero gigantescos. Desembarcó hace varias jornadas para atender a unos asuntos privados y tenemos la seguridad de que nos alcanzará pronto, probablemente en una nave que le hayan proporcionado sus amigos los mariandinos. Pero no nos consideramos menos valientes que Hércules y tenemos intención de completar nuestra empresa sin él, si se demora mucho. En cuanto a la Triple Diosa, todos la adoramos con sinceridad, y en Samotracia nos han iniciado en sus más puros ritos. Ha dado su consentimiento para esta expedición y nos ha beneficiado con los vientos más favorables posibles. ¡Que me muera al instante si cuanto digo de ella no es cierto!

—Pero ¿qué interés puede tener ella en vuestra recuperación del vellocino? —preguntó Frontis.

—Yo no digo que tenga ningún interés —respondió Jasón—. Pero al menos no se opone a nuestra búsqueda, pues tiene una misión propia que quiere que realicemos para ella en Cólquide. Quiere que demos reposo al espíritu de vuestro padre, Frixo.

—¿De veras? —exclamó Frontis. No tenía ni idea de que no estuviera en reposo. Los colquídeos le hicieron un funeral espléndido.

Jasón quedó confuso.

—Tenía entendido que su cuerpo no estaba enterrado —dijo.

—Y no lo está —dijo Frontis—. En Cólquide jamás enterramos a los hombres, sino únicamente a las mujeres. La religión colquídea prohíbe el entierro de los hombres, y aunque el rey Eetes pidió permiso al consejo de estado para que nuestro padre fuera quemado en una pira y sepultado al estilo griego, los sacerdotes colquídeos se lo denegaron, y él no insistió. Aquí se adora al dios Sol, además de

venerarse a la Triple Diosa, y por lo tanto, el fuego es sagrado. Los cadáveres masculinos no pueden ser quemados, por si acaso el fuego se inficiona, ni pueden ser sepultados bajo tierra, pues también es sagrada la tierra. Así pues, la costumbre colquídea consiste en envolver a los cadáveres masculinos en pieles de buey sin curtir y colgarlos de las ramas de los árboles para que los pájaros se alimenten de ellos. El cuerpo de nuestro padre fue colgado, con la mayor reverencia y solemnidad de la rama más alta del árbol más alto en todo el valle del río, un gigantesco álamo, y a ninguno de nosotros nos ha turbado nunca la aparición de su fantasma.

—¿Es cierto que el vellocino está colgado en la arboleda del héroe Prometeo, a quien se adora aquí como un dios de la guerra? —preguntó Jasón.

Frontis respondió:

—La historia ha llegado a tus oídos en una versión confusa. El vellocino está consagrado en el santuario oracular de Prometeo, no lejos de la ciudad de Ea, donde se le rinde culto como a un héroe, no como a un dios. Te explicaré cómo el dios de la guerra se ha visto involucrado en la historia. Hace veinticinco años, cuando nuestro abuelo Eetes se casó con la hija del rey de Crimea, que era un taurio, y pactó una alianza militar con él, ella trajo a Ea su guardia personal tauria. En honor a ella y a su suegro, nuestro abuelo concedió la parte delantera del recinto del héroe, con sus altos muros, al dios de la guerra taurio, reservando la parte posterior para el héroe. De este modo, para llegar al lugar donde está colgado el vellocino, hay que pasar el escrutinio de todo un colegio de sacerdotes armados taurios, que montan guardia día y noche ante los establos de sus toros sagrados. Eetes hizo esta concesión en un momento en que creía que los griegos podían asaltar e intentar robar el vellocino. Con su esposa colquídea tiene una hija, la princesa Medea, que es ahora la sacerdotisa de Prometeo y alimenta a la enorme serpiente en la que está encarnado el héroe. Se trata de un pitón de una especie india que mata a su presa, tanto si es una bestia como si es un pájaro, fascinándola primero con sus ojos siniestros y siempre abiertos, y luego aplastándola hasta que muere entre sus fríos anillos. Prometeo se ofende por la presencia en su recinto de cualquier persona que no sea la princesa Medea, que canta antiguos hechizos para mantenerlo tranquilo. Ninguna mujer envidia el cargo de la sacerdotisa.

Las mejillas de Jasón palidecieron cuando escuchó este relato, y le faltó el habla. No obstante, había llegado demasiado lejos para poderse echar atrás honrosamente. Admeto de Feras habló en su lugar ante Frontis:

—Ninguno de nosotros se siente desanimado por lo que dices, prinio, y vosotros os habéis puesto enteramente a disposición de nuestro jefe. Os exijo, a ti y a tus hermanos, que juréis seguirle lealmente hasta que haya conseguido devolver el vellocino a Grecia. Si os negáis a prestar este juramento os mataré aquí mismo, a pesar de nuestro cercano parentesco. Pues Jasón os ha confiado un secreto que nadie

puede compartir si no tiene intención de prestarnos su asistencia activa.

Prestaron el juramento en un templo descubierto de Mariane que había cerca de allí. Lo habían erigido las amazonas, años antes, durante una de sus incursiones en esa costa. La tosca estatua negra de la diosa todavía ocupaba su nicho, y el altar de rocas estaba dispuesto para recibir su sacrificio. En los tres cuencos de la roca más alta colocaron unas piedras blancas redondeadas, en forma de huevo, y las hicieron girar, en dirección lunar, como intercesión.

Durante la noche el viento amainó. Al amanecer, aunque el mar aún estaba embravecido, botaron el Argo y se pusieron en camino. Continuaron su viaje con una suave brisa terral pasando por las tierras de los pendencieros sapiros y por las de los bicerios, los de pie firme, que viven junto a ellos, allí donde las montañas llegan hasta el mar.

Navegaron impulsados por el viento todo el día y parte de la noche siguiente, y luego se pusieron al pairo, pues reinaba la calma. Después de remar todo el día siguiente, llegaron a una inmensa llanura brumosa cubierta de árboles. A la hora del crepúsculo entraron en el ancho Fasis, un río que es navegable hasta una distancia de unas ciento veinte millas o más desde su desembocadura; pero estaban demasiado cansados para seguir remando sin antes descansar. Los hijos de Frixo les mostraron un remanso oculto, donde podrían pasar la noche sin miedo a que los perturbaran. Por fin habían llegado a los Establos del Sol.

Pero antes de entrar en el remanso, Jasón, prudentemente, se puso en pie sobre la proa y vertió en el río una libación de miel y agua pura contenida en una copa de oro, pidiendo a la deidad del río que fuese; benévola con el Argo cuando navegara por aquel ancho y glorioso canal.

30. REMONTANDO EL RÍO FASIS

El remanso olía a fiebre, y en ambos lados los árboles podridos estaban engalanados con plantas trepadoras hasta la misma copa. Los argonautas no pudieron saltar a tierra, porque la tierra era más bien un légamo negro y espeso cubierto de una maleza espinosa. Ni siquiera pudieron echar el anda, pues los hijos de Frixo les advirtieron que por la mañana les resultaría imposible arrancarla del profundo fango. Los enjambres de mosquitos zumbaban malévolamente en sus oídos y les picaban en las partes más sensibles, y una multitud de ranas de árbol, de color verde hierba, saltaron por la regala y se lanzaron sobre ellos con sus patas viscosas.

—Qué lástima —dijo Peleo que nuestro camarada, el de los coturnos escarlata, ya no esté entre nosotros. Siendo argivo, conocía el hechizo contra las ranas.

—Échale la culpa a tu poca destreza con la jabalina —dijo Idas, a quien las ranas estaban molestando más de lo que podía soportar.

Orfeo intentó consolar a Idas explicándole que las ranas venían con la buena intención de librar al barco de mosquitos; pero Idas respondió que sería mejor si los mosquitos pudieran librar el barco de ranas. Entonces él y Linceo le suplicaron a Jasón que salieran de nuevo al mar, y Jasón consintió; pero el Argo quedó en seguida varado en un banco de arena. Estaban intentando desatracarlo, consiguiendo únicamente remover el fango que desprendía un hedor asqueroso, cuando de pronto el aire se llenó de una espesa bruma; ni siquiera Linceo podía ver la palma de su mano acercándola a sólo un pie de su cara. Permanecieron amarrados toda la noche, sumidos en una muda desesperación.

Dos horas después del amanecer la bruma aún era bastante densa, pero consiguieron desatascar el Argo tirando de dos maromas que Eufemo, después de atravesar el río a nado sin temor a los cocodrilos u otros monstruos, había atado a las raíces de unos árboles en la orilla opuesta. Era el quincuagésimo día del viaje y por lo tanto lo celebraron con plegarias a la Triple Diosa, la cual tiene preferencia por los números tres, nueve y cincuenta, del mismo modo que Zeus prefiere el cuatro y el doce y Apolo el siete; pero tuvieron buen cuidado de no levantar las voces por temor a ser descubiertos. Después de terminar sus cánticos, remaron a través de la bruma, pasando por Fasis, la ciudad de guarnición, infestada de fiebre, que el rey Eetes mantenía en la orilla izquierda del río; y esto lo hicieron sin dificultad pues Argo, el hijo de Frixo, respondió al quién vive del centinela en su propia lengua, que en los oídos de los argonautas sonaba como el piar de los pájaros. Fasis estaba edificado sobre estacas entre el río y un lago repleto de somorgujos y cercetas y patos grises, y la ley exigía que todas las naves extranjeras se detuvieran allí, cualquiera que fuese su puerto de origen, antes de ser escoltados hasta Ea. Pero Jasón prefirió que el

gobernador de Fasis ignorase que el Argo había remontado el río.

Poco a poco la bruma se fue disipando. Siguieron remando, hora tras hora, entre árboles como los del remanso, cubiertos de plantas trepadoras, y las mismas riberas de largos juncos. Cuando descansaban no desembarcaban, sino que tomaban sus comidas sin guisar. Los hijos de Frixo les mostraron una variedad de planta trepadora cuyo, olor ahuyentaba los insectos; los argonautas arrancaron hojas de esta planta, las machacaron y se frotaron con ellas la cabeza y el cuerpo. Aquella noche no les molestaron las picadas y pudieron quedarse tumbados, conversando en voz baja, con el Argo amarrado a una musgosa estaca.

Admeto dijo:

—Camaradas, yo no le temo a la muerte, pero he de confesar que cuanto más nos acercamos al santuario en el que se dice que está colgado el vellocino, menos creo que volveré a ver a mi querida esposa Alcestis, o los ricos pastos de Feras donde balan mis ovejas gordas y relinchan mis espléndidos caballos.

Falero en seguida cogió el hilo de la frase, como si hubiera estado pensando exactamente lo mismo y dijo:

—O los altos olivos de Tespias, de aquel color verde gris, tan bien plantados que las anchas avenidas que atraviesan los huertos se ven rectas desde cualquier punto, tanto desde arriba, como desde abajo, como; en diagonal; y bajo cuyas sombras rehace en primavera la blanca y perfumada flor del haba. Pues en toda mi vida de navegante no había visto jamás una ruta de acceso a una ciudad tan lúgubre y salvaje como ésta.

—O las sombreadas cañadas de Esparta —dijo Cástor—, donde la tierra es verde pero firme, por donde los carros de dos caballos ruedan sin chirridos ni sacudidas, y nunca se oye el estruendo de las olas. Pues ¿qué posibilidad tiene un navío contra treinta?

—O las laderas floridas del Himeto —dijo Butes—, donde al mediodía se oye el zumbido soñoliento de las abejas, y el joven pastor toca música para sus rebaños en su flauta articulada. O Atenas coronada al anochecer con una luz violeta, cuando el humo de la cena se alza simultáneamente de todas las casas y cabañas de la ciudad, perfumado con el olor de alimentos apetitosos. Pues ¿qué son treinta y seis hombres contra cinco mil?

—O el Santuario Umbilical de Apolo, cuya blancura resplandece entre la espesura del laurel —dijo Ifito de Fócide—, o las aguas azules del golfo de Crisa. Mi compañero, el de los coturnos escarlata, tal vez hizo bien en morir entonces: él, al menos, recibió una sepultura con todos los ritos, y su espíritu ya debe haberse convertido en señor de los Infiernos, pues seguro que no olvidó lo que aprendió en Samotracia. Pero si nos destruye este siniestro Eetes, nuestro destino será tan miserable como el de Frixo: el de acabar colgados de las copas de los árboles más

altos para que nos picoteen los milanos y los cuervos.

Peleo dijo con amargura:

—Ojalá estuviera aquí Hércules, ojalá nos hubierais escuchado a Admeto y a mí…

—¡Basta ya, Peleo! —exclamaron al unísono Calais y Zetes.

—¿Acaso habéis olvidado, camaradas —preguntó Mopso el lapita, aunque en un tono de voz que acusaba su falta de confianza—, que nada menos que cinco deidades olímpicas han bendecido nuestra empresa?

Melampo de Pilos respondió:

—El Olimpo queda muy lejos de aquí. La ley de Zeus no llega más allá de Sinope, o tal vez sólo hasta el río Lico.

Idas se rió forzadamente y dijo:

—Deja a los olímpicos con sus bolitas de nieve, hombre de Pilos. Tienes a Idas contigo: él no le teme a nada.

Nadie le hizo caso a Idas; consideraban que cuando hacía un chiste de mal gusto lo mejor era responderle con el silencio.

Después de una pausa todos miraron a Jasón esperando que hiciera algún discurso alentador, pero Jasón continuó sentado, absorto en sus tristes meditaciones. Por fin Orfeo habló por él:

—Camaradas —dijo—, habéis olvidado a la Gran Diosa, cuya soberanía es universal y eterna (aunque en Grecia ha tenido la indulgencia de dividir sus poderes entre sus juguetones hijos) y gracias a cuyos manejos estamos aquí. No tenemos por qué desesperar mientras continuemos a su servicio. Olvidad por ahora a Zeus y su vellocino; recordad a la diosa y sus designios. El principal objetivo de nuestro viaje es el de hallar y enterrar los huesos de Frixo el minia. Cuando ya lo hayamos hecho y con ello hayamos complacido a la diosa, podremos esperar que nos ayude también en la otra empresa. Que nadie diga ni una palabra más acerca del vellocino hasta que el espíritu de Frixo haya encontrado por fin el reposo.

—Esto debéis aceptarlo como si fuera una orden mía —dijo Jasón con severidad, saliendo de su ensimismamiento.

Durante todo el día siguiente remaron río arriba, atravesando siempre el mismo bosque a la vez muerto y vivo, sin ver un solo ser humano, sino únicamente aves acuáticas, aves de rapiña y una bandada de ibis —aquella repugnante ave zancuda egipcia que se alimenta de serpientes y utiliza su propio pico como lavativa—. Aquella noche después de echar anclas, agotados por el calor sofocante, Orfeo les deleito con una canción que había compuesto, intercalando en ella algunas de las frases que se dijeron la noche anterior, pero siempre dándole un sello propio. Esta canción, que empezaba así:

Concédeme al fin un feliz regreso
A mi Esparta de valles verdes y frescos…

se sigue cantando en los hogares griegos, y aún la entonan los remeros en sus bancos cuando se encuentran en aguas extranjeras. En los versos siguientes se recuerda a «Atenas, coronada de violetas», y «Sifas, con los arrullos de sus palomas», y «Pilos, la Arenosa, la que abriga los barcos», y otros numerosos lugares queridos situados en cada una de las regiones donde se habla la lengua griega. Estos recuerdos se contrastan con los de los odiosos paisajes y sonidos del río Fasis, y cada verso termina con este estribillo:

Madre del Destino, te ruego que me perdones
si peco contra tus sacros deseos y tradiciones.

Al tercer día de su viaje por el río, muy temprano, el bosque empezó a ser menos denso y un impetuoso tributario, el Suro, bajó formando remolinos por entre las montañas del norte. En el punto de unión de las dos corrientes había un poblado bastante grande de cabañas de zarzas con techos de ramas embadurnadas de fango. Fue en este lugar donde los argonautas vieron por vez primera a los campesinos colquídeos, de piernas delgadas y cabello lanudo. Iban vestidos con unas blusas cortas de lino blanco y llevaban flores rojas detrás de las orejas. Argo, hijo de Frixo, dijo:

—Son gentes alegres e indolentes, y, sin embargo, continuamente piensan en la muerte. El Fasis es su Nilo, y, como sus primos los egipcios, veneran al ibis y se circuncidan el prepucio.

Había manadas de búfalos que se revolcaban en los campos mojados, con un pajarito posado sobre cada una de sus cabezas, que picoteaba los parásitos.

—También veneran a estos pájaros de los búfalos —dijo Argo, hijo de Frixo.

Hacia el mediodía las riberas del río empezaron a ser más firmes, y la corriente más fuerte; pero un fuerte viento del sudoeste los impulsó y no tuvieron necesidad de remar. Aparecieron más poblados, cada uno con su muelle y una hilera de canoas, hechas de troncos huecos, amarradas a la orilla. Volvieron a ver caballos y vacas y campos de lino azul en flor y campos de mijo, casi a punto para la hoz; y mujeres que lavaban junto a la orilla y chiquillos desnudos que jugaban a las tabas, tan absortos en su juego que no levantaban la vista cuando pasaba el navío. Las mujeres se pintaban el borde de los párpados como las egipcias. Aquí y allá había apestosos cementerios de árbol: sauces de los que pendían envolturas informes, algunas de ellas con buitres y grifos que las iban desgarrando. Los argonautas, al pasar, se tapaban la nariz con hojas de olor acre.

Los hijos de Frixo iban saludando a voces al pasar por cada poblado, y como el Argo volvía a estar disfrazado con su mascarón de proa colquídea, se suponía que estaban regresando del viaje que habían emprendido unos días antes, porque los augurios no habían sido buenos. Los argonautas se asombraron ante el verdor de la llanura, que según les aseguró Orfeo, estaba mucho mejor regada que el valle del Nilo y tenía mucho mejor clima. Aquí a menudo se recogen tres cosechas al año en un mismo campo, y la viña da fruto en su segundo año, y sólo hace falta cavar alrededor de las raíces y podarlas cada cuatro años. Pero los hijos de Frixo recomendaron a los argonautas que tuvieran cuidado con las Serpientes —pues cuanto más rica es la tierra más venenosos son los reptiles que alberga— y las tarántulas, una especie de araña cuya picadura hace que un hombre muera llorando la supuesta pérdida de sus parientes, y que otro lo haga riéndose de una broma que nadie más acierta a comprender.

—Idas no necesita ninguna picadura de tarántula para morirse riendo de una broma de esta clase —cortó Cástor amargamente; y esta frase tenía algo de profético.

Aquella noche amarraron el navío a un islote situado en medio del río, y allí desembarcaron y encendieron un fuego de campamento, sabiendo que sólo unas millas les separaban de su meta, Ea, la ciudad de altas murallas, situada en la confluencia de los dos grandes ríos, el Glauco y el Fasis. Se dieron un festín con un búfalo que apresaron cuando bajaba al río a beber; los hijos de Frixo consideraron que se trataba de una res perdida y por lo tanto una presa legítima. Hacía varios días que no comían carne asada, y aunque estaba duro como el cuero, los reconfortó. Meleagro y Atalanta se sentaron juntos, cogidos de la mano, como novios en un banquete de bodas, pues el temor a la muerte avivaba su pasión y los hacían comportarse con atrevimiento.

Por fin habló Jasón:

—Hemos depositado nuestra confianza en los dioses, pero ellos no nos ayudarán si no nos ayudamos nosotros mismos. Afilad vuestras armas, compañeros, en mi excelente piedra de afilar de Sérifos, y fortaleced vuestros corazones con la fe en los inmortales. Nos esperan grandes adversidades.

Idas hizo algún comentario necio y luego siguió un silencio que finalmente se hizo insoportable. Nadie tenía nada que decir que valiera la pena y un silencio tan largo solamente podía romperse con palabras de la más profunda sabiduría. Cada hombre miraba a sus vecinos, pero sólo hallaba miradas vacías. Por fin sonó la voz chillona de Ascálafo:

—¡Camaradas, escuchad! Aunque afilemos tanto nuestras armas que sus puntas parezcan agujas y sus filos navajas, sólo hay un hombre que pueda sacarnos de este lodo, el mismo hombre que, como el genio del Pantano con su linterna, nos ha guiado hasta él: Jasón, hijo de Esón. El propio Hércules le eligió como capitán y le obedeció

fielmente mientras estuvo con nosotros. Y ¿por qué lo hizo? Jasón es un arquero experto, pero no puede igualarse a Falero o a Atalanta; tira bien la jabalina, pero no tan bien como Atalanta o Meleagro o incluso yo mismo; sabe utilizar la lanza, pero sin la habilidad y el valor de Idas; no entiende nada de música como no sea la de la flauta y el tambor; no sabe nadar; no sabe boxear; ha aprendido a manejar bien el remo, pero no es marinero y; no es mago; su vista no es superior a la normal; su elocuencia es inferior a la de cualquiera de los presentes, exceptuando a Idas, y quizás exceptuándome a mí mismo; tiene mucho genio, es desleal, malhumorado y joven. Sin embargo, Hércules le eligió como capitán y le obedeció. Y vuelvo a preguntar: ¿por qué lo hizo? Camaradas, es porque poseía cierto poder que a los demás nos falta; y el noble centauro nos dijo claramente, por boca de Hércules, cómo se manifestaba este poder.

Entonces todos recordaron lo que se había dicho sobre el don que tenía Jasón de hacer que las mujeres se enamoraran de él; en efecto, habían visto cómo ejercía este don en Lemnos sobre la reina Hipsípila, que se mostró dispuesta a entregarle todo su reino cuando sólo hacía dos días que lo conocía. En aquel momento Atalanta se sintió inspirada por alguna deidad: pidió silencio y se puso a recitar una balada que iba componiendo sobre la marcha, acompañándose graciosamente con la lira de Orfeo. Las palabras exactas se han olvidado, pero en esencia son éstas:

Yo, Atalanta, soñé que estaba en los umbrales de la divina mansión del Olimpo cuando, de pronto, vi a la diosa Atenea que cruzaba el patio con un búho blanco posado sobre el hombro. Estaba visitando los aposentos que ocupaba la diosa Hera, la que en un tiempo había sido la soberana de Todas las Cosas pero que ahora se ha humillado a sí misma al aceptar ser la esposa del padre Zeus. Seguí a la resplandeciente diosa hasta el aposento de Hera, donde Hera, con sus grandes ojos marrones como los de una vaca, estaba reclinada en un diván meditando tristemente.

—¿Qué noticias me traes, Atenea? —preguntó Hera.

Atenea respondió:

—El Viento del Este me trae un informe de Cólquide. El Argo está amarrado a una isla en el ancho Fasis, no lejos de la ciudad de Ea, y la tripulación está celebrando un consejo de guerra.

—Espero —dijo Hera que no estén pensando en un asalto sobre Ea. Esto sería desastroso para mis planes. ¿Qué pueden hacer treinta y seis hombres y una mujer contra cinco mil?

Atenea respondió:

—Han afilado sus armas, pasándose una piedra de afilar de Sérifos de mano en mano; pero el Viento del Este me dice que también están estudiando estratagemas. Se proponen engañar a Eetes con bonitas palabras antes de intentar apoderarse del vellocino.

—A mí no me importa nada el vellocino —dijo Hera—. Mi único deseo es que los huesos de Frixo sean sepultados debidamente.

Atenea respondió:

—Hagamos un trato, Majestad. Si tú ayudas a Jasón a recuperar el vellocino, yo me comprometo a encargarme del asunto de Frixo.

Se dieron la mano para cerrar el trato. Entonces Hera hizo sonar una campanita de plata para que acudiera Iris, su mensajera, y cuando apareció Iris, montada en su arco celestial, le dijo:

—Niña, dile a Afrodita, la diosa del Amor, que se presente aquí inmediatamente.

Al poco rato Iris regresó con Afrodita, a quien había encontrado sentada frente a su tocador taraceado, peinándose los rubios rizos; y al entrar en el aposento de Hera aún seguía peinándose.

—¿Qué puedo hacer por ti, Majestad? —preguntó la hermosa Afrodita.

—Hera respondió:

—Hay un navío llamado el Argo que está amarrado en el río Fasis, bajo la sombra del Cáucaso. Ahora no puedo contarte toda la enredada historia de cómo ha llegado hasta allí. Para abreviar: a no ser que su capitán, Jasón el minia (sobrino de un tal Pelias de Yolco que me ha insultado groseramente), se gane el afecto de la princesa Medea de Cólquide, me sentiré defraudada, porque no podrá realizar el servicio que se ha comprometido a hacerme, y Atenea se sentirá también defraudada, porque no conseguirá lo que ambiciona sumisamente, que es recuperar un vellocino perdido, propiedad de su padre Zeus. Tienes que ayudarnos.

—Afrodita levantó las manos en un gesto de consternación.

—Queridas diosas —dijo—, yo haría cualquier cosa en el mundo por ayudaros a las dos, pero sin duda sabréis que eso de hacer que las personas se enamoren unas de otras no es de mi competencia, sino que es cosa de mi travieso hijo Eros, genio del Amor, sobre quien no tengo ningún control en absoluto. La última vez que intenté hacer que se comportara bien y le amenacé con quemarle el arco y las flechas si no lo hacía, me apuntó una flecha a mí, su propia madre —¡imaginaos!—, y me mezcló en aquel vergonzoso escándalo con Ares. Mi pobre esposo Hefesto jamás me lo ha perdonado.

A Hera y a Atenea les resultó difícil contener la risa al recordar la cara de tontos que pusieron y lo violentos que estaban Afrodita y Ares cuando Hefesto los descubrió juntos en la cama y les echó encima una red de bronce.

—Y ni siquiera me gustaba Ares —dijo Afrodita, casi a punto de llorar—. No es en absoluto la clase de dios en cuya compañía hubiera deseado que me encontraran. ¡Si hubiera sido Apolo…! Pero Ares tiene unos modales tracios asquerosos, no posee ningún talento, y sólo piensa en la guerra y en el derramamiento de sangre. Ni siquiera es apuesto. Pero no pude evitarlo. Debió ser por su larga melena y su cara

tatuada.

Hera dijo:

—Vamos, querida, ninguno de nosotros pensó mal de ti por tu aventura. Pero haz lo que puedas con tu hijo, te lo ruego. Sobórnalo, si no queda otro remedio. Prométele lo que quieras —ya sé—, prométele algunos de los juguetes con los que jugaba Zeus en la cueva del Dicte en Creta cuando era mi niño gordito y mimado. Los he guardado como una tonta, por razones sentimentales, pues era un chiquillo muy cariñoso, vaya si lo era, aunque ahora cueste trabajo creerlo.

Hera le dio a Afrodita la llave de su cofre de cedro y Afrodita lo abrió. Allí encontró una estupenda colección de juguetes —hombres de arcilla montados a caballo, toritos y carros de bronce, muñecas de grandes traseros talladas en esteatita, barcos de madera pintados con todos los detalles, incluso velas y remos—, y otros objetos indecentes, que, como mujer, no me atrevo a describir en presencia de los hombres. Pero lo mejor era una preciosa pelota, perfectamente redonda, hecha de cuero de toro con una lámina de oro cosida por encima; los puntos estaban ocultos por una espiral de esmalte azul marino hecha con lapislázuli machacado. Zeus había tenido mucho cuidado con este juguete y el oro no tenía ni una sola abolladura.

Así que Afrodita cogió la pelota y se marchó a las cañadas del Olimpo, tirándola de una mano a otra mientras caminaba. Yo la seguí, aunque a una distancia prudente, pues Atalanta le teme al genio del Amor tanto como cualquier mujer. Y allí, bajo un almendro florido, Eros estaba jugando a los dados con el escanciador del Padre, el joven Ganimedes, haciéndolos rodar por la verde ladera. Eros sonreía, oprimiendo contra su pecho izquierdo una docena o más de dorados dados que le hubieran caído al suelo si los hubiera sostenido en la mano. El pobre Ganimedes estaba sentado en cuclillas, con una expresión de pena en su rostro, tirando su último par de dados. Salió el Can, que en el Olimpo, igual que entre nosotros los mortales, es el que recibe menos puntuación, y Eros recogió también con avidez aquel par de dados. La sombra de su madre se proyectó sobre la hierba y el muchacho se volvió de pronto con aspecto culpable y protestó:

—No, madre, ha sido juego limpio; esta vez no están cargados, te lo prometo. Los he ganado jugando limpio, lo juro por la Estige.

Afrodita miró severamente a Eros, lo cogió de la mano derecha, y se lo llevó. Yo los seguí y oí cómo decía:

—Mi pequeño Eros, mi adorado hijito, tengo un juguete maravilloso para ti. Si lo tiras al aire brilla como el sol y una estela como la deja de una estrella fugaz. Ni siquiera Hefesto hubiera podido hacer una cosa tan preciosa. Viene de las tierras de China donde todos los hombres y las mujeres tienen la cara amarilla —y entonces le enseñó la pelota.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Dámela en seguida, madre —exclamó—. Ganimedes se pondrá

celoso. Quiero que se ponga celoso.

—No hijo, primero te la tienes que ganar —le dijo. Entonces le dijo a Eros cómo podía encontrar la ciudad de Ea, en Cólquide, y cómo podía reconocer a Medea, y lo que tenía que hacer cuando la viera. Él sonrió, le guiñó el ojo, y colocó los dados de oro en su regazo, contándolos primero, porque tenía miedo de que le devolviera alguno a Ganimedes; luego extendió las alas, que eran parecidas a las de una mariposa nocturna, y se marchó volando con el Viento del Oeste, llevando el arco en la mano derecha y la aljaba sobre el muslo izquierdo. Pues era realmente la pelota más bonita que jamás vio niño alguno. En estos momentos Eros está escondido tras un pilar en el pórtico de la mansión real de Eetes; está apuntando a Medea con su flecha más afilada, y espera, impaciente, la llegada de Jasón.

Cuando Atalanta dejó la lira un estallido de aplausos ahogó la voz indignada de Ascálafo, a quien había ofendido con sus comentarios sobre los modales de su divino padre, Ares. El aplauso siguió y siguió y Jasón enrojeció hasta el cuello.

—Por mi parte —le susurró Atalanta a Meleagro al oído—, no puedo soportar al hijo de Esón, pero sé, por la propia fuerza de la aversión que siento hacia él, que debe ejercer una poderosa fascinación sobre otras de mí mismo sexo.

En cuanto pudo hacerse oír, Frontis, hijo de Frixo, dijo:

—Medea es famosa por su belleza; pero aún no se ha enamorado de nadie, que yo sepa.

—No —dijo su hermano Melas—, nunca se ha enamorado; de eso estoy seguro. Una vez hablé con ella largo y tendido acerca de Grecia. Me dijo que nunca se había sentido a gusto entre los morenos colquídeos, y también que odiaba la raza salvaje de su madre. Pero esperaba algún día poder visitar Grecia, que, según tenía entendido, era un país muy hermoso y adelantado.

Citisoro, el tercer hermano, dijo:

—Es una mujer extraña, en cuya presencia resulta difícil mantener la ecuanimidad; a veces se comporta como una niña muy dulce, y otras, cuando baila en éxtasis sobre un montón de cráneos, se parece a la terrible Madre. Nuestra hermana Neera adora a Medea y ésta le dijo, no hace mucho, que ninguna mujer que posea sensatez y dignidad debe permitir que la venza el amor de un hombre, y que los hombres son el sexo inferior. Estas palabras han llenado de confusión a Neera, pues está enamorada de uno de los sacerdotes taurios y no quiere que Medea piense mal de ella. Sin embargo, no puedo quejarme de que Medea me haya tratado mal. Justo antes de que emprendiéramos nuestro viaje hacia Grecia fue muy amable conmigo y me dio una bolsa llena de medicinas poco corrientes, que por desgracia se perdieron con nuestra nave. Me rogó que actuara con prudencia en Efira, ciudad de Corinto, cuando hiciera mis averiguaciones sobre la herencia de su padre; y me aconsejó que no dijera nada que pudiera ofender a los habitantes en sus sentimientos religiosos. Por cierto,

también me confesó que si algo le ocurriera a su padre, cedería de buena gana su herencia colquídea a su hermano Apsirto, pero sólo con la condición de que él renunciase a su parte de la herencia corintia; y que, de hecho, Apsirto y ella habían hecho un pacto con este propósito.

Al llegar a este punto, Argo, el cuarto hermano, prosiguió el relato.

—Parece ser que nuestro abuelo Eetes fue despedido de Grecia bajo sospecha, más o menos al mismo tiempo que su hermana Circe, y que puso sus tierras de Corinto a cargo de un tal Buno, un jonio, y a sus gentes bajo la regencia de su sobrino Sísifo de Asopia. Luego vino la invasión aquea; Buno fue muerto en batalla a las puertas de Éfira, y Sísifo murió en la esclavitud y ahora (eso nos dicen) los aqueos reclaman como suyo todo el reino de Corinto. Creonte gobierna en Asopia, y en Efira hay gobernador, nombrado por el rey Esténelo de Micenas, que se hace llamar Corinto para establecer una especie de título hereditario. A pesar de todo esto, Medea no ha perdido la esperanza de recuperar la herencia de su padre; tengo entendido que la Madre se lo ha prometido en un sueño. Ahora que Apsirto ha renunciado a sus derechos, ella ocupa el primer puesto en la línea de sucesión —queda antes que nosotros porque es la hija de Eetes, mientras que nosotros solamente somos sus nietos si no contamos a su tía Circe que jamás puede regresar a Éfira porque el oráculo de Asopo la sentenció hace mucho tiempo a destierro perpetuo, en castigo por algún crimen innombrable.

Jasón preguntó:

—¿Por qué no se ha casado aún Medea? ¿Es que no ha tenido nunca pretendientes? ¿O es que su antipatía hacia los hombres oculta alguna incapacidad o malformación?

Argo respondió:

—Muchos jefes poderosos de Cólquide han querido casarse con ella, no sólo por su hermosura y sus riquezas, sino también por los peculiares favores que le dispensa la madre de Cabeza de Pájaro. Pero ella ha persuadido a su padre que una alianza así sólo conseguiría sembrar la envidia entre los pretendientes rechazados y que, si se casa, ha de hacerlo con un forastero. Yo no creo que sea ni deforme ni incapaz de sentir pasión; pero a menudo le ha dicho a Neera que la virginidad dota a la mujer de poderes extraordinarios para la brujería y la medicina. Ni las bestias salvajes ni las serpientes tienen poder alguno para dañar a una virgen y además una virgen puede arrancar hojas y sacar raíces que supondrían la muerte inmediata para los hombres o sus mujeres nada más tocarlas.

—Esto es cierto —dijo Atalanta—. Es el don de la diosa Artemisa.

—Medea se lo atribuye a Brimo —dijo Argo—, pero tal vez sean nombres diferentes para la misma faceta de la Inefable. Medea es quien entiende más de medicina y de brujería de todo el reino.

Jasón se acarició su barba corta y suave con aire pensativo.

—Parece que es justamente la mujer que necesitamos —dijo—. Personalmente no me asustan las brujas. El centauro Quirón me enseñó un encanto infalible contra ellas. Dices que es muy hermosa, y que no es muy mayor, aunque sea vuestra tía, ¿no es así? Pero «hermosa» para un colquídeo puede que no sea «hermosa» para un griego. ¡Espero que no tenga el pelo negro y rizado, los pies planos y los tobillos torcidos, como tu hermano Melas! Jamás podría besar a una mujer así.

—¡Oh, no! —respondió Melas sonriendo su madre era una tauria blanca, no una colquídea. Medea tiene la barbilla redonda, el pelo rubio con bucles (como los que hicieron famosa a su tía Circe en su juventud, amarillos como la flor de sena), labios voluptuosos, ojos de color ámbar, nariz ligeramente aguileña y los tobillos más perfectos de toda Cólquide. Tiene unos veinticuatro años.

—Eso está muy bien —dijo Jasón—. Siempre he preferido las mujeres maduras a las jovencitas. Bueno, camaradas, a dormir. Os deseo a todos unos sueños propicios. Nuestra camarada Atalanta nos ha indicado cuál es el camino que deben pisar nuestros pies.

Pero antes de dormirse le preguntó a Melas en privado:

—¿En qué consiste la herencia colquídea de Medea? ¿Es acaso coheredera con su hermano al trono de Cólquide?

—No —respondió Melas—. Sólo es la heredera de una tercera parte de los tesoros de su padre. El reino, al haberle sido otorgado a Eetes en recompensa por sus servicios a los colquídeos, pasa en herencia a los descendientes masculinos, excepto el territorio oriental, que linda con el reino de Albania. Aquellas tierras salvajes sólo las tiene en virtud de su matrimonio con nuestra abuela colquídea Ipsia, y a su muerte pasarán por línea materna a nuestra hermana Neera.

Jasón dijo:

—Ya veo. Entonces Apsirto debe estar contento con el acuerdo que ha pactado con ella. Pues para el Étira no significa nada, y la tercera parte del tesoro que Eetes ha amasado debe representar una suma que bastaría para comprar la mitad de Grecia.

31. EL REY EETES RECIBE A LOS ARGONAUTAS

Aquella noche el rey Eetes no podía dormir, por más que lo intentara. No sólo hacía días que los sagrados caballos del Sol se negaban a comer, sin que les hicieran ningún efecto las purgas debidamente administradas por los sacerdotes de los establos, sino que además estaba profundamente preocupado por un mal augurio del que había sido testigo aquella noche en el templo de la diosa Luna. Doce meses antes, uno de los esclavos del templo, cuyo oficio consistía en proporcionar pescado a los sagrados gatos negros de la diosa, había enloquecido repentinamente y había huido a toda prisa al bosque, chillando y gritando con éxtasis en una lengua que nadie comprendía. La gran sacerdotisa había salido en su busca, le había puesto grillos sagrados, y durante el resto del año lo había tratado a cuerpo de rey. En el sacrificio anual de la diosa se había sacrificado a este esclavo junto con las otras víctimas, atravesándole el corazón con una lanza de punta de obsidiana; se esperaba que su modo de caer proporcionaría un confortador augurio de los acontecimientos venideros. Pero en lugar de caer hacia delante, que significaba victoria, o hacia atrás, que significa derrota, o dejarse caer como un montón de trapos, que significa la paz, la víctima decidió dar tres vueltas hacia la izquierda y morir acurrucado llevándose las manos al vientre, un espectáculo nunca visto hasta entonces y que causó el horror de todos los presentes.

Los cuatro sabios consejeros de estado le recordaron a Eetes que tal vez el augurio no quería significar el desastre para Cólquide sino simplemente alguna alteración en los asuntos de la diosa, posiblemente la vuelta a algún culto más primitivo; pero a pesar de todo, no pudieron tranquilizarlo fácilmente. Eetes rondaba por su palacio de piedra maciza y bien pulida, yendo de una a otra habitación sin saber lo que buscaba: igual que un perro doméstico cuando le sobreviene la rabia, antes de que la locura termine por llenar sus fauces de espuma y hacerlo correr por las calles aullando y dando dentelladas. Poco antes del amanecer se dejó caer abatido sobre un diván en la sala interior, no lejos de la larga roca de basalto sobre la cual estaban colocados los toros de bronce, y allí tuvo un sueño muy poco propicio. Primero vio cómo una brillante estrella blanca caía lentamente en el regazo de su hija Medea, quien se la llevó corriendo al río Fasis y la tiró al agua; las aguas arremolinadas se la llevaron al mar Negro. Aquella parte del sueño no le inquietó, pero luego vio cómo a los toros de bronce les colocaban bruscamente un yugo de madera pintado de rojo y se les obligaba a labrar un campo. Los toros, en su indignación, echaban llamas por las narices y las bocas, pero el joven labrador exclamaba en tono burlón: «¡Vuestras llamas no pueden quemarme! Medea me ha ungido con bálsamo caspio». Hablaba en griego. Eetes no pudo distinguir su cara, ni siquiera su cabello, porque iba envuelto en una capa oscura; y ahora, valiéndose de su

jabalina, aguijoneaba a los toros para que siguieran adelante. Una mano divina esparcía dientes de serpiente en el torcido surco a sus espaldas, y allí donde caían brotaban y salían a la superficie unos hombres armados. Eetes los reconoció por sus cascos como los sacerdotes del dios taurio de la guerra en cuyo honor había mandado colocar los toros de bronce. Al poco rato el labrador le tiró una piedra a uno de ellos y le dio en la frente; entonces empezaron a destrozarse unos a otros, hasta que todos cayeron muertos. En aquel momento el espíritu del héroe Prometeo comenzó a lamentarse en voz alta, con los desolados gritos de un pájaro nocturno, y en el hondo valle de Ea resonaba el eco de sus gemidos.

Eetes se despertó bañado en sudor frío. Corrió dando traspiés hasta la alcoba de Medea y la despertó para comunicarle el sueño que había tenido, prohibiéndole que lo revelase a nadie en absoluto, y rogándole que le dijera cuál era, según ella, su significado.

Ella respondió:

—Padre, no puedo hablar con certeza. Creo que es probable que hayas ofendido de algún modo a la madre de Cabeza de Pájaro. Propíciala con ricos presentes y tal vez te informará en un sueño o visión en qué forma te has equivocado, y cómo puedes escapar a las consecuencias de tu equivocación.

Eetes frunció el ceño. Como rey de Cólquide siempre estaba en una difícil posición debido a las envidias y disensiones religiosas de su pueblo. Sus nobles adoraban a los dioses de Egipto, pues eran descendientes de los soldados del faraón Sesostris, derrotados en una guerra fútil contra los godos; pero entre las tropas desarticuladas que se refugiaron en el valle del Fasis y se establecieron en Ea no había quedado ningún sacerdote, y por lo tanto su culto era irregular y se había ido degradando. Cuando Eetes llegó a Cólquide como mercader aventurero se había entablado una guerra religiosa entre estos egipcios y sus vecinos aborígenes, que adoraban a la diosa del Cáucaso y a Mitras, su rubio hijo del Sol. Propuso un armisticio y se ofreció a conciliar sus diferencias religiosas. Mostró a los aborígenes su cabello rubio y sus ojos de color ámbar como prueba de que era un sacerdote del Sol; y también convenció a los egipcios, mediante una explicación de algunas de sus propias prácticas religiosas de que tenía un conocimiento más profundo de la teología de Menfis que ellos mismos. Y lo escucharon con aún más atención al ver que la mandíbula oracular de Prometeo, que Eetes había traído consigo, ya había hecho varias declaraciones veraces y provechosas. Cuando todos, aborígenes y egipcios, acordaron acatar las decisiones de Prometeo, Eetes hizo una reforma de la religión nacional de Cólquide que ilustró y, en su mayoría, contentó a ambas razas; pues la mandíbula anunció la identidad de la diosa cáucasa con la diosa de Cabeza de Pájaro, la egipcia Isis. En agradecimiento, los nobles le ofrecieron el trono y juraron fidelidad perpetua a él y a su casa. Cada una de las dos razas tuvo que ceder en algo: los

aborígenes, que vivían en las montañas, se sometieron al rito egipcio de la circuncisión y a la veneración del ibis; los colquídeos, que cultivaban el valle del río, se sometieron a la costumbre de la sepultura en los árboles, y a la veneración de los caballos blancos de Mitras, el regalo que éste recibía anualmente de la Madre.

Sin embargo, Eetes tenía la impresión de que estaba sobre una ciénaga temblorosa bajo la cual podría quedar sumergido en cualquier momento. Entonces le dijo a Medea:

—Cuando, para evitar que este país sufriera una invasión escita, me alié con tu abuelo el rey de los taurios, a quien los escitas temen, me vi obligado, como bien sabes, en prueba de buena fe, a ofrecerle a su dios de la guerra un puesto en Ea. Esto lo hice de mala gana, pues era consciente de que la Madre no siente ningún amor por este dios, que es extremadamente incivilizado y brutal. Del mismo modo mi alianza con los moscos; cuyo territorio (tienes que reconocerlo) es una avanzada necesaria contra las dementes amazonas, me ha mezclado en otras transacciones religiosas que tal vez la hayan disgustado. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Que ningún ignorante me envidie el trono, que no es más confortable que una mata de espinas tapada con un cobertor de tisú de oro.

—No puedo culparte en modo alguno, padre —respondió Medea, pues como sacerdotisa de Prometeo y también de Brimo, comprendía muy bien sus perplejidades religiosas—. Sin embargo, intenta aplacar a la diosa, y mantén bien abiertos los ojos y los oídos en espera de alguna señal suya que no puede tardar en llegar. No creo que la diosa se sienta ofendida por tu alianza con los moscos, pero por la señal sabrás si has insultado a su hijo Mitras, el que mató al Toro de las Tinieblas, al introducir en tu palacio los toros taurios, o si la diosa está ofendida porque has permitido que los sacerdotes taurios ocupen la parte delantera del recinto de Prometeo. Admito que estos actos, a los que te obligó la necesidad, se ejecutaron hace ya muchos años; y que tú propiciaste sumisamente a la diosa a su debido tiempo; sin embargo, éste es el primer año en el que, cediendo a la persuasión de mi tío Perses de Táuride, te has atrevido a asistir a las fiestas del dios de la guerra o a engalanar a los toros con guirnaldas de flores de Cólquide. Sería prudente que consultaras inmediatamente con la diosa. Tal vez te está prometiendo que si te ves obligado a ofender a los paisanos de mi madre mediante la expulsión de los sacerdotes, o de los toros, o de ambos, te llegará ayuda de las tierras de Grecia.

Eetes dijo:

—Es una interpretación posible, lo admito. Pero ¿qué me dices de los dientes de las serpientes?

Medea respondió:

—Los taurios afirman que surgieron de los dientes caídos de la mandíbula de la serpiente Ofión, cuando Eurínome la estranguló, y que, por lo tanto, pertenecen a una

creación anterior a Pirra y a su amante Deucalión, los antepasados de los griegos que se formaron del barro. El sueño sugiere que los hombres sembrados se destrozarán a sí mismos al oponerse a estos griegos.

Eetes volvió a preguntar:

—Pero ¿qué me dices de la estrella que cayó en tu regazo?

Medea respondió:

—Tal vez se trate de algún don divino que me ha sido concedido, y que hará que la fama de los nuestros se extienda por los países extranjeros. —Pero le ocultó el sueño que había estado soñando cuando él la despertó, aunque estaba convencida de que complementaba al de su padre. Soñó que Circe, la hermana de Eetes que vivía en la isla de Eea, en el extremo norte del mar Adriático, una vieja orgullosa con ojos de halcón y nariz de halcón, le hacía señas para que se acercara y le decía: «¡Déjalo todo y ven conmigo!».

Eetes volvió a preguntar:

—Pero ¿por qué gemía el espíritu de Prometeo?

Ella respondió:

—¿Cómo quieres que lo sepa? Tal vez eran gemidos burlones dirigidos a sus vecinos taurios. Se va a poner más que contento cuando los arrojen de su recinto.

Eetes se quedó reflexionando sobre las respuestas de Medea, y, en general, quedó satisfecho con ellas. Pero aún sentía cierto recelo y no se atrevió a volver al diván para seguir durmiendo, por temor a tener más sueños. En lugar de esto, la invitó a que saliera con él a pasear por los jardines del palacio mientras les preparaban el desayuno; después de desayunar prevendría las malas consecuencias de su sueño con una doble precaución: se lavaría en las aguas claras del Fasis, y le contaría su sueño al Sol en cuanto coronara los picos del este.

Medea accedió. Se vistió con uno de sus mejores trajes y se adornó cuidadosamente la cabeza; luego salió con su padre a pasear por los llanos senderos, entre macetas de flores y arbustos frutales, hasta la plazoleta donde manaba una fuente de cincuenta surtidores. Con el deseo de librar su mente del peso de un secreto, Eetes le reveló inoportunamente a Medea una decisión reciente del consejo de estado. Habían invitado al viejo Estiro, rey de los albaneses, para que acudiera a Ea y la pidiese en matrimonio.

—Puede ser —dijo Ectes que mi sueño de la estrella esté relacionado con el fruto de este matrimonio, que he planeado, como comprenderás, únicamente por el bien público. Siempre has sido una muchacha prudente, y has evitado las trampas del amor, que hace tan innecesariamente dolorosa la vida de los jóvenes; por lo tanto confio en que no pondrás ninguna objeción a este matrimonio (que el propio Estiro ha propuesto a través de un intermediario mosco), como has hecho con otros de menor trascendencia política, sino que, por el contrario, lo celebrarás. Cuando el viejo Estiro

se convierta en mi yerno, desaparecerán todas mis inquietudes con respecto a los países vecinos.

Pues Estiro era el jefe de una poderosa tribu que habitaba las montañas al norte del río Ciro, y por lo tanto no sólo dominaba la ruta comercial de la que dependía la prosperidad de Cólquide, sino que amenazaba también las fronteras orientales del reino. Y Eetes le recordó también:

—Tu posición en Albania será mucho más poderosa que la que podrías alcanzar en Cólquide cuando tu hermano Apsirto me suceda.

Medea no dio ninguna respuesta, pero interiormente hervía de rabia, porque los albaneses comen piojos y tienen costumbres sexuales repugnantes. Además el consejo de estado la había insultado al tratar con Estiro a sus espaldas.

Eetes alabó irónicamente su sumiso silencio, pero ella seguía sin decir nada. Juntos vieron cómo las lejanas colinas nevadas de Mosquia recibían el reflejo del resplandeciente amanecer.

—Es el color de sangre fresca —dijo Eetes involuntariamente; y no pudo retirar aquellas inoportunas palabras.

Cuando daban media vuelta para volver al palacio, un mensajero llegó corriendo procedente de la atalaya del sur.

—Majestad —exclamó jadeante—, una nave griega de treinta remos acaba de remontar el río en medio de la niebla y está echando anclas en el muelle real. Tiene al Carnero por mascarón de proa y los tripulantes parecen ser, todos ellos, personas de gran distinción. Entre ellos he reconocido a tus cuatro nietos, los hijos de Frixo, uno de los cuales, Argo, tiene una herida en la cabeza.

Eetes salió resueltamente por la puerta sur de la ciudad y bajó hacia el muelle lleno de cólera, con la intención de prohibir el desembarco de los argonautas, pero se encontró con el heraldo Equión que ya venía a su encuentro con su rama de olivo en la mano.

Equión fue el primero en hablar:

—Tres veces noble rey Eetes de Cólquide, anteriormente de la gloriosa Efira, venimos en nombre de la Madre con un piadoso encargo que nuestro capitán te relatará en seguida, con mejores palabras que las mías. Es Jasón el minia, heredero del trono de Ptiótide, y el resto de la tripulación es también de la mejor sangre que puede hallarse en Grecia, algunos de ellos reyes, otros emparentados con los dioses. Entre ellos se encuentra Augías, el rey de Elide, que, como tú, es sacerdote hereditario del Sol. No tienes que temer que hayamos venido con malas intenciones, pues nos ha enviado la propia Madre. Debido a su graciosa intervención, hace pocos días Jasón salvó de perecer ahogados a tus cuatro nietos, y ahora te los devuelve, sanos y salvos. Y no sólo salvó a tus cuatro nietos sino a sus propios parientes. Pues Creteo, el abuelo de Jasón, era el hermano del abuelo de estos cuatro jóvenes, el rey

Atamante de Orcómeno.

Eetes respondió mirándole amenazadoramente:

—¿No se sabe por toda Grecia que cuando me llegó la noticia del bárbaro asesinato de mi sobrino Sísifo de Asopia, juré que me vengaría sobre la primera tripulación de marineros griegos que se atreviera a remontar este río y que mataría a todos sus hombres? ¿Qué virtud crees tú que tiene el nombre de este impío Atamante que me pueda persuadir de cambiar mis intenciones para con vosotros?

Equión respondió suavemente:

—Es una suerte, majestad, que tus palabras, dictadas por la cólera, fueran tan imprecisas que ahora no tienes por qué considerarte ligado por ellas en tus tratos con nosotros. En primer lugar, nosotros los marineros no somos todos griegos, pues varios pertenecemos a antiguas estirpes cretenses o pelasgas, y tres son tracios (como lo demuestran sus caras tatuadas y sus túnicas de cáñamo); en segundo lugar, nosotros los griegos no somos todos marineros, pues Atalanta de Calidón es marinera. En cuanto al nombre de Atamante, déjalo que resuene en tus oídos como advertencia de lo que les ocurre a quienes hacen caso omiso de las órdenes de la Gran Diosa, en cuyo nombre venimos.

Medea, que había salido por la puerta siguiendo a su padre por curiosidad, le tiró de la manga y lo apartó para decirle al oído:

—Padre, recuerda tu sueño y reconoce la señal. No rechaces sin pensar la ayuda griega que la diosa tan claramente te otorgó anoche. Entretén con hospitalidad a estos forasteros y, cuando les hayas proporcionado baños calientes, ropa limpia, y la mejor comida y bebida que puedas obtener, escucha con atención lo que tengan que decir. Vienen en nombre de la Madre, y no de ningún dios advenedizo como Zeus o Poseidón.

Eetes respondió en voz alta:

—Si no vienen en nombre de Zeus, ¿por qué lleva su nave el Carnero por mascarón de proa?

—Pregúntaselo al heraldo —dijo ella ¡No me lo preguntes a mí!

Equión ya tenía una respuesta a punto. El mascarón de proa en forma de cabeza de carnero había sido el emblema de los barcos minias durante muchas generaciones, desde mucho antes de los nuevos decretos olímpicos. ¿Por qué había de considerarlo Eetes como una señal perturbadora? Y añadió:

—Entre los más importantes objetivos de nuestro viaje figura el de ofrecerte, en nombre de los actuales gobernantes de Asopia y de Efira, una total satisfacción por la cruel muerte de tu sobrino Sísifo, que ha sido la causa original de innumerables desgracias en el doble reino.

Nadie jamás supo mentir tan bien como Equión cuando el momento lo precisaba. Su padre Hermes había dicho mentiras desde que estaba en la cuna, o al menos eso

dicen los poetas arcadios.

Eetes hizo una pausa y miró fijamente a Equión, quien sostuvo su mirada enojada sin vacilaciones, tal como le corresponde a un heraldo inspirado. Finalmente Eetes cedió. Bajó la mirada y dijo:

—Informa a Jasón, tu capitán, que le estoy agradecido por el salvamento de los cuatro hijos de Frixo, mis nietos; que es libre de desembarcar sin temor; y que espero que me transmita con precisión el mensaje que le han confiado los gobernantes de Asopia y de Éfira, junto con cualquier otro mensaje que me quiera dar, siempre que no se mencione ni una sola palabra sobre el tema del vellocino de oro de Zeus Lafistio.

Equión se rió.

—No aticéis viejas brasas —le dijo—, majestad, nombrando una antigua reliquia cuyo nombre (me alegra informarte) han olvidado ya hace mucho tiempo todos los griegos, excepto los heraldos y los poetas, cuyo trabajo es el de recordarlo todo.

Para entonces Jasón y el resto de los argonautas ya habían desembarcado y subían, de dos en dos, las anchas escaleras de piedra que iban desde el muelle real a la puerta de la ciudad. Eetes, por lo tanto, mandó retirarse a Medea, pues no quería que la contemplaran unos extranjeros griegos, y se dispuso a dar a Jasón una cortés bienvenida. Pero Medea no apresuró el paso. Al llegar a una revuelta del camino donde había un peral, se volvió para mirar. Asomándose por una balaustrada miró a Jasón mientras subía por la escalinata, con juvenil dignidad, ni demasiado lento ni demasiado rápido, tres pasos por delante de sus camaradas.

No llevaba puesta su capa morada decorada con la historia del vellocino, pues hubiera sido una imprudencia por su parte, sino una capa blanca que la reina Hipsípila de Lemnos había bordado con toda clase de flores y frutas, y que había sido el principal regalo de amor que le había hecho. En la cabeza llevaba un casco de oro de alas anchas que le había regalado Lico, el rey de los mariandinos, y que iba adornado con una cimera de crines negras, y en la mano llevaba la misma lanza adornada con cintas que había atravesado al rey Cícico. Nunca, en toda su vida, había visto Medea a un hombre rubio, pues su padre ya era calvo y barbiblanco cuando se casó con su madre, y como ella también era rubia, su corazón de pronto se llenó del sentimiento del que ve a otro de su especie, un él natural para su ella. Era como si detrás del peral, cargado ya de fruta joven, se escondiera el genio del Amor mencionado en la balada de Atalanta: él, Eros, colocó la mella de una flecha en la cuerda del arco, tiró de ella y la disparó contra su corazón con sonido vibrante. Pues ella se quedó sin aliento y el asombro le nubló la mente. Después se volvió lentamente y siguió su camino, sin mirar atrás.

Aunque Eetes estaba agradecido por el rescate de sus nietos, distaba mucho de alegrarse por su repentino regreso. Les había dado permiso para navegar hacia Grecia

principalmente porque quería que estuvieran fuera del país cuando el rey Estiro de Albania viniese a solicitar la mano de Medea. Su única hermana, Neera, era compañera inseparable de Medea y Eetes había supuesto que si a Medea le desagradaba el matrimonio que le habían concertado, convertiría a Neera en confidente de su desgracia y luego Neera lo contaría a sus hermanos. Los cuatro jóvenes, a quienes la nobleza de Cólquide tenía en gran estima, se opondrían, naturalmente, a una alianza con los albaneses. En una ocasión los albaneses les habían impedido perseguir un tigre que estaban cazando, porque hubieran penetrado en su territorio, y los hicieron objeto de insultos imperdonables. Ellos harían cuanto pudieran, aunque sólo fuera por complacer a Neera, con el fin de aplazar o anular la boda. Ahora los cuatro habían vuelto inesperadamente y Eetes era consciente de que el silencio de Medea ocultaba una profunda aversión hacia Estiro. Para prevenir cualquier posible daño tendría que hacerlos partir de nuevo en el Argo lo antes posible; mientras tanto ordenaría a Medea que se abstuviera de formular incluso la más pequeña queja sobre el matrimonio, ya fuera a Neera, o a cualquier otra persona. Recordó que afortunadamente Neera se había ausentado del palacio y que no regresaría hasta el mediodía; ella era sacerdotisa de la Diosa Doncella cáucasa y aquella noche el festival de la Luna Nueva se había celebrado bajo su dirección.

Ocultó su inquietud a sus nietos, abrazándolos uno por uno cariñosamente y ofreciendo su mano a Eufemo, que había sido el instrumento de su salvación. A Jasón lo trató con afabilidad y le dijo:

—Señor, las noticias de Éfira pueden esperar hasta que hayamos comido y bebido bien. No pongo en duda que vuestro viaje ha sido tan peligroso y agotador como largo.

Jasón inclinó la cabeza cortésmente, pero no sabía a qué noticias se refería Eetes. Mientas los argonautas seguían a Eetes a la ciudad, dejando a Melampo y al pequeño Anceo para vigilar el navío, Equión le explicó a Jasón, en voz baja, la historia sobre Efira que algún dios —¿y quién sino Hermes?— le había puesto inesperadamente en la boca, y que nadie debía desmentir, y le aconsejó a Jasón que prohibiera a los argonautas toda mención sobre el vellocino de oro.

—Muy bien —dijo Jasón—, si en efecto esta mentira ha sido inspirada por tu divino padre, resultaría impío no aprovecharse de ella. Regresa inmediatamente al Argo y recomiéndales discreción a Melampo y a Anceo. Mientras tanto, yo haré circular tus palabras entre los tripulantes. Es una suerte que Hércules ya no esté con nosotros; a él se le hubiera escapado la verdad antes de llegar a medio camino del palacio.

32. JASÓN HABLA CON MEDEA

Las mujeres de palacio, en su mayoría esclavas circasíanas de sorprendente belleza, habían bañado a los argonautas en agua caliente y los habían secado con toallas también calientes. Con las cabezas ungidas y enguirnaldadas, y vestidos con camisas de lino que les acariciaban la piel, los argonautas pronto se encontraron recostados en los divanes del comedor real, participando de un excelente yantar. Les ofrecieron muchos platos desconocidos para ellos, que cataban con gusto, y por cortesía no se atrevían a preguntar cuáles eran sus ingredientes, aunque pudieran estarles prohibidos ritualmente a algunos de ellos y consecuentemente causarles dolores de vientre e incluso la muerte. En realidad no les ocurrió nada malo. Pero Butes quedó horrorizado cuando los sirvientes llenaron su plato con algo que él reconoció en seguida como los cuerpos asados de abejas jóvenes; al verlo se puso a gemir en voz alta y las lágrimas corrían por sus mejillas. Idas se burló de la pena que sentía Butes, y para complacer a sus anfitriones colquídeos se llenó la boca con aquel nuevo alimento, bien rociado de sal, y pidió que le sirvieran más. Jasón y el rey Augías de Élide fueron invitados a sentarse a la mesa del rey, que estaba colocada sobre un estrado, en el extremo este de la sala. Allí les presentaron a cuatro nobles de rasgos morenos y pelo rizado, los consejeros de estado del rey. Frontis, hijo de Frixo, hacía de Intérprete, pues ninguno de estos nobles entendía la lengua griega y Eetes, deseoso de apagar cualquier sospecha que pudiera surgir a raíz de la visita inesperada de los argonautas, sólo hablaba en colquídeo. La conversación se desarrolló de modo formal y vacilante; Jasón y Augías contaban pequeños incidentes del viaje pero no revelaban nada de importancia. Eetes, que llevaba una diadema de oro con esmeraldas incrustadas, y su traje de ceremonias, fingía una total indiferencia por los asuntos griegos. Sólo hizo una pregunta relacionada con las regiones situadas allende el mar Negro: ¿cómo habían logrado atravesar el Helesponto a pesar del acoso de las naves de guerra troyanas?

Jasón respondió a la ligera que sin duda la Triple diosa había advertido con antelación a los troyanos, quienes la veneraban bajo el nombre de Cibeles, que iba a pasar una nave minia por el estrecho, en cumplimiento de una misión divina. En todo caso, dijo, el Argo había pasado sin que nadie se lo impidiese.

Por toda respuesta Eetes emitió un gruñido de descontento. Sin embargo, cuando Augías mencionó por casualidad a los mercaderes tesalios que se habían unido a ellos en Sinope, Eetes, cuyo tratado con los troyanos le impedía realizar un comercio directo con Sinope, escuchó con franco interés. Llamó a Autólico que estaba en la otra punta de la sala, invitándole a que viniera a sentarse a su lado y cuando Autólico llegó, le ofreció los mejores bocados de su propio tajadero y le colmó de atenciones.

Autólico contestó a las preguntas del rey con franqueza y amabilidad (pues sus días de mercader ya habían pasado) y le facilitó los precios, calculados en oro en polvo, que habían regido en la última feria anual de Sinope. Sintió un placer malévolo al observar la expresión del rey, pues era evidente que los informes que el troyano Laomedonte le había dado a su aliado sobre los negocios realizados en la feria, habían sido deliberadamente falsos.

En aquel momento Apsirto, el único hermano de Medea, un joven de andar gatuno y unos rasgos taurios muy acusados, entró en la sala, de regreso de una cacería. Saludó respetuosamente a su padre y, según pudo juzgar Jasón, también con afecto, y luego se sentó a comer sin decir nada más. Su actitud con respecto a Jasón y los demás griegos era desdeñosa y poco cordial.

Con los postres llegó la ocasión de que Jasón hiciera una declaración formal sobre su visita. Se puso en pie, extendió la mano derecha, primero hacia el rey y luego hacia sus cuatro consejeros y dijo:

—Glorioso y magnánimo Eetes: tal vez ha llegado ya a tus oídos —pues los troyanos que comercian tanto con vosotros como con nosotros son unos reconocidos chismosos— que nuestras tierras griegas han sido devastadas en los últimos dos años por una triple plaga: por terribles vendavales que nos han arrancado los árboles frutales y han hecho volar los techos de nuestras casas; por una alarmante esterilidad entre nuestros rebaños y manadas; y por una gran plaga de serpientes venenosas en nuestros campos y bosques. Juzgando que estas plagas sólo las había podido ordenar la Inefable, y que por lo tanto sería inútil consultar con los oráculos olímpicos, se reunió en Micenas un consejo formado en su totalidad por griegos ojerosos, y decidieron consultar con tu hermana Circe, que goza de la total confianza de la diosa, y preguntarle qué debían hacer para propiciar a la diosa. Los delegados presentaron su respetos a tu rubia hermana en su palacio de la isla de Eea, y ella, después de purificarse y de caer en su acostumbrado trance, provocado por una poción de color negro, consultó con la diosa, llamándola por el nombre de Brimo. Brimo respondió que había mandado las plagas como castigo tardío por las crueldades que los aqueos habían infligido a Sísifo de Asopia muchos años antes. La diosa ordenó que se le concediese a Sísifo una tumba de héroe y que se le honrara una vez al mes con ricos sacrificios y que sus tierras de Asopia le fueran arrebatadas a Creonte, su usurpador, devueltas a sus legítimos propietarios, los sacerdotes hereditarios el Sol. «Puesto que tú, majestad, eres indiscutiblemente el jefe de la rama antigua de este ilustre clan, los habitantes del doble reino de Corinto me han pedido que te transmita su leal y humilde súplica: te ruegan que vuelvas para gobernarlos, pues tus hermosas tierras, que incluyen la ciudad de Efira, pueden (después de expulsar a Corinto, su regente) quedar unidas a las de Asopia bajo un solo cetro. Pero si sientes tanto apego por Cólquide, y Cólquide por ti, que no puedes marcharte, te ruegan que mandes

inmediatamente a uno de tus hijos —una hija o un hijo les contentaría por un igual— para que los gobierne en tu lugar. Escucha con compasión su súplica; pues sólo así podrá el reino de Efira y toda Grecia salvarse del desastre que amenaza con hundirla».

«Esto en cuanto al primer mensaje, de cuya precisión puede darte testimonio Augías de Elide, jefe de la rama más joven de tu ilustre familia. Junto con este mensaje traigo otro de la madre de Cabeza de Yegua del Pelión, a quien aprendí a venerar en mi infancia, pues me criaron los centauros». Dice así: «Eetes de Éfira, so pena de mi enojo, tienes que darle reposo al alma de mi siervo Frixo el minia, que aún languidece desconsoladamente entre los huesos de su cráneo insepulto».

Y Jasón añadió, empleando una vieja fórmula:

—No son palabras mías, sino de mi Madre.

Después de una larga pausa, Eetes respondió:

—En cuanto al primer mensaje, deliberaré con mis sabios consejeros de estado y te diré una respuesta dentro de tres días; pero no esperes que sea favorable. Pues mi hija Medea está esperando una petición de matrimonio de un monarca vecino y mi hijo Apsirto debe permanecer en Cólquide por ser el heredero de mi trono y el apoyo para mis años de vejez. Entiendo que los corintios no me han pedido que les envíe a uno de mis cuatro nietos para que los gobierne; me hubiera resultado más fácil concederles un nieto. Pero los corintios no aman a los minias y los hijos de Frixo son considerados minias. Es una lástima. No obstante, yo no soy el responsable de todos los desastres que han sobrevenido en Grecia después de mi partida, los responsables son los impíos aqueos; estas plagas no me conciernen a mí.

—En cuanto al segundo mensaje, ¿acaso he de creerme que la Inefable se contradice hablando por dos bocas diferentes? En Cólquide, como madre de Cabeza de Pájaro, ha impuesto un mandato sobre sus fieles según el cual ningún hombre puede ser sepultado bajo la sagrada tierra de Cólquide, y el rey de Cólquide debe obedecer a la madre de Cabeza de Pájaro y no a la madre de Cabeza de Yegua del Pelión. Te voy a rogar que no repitas la petición, porque la cuestión de si los huesos de Frixo debían o no sepultarse también yo la expuse en el momento de su muerte y mis consejeros sacerdotales me respondieron concluyentemente: ya que murió en Cólquide, tuvo necesariamente que recibir los honores fúnebres de Cólquide.

Los consejeros de pelo rizado demostraron su aprobación por este discurso golpeando la mesa con los mangos de sus cuchillos. Jasón guardó silencio, aliviado al ver que Eetes no había aceptado en nombre de Apsirto la oferta imaginaria de sus antiguos súbditos, y esperando poder llegar todavía a un acuerdo en el asunto del entierro de los huesos.

Aquella tarde Frontis, el hijo de Frixo, le llevó a Jasón un mensaje privado de parte de Eetes, mediante el cual le hizo saber que la madre de Cabeza de Pájaro no

había prohibido expresamente el traslado de los huesos de Frixo para ser enterrados en algún lugar fuera de Cólquide, y que, por lo tanto, si Jasón quería ir a buscarlos en secreto y bajo su propia responsabilidad y bajarlos del alto álamo del cual pendían, hallaría el cementerio sin guardias la noche siguiente, y que podía contar con sacarlos sin problemas del país para darles sepultura finalmente en Grecia. Pues él mismo, dijo Eetes, había querido a Frixo como a un hijo y no deseaba causarle a su espíritu el más mínimo dolor o molestia.

Esta respuesta no le complació del todo a Jasón, pues las órdenes de la diosa eran que los huesos de Frixo tenían que ser enterrados antes de hacer cualquier intento por recuperar el vellocino. Le explicó a Frontis esta dificultad. Frontis respondió:

—Deja que te acompañe en privado al aposento de mi hermana Neera, que regresó al palacio mientras nosotros estábamos cenando. No debes confiarle tu plan de llevarte el vellocino, sino limitarte a decirle que la diosa te ha ordenado que entierres los huesos de su padre antes, y no después, de marcharte de Cólquide. Es muy ingeniosa y tal vez pueda sugerir algún subterfugio que no cause ofensa a nadie.

Jasón aceptó de buen grado este plan de acción que le facilitaba el poder tener una conversación íntima con la joven Neera. Frontis lo condujo a sus aposentos dando un rodeo, y por ella se enteró de la repugnancia con que Medea contemplaba su matrimonio con el viejo albanés. Pues aunque Eetes, después de regresar al palacio aquella mañana, le había prohibido a Medea que hablase de su matrimonio, ella ya le había contado sus penas entre sollozos a una vieja nodriza, y Neera se había enterado por la nodriza de todo lo que ocurría. Neera, la de los ojos oscuros, hablaba de modo casi ininteligible, tal era su pena y su dolor. Le dijo a Jasón:

—¡Oh, Jasón, pariente mio que de tan lejos has venido, esta noticia es tan cruel que casi no puedo soportarla! Creo que me volveré loca si no se hace nada para frustrar la decisión del rey. Una boda entre mi gloriosa Medea y ese viejo maloliente, comedor de piojos, Estiro, sería como una boda entre una rosa blanca y una babosa. ¿No podéis, tú y tus compañeros, hacer nada para salvarla? ¿No podrías llevártela a Grecia, mi señor Jasón, y casarte tú con ella y colocarla en el trono de Corinto, justificando de este modo el oráculo sagrado de Brimo?

Jasón respondió:

—Cuidado con lo que dices, princesa. ¿Cómo puedes pensar que yo esté dispuesto a arriesgar mi vida robándole al rey su única hija superviviente, o que ella sea tan poco filial que acceda a escaparse conmigo a Grecia? Reconozco que con sólo verla un momento esta mañana, apoyada sobre la balaustrada que hay junto al peral, sentí que mi corazón se llenaba de un amor instantáneo, pero estaría loco si supusiera que ella arde con una pasión igual por mí. Así pues, intentaré olvidar tus extrañas palabras, aunque te las agradezco desde lo más profundo de mi corazón. No obstante, querida parienta, para demostrarme tu amabilidad, dame algún consejo sobre la

cuestión de los huesos de tu noble padre. Pues la Diosa Blanca del Pelión me ha ordenado que los entierre antes, y no después, de salir de Cólquide.

Neera respondió:

—Medea es la única persona que puede arreglar este asunto. Pero primero dime: ¿me das permiso para que le cuente a Medea lo que acabas de revelar ante mí sobre lo que sientes por ella?

Jasón fingió vacilar por modestia de amante. Luego respondió:

—Si me juras por tu ceñidor que repetirás mis palabras exactamente y en secreto, y a nadie más que a Medea, tienes mi permiso.

Neera juró, tal como se lo había pedido, y luego pidió permiso para retirarse. Cuando se marchaba, Jasón le preguntó:

—¿Qué me dices de Apsirto? ¿Está a favor del matrimonio?

Neera respondió:

—Apsirto odia a su hermana y le alegra todo lo que pueda entristecería. Considéralo tu enemigo, como yo lo considero el mío.

Al poco rato Frontis vino a decirle a Jasón que Medea iría a visitarlo a sus habitaciones aquella misma noche, a la hora del crepúsculo, si podía ausentarse de la cena sin despertar sospechas. El corazón de Jasón le dio un salto de alegría. En pocas horas ya había logrado lo que había supuesto que tardaría días o incluso meses en lograr. Pero no dijo nada a ninguno de sus compañeros y aquella tarde tomó parte con ellos y los nobles colquídeos en torneos atléticos amistosos. El estadio estaba rodeado de edificios por tres lados; por el ala del palacio reservado para la familia real; por el cuartel de la guardia; y por los Establos del Sol, donde se atendía con todos los honores imaginables a los doce caballos blancos del dios Sol (cuyas grupas no podía montar ningún hombre) y a la fatal yegua negra.

Los argonautas habían convenido tratar a Jasón, por lo menos en público, con el máximo cariño y deferencia, a fin de realzar su gloria a los ojos de Medea, que sin duda estaría mirando los juegos desde uno de los balcones de palacio. Lo eligieron para representarlos en el concurso de tiro de tejos, y en los de ballestería y salto, y sus actuaciones, que hubieran pasado desapercibidas en cualquier ciudad griega, provocaron la admiración de sus anfitriones. Pues los colquídeos, aunque valerosos, son una raza indolente y poco atlética y, como sus parientes los egipcios, abominables arqueros. Eetes no quiso presenciar el torneo: declaró que odiaba todo espectáculo que le recordase su juventud en Grecia, perol quizá también preveía que sus súbditos colquídeos no iban a ganar muchos premios.

En efecto, los argonautas resultaron vencedores en todos los torneos excepto en el de los cantillos, que desdeñaron por considerarlo un juego infantil y en el cual los colquídeos eran extraordinariamente expertos. Apsirto, que era el campeón colquídeo de lucha, demostró no conocer las más elementales reglas del arte. Al enfrentarse a

Cástor saltó inmediatamente hacia delante para cogerle la rodilla. Pero Cástor fue más rápido que Apsirto: con la mano derecha agarró su muñeca izquierda, con la izquierda su hombro izquierdo, se dio la vuelta rápidamente, levantó todo, el brazo de su rival por encima de su propio hombro izquierdo, y lo lanzó por encima de su cabeza. En el segundo asalto Cástor, sin hacer caso del intento de su rival de cogerle un dedo y rompérselo, se aseguró casi inmediatamente una presa de su cuerpo, le hizo perder el equilibrio y lo derribó ignominiosamente de espaldas al suelo.

Aquella noche, Jasón se ausentó de la sala donde cenaban alegando que, como resultado de sus esfuerzos atléticos, le había sobrevenido una fiebre recurrente; ahora tenía que envolverse en mantas y sudar. Dado que estas fiebres son bastante corrientes en Cólquide, nadie dudó de sus palabras.

Al anochecer lo visitó Medea. Vino disfrazada de vieja, encorvada y cojeando, haciendo ver que le traía mantas para su fiebre. Él no le prestó atención hasta que ella le dirigió estas palabras, con la voz temblorosa de una vieja:

—Mi señor, yo soy Medea…

Seguidamente se rió, se limpió las arrugas que se había pintado en el rostro, descubrió sus espléndidas trenzas de cabello amarillo, se sacó los zapatos informes de fieltro, se arrancó su bata de lino de color negro amarronado, y se quedó ante él, erguida y hermosa, vestida con una túnica blanca, curiosamente bordada con hojas de hiedra y piñas doradas.

Jasón echó a un lado las mantas, se pasó rápidamente un peine de marfil por el pelo, y se puso en pie ante ella, alto y apuesto, vestido con una túnica de color púrpura con borde de encaje dorado y decorada en el cuello y en los hombros con colgantes de ámbar; eran despojos que había tomado del rey Amico el bébrice cuando saquearon su palacio.

Los dos se quedaron mirándose fijamente durante un rato, sin decir nada, ambos asombrados al descubrir que la proximidad aumentaba la belleza que habían visto desde lejos. A Medea le parecía que eran como dos árboles: ella, un ciprés blanco en forma de chapitel, él un dorado roble que descollaba sobre ella. Sus raíces se entrelazaban bajo tierra; sus ramas se estremecían juntas con la misma brisa del sur. El primerísimo saludo que intercambiaron no fue ni una palabra, ni un apretón de manos, sino un tembloroso beso; sin embargo, un sentimiento de vergüenza mantuvo el decoro de la entrevista y Jasón no se aprovechó de la situación para tratarla con la familiaridad con que había tratado a la reina Hipsípila en su primer encuentro.

Jasón fue quien habló primero:

—Hermosa dama, tus poderes sagrados no han sido exagerados.

—Hay sacerdotisas de la Madre que pueden echar el mal de ojo para arruinar o destruir, pero tú utilizas la vista para curar y componer.

Medea respondió asombrada:

—Tú eres el primero de tu sexo que me ha besado, o a quien he besado yo, desde que era una niña sentada sobre las rodillas de mi padre.

Jasón dijo:

—Permíteme esperar que nadie más que yo vuelva a gozar de tal delicia, hasta que quizás un día un niño pequeño rodee tu cuello con sus brazos y te bese, y te llame madre.

Ella dijo:

—Esto no podrá ser, mi amor querido. ¿Es que no sabes que me va a cortejar el viejo Estiro, el albanés come piojos, y que por el bien del reino no puedo rehusar casarme con él, sino que he de sonreírle cuando venga a llevarme a su lúgubre fortaleza de montaña en Caspia? Ah, pero no puedo decirte nada más, ni contarte con qué horror y con qué asco se revuelve mi estómago sólo con pensar en este enlace, pues mi padre me ha prohibido estrictamente que me queje.

—Tal vez —dijo Jasón la Madre colquídea hará que tu viejo pretendiente caiga muerto cuando llegue a las puertas del palacio, si tú se lo pides con fervor; pues he oído decir que entre los albaneses el dios Sol tiene la presunción de considerarse tan importante como su madre la Luna. Pero sería deshonroso por mi parte sugerir, como lo ha hecho tu buena amiga Neera, que olvides los deberes que tienes para con tu padre y te escapes conmigo antes de la llegada de este desgraciado. Y además, si eres tan escrupulosa que obedeces a tu padre en algo tan insignificante como es el no quejarte de este repugnante matrimonio, de esta estéril esclavitud que ha preparado para ti, ¿cómo te atreverás a desobedecerle en cosas de suma importancia?

Medea no respondió a esta pregunta; levantó la vista del suelo y mirándole a los ojos le dijo:

—Frontis ya me ha hablado de tus amores con la reina Hipsípila de Lemnos. Se lo contó tu compañero Eufemo. Eufemo no te culpó de falsedad, ni de crueldad, pero ¿no es cierto que dejaste a la reina después de sólo dos días, y que no quisiste comprometerte a regresar?

—Fueron tres días —dijo Jasón enrojeciendo—, y además, aquél era un caso totalmente diferente a éste. Frontis demuestra tener muy poco sentido de la camaradería al haber llevado esta vieja historia a tus oídos, sabiendo con qué facilidad lo podrías haber interpretado mal y me podrías haber juzgado de acuerdo con esta interpretación equivocada. Esta reina Hipsípila me invitó a compartir su lecho principalmente por razones de estado: necesitaba un heredero varón para su trono y quería darle a su hijo un padre distinguido. Tanto a mí como a mis tripulantes nos trató con extraordinaria hospitalidad, y hubiera sido muy descortés por mi parte negarle cualquier cosa dentro de lo razonable. Así pues, intercambiamos algunas atenciones amorosas que son inseparables del acto de la procreación, y no niego que mi persona la atrajo grandemente. Sin embargo, no me enamoré de ella a primera

vista como me ha ocurrido contigo, ni tan siquiera me enamoré después. Mis sentimientos hacia ella quedaron demostrados por mi honorable negativa a aceptar el trono de Lemnos:

¿Cuántos hombres conoces, hermosa mía, que rechazarían el trono de un magnífico reino, aun cuando el regalo viniera condicionado a los abrazos de una mujer vieja y fea? Hipsípila era joven y considerada por todos hermosa, aunque era mucho más alta que tú (en realidad, demasiado alta para mi gusto). Tenía el cabello oscuro, no dorado, y una nariz recta, no aguileña como la tuya; y sus pálidos labios no me invitaban a besarla como hacen los tuyos rojos. Fue fácil olvidar a Hipsípila, pero a ti no podría olvidarte aunque viviera más que el Fénix egipcio. En el momento en que mis ojos te vieron por primera vez, mi corazón inició una danza de oro. ¿Has visto alguna vez cómo tiembla un rayo de sol sobre el techo blanqueado de una habitación elevada, lanzado allí por una gran caldera de agua lustral en el patio, cuya superficie agita el viento? Así es exactamente cómo bailaba mi corazón, y cómo sigue bailando.

—No obstante —dijo Medea, intentando calmar el tumulto de su corazón hablando con prudencia—, no obstante, si llegara a ocurrir, debido a la oportuna muerte de Estiro, o por alguna otra razón, que yo me viera libre para ofrecerte otros abrazos más íntimos que los que hasta ahora hemos disfrutado en secreto, me vería obligada a exigirte que jurases casarte honradamente conmigo primero y reinar a mi lado sobre el trono corintio; pues mi hermano Apsirto ya ha renunciado privadamente a sus derechos en favor mío. También te pediría que me acompañaras a la ciudad de Eea, en Istria, gobernada por Circe, la hermana de mí padre; pues me ha ordenado en sueños que vaya a verla.

Jasón se dio cuenta de que Medea estaba desesperada y creyó que podría confiarle tranquilamente cualquier secreto.

—Esto lo juraría en seguida —le dijo—, si al mismo tiempo tú me jurases que me ayudarás a cumplir las dos misiones que me han traído a este país.

—¿Cuáles son estas misiones? —preguntó Medea—. Hasta ahora sólo me han dicho que la diosa de Cabeza de Yegua del monte Pelión quiere que entierres los huesos de Frixo como se hace en Grecia, y esto antes de dejar Cólquide. Te ayudaré con mucho gusto, y ya sé cómo lo haré. Ideesas, el hijo mayor del rey mosco, viene mañana a pagar su tributo anual. Como siempre, consultará el oráculo de Prometeo, por quien los moscos sienten una enorme veneración porque las respuestas que les transmito de su parte siempre resultan ser ciertas. El oráculo le dirá a Ideesas, entre otras cosas, que Prometeo quiere bien a los moscos y que les concederá graciosamente un oráculo propio, al que podrán consultar de inmediato siempre que ocurra algún acontecimiento que perturbe su tranquilidad de ánimo; que, por consiguiente, tienen que construir una tumba de piedra reluciente, semejante a la

tumba de Prometeo, y que en ella han de depositar, con las ceremonias que yo les indicaré, los huesos heroicos que Ideesas encontrará colocados sobre su cama cuando regrese a su aposento. Pero el oráculo le advertirá que debe ocultar estos huesos a todo ser humano hasta que estén debidamente puestos en la tumba; y ocultar para siempre su procedencia, para que no se deterioren sus propiedades oraculares; y hablar de él simplemente como «El Benefactor». Y que la faceta de la diosa a la que ha de someterse el héroe oracular sea la de la Diosa Blanca, Ino del Pelión. No le revelaré al príncipe que los corintios han adorado bajo este nombre a Ivo, la que envió a Frixo a Cólquide, desde que se convirtió en parte de la propia Madre, la de los innumerables nombres, mediante su suicidio y el asesinato de su hijo.

—Es un plan realmente ingenioso —dijo Jasón—; pero ¿quién robará los huesos y los colocará en la cama de Ideesas?

Ella respondió:

—El mercader de Sinope, Autólico, tiene la reputación de ser el mayor ladrón del mundo; Frontis le dará las instrucciones. Y ahora pasemos a otro asunto. Antes hablaste oscuramente de otra misión. ¿Qué otra empresa divina te han mandado cumplir?

Jasón exigió:

—Primero jura por tu ceñidor que jamás revelarás esta misión, ni con palabras, ni por señas, ni por actos, a persona alguna, hasta que lleguemos sanos y salvos a Grecia.

Medea hizo el juramento.

Entonces Jasón dijo:

—Se trata de llevarme el vellocino de oro de Zeus del santuario de Prometeo y devolverlo a la imagen de roble del dios Carnero en el monte Lafistio.

Medea abrió los ojos y la boca con una expresión de horror. Por fin logró decir, en voz baja:

—¿Y tú me pides esto a mí, la hija de Eetes y la sacerdotisa del santuario de Prometeo?

—Así es —respondió Jasón—, y con la autoridad explícita de la propia Madre.

—¡Mientes —gritó frenéticamente—, mientes! —Dio media vuelta y salió sollozando de la habitación, tal como iba vestida, sin disfraz.

Jasón quedó desconcertado y no pudo decir nada.

Afortunadamente los pasillos estaban vacíos porque era la hora de la cena; Medea llegó a sus habitaciones sin que la viera nadie. Al verse solo, Jasón estiró los brazos y se dijo, triunfante:

—¡Qué bien hice al no decir ni hacer nada para impedir que saliera corriendo! Un hombre nunca debe correr detrás de la mujer que le ama; también estaría loco el pescador que se tirara al agua tras el pez que acaba de pescar. Este brillante pez mío

no puede nadar más allá de la extensión de mi sedal, y mi sedal no se romperá.

Aquella noche, desde su ventana, vio cómo Medea, de pie sobre un pulido coche, conducía sus mulas a toda velocidad por las calles de Ea y salía por la puerta de oriente, en dirección al templo de la infernal Brimo. Llevaba las riendas atadas a la cintura y en la mano derecha sostenía un pesado látigo. A cada lado de ella se acurrucaba una joven sacerdotisa, y detrás del carro corrían cuatro más, con las ligeras vestiduras levantadas hasta la rodilla y una mano sobre el puente. Medea incitaba a las bestias a correr con gritos de furia y la gente se apartaba a su paso, esquivando su mirada. Mientras Jasón la contemplaba pensativo, un cuervo se puso a parlotearle desde un álamo que crecía junto a su ventana. Le preguntó a Mopso, que estaba con él, lo que había dicho el cuervo.

Mopso respondió:

—Los cuervos sólo tienen dos temas de conversación: el tiempo y el amor. Este cuervo te estaba hablando de amor, y te aseguraba que todo marcha bien.

33. EL RESCATE DEL VELLOCINO

A la mañana siguiente, después de desayunar, Jasón invitó al rey Eetes a su aposento, y cuando entró le dio muestras de profundo respeto y gratitud. Incluso alabó su decisión de sacrificar la felicidad de su hija por el bien de Cólquide.

—¡Por desgracia, majestad —le dijo—, la tiara real es un cruel tocado para la cabeza de muchos padres amantísimos!

Eetes respondió, frunciendo el ceño:

—¿Por qué no iba a ser feliz mi hija Medea? ¿Y acaso no es libre de aceptar o rechazar a cualquier pretendiente que yo le proponga? Albania es un país rico, y el viejo pronto morirá, dejándola que gobierne a su antojo; pues será nombrada madre de los hijos que han de sucederle, y en Albania es la madre del rey quien ejerce el mayor poder.

—Ruego que me disculpes —dijo Jasón—. No sabía que este matrimonio lo había elegido Medea, ni tampoco conocía las costumbres del Cáucaso. Sin embargo, personalmente, preferiría ser el más humilde de tus súbditos antes que el único soberano de cualquiera de las tierras de estos alrededores, si tuviera libertad para elegir.

Después de ponderar la belleza y fertilidad de Cólquide, donde crecía todo lo bueno sin necesidad de siembra ni arado, y de felicitar a Eetes por la armonía que reinaba entre sus súbditos, que eran tan diversos, Jasón de pronto descubrió el esqueleto de Frixo que Autólico había sacado del cuero de caballo dentro del cual colgaba del álamo; estaba tan deteriorado que se deshacía. Eetes reconoció el esqueleto por la dentadura (porque Frixo tenía los dientes separados) y lloró por él. Los huesos presentaban un aspecto miserable, pues estaban cubiertos de un moho verde y blanco. Entonces Jasón, asegurándose de que lo oyera Eetes, le ordenó a Autólico que los transportase con prudencia al Argo y los escondiese en la arqueta que había debajo del asiento del timonel, que tenía un doble fondo. Autólico se los llevó, aunque no al Argo; primero fue a las habitaciones de Neera, donde ella y sus hermanos los rascaron y pulieron con devoción; él mismo se ocupó de articularlos, perforando cada uno de los huesos con un punzón y uniéndolo al hueso correspondiente mediante una tira de cuero. Después de engastar las cuencas de los ojos con turquesas, Autólico se los llevó a las habitaciones de Ideesas, que, tal como esperaba, estaban vacías. Pues se había organizado una distracción parecida a la del palacio del rey Fineo: toda la servidumbre del palacio y del séquito de Ideesas se encontraba en el patio delantero escuchando a Orfeo que tocaba una alegre giga. Allí estaban ahora, galvanizados, rodeando con deleite y asombro la caseta de colores chillones en la que Periclimeno hacía unas demostraciones de magia. Además de

todas las hazañas que había realizado en presencia de los argonautas cuando acababan de entrar en el mar Negro, realizó otras todavía más extraordinarias. Se tragó una espada de dos mangas, y por si fuera poco, una jabalina larga con dos cabezas, con la punta hacia abajo, y al poco rato las evacuó por detrás. También puso un pato de madera en una vasija llena de agua pura, luego le dirigió unas palabras al agua y ésta empezó a agitarse de tal modo que arrojó al pato fuera de la vasija; y al querer coger el pato, a éste le salieron plumas y echo a volar lanzando graznidos.

Cuando, al observar una señal disimulada de Autólico, Periclimeno dio por terminada su función, el séquito mosco se reintegró de mala gana a sus quehaceres; pero al entrar de nuevo en las habitaciones creyeron ver la figura de su príncipe tendido entre las mantas de su lecho, con la cabeza envuelta en un gorro de dormir de lana, y la cara vuelta hacia la pared. Los servidores no se atrevieron a dirigirle la palabra y esperaron sentados en el suelo, en actitud de arrepentimiento, a que se despertara. Quedaron asombrados cuando el propio Ideesas apareció bruscamente, y sin prestar atención a sus nerviosos saludos se acercó a la cama y se postró ante ella reverentemente, sabiendo muy bien lo que había entre las mantas. Retiró las mantas; y allí tendido estaba el blanco y pulido esqueleto de un héroe, tal como había prometido el oráculo. En una mano sujetaba una cola de tigre, que para los moscos es señal de buena suerte, y en la otra el báculo del propio Ideesas, como si estuviera a punto de emprender un viaje hacia Mosquia. Ideesas interrogó a los cuatro servidores: ¿qué sabían ellos del asunto? El primero, con los dientes que le castañeteaban de miedo, respondió que ninguno de ellos había dejado su puesto ni un solo instante; el segundo tuvo la osadía de decir que el esqueleto había entrado por la puerta sin llamar; el tercero añadió que el esqueleto, después de quitarse la cola de tigre que llevaba enrollada en la cabeza, se había puesto el gorro de dormir y que después, cogiendo el báculo, había dado nueve golpes en el suelo y luego había subido a la cama. El cuarto entonces declaró que él y sus compañeros, aterrados por este inexplicable acontecimiento, se habían acurrucado alrededor de la cama, vigilando con reverencia al ocupante hasta que Ideesas apareciera. Pues los moscos saben mentir aún mejor que los cretenses.

Ideesas se llenó de júbilo. Como recompensa por su discreto comportamiento le dio a cada uno de los sirvientes un magnífico cuchillo de caza cálibe y les ordenó que guardasen un silencio sagrado. Luego dobló el esqueleto en dos, lo encerró en un cofre de madera de ciprés y marchó en seguida a despedirse de Eetes. El oráculo le había advertido que no se demorara.

Al poco rato Jasón, que vigilaba desde las murallas de la ciudad, vio cómo la embajada de Mosquia se alejaba, montada sobre mulas, por el serpenteante camino del este, junto al río Fasis. A Jasón se le quitó un gran peso de encima. Era evidente que Medea había dado a Ideesas las instrucciones oraculares de las que le había

hablado, y que no sólo los huesos de Frixo iban a recibir un entierro distinguido con todos los ritos, sino que además Medea había incurrido en un gran engaño para su padre, pues Eetes había querido que los huesos se enterraran en Grecia, no en Mosquia. Jasón estaba convencido de que cuanto más se acercara el día de la llegada del viejo Estiro, más fuerte sería para Medea la tentación de compartir con él su destino, aunque para hacerlo tuviera que robarle el vellocino a Prometeo.

Sin embargo, durante los tres días siguientes, Medea no dio señales de vida. Se negó a recibir a los hijos de Frixo, incluso a Neera, a quien culpaba más que a nadie del cariz que habían tomado los acontecimientos.

El último de estos días Jasón estaba paseando por los jardines del palacio cuando oyó una especie de silbido sobre su cabeza y al levantar la vista vio una cabeza y un cuello que se retorcían entre las hojas. No era una serpiente, como había imaginado, sino un moteado torcecuello, que había caído en una trampa. Al momento recordó un infalible hechizo amoroso, el del héroe Ixión, que le había enseñado Filara, la madre del centauro Quirón. Sacó el pájaro de la trampa y se lo llevó al palacio, escondido en su zurrón junto con unas hojas de la planta llamada ixia que, tal como suponía, crecía cerca de allí. En el palacio obtuvo una rueda de encender colquídea en forma de cruz gamada y un trozo de yesca de madera de sauce y se lo llevó a sus habitaciones. Aquella noche, valiéndose de su cuchillo, le dio a la yesca forma de muñeca; luego se dirigió a ella llamándola Medea, con dulces palabras de amor, y le ató a la cintura un trapo de color morado para que le sirviera de falda. Este trapo lo había cortado Autólico secretamente del propio vestido de Medea mientras ésta bajaba por el pasillo para ir a cenar.

Jasón fijó el eje de la rueda en el ombligo de la muñeca, el lugar del amor en toda mujer; luego, untando el pico y las patas del torcecuello con las hojas de ixia machacadas, lo extendió y lo ató a los cuatro rayos de la rueda. Hizo girar la rueda, cada vez más de prisa, al tiempo que murmuraba:

Torcecuello, del cuco compañero,
No corras ni vayas muy lento,
pero tráeme a la joven que yo espero.

La cinta que daba impulso a la rueda hacía girar el eje a tal velocidad que pronto Medea estalló en llamas; y Jasón avivó las llamas cuidadosamente hasta que la muñeca quedó reducida a cenizas. Entonces libertó al aturdido torcecuello, le dio las gracias, le ofreció un poco de cebada para que picara y lo puso en el alféizar de la ventana. Al cabo de un rato el pájaro salió volando.

En la noche del cuarto día, a medianoche, pudo verse un pequeñísimo resplandor al otro lado del Fasis, al sudeste, en la remota distancia: era una gran hoguera de

pinos que Ideesas había encendido para señalar su feliz regreso con los huesos. Ahora por fin Jasón podía realizar su captura del vellocino. Le mandó un mensaje a Medea a través de Neera:

—Hermosa entre hermosas, te doy las gracias de todo corazón por tu piadosa acción respecto a los huesos: que la madre de Cabeza de Pájaro te lo pague con felicidad. Pero, por desgracia, ya que no puedes ayudarme en el otro asunto del que te hablé, no me queda más remedio que decirte adiós para siempre. Me propongo zarpar en dos días, al amanecer, con las manos vacías y con una herida en el corazón cuyo dolor no podrá aliviar el amor de ninguna otra mujer. Recuerda a este desgraciado en la mañana de tu boda.

Neera tenía miedo de visitar a Medea, porque la última vez que lo había hecho Medea la había echado de la habitación haciéndole muecas gorgóneas; pero sus hermanos la persuadieron a ir.

Halló a Medea dormida. Ésta se incorporó bruscamente dando un grito entre terribles pesadillas y cuando se despertó vomitó de asco. Se abrazó al cuello de Neera con todas sus fuerzas y exclamó:

—¡No, no, no puedo! ¡No puedo soportar algo tan horrible!

Neera respondió con suavidad:

—Querida mía, no se puede luchar contra el destino, pues el destino es la propia Madre. El destino te une a Efira y a Jasón, no a Albania y a Estiro. Vamos, coge tu cinturón de serpiente y lánzalo al aire para que te dé una señal.

Medea hizo lo que le pedía. La serpiente dorada cayó estirada con la cabeza enjoyada apuntando hacia el oeste.

Neera dio un grito de alegría:

—¿En qué dirección se encuentra Efira, y en cuál las montañas de Albania? —preguntó, y después le dio a conocer el mensaje de Jasón, palabra por palabra y dijo—:

Ideesas ya ha llegado felizmente con los huesos de mi padre a su ciudad entre las montañas de Mosquia. Pronto el pobre espíritu hallará el reposo y yo le estaré agradecida a Jasón para siempre. Pero me apena verle tan desamparado. ¿Por qué eres tan cruel con él, Medea? ¡Ah, ojalá pudiera curar yo al Curador!

Derramando lágrimas grandes y redondas, Medea respondió:

—Le amo, le amo, con una pasión insoportable. No consigo apartar su imagen de mi mente. El dolor que siento me palpita bajo el esternón, cerca del ombligo, y noto un corte profundo en la nuca, un corte oblicuo, como si el genio del Amor me hubiera traspasado con una flecha disparada desde abajo. Y sin embargo, ¿cómo puedo perjudicar a mi padre a quien debo obediencia? Estaría perdido si a la llegada del rey Estiro yo ya no estuviese aquí.

—Anoche no pude dormir. Me levanté y me vestí mucho después de la

medianoche, cuando incluso los perros habían dejado de ladrar y no llegaba ningún sonido de la ciudad, excepto las voces de los vigilantes al anunciar la hora. Quería ir a hablar con Jasón. Pero cuando abrí cuidadosamente la puerta del vestíbulo donde duermen mis doce doncellas y estaba ya a punto de pasar entre sus jergones y dirigirme hacia el pasillo, la vergüenza me hizo volver atrás. Tres veces me ocurrió lo mismo y al final, desesperada, fui a mi botica y saqué mi arquilla de venenos. Empecé a abrir los broches, uno por uno, lentamente. Entonces pensé: «Si me mato, nunca más podré ver con estos ojos míos a Jasón y él se casará con otra mujer. Y el suicidio no me proporcionará ningún beneficio, pues en todas las ciudades, cerca y lejos, resonará mi deshonra». Las mujeres colquídeas se escupirán el pecho si alguna vez se menciona mi nombre y dirán: «se enamoró de un extranjero rubio y murió como una tonta, deshonrando su casa y deshonrando a su padre». Así que aparté la arquilla, temblando de miedo. Me senté en un taburete bajo junto a mi cama, y con la mejilla descansando en la palma izquierda, esperé que cantasen los gallos, pensando que tal vez el día sería más piadoso conmigo que la noche; pero aquella fue una necia fantasía.

—Oh, Neera, ¿qué puedo hacer? Mis pensamientos se persiguen unos a otros, cada vez más veloces, en un círculo del que no puedo escapar.

Rompe el círculo, mi querida amiga, con una palabra, porque si no voy a enloquecer con esta persecución. Dime qué debo hacer. Te obedeceré, digas lo que digas.

—Ve con él —respondió Neera—. Este impulso amoroso te lo ha enviado la madre de Cabeza de Pájaro, y no debes tratarlo con ligereza.

Pero Neera no sabía la condición que Jasón le había impuesto a Medea para llevársela con él, y Medea no quería revelarla; de otro modo quizás no la hubiera instado con tanto ahínco a que huyera con Jasón.

Desde que era una niña, Neera había sentido un gran temor de Prometeo, y le hubiera parecido abominable que le despojaran de su premio dorado.

Así fue como Medea tomó su decisión, y una vez que sus pies pisaron de nuevo el camino jamás vacilaron ni se apartaron de él. Le dijo a Neera:

—Dile a Jasón que haré todo lo que él desee, pero sólo en nombre de la Madre, y que de ahora en adelante ya no tengo obligaciones hacia mi padre sino sólo hacia él, mientras él no le haga ningún daño a la Madre; y que jamás le fallaré, porque creo que él tampoco me fallará a mí.

Entonces le dio un ungüento para que Jasón se frotara el cuerpo con el, después de haberse lavado tres veces en agua corriente, y le dijo dónde debía encontrarse Jasón con ella la noche siguiente, a medianoche.

A la mañana siguiente los batidores del rey Estiro, que llamaban la atención por sus escudos oblongos y sus capas de piel de tigre, llamaron a la puerta de oriente de

la ciudad, solicitando permiso para que entrase su amo; éste llegó al poco rato en medio del chocar de címbalos y el sonar de cuernos, sentado en una litera que arrastraban dos mulas del color de la escarcha. Estiro era un anciano benigno, de barba rala y ojillos alegres. Él y sus cortesanos apestaban a pescado podrido —pues los albaneses entierran el pescado durante varios días antes de comerlo— y a ajo, que consumen en enormes cantidades para protegerse contra el vértigo en sus altas cumbres. Eetes les dijo en privado a sus consejeros:

—Cuando hayan terminado las ceremonias matrimoniales voy a fumigar el palacio con azufre. Entretanto, ¡os ruego que soportéis esta peste con fortaleza colquídea!

Medea fue presentada a Estiro, que al principio quedó sorprendido y disgustado por el color de su pelo, pero que, a pesar de todo, la pidió en matrimonio. Ella ni aceptó ni rehusó, teniendo en cuenta su palabra empeñada, pero le engañó diciendo sumisamente:

—Mi señor, cuando esté en vuestra corte me teñiré el pelo con tinta de pulpo o con el tinte que me recomendéis. Pero mientras tanto no hiráis, con vuestro desprecio, los sentimientos religiosos de los colquídeos para quienes este color es de buen augurio porque les recuerda el oro y la miel.

Como el séquito de Estiro era mayor de lo que se había previsto, algunos de los ancianos, sacerdotes del dios Sol albanés, fueron acomodados en la sala donde se encontraban los toros de bronce, cosa que ayudó a Medea en sus planes. Aquella noche, cuando ya todos dormían tras las puertas cerradas, tendidos con un pesado sueño narcotizado sobre sus colchones, Jasón y Autólico entraron en la sala interior por una ventana que había en la galería de los músicos. Autólico profirió un largo encantamiento de aversión, que le había enseñado Medea, y entonces, acercándose audazmente a los toros, castró primero a uno y luego al otro con certeros golpes de martillo y escoplo. Esta terrible tarea le había sido asignada en un principio a Argo, pero no se había atrevido a hacerlo porque pertenecía a la hermandad del Toro y sentía escrúpulos religiosos. Autólico pertenecía a la hermandad del Lobo e hizo lo que le pedían, sonriendo abiertamente. Era el hombre más indicado para la tarea porque en una ocasión se había convertido en lobo. Había participado en el festival que celebran cada ocho años los hombres de la hermandad del Lobo, en el que se mezclan las entrañas de un niño con las de los lobos en la solemne fiesta junto a un lago; el hombre que se come las entrañas del niño cuelga sus ropas de un roble, cruza a nado el lago y vive entre los lobos como si fuera uno de ellos hasta el próximo festival. Autólico había sido uno de estos hombres.

Jasón desenvolvió el fardo que habían traído consigo, en el que había una doble yunta con sus correas y un arado de madera. Unció los toros al arado diciendo: «¡Ahora seréis bueyes!». Sus ojos enjoyados parecían lanzar llamas rojas de ira a la

luz de la antorcha de Jasón, pero no tenían poder alguno para hacerle daño ni a él ni a Autólico, y al poco rato los dos hombres salieron de nuevo por la ventana de la galería. De este modo se cumplía en parte el sueño que Eetes le había revelado imprudentemente a Medea antes de contárselo al Sol; pero el incidente de la estrella fugaz y del angustiado grito de Prometeo aún quedaban pendientes de realización.

Medea, llevando su habitual guirnalda de sauce en honor de Prometeo, esperó a Jasón en un bosquecillo que había a poca distancia del santuario del héroe. La luna era joven y de vez en cuando quedaba oculta por nubes que corrían desde el este. Medea tenía ahora la mente calmada, aunque de vez en cuando la sacudía un espasmo involuntario, como las enormes olas que aún después de haber pasado la tromba marina siguen sacudiendo una nave. Había sacrificado ofrendas indecibles a Brimo, y la diosa le había concedido augurios favorables.

Pronto oyó los pasos furtivos de Jasón por el sendero. Su corazón latía con fuerza cuando preguntó en voz baja:

—¿Lo habéis hecho ya? ¿Marcha todo bien?

Él respondió:

—Lo hemos hecho. Todo marcha bien. Permíteme que te bese, amada mía de cabellos rubios, y que te infunda valor para tu temible hazaña.

Cuando él la besó le pareció que le corría fuego por las venas y que el corazón iba a saltársele del pecho. No le quedaban fuerzas en las rodillas para hacerse atrás y los ojos se le nublaron con una oscura neblina; no obstante lo apartó, exclamando débilmente:

—¡Déjame ahora, amor mío! Tus besos pican como avispas. ¡Ojalá no hubiera nacido hija de un rey!

Le dio una camisa de mujer y un mantón para disfrazarse y le puso en la mano una cesta que contenía un gallo negro, una bolsa de granos de cebada y un cuchillo de sílex.

—Agáchate para disimular tu estatura —le advirtió—, camina cojeando, cúbrete la barbilla con el mantón y muéstrate sumiso ante mí.

Si alguien te dirige la palabra, ponte un dedo en los labios y mueve la cabeza negativamente.

Él la obedeció y esta vez no hizo ninguna tontería, recordando lo mal que había hecho el papel de sirviente de Argo entre los lapitas.

Juntos recorrieron una avenida bordeada de cipreses negros hasta que llegaron a las puertas del recinto.

Allí había dos centinelas con hachas de combate que llevaban máscaras de toro y capas de piel de toro negro con las colas colgando. Medea se llevó el dedo a los labios y los centinelas los dejaron pasar a los dos, haciéndoles una reverencia. Medea cruzó el patio, sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda, y Jasón la siguió, tres pasos

detrás, hasta que llegaron a la pequeña puerta de bronce del recinto interior. Ella la abrió con una llave de bronce y entraron en un laberinto pavimentado, cuyas paredes eran altos tejos plantados muy juntos y limitados por una reja de bronce. Medea condujo a Jasón primero por aquí, luego por allá, cantando suavemente mientras sus pasos se iban trenzando por el serpenteante laberinto. De vez en cuando se detenía, escuchaba, y luego volvía a cantar.

Al poco rato Jasón oyó un ruido extraño, como de algo que crujía o raspaba. Medea murmuro:

—La serpiente está saliendo de su santuario. Está tomando su puesto en el árbol.

Lo condujo al recinto central, que estaba pavimentado con serpentina y tenía la forma de un triángulo equilátero, y cuando Jasón entró, la luna salió brillante por detrás de un cúmulo de nubes. En el ángulo más alejado, detrás de la tumba blanca y redonda en la que se guardaban la mandíbula y el cordón umbilical sagrados, crecía un viejo ciprés.

Jasón contuvo bruscamente el aliento. Por fin había llegado a la meta de sus viajes, pero hubiera dado gustosamente cinco años de su vida por encontrarse otra vez a salvo en Lemnos con la rolliza Hipsípila, jugándose besos a los dados bajo el pintado cielo de la cama, mientras los pájaros de la mañana cantaban dulcemente desde los rosales bajo la ventana. Ante él, atado al ciprés, bajo una especie de dosel de tablas, brillaba el vellocino de oro, colgado cabeza abajo como en señal de burla del dios Carnero, y alrededor del tronco y de las ramas del árbol se enroscaba la serpiente Prometeo. Movía su cabeza aplastada de un lado a otro y hacía vibrar su lengua hendida. Jasón calculó que debía medir cuatro veces más que un hombre alto, y que su grosor era como el del muslo de un hombre.

Medea tomó la cesta de las manos temblorosas de Jasón y levantó la tapa. Sacó el gallo, le descubrió la cabeza, le desató las patas, lo puso en el suelo y le echó algunos granos de echada para que comiera.

Luego se dirigió a la serpiente, recitándole, en voz baja y acariciadora:

Prometeo, toma este regalo, este gallo,
Este gallo negro que yo te regalo
Devóralo por mí, devóralo por Medea
Por la rubia Medea,
Luego duerme, Prometeo, duerme bien,
Duerme bien hasta que el día amanezca.

La gran serpiente se desenroscó del ciprés mostrando toda su longitud y se deslizó con un sonido crujiente hacia ellos, pero el olor de Jasón la inquietó y le hizo emitir un brusco silbido: pues a todas las bestias salvajes les perturba el acre olor que

exhalan los hombres asustados.

Medea la calmó con palabras amables, como una madre que calma a un niño rebelde, y la hizo obedecer. Su voz también calmó a Jasón; su olor se dulcificó y ya no molestó a la serpiente.

La serpiente Prometeo vio al gallo y se enroscó, dispuesta a atacar. El gallo se dio cuenta del grave peligro que corría. Dejó de picar la cebada, dejó caer la cresta y se acobardó. La serpiente echó la cabeza hacia atrás y luego la impulsó bruscamente hacia adelante como si fuera una lanza que alguien hubiera arrojado.

—¡Cierra los ojos! —ordenó Medea. A ningún hombre le está permitido ver comer a Prometeo.

Jasón cerró los ojos. Cuando Medea le dijo que los abriera la serpiente se había tragado el gallo —plumas, patas, pico y todo—. Medea extendió la mano hacia atrás, buscando la de Jasón. Él se la llevó a los labios, pero ninguno de los dos dijo nada.

Al poco rato la serpiente se deslizó de nuevo hacia su puesto en el ciprés, y Medea volvió a cantar para ella. Jasón observó que ya no seguía el compás de la música al balancearse, sino que se movía perezosamente.

Se le caía la cabeza, más y más: pues Medea había rociado las plumas del gallo con el jugo soporífico del croco cáucaso; este croco color azafrán de doble tallo tiene la raíz tan colorada como la carne recién cortada y se conoce hoy en día como flor de Prometeo. Medea había cortado la raíz durante la luna llena, dejándola sangrar en una concha caspia de tres espiras.

Medea sacó de su pecho una ramita de enebro y la movió lentamente ante los ojos de la serpiente haciendo la figura sagrada del ocho. Al poco rato ésta quedó aturdida y un estremecimiento recorrió su enorme cuerpo. Sus anillos se relajaron y quedó colgada del árbol, con la cabeza hacia abajo, como muerta, junto a la colgante cabeza del vellocino.

—Oh, amado Jasón —dijo Medea entre risa y llanto—. Sube ahora en busca de tu premio. Aquí tienes el cuchillo.

Jasón subió al ciprés, entre los enormes anillos de la serpiente narcotizada, cuyo contacto le hacía sentir el frío de la muerte. Cortó las correas con las que estaban atadas al árbol las patas delanteras y traseras del vellocino, lo cogió por la cola y empezó a descender del árbol. Sin darse cuenta hacía muecas como si se hubiese bebido un cuerno lleno de vino agrio; sin embargo, cuando se encontró de nuevo en pie sobre el pavimento, la gloria de su hazaña le calentó las entrañas y dio color a su rostro.

El vellocino era maravillosamente pesado debido a los enormes cuernos curvos y el fleco de oro. Jasón se lo ató bajo la blusa. Entonces Medea volvió a darle la cesta y él la siguió a través del laberinto.

Volvieron a cruzar el patio del dios de la guerra, sin mirar ni a la derecha ni a la

izquierda. Los centinelas de cabeza de toro les dejaron pasar y les hicieron una reverencia. A salvo ya, caminaron por la avenida de cipreses en dirección a la ciudad, Medea delante, sin pronunciar palabra ninguno de los dos. Jasón hubiese deseado correr, pero el paso de Medea era lento y meditabundo.

34. LA HUIDA DE EA

Cuando Jasón y Medea avistaron Ea, Jasón dio la señal convenida, el melancólico aullido de un leopardo magnesio, que hizo que todos los perros de la ciudad se pusieran a ladrar. Era la señal para que los hijos de Frixo dieran comienzo a la sangrienta distracción gracias a la cual el Argo podría zarpar sin que nadie se lo impidiera. Corrieron por el palacio, cada uno por un ala distinta del edificio, gritando todos a la vez para que el eco retumbara por todos los pasillos:

—¡Oh, traidores! ¡Oh, oh! ¡Venguémonos de los sacrílegos traidores! Eetes saltó de su alto lecho, aturdido y a medio vestir, preguntando qué era lo que ocurría, y Frontis entró corriendo a decirle:

—¡Oh, majestad! El puerco albanés, el que querías por yerno, ha deshonrado tu palacio. Ha castrado y se ha burlado de los toros sagrados de tus aliados los taurios, colocándoles un doble yugo. Pero ¿qué otra cosa podrías esperar de un aborigen comedor de piojos para quien el Toro es el símbolo de toda maldad?

La noticia del sacrilegio se extendió por el palacio como el fuego, y la madre de Medea, Idía la tauria, la de la mirada fría, envió en seguida a su hijo Apsirto para que congregase a los hombres-toro del santuario del dios de la guerra. Llegaron al poco rato en tropel, corriendo por la avenida, y la propia Idia les abrió la puerta norte para dejarlos pasar. Sin proferir palabra siguieron corriendo hacia el palacio, blandiendo sus hachas con el espantoso sonido de las bramaderas que hacían girar atadas a largas cuerdas. Entonces se entabló una batalla entre los taurios y los albaneses, a pesar de los esfuerzos que hacía Eetes por separar a las dos naciones. Los taurios pronto lograron echar abajo las bien encajadas puertas de la sala interior; y cuando vieron a sus dioses mutilados e insultados, su sed de venganza les llevó a cometer acciones inmencionables. Sus hachas se alzaban y caían como látigos, hasta que el hijo de Estiro bajó por la galería con sus lanceros albaneses y los arrojó de allí sangrientamente.

Mientras la marea de la batalla menguaba y crecía, y los cuerpos se iban amontonando junto a las puertas y en los pasillos, los argonautas, mandados por el gran Anceo, se escurrieron sigilosamente por la puerta desguarnecida por la que habían sido admitidos los taurios, y, dando un gran rodeo por el exterior de la ciudad, llegaron al río sin ser descubiertos.

Argo y Nauplio habían amarrado el navío en un estrecho remanso bajo la sombra de una alameda. Éste era el lugar exacto en el que, una generación antes, había desembarcado Frixo cuando trajo a Eetes el vellocino robado. Jasón y Medea ya estaban a bordo cuando Anceo y sus hombres llegaron corriendo al barco, y todo estaba ya a punto para la huida. Se colocaron apresuradamente en sus puestos,

tropezando unos con otros en la oscuridad, pues la luna estaba tapada, no sólo por el follaje de los álamos sino también por las nubes; entonces algunos de ellos, asiendo las pértigas, empezaron a desatracar. Pero Linceo, que contaba las cabezas, exclamó en un feroz murmullo:

—¡Quietos! Nos falta un hombre. ¡Recordad nuestro pacto, argonautas! No podemos zarpar dejando atrás a un camarada.

—¿Quién falta? ¿Quién? —preguntó Jasón con impaciencia. Y se quejó—: Yo no puedo distinguir nada en esta oscuridad, Linceo, ni tampoco creo que puedas tú.

—¿Quién comparte el banco con Melampo, hijo de Ares? —preguntó Linceo.

—Es Butes el ateniense —dijo Melampo en voz baja—. Tienes razón, Linceo. Aún no está aquí.

—Butes, Butes, ¿dónde estás? —llamó Jasón.

—¡Chist! —dijeron todos a la vez ¡No tan fuerte!

Jasón volvió a llamar:

—Butes, Butes —en un tono agudo y malhumorado. Pero no hubo respuesta alguna—. ¡Oh, oh! ¿No sabe nadie dónde está? —preguntó, casi llorando.

Falero el ateniense respondió:

—Siento decirte, noble Jasón, que hace cosa de una hora, quizás menos —pero en fin, poco antes de que Frontis diera la alarma en palacio me encontré con mi compatriota Butes en un pasillo. «Escucha, Falero», me dijo, «no soporto la idea de abandonar Ea sin antes catar la miel colquídea de las montañas, que según Autólico y sus dos hermanos es venenosa. Aquí tengo un suculento panal traído esta mañana del alto bosque de azaleas. Fijate qué olor tan delicioso. Prueba un poquito, querido Falero, que yo también la voy a probar. Así demostraremos a estos tesalios lobunos que son unos necios crédulos». Pero yo le respondí: «No, Butes, no. Que la Desventura me busque a mí, pero yo no pienso buscarla a ella». Entonces Butes se llevó el panal a los labios, lo lamió primero con la lengua y luego mordió un trozo. Dijo: «Tiene un gusto amargo pero refrescante. Mira, ¿ves como no me hincho al instante? ¿Ves como no me muero? Pruébalo, ¡te lo ruego, Falero!». Pero de nuevo me negué a comerlo y no quise probar ni una gota. Di media vuelta y lo dejé allí que terminara él solo el panal. Desde entonces ni lo he visto, ni sé nada de él.

Jasón dijo:

—Cuando el dios Apolo comprenda la urgencia del caso, sin duda alguna nos librará del juramento de asistencia mutua que tomamos en su nombre. Pues si mandamos a un grupo para rescatar a Butes, que tal vez ya esté muerto por el veneno, ni uno solo de los que vayan puede esperar regresar con vida; y con la falta de remeros se hará imposible la huida de los que se queden. ¿Acaso la presuntuosa locura de Butes ha de condenar a muerte a sus camaradas como le ha condenado a él? ¡Yo digo que no! ¡Desatracad, argonautas! Dejemos que Butes, que tanto sabe de las

abejas, escape de la furiosa colmena de Ea de la que ya nos hemos atrevido a robar tanto la miel, que es el vellocino, como la joven abeja reina, que es Medea.

Algunos de los argonautas, aunque no muchos, alabaron este prudente discurso. Otros lo rechazaron con indignación, no sólo los atenienses sino también Ifito y Mopso y Admeto, por respeto hacia Apolo; pues no se atrevían a quebrantar el juramento hecho en su nombre.

Augías de Elide dijo:

—Ésta es la ley de Apolo: «Nada con exceso». Complazcamos al Diestro Arquero no llevando al exceso la lealtad que le debemos a un necio.

Estas palabras encolerizaron a Atalanta, que saltó de la nave diciendo:

—¿Qué hombre de honor se atreve a volver conmigo a Ea? ¿Porque Jasón y Augías sean unos cobardes, hemos de dejar los demás que Butes reciba un funeral colquídeo y corra la misma suerte cruel de la que hemos venido a salvar a Frixo? Meleagro aceptó su desafío y también Ifito y Falero y Mopso y Admeto, pero no Argo (a causa de su cojera); y cuando el pequeño Anceo vio que todos los demás se quedaban atrás, se ofreció como séptimo voluntario. Pero Atalanta preguntó:

—¿No va a venir ninguno de los que hablan el idioma colquídeo?

Melas, hijo de Frixo, respondió:

—Yo vendré. Tengo el cabello y las facciones más morenos que los de mis hermanos y puedo pasar desapercibido entre los colquídeos. Además, soy, con mucho, el más valeroso de los cuatro.

Atalanta felicitó a Melas y estaban ya a punto de irse los ocho juntos cuando Jasón los llamó. Le dijo a Atalanta que estaba privando al navío de demasiados remeros: tenía que prescindir de cinco de los siete hombres. Así pues, eligió a Ifito y a Melas para acompañarla. No obstante, Meleagro y Falero también se alejaron con ella en la oscuridad.

El resto de los argonautas esperaron sentados en sus bancos, con una angustia creciente. Cada uno de ellos rezaba en voz alta al dios o a la diosa al que era más devoto, implorando su ayuda y haciendo grandes promesas de sacrificios y presentes votivos. Por fin Jasón dijo:

—Camaradas, tened preparadas las armas para prestar auxilio a Atalanta y a los que han ido con ella cuando regresen. Linceo, sube a aquel montículo que hay allí, llamado Lomo del Carnero, y monta guardia.

Pero él se quedó en el barco para consolar a Medea que sollozaba incontrolablemente y no podía proferir palabra.

Mientras tanto, como resultó imposible convencer a los guardias del palacio, que odiaban por un igual a los taurios y a los albaneses, para que interviniesen e impidiesen que éstos se exterminaran entre sí, y en vista de que lo único que hacían era quedarse al margen riendo, Eetes mandó un mensaje a Jasón exigiéndole la

inmediata asistencia de sus argonautas. El mensajero regresó al cabo de un rato para informar que no habían podido encontrar a Jasón en el ala del edificio en la que se alojaban los argonautas, y que no quedaba ningún griego excepto el rey de las Abejas (así llamaba a Butes), a quien había encontrado tendido sin conocimiento en el pasillo. Eetes en seguida adivinó lo ocurrido: la mutilación de los toros había sido una estratagema griega para enemistar a los taurios con los albaneses y provocar que se echaran unos contra otros, y sus propios nietos, que ahora también habían desaparecido, eran los cómplices de Jasón.

Eetes actuó con rapidez. Envió al capitán de su guardia, con cien hombres, al cuartel real y le ordenó que se apoderase del Argo si aún estaba allí; mientras tanto, él corrió a ver a su cuñado, el príncipe Perses de Táuride, implorándole que apartara del combate a los sacerdotes de cabeza de toro. Con gran dificultad logró convencer a Perses de que los albaneses eran inocentes del sacrilegio y de que los culpables eran los griegos. Luego, con aún más dificultad, él y Perses juntos lograron convencer al rey Estiro para que apartara del combate a sus albaneses, cuando éstos llevaban ya ventaja sobre los taurios. Poco a poco fue cesando la lucha y se restableció el orden en todo el palacio. Los heridos fueron recogidos y tendidos sobre lechos y sus compañeros procedieron a curarles las heridas lo mejor que pudieron. Eetes intentó calmar a Estiro, diciéndole:

—Espera, primo, y verás qué médico tan espléndido es mi hija Medea. En menos de una hora curará la herida más profunda y terrible, quedando sólo una pequeña cicatriz como recuerdo.

Apenas acababa de hablar cuando le asaltó un horrible pensamiento. ¿Qué había sido de Medea? ¿Dónde se había metido todo aquel tiempo? ¿Podría estar también complicada? ¿Habría ideado la mutilación con la esperanza de que los taurios vengaran a su dios en el rey de Albania, anulando de este modo su odiada boda?

Corrió a sus aposentos y al mirar apresuradamente a su alrededor vio que estaban en desorden, con ropas tiradas por el suelo y cofres abiertos y revueltos, como si hubiera recogido precipitadamente sus pertenencias predilectas.

—¡Así que se ha marchado! —exclamó en voz alta—. ¡Mi hija Medea se ha marchado! Con esos impíos griegos no, ¡eso no me lo creo! Pero ¿con quién si no? —Estaba estupefacto—.

El capitán de la guardia regresó jadeante para informar que el Argo no se encontraba en su amarradero. Eetes le dijo:

—Las tres galeras de guerra que hay en el muelle real, las que siempre están dispuestas con hombres y provisiones para una emergencia: mándalas río abajo en su persecución inmediatamente. Hay que matar o capturar a Jasón el griego a toda costa, junto con la tripulación y cuantos traidores de mi propia sangre se encuentren a bordo de su nave. Si cualquiera de los capitanes de las galeras se atreve a regresar antes de

que esta misión quede totalmente cumplida, primero le cortaré las manos y los pies y luego lo encerraré en el vientre ardiente de uno de los toros de Táuride, para que me entretenga con sus bramidos. Vete e informa al príncipe Apsirto que debe mandar la flotilla. Lo hallarás con su madre, la reina Idía, en la puerta norte.

Sería más o menos entonces cuando Atalanta y Melas volvieron a entrar en la ciudad, sin que les diesen el alto, y se infiltraron en el palacio por una puerta lateral: él, lanza en mano, vestido como un guardia real; ella disfrazada con el mismo mantón y la misma blusa que había utilizado Jasón, ocultando el arco y la jabalina bajo la blusa. Corrieron inadvertidos por los pasillos y subieron por las escaleras del ala del edificio en la que se habían alojado los argonautas. Allí encontraron a Butes desmayado en el suelo del pasillo, envuelto en una larga cuerda como sí fuera una crisálida o una momia egipcia.

Melas desenroscó rápidamente la cuerda y con uno de los cabos hizo un nudo corredizo. Luego tiró de Butes hasta llegar a una ventana, abierta en la muralla de la ciudad, bajo la cual esperaban Ifito, Meleagro y Falero; le ajustó el nudo por debajo de los hombros y bajó a Butes hasta el suelo. Pero cuando Ifito lo estaba desatando arrancó sin querer el otro cabo de la cuerda de manos de Melas y éste se quedó sin poder bajar.

Meleagro estaba intentando volver a lanzar la cuerda a la ventana, que quedaba muy arriba, y Melas se asomaba todo lo que podía para alcanzarla. En aquel momento apareció el propio Eetes en el rellano de la escalera, rugiendo de cólera, espada en mano.

Atalanta exclamó:

—Date prisa, Melas, y yo te defenderé de ellos mientras tú escapas. Diles a Falero y a Ifico que se adelanten con Butes. Tú quédate con Meleagro. Yo iré por otro camino en caso necesario.

Entonces Melas, que por fin había asido la cuerda por el cabo que tenía el nudo, metió su lanza por el nudo y la dejó bien atada por la mitad del mango. Luego, agarrándose a la cuerda, salió trepando por la ventana y se deslizó tranquilamente hasta el suelo; pues como la lanza era más larga que el ancho de la ventana, se apoyaba a cada lado de la pared y soportaba su peso.

Atalanta no le siguió. En lugar de esto, se quitó el disfraz, agarró su arco y su jabalina, y lanzando su famoso grito, corrió hacia el rellano de la escalera. Eetes le cerró el paso con su espada; ella le apartó, atravesándole el vientre mientras corría, y Eetes cayó al suelo, gimiendo de dolor; sus guardias profirieron gritos de alarma y aflicción.

Siguió corriendo, como si tuviera alas, y en sus ojos brillaba la cólera de Artemisa. Dando un gigantesco salto sobre los restos de la batalla en la sala de abajo, pasó por entre un variopinto tumulto de colquídeos, taurios y albaneses, como la

vejiga cubierta de piel que lanzan deportivamente los jóvenes en los baños. Sólo un hombre, un sacerdote del Sol albanés, se atrevió a levantar su mano contra ella; ella le hirió con su jabalina, atravesándolo, matándole al instante y siguió corriendo; luego pasó velozmente por entre los guardias de la puerta principal, como una golondrina en pleno vuelo, y se unió a sus compañeros con un grito triunfal.

Cuando Perses salió corriendo en persecución suya a la cabeza de sus taurios, Meleagro y Atalanta cubrieron la retirada de Ifito y Falero, que transportaban por turnos a Butes, desviando a sus perseguidores hacia otro lado.

Entretanto, Jasón y los otros argonautas oyeron gritos en el muelle público y luego el golpetear y el chapoteo de tres galeras que bajaban del embarcadero al río. Le siguió el sonido de los remos al tocar el agua y la voz chillona del timonel marcando el compás, y pronto las galeras de guerra pasaron, las tres de frente y a toda velocidad, por delante del oscuro remanso en el que se hallaba el Argo, y siguieron río abajo, golpeando el agua con los remos, en dirección al mar. Cuando los sonidos ya se habían apagado en la lejanía, los descorazonados argonautas oyeron otro ruido, el de una batalla que desde la puerta norte se aproximaba hacia ellos. Linceo gritó:

—¡Auxilio, argonautas! Veo a Ifito y a Falero cerca de aquí, transportando entre los dos a Butes. Atalanta y Meleagro se han rezagado.

Atalanta tiene una herida de flecha en el talón y se apoya sobre Meleagro porque cojea; pero de vez en cuando se vuelve para emplear su mortal arco. Meleagro también está herido, en el brazo izquierdo, pero no de gravedad.

Al oír esto, y no queriendo quedar mal a los ojos de Medea, Jasón dio pruebas de ser más valeroso de lo que hasta entonces habían creído sus compañeros; saltó a tierra y pidió a todos los que fueran valientes que lo siguieran. En la batalla que se desencadenó cayeron muchos colquídeos, taurios y albaneses, entre ellos un hermano del rey Estiro, y a Jasón le atravesaron el hombro con una jabalina, y el cráneo del amable Ifito el focense fue hendido por un hacha de sílex de las que los taurios utilizan para el sacrificio. Sin embargo, los argonautas consiguieron la victoria; hicieron huir al enemigo y ganaron el campo de batalla. Despojaron a los muertos y llevaron a sus propios heridos al navío, y también a Butes, que gemía débilmente con las manos apretadas contra la barriga. Entonces, sin prisas, desataron las maromas de las estacas a las que el navío estaba amarrado, y empujaron el Argo fuera del remanso hasta entrar en el río, a la vez que cada uno de los tripulantes hacía gran alarde de sus hazañas.

Mopso, que en medio de la oscuridad buscaba sus ungüentos y sus vendajes, procedió a curar las heridas de Jasón, Atalanta y Meleagro; pero Ifito ya había muerto. Fue el primero de los argonautas que murió en batalla, y sus camaradas al menos tuvieron la satisfacción de llevarse su cuerpo para darle sepultura. Jasón, que gemía escandalosamente por el dolor que sentía en el hombro, entregó el mando de la

nave a Argo; y Argo dio la orden:

—¡A los remos! —pero añadió—: En nombre de Atenea, la de los ojos grises y cetro de cuco, por cuya inspiración construí esta nave, os ruego a todos que guardéis un silencio total, una vez que estemos de camino.

Así fue cómo los argonautas salieron de Ea con el vellocino, y a pesar del número de heridos que llevaban, cada remo tenía su remero; pues los cuatro hijos de Frixo remaban con gran destreza, y Orfeo había tomado el timón de manos del gran Anceo quien se puso a remar sentado en el banco que antes había ocupado Hércules.

35. CÓLQUIDE QUEDA ATRÁS

Atalanta, que no sabía con certeza si había matado al rey Eetes, no dijo nada de su enfrentamiento ni a Medea ni a nadie más. Al cabo de un rato, Medea dejó de sollozar. Parecía aturdida por lo ocurrido y le hablaba a Jasón en un lenguaje sencillo e inconsecuente, riéndose con una risilla sofocada, haciendo muecas infantiles y preguntando a menudo:

—Eres Jasón, ¿verdad? Me amas, ¿verdad?

Cuando por fin quedó dormida, daba vueltas y gemía y murmuraba como si estuviera asustada. En un momento dado gritó muy fuerte, con una voz que partía el corazón:

—¡Oh amor cruel! ¿Por qué te has pegado a mi pecho, sanguijuela fangosa, dejando mis venas sin una sola gota de sangre?

Los argonautas hubieran querido verla en el fondo del río, pero tenían miedo de que les echara el mal de ojo y no se atrevieron a decir nada contra ella en presencia de Jasón.

Argo le preguntó a Frontis, hijo de Frixo, hasta dónde creía que las galeras colquídeas continuarían su persecución. Frontis respondió que llegarían hasta la desembocadura del río, y que luego registrarían con pertinacia las costas del mar Negro; y que sin duda alguna Eetes enviaría más galeras con la misma misión en cuanto pudiera encontrar tripulación y abastecerlas de remos y provisiones. Así pues, los argonautas siguieron remando a buena velocidad, ni demasiado de prisa, para no alcanzar a las tres galeras que iban por delante, ni demasiado despacio para que no les alcanzasen a ellos los posibles perseguidores. Cuando ya amanecía, Frontis le gritó a un centinela que estaba apostado en el muelle de uno de los poblados ribereños:

—¡Eh, centinela! ¿Han alcanzado ya a los impíos griegos?

El centinela, creyendo que el Argo era una nave colquídea, respondió:

—No, mi señor, que yo sepa, no. Las tres galeras que me saludaron en el gris amanecer aún no habían visto a estos canallas, que deben de haber pasado por delante de mi muelle sin utilizar los remos, dejando que la corriente arrastrara silenciosamente la nave.

Argo decidió que lo más prudente que podía hacer era navegar de noche y ocultarse durante el día. Frontis conocía bien el río y le enseñó a Argo un estrecho remanso, entre aquel poblado y el siguiente, donde el Argo podía permanecer escondido con la popa apuntando hacia el río. Allí se detuvieron, entraron los remos, y cubrieron el adorno de la popa con largas plantas trepadoras.

Dos horas más tarde pasaron otras tres galeras por delante de su escondite, cada una con un gallardete blanco bordado en el mástil, y desaparecieron detrás de la

próxima revuelta del río. Pero el capitán de una cuarta galera dio esta orden al pasar frente al Argo:

—¡Dejad los remos! Atracad la nave a la orilla derecha.

Seguidamente amarraron la galera a un árbol a sólo un tiro de flecha río abajo. Su proximidad molestaba a los argonautas, pues les obligaba a un silencio absoluto. Pero al cabo de un rato Eufemo, el nadador, le dijo a Argo al oído:

—Hombre-toro, marino experto, querido amigo ateniense, te ruego que me alcances un taladro de tu caja de herramientas.

Argo le entregó el taladro sin decir palabra. Eufemo se desnudó, se zambulló silenciosamente en el agua y nadó bajo la superficie hasta llegar a la galera colquídea. Sujetándose con una mano al adorno de la popa, aplicó el taladro con la otra y abrió cinco grandes agujeros por debajo de la línea de flotación, sin taladrar ninguno de los agujeros hasta el fondo, hasta que los cinco tuvieron la misma profundidad. Entonces cortó las amarras de la galera con su cuchillo y regresó nadando tan sigilosamente como había venido.

Todos los colquídeos estaban durmiendo mientras trabajaba, incluso el vigía, y ninguno de los remeros tuvo noticia de lo ocurrido hasta que se dieron cuenta de que el agua del río había ido subiendo por entre las tablas de cubierta hasta llegarles a los tobillos y que el barco se estaba hundiendo lentamente. Se pusieron a arrancar la tablazón para encontrar la grieta y taparla, pero con sus movimientos asustados hacían inclinar la galera primero a un lado, luego a otro, y el agua fangosa parecía que entraba a borbotones de todas partes a la vez. Empezaron a achicar, pero al ver que el agua subía constantemente algunos saltaron del barco, esperando alcanzar la orilla, y se los tragó el cieno negro de los marjales; otros se subieron a la regala. Sólo uno de los hombres trató de nadar río abajo hasta el próximo lugar de desembarco, pero Eufemo nadó tras él, le dio un puñetazo que lo dejó sin sentido y, cogiéndolo por el cabello lo arrastró hacia el Argo. Por su distintivo, en el que figuraba un caballo alado, vieron que se trataba del capitán de la galera. El resto de la tripulación se hundió con la galera, dando gritos de terror. Sólo quedó el gallardete blanco ondeando por encima del agua; Eufemo lo colocó como adorno y disfraz para el Argo.

Melas preguntó:

—Queridos compañeros, ahora que el enemigo ha quedado hundido sin dejar rastro, ¿qué es lo que impide al Argo tomar su puesto en el escuadrón? Si mantenemos una buena distancia no sospecharán de nuestra identidad, y cuando este cautivo vuelva en sí podemos amenazarle con la muerte si no transmite al capitán de la próxima embarcación el mensaje que nosotros queramos. Mediante esta estratagema conseguiremos pasar audazmente por los restantes poblados, incluso de día si guardamos una distancia prudente, y en cuanto nos hallemos por fin fuera del

río, podremos decidir el rumbo que más nos convenga tomar.

Los argonautas aplaudieron los argumentos de Melas, y Argo se avino a llevar a cabo el plan sugerido.

Cuando el capitán colquídeo volvió en sí, Melas le prometió que le perdonaría la vida siempre que hiciera lo que se le ordenase. Demostró ser un hombre de gran sentido común y obedeció fielmente a Melas, pues tenía muchos hijos que dependían de él. Se llamaba Peucón. Cuando el Argo avistó la galera que iba delante de ellos, Peucón se puso al habla con ella, tal como le había ordenado Melas, e informó que cuatro de sus hombres habían sido atacados por la fiebre. El otro capitán, sin sospechar nada, le gritó por respuesta:

—¡Vaya, amigo Peucón! Así que ¿tenéis la fiebre? Pues mejor será que os mantengáis a una buena distancia de nosotros cuando ancléis esta noche, pues nosotros aún no estamos infectados, bendito sea el nombre de la Madre.

Aquella noche Eufemo propuso irse nadando a hundir las tres galeras restantes; pero Argo lo contuvo. Le indicó que en cuanto empezara a hundirse una galera las demás se apresurarían remando a salvar a los que estarían gritando a punto de ahogarse.

—Tanto mejor —dijo Eufemo—. En medio de la confusión podré trabajar sin ser molestado; ya veréis qué divertido.

Aplaudieron su audacia, pero Orfeo dijo:

—Camaradas, no nos cobremos vidas colquídeas sólo para divertirnos. Matemos únicamente si nos vemos obligados a ello por pura necesidad; de no ser así debemos evitarlo. Los hombres se ahogarían, pero tal vez sus espíritus treparían a bordo del Argo, transportados por el agua sobre hojas o ramitas, y nos atormentarían de modo horrible.

Eufemo hizo caso a Orfeo, pues era tan prudente como valeroso.

Jasón volvió a tomar el mando del Argo. Se había recuperado de la herida de modo asombroso, al igual que Atalanta y Meleagro; pues aquella mañana Medea les había quitado las vendas que les había puesto Mopso y había curado las palpitantes heridas con un ungüento preparado por ella misma; al principio ardía como el fuego pero hizo que sanara la carne ulcerada en menos de una hora.

Butes recobró el conocimiento casi al mismo tiempo. Se incorporó repentinamente y preguntó qué había pasado, qué hora era y dónde se encontraba.

Idas le respondió acremente:

—El que probases la miel de la montaña nos ha costado muy caro, necio colmenero. Por tu culpa ha muerto un bondadoso focense, y su cuerpo se encuentra ahora bajo una capa de piel de oso, aquí en la nave, esperando un honroso entierro.

Mopso reprendió a Idas, diciéndole:

—Idas, ¡qué tonterías dices! A nuestro querido camarada focense le hirió un

taurio con un hacha de sacrificio. Butes estaba tendido en el suelo sin sentido cuando le asestaron el golpe.

Idas insistió, sin importarle que el espíritu de Ifito lo pudiera oír: pues en el fondo sentía vergüenza por no haber acompañado a Atalanta en su gloriosa tarea de rescate. Pero al menos tuvo el suficiente sentido común como para no despertar el espíritu de Ifito pronunciando su nombre. Dijo:

—De no haber sido por Butes y su empeño en probar la miel, el Pintor aún estaría vivo. Si alguien se atreve a negar esto, que se proteja la cabeza, pues tengo la espada al alcance de la mano, apoyado en su ristre, debajo de la regala.

Butes lloró. Se embadurnó la cara con alquitrán y se despeinó el cabello. Pero apenas había completado su disfraz cuando vio un augurio que le heló el corazón: un abejaruco de brillantes colores se posó en el macarrón, sobre su cabeza, pió un momento y luego alzó el vuelo.

—¿Qué ha dicho mi enemigo, Mopso? —preguntó Butes con voz temblorosa.

—Nada, nada de importancia —se apresuró a responder Mopso.

El incidente produjo un desánimo general, y se acordó dar sepultura a Ifito con toda solemnidad en cuanto llegaran a tierra firme. Navegaban por un terreno pantanoso y el calor había aumentado mucho desde que llegaran a Cólquide; pronto el cadáver empezaría a apestar ofensivamente y a producir serpientes o genios. Frontis le dijo a Jasón:

—Las corrientes que van hacia oriente por la costa sur del mar Negro y que te favorecieron en tu viaje de ida, continúan en dirección norte siguiendo las montañas del Cáucaso; y la primera extensión de tierra firme fuera del territorio colquídeo, donde podrás enterrar a tu infortunado camarada sin ser molestado, se encuentra en esta dirección, a un día de navegación del puerto de Fasis. Me refiero a Antenios, un poblado de los apsileos, que tratan con hospitalidad a todos los extranjeros. Yo propongo que cuando salgamos de este río pongamos rumbo hacia el norte en vez de hacia el sur, a menos que tengamos el viento en contra nuestra.

Tengo crédito entre los mercaderes de Antenios y allí podríamos llenar nuestras vasijas con agua fresca.

Jasón repitió esta sugerencia y preguntó si alguien se oponía a ella.

Nadie respondió. Por lo tanto, dijo:

—¡Pues que sea Antenios, a no ser que los vientos digan lo contrario!

Augías de Elide preguntó:

—¿Por qué no continuamos en dirección norte y circunnavegamos el mar Negro, evitando de este modo la corriente contraria de la costa sur?

Podríamos aprovechar las poderosas corrientes que, según el rey Fineo, vierten los grandes ríos del norte en esta estación. De este modo engañaríamos a nuestros perseguidores.

—Ah, ¿por qué no lo hacemos? —preguntaron muchos de los argonautas.

Los hijos de Frixo declararon que esa ruta era impracticable. Dijeron que los habitantes de la costa cáucasa, hasta más de quinientas millas al norte de Antenios, eran hostiles, traicioneros y pobres. Si los vientos contrarios entorpecieran la marcha del Argo y las provisiones escasearan en aquella costa inhóspita, resultaría imposible volver a abastecerse.

Además, allí donde terminaba la cordillera del Cáucaso empezaba el reino de Táuride; incluso con Medea a bordo sería tan peligroso aventurarse en aquellas tierras en busca de agua o comida como comer habas en una cuchara ardiendo al rojo vivo.

Los tres hermanos de Sinope apoyaron dicha opinión. Jasón la acepto diciendo:

—Más vale afrontar los riesgos que ya hemos superado una vez que tentar a los dioses por correr otros nuevos.

Siguieron navegando río abajo, siempre quedando atrás del escuadrón al que se habían unido, y la noche del segundo día —pues el río fluía con una corriente muy fuerte— llegaron a la desembocadura del río y al puerto de Fasis sin que les dieran el alto. Desde allí remaron en dirección sur, siguiendo al escuadrón colquídeo, pero sólo durante un corto trecho. En cuanto se hizo de noche, izaron la vela oscura y empezaron a navegar rumbo al norte, aprovechando una brisa del sudeste. Mientras se alejaban dieron un convenido grito de desesperación, como si la nave hubiese chocado con alguna roca sumergida, para engañar a los colquídeos que dejaban atrás.

A la mañana siguiente el sol se levantó resplandeciente por encima de las cumbres orientales, iluminando un mar solitario en el que sólo navegaba el Argo. Jasón, que había estaba haciendo guardia con Meleagro, despertó a sus compañeros y sacó jubilosamente el vellocino de la arqueta bajo el asiento del timonel. Lo alzó para que todos pudieran verlo y dijo:

—¡Mirad, argonautas, el magnífico tesoro que hemos conseguido y a costa de qué poca sangre! Gracias a él nuestros hombres serán para siempre famosos en todos los salones reales de Grecia, en los populosos campos de los bárbaros e incluso entre los sabios egipcios cuyas pirámides de blancas y lisas paredes perforan el cielo por encima de las aguas del Nilo. Del mismo modo que tanto nos han favorecido los dioses inmortales en nuestro viaje de ida, a saber, Zeus, Poseidón, Apolo, Atenea y Artemisa, y en nuestras hazañas cuando estuvimos en Ea, también ahora podemos esperar que allanen nuestro camino de regreso. Para ellos el Argo tiene ahora más valor que nunca, pues es el depositario de la más sagrada de todas las reliquias, el vellocino de Zeus Lafistio.

Inmediatamente Ergino, un hombre a quien la desgracia había enseñado a evitar las palabras vanidosas y de mal agüero, se levantó y dijo en tono de desaprobación:

—Realmente es una gran hazaña, Jasón, que un pastor escale los altos riscos que se elevan sobre su hogar en el valle para rescatar del nido del águila a un corderito

robado; pero cuando el águila hembra se cierne, chillando sobre su cabeza, a punto de calarse sobre él —mientras él desciende penosamente

, con el cordero metido en un zurrón sobre sus espaldas, por el falso terreno del precipicio que no se olvide del peligro, ni se imagine que ya está de nuevo en casa, junto a los burbujeantes calderos negros de su hogar. Esconde el reluciente vellocino, insensato Jasón, no vaya a ser que despiertes la envidia de alguna deidad, y no volvamos a contemplarlo hasta que hayamos escuchado el dulce silbido de nuestra quilla cuando se deslice sobre la arenosa playa de Págasas en Ptiótide. Pues yo temo los celos de una gran deidad, la Gran Diosa, que hace mucho tiempo arrebató el vellocino de la imagen de roble, y cuyo tremendo nombre aún no has mencionado. Por lo tanto, deja que Orfeo nos guíe con humildes plegarias a la diosa; o, mejor aún, supliquémosle a Medea, la de los tobillos perfectos, que lo haga. Medea es una sacerdotisa amada por la diosa, y de no haber sido por ella nos habría sido tan fácil ver el vellocino como recoger aceitunas maduras de los olivos en flor. Recordad, devotos compañeros, que ésta es una estación desafortunada, cuando en Grecia nos tiznamos y arrojamos al río o al mar a nuestras víctimas propiciatorias, tapándonos los oídos para no oír sus gritos, y barremos nuestros santuarios con escobas de espino, y hacemos los preparativos para el banquete de los Primeros Frutos. Aún no ha llegado la hora del regocijo, necio hijo de Esón.

Avergonzado, Jasón volvió a guardar el vellocino; entretanto Medea se levantó de su asiento en la proa, y, alzando la vista, extendió sus manos abiertas y rezó:

—Madre y Ninfa y Virgen, Triple Reina, señora de la Luna Ámbar; tú, que por tu soberanía sobre el cielo, la tierra y el mar te vuelves a triplicar; tú, de cuya trinidad infernal la sacerdotisa de Brimo, mi querida hermana Calciope, me nombró a mí sacerdotisa al morir: escúchame y perdóname.

—Yo no vine voluntariamente a bordo de este navío de mejillas pintadas de bermellón, ni robé voluntariamente el vellocino de oro a la serpiente que lo guardaba para ti, ni desobedecí voluntariamente a mi padre. Tú misma, omnipotente diosa, me impulsaste a esta locura; no sé por qué razón.

—Yo te obedezco a ti, a ti sólo, la que danzas sobre los cráneos; desprecio a la familia de advenedizos olímpicos. Basta que tú me lo digas y con el poder que me has concedido hundiré el orgulloso Argo —tripulación, cargamento, rama parlante, todo en las aguas oscuras y sin vida del fondo del mar. Basta que tú me lo digas, y hundiré este puñal en mi pecho o en el del rubio Jasón a quien me has impulsado a amar más allá de los límites de la razón. ¡Basta que tú me lo digas, reina de Cara de Pájaro!

—Me has advertido, por el tumulto que hay en mi corazón, que la elección que he hecho tal vez me traiga poca paz; que el gran amor por Jasón al que he sucumbido, aunque crepita como el fuego en un macizo de espinos, tal vez muera de pronto convertido en blancas cenizas; que tal vez Prometeo intente vengarse de mí. Yo no te

exijo nada por mis derechos, te sirvo con fidelidad y te adoro sin esperanzas. Pero te lo ruego, haz que esta nave, y con ella el infausto vellocino, regrese felizmente a Grecia; y concédeme que sea la reina de Éfira, y que Jasón sea rey a mi lado, al menos tantos años como los que te fui fiel a ti en la hermosa Ea.

Medea terminó su rezo y todos esperaron sentados que llegara alguna señal. Al poco rato se oyeron tres grandes truenos que retumbaron entre las nevadas montañas. Medea volvió a sentarse dando un gran suspiro de alivio.

Cástor fue el primero en romper el silencio que siguió. Le preguntó a Pólux:

—¿No es extraño, hermano, que nuestro padre Zeus haya tronado en este preciso momento?

Medea replicó desdeñosamente en un griego vacilante:

—La diosa hacía retumbar los truenos en las montañas de Creta y del Cáucaso cuando Zeus no era más que un niño en la cueva del monte Dicte; ¡con qué avidez mamaba de la vieja cerda, la nodriza que los Dáctilos le buscaron! Y cuando el nombre de su hijo se haya olvidado entre los hombres, ella sin duda continuará haciendo retumbar los truenos en aquellas mismas montañas.

Nadie se atrevió a contradecirla.

Pasaron ante los bosques pantanosos situados al norte de Cólquide y al mediodía llegaron a una bahía ancha con altas montañas al fondo. En el centro había un barranco, estrecho y profundo, con precipicios a ambos lados, y detrás, en la lejanía, vieron una montaña nevada en forma de silla de montar que se decía servía de asiento a la diosa Comedora de Hombres a la cual veneraban los apsileos. La encalada ciudad de Antenios (desde entonces llamada Dioscuria) podía verse desde varias millas de distancia. Este lugar era el más sagrado de todo el Cáucaso. La diosa Comedora de Hombres disponía que ningún hombre, so pena de muerte, cruzase armado las amplias y floridas praderas entre las montañas y el mar, ni siquiera que cogiese una piedra para arrojarla a una comadreja; por esta razón al menos setenta tribus hicieron de este lugar su punto de reunión para el intercambio de mercaderías, el arreglo de las disputas y el cierre de los tratados.

Jasón dejó el Argo varado en una lengua baja de costa arenosa, pero no desembarcó, ni permitió que lo hiciera ninguno de sus compañeros, exceptuando los cuatro hijos de Frixo, a quienes ordenó que bajo ningún concepto dejasen saber a los apsileos que el Argo era una nave griega. Bajaron, trepando por la escalera en silencio, y se marcharon, llevando entre todos el cadáver de Ifito. Cuando regresaron, al anochecer, informaron que primero habían ido a presentar sus respetos a la gobernadora de la ciudad y le habían pedido permiso para celebrar el funeral, con todos los ritos colquídeos, de un camarada que había muerto, según dijeron, al caerse un árbol podrido sobre su barco cuando estaban anclados en un remanso del Fasis. La gobernadora se negó, tal como imaginaban que haría, pues en los funerales de los

apsileos la sepultura se hace en urnas y estas gentes aborrecen los cementerios de árboles de Cólquide. Después de simular insistencia, Melas había dicho:

—Bueno, señora Intachable, no tiene importancia. Nuestro camarada era hijo de un griego. Permítenos enterrarlo de acuerdo con los ritos griegos.

Ella había respondido:

—¡Claro que sí! Si no conocéis estos ritos hay un mercader griego llamado Crío que vive cerca del malecón y que sin duda os asistirá.

Crío era un focense a quien, hacía muchos años, los troyanos habían salvado de un naufragio cerca de la isla de Imbros; pero luego lo vendieron como esclavo en Antenios. Allí pronto logró comprar su libertad, pues era pintor y alfarero de talento poco común. Cuando los hijos de Frixo le revelaron que Ifito también era focense, Crío se comprometió a elevar un santuario de piedra sobre su túmulo y a decorar las paredes con dibujos pintados con tierras de colores. Así pues, sin más demora, colocaron el cuerpo sobre una pira y bailaron armados a su alrededor; luego amontonaron tierra encima de los huesos calcinados formando un túmulo, vertieron ofrendas de bebidas, se arrancaron mechones de cabello, sacrificaron un cerdo, y se marcharon.

Eufemo el nadador había nacido en Fócide y había aprendido el arte de la natación de los hombres-foca de aquel país. Recordaba bien a Crío y le pidió encarecidamente a Jasón que dejara que los hijos de Frixo regresaran para buscarlo y lo trajeran al Argo, pues Crío les había contado cuánto ansiaba volver a contemplar su patria. Jasón se negó, diciendo que había venido a Antenios con un solo propósito, darle sepultura a Ifito, y que no se podía permitir ningún retraso; además, si se llevaban a Crío consigo, nunca llegaría a construirse la tumba de Ifito.

—Cierto —dijo Peleo el mirmidón y puesto que Crío no sabe que nos dirigimos de nuevo a Grecia, no le entristecerá que hayamos zarpado sin él.

De modo que Crío se quedó atrás. No obstante, siguiendo el consejo de Argo, Jasón envió a Frontis y a sus hermanos de nuevo a la ciudad para comprar provisiones de carne seca, pescado seco, aceite de delfín y pan de higos, ofreciendo como pago ciertos adornos y joyas que Medea había traído consigo. Dichas provisiones, suficientes para todo un mes de navegación si se sumaban a las que ya había a bordo, llegaron al navío en carros tirados por bueyes. Cuando Argo, cumpliendo órdenes de Jasón, fue a estibarlos en un lugar seguro, vio que no podía hacerlo porque todas las arquetas ya estaban llenas de regalos y trofeos. Por lo tanto lo dividió todo en partes iguales y lo repartió entre la tripulación diciendo:

—Aquí hay provisiones suficientes para un mes, camaradas; disponed de ellas como mejor os convenga, pero aseguraos de que nada se estropee con el sol o con el agua de mar. Si volvemos a encontrarnos con los colquídeos, y mucho me temo que así será, y vemos que han incrementado la fuerza de su flota, podríamos vernos

obligados a navegar mar adentro, sin esperanzas de volver a abastecer nuestro hermoso navío en mucho tiempo. Por mi parte poco me importa si los ricos presentes que me dieron el rey Lico y los mariandinos llegan felizmente a Atenas, ni los regalos del rey ciego Fineo, ni los despojos que cogí cuando saqueamos el palacio del rey Amico el bébrice, mientras llegue a casa con toda mi piel, la barriga llena, y con el vellocino.

Una vez más se hicieron a la mar, haciendo antes una parada en la desembocadura del río Antenio para llenar de agua las vasijas. Peucón, el capitán colquídeo, suplicó que le dejaran desembarcar, pero Jasón no se lo permitió, pues pensó que todavía podría serles útil. Como el viento del sudeste aún soplaba con fuerza, el viejo navegante, Nauplio, puso rumbo al oeste; y el Argo navegó con valentía, cruzando el golfo Oriental, y perdiendo de vista la tierra.

36. LA PERSECUCIÓN

Diez días más tarde, un escuadrón de quince naves, mandadas por Aras, el gran almirante colquídeo, llegó a la Playa Larga impulsado por un viento del nordeste. En este mismo lugar los tesalios habían bailado sus danzas de espadas y Atalanta había salido con Meleagro a cazar gacelas. Allí Aras encontró no sólo el escuadrón de tres galeras, bajo el mando de Apsirto sino además, y también capitaneados por Apsirto, las tres naves supervivientes del segundo escuadrón enviado por Eetes.

En cuanto Aras pisó tierra se postró ante Apsirto, aclamándole rey de Cólquide y comunicándole, con los ojos llenos de lágrimas, que el viejo Eetes había muerto, en un estado de angustia insoportable, a causa de la herida infligida por Atalanta. También le informó que Perses, el hermano de la reina, se había proclamado regente de Cólquide en ausencia de Apsirto; que él y Estiro habían hecho las paces; y que cuando Estiro le había preguntado, algo impaciente: «¿Cuándo voy a casarme con la princesa Medea?», Perses, con la aprobación del consejo de estado, le había prometido que si no conseguían hacer volver a Medea antes de que acabara el verano, tendría permiso para cortejar a Neera en su lugar.

Apsirto sintió mucha pena por la muerte de su padre, pero sintió aún más pena de sí mismo. Había confiado en poderse casar con Neera, pues entre los colquídeos está permitido el matrimonio entre tío y sobrina, siempre que no haya consanguinidad por línea materna. Ahora sabía que, a no ser que pudiera hacer regresar a Medea antes de que terminara el verano, se vería envuelto en una guerra contra Estiro. No tenía intención alguna de cederle a Neera, a pesar de cuantas promesas le hubiera hecho Perses, porque a la muerte de Eetes, Neera heredaba la región fronteriza que había pertenecido a su abuela materna, y le horrorizaba pensar que la pudieran ocupar los albaneses.

Le peguntó a Aras con impaciencia:

—¿Qué noticias hay del navío griego?

Aras respondió:

—Ninguna, majestad.

A ambos les pareció improbable que el Argo navegara por delante de ellos en aquella costa, pues cada uno de los escuadrones había vigilado atentamente todo el día y la luna había brillado en un cielo claro cada noche y los nativos a los que habían interrogado no habían visto ninguna embarcación desde que el Argo había pasado por allí en su viaje de ida. Como era evidente que Jasón se había arriesgado a navegar por el mar Negro en dirección opuesta. Apsirto decidió que la flota colquídea debía dirigirse a toda velocidad hacia el Bósforo y allí cerrarle el paso; pues la ruta sur desde Cólquide al Bósforo es mucho más corta que la ruta norte, a pesar de las

corrientes y de los vientos desfavorables.

Mientras estaban tomando esta decisión, el Argo se acercaba velozmente hacia ellos, impelido por el viento, dirigiéndose a la desembocadura del río Halis. Cuando todavía se hallaban a gran distancia, Linceo le dijo a Jasón:

—Nuestros enemigos colquídeos, toda una flota de dieciséis naves, están descansando en la Playa Larga. Veo sus blancos gallardetes ondeando sobre la curva del mar, pero aún no puedo distinguir sus cascos.

Jasón estaba en un dilema. El Argo tenía suficientes provisiones pero el agua de las vasijas olía muy mal y varios de los argonautas, entre ellos Orfeo y Equión, ya estaban enfermos de disentería; y todos los demás estaban irritables y de mal humor. Pues el sol era muy fuerte, más de lo normal en aquella época del año. Habían contado con poder llenar sus vasijas con el agua dulce del Halis y también con volver a probar la carne asada, si la caza era afortunada, y poderse tumbar sobre la hierba bajo la sombra de los árboles. Jasón no sabía qué decidir: si cambiar el rumbo y volver a las solitarias extensiones borrascosas de alta mar, o esperar a que cayera la noche y entrar entonces en la desembocadura del Halis, para hacerse de nuevo a la mar en cuanto tuviera las vasijas llenas de agua buena. Quería someter la cuestión a votación, pero los argonautas no querían votar sin antes haber debatido el asunto detenidamente; y mientras discutían entre ellos, con insultos y descontento, el Argo se iba acercando cada vez más a la costa.

Al poco rato, el vigía colquídeo avistó el Argo desde la colina, y Dictis el vicealmirante, después de subir al puesto de observación para hacerle señales de humo, volvió a bajar y al llegar a la playa informó a Aras:

—Es uno de los nuestros. He podido distinguir el Caballo Blanco y el gallardete blanco. Pero ¿por qué no responde a nuestras señales?

Aras también subió a la colina y estudió detenidamente el Argo. Le dijo a Apsirto, que venía detrás de él:

—El gallardete y el mascarón de proa son colquídeos, pero, majestad, fijaos en el adorno curvado de la popa. Ninguna nave colquídea ha llevado jamás un adorno con esta forma. Es el barco pirata de los griegos disfrazado, pues yo mismo me fijé en su adorno de popa curvado y lo admiré mucho. Se está dirigiendo al río Halis. Probablemente los griegos necesitan agua fresca. No son tan fuertes como nosotros y preferirían morir de sed antes que beber agua podrida o salobre.

Apsirto dio la orden:

—¡Todas las naves a la mar! Al capitán que primero alcance el Argo le daré su peso en oro, un par de pendientes de jade para su esposa o hija, y un sonoro gong de plata.

Pero cuando por fin los colquídeos volvieron a hacerse a la mar, remando contra una fuerte brisa, el Argo ya había doblado el promontorio situado al oeste y se había

perdido de vista.

Faltaban cinco horas para que anocheciese y los colquídeos esperaban poder dar alcance al Argo, cuya construcción era más pesada que la de cualquiera de sus barcos y navegaba a menos velocidad tanto con los remos como con las velas. Pero los argonautas, en cuanto vieron que las vanguardias enemigas doblaban el promontorio tras ellos y se dieron cuenta de que les estaban persiguiendo, sacaron los remos y todos los que no estaban incapacitados por enfermedad empezaron a bogar vigorosamente. Mantuvieron la distancia hasta que empezó a caer la noche, pero sin esperanzas de doblar el cabo Lepte, que quedaba al noroeste, pues el viento seguía soplando del nordeste y ya se encontraban agotados de tanto remar.

Autólico dijo:

—Volvemos a hallarnos en territorio paflagonio. ¿Qué decís? ¿Dejamos nuestro barco varado entre amigos en los que podemos confiar, para así desembarcar y regresar a Grecia por tierra?

Argo exclamó, indignado:

—¿Qué? ¿Dejar atrás el Argo con la rama parlante de Zeus que está fijada en la proa? Los argonautas hemos jurado con sangre no abandonarnos unos a otros ni abandonar jamás el Argo.

Y Augías preguntó:

—¿Qué? ¿Una marcha de tres meses de duración entre tribus hostiles para caer finalmente en manos de nuestros enemigos, los troyanos?

Medea dijo también:

—Por mi parte, no estoy acostumbrada a caminar. Mis tiernos pies acabarían destrozados por las rocas y los espinos antes de la noche del segundo día.

Autólico respondió:

—Sin embargo, frente a tantos peligros, te aconsejamos que elijas el menor de ellos.

Peleo dijo con decisión:

—Saltemos a tierra donde haya agua, no me importa el lugar, limpiemos bien nuestras vasijas, llenémoslas de nuevo con agua fresca y veamos qué consuelo nos ofrecen los dioses cuando hayamos terminado.

Así pues, se detuvieron en el río Carusan, que se encuentra en el centro del golfo, entre Sinope y el Halis, y allí limpiaron y volvieron a llenar apresuradamente las jarras de agua. Pero Medea se adentró en los oscuros bosques que se extendían hasta la orilla del mar, para recoger ramas de enebro y las hojas aromáticas de una pequeña planta sin nombre, que sirven para curar las disentería. Pronto encontró lo que necesitaba, guiándose por el olfato, y regresó a la nave.

Una vez estibadas las vasijas, Peleo preguntó:

—¿No oís un murmullo que viene de la proa?

Mopso fue a escuchar y les informó:

—La rama de Zeus habla de nuevo. Dice «¡A la mar, argonautas! ¡A la mar! ¡Traed el vellocino a mi carnero sin demora!».

Pero Idas se burló:

—¿Para qué querrá el viejo carnero una cubierta tan caliente en pleno verano? Ahora es la época de la esquila.

Medea rió con ganas y Jasón se enojó con ella, pero no se atrevió a reprenderla por miedo al mal de ojo.

Arriaron las velas y volvieron a hacerse a la mar utilizando los remos, aunque estaban muy cansados, y lucharon contra la fuerza del viento que soplaba de través. Resollaban, sudaban y tiraban, como bueyes de arar cuando el campo está arcilloso y el labrador emplea un aguijón afilado: clavan profundamente sus pezuñas en el suelo y uncidos por el yugo, ponen en blanco sus ojos inyectados de sangre, pero aún así, siguen tirando.

Medea atendió a los enfermos, poniéndoles en la nariz y bajo la lengua las hojas enrolladas de la planta sin nombre. Luego se puso en pie en la popa y la luna iluminó su pálida cara y su cabello amarillo. Levantó la mano para que todos prestaran atención, hizo una mueca gorgónea y ordenó que cada hombre guardara su remo, se tapara los oídos con los dedos y apoyara la cabeza en las rodillas. Entonces llamó a Atalanta para que la asistiera.

Atalanta se acercó de buen grado, pues aunque en el fondo de su corazón odiaba a Medea por haberse enamorado de Jasón y haber cometido un robo contra Prometeo por su culpa, sabía que ahora sólo Medea podía salvar el Argo del poder de los colquídeos. Medea y Atalanta rociaron juntas la nave con ramitas de enebro remojadas en agua fresca.

Atalanta entonces vendó los ojos y tapó los oídos de los enfermos, y después Medea elevó una plegaria en lengua colquídea que Atalanta no entendió, realizando al mismo tiempo unos intrincados movimientos con los dedos. Entonces, entre las dos, izaron la vela y sujetaron las escotas al macarrón; juntas chillaban y gritaban como las águilas marinas al jugar.

De pronto la luna quedó tapada por una nube negra y el viento cambió obedientemente y empezó a soplar del sudeste, hinchando la vela y empujando la nave, mientras los hombres seguían sentados y mudos, con las cabezas sobre las rodillas. Atalanta tomó el timón y Medea permaneció en pie en la proa. Ante ellos, en la penumbra, se podían vislumbrar las oscuras formas de dos naves colquídeas. Pues el escuadrón que iba a la cabeza de la flota enemiga, en lugar de perseguir el Argo hasta el río, había cruzado el golfo para cortarle la retirada y lo había perdido de vista en la oscuridad. Medea le preguntó a Atalanta:

—¿Está construido sólidamente el Argo?

—Ya lo creo —respondió Atalanta.

—Pon el timón un poco a babor —dijo Medea—. ¡Un poco más! Buscó la pértiga del navío y la sujetó entre las manos, dispuesta a usarla. Se oyó un estruendo y un desgarramiento de maderas cuando la proa del Argo embistió contra el lado de babor de la nave colquídea más cercana. Los argonautas fueron arrojados hacia adelante, cayendo en un montón, y cuando luchaban por levantarse, olvidando que tenían que seguir tapándose los oídos, Atalanta se rió de ellos y exclamó:

—¡Qué lástima, camaradas, hemos chocado! ¡Hemos chocado contra una roca de madera!

Medea ya había impulsado el Argo, alejándolo de la nave colquídea que ya se estaba hundiendo en las aguas detrás de ellos y casi se había perdido de vista. La tripulación gritaba pidiendo auxilio:

—¡Socorro, nos estamos ahogando! ¡Socorro!

Medea le dijo a Jasón con calma:

—La otra nave irá en su ayuda. Sigamos adelante.

Así pues, pudieron escapar felizmente con el agua recogida en el río Carusan y después de pasar, viento en popa, por Sinope, doblaron el cabo Lepte. Pero parte de la flota colquídea iba por delante de ellos a una distancia de media milla, con linternas que brillaban en las popas. Al verlo, los argonautas cambiaron de rumbo y se dirigieron mar adentro hacia el noroeste, esperando que con la ayuda de los vientos y de las corrientes, y por su propio esfuerzo con los remos, podrían alcanzar el Bósforo antes que los colquídeos, aunque la bordada fuera más larga.

A la mañana siguiente, cuando ya se encontraban muy lejos de la costa y no se divisaba ni una sola vela, Jasón reunió un consejo de guerra. Había aprendido a no ser el primero en hablar, así que le pidió consejo primero a Argo, luego a Frontis, hijo de Frixo, luego al viejo Nauplio, luego a Autólico el de Sinope y por último a Medea. Equión, el heraldo, que se había disgustado mucho con la demostración de malos modales durante la controversia de la tarde anterior, se encargó de dirigir el acto con su bastón curvado, pues ya se había repuesto de la disentería. Argo dijo:

—Solamente existe una salida del mar Negro, a saber, el Bósforo. Dirijámonos allí lo antes posible, guardando siempre una distancia de unas treinta millas, más o menos, de la costa, hasta el último día. Entonces, si encontramos la flota colquídea reunida allí para guardar la entrada, sigamos adelante con audacia. Yo os garantizo que los tablones rotos de la nave a la que embestimos anoche bastarán como advertencia para nuestros enemigos. Cada una de las naves se irá desviando a nuestro paso y podremos pasar entre ellas sin dificultad.

Frontis, hijo de Frixo, dijo:

—Los colquídeos no son tan cobardes como supones, Argo. Y si el viento es contrario o si no hay viento alguno, muchas naves se congregarán a nuestro alrededor

y quedaremos atrapados. Nos abordarán por ambos lados a la vez y por mucho valor que pongamos en la lucha, al final nos derrotarán.

El viejo Nauplio dijo con aire pensativo:

—He oído decir que el Bósforo no es, ni mucho menos, la única salida que tiene el mar Negro. Podemos elegir al menos entre otras tres. Podemos remontar el Fasis hasta llegar al río Ciro, y del Ciro pasar al mar Caspio, y del mar Caspio al amarillo río Oxo que desemboca por fin en el impetuoso Océano, el que rodea nuestro mundo hemisférico con su corriente azul; y de allí podemos regresar a casa por el Nilo de Egipto, que también vierte sus aguas en el Océano…

Autólico se río:

—Por desgracia, Nauplio —le dijo—, te han informado mal. Para pasar del Fasis al río Ciro, habría que empujar el Argo sobre rodillos por senderos escabrosos durante un trecho tan largo como el que tardaría cuatro días en recorrer una recua de mulas. Además, el amarillo Oxo no se acerca en ningún punto ni a mil millas del Océano.

El viejo Nauplio dijo:

—No me lo creo. Estás repitiendo, sin duda con buena intención, una historia que hace mucho tiempo inventaron los colquídeos con la esperanza de disuadir a los griegos de sus empresas marítimas. Pero dejémoslo estar, pues ninguno de nosotros quiere regresar a casa por el camino del Fasis simplemente para demostrar que eres un mentiroso. La segunda ruta es por el Don, el gran río que penetra en el mar de Azov, cerca del territorio de los reales escitas. Podríamos remontar el río, que es muy ancho, durante cien días, hasta que por fin llegáramos al mar Blanco, o mar Cronio, que está completamente helado durante nueve meses al año, y…

—No, no —exclamó Jasón—, eso no serviría de nada. ¿Cuál es la tercera ruta?

A Nauplio no le gustaba que le interrumpieran y, con el consentimiento de Equión, continuó con su descripción del mar Blanco y contó que lo rondan las brujas, y que hay una noche que dura seis meses, hasta que todo el mundo se rió de él. Por fin habló de la tercera ruta, que recomendó como la más práctica de todas para el transporte del vellocino. Se trataba de navegar por el tranquilo Danubio, por el que se puede viajar durante treinta días antes de llegar a su confluencia con el poderoso Save, que en aquel punto es fácilmente navegable.

—El Save nos hará correr hasta su desembocadura en el extremo norte del mar Adriático en diez días —declaró— y desde allí el golfo de Corinto está sólo a siete días de navegación; si el tiempo es bueno.

Autólico lo contradijo moderadamente:

—No, Nauplio, eso tampoco serviría de nada. En una ocasión los troyanos remontaron el Danubio en busca de ámbar hasta donde resultó ser navegable; pero al cabo de veinte días sólo llegaron a las Riertas de Hierro, unos desfiladeros rocosos

con rápidos que son insuperables para cualquier embarcación.

—No me lo creo —volvió a decir Nauplio—. Los troyanos son embusteros de nacimiento.

Entonces Medea se puso a hablar en un tono de autoridad:

—Autólico tiene razón al declarar que el Argo no puede navegar de un mar a otro por las aguas del Danubio o del Save. Pues el Save no vierte sus aguas en el mar Adriático; nace en los Alpes y fluye hacia el este hasta llegar al Danubio. Sin embargo, Nauplio tiene razón al proponer esta ruta como la más segura para el transporte del vellocino. Jasón y yo iremos en canoa y sobre mulas, llevando con nosotros el vellocino. Y que el Argo regrese por el Bósforo. Idas se río.

¡Ja, ja, señora! Eres realmente una mujer. Quieres ponerte a salvo con tu amante y tus joyas y el vellocino, y dejarnos a nosotros a merced de los troyanos y de los colquídeos.

Equión señaló a Idas con su bastón y solemnemente le impuso silencio. Pero Medea no necesitaba la ayuda de ningún heraldo. Respondió lanzando una mirada de un verde tan intenso que Idas se cubrió la cabeza con la capa y con los dedos hizo la señal fálica para alejar su maldición: Ella dijo:

—No demuestres ser un infeliz y un desagradecido, Idas. Si Jasón y yo nos quedamos en el Argo con el vellocino, mis compatriotas os matarán a todos sin clemencia, pues no cabe duda de que al final os alcanzarán. De veras, os aconsejo que os deshagáis de nosotros y que naveguéis cuanto antes hacia Salmidesos, en la costa entre el Danubio y el Bósforo, y os pongáis bajo la protección del rey Fineo de Tinia. Los colquídeos no se atreverán a ofenderlo, porque saben que puede cerrar el Bósforo para su comercio con Troya. Por lo tanto Calais y Zetes, sus hijastros, son vuestros salvoconductos con los que llegaréis a lugar seguro, mientras que Jasón, yo y el vellocino somos la garantía de una muerte cruel. El viaje que yo propongo hacer será muy duro para una mujer de tan delicada crianza como la mía, y, sin embargo, no me queda más remedio que hacerlo, por el bien de todos. Puedo disponer de la ayuda de aquel rey escita cuya hija se casó con el rey Fineo; es un aliado de mi padre y comercia con él, entregándole ámbar y pieles a cambio del cáñamo y del lino de Cólquide, y de otros bienes. Tampoco tengo intención de robaros la gloria de llevar el vellocino a Yolco. Cuento con que vosotros circunnaveguéis toda Grecia para venir a buscarnos al lugar al que llevaremos el vellocino: a la ciudad de la isla de Eea, en el extremo norte del Adriático, donde gobierna la hermana de mi padre, la reina Circe. Desde Eea todos podremos navegar juntos y a salvo hasta Yolco.

Los argumentos de Medea eran irrebatibles, y como Autólico y sus hermanos, y también Frontis y los suyos, convenían en que podía llegarse a la desembocadura del Danubio en doce días, si el viento era favorable, Jasón dio la orden:

—¡Que así sea!

Melas, hijo de Frixo, había hecho este mismo viaje dos años antes, y sabía qué rumbo tomar, guiándose de día por el sol y de noche por la estrella polar. La dirección exacta era hacia el noroeste, pero había que contar con las corrientes de sudoeste que en esa época del año tenían su fuerza máxima. Jasón le confió el timón.

Una brillante luz apareció en el cielo, hacia el noroeste, como un fuego, y todos lo interpretaron como la señal de que la Triple Diosa aprobaba sus decisiones.

37. EL ARGO CAE EN LA TRAMPA

Díez días más tarde, cuando los argonautas volvieron a tocar tierra, fue en un islote que no tendría más de una mula de circunferencia, con una línea continua de acantilados bajos y cortados a pico. Melas se puso muy contento y dijo:

—Allí está Leuce; es la isla más grande del mar Negro, si no contamos los bancos fangosos y cubiertos de juncos que hay en las desembocaduras de los ríos. Mantenemos el rumbo exacto y sólo faltan veinte millas para llegar a la principal desembocadura septentrional del Danubio.

Por sus cálculos sabían que ésta era la mañana del solsticio de verano. Entonces Augías de Elide dijo:

—Soy un sacerdote del Sol y éste es mi día sagrado. Tengo que desembarcar para dedicarle sacrificios sobrios a la gran luminaria.

Los hijos de Frixo, que también eran devotos del Sol, dijeron:

—Nosotros iremos contigo.

Al principio, Jasón se opuso. Estaba de un humor pendenciero y quería demostrarle a Medea que él era el capitán de los argonautas no solamente de nombre. Pero por otra parte ansiaba respirar el perfume de las flores y de las hojas y volver a poner sus pies en tierra firme. El viento del sudeste que los había llevado a alta mar había sido muy violento, y al soplar de lado contra las grandes masas de agua que se precipitaban hacia el Bósforo, había picado el mar, levantando aquellas olas impetuosas que tanto molestaban a los marineros: pues el mar hierve como un caldero. Afortunadamente este viento había cesado al cabo de dos días, y en su lugar habían soplado vientos más suaves del este y del sur; pero durante un día entero se habían tenido que poner al pairo y para prevenirse contra el naufragio habían tenido que colgar unas bolsas de aceite por la proa que poco a poco iban rezumando aceite de delfín, rompiendo de este modo la fuerza de las olas. Y cuando Atalanta dijo:

«Estoy segura de que habrá caza en aquellos bosques. ¿A quién no le gusta un buen pedazo de cabra o de venado asado?», Jasón cedió. Estaba harto de carnes secas y de la caballa cruda que pescaban a la cacea. Dijo:

—Muy bien, camaradas. Desembarquemos, pero no por mucho tiempo. No es momento de demoras. Podría ser que los colquídeos aún nos estuvieran persiguiendo de cerca.

Atracaron el Argo en el extremo sur de la isla, donde la playa invitaba más a desembarcar. Como la brisa era muy suave, Jasón no se molestó en arriar la vela, o tal vez se olvidó de dar la orden; fuera por lo que fuese, la vela permaneció izada todo el día. Cuando pisaron tierra les parecía que se movía bajo sus pies; habían estado tanto tiempo en el mar que sus cuerpos se habían habituado al movimiento de las olas.

Aquel día resultó ser el más agradable de todo el viaje. Primero encendieron un fuego con madera de deriva, sólo por el placer de ver subir las llamas y oír el crujido de los leños; y mientras Argo vigilaba, mirando hacia el mar, y se distraía tirando piedrecitas contra un blanco, todos, excepto Medea, se fueron con sus armas a batir el bosque en busca de caza.

Recorrieron toda la isla, separándose unos quince pasos unos de otros, y riendo como niños y acercándose luego cada vez más al aproximarse al terreno en forma de punta del otro extremo de la isla. Los animales huían al verlos, y para ser una isla tan pequeña estaba maravillosamente poblada. Había tres liebres (además de otras dos que volvieron sobre sus pasos y escaparon) y una manada de ciervos compuesta de un macho grande, dos gamos, tres hembras y tres cervatillos.

A las liebres les dieron un golpe en la cabeza con un palo; a los gamos y a una de las hembras, que era estéril, los mataron con jabalinas. Pero perdonaron a las otras dos hembras y a sus cervatillos, porque eran totalmente blancos y parecían animales sagrados. También perdonaron al ciervo porque las astas se le habían manchado de sangre y le abrieron paso para que pudiera huir, acompañado de las hembras y de los cervatillos. En la isla había muchas serpientes; a éstas también las acorralaron obligándolas a dirigirse a aquel mismo lugar, pero una vez allí desaparecieron en un hoyo que había en el suelo.

Las liebres y los ciervos fueron sacrificados a Apolo, dios de los Desembarcos, y mientras la carne se asaba, difundiendo un apetitoso olor, Augías y los hijos de Frixo recorrieron la isla en busca de un panal de miel para ofrecerle al Sol a mediodía. No tardaron en encontrar un enjambre en el hueco de un árbol y llamaron a Butes para que sacara la miel, tarea que éste realizó gustosamente con la ayuda de humo y de un hacha; y después de apartar una porción circular para ofrecerla al Sol, quedaron aún dos puñados para cada uno de los argonautas, pues las abejas habían permanecido largo tiempo en aquel árbol sin ser molestadas.

Entonces Augías levantó un altar de piedra en la playa, colocando bayas y bellotas a su alrededor en forma de rayos de sol. Dirigió la danza de la sagrada rueda, girando vertiginosamente alrededor del altar en la misma dirección en que el Sol gira alrededor de la tierra, mientras cantaba un himno de alabanza, al que se unieron todos los argonautas; bailaron tan enérgicamente en aquel calor, que sus frentes enguirnaldadas se perlaron de sudor, mientras en un sombreado macizo, situado detrás de ellos, sonaba el terrible ruido de las bramaderas que hacían girar en honor al Sol.

Una vez sentados ante el otro altar, rendidos por un cansancio venturoso y refrescados por el vino que tomaron mezclado con agua fresca de un manantial, Jasón convocó un consejo. Se decidió que el Argo se dirigiera al río del Hinojo, la desembocadura norte del Danubio, y navegara hasta la colina dominante, más allá de

la puerta del delta, donde el rey escita tenía su corte; allí desembarcarían Jasón, Medea y los hijos de Frixo, llevando consigo el vellocino. Luego el Argo regresaría al mar pasando por la boca Hermosa, el brazo sur del río, haría escala en Salmidesos para obtener la protección del rey Fineo y para reabastecerse, y desde allí continuaría hacia el mar Egeo pasando por el Bósforo y por el Helesponto. Circunnavegarían Grecia y llegarían hasta la parte más septentrional del mar Adriático, donde Jasón y sus compañeros estarían esperando en Eea, la isla de Circe, a que acudieran a buscarlos.

Ascálafo de Orcómeno recordó entonces un oráculo que pronunció ante él en Orcómeno la gran sacerdotisa del santuario de su antepasado Minia. «Tienes que hacer un gran viaje antes de morir, hijo, antes de que desciendas a reunirte conmigo en el mundo subterráneo. Navegarás hasta el extremo Oriente; pero antes de que haya finalizado el verano te encontrarás llamando a la puerta de la casa en que yo nací, la casa de mi padre Crises». Como era bien sabido que Crises había fundado la ciudad de Eea, donde residía ahora Circe, esto era una buena noticia, una garantía de que el Argo llegaría al menos hasta Eea a salvo.

—Sin embargo —dijo Admeto de Feras—, a veces los oráculos engañan, y es mejor que no confiemos en su significado manifiesto.

Ambas partes juraron en nombre de Zeus, comprometiéndose a que el grupo que llegara primero a Eea permanecería allí cincuenta días, si fuera necesario, esperando al otro; pero después de pasados los cincuenta días quedarían libres de la obligación de quedarse. Una vez arreglado este asunto, enjuagaron y llenaron las vasijas en el manantial, lo que resultó ser un trabajo muy pesado. Sólo salía un hilo de agua y no terminaron hasta el anochecer. Por lo tanto, Jasón consintió en dejar que sus compañeros pasaran la noche en la isla, porque era la noche antes de la luna nueva y la luz de las estrellas era insuficiente para guiarlos sin tropiezos hasta la torrencial desembocadura del Danubio.

Entretanto, el rey Apsirto, al observar que el Argo escapaba hacia el noroeste, había dividido su flota en dos flotillas. Una, compuesta de ocho naves, la había puesto bajo el mando de su almirante, Aras, a quien había ordenado que se dirigiera directamente a Troya y allí permaneciera al acecho del Argo; pero si daba con la nave en el mar Negro o en el mar de Mármara, tanto mejor. Tenía que hacer una carnicería con todos los de a bordo, exceptuando a Medea, a los hijos de Frixo, y Calais y Zetes; a éstos debía perdonarlos. Con la otra flotilla de doce naves, que él mismo mandaba, Apsirto navegó rumbo al noroeste en pos del Argo, llevándose consigo a Dictis, el vicealmirante.

El mar Negro tiene una extensión enorme; es un desolado desierto agua. Apsirto, después de perder el Argo de vista casi inmediatamente, navegó hacia la desembocadura del Danubio, donde esperaba alcanzar la nave. Llegó a la boca

Hermosa la misma mañana en que los argonautas desembarcaban en Leuce, y preguntó a los pescadores locales, que eran brigios, si habían visto el Argo o si tenían alguna noticia de él. Los pescadores no pudieron decirle nada, pero más tarde, una de sus propias naves, a la que el viento había desviado de su rumbo impulsándola hacia el norte, llegó con noticias: aquella mañana, más o menos una hora después del amanecer, mientras remaban con gran esfuerzo por la costa, su vigía había avistado una isla a media milla de distancia en dirección oeste. El sol naciente centelleaba sobre un punto blanco en el extremo sur de la isla —una nave varada con la vela aún izada— y vieron también una ligera humareda que se elevaba cerca de allí. El capitán, que reconoció la isla como Leuce, había rectificado su rumbo, dirigiéndose hacia el sudoeste.

Apsirto imaginó que el barco varado debía ser el Argo. Apostó todas sus naves, menos una, en la boca Hermosa, ordenando al capitán de esta nave que se dirigiese, lo más rápido que pudiera, a la desembocadura del norte, la boca del Hinojo, y que pusiera allí dos hombres en tierra: debían permanecer ocultos entre los juncos hasta que apareciera el Argo y hacer que se elevara una columna de humo cuando ya se hubiera adentrado en el río. Apsirto confiaba en que Jasón se dirigiría a la boca del Hinojo o a la Hermosa, pues las desembocaduras menores más al norte no son sino desagües de ríos tortuosos y de poca profundidad. Otros pares de hombres del mismo barco se apostarían en puntos más cercanos a lo largo de la costa del delta para observar las señales de humo y comunicárselas a los demás.

El navío colquídeo partió al momento para cumplir esta misión, y, cuando regresó a medianoche, su capitán informó que los hombres habían sido apostados de dos en dos, cumpliendo las órdenes de Apsirto.

Los argonautas durmieron bien, sin sospechar que se les había tendido una trampa; ni siquiera sabían que los habían visto, pues durante el breve espacio de tiempo en que la proa del navío colquídeo se había perfilado en el horizonte, todos ellos habían estado ocupados con sus pasatiempos y con sus sacrificios.

Pero entretanto Apsirto planeaba, una vez que el Argo hubiera cruzado la barra del Hinojo, enviar una parte de su flotilla a la boca Hermosa para cerrarle el paso en la desembocadura de delta, mientras que el resto navegaría hacia el norte siguiendo la costa, y entrarían todos en el río del Hinojo para bloquear su huida.

Al día siguiente, al amanecer, los argonautas desplegaron su vela, aprovechando una brisa del nordeste, y continuaron su viaje; pronto el agua de mar perdió su color, enturbiada por el fango gris del río. Al acercarse, pasaron ante una montaña de cinco picos, tierra adentro, llamada El Puño. La costa del delta era baja, llana y sin árboles, pero cubierta densamente por juncos. A lo lejos vieron un poblado de toscas cabañas, construidas sobre estacas, y canoas ligeras hechas de madera de sauce recubierta de piel de foca, y colocadas en fila en la costa fangosa. Éste era el pueblo más

importante de los brigios, que se visten con pieles de foca y apestan a aceite de pescado; está situado muy cerca de la boca del Hinojo.

El Argo cruzó la barra, y cuando ya había remontado este brazo del Danubio, que fluía a una velocidad de dos nudos, durante una milla o más, los argonautas vieron una alta columna de humo que se elevaba en el margen derecho, por detrás de ellos, pero no prestaron mucha atención, creyendo que se trataba de una pira funeraria. El río tenía en aquel punto media milla de anchura y bullía de peces.

Al anochecer, ayudados por el mismo viento, anclaron en la orilla izquierda, cerca de una arboleda de sauces podridos, a unas veinte millas de la desembocadura del río. Fueron unas horas lúgubres porque el terreno estaba húmedo debido a fuertes lluvias y Orfeo, que ya se hallaba debilitado por la disentería, fue acometido por una repentina fiebre.

Empezó a delirar, lanzando un torrente de elocuencia de tan mal agüero, aunque disparatada, que sus compañeros se vieron obligados a amordazarlo; y luchaba con tanta violencia que necesitaron a un hombre para sujetarle cada una de sus cuatro extremidades. Medea no podía hacer nada por él, pues en aquel momento estaba impura, debido a su ciclo mensual, y por lo tanto incapacitada para emprender cualquier tarea de curación o de magia.

Fue entonces cuando los argonautas oyeron, por primera y última vez, el lamento profético que el rey Sísifo cantó por la diosa Pasífae en las canteras de Éfira la tarde antes de que lo aplastara la roca; pues Orfeo lo repetía mientras luchaba, sin advertir su blasfemia.

Sol que mueres, ¡brilla cálido un poco más!
Mis ojos deslumbrados deslumbrarán los tuyos,
Conjurándote a que reluzcas y no te muevas.
Tú, sol, y yo hemos trabajado la tarde entera
Bajo una nube sofocante, una nube sin rocío
Un vellón manchado ahora por nuestro común dolor
De saber que esta noche será una noche sin luna.
Sol que mueres, ¡brilla cálido un poco más!

No le faltaba fe: era toda una mujer,
Sonriendo con horrenda imparcialidad,
Soberana, de corazón sin par, adorada por los hombres,
Hasta que el cuco primaveral, con sus mojadas plumas
Tentó su compasión y su verdad traicionó.
Y así, la que para todos brillaba, renunció a su ser.
Y esta noche será una noche sin luna.
Sol que mueres, ¡brilla un poco más!

Una grulla pasó volando con un pez en el pico, pero lo dejó caer en el fango del río, cerca del campamento de los argonautas, emitiendo un grito agudo de dolor y luego un sonido como si hablara atropelladamente.

Jasón le preguntó a Mopso:

—Mopso, ¿qué dice la grulla?

Mopso respondió:

—Dice: «¡Qué lástima, qué lástima cortado en pedacitos cortado en pedacitos — jamás podrán volverse a juntar!». Pero lo que no sé es si el pájaro de Artemisa está hablando de sus propias penas o nos está profetizando a nosotros.

Linceo dijo:

—Si éstas son realmente las palabras de la grulla, no pueden referirse al pez que cayó al río, pues aunque esté muerto, no está cortado en pedacitos. En mi opinión, el pájaro abrió el pico para dejar caer al pez y poderse dirigir a nosotros; y, por lo tanto, las palabras son proféticas.

—Esperemos en silencio sagrado a que aparezca otra señal —dijo Mopso—. Que nadie se mueva hasta que aparezca.

Esperaron en silencio y al poco tiempo pasó junto a la ribera un gran banco de peces parecidos a la sardina, que se acercaron al lugar donde estaba sentada Medea, y menearon sus colas en el agua para hacerse notar. Esto era evidentemente la señal esperada, pero nadie pudo interpretarla claramente, aunque Atalanta recordó que en Tesalia la sardina está consagrada a Artemisa, como en Delos lo está la grulla, y creía que la diosa le enviaba a Medea algún mensaje de protección.

Melas, hijo de Frixo, era de esta opinión.

—Artemisa —dijo es muy conocida en estos contornos. Le están consagradas dos islas que se hallan un poco más arriba de esta costa, frente a las desembocaduras menores del río, en el lugar llamado las Mil Bocas.

Equión, el heraldo, puso fin a esta discusión.

—De nada sirve —dijo torturarse la mente con conjeturas y suposiciones. Contentémonos con recordar la voz de la Grulla y el movimiento de las Sardinas. Tal vez mañana comprendamos el significado de ambos portentos.

Se envolvieron en sus capas o en sus mantas y durmieron; pero poco antes del amanecer Jasón soñó que abría una granada madura con las uñas y derramaba el zumo rojo por su túnica y por el vestido de Medea. Entretanto Medea soñaba que ella y Jasón entraban juntos en una cabaña y que arrojaban un enorme cangrejo, del tamaño de un hombre, en una caldera de agua hirviendo, y que el cangrejo y el agua se volvían rojos; y que Jasón sacaba el cangrejo del agua y le arrancaba los ojos y que con su espada le cortaba las articulaciones inferiores de todas sus patas y las esparcía por fuera en la oscuridad, gritando con una voz semejante a la de la grulla: «¡Cortado en pedacitos —cortado en pedacitos jamás podrán volverse a juntar!».

Medea y él dormían separados, pero ambos se incorporaron en el mismo instante presas de un terror común. No se atrevieron a dormirse de nuevo, sino que se purificaron inmediatamente en el agua corriente del Hinojo, y permanecieron despiertos hasta la hora de desayunar.

El segundo día transcurrió sin novedad, aunque en las primeras horas fue de mal agüero, pues el cielo estaba tan cargado de brumas que el sol al levantarse parecía una bola bermeja y no mostró toda su esplendidez hasta mucho después de que hubieran desayunado. El tercer día, alrededor del mediodía, cuando, agotados de tanto remar, se acercaron al comienzo del delta, la flotilla de Apsirto se abalanzó sobre ellos de improviso saliendo de su escondite tras un montículo boscoso, detrás de una revuelta muy cerrada del río.

Una nave contra seis suponía un combate desigual y Jasón dio la orden inmediatamente:

—¡Media vuelta a la nave y a remar se ha dicho!

El Argo llevaba una ventaja de quinientos pasos, y la dobló durante el transcurso de la tarde, porque Melas, que dirigía el rumbo, sabía sacar partido de las serpenteantes corrientes; pero todas las demás naves también se deslizaban furiosamente río abajo.

Argo llamó a su lado a Jasón y le dijo, jadeante:

—Detrás de la próxima revuelta vi esta mañana que había un afluente, o un remanso, que, si no me equivoco, se comunica con la boca Hermosa.

De todos modos el agua no entra en el río del Hinojo sino que sale de él.

Entremos rápidamente allí dentro y esperemos que los colquídeos continúen veloces hacia el mar sin advertir nuestro cambio de rumbo.

Jasón le preguntó a Melas:

—¿Sabes tú dónde va a parar aquel afluente?

Melas respondió:

—Por desgracia, nunca lo he preguntado.

Jasón, después de rezar a Atenea para que protegiese el barco y le protegiera también a él, tomó su decisión.

—¡Dirigid el Argo hacia el primer afluente a estribor! —ordenó.

Una fortísima corriente se apoderó del Argo y lo llevó a toda velocidad hasta más allá de la revuelta. Cuando ya volvieron a navegar por un tramo recto del río, el afluente apareció a estribor con una estrecha boca flanqueada de juncos. Melas condujo el Argo al afluente sin novedad, y después de bogar con fuerza durante un trecho, los argonautas guardaron los remos tan silenciosamente como pudieron, y dejaron que siguiera deslizándose hacia su escondite detrás de una espesura de juncos. Tras ellos podían oír los gritos, semejantes a graznidos, de sus perseguidores, y el medido golpear de los remos cuando cada una de las naves colquídeas pasaba río

abajo. Se enjugaron la frente y hablaron en voz baja. Melas dijo:

—Este arroyo podría no tener salida. La corriente es tan lenta que dudo mucho que comunique con la boca Hermosa, que tiene una corriente muy rápida. Yo propongo que esperemos a que los colquídeos hayan doblado la próxima revuelta río abajo y entonces volvamos sobre nuestros pasos y remontemos el río durante seis millas. Luego podremos remar por el estrecho afluente que desemboca en el Hinojo por la orilla opuesta; me han dicho que al cabo de unas veinte o treinta millas se comunica con el brazo norte del Danubio, uno que no tiene nombre y que se divide en innumerables pequeños arroyos, las Mil Bocas, y que luego desemboca detrás de las islas consagradas a Artemisa, de las que os hablé ayer. Si tomamos este camino, los colquídeos jamás nos alcanzarán.

Jasón pregunto:

—¿Quién aprueba la proposición de Melas? Augías de Elide dijo:

—Yo no, desde luego. Estoy completamente agotado. No podría remar ni una milla, ni siquiera media milla más, como no fuera río abajo. Es fácil para un timonel hablar como lo ha hecho Melas, pero con este tiempo sofocante nos partiríamos el corazón si tuviéramos que luchar una vez más con la corriente que tan duramente nos castigó esta mañana. ¡Seis millas dice! Y luego ¿qué? ¿Otras veinte o treinta millas, siempre contracorriente, por un afluente estrecho y torrencial? ¡No, no! Puede que este arroyo en que estamos afluya despacio, pero al menos fluye en la dirección que conviene, es decir, hacia el mar. Y sin duda alguna nos conducirá a un lugar seguro antes de que anochezca. Luego, en cuanto la corriente nos arrastre hacia el agua salada, que los hijos del Viento del Norte invoquen a su padre con plegarias y con promesas; izaremos nuestra vela y antes de que pasen cinco días ya estaremos navegando a toda prisa por el Bósforo. No podemos permitirnos una demora ni tampoco remontar el río. Cuando nuestros enemigos lleguen a la boca del Hinojo y no encuentren ni rastro de nosotros en ninguna parte, se quedarán perplejos. No sabrán si les hemos eludido cambiando de rumbo o si hemos echado a pique nuestra nave o si la hemos ocultado en algún lugar cubierto de juncos, esperando que llegue la noche para escabullirnos por delante de ellos y hacernos a la mar.

Augías hablaba tan apasionadamente que convenció a Jasón y a todos sus compañeros, con la excepción de Melas y de Idas.

Idas se volvió para mirar a Augías fijamente, pero se dirigió a toda la tripulación y dijo:

—Siento mucho, señores, que os dejéis convencer por el cobarde Eeleo. «Sin luna, no hay hombre», como os he dicho con frecuencia. Pero no le culpo a él, sino a su padre, por su cobardía y pereza, y os diré por qué. Mi querida madre Arene (en cuyo honor mi padre Afareo bautizó nuestra ciudad) fue a visitar a Hirmine, la esposa de Eleo, cuando ésta esperaba dar a luz su primer hijo. Aquella noche no había luna,

y por lo tanto mi madre le dijo a Hirmine: «Querida prima, en nombre del Cielo, te ruego que no dejes que dé comienzo tu parto antes de mañana por la noche, cuando habrá luna nueva. Ya conoces el proverbio: sin luna, no hay hombre", y sentiría muchísimo que dieras a tu valeroso marido Eleo un renacuajo en lugar de un hijo». Hirmine le prometió que no haría nada que pudiera provocar el parto. Sin embargo, aquella misma tarde, Apolo, que odiaba a Eleo —como odia secretamente a todos los sacerdotes del Sol por no identificar a su dios con él—, envió un ratón que trepó por la pierna de Hirmine hasta el muslo y la hizo chillar involuntariamente; y al momento comenzaron sus dolores.

—Mi madre Arene le dijo a Hirmine: «Echate en la cama en seguida, querida prima, quédate quieta, no digas ni una palabra y yo haré que se retrase el parto hasta mañana por la noche». Así pues, mi madre se recogió el cabello, aquellas largas trenzas rubias, haciendo complicados nudos, y se anudó las faldas de su vestido y de su capa, e hizo nueve nudos en su collar de ámbar y luego se sentó en silencio con las piernas cruzadas y los dedos fuertemente entrelazados a la puerta del dormitorio de Hirmine. Éste es un hechizo seguro, el mismo hechizo que utilizó por despecho la madre del rey Esténelo para retrasar el nacimiento de Hércules y de este modo desmentir un oráculo. Permaneció allí sentada toda la noche, sumamente incómoda, e Hirmine se lo agradeció de todo corazón, pues los dolores se iban haciendo cada vez más débiles, pero no podía hablar, por temor a romper el encantamiento. Y mi madre siguió allí sentada, con las piernas cruzadas, sin dejar que nadie cruzara el umbral.

—Eleo rompió el hechizo al regresar de la caza por la mañana muy temprano. Encontró a mi madre sentada en la puerta de su dormitorio y quiso entrar para recoger ropa limpia de su arca, pero mi madre le hizo una mueca gorgónea. Era un hombre necio e impetuoso y se puso a gritar por la puerta: «¡Hirmine, Hirmine, dame una camisa y unos calzones limpios! ¡Estoy chorreando!».

—Hirmine no se atrevió a responder ni a levantarse de la cama por temor a romper el hechizo, y Eleo, enfadándose de pronto, cogió a mí madre por los codos y la arrojó a un lado. Entonces entró precipitadamente en el dormitorio y empezó a insultar a Hirmine. Le preguntó: «Mujer, mujer, ¿qué te ocurre? ¿Es que quieres impedirle a tu amado marido que entre en su propio dormitorio cuando vuelve a casa chorreando después de ir a la caza del jabalí?». Al instante volvieron los dolores y Augías nació antes de la noche de la luna nueva, y ya veis, es lo que aparenta ser: ¡y todo por culpa de una camisa y unos calzones limpios! Y me apena mucho, señores, que os hayáis dejado convencer por este cobarde Augías de que debéis descansar sobre vuestros remos, cuando solamente utilizándolos con vigor lograremos escapar de la flota colquídea.

Si el que hablaba hubiera sido cualquier argonauta menos el parlanchín de Idas, quizás sus compañeros le habrían escuchado y hubieran reconsiderado su decisión;

pero como se trataba de Idas, no le prestaron la más mínima atención.

Al poco rato se pusieron a remar tranquilamente río abajo, en una corriente fangosa y estancada por los juncos en algunos lugares, pero no habían recorrido mucho trecho cuando se hallaron en un lago de unas dos millas de ancho, cuya tranquila superficie no estaba interrumpida por ningún islote ni por bancos de juncos. Siguieron adelante, cruzando el lago, con la esperanza de encontrar alguna salida oculta en el extremo sur; pero no hallaron ninguna y volvieron atrás por la juncosa ribera oriental, confiando en que el agua que entraba en el lago procedente del Hinojo también tenía que salir por alguna parte.

Aún estaban debatiendo el asunto, en voz muy alta, cuando primero cinco naves colquídeas y luego seis más penetraron en el lago, saliendo de unos juncos justo delante del lugar en que se encontraban los griegos. Desplegándose en forma de media luna, cercaron el Argo sin dejarle esperanza alguna de salvación.

38. EL PARLAMENTO

En cuanto el rey Apsirto vio que el Argo lo había burlado, se puso al pairo e hizo echar el ancla a toda su flotilla, exceptuando dos naves a quienes había mandado remontar el río hasta llegar a la revuelta donde lo habían divisado por última vez, ordenando a sus capitanes que examinaran todos los macizos de juncos intermedios, los afluentes, o los remansos, y que le informaran inmediatamente si hallaban algún rastro del navío griego. Al poco rato uno de ellos, al examinar el arroyo por el que había entrado el Argo, se fijó en unos juncos recién aplastados y la huella de un remo sobre un banco de fango. Regresó de inmediato a darle a Apsirto esta información, y llegó en el momento en que la otra flotilla colquídea, bajo el mando del vicealmirante Dictis llegaba remando desde el mar. Dictis conocía bien el río y cuando se enteró de lo que había dicho el capitán, se acercó apresuradamente a Apsirto y, señalando río abajo, le dijo con entusiasmo:

—Majestad, el afluente que puede verse allá abajo desembocando en el río en el margen derecho, bajo aquel grupo de sauces, procede de un ancho lago llamado el lago de la Grulla, que es, sin duda alguna, el lugar al que han ido los griegos; y es el único afluente que sale de este lago. Si lo remontamos hasta llegar al lago los cogeremos en una trampa —y esto es exactamente lo que había ocurrido.

Ahora que el Argo estaba rodeado, Apsirto procedió con prudencia. Ordenó a todos los colquídeos que tuviesen su arma dispuesta pero que no hicieran uso de ella hasta que sonara la trompeta para un ataque general. Esperaba que Jasón se rendiría incondicionalmente después de un breve parlamento.

Exteriormente los argonautas conservaban la calma, aunque un frío de muerte les iba invadiendo el espíritu mientras alcanzaban sus armas y se colocaban los cascos o armaduras. Todos los ojos se volvieron a Jasón, pero éste murmuró innoblemente:

—¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer, buenos camaradas? Honrosamente no puedo entregar a la princesa Medea a su hermano, después de los sagrados juramentos que hice ante ella; pero si me niego a hacerlo, Apsirto nos matará a todos.

—Eso es muy cierto —dijo Augías, hablando de prisa y en voz baja para que Medea no pudiera oírle—. Sin embargo, tal como yo veo las cosas, fuimos a Cólquide sólo por dos motivos: para enterrar los huesos de Frixo y para rescatar el vellocino. Los huesos ya están debidamente enterrados y hemos conseguido el vellocino; pero no podemos esperar llegar felizmente con él a casa si antes no devolvemos a esta señora a su padre, de cuya custodia Jasón la robó. Afortunadamente aún es doncella, o por lo menos eso supongo, y los juramentos de amor que Jasón le haya hecho no tienen por qué preocuparnos demasiado a nosotros. En caso necesario podemos desposeerlo de la jefatura y proceder de acuerdo con

nuestros intereses. Podemos comunicarle a Apsirto que si nos permite quedarnos con el vellocino le entregaremos a Medea a cambio, pero que si se niega a aceptar este trato la mataremos sin piedad. Se lo pensará bien antes de negarnos el vellocino, porque sí no consigue regresar con Medea, el albanés Estiro sin duda acusará a Eetes de duplicidad y declarará la guerra contra Cólquide para vengar su honor.

Equión, el heraldo, fijó una mirada severa en Augías y le dijo:

—Haz el favor de guardar silencio, rey Augías, y deja que este asunto lo resuelvan hombres de más experiencia que tú. ¿Acaso no tienes vergüenza? Tu pereza y tu ignorancia han sido la causa del apuro en que nos encontramos —luego le preguntó a Jasón—: Noble Jasón, ¿me das tu permiso para hablar en tu nombre y en nombre de todos nosotros?

Jasón dijo:

—Haz lo que puedas. Pero creo que éste es un caso desesperado.

Equión entonces se inclinó y le susurró a Medea:

—Graciosa dama, no te tomes a pecho las palabras deshonrosas para tu persona que tal vez mi padre, el dios Hermes, ponga hoy en mis labios. Nosotros los griegos te amamos y te honramos, y jamás te entregaremos a tu hermano, aunque digamos lo contrario durante este parlamento.

Entonces se puso sus vestiduras reales, tomó su báculo curvado y dio comienzo el parlamento. Apsirto tuvo que ser su propio heraldo, porque ninguno de sus capitanes ni consejeros hablaba griego; él lo hablaba con vacilación y confusamente, pero siempre que le costaba encontrar una palabra y la decía en colquídeo, Frontis, hijo de Frixo, interpretaba fielmente su significado a los argonautas.

Apsirto fue el primero en hablar:

—Griegos —dijo—-, habéis cometido cuatro grandes crímenes, crímenes premeditados, y antes de que pronuncie mi sentencia sumaría os recomiendo sinceramente que os declaréis culpables de los cuatro crímenes y que pidáis mi clemencia.

—Que nosotros sepamos, no te hemos faltado en nada, príncipe Apsirto —respondió Equión—, y nos aflige mucho ver que se vuelven contra nosotros nuestros antiguos amigos, emponzoñados por sospechas sin fundamento. Aunque te pedimos disculpas por cualquier agravio accidental que te podamos haber causado, no nos parece consecuente con nuestro honor declararnos culpables de cuatro crímenes premeditados, sin saber de qué crímenes hablas, simplemente porque nos excedas en número de barcos y de hombres. Vamos, te ruego que nos digas cuál es, por ejemplo, la primera acusación.

—El primer crimen del que os acuso —replicó Apsirto es el de sacrilegio. Vinisteis a Cólquide simulando amistad y devoción, y sin embargo mutilasteis obscenamente las sagradas imágenes de bronce de los toros de Táuride en la sala

interior de palacio. ¿Acaso negáis esta acusación?

Equión respondió:

—¿Y quién sabe si esto lo hizo un griego, un colquídeo o un albanés?

Nosotros no lo sabemos, aunque tenemos nuestras sospechas. Pero de todos modos, ¿no fue una cosa bien hecha? Los toros taurios le resultan detestables a Mitras, el glorioso dios Sol a quien vosotros adoráis y a quien la madre de Cabeza de Pájaro ama y favorece. Sin duda alguna fue la propia diosa la que incitó a los albaneses, o a quienes fueran, a convertir los toros en bueyes.

Apsirto no se atrevió a insistir sobre esta acusación sabiendo lo inseguro que era el terreno que pisaba. Los colquídeos odiaban la alianza con Táuride, y a su regreso tal vez sería prudente cancelarla. Los albaneses, que eran una raza muy poderosa, adoraban casi las mismas deidades que los colquídeos y una alianza con ellos, confirmada por el matrimonio de Medea con Estiro, fortalecería enormemente su trono. Así pues, no dio respuesta alguna.

—¿Cuál es la segunda acusación? —preguntó Equión después de una pausa.

—El segundo crimen del que os acuso —dijo Apsirto es el rapto de mi querida y única hermana, la princesa Medea. No creo que os atreváis a negar esta acusación, pues con mis propios ojos la veo sentada sobre un almohadón morado en la popa de vuestro navío.

Equión respondió:

—Negamos el rapto. La princesa Medea vino con nosotros por voluntad propia. Después de cumplir en Cólquide cierta misión secreta y divina, gracias a la ayuda de su padre, estábamos ya a punto de zarpar con su bendición, al grato abrigo de la noche, cuando llegó la princesa Medea y nos pidió que la lleváramos a Grecia. Naturalmente su petición sorprendió a nuestro noble jefe, el príncipe Jasón, quien la interrogó detenidamente. Le preguntó si se había roto el compromiso de matrimonio con el rey Estiro. Medea respondió: «Mi padre me ama y nunca tuvo intención de casarme con aquel bruto repugnante, el rey Estiro, ni tampoco yo he dado mi palabra de matrimonio. Dentro de una hora oiréis una gran conmoción en el palacio, que será el ruido de la salvaje batalla que mi padre provocará entre los taurios y los albaneses. No hagas caso del alboroto, querido amigo; pero yo podré aprovecharme de la situación para escabullirme sin ser vista y venir contigo. Éste es el deseo de mi padre». El príncipe Jasón respondió: «Me cuesta creer tus palabras, princesa; sin embargo, si la batalla de la que me hablas tiene lugar efectivamente dentro de una hora, ésta será para mí señal de que gozas de la confianza de tu padre». La princesa Medea respondió: «Mil gracias, clemente griego. Volveré a tu lado con una prueba irrefutable de mí sinceridad». Y en efecto, así lo hizo.

Cuando Equión mentía, no sólo lograba que sus oyentes le creyeran, en contra de su voluntad, sino que además se convencía a sí mismo.

Apsirto dijo:

—Ésa es una historia extraña y fantástica, aunque, por falta de pruebas de lo contrario, supongo que debo creer que Medea os dijo lo que tú declaras que os dijo. Pero permíteme que te asegure que todo ello no es más que un tejido de mentiras y que culpo enérgicamente a vuestro capitán por haberlas creído.

Equión respondió:

—El príncipe Jasón es joven y no tiene experiencia; era natural que se inclinara a creer cualquier cosa que le dijera Medea. No podía imaginarse que el rey Eetes fuera tan cruel que llegara a persuadir a su encantadora y hermosa hija a casarse con aquel apestoso estercolero que es el rey Estiro. Veamos, ¿cuál es la tercera acusación?

Apsirto respondió:

—Que robasteis impíamente el vellocino de oro del santuario de Prometeo. No podéis escabulliros de esta acusación con ningún escurridizo truco de elocuencia.

—¿Escurrirme yo? —exclamó Equión con indignación¡Recuerda, príncipe, la santidad con que están vestidos los heraldos en cumplimiento de su noble misión! ¡Naturalmente que no me escurro! Yo me mantengo erguido y anuncio con decisión y sin miedo lo que me ordena decir mi divino padre. En el asunto del vellocino no tenemos nada que ocultaros. El vellocino de oro es propiedad indiscutible de Zeus Lafistio, de cuya imagen sagrada lo robó hace mucho tiempo Frixo, tu cuñado.

Esta misión nos ha sido encargada, y dicho encargo ha sido confirmado solemnemente por oráculos, sueños, signos y prodigios por las voluntades unidas de todas las principales deidades olímpicas, encabezadas por el propio Zeus. En nuestro viaje de ida salvamos a los cuatro hijos de este mismo Frixo, tus sobrinos, de perecer ahogados y ellos comprendieron en seguida que el motivo por el que se habían visto en aquel peligro era su atrevimiento al querer marchar de Grecia a reclamar su herencia paterna en Orcómeno, sin llevarse consigo el vellocino. Humillaron sus corazones y se ofrecieron a interceder por nosotros ante su abuelo. Y aunque al principio se opuso, su obstinación no duró mucho tiempo: y cuando Medea mostró el dorado trofeo ante la mirada estupefacta de Jasón mientras subía por la escala para entrar en el Argo y le dijo:

«Aquí tienes, noble griego, el vellocino de Zeus, prueba irrefutable no sólo de mi sinceridad sino también del amor de mi padre hacia ti», ¡oh, ya puedes imaginarte con qué gratitud aceptó el centelleante regalo de sus sagradas manos! Y dime, ¿quién sino tu hermana Medea, la sacerdotisa de Prometeo y cuidadora de su santuario, tenía derecho a entregarle este obsequio? No, no, ilustre señor, te ruego encarecidamente que no nos mires como piratas o ladrones. Todos somos minias, y como minias vinimos valerosamente a Cólquide a reclamar lo que es nuestro. El vellocino de oro estaba bajo la protección de Atamante el minia cuando su hijo Frixo se fugó con él; y desde aquel día ha caído sobre nuestro clan una maldición que sólo podrá borrar la

gloriosa aventura que hemos emprendido. Te garantizo, príncipe Apsirto, que te va a resultar difícil arrancarnos el sagrado vellocino, la Buena Suerte de los minias, ahora que vuelve a estar en nuestra posesión. Sería más fácil arrancar las almas de nuestros cuerpos.

—Sin embargo, no dudaré en hacer ambas cosas si no me entregáis el vellocino voluntariamente —dijo Apsirto con acritud—. Y ahora, mientras os informo de cuál es el cuarto y más atroz de vuestros crímenes, permíteme que te diga que no debes dirigirte a mí como «príncipe Apsirto» o «mi señor», sino como «rey Apsirto» o «majestad». Pues Eetes, mi admirable padre, ha sucumbido a la terrible herida en el vientre que uno de tus griegos le infligió, y con su último aliento os nombró colectivamente asesinos.

Equión no ocultó su sorpresa.

—Por favor, majestad —le dijo—, permíteme que te ofrezca mi más sentido pésame por tu pérdida, de la cual, te lo juro por la deidad que quieras, no he tenido noticia hasta ahora: hasta este instante no sabía siquiera que vuestro querido padre estuviese herido. Pero al mismo tiempo déjame que felicite al reino de Cólquide por su buena fortuna. Aunque sea muy amarga la pena que en todas partes sientan por el buen Eetes sus leales súbditos, la alegría de tu sucesión hará que la olviden y que desaparezca. Y ¿no es posible que el rey moribundo se equivocara al acusar a un griego de este extraordinario crimen? ¿No tendría nublado el cerebro por el dolor de una herida que le infligiera algún taurio o albanés? Y de no ser así, ¿podrías por favor indicarnos quién es el asesino, que deberá responder ante nosotros, lo mismo que ante ti, por haber abusado de las leyes de hospitalidad de esta forma tan horrible?

Apsirto respondió:

—La culpa debe recaer por igual sobre todos vosotros, como ordenó mi padre con su último aliento, aunque el instrumento del crimen fuera sólo una persona, la pelirroja Atalanta de Calidón. Fue ella quien sin piedad hundió su jabalina en el vientre de mi padre cuando éste se hallaba en el rellano de la escalera del palacio. Mi gran almirante me ha informado que expiró cuatro horas más tarde entre dolores indescriptibles.

Equión se volvió a Atalanta y pregunto:

—Sin duda, flor de las mujeres, el rey Apsirto está mal informado, ¿no es así?

Atalanta se puso en pie y respondió con calma:

—No es probable que le hayan informado mal respecto a la muerte del anciano, pero no puedo hablar con certeza, pues no esperé hasta ver en él la herradura de la muerte. Sin embargo, puesto que era griego de nacimiento, Eetes tendría que haber sabido que uno no puede enfrentarse a una doncella cazadora de Artemisa con un arma desnuda en la mano. Yo no le había hecho ningún daño ni tenía intención de hacérselo. Si está muerto, en castigo a su acto sacrílego, que responda la diosa por su

muerte, no yo.

—Sea como fuere, tengo que vengar en todos vosotros la muerte de mi padre —exclamó Apsirto—. ¿Me estáis diciendo que también he de vengarme en la diosa?

Atalanta respondió:

—Ten cuidado con lo que dices, majestad. La diosa, venerada incluso en estos alejados lugares, es la más implacable de todas las deidades, sin exceptuar a la madre de Cabeza de Pájaro.

Apsirto se dirigió de nuevo a Equión:

—Tú niegas todas estas acusaciones, heraldo de los griegos; y yo las reafirmo. ¿Acaso no significa esto la batalla?

Equión respondió imperturbablemente:

—No soy yo quien debe decidir, majestad. Debo pedir instrucciones a mi capitán y te daré una respuesta clara tan pronto como la haya obtenido.

Apsirto dijo:

—No os daré más tiempo para dar la respuesta que el que tarde aquella grulla en sobrevolarnos y desaparecer de nuestra vista.

Equión volvió a hablar en privado con Medea, que estaba sentada con el rostro impasible, aturdida por la noticia de la muerte de su padre.

—Princesa —le dijo—, permíteme que te repita mi promesa: nunca te entregaremos, pase lo que pase. Pero tenemos que realizar un gran engaño, e incluso amenazar con quitarte la vida. Te ruego que no tomes en consideración nuestras vacías palabras.

Medea levantó sus turbados ojos e hizo una inclinación de cabeza para indicar que comprendía.

Equión se dirigió entonces a Jasón:

—Príncipe Jasón —le dijo—, coge rápidamente el vellocino de su escondite y ponlo en mis manos, y préstame tu afilado cuchillo de caza magnesio. Diga lo que diga, por muy extraño que te parezca, debes asentir. El espíritu de mi divino padre está conmigo.

Jasón no respondió y con semblante mohíno sacó el vellocino de su escondite debajo del asiento del timonel, lo desenrolló y exhibió la centelleante reliquia a la luz del sol. Luego desenvainó su cuchillo de caza curvo y se lo entregó a Equión.

Mientras hacía esto, la grulla voló sobre su cabeza y repitió el mismo grito que había emitido la tarde anterior.

Equión rió en voz alta, extendiendo su mano derecha hacia el pájaro en gratitud por el mensaje. Volvió a ponerse en pie sobre la proa, levantó el vellocino para que todos pudieran verlo y una vez más se dirigió a Apsirto:

—Majestad —le dijo—, antes de que la grulla hubiese desaparecido de nuestra vista, volando (no lo dudes) en dirección a la isla de Artemisa —la implacable

Artemisa, a quien le está consagrada la grulla—, he recibido no sólo la respuesta de mi capitán, el príncipe Jasón, sino de tu hermana, la princesa Medea. Y todos mis camaradas las aceptan sin discusión.

—Continúa —dijo Apsirto.

—Hemos decidido —comenzó Equión haceros un generoso ofrecimiento en lo relativo a los toros mutilados; generoso porque aún no se ha establecido quién fue el causante de la mutilación. Permíteme que te recuerde que ésta no es una contienda entre colquídeos y griegos, sino entre el dios de la guerra de Táuride y el dios solar de Cólquide, a quien en Grecia veneramos como Helio. A bordo tenemos a cinco adoradores del Sol, a saber, los cuatro hijos de Frixo y el rey Augías de Elide, que están dispuestos, aquí y ahora, a desembarcar en la extensión de tierra firme más próxima y a luchar a muerte con cuantos campeones del dios taurio quieras mandar contra ellos.

Apsirto respondió:

—¿No te parece poco razonable? Vuestro desafío sólo lo podría aceptar yo, que soy hijo de una princesa tauria, y dos viejos taurios de barba canosa que están en esta nave conmigo. El resto de mis hombres son adoradores de Mitras. Nosotros tres estaríamos en desventaja frente a los cinco vuestros.

—Evidentemente —dijo Equión has perdido la fe en el poder de vuestro dios, ahora que se ha acobardado con la castración de sus dos sagradas imágenes. No creo que seas menos valiente que yo, y si a mí me desafiaran a defender el honor de mi padre, el dios Hermes, saldría de buen grado con mis armas a luchar contra todas las fuerzas armadas de Oriente, seguro de mi victoria. Imagino, por lo tanto, que no aceptas nuestro desafío, y paso a tratar del asunto del vellocino. Por las razones que ya he indicado antes, hemos decidido quedarnos con el vellocino. Te advertimos que si intentas tomarlo por la fuerza, yo mismo, con este cuchillo, lo cortaré en pedacitos: lo cortaré en pedacitos y los arrojaré al agua. El peso del oro hará que se hundan en el espeso cieno negro, y será imposible recuperarlos. Jamás podrán volverse a juntar y Prometeo habrá perdido el vellocino, igual que el propio Zeus.

—Eso no me preocuparía —dijo Apsirto—. No me importa lo que le ocurra al vellocino, siempre que no os lo llevéis a Yolco para exhibirlo allí como prueba de vuestro empuje y valentía y de nuestra negligencia y cobardía.

Equión en seguida se aprovechó de sus palabras y le dijo:

—Me alegra muchísimo, majestad, oír de tus labios esta admisión de que no valoras tanto como nosotros el vellocino, y de que te trae sin cuidado la suerte que pueda correr, siempre que el hecho de que nosotros nos lo llevamos no se refleje injuriosamente sobre el honor de la nación colquídea. Sin duda, cuando hayamos arreglado las otras dos cuestiones importantes a satisfacción de todos, también llegaremos a un acuerdo respecto a esto. Te aseguro que valoramos el honor de tu

reino tanto como el que más, pues hemos recibido tantas pruebas de hospitalidad de tu rey y de tus principales nobles que seríamos unos ingratos sí llegáramos a olvidarlas. Pasemos entonces a la tercera cuestión. ¿Qué vamos a hacer con la princesa Medea? He aquí nuestra oferta: nosotros no insistimos en que permanezca con nosotros, pero tampoco estamos dispuestos a dejar que os la llevéis a Cólquide contra su voluntad. Ya que, según tú mismo has admitido, su padre Eetes ha muerto, el tratado secreto que hiciste con ella en el que renunciabas a tus derechos sobre el trono de Éfira en su favor, ya ha entrado en vigor. Por aquel acto de renuncia le diste libertad para convertirse en reina de Éfira en cuanto muriera su padre, y a cambio ella renunció libremente en favor tuyo, a todos sus derechos sobre el patrimonio colquídeo. Por lo tanto, aunque reconocemos el derecho del rey de Cólquide, que eres tú mismo, de persuadir a su hermana, una princesa colquídea, para que se case con quien él quiera, este derecho ya no puede ejercerse. Por los términos de vuestro contrato, Medea ha dejado de ser una princesa colquídea y se ha convertido en la reina de Efira; y como griegos no podemos reconocer tu derecho de persuadirla a que se case con un bárbaro comedor de parásitos. Pues la reina de Éfira, si es soltera, puede contraer matrimonio con el príncipe que ella elija y hacer caso omiso de las persuasiones del rey de Cólquide. No obstante, no queremos insistir demasiado sobre este punto; nuestro principal interés reside en el vellocino, y no en el matrimonio de vuestra hermana Medea. Por lo tanto hacemos las sugerencias siguientes. Bajemos todos juntos por el Danubio, y hagamos desembarcar a la reina Medea, con acompañamiento adecuado, en la isla de la tracia Artemisa, que la grulla nos ha indicado, de modo divino, con su vuelo. Dejémosla allí hasta que algún rey poderoso —desinteresadamente indicamos a tu aliado, el rey de los escitas, el bebedor de leche, por ser un hombre de gran rectitud consienta en actuar como árbitro entre tú y nosotros. Si una vez sopesada la cuestión escrupulosamente en la balanza de la justicia, el rey decide que tu hermana debe regresar contigo, entonces la dejaremos marchar sin poner ningún obstáculo; si, por el contrario, decide que debe quedarse con nosotros, entonces tú, por tu parte, debes dejar que venga con nosotros sin poner tampoco obstáculo alguno.

—Antes de considerar esta propuesta —dijo Apsirto—, decidme cómo pensáis satisfacer la venganza que exijo por la muerte de mi padre.

Atalanta volvió a levantarse y dijo:

—Majestad, mis camaradas no tienen nada que ver con la muerte de tu padre, de la que ahora oyen hablar por primera vez; pues yo no les dije ni una palabra del golpe que le asesté con mi jabalina. Matarlos a todos como pago de un crimen del que son inocentes sería llenar tu palacio con un enjambre de espíritus farfulladores que te acosarían día y noche hasta que al final hallaras una horrible muerte con la boca torcida y las extremidades crispadas. Pero si lo que buscas es vengarte en mí, te

aconsejo que consultes el oráculo de Artemisa en la isla antes mencionada por Equión. Estoy dispuesta a acatar el veredicto del oráculo; y si he pecado me someteré voluntariamente a tu castigo. Pero si la diosa aprueba mi acción, te aconsejo que respetes su decisión.

Apsirto, haciendo gestos nerviosos con la mano, dijo:

—Hasta ahora he escuchado propuestas que podría considerar justas y razonables si las hubiera hecho el heraldo de una flota tan poderosa como la mía; pero ya que vuestra nave está sola y no tiene oportunidad alguna de huir o de luchar, solamente puedo considerarlas como absurdas e impertinentes. ¿Qué pasaría si las rechazase sin más y diera la señal de ataque?

Equión respondió con una voz que indicaba una serenidad total.

—Para eso, rey Apsirto, tengo una respuesta inmediata. Si las rechazas perderás tres cosas de gran valor. Primero, el vellocino de oro que se destruirá en el acto, tal como ya te hemos indicado. Segundo, perderás a tu hermana Medea, pues como la señal de ataque significaría la muerte segura para todos mis compañeros, ellos tendrían buen cuidado de llevarse el espíritu de Medea al mundo subterráneo para que les conduzca felizmente a la mansión de la Gran Diosa a quien sirve. Finalmente perderás tu propia vida. Pues he estado el tiempo suficiente en Cólquide para saber que el rey colquídeo debe guiar su flota o su ejército en persona, y no rezagado en la retaguardia; y no es necesario que te recuerde la mortal puntería de nuestros arqueros. En la demostración que hicimos en los jardines de tu palacio viste con tus propios ojos cómo caía una paloma traspasada en pleno vuelo por tres flechas griegas: una hazaña jamás vista ni oída en tu país. Haz sonar tu trompeta de oro para dar comienzo a la batalla, majestad, si es que te atreves, pero será como sí estuvieras llamando insistentemente a mi padre, el dios Hermes, acompañante de la almas, para que te lleve a donde detestarías tener que ir.

Equión podía ver cómo se debilitaba la resolución del rey. Le dijo, esta vez en tono suplicante:

—Vamos, noble hijo de Eetes, conserva tu honor y tu vida y deja que nosotros también conservemos los nuestros. No existe asunto en el mundo que no pueda resolverse amigablemente por la ley o el arbitraje; y ¿me dejas que te recuerde que matarnos significaría no sólo tu destrucción y la de tu hermana sino también la de todo tu reino? Cuando se extinga la descendencia de Eetes, ¿quién gobernará Cólquide? ¿Perses, tu tío de Táuride? Si yo fuera un buitre del Cáucaso, la noticia de tu muerte sería para mí una buena noticia: llamaría a mis compañeros de alas largas para que vinieran de todas partes y se congregaran sobre Ea, con la seguridad de que una guerra civil amontona los cadáveres igual que la primera ráfaga de viento otoñal amontona las bellotas en el bosque. Majestad, la prudencia es una gran virtud en un joven rey, y le favorece aún más que el valor que en tan alto grado posees.

Apsirto por fin cedió, aunque de mala gana, insistiendo únicamente en que el vellocino también debía desembarcar en la isla de Artemisa, y que mediante el mismo arbitraje se decidiría a quién debía pertenecer.

Equión aceptó afablemente esta condición del armisticio, y se dio por terminado el parlamento.

39. LOS COLQUÍDEOS RESULTAN BURLADOS

Aquella noche, el Argo bajó por el río del Hinojo acompañado por las naves colquídeas, seis delante y seis más a popa, y llegó de nuevo al mar. La flotilla entera ancló en fila cerca del pueblo brigio, con el Argo en el centro. El melancólico Melampo de Pilos dijo:

—Camaradas, ningún hombre sensato podría envidiar la posición de nuestro navío, que está como un criminal entre sus guardianes; sin embargo, yo no desespero. ¿Quién de vosotros ve lo que veo yo? Al primer hombre que confirme mi presentimiento de salvación le daré mi collar de anillos de plata que todos vosotros codiciáis.

Durante un buen rato nadie comprendió lo que quería decir Melampo, pero finalmente su compañero Corono de Girtón, que hasta entonces había pasado por un hombre de poco ingenio, gritó:

—¡Veo lo que ves tú, Melampo! ¡Dame tu collar!

Los demás argonautas preguntaron:

—¿Qué ves, Corono? ¿Qué es lo que ves?

Corono respondió:

—Veo que Apsirto es ignorante, temerario, o descuidado en extremo, al añadir un barco extraño a su escuadra de doce naves porque esto es un desafío directo a la Decimotercera Deidad, cuyo nombre no se atreve a mencionar ningún hombre prudente.

Melampo le entregó el valioso collar sin decir palabra alguna, y animados por este augurio, los argonautas cantaron alegres coros, mientras Atalanta tocaba la lira; pues Orfeo, aunque ya estaba algo restablecido de su fiebre, se encontraba aún extremadamente débil.

Jasón y Medea tramaron entonces su plan de acción y se lo confiaron a Melas, hijo de Frixo (de cuya integridad respondía Medea), y a Atalanta; pero lo único que supieron los demás argonautas fue que dos emisarios —Peleo el mirmidón en representación de los colquídeos—, habían ido al territorio de los brigios para contratar una canoa grande y una tripulación de tres remeros que los llevasen hasta la corte del rey de los escitas, situada en el comienzo del delta.

La noche transcurrió sin acontecimientos, aunque los centinelas de ambos lados estaban más alerta que de costumbre y daban el quién vive con frecuencia, pues los griegos temían un ataque nocturno y los colquídeos un intento de evasión. A la mañana siguiente, todos los navíos remaron otra vez juntos en dirección al norte, hasta que llegaron a la isla de Artemisa, un lugar llano y desolado, formado sin duda en el transcurso de los años por el fango y la arena que arrastran las Mil Bocas. Sin

embargo, Jasón se negó a dejar en tierra a Medea y el vellocino hasta que Apsirto aceptara dos condiciones: que no cometería ningún acto de hostilidad contra los argonautas, ni trataría de arrebatar de la isla a Medea o el vellocino hasta que el rey de los escitas hubiera pronunciado su fallo de árbitro; y que acataría el fallo sin discusión cualquiera que éste fuese. Apsirto, que confiaba en que el fallo le sería favorable, ya que el escita dependía de Cólquide para gran parte de su comercio marino y no tenía trato directo con Grecia, accedió a las condiciones propuestas, añadiendo que estaba dispuesto a confirmarlo con un juramento si Jasón hacía lo mismo. Jasón no tuvo inconveniente y propuso que jurasen los dos juntos, en nombre de Artemisa, en una isla deshabitada que se hallaba a poca distancia. Así pues, el Argo y las naves colquídeas siguieron remando hasta dicha isla, donde Jasón y Apsirto desembarcaron, sacrificaron un cabrito a Artemisa y juraron sobre su sangre, sorbiendo un poco de ella en el hueco de un escudo y derramando el resto sobre la arena. Intercambiaron presentes. Apsirto le regaló a Jasón la piel de un tigre del Cáucaso y Jasón le regaló a Apsirto la capa de color rojo amoratado que había sido el primer obsequio de la reina Hipsípila en Mirina.

Medea se negó desdeñosamente a aceptar a los dos acompañantes masculinos que le ofreció Apsirto para quedarse con ella en la isla del oráculo, e insistió en que sólo quería que le proporcionaran una mujer; como Atalanta era la única mujer que había en la flotilla, tuvo que ser Atalanta; pero Apsirto no le permitió que fuese armada.

Medea y Atalanta desembarcaron entonces en la isla del oráculo y allí se pusieron bajo la protección de la sacerdotisa de Artemisa. Era una tracia alta, desdentada y medio loca, cuya dieta se componía únicamente de nueces, bayas y pescado crudo. La flaca anciana le dio a Medea unos golpecitos cariñosos en las mejillas, le acarició las manos y palpó la tela de sus vestidos en un éxtasis de infantil admiración; pero en cuanto se hubieron alejado los hombres abrazó fraternalmente a Atalanta, intercambiando con ella signos y contraseñas mágicas.

Los griegos y los colquídeos, que habían desembarcado juntos en la otra isla, la isla deshabitada, se mezclaron libremente, conversando por señas y jugando juntos, y Peucón volvió a reunirse con sus compañeros. Pero Melas, hijo de Frixo, llevó aparte a Apsirto, a un macizo donde no pudieran oírles y le dijo:

—Real tío, tengo para ti un mensaje de tu hermana Medea, al que espero añadir una propuesta y una súplica propias. ¿Estás dispuesto a escucharme, o me odias tanto que estás deseando beber mi sangre?

Apsirto respondió:

—Dame primero el mensaje de mi hermana. De su naturaleza dependerá que escuche o no tu propuesta y tu súplica.

Melas, que hablaba en voz baja y precipitadamente, dijo:

—Estas son las palabras de Medea: «Mis sobrinos Frontis y Citisoro nos han

hecho a mí y a ti mucho daño. Como sabrás, ellos y sus dos hermanos decidieron huir de Cólquide hace algunos meses a causa de la enemistad que les demostrabas. Un oráculo les había advertido que se aproximaba la muerte de nuestro padre y temían que en cuanto tú le sucedieras te vengarías de ellos por oponerse a tu matrimonio con Neera. Cuando su primer intento de huida acabó en naufragio y nuestro padre se negó a prestarles otra nave, su única esperanza residía en ganarse el favor de Jasón. Él se ofreció no sólo a llevarles a Grecia sino también a conseguir que recibieran su patrimonio beocio, si a cambio ellos le ayudaban a conseguir el vellocino de oro. Se dieron la mano para cerrar el trato y empezaron a actuar. Frontis y Citisoro, los más malvados de los cuatro, me obligaron a robar el vellocino del santuario de Prometeo y a acompañarles al barco griego; en caso de negarme me habían amenazado no sólo con asesinarme sino con envenenaros a ti y a nuestro padre y luego jurar que había sido yo la autora del envenenamiento y que me había suicidado para escapar del castigo. Dime, hermano, ¿qué otra cosa podía hacer yo más que someterme a su voluntad?»

—No quiero fingir que me agrade la idea de un matrimonio con el viejo Estiro, ni que, para evitarlo, no me iría gustosamente a Grecia, sí esto fuera posible, para aceptar el trono de Efira al cual tú has renunciado en mi favor. Pero si me dejara arrastrar de este modo por mis deseos naturales, temería al espíritu vengativo de nuestro padre; y me doy cuenta de que el viejo Estiro será un terrible enemigo para los colquídeos si yo no regreso para casarme con él, y un fiel aliado si lo hago. Por lo tanto, deseo regresar a Cólquide para merecer la gratitud de mis paisanos, por muy penosas que sean para mí las consecuencias. Sálvame, hermano mío, yo te lo imploro. Si cumples el juramento que Jasón te ha inducido engañosamente a prestar, tanto tú como yo estaremos perdidos. Pues Peleo, el astuto griego, que ha ido a la corte del rey de los escitas, se presentará (según he oído) como hijo del rey ciego Fineo de Tinia, por quien el escita siente el más grande respeto, y va bien preparado con argumentos irresistibles para la mente escita. Es seguro que el fallo será favorable para los griegos, no tengo la menor duda de ello.

—¿Por qué esperar? Tu juramento no debe preocuparte, pues el poder de la Artemisa tracia no llega hasta Cólquide, como tampoco llega el poder de Zeus. No se trata de la Artemisa tauria, a quien la tribu de nuestra madre sacrifica los extranjeros, colocando sus cabezas sobre estacas encima de sus casas; ésta es una divinidad advenediza —hermana de Apolo, el demonio ratón, y su nacimiento en la isla de Delos aún está presente en la memoria de los hombres—, cuyo culto se ha extendido hasta Tracia sólo gracias a las naves mercantes. Por lo tanto, muéstrame tu audacia. Ven en secreto a medianoche en una canoa a la isla donde me encuentro para recogerme a mí y al vellocino y para vengarte al propio tiempo de la asesina de nuestro padre. Colocaré una lámpara en la ventana de mi cabaña que te servirá de

guía. Ven solo. Pero no intentes llevarme contigo a las naves colquídeas. Nuestras vidas peligrarían si de pronto se diera la alarma y los argonautas utilizaran sus arcos. En lugar de esto, debemos seguir remando hacia el sur en tu canoa y dejar que las naves colquídeas nos sigan y nos suban a bordo cuando ya estemos lejos de la isla.

Apsirto escuchó con atención y preguntó:

—¿Qué pruebas me das de que eres el emisario de Medea y de que todo esto no es una invención tuya?

Melas le entregó a Apsirto un mechón del rubio cabello de Medea, que Apsirto aceptó como garantía de la honestidad de ésta, y lo metió en surrón; del mismo modo que los sacerdotes en Dodona habían aceptado un mechón del cabello de Jasón como garantía de que enviaría los obsequios para Zeus.

Apsirto preguntó:

—Pero ¿cuál es la propuesta y cuál la súplica de la que me hablaste, sobrino?

Melas respondió:

—Confío, majestad, en que sabrás perdonar mi antigua locura y mi enemistad hacia ti. Mis dos hermanos mayores me aconsejaron mal. Argo y yo no somos malvados y ya no deseamos ir a Grecia aunque Jasón pudiera cumplir su promesa de conseguir nuestro patrimonio beocio; pues somos los dos hijos menores a quienes los dos mayores siempre han querido mantener en la pobreza. Frontis y Citisoro, a quienes correspondería ser los primeros en elegir ciudades y tierras, tomarían, como si dijéramos, el cuero, la carne y la grasa, y nos dejarían a nosotros las pezuñas, los despojos y los huesos. Ésta es mi propuesta: mi hermano Argo y yo nos ofrecemos a montar guardia esta noche para que tu viaje en la canoa pueda pasar inadvertido por los griegos, así como la partida silenciosa de tus navíos. En el último momento Argo y yo nos descolgaremos por el costado del navío griego y haremos que nos suban a tu barco. Ésta es mi súplica: que en pago de nuestros leales servicios nombres a Argo gran almirante de Cólquide y a mí capitán de tu guardia de palacio.

—Acepto la propuesta —dijo Apsirto— y consideraré favorablemente vuestra súplica en cuanto haya conseguido las tres cosas que me has prometido: el vellocino, mi hermana y la venganza sobre la asesina de mi padre. En vista de que Atalanta hace responsable del asesinato a la Artemisa tracia, y no a sí misma, me considero justificado en hacer caso omiso del juramento que presté en nombre de la diosa. ¿Qué puedo deberle yo a una deidad que ha infligido sobre nuestra casa esta terrible ofensa sin provocación alguna?

Melas regresó al Argo y le aseguró a Jasón que todo marchaba bien. Al anochecer enviaron a Autólico para que sacara el mechón de cabello de Medea del zurrón de Apsirto y lo reemplazara por una larga hebra de hilo amarillo. Realizó la hazaña sin dificultad pues era increíblemente ágil de manos. Se dice que podía robarle a un hombre los dientes anteriores o las orejas con tal rapidez y maestría que la víctima no

se daba cuenta de la pérdida hasta una hora más tarde. Pero no hicieron a Autólico cómplice del plan para quitarle a Apsirto la vida; sólo Jasón, Medea, Melas y Atalanta sabían lo que se estaba tramando.

Aquella noche los argonautas hicieron ver que bebían en exceso. Cantaron canciones achispadas, aporrearon con palos y huesos la caldera del barco, y golpearon fuertemente la tablazón de cubierta con sus talones. Idas no dejaba de gritar: «¡Jasón, Jasón, estás borracho!». A lo cual respondía Periclimeno, el mago, con una voz que no podía distinguirse de la de Jasón: «¡Silencio, hombre, estoy tan sobrio como una ninfa de agua!». Poco después, todos menos Argo y Melas, hijos de Frixo, que estaban de guardia, simularon que se quedaban dormidos.

Este espectáculo fue una argucia para ocultar la ausencia de dos ellos: Jasón y Eufemo de Ténaro. Justo al caer la noche se habían escondido en una espesura y en cuanto Eufemo pudo, se había zambullido en el mar sin hacer ruido y había nadado hasta tierra firme, al lugar en que varias canoas brigias de piel de foca estaban atadas a un amarradero. Se hizo con una de ellas y remando con el canalete regresó al lugar donde le esperaba Jasón. La noche oscura, que amenazaba lluvia, favorecía los planes de Jasón. Subió a la canoa, cogió el canalete de doble pala, y guiándose por la luz de la lámpara no tardó en encontrarse en la playa de la isla de Artemisa, estrechando a Medea entre sus brazos, sin decir nada.

Ella lo condujo a la cabaña donde los que visitaban el oráculo solían esperar a la sacerdotisa y le dijo:

—Ahí está la cama en la que has de tumbarte. Las mantas te taparán. ¡No dejes que se te vea la espada! Podría ser que trajera consigo una lámpara.

Jasón respondió con una sonrisa:

—Melas me ha dicho que se tragó tu historia con la misma avidez con que Butes se tragó la miel venenosa.

Medea suspiró y se mordió la uña del pulgar.

—Debimos abandonar al colmenero a su suerte —dijo—. Su avidez nos ha llevado a cometer crimen tras crimen.

—Somos inocentes en cuanto a derramamiento de sangre —dijo Jasón apresuradamente—. No te muestres débil, hermosa mía, porque sólo unos corazones implacables conseguirán que el vellocino vuelva nuevamente a Grecia. ¿Acaso no deseas regresar con nosotros? Tu camino de regreso a Cólquide aún está abierto. Si decides volver, sea por piedad o por temor, yo no me pondré en tu camino, por muy amarga que me sea tu pérdida. Pero hay algo de lo que estoy convencido: tengo que retener a toda costa el vellocino.

—¡El vellocino, siempre el vellocino! —exclamó Medea—. Podría odiarte como odio a las Furias si no te amara de este modo insufrible.

No, no, te seguiré hasta el fin del mundo, y ni la sangre de mi padre ni la de mi

hermano correrá entre los dos para impedir nuestro matrimonio. ¡Bésame otra vez, Jasón, bésame! Sólo en tu boca puedo hallar el valor necesario para la ineludible acción que tengo ante mí.

Él la besó una y otra vez, aspirando ansiosamente el aromático perfume de su cabello y de su cuerpo. Medea cerró los ojos y gimió de placer como un perrito.

Luego Jasón se separó de ella, y, tumbándose sobre la cama, se cubrió con las mantas. Allí, solo, con la espada al alcance de la mano, aguardó la entrada de Apsirto.

Atalanta no estaba. Pero pronto oyó claramente su voz que procedía del santuario: estaba entreteniendo a la sacerdotisa con un relato del viaje. La historia que más le gustó a la sacerdotisa fue la de las mujeres de Lemnos, y Jasón oyó cómo se reía con una risa aguda: «¡Ah, las muy tontas, las muy tontas! ¿Es que no sabían lo bien que estaban sin los hombres?». Luego oyó a Medea que se dirigía al santuario para hacer callar a Atalanta, pues Apsirto tenía que creer que estaba en la cabaña.

Pasó una hora y, aguzando el oído, oyó el sonido bajo de voces que conversaban en el gorjeante idioma colquídeo: eran Apsirto y Medea. Se aproximaban silenciosamente hacia él por el sendero. La voz de Medea era dulce y servil, la de Apsirto amarga y vengativa. A Jasón le pareció que ella decía: «No tengas miedo, hermano. Atalanta es una mujer desarmada». Y que Apsirto respondía: «Aunque fuera el mismo Hércules con su arco y su maza de bronce, no vacilaría. Te aseguro que no se me escapará».

Apsirto se fue acercando lentamente. Se detuvo en el umbral y pronunció en voz baja algo que parecía una plegaria para el espíritu de su padre Eetes, dedicándole el sacrificio.

La plegaria terminó y Jasón oyó el sonido metálico de las armas al chocar contra la armadura mientras Apsirto cruzaba a tientas la oscura habitación.

Jasón se incorporó, asiendo su espada en la mano derecha y en la izquierda su capa doblada para que le sirviera de escudo. Apsirto dio un paso hacia atrás, pero Jasón, que veía su silueta débilmente perfilada en el umbral de la puerta, se abalanzó sobre él y le hundió el arma en la ingle; Apsirto lanzó un terrible grito de dolor y dejó caer su espada. Jasón luchó con él, lo tiró al suelo y con un solo golpe de su cuchillo magnesio le cortó la arteria principal del cuello y la sangre brotó como un manantial caliente.

—Trae una luz, date prisa —dijo Jasón a Medea cuando Apsirto había dejado de luchar.

Ella fue a buscar la lámpara pero se cubrió los ojos para no ver la sangre. Jasón se puso a horcajadas sobre el cadáver y le gritó con audacia:

—Soy inocente, rey Apsirto. Tú fuiste el primero en romper el juramento. Te comprometiste a no actuar con violencia con ningún argonauta, y sin embargo te acercaste a mí con acero en las manos. No hice más que defenderme contra tu

violencia.

No obstante, como en el fondo de su corazón sabía que había cometido un asesinato a traición, le cortó a Apsirto las orejas, la nariz, los dedos de las manos y de los pies, y tres veces lamió la sangre que salía a chorro, y tres veces volvió a escupiría exclamando: «¡Yo no, espíritu! ¡Yo no!». Le había cortado las orejas y la nariz para que el espíritu no pudiera reconocerlo por el olor o el sonido, y ahora también le sacó los ojos, para cegarlo; y le abrió las plantas de los pies para que no pudiera perseguirle sin dolor. Los dedos de las manos y de los pies los arrojó por la ventana entre los juncos de un pantano, para que a los colquídeos les resultara difícil recuperarlos.

Entonces salió, con la cara y las manos pegajosas de sangre. Medea se apartó de él presa de un invencible odio, y él le dijo a ella con reproche:

—Princesa, en tu vestido también hay sangre.

Ella no respondió. Llamó a Atalanta, que estaba en el santuario.

—¡Tráeme el vellocino —le dijo y sígueme!

La vieja sacerdotisa salió con paso airado y preguntó:

—¿No habéis oído un grito?

Medea respondió:

—Graciosa señora, la diosa Artemisa sé ha vengado del blasfemo.

Los centinelas colquídeos que vigilaban, a la espera del regreso de Apsirto, oyeron el sonido de canaletes y gritaron:

—¡Ah del bote!

Medea respondió:

—Soy yo, la reina Medea. ¡Colquídeos, escuchad todos, escuchad con respeto y obediencia a vuestra nueva reina! Mi hermano, el rey Apsirto, ha muerto, y solamente quedo yo como miembro de la casa real.

Sin importarle el juramento que hizo a Jasón el griego en nombre de la Artemisa tracia, diosa de este lugar, vino sigilosamente de noche a vengarse en mi acompañante, la doncella Atalanta, a quien acusaba injustamente del asesinato de nuestro padre. Cuando penetró en la cabaña donde Atalanta y yo dormíamos, y al acercarse silenciosamente, espada en mano, a la cama, yo fui testigo de un prodigio. Una mujer altísima y de extraordinaria belleza, vestida con una falda, sin duda alguna la propia diosa tracia, apareció sin que se supiera de dónde y hundió su jabalina en la garganta de mi hermano, mientras gritaba: «¡Desdichado! ¿Te atreverías a matar a una doncella cazadora de Artemisa en la isla de Artemisa?».

Luego, con su mano firme le cortó las extremidades con su propia espada, y él cayó en el charco de su propia sangre. La sangre salía a chorros de todas partes y me salpicó el vestido.

—¡Escuchadme aún más, colquídeos! Yo soy vuestra reina, y sean cuales sean las

órdenes que os dé, tenéis que cumplirlas. En primer lugar, os exijo que permanezcáis aquí durante nueve días, a partir de mañana al amanecer, para llorar a mi hermano y realizar los ritos funerarios en su honor. Recoged sus huesos con cuidado —no algunos sino todos ellos y llevadlos envueltos en el cuero de un caballo a Cólquide, a mi capital de Ea, hacia donde yo me dirigiré antes que vosotros. En cuanto a estos griegos, tengo intención de dejarlos en libertad y devolverles el vellocino que les robó Frixo, el esposo de mi hermana; no lo hago por debilidad o cobardía, sino para que sus propiedades dañinas no causen la muerte de un tercer miembro de la familia real, es decir, la mía. Pero haré este regalo con una condición: que me lleven primero hasta Cólquide, antes de partir en su navío hacia su propia tierra. Marineros, conozco vuestros escrúpulos religiosos y los respeto. Sé que consideráis de mal agüero llevar a bordo a una mujer, y que el mal agüero sería doble si llevarais a una sacerdotisa de la diosa de la Muerte, y triple si se diera el caso de que tuviera el vestido manchado, como el mío, con la sangre de mi hermano.

Los colquídeos escucharon el discurso de Medea con estupefacción y ninguno de ellos se atrevió a decir nada. Luego Medea exclamó:

—¡Melas, sobrino mio, tú que estás de centinela en el navío griego! Despierta a tu jefe, el príncipe Jasón, y pregúntale si está de acuerdo con el trato que le propongo.

Melas hizo ver que consultaba con Jasón y después respondió en colquídeo que Jasón estaba de acuerdo, pero con la condición de que primero pudiera ir a recoger a Atalanta a la isla y luego remontar el Danubio para alcanzar a Peleo y hacerle regresar: pues no podía abandonar a ninguno de estos dos camaradas.

Medea hizo ver que se impacientaba, pero al final consintió. Subió a bordo del Argo, exclamando que cuanto antes zarparan, mejor, si pensaban alcanzar a Peleo. Los argonautas hicieron rodar las piedras que servían de anclas hasta subirlas a bordo y se alejaron remando en la oscuridad sin decir ni una palabra más, mientras detrás de ellos se elevaba un lento gemido de dolor de los marineros colquídeos que se habían quedado sin jefe, como el de lobos hambrientos que aúllan a la luna.

Anceo condujo la nave a la isla del oráculo, y cuando la quilla tocó la arena, dejó caer la escala. Primero subió a bordo Atalanta, que llevaba el vellocino, y luego Jasón. En la orilla podía oírse la risa aguda y los repetidos adioses de la sacerdotisa, que gritaba alegremente en su acento tracio: «¡Cortado en pedacitos —cortado en pedacitos jamás podrán volverse a juntar!».

Los argonautas se estremecieron al oír esto. Pensaron que tal vez ella había sido la grulla disfrazada, y, en efecto, con su larga nariz y piernas delgadas verdaderamente parecía una grulla. Se alegraron de dejar atrás la isla sangrienta y de poder desplegar su vela ante la fuerte brisa del norte.

40. EL ARGO DESPIDE A JASÓN

Al amanecer los argonautas encontraron a Peleo, que los esperaba en el pueblo brigio. Admeto le preguntó, mientras subía por la escala:

—¿Aún estás aquí? ¿Y el vicealmirante colquídeo?

Peleo respondió brevemente:

—Nos prestaron la canoa y partimos en ella. Pero el vicealmirante me confesó que no sabía nadar —hizo una pausa.

—Comprendo —dijo Admeto—; es otro de tus desafortunados accidentes.

—Mi vida ha estado repleta de accidentes —reconoció Peleo enrojeciendo— desde que en Egina, hace ya mucho tiempo, un genio malvado me desvió un tejo que había lanzado y maté a mi desgraciado hermanastro. Ayer, la falta de estabilidad de la canoa y la rapidez de la corriente fueron la causa de que el vicealmirante colquídeo perdiese la vida, sin derramamiento de sangre —luego se dirigió a Jasón y Medea—: Decidme, bendita pareja, ¿cómo habéis conseguido deshaceros de nuestros opresores? ¿Acaso Eufemo le pidió otra vez a Argo el taladro de su caja de herramientas? ¿Habéis traído el vellocino?

Cuando Jasón se incorporó para exhibir el trofeo, los penetrantes rayos del sol iluminaron su túnica sangrienta, sus piernas manchadas y los coágulos de sangre en su cabello rubio.

Peleo hizo una mueca gorgónea y dijo:

—Parece, Jasón, que tú también has tenido un desafortunado accidente, aunque el tuyo sí que ha sido sangriento. ¿O es que has estado haciendo un sacrificio de medianoche en honor alguna deidad de los Infiernos?

Ninguno de los argonautas, con excepción de Atalanta y de los hijos de Frixo, sabía que Jasón había asesinado a Apsirto, aunque todos sabían que había ido secretamente a la isla para apoderarse del vellocino. La vista de la sangre les produjo asombro y horror y esperaron en silencio la respuesta de Jasón.

Pero Jasón no dio ninguna respuesta.

Medea sonrió, mirando hacia la fila de bancos repletos, y dijo:

—Vamos, sigamos adelante, hombres queridos, mientras dure la brisa. Que nadie crea que hablaba en serio cuando dije que me llevaseis de vuelta a Ea antes de regresar a Grecia. Aunque todo el reino de Cólquide quedara sepultado por un terremoto o inundado por un diluvio, nada me importaría. El Argo navegará directamente a Yolco. ¡Vamos, desatraquemos!

No se movió ni un solo hombre. Todas las miradas estaban fijas en su vestido, rociado de sangre en el lado izquierdo.

Atalanta preguntó:

—Camaradas, ¿qué os ocurre? ¿Por qué no se mueve ninguno de vosotros?

La voz chillona de Ascálafo de Orcómeno rompió el largo silencio.

—Oigo un extraño sonido musical que viene de la proa —dijo—. ¿Será que procede de la rama oracular de Zeus que ya se dirigió a nosotros en otra ocasión y disipó nuestras dudas?

—No es más que el zumbido de las moscas o el viento que agita el cordaje —dijo Equión, que se sentía celoso de todos los oráculos que no procediesen de su padre Hermes.

Mopso, el adivino, subió a la proa, recogiendo cuidadosamente sus vestidos cuando pasó junto a Medea, para que no fueran profanados. Escuchó atentamente y por fin movió la cabeza afirmativamente y dijo:

—La rama dice: «Los que en la batalla den muerte a mis enemigos declarados pueden sentarse, con el debido orden, en los sólidos bancos de este navío; pero los que estén complicados en un asesinato a traición, por muy justa que sea la causa, incurren en mí maldición y desagrado. Si no abandonan el navío inmediatamente, enviaré un rayo que los destrozará a ellos y a la nave y arrojará a todos los argonautas juntos a una perdición insondable. Han de irse, han de irse, han de irse, y no deben regresar hasta haberse purificado totalmente de su culpa. ¡Ah! Incluso los dorados cuernos del vellocino me huelen a sangre. No aceptaré ningún vellocino sangriento, aunque la sangre haya brotado de las gargantas de los enemigos. Sacad del navío la púrpura y el oro, y que no me sea devuelto hasta que se haya lavado en el agua de siete ríos que se viertan en siete mares distintos».

En las lejanas cumbres del monte Hemo sonó un trueno reverberante, aunque el cielo estaba despejado, confirmándose así la autenticidad del oráculo.

Sin decir palabra, Jasón y Medea recogieron algunas de sus pertenencias y también el vellocino, y descendieron por la escala.

Mopso le preguntó a Atalanta:

—¿No tuviste tú nada que ver con el asesinato?

Ella respondió:

—Sólo fui cómplice, nada más. No hay sangre en mi cuerpo, ni en mi cabello, ni en mi falda.

Euridamante, el dólope, dijo:

—Sin embargo, tal vez una o dos gotas hayan escapado a tu escrutinio. No permitiré que te quedes a bordo.

Meleagro dijo:

—Si Atalanta se va, yo me voy con ella.

—Vete en paz —respondió Euridamante y llévate también a Melas, pues aunque no desembarcó en la isla del oráculo, creo que es aún más culpable que Atalanta.

Los demás argonautas repitieron: ¡Vete en paz, Meleagro!

Atalanta, Meleagro y Melas abandonaron el Argo y Meleagro dijo:

—Me marcho por voluntad propia, no por necesidad; sin embargo, quiero que seáis testigos ante Apolo de que no soy un desertor, ya que todos me deseáis que me vaya en paz. ¿Dónde volveremos a reunirnos?

Argo respondió:

—¿Dónde si no en Eea, la ciudad de Circe? Circe, al ser la hermana del asesinado Eetes y la tía del asesinado Apsirto, es la única persona en el mundo que puede realizar el oficio de purificación de los culpables. Condúcelos hasta su palacio, llevando el vellocino, por la ruta que convinimos en el último consejo, y convence a Circe de que los purifique.

Otro trueno lejano añadió peso a las palabras de Argo.

Meleagro dijo:

—Está bien, camaradas. Os deseo un feliz viaje y que podáis escapar del gran almirante Aras que debe de estar al acecho en Troya, y también de sus implacables aliados los troyanos. Creo que habéis hecho mal en expulsar a Medea del Argo, porque sólo ella, como reina de Cólquide, tiene poder sobre Aras.

—No temo por el Argo —dijo Argo mientras no quede a bordo ningún rastro de maldad. Estamos bajo la protección de cinco deidades: de Atenea, bajo cuya dirección construí esta gloriosa nave; de Zeus, cuya rama parlante nos acaba de amonestar y cuyo trueno confirmador ha resonado dos veces en el monte Hemo; de Poseidón, por cuyo engañoso elemento hemos navegado y hemos de seguir navegando; de Artemisa, cuya grulla nos ha dado hace poco tiempo un reconfortante augurio en medio de nuestra desgracia; y de Apolo, a quien Artemisa llama Hermano, y a quien hicimos sacrificios en Leuce cuando desembarcamos en aquella encantadora isla.

Desde la proa, donde se hallaba envuelto en una manta, Orfeo reprendió a Argo, diciéndole con voz débil:

—Argo, hijo de Aréstor, no olvides a la Gran Diosa, en virtud de la cual subsistimos.

Argo respondió apresuradamente:

—No es necesario pronunciar su nombre con los labios; desde que estuvimos en Samotracia ha latido bajo nuestras costillas como el mazo de un carpintero de navíos.

Entonces desatracaron el navío, despidiéndose únicamente de Meleagro, pues no querían ganarse la enemistad del espíritu de Apsirto. Argo fue elegido capitán por unanimidad.

Navegaron a lo largo de la costa oeste del mar Negro, sin correr más aventuras. La costa continuaba siendo baja, hasta que, al tercer día, llegaron frente al monte Hemo, después de lo cual empezó a tener una altura moderada. Los vientos eran ligeros pero favorables, y al quinto día, el Argo dobló un cabo cubierto de árboles con

inclinadas costas amarillas y llegó a Salmidesos, la capital de verano del rey Fineo. Desembarcaron todos los argonautas y el rey Fineo, de nuevo rubicundo y activo, salió a recibirlos al patio del palacio, dando golpecitos con su bastón, y lloró sobre el hombro de Calais y Zetes. Después de contarle resumidamente toda la historia del viaje, el rey Fineo dijo:

—Tan pronto como hayáis colocado el vellocino sobre la imagen de roble del Carnero Lafistio, volved apresuradamente a casa, queridos hijos.

Se comprometieron a hacer lo que les pedía, pero dijeron:

—Todavía existen peligros por delante. ¿Cómo vamos a escapar con vida de nuestros enemigos, los colquídeos, y de sus aliados, los troyanos?

Fineo respondió:

—Ni Atalanta, ni Medea, ni Jasón están con vosotros, y no lleváis el vellocino. ¿Qué podéis temer de los colquídeos? En cuanto a los troyanos, no lleváis a bordo ninguna mercancía que pueda despertar su codicia; y cuando les informéis que tanto Eetes como Apsirto están muertos, y que el trono de Cólquide está vacante, os bendecirán y festejarán como portadores de buenas noticias. Las desgracias de Cólquide sonarán placenteramente en sus oídos, estoy seguro, pues Eetes les estropeó más de un negocio y restringió su comercio con varios pueblos de la costa del mar Negro.

Tranquilizados y refrescados, los argonautas continuaron alegremente su viaje. Pero zarparon sin Orfeo, que se había encontrado mal desde que dejaron Cólquide y no había tocado ni una nota de su música desde entonces. Cuando Fineo se comprometió a curarlo con baños y purgas y a enviarlo de nuevo a su país protegido por una escolta, sus camaradas le absolvieron de su juramento de permanecer con ellos. Al anochecer del día siguiente llegaron a un lugar desolado, cubierto de espesuras de madroños, zarzales y robles achaparrados: la desembocadura del lago Delcos. Allí, en una playa de deslumbrante arena blanca, sacrificaron a la diosa Atenea dos ovejas que habían llevado de Salmidesos, rogándole, mientras fluía la sangre, que una vez más los guiara felizmente a través de las rocas Simplégades.

La corriente del Bósforo era aún más fuerte que antes, y aunque lamentaron que Tifis ya no estuviera con ellos para pilotar el barco, el gran Anceo, confiando en las instrucciones del rey Fineo, tomó el timón decididamente. Se deslizaron aceleradamente por el estrecho sin sufrir ningún accidente, cubriendo la distancia en tres horas o menos, y pronto se hallaron navegando alegremente por la costa norte del mar de Mármara. Su primera escala fue en la ancha y resguardada bahía en la que vierte sus aguas el río Atiras, en el territorio del rey Fineo; la siguiente fue en un banco de arena bajo la sombra de la montaña Sagrada; la tercera, la bahía de Sestos. Éste era el primer lugar de desembarco que coincidía con uno de los del viaje de ida, y el destino quiso que fuera también el último.

Una mañana, temprano, navegaban velozmente por el Helesponto; lucía un ardiente sol y las aguas tenían un color azul como de lapislazulí, pero la fresca y verde hierba de las costas estaba marchita y quemada, pues el verano ya estaba muy avanzado. Una columna de humo se elevó desde la ciudad troyana de Dardano cuando pasaron por delante, y otra desde una torre de vigía que se hallaba unas millas más abajo. Los argonautas se miraron unos a otros con recelo, se pusieron las armaduras y echaron mano a las armas, esperando lo peor.

Pronto vieron cuatro o cinco naves que salían de la desembocadura del río Escamandro. Linceo les informó:

—Son naves colquídeas, el escuadrón de Aras. Pero no veo ningún barco troyano, ni varado ni a flote.

Frontis, hijo de Frixo, le dijo a Argo:

—El gran almirante Aras estuvo muchos años en Percote como prisionero de guerra, y por lo tanto entiende el griego. Deja que Equión, el heraldo, hable por nosotros. Sin duda Hermes, su divino padre, le meterá otra sarta de mentiras en la boca.

Idas soltó una risotada cuando oyó esto y Equión se sintió ofendido.

Dijo:

—No hay que burlarse a la ligera de mi padre, el dios Hermes. Su elocuencia es tal que puede engañar con la verdad tan fácilmente como con mentiras. Escuchad, y veréis como no le digo al colquídeo nada que no sea estrictamente cierto; y sin embargo, nublaré su vista con una nube impenetrable de falsedad.

Diciendo esto, se puso sus vestiduras heráldicas, tomó su curvado báculo en la mano, y, de pie en la proa, presentando un magnífico aspecto, le gritó a Aras:

—¡Excelente Aras! Tenemos buenas noticias para ti. Tu escuadrón ya ha cumplido la misión que tenía encomendada sin ningún peligro o derramamiento de sangre, y puede ahora regresar honrosamente a Cólquide. Vuestro obstinado y sagaz rey Apsirto persiguió nuestro navío por las enormes olas del mar Negro y nos atrapó por fin en un lago —el lago de la Grulla a unas millas de la desembocadura del río del Hinojo, que, de los dos anchos brazos que esculpen el delta del Danubio, es el que está más al norte. Cuando nos tuvo a su merced, Apsirto nos exigió tres cosas: que le devolviéramos a su hermana Medea; que devolviéramos el vellocino al santuario de Prometeo y que le permitiésemos vengarse con sangre en nuestra compañera Atalanta de Calidón, cuya ingrata jabalina atravesó el vientre de vuestro anterior rey, el glorioso Eetes. Eramos sólo una nave contra doce. ¿Cómo no íbamos a ceder? Pero tan furioso estaba tu rey que la sangre, la sangre real brotó y corrió antes de que pudiera arreglarse la querella. En consecuencia y por desgracia, no sólo ya no están en el Argo ni Atalanta ni la princesa Medea, sino que tampoco verás ya a Jasón, sucesor del rey Esón de Ptiótide, ni a Meleagro, hijo del rey Eneo de Calidón, en

Arcadia, ni tampoco a Melas, el nieto del desgraciado Eetes. ¡Que caiga este mástil y me aplaste la cabeza si cuanto te digo no es verdad! Sube a bordo, señor de la barba salada, sé bienvenido, y cerciórate con tus propios ojos de que no te estamos escondiendo el vellocino ni a ninguna de las personas a quienes he nombrado. A nosotros nos han perdonado nuestras vidas. Regresamos a Grecia con las manos vacías, bajo el mando de otro capitán, y cuando la historia de nuestra aventura recorra Grecia, hará reír a quienes la escuchen, ¿no te parece? Puedes estar seguro que después de lo que hemos visto y de lo que hemos sufrido, ninguno de nosotros querrá volver a enfrentarse a los terrores de vuestro inhóspito mar.

Aras era un hombre suspicaz. Su cautiverio en Percote, en la casa del padre de Cute, el rey Mérope, le había enseñado a desconfiar de todos los griegos y a no creer ni palabra de lo que decían los heraldos que salían del colegio de Hermes en el monte Cileno. Quiso que el Argo se pusiera al pairo mientras él se arrimaba al costado del navío.

Argo hizo la maniobra y permitió que Aras subiese a bordo, pero ningún otro colquídeo.

Aras hizo un examen a fondo para asegurarse de que el vellocino no estaba escondido en el Argo. Halló el doble fondo de la arqueta bajo el asiento del timonel, pero allí no encontró nada más que unas cuentas de ámbar y unos adornos de cabeza, hechos de filigrana, que reconoció como pertenecientes a Medea.

—Estos son objetos robados —exclamó Aras.

—¡No, no! —exclamó Peleo, que para todo tenía respuesta—. Son míos. La propia princesa me los dio como un regalo para mi mujer en agradecimiento de mi amabilidad para con ella. Pues cuando el rey Apsirto nos alcanzó, Jasón amenazó con matar a Medea con sus propias manos a no ser que Apsirto le permitiera quedarse con el vellocino. Pero yo se lo impedí.

Aras ordenó a dos marineros colquídeos, que eran nadadores, que bucearan por debajo del Argo para ver si el vellocino estaba clavado en el fondo del navío, un truco que suelen emplear los mercaderes para burlar a los aduaneros de Troya. Pero los marineros no encontraron nada y Aras se vio obligado a abandonar la búsqueda. Estaba convencido de que le estaban engañando, pero no conseguía ver en qué consistía el engaño. Equión dijo:

—Excelente Aras, antes de que nos marchemos, ¿aceptarías un regalo mío? Se trata de un par de grebas de bronce que se ajustarían mucho mejor a tus robustas piernas que a las mías, que son tan finas. Las cogí en el saqueo del palacio de Amico el bébrice. Era un hombre de tu corpulencia pero dotado de menos inteligencia; y este defecto fue la causa de su perdición.

Aras aceptó el regalo de buen grado. Mientras subía de nuevo a bordo de su nave, le dijo a Argo en el tono más cordial que le fue posible:

—¿Te has enterado de lo que ha ocurrido en Troya desde vuestra última visita a estas aguas?

—No —respondió Argo¡Dímelo, te lo ruego! Estoy muy interesado en la suerte de esta famosa ciudad, con la cual, como ateniense que soy, he comerciado durante muchos años.

Aras empezó:

—Hay un griego llamado Hércules, del que habrás oído hablar.

Argo preguntó con impaciencia:

¿Te refieres a Hércules de Tirinto?

Aras respondió:

—Creo que es tirintio de nacimiento. Por lo menos es el Hércules que en una ocasión vino a Amazonia y mató a la reina Hipólita, un hombre de tamaño y fuerza descomunales, con un mazo recubierto de latón y una piel de león.

Argo dijo:

—Todos conocemos a este Hércules. Ha sido nuestro camarada de a bordo durante el viaje de ida hacia Cólquide.

—Hércules estaba furioso —prosiguió Aras— porque creía que los misios habían raptado a su hijo adoptivo Hilas y lo habían enviado, no sé por qué motivo, a Troya. Así pues, fue a visitar a los doliones de Cícico, y al rey de Percote y uno o dos pequeños poblados griegos más en el mar de Mármara, y gracias a ellos reunió una flota de seis naves. Con estas naves entró en el río Escamandro de noche, sorprendió y quemó la flota troyana y, precipitándose hacia la propia Troya —haciendo pedazos con su gran maza las puertas principales de la ciudad—, apareció de pronto en el palacio del rey Laomedonte, pidiéndole satisfacción por sus injurias.

Laomedonte, a pesar del tremendo miedo que sentía, no sabía que le hubiera hecho a Hércules ninguna injuria, quien le preguntó cortésmente cuál era su queja. Hércules empezó con una larga historia de unas yeguas comedoras de hombres que años atrás había dejado a cargo de Laomedonte y que no le habían sido devueltas. Laomedonte respondió que recordaba bien aquellas yeguas, ahora que Hércules las mencionaba.

Cuando llegaron a Troya estaban en muy mal estado: la verdad era que Hércules no sólo les había negado carne humana, que era el alimento al que estaban acostumbradas en los establos de su anterior propietario tracio, el rey Diomedes de los bistones, sino que las había fatigado demasiado. Hércules dijo a Laomedonte que se dejara de insultos y que le confesara lo que había ocurrido con las yeguas. Laomedonte respondió que habían expirado casi inmediatamente. Hércules le llamó embustero, pero le dijo que se contentaría con recibir, en lugar de las yeguas robadas, un número igual de yeguas de Ganimedes. Éstas eran las yeguas laconias que el rey Euristeo mandó a Troya en compensación por la muerte de Ganimedes, el hijo de

Laomedonte que había muerto durante una escaramuza con los piratas aqueos. Junto con el regalo había llegado la consoladora noticia de que el alma de Ganimedes había sido transportada al monte Olimpo sobre el lomo de un águila, o eso al menos habían atestiguado los piratas; sin duda Zeus le nombraría su escanciador inmortal.

—Recuerdo bien el caso —dijo Argo—. Pero ¿le entregó Laomedonte las yeguas a Hércules?

—Desgraciadamente puso dificultades —respondió Aras—. Esto irritó al irascible Hércules, quien le preguntó: «¿Dónde está Hilas, rufián?». Laomedonte respondió que no conocía a nadie que se llamara así. Hércules explicó que Hilas era su hijo adoptivo tesalio y que era el niño más hermoso y encantador del mundo. Acusó a Laomedonte de esconderlo en alguna parte de la ciudad. En aquel momento, uno de los hijos de Laomedonte, émulo de su gloria, trató de matar a Hércules arrojándole una gran piedra desde una torre. Erró el blanco y Telamón de Egina, un compañero de Hércules, mató a Laomedonte con una lanza. Entonces Hércules y sus hombres saquearon el palacio y se llevaron prisioneros a los ciudadanos más distinguidos.

Los argonautas quedaron extremadamente aliviados al oír la historia. Argo preguntó:

—¿Quién gobierna ahora en Troya?

Aras respondió:

—Hércules se encaprichó con Príamo, el hijo más pequeño de Laomedonte. Lo levantó y lo colocó en el trono de su padre, diciendo: «Sé rey, hijo. Deja que la nación de Troya vuelva a crecer, igual que crecerás tú, y adquiera sabiduría y madurez cuando las adquieras tú».

Argo y Aras se despidieron entonces con mucha cordialidad. El Argo puso proa al sur hacia Ténedos y Aras dijo a sus capitanes:

—Todo va bien. Volvamos a casa.

Sin embargo, en Sestos, en su viaje de vuelta, Aras soñó que Eetes venía hacia él, sujetándose con las dos manos la herida del vientre para que no le salieran las tripas, y gritaba enfadado: «¡Aras! ¿Por qué desobedeces mis órdenes? Trae a mis asesinos ante la justicia. Devuélveme el vellocino».

En el sueño Aras respondió:

—Majestad, a ti te han asesinado y tu hijo Apsirto reina en tu lugar. Yo obedezco sus órdenes y no las tuyas.

Eetes repitió con una voz sepulcral:

—¿Por qué desobedeces mis órdenes? Yo estoy muerto, pero mis órdenes siguen con vida. Trae a mis asesinos ante la justicia. Devuélveme el vellocino.

En el sueño Aras preguntó:

—¿Dónde puedo encontrar el vellocino y a tus asesinos?

Eetes respondió:

—Navega hasta Eea, a la casa de mi hermana Circe. Allí encontrarás a Atalanta, mi asesina, y el vellocino, y mi traidora hija Medea, todos juntos.

Cuando Aras se despertó dio orden de cambiar de rumbo y dirigirse a la lejana Eea, a pesar de las airadas protestas de sus capitanes.

41. REUNIÓN EN EEA

Después de saquear Troya, Hércules regresó con Talcibio a Élide, en el Peloponeso, donde realizó fácilmente, y en el tiempo indicado de un día, el trabajo consistente en limpiar los inmundos establos del rey Augías. Sencillamente obligó a los servidores de palacio, mediante golpes y amenazas, a que desviasen el curso de dos arroyos cercanos, que al Irrumpir en los establos arrastraron consigo toda la inmundicia, y parte del ganado también. Luego regresó a Asia para volver a buscar a Hilas y para vengarse de Calais y Zetes. Vagando por Lidia, descansó cerca de Sardis, en el santuario umbilical del héroe jonio Tmolo, donde crece la terrible planta de serpiente, una planta retorcida que supera al hombre en altura y tiene un cáliz carmesí en forma de lirio y un olor nauseabundo a ratas. En este lugar, la gran sacerdotisa Ónfale lo hizo su amante y como consecuencia, según dicen, dio a luz trillizos varones.

Él sintió envidia de la vida feliz y tranquila de Onfale.

—¿Cómo te las arreglas para vivir siempre en paz con tus amigos y vecinos? —le preguntó¡Dime el secreto!

Ella respondió:

—Aquí la felicidad pende de tres finas hebras.

—¿Cuáles son? —preguntó él.

—¡A ver si entiendes el acertijo! —respondió ella. Pero Hércules se impacientó tanto que se lo tuvo que decir.

—La fina hebra de la leche cuando la hacemos salir de las ubres de nuestras ovejas y cabras lecheras; la fina hebra de tripa que ato de una punta a otra de mi lira pelasga; y la fina hebra de la lana cuando hilamos.

—La leche es un buen alimento —dijo Hércules si se bebe en cantidades suficientes, y confieso que no soy insensible a la música de la lira. Pero explícame lo del hilado: ¿cómo puede ser que el simple hecho de hilar haga sentir la felicidad?

Ónfale preguntó:

—¿Cómo es posible que, de los centenares de mujeres que has amado, ninguna te haya descrito los placeres del huso? La tortera que se tuerce en espiral, el huso que va dando vueltas, la lana blanca con la que juegan los dedos transformándola en hebra firme y lisa…, son juguetes extraordinariamente placenteros. Y mientras hilas, puedes cantar bajito para ti misma, o charlar con amigas o dejar volar la imaginación…

—Me gustaría probarlo —dijo Hércules con entusiasmo—, si crees que no te rompería la tortera o el huso. De niño no tuve suerte con mis clases de música.

Así fue cómo Ónfale le enseñó a Hércules a hilar. Aprendió en seguida y el hilo que hilaba era maravillosamente fuerte. Confesó que siempre había querido ser una

mujer, y que ahora por fin sabía cuántos placeres se había perdido. Ónfale le vistió con ropas de mujer, y lavó, peinó y trenzó su cabello enredado y ató las trenzas con cintas de color azul. En el santuario umbilical Hércules fue más feliz que en ninguna otra parte, porque los espíritus de los niños, al no reconocerlo vestido con aquellas galas, dejaron de molestarlo durante un tiempo. Talcibio también perdió su pista y como aquél era un santuario en el que ni siquiera tenían derecho a entrar los heraldos, Hércules pudo haberse quedado allí a salvo durante meses o incluso años, si no hubieran llegado noticias desde Teos, una ciudad en la costa, de que el Argo había anclado allí para embonarse. Durante su travesía por la costa después de Ténedos, el navío se había quedado atascado en unas rocas sumergidas y solamente gracias a que achicaban constantemente, los argonautas lograron llegar hasta la costa y dejarlo varado allí; la tablazón de cubierta de la proa estaba arrancada por la parte de babor.

Cuando Hércules oyó esta noticia, tiró el huso al otro extremo del patio, se desgarró el vestido, cogió su maza, su arco y su piel de león, y corrió enfurecido hacia la playa.

Los argonautas no conseguirían nada enviando a Equión para que aplacase a Hércules. En Metimna, ciudad de Lesbos, se les había advertido a Calais y Zetes que Hércules pensaba matarlos por haber convencido a Jasón de que lo abandonase en la desembocadura del río Cío. En cuanto vieron aparecer su enorme mole en la distancia, saltaron del barco y echaron a correr a una velocidad increíble, subiendo por el valle del río, desviándose de un lado a otro para dificultar su puntería. Pero Hércules sólo tuvo que disparar dos flechas. Ambos hermanos cayeron traspasados bajo el omóplato derecho y murieron allí mismo. Hércules, satisfecho por su venganza cumplida, se acercó sonriente a los demás argonautas para saludarlos, con sus trenzas de cintas azules rozándole los hombros. Abrazó a Admeto y a Acasto y dijo:

—Queridos camaradas, aprended a hilar, ¡os lo ruego! No hay en el mundo ocupación más consoladora.

Ellos le dieron respuestas evasivas y Hércules ya iba a obligarlos a que realizasen aquella labor impropia de hombres, cuando se produjo una afortunada interrupción: el heraldo Talcibio saltó de una nave argiva que acababan de amarrar al malecón y se dirigió inmediatamente a Hércules con estas palabras:

—¡Mi noble Hércules, me alegro de verte! El rey Euristeo te presenta sus saludos y te encarga la realización de un nuevo trabajo. No ha quedado satisfecho con la limpieza de los establos del rey Augías, el epeo de Elide, porque no lo realizaste tú solo; los propios epeos fueron los que cavaron, los que amontonaron la tierra y los que construyeron las presas con sus propios azadones. En su lugar tendrás que realizar otro trabajo.

Hércules exclamó:

—Por las Serpientes Sagradas, Basurero, ¡creo que esta queja es la más poco razonable que he oído en toda mi vida! Primero se me prohíbe que persiga a Augías para pedirle permiso para limpiar sus establos, y luego, cuando ordeno a sus sirvientes que realicen el trabajo, para no ofender a mí viejo camarada, se me dice que no he hecho bien el trabajo. ¿Qué dices tú, Augías? ¿Hice bien? Tú eres quien debe decirlo, no el rey Euristeo.

Augías contestó nerviosamente que desde luego había hecho muy bien.

—Ya lo ves, Basurero, ya ves lo que responde —dijo Hércules—. Pero, al fin y al cabo, ¿qué me importa a mí un trabajo más o menos? Dime lo que quiere esta vez el loco de tu amo.

Entonces Talcibio le ordenó que trajese una cesta llena de naranjas sagradas, o manzanas de oro, como a veces se las llama, de las islas Hespérides: un trabajo que ya hemos mencionado con anterioridad. Hércules le advirtió a Augías que, ya que el rey Euristeo se había negado a reconocer que el trabajo anterior estaba bien hecho y ya que Augías consideraba que desde luego lo había hecho muy bien, Augías debía otorgarle un premio de consolación: una décima parte del ganado de Elide le bastaría.

Augías tuvo que acceder a esta atroz demanda, pero sin ninguna intención de cumplirla.

Autólico, Deileonte y Flogio, los antiguos camaradas de Hércules, no se atrevieron a echarle en cara un crimen semejante al que él juzgó causa suficiente para dar muerte a Calais y Zetes: años antes los había abandonado intencionadamente en el territorio de los paflagonios. Al reconocerlos ahora les dio una bienvenida tan alegre y unos espaldarazos tan efusivos que prefirieron dejar olvidadas las ofensas pasadas; en realidad los había beneficiado, pues su forzada estancia en Sinope los había enriquecido para toda la vida.

Antes de marchar, Hércules le pidió a Equión que le contara con detalle lo que había pasado con el vellocino. Como Equión sabía que no iba a poderlo engañar con respuestas poco sinceras, le explicó con toda claridad lo ocurrido pero le hizo prometer que guardaría el secreto hasta que el vellocino brillase una vez más en la proa del Argo. Hércules no dio muestras de asombro en ningún momento del relato, pero cuando oyó hablar del amor ciego que Medea sentía por Jasón suspiró y comentó con insólita dulzura:

—¡Pobre muchacha, la compadezco! Equión, amigo mío, quiero que le des un mensaje, y aquí tienes en pago mi copa de plata. Dile a la princesa que la compadezco tan sinceramente como compadecí a la reina Hipsípila de Lemnos. Dile que Jasón la tratará con la misma deslealtad con que trató a Hipsípila, aunque por él se haya separado de su casa y de su gente y se haya convertido en cómplice de un parricidio y de un fratricidio. Dile que le prometo que cuando él la abandone, sea este año o el año que viene o dentro de doce años, podrá contar enteramente con Hércules

de Tirinto tanto para vengarla como para consolarla.

Equión aceptó la copa y se comprometió a transmitir el mensaje, después de lo cual, Hércules miró a su alrededor, con cara sonriente y dijo:

—Queridos camaradas, cansados compañeros. Si necesitáis mi apoyo contra vuestros enemigos, me tenéis a vuestra entera disposición.

De regreso a Grecia, Hércules se detuvo en Efeso, donde halló anclado un barco fenicio; encadenó al capitán y a su hijo y se los envió a Ónfale en calidad de rehenes. No serían puestos en libertad hasta que los fenicios hubieran hecho entrega de un par de monos africanos. Onfale le había dicho muchas veces a Hércules que le recordaba a un mono, y él estaba empeñado en regalarle un par para consolarla durante su ausencia. Por miedo a Hércules, los fenicios mandaron los monos en seguida.

Ahora podemos contar lo que ocurrió con Hilas. El muchacho no sobrevivió mucho tiempo a su visita al colegio de los Picos en el lago Ascanio. Como no era tan viril como Hércules, no le fue fácil satisfacer las exigencias de Driope y de sus ninfas, todas las cuales estaban enamoradas de él y no querían soltarlo, por mucho que suplicara. Empezó a debilitarse y murió poco más o menos cuando el Argo atravesaba el Bósforo por segunda vez. Driope, que no quería que Hércules supiese ni palabra de lo ocurrido, lo enterró secretamente cerca de la fuente de Pegae, y lo lloró amargamente. Las ninfas del Pico continuaron durante muchos siglos engalanando su túmulo con flores en el aniversario de su muerte. En dicha ocasión cantaban un salmo en honor de los más hermosos jóvenes de todos los tiempos: de Adonis, hijo de Cíniros, a quien amó Afrodita; de Endimión, hijo de Etlio, amado por Artemisa; de Ganimedes, hijo de Laomedonte, amado por Zeus; de Hiacinto, hijo de Ébalo, amado por Apolo; de Crisipo, hijo de Pélope, amado por Teseo; de Narciso, hijo de Cefiso, que se enamoró de sí mismo, y de Atlantio, hijo de Afrodita y Hermes, que fue el primer hermafrodita y de quien estaba enamorado el mundo entero. Pero el estribillo decía que ninguno de ellos era tan hermoso, tan encantador, tan gracioso ni tan cariñoso como Hilas, hijo de Tiodamante, amado por Hércules y por las ninfas del lago Ascanio.

La fuente de Pegae es muy hermosa y realmente vale la pena visitaría. Los guijarros brillan como la plata en el agua clara y alrededor crecen golondrinas azules, culantrillo fresco y verde, suave perejil, y juncias que se enredan en los pies, invitando al visitante a que prolongue su visita.

El Argo quedó varado bastante tiempo, no sólo por las dificultades que encontró Argo para repararlo en Teos, donde la calidad de la madera disponible no le satisfizo, sino también por los juegos fúnebres que se creyó obligado a celebrar en honor a sus camaradas muertos, los hijos del Viento del Norte. Allí subieron a bordo como pasajeros Telamón, el compañero de Hércules, y cinco de sus parientes de la isla de Egina; Telamón había sido hermano de Peleo antes de que éste renaciese en el clan de

los mirmidones y estaba complicado con él en la muerte de Foco, su hermano de leche; pero ahora se saludaron como dos desconocidos, mirándose altivamente.

La siguiente escala fue Mileto, ciudad famosa por su lana, donde Ergino fue recibido cariñosamente por su familia, de la que le resultó difícil separarse para continuar el viaje. Desde Mileto navegaron hasta la florida Samos, hogar querido del pequeño Anceo, y desde allí a Leros, de la cual se dice: «Todos los lerios son malos, no sólo algunos, sino todos ellos, todos menos Procles, y Procles también es lerio». Pero nadie recuerda quién fue este Procles. Y desde allí navegaron hasta las islas Cicladas, visitando antes Naxos, la más alegre de todas las islas del Egeo; luego Delos, la más sagrada, donde honraron a Apolo y a Artemisa con obsequios y bailes; finalmente Sérifos, la isla de las piedras de afilar, donde hace mucho tiempo Perseo y su madre Dánae fueron arrojados a tierra en el cofre que el rey Acrisio había echado a las olas del mar: aquí desembarcaron Telamón y sus parientes. Pero evitaron el continente griego, yendo de isla en isla —a Citera, a Esfacteria (cerca de la arenosa Pilos, hogar de Periclimeno), Zacinto, Itaca, Corfú, sin permanecer mucho tiempo en ninguna de ellas.

El tiempo estaba despejado, los vientos eran ligeros y nada destacable les ocurrió a los argonautas en aquellas aguas familiares. Para abreviar, remontaron trabajosamente la costa de Iliria, frenados por vientos contrarios, hasta que, cuando hacía sesenta y cuatro días que habían dejado la desembocadura del río Danubio, avistaron la ciudad de Eea, residencia de Circe, situada en una isla rocosa en forma de falo, veinte millas al sudoeste del puerto istrio de Pola. Se llamaba Eea porque la flor del jacinto, que allí crece con profusión, tiene este nombre, que significa lamento, inscrito en sus pétalos por la propia Triple Diosa.

Se alegraron mucho al encontrarse allí con Jasón, Medea, Atalanta, Meleagro y Melas, que ya se hallaban en Eea después de haber realizado un viaje rápido pero laborioso, y al ver que el vellocino seguía feliz-mente en su posesión. Así pues, una vez reunidos de nuevo, los argonautas eran treinta y tres (sin contar a Medea), a pesar de haber perdido a Ifito, Orfeo, Calais y Zetes.

La vieja Circe, de ojos y nariz de halcón, barbilla prominente y encorvadas espaldas, no le había dedicado a Jasón ni una sonrisa de bienvenida cuando habían llegado a su isla en un bote de pescadores procedentes de Pola; pues la noche anterior había tenido el presagio de esta visita en un sueño relacionado con una catarata de sangre. Sin embargo, las leyes de la hospitalidad la obligaron a admitirlos en Eea. Había bajado a la orilla del mar vestida con su camisón de lino, a bañarse en agua salada, y puesto que fueron las primeras personas a quienes vio, una vez acabado su baño, les dijo, sin ningún saludo preliminar, que una catarata de sangre había bañado las paredes y los suelos de su casa, y que un fuego repentino había salido impetuosamente de su arca de medicinas y que ella lo había extinguido con sangre.

Ellos no respondieron nada; se limitaron a seguir a la chorreante sacerdotisa hasta el palacio. Ella andaba hacia atrás, haciéndoles señas con el dedo para que la siguieran. Les ofreció sillas de pulido bronce para que se sentaran, pero solamente Meleagro aceptó su ofrecimiento, y, dándole las gracias en nombre de todos, le dijo cuál era su nombre y su linaje; los demás movieron negativamente la cabeza y se acercaron al hogar, donde se sentaron en el polvo para mostrar que eran homicidas y suplicantes; se echaron polvo por la cabeza y se embadurnaron la cara con carbón. Desde su llegada no habían levantado la vista ni una sola vez para mirarla a la cara. Circe vio que Jasón había metido su espada entre las grietas del hogar, y Atalanta su jabalina. Desde luego, no eran homicidas corrientes: Atalanta había matado a Eetes, su real anfitrión, en el rellano de su propia escalera, y Jasón había asesinado a traición a Apsirto, el hijo de su anfitrión, después de haber hecho un pacto con él.

Advertida por su sueño de que si no realizaba la purificación todas sus hierbas medicinales, sus raíces, sus cortezas de árbol y sus tierras perderían sus virtudes, Circe preparó en seguida un sacrificio para los hombres asesinados, aunque todavía no sabía sus nombres; y Meleagro le aconsejó que se dirigiese a ellos como a «los dos reales abetos de Oriente», pues el abeto es el alfa del alfabeto mágico de los árboles. [2]

Circe dio unas palmadas para que le trajeran cuatro lechoncillos cuyas gargantas cortó en cuanto se los trajeron; luego salpicó debidamente con sangre las manos de los cuatro suplicantes. Atalanta y Medea fueron acompañadas por las doncellas de Circe a la sala de baños de mujeres, donde las lavaron cambiando nueve veces el agua; y se llevaron el agua ensangrentada afuera, donde la vertieron en un hoyo que había en el suelo, al que tenían costumbre de venir a beber los espíritus ofendidos. Los hombres-cerdo de Circe escoltaron del mismo modo a Jasón y a Melas a la sala de baños de hombres y los purificaron de la misma forma laboriosa. Entretanto la propia Circe ofrecía libaciones a los hombres asesinados, y quemaba en el hogar tortas expiatorias sin levadura.

Una vez terminada la ceremonia, Circe se acercó a los suplicantes, que estaban otra vez acuclillados en torno al hogar, los levantó tomándolos de la mano, y los llevó hacia las sillas que antes no habían querido aceptar; y entonces se sentaron.

Ella se sentó frente a ellos en otra silla y le preguntó a Medea:

—¿Quién eres tú, que tanto te pareces a la muchacha que una vez fui? El color ámbar que tienen tus ojos solamente se encuentra entre los niños de la familia real de Efira. ¿Por qué has venido escoltada por sacerdotes calvos de los escitas siguiendo el tortuoso curso del río Save? ¿Y quién es esa doncella cazadora, tu compañera de travesuras? ¿Y quiénes son los dos hombres, tus compañeros de travesuras, uno con la tez y el cabello tan morenos y el otro tan rubio? ¿Y quiénes son estas dos Alfas reales en cuyos asesinatos tú has sido cómplice?

Medea se dio a conocer a Circe, y se lo confesó todo sin ocultarle nada. Terminó

diciendo:

—Y como muy bien sabes, tía, he venido acudiendo a tu llamada.

Circe había odiado a Eetes por ser la causa de su destierro de Efira. Abrazó a Medea y exclamó:

—¡Querida niña, has hecho exactamente lo que debías! Y me hubiera alegrado de que vinieras aunque no me hubieras traído estas noticias que me saben a miel. Pues te he llamado para tratar de un importante asunto relacionado con nuestra señora Brimo.

Solamente reveló a Medea el asunto que les concernía. Pero se sabe que le confió ciertos presentes para que los entregara a la ninfa principal de Cócalo, en Agrigento, Sicilia: un trípode de bronce, un collar de falos de ámbar, y un cofre sellado. Jasón, que no quería contrariar a Circe en nada, se comprometió a navegar allí con el Argo cuanto antes, aunque Sicilia quedaba muy lejos de su ruta, hacia el oeste. Medea le entregó a Circe un hacha de jade verde que curaba los dolores de riñones por contacto, y bastantes drogas y elementos caucáseos poco comunes que le hacían falta y que más adelante utilizó con gran eficacia; Circe le cedió gustosamente a Medea sus derechos al trono de Efira, pues no tenía hijos y no tenía intención de volver a visitar el istmo.

La corte de Circe recibía visitas constantes de partidarios de la vieja religión, especialmente jefes de las hermandades de cuadrúpedos y pájaros. Era la última de las sacerdotisas —exceptuando las que vivían en la lejana Galia y en la isla de los hiperbóreos, y en Irlanda capaz de realizar las dolorosas ceremonias mediante las cuales se dotaba a un jefe de los poderes sobrenaturales exigidos por su rango—, pudiendo asumir por voluntad propia y cuando quisiera, la forma de su animal sagrado.

Mientras los argonautas permanecieron en la isla de Eea, les fue prohibido herir o matar a cualquier animal que encontrasen, de la clase que fuera: pues si se oía el aullido de un lobo en la colina, era probable que fuera una persona convertida en lobo; si un oso irrumpía en el comedor y robaba una torta de miel de encima de la mesa, era sin duda alguna persona convertida en oso. Los lagartos, las urracas y otros animalillos, incluso escorpiones, cucarachas y hormigas: todos tenían que respetarse. Los ayudantes masculinos de Circe para sus tareas complicadas y de gran responsabilidad eran los hombres-cerdo, que pertenecían a la propia Brimo, y cuyo trato evitaban todos los hombres; incluso el más joven de ellos tenía el cabello y las cejas blancas y tenían los ojos rojos como la Muerte. Algunos de ellos eran griegos, pero casi todos eran neurios, galos y celtíberos. Las tareas corrientes del palacio las realizaban las doncellas-halcón, que eran istrias nativas. También había varias criaturas indeterminadas que vagaban mansamente por el palacio y cuya vista llenaba de espanto a los argonautas: una ternera roja con dos cabezas, un caballo rayado, un gallo con cuatro patas, y un animal que parecía ser un asno blanco pero que tenía un

cuerno puntiagudo en el centro de la frente. Y en el patio más interior, sobre un césped bien cortado, se paseaba y chillaba el reluciente pavo de la India: un ave de voz áspera, con cien ojos en la cola, a quien la diosa tanto estimaba. Circe consultaba con él sus más complicados problemas.

Circe se encaprichó de Periclimeno el brujo, el cual, al haber nacido durante un eclipse, tenía poderes mágicos que ella envidiaba. Intentó convencerlo para que se quedara con ella, pero él no quiso abandonar a sus compañeros de navío, y ansiaba regresar de nuevo a su hogar en la arenosa Pilos. Ella se enfadó y le dijo:

—Como quieras. Pero te garantizo que no disfrutarás de tus tierras mucho tiempo. Pues veo que la muerte viene hacia ti, procedente del arco de uno de estos mismos compañeros de navío.

Fue precisamente de Circe de quien Meleagro obtuvo una poción secreta para lograr que Atalanta cediera a su amor por él, cuando llegara el momento propicio para que él se lo administrara. Lo que más temía era que Atalanta prefiriera a Melas, porque Melas era extremadamente atento con ella; y durante su largo, difícil y apresurado viaje desde la desembocadura del Danubio hasta Eea en canoa, velero, mula, litera y carro, Melas había sido el verdadero jefe de la expedición y el portavoz en la corte del rey escita y en todas las demás cortes o lugares de reunión de las tribus: pues Jasón, como correspondía a un homicida, guardaba silencio siempre que podía. Sólo su juramento de lealtad hacia los demás argonautas le impedía a Meleagro matar a Melas, pero los celos le devoraban el corazón día y noche.

En cuanto al vellocino, ya había sido lavado en dos de los siete ríos prescritos: en el Danubio que vierte sus aguas en el mar Negro y en el frío y torrencial Turros que las vierte en el Adriático.

42. NUEVAMENTE DAN ALCANCE AL ARGO

Impelido por un viento favorable, el Argo surcó el mar Adriático a toda vela, llegando a recorrer hasta setenta millas en un solo día y cincuenta la noche siguiente. Parecía una jaca cansada que regresa de un largo viaje, arrastrando el pulido carro, y que de pronto se da cuenta de que está cerca de la casa de su amo, endereza las orejas y echa a trotar con brío, tirando con fuerza del cabestro. En sólo seis días y seis noches la nave llegó hasta Corfú, la isla en forma de hoz de los feacios. Allí, Jasón, que necesitaba abastecerse de agua y provisiones, decidió hacer escala en la ciudad de Corcira, situada en la curva inferior de la hoz y rodeada de bosques de pinos, y presentar sus respetos al rey Alcinoo y a la reina Arete. Alcinoo era pariente por línea materna de Sísifo el corintio. Había emigrado a Corfú cuando los aqueos abolieron el culto del héroe Asopo, de quien su madre, Corcira, había sido sacerdotisa. Después de casarse con Arete, reina de los feacios, una tribu que se había visto obligada a emigrar a Corfú, expulsada de la península por el clan de los cíclopes, Alcinoo había fundado esta ciudad y la había llamado Corcira, en memoria de su madre.

Equión saltó a tierra al amanecer y fue a felicitar a Alcinoo por ser el primer gobernante griego que iba a conocer la maravillosa noticia. Los famosos argonautas habían cumplido la divina y tan anunciada misión: después de muchos arriesgados trances habían llegado por fin a Ea, ciudad de Cólquide, y una vez allí, habían persuadido al rey Eetes de que les entregara el vellocino. Habían regresado gloriosamente al hogar, circunnavegando Grecia para ir a purificarse —uno o dos de ellos a Eea—, por un poco de sangre que se habían visto obligados a derramar durante el viaje. Ahora sólo les quedaba devolver el vellocino a Zeus Lafistio, por cuya causa habían sufrido males terribles. Y Equión añadió, en su discurso a Alcinoo, que Medea, la hija de Eetes, estaba con ellos a bordo, y que había venido a Grecia a reclamar su patrimonio corintio.

Es fácil imaginar la prisa que se dio Alcinoo para recibir dignamente a sus visitantes. Pronto se encontraron sentados a comer en sillas como tronos, después de haber sido bañados y ungidos, con las cabezas enguirnaldadas con mirto, y las rodillas abrigadas con mantones bordados. Las paredes de la sala estaban pintadas de un color azul de mar, y aquí y allá se veían peces de un centenar de variedades, formando bancos o nadando en solitario; y entre ellos se zambullían delfines, haciendo burbujas, tan bien pintados que parecían tener vida propia; y en el fondo del mar había conchas pintadas. Detrás de cada silla había un pedestal coronado por una estatua de tamaño natural, de madera pintada, que figuraba un niño enteramente vestido de tisú de oro. Al anochecer, se colocaba una antorcha encendida en la mano de cada uno de los niños de oro, rodeando toda la mesa. A cada lado de la puerta

había unos perros agachados, unos sagrados perros de bronce procedentes de Lemnos, entre los cuales era peligroso pasar para aquellos que hubieran obrado mal; por tal motivo, la entrada posterior era mucho más frecuentada. El palacio era, desde luego, uno de los más ricos y mejor provistos de Grecia, porque los feacios eran marinos de profesión y los principales transportistas del mar Adriático.

Jasón habló en privado con Alcinoo, cuyas ropas estaban rígidas por los bordados de hilo de oro, para confiarle un problema: en Cólquide, inspirado por la diosa Atenea, o por alguna otra deidad, le había comunicado a Eetes que los corintios, al verse afligidos por fiebres en el ganado, inundaciones y plagas de serpientes, lo habían invitado a regresar para volver a gobernar sus tierras, o a enviar a alguno de sus hijos en su lugar. Medea había venido, como consecuencia de esta ficticia invitación, y ahora él se sentía obligado por su honor a ponerla en el trono de Efira, del cual era heredera legítima ya que su padre, su hermano Apsirto y su tía Circe habían renunciado, todos ellos, a sus derechos.

Alcinoo sonrió benignamente al escuchar el relato de Jasón y se ofreció a hacer todo lo que estuviera en su mano para ayudarle; en caso necesario incluso enviaría uno o dos barcos llenos de hombres armados para apoyar la reclamación de Medea.

Jasón le dio las gracias efusivamente y se comprometió a su vez a que Medea restaurase el culto del héroe Asopo, pues pensaba casarse con ella tan pronto como entregase el vellocino al Carnero Lafistio. Sin embargo, respetando la sensibilidad corintia de su anfitrión, Jasón dejó creer al rey que Eetes y Apsirto aún estaban vivos, y tampoco mencionó para nada el viaje por el Danubio.

El banquete duró todo el día en un ambiente de amistad y regocijo y probablemente también hubiera durado toda la noche si al empezar a oscurecer no se hubiera oído una prolongada conmoción fuera del palacio y no hubiera entrado un sirviente con una noticia inquietante. En el muelle había atracado una flota de ocho galeras de guerra extranjeras, que por su aspecto parecían etíopes; las tripulaciones habían desembarcado, armadas, habían formado varias columnas compactas, y ahora se estaban acercando, rodeando el palacio.

Alcinoo no se inmutó, pues, como le dijo a Jasón, a quien instó para que continuase con el festín: «Que yo sepa, nunca les he hecho ningún daño a los etíopes y, además, tiene fama de ser una nación justa y pacífica». Pero Jasón sudaba de miedo: adivinó que la flota colquídea había vuelto a darle alcance y que no sería fácil volver a engañar a Aras, el gran almirante.

Aras entró, actuando como su propio heraldo, pues era el único colquídeo que sabía hablar griego. No hizo alarde de elocuencia sino que habló breve y llanamente, como conviene a un almirante.

—Majestad —dijo—, soy Aras, el gran almirante de la flota colquídea. Hace tres meses salí de Ea, que está en el río Fasis, a unas dos mil millas de aquí hacia el este.

Durante treinta años mi señor fue Eetes el griego. Ahora ha sido asesinado a traición por sus propios compatriotas.

—¿Asesinado? —exclamó Alcinoo— ¡Oh, señor, cuánto me apena esta noticia! Él y yo nos criamos juntos en Efira —se volvió hacia Jasón con aire inquisitivo pero éste no dijo nada y se limitó a mirarle impasible; y luego hacia Medea, quien empezó a llorar silenciosamente.

—Mis honorables huéspedes —dijo Alcinoo— no han mencionado este desgraciado suceso, aunque ellos también vienen directamente de Cólquide; Eetes sin duda moriría después de que ellos abandonasen Ea.

—Cuatro horas después —contestó Aras—. Mi soberano sucumbió a consecuencia de una herida de jabalina que uno de ellos le había infligido, y yo he venido para llevármelos a todos ellos para que respondan ante la justicia. Estos criminales, majestad, que ahora se aprovechan de tu hospitalidad, vinieron a Cólquide so capa de amistad y con el pretexto de tener que cumplir con una obligación piadosa. Nada más llegar, su jefe, Jasón, convenció a la única hija superviviente de Eetes, la princesa Medea, que se encuentra allí sentada, para que robase el vellocino de oro de Zeus del santuario del héroe Prometeo y huir luego con él. Para crear un estado de confusión que pudieran aprovechar para escaparse, cometieron entonces un sacrilegio: castraron y pusieron el yugo a las sagradas imágenes de los toros de Táuride que se hallan en la sala interior del palacio real.

—Te ruego que esperes un momento —dijo Alcinoo—. Dime, primero, ¿qué derecho o privilegio tenía el héroe Prometeo sobre el vellocino de oro de Zeus?

—Eso a mí no me concierne, majestad —dijo Aras—. El vellocino ha estado en el santuario de Prometeo durante una generación o más.

—Sin embargo, esta es una cuestión que afecta a la justicia de este caso —dijo Alcinoo—. Tienes que comprender esto: que si mis invitados fueron a Cólquide en nombre del padre Zeus para recuperar una propiedad robada, y si el rey Eetes se negó a entregarles esta propiedad, tenían derecho a utilizar la fuerza, o esto es al menos lo que pueden alegar ahora que están de regreso a Grecia, donde rigen las leyes de Zeus. Y respóndeme a esto: ¿cómo se explica que las imágenes de los toros de Táuride estuvieran colocadas en el palacio real de Ea? ¿Acaso no adoráis, vosotros los colquídeos, a Mitras, el antiguo enemigo del Toro?

Aras respondió:

—Eetes concertó una alianza con los salvajes taurios y se casó con la hija de su rey; fue ella quien insistió en que se instalaran allí las imágenes, para que ella y su séquito pudieran seguir adorándolos.

Alcinoo dijo:

—A primera vista, esta mutilación de los toros más parece un agravio de los taurios que de los colquídeos. Y observo por tu porte que no amas ni a los taurios ni a

su dios.

Aras continuó:

—A mí me enviaron en persecución de los piratas, y en la Playa Larga alcancé al príncipe Apsirto, el único hijo de Eetes, que había salido antes que yo. Le saludé debidamente como rey. Allí, él y yo unimos nuestras fuerzas y casi capturamos a la nave pirata en las cercanías de Sinope, pero entonces nos eludió y tomó rumbo al noroeste. El rey Apsirto salió en su persecución, pero a mí me envió a Troya con un escuadrón de ocho naves para impedir que huyeran por el Helesponto. Esto lo hizo porque no hay ningún puerto adecuado en la entrada del Bósforo y porque los troyanos son aliados nuestros. Llevaba ya varios días anclado en el río Escamandro, junto a Troya, cuando me avisaron de la presencia del barco pirata mediante señales de humo procedentes del Helesponto. Yo salí con mi flota, lo abordé y lo registré, pero no hallé nada de importancia a bordo: ni el vellocino de oro, ni la princesa Medea, ni la doncella cazadora Atalanta que fue quien asestó el golpe a resultas del cual murió el rey Eetes, ni Jasón, el capitán. Equión, el heraldo, me informó engañosamente de que el rey Apsirto había dado alcance al Argo en la desembocadura del Danubio y que, después de una breve pugna, había vencido a los tripulantes. Equión dijo que Apsirto había exigido tomar venganza de inmediato sobre Atalanta y Jasón y que había regresado a Cólquide llevándose a Medea y el vellocino. Pero más tarde la aparición siniestra y sangrienta de mi rey asesinado me dio cuenta de la verdad.

Equión se puso en pie y le dijo al rey Alcinoo:

—Majestad, protesto. Es posible que el colquídeo haya visto una aparición, pero está haciendo una falsa declaración sobre las palabras que le dirigí. Yo no dije nada de eso, como muy bien puede atestiguar bajo juramento cualquiera de los hombres presentes. Si, cuando registró nuestro navío, a pleno día, los dioses cegaron sus ojos haciendo que una mágica neblina cubriese al vellocino y a las personas a quienes estaba buscando, ¿qué culpa tengo yo? ¡Protesto por sus acusaciones! —y se volvió a sentar.

Aras calló pues no lograba comprender cómo lo habían engañado. Llegó a la conclusión que debió de ser obra de Periclimeno el mago.

Alcinoo se volvió a Jasón y le preguntó:

—Dime, señor, ¿cómo te las ingeniaste para escapar del rey Apsirto?

Jasón respondió:

—Majestad, confiando en la protección de cinco grandes deidades olímpicas, y en especial en la diosa Artemisa, cuyo santuario en la boca del río del Hinojo había intentado profanar con un asesinato a traición el hijo de Eetes, le di muerte con mi espada y lo partí en pedazos. A su muerte la princesa Medea se convirtió en la legítima reina de Cólquide, pues Eetes no tenía herederos varones. Ella

inmediatamente ordenó a los capitanes de la flota de su hermano, una de cuyas galeras habíamos embestido y destruido, que regresaran a Cólquide; y ellos la obedecieron, o eso supongo. Aras también tiene que obedecer sus órdenes.

Aras estaba perplejo y ya no tan seguro de si mismo como cuando entró, pero aún así dijo obstinadamente:

—Soy demasiado viejo para que me engañen dos veces. Es imposible que hayáis luchado contra doce naves con vuestro barco y que hayáis salido victoriosos y sin pérdidas. El rey Apsirto aún sigue vivo, estoy seguro, y por lo tanto tengo que cumplir las órdenes que me dio. He de llevarme el vellocino y a la princesa Medea — a quien corteja el rey Estiro de Albania y he de capturar y dar muerte a Jasón y a Atalanta.

Alcinoo preguntó:

—Excelente Aras, ¿estás de acuerdo en aceptar mi juicio, que será un juicio imparcial? Tu única alternativa es intentar arrebatar el vellocino y a la princesa Medea por la fuerza, en cuyo caso te encontrarás en guerra no sólo conmigo sino con toda Grecia.

Aras respondió:

—Majestad, aceptaré tu juicio, si tú juras por la diosa Brimo, o por Hécate o por el nombre que quieras dar a la reina de los Infiernos, que no te dejarás llevar por la más mínima parcialidad.

—Estoy dispuesto a jurarlo —exclamó Alcinoo—, aunque, mediante un decreto de Zeus, la única reina de los Infiernos en cuyo nombre se nos está permitido jurar es Perséfone, la esposa de su hermano Hades.

Jasón dijo:

—Yo también aceptaré tu juicio, majestad. Pero permíteme que te informe de que la reina Circe de Eea, hermana del rey Eetes, acaba de purificarnos a Medea, a mí y también a Atalanta de Calidón por la sangre que nosotros hemos derramado, o que se ha derramado por nuestra culpa: nos recibió como suplicantes en su isla (que tan indecente forma tiene) y actuó de acuerdo con un sueño premonitorio que le había enviado la diosa a quien sirve.

—Tendré en cuenta tus palabras —dijo Alcinoo.

Luego pidió que tanto Jasón como Aras jurasen comprometiéndose a acatar su juicio; pero como Aras no le concedía importancia a Perséfone, juraron por el Sol, una deidad común a ambos, y Augías de Elide les tomó Juramento.

Alcinoo dijo:

—Mañana al mediodía pronunciaré el juicio desde mi trono. Entretanto, tened en cuenta, os lo ruego, que sois mis invitados y que los dos estáis obligados a mí por un vínculo de cortesía. Espero que no hagáis nada indebido.

Aquella noche los argonautas durmieron todos juntos en el resonante pórtico del

palacio, menos Medea, que durmió en un dormitorio pequeño junto al dormitorio real. Medea fue a visitar a la reina Arete en secreto y le dijo:

—Ten piedad de mí, reina hermana. No dejes que tu esposo me haga volver a Ea. Mi padre, el rey Eetes, ha muerto, igual que mi hermano, y es ridículo que Aras discuta mi soberanía sobre Cólquide. Estoy enamorada de Jasón y tenemos intención de casarnos en cuanto hayamos devuelto el vellocino a su divino propietario; entonces seré la reina de Efira y de Corinto, y él será mi rey. Si lo deseara, podría compartir mi trono de Cólquide con él, y él conmigo su trono de Ptiótide; y creo que también ha adquirido derechos de soberanía en Lemnos, si es que quiere ejercerlos. Tu esposo tiene que pensárselo dos veces, o incluso tres, antes de entregar a una pareja de tal realeza a manos de un extranjero negro y bárbaro. Además, como ya has oído, gozamos de la protección de los principales dioses olímpicos, y lo que es más, de la de la propia Triple Diosa, a quien yo sé que veneras en secreto más que a ninguno de ellos. Sé mi amiga, Arete, y algún día te lo recompensaré, puedes estar segura.

La reina Arete besó a Medea y respondió:

—Reina hermana, con mucho gusto intercederé ante Alcinoo por ti. Pues yo también tuve un padre severo que me hizo padecer muchos rigores, y también un hermano salvaje, como imagino que debió ser el tuyo. Y yo también he estado enamorada de Jasón. Creo que es el hombre más apuesto que jamás he visto, y si me dijeras que preferirías vivir con él en una cabaña de pescadores antes que con otro en un palacio, te creería en seguida. Supongo que se debe a su maravilloso cabello.

Medea sollozaba, llena de gratitud.

Arete pasó el brazo por los hombros de Medea y le dijo:

—Estoy segura de que serás muy feliz a su lado, pues aunque resulta evidente que Jasón no es un hombre tan fácil de llevar ni tan digno de confianza como mi Alcinoo, también resulta evidente que tú eres una mujer mucho más lista que yo, y que por lo tanto tienes condiciones para casarte con él. Claro que Jasón es todavía joven, y estoy segura de que con el tiempo sentará la cabeza y se convertirá en un gobernante justo y en un esposo considerado. He de confesarte que el matrimonio me parece una institución maravillosa: no logro comprender cómo nuestras abuelas se las arreglaban antes de que se pusiera de moda, cuando los hombres no eran más que sus amantes casuales y sólo podían depender de sí mismas. Nosotras las esposas tenemos ahora todo el poder real, poca parte de la responsabilidad, y mucha de la diversión. Yo adoro en secreto a la Triple Diosa, naturalmente, pero no puedo decir que no le esté agradecida a Zeus por haberla convertido en su esposa.

Medea le sonrió a Arete a través de sus lágrimas, y Arete siguió charlando:

—Querida niña, ¡cómo te envidio tu noche de bodas! ¡Me parece que fue ayer cuando a mi querido Alcinoo y a mí nos arrojaron anises y comimos el membrillo

confitado y nos besamos por primera vez bajo el cobertor multicolor nupcial que mi querida madre me había bordado! ¡Y qué delicioso era el perfume de la madreselva aquella noche! Créeme, querida, el éxtasis del primer abrazo jamás se repite; jamás se olvida, pero jamás se repite. ¡Ah, no sabes qué maravillosamente dulces son los gozos que aún te esperan!

La ternura le empañó la voz, y a Medea le faltaron ánimos para confesarle que, en realidad, no podía haber en el mundo mujer tan desdichada como ella: odiaba lo que más deseaba, se hallaba lejos de su hogar, era autora de la ruina de su propia familia, y había cometido traición respecto a un héroe de cuyo santuario era la guardiana. Pero dijo:

—Reina hermana, te doy las gracias por tus buenos deseos, y envidio de todo corazón tu vida feliz junto al noble Alcinoo, felicidad que yo jamás podré esperar disfrutar. Pues, como ya sabes, las sacerdotisas juradas de la diosa sufren la maldición de poseer la vista doble y la naturaleza doble: y traman astuta y sangrientamente contra su propia inocencia, y en su angustia causan la destrucción de aquellos que más las aman, y para alejar la soledad llenan su casa de embusteros, débiles y rufianes.

Arete exclamó:

—¡Niña, no hables en ese tono tan terrible, aunque sólo lo hagas para evitar la envidia de algún dios o de algún genio! La bondad se lee en tu rostro; no te puedo creer capaz de ningún acto malvado. Espero que tengas muchos hijos, cuatro o cinco por lo menos; los niños, con sus encantos, ejercen un efecto calmante sobre las mujeres dotadas de una inteligencia superior, como parece ser tu caso.

Medea respondió:

—Excelente Arete, no me atrevo a esperar tal felicidad, aunque según creo, soy una mujer tan honrada como tú. La terrible Madre me acosa, se ha adueñado de mi alma y me ha convertido en el vehículo de su implacable furia; hasta que haya terminado conmigo soy tan peligrosa para la ciudad en que pueda hallarme como lo es una antorcha de pino encendida en un campo de cebada a punto para la siega. Por lo tanto, reina hermana, si la bondad de tu corazón te lleva a salvarme ahora, será una prueba, no sólo de tu virtud, sino de sabiduría; pero, por favor, no intentes persuadirme de que me quede contigo ni un día más de lo necesario.

43. LOS COLQUÍDEOS RESULTAN DE NUEVO BURLADOS

Aquella noche, cuando estaba en la cama con Alcinoo, Arete se mostró lo más cariñosa que pudo, rascándole suavemente la cabeza con sus bien recortadas uñas, y besándole con frecuencia. Le preguntó:

—Mi noble señor, dime ¿cuál es el veredicto que piensas pronunciar mañana en el caso de nuestra dulce invitada, la princesa colquídea? Pues realmente se me partiría el corazón si la hicieras regresar para casarse con aquel horrible albanés del que me ha estado hablando Atalanta. Imagínate, no se ha lavado desde que nació —la ley albanesa prohíbe estrictamente que se laven y está plagado de parásitos, como un queso podrido. Y ella que es tan hermosa, y tan desdichada, y la hija huérfana de tu viejo amigo…

Alcinoo se hacía el dormido, pero al llegar a este punto no pudo contenerse y dijo:

—En primer lugar, amada mía, no puedo decirte cuál será el veredicto que pronunciaré; sin duda me será revelado en un sueño. Y en segundo lugar, encuentro bastante absurdo que estés intentando despertar mi compasión por esta huérfana, cuya insensatez y desobediencia fueron las causas inmediatas de la muerte de su padre, y tal vez también de la de su hermano, aunque esto aún no esté demostrado en su contra.

Mi nombre significa «Decidido», y así es mi naturaleza.

—Querido mío —dijo Arete—, yo ya sé lo bondadoso que eres por naturaleza, aunque quieras fingir que eres severo. Estoy segura de que, pasara lo que pasara, jamás podrías tratar a ninguna de nuestras dos hijas como ha tratado Eetes a la suya. Has de admitir que la mayoría de los padres son demasiado estrictos y celosos con sus hijos. ¿Recuerdas el caso de Nicteto, hermano del famoso cazador tebano Orión? Intentó oponerse al matrimonio de su hija Antiope con Epopeo de Sición, y cuando ella se escapó con él, entró en guerra con Sición y causó la ruina de cientos de familias inocentes, incluyendo la suya propia; y terminó suicidándose. Otro caso fue el del rey Acrisio de Argos, que encerró a su hija Dánae en una cámara funeraria de bronce, y después de quedar embarazada, a pesar de sus muchas precauciones, la echó a la deriva en el mar dentro de un cofre; pero ella dio a luz un niño, el famoso Perseo, que luego lo mató y se convirtió en el fundador de Micenas. Si quieres un ejemplo más reciente, fíjate en nuestro vecino Équero de Epiro, que ha cegado a su hija Anfisa por el crimen de convertirlo en abuelo y ahora la obliga a moler granos de cebada en un calabozo: ¿crees tú que a este hombre le pueden ir bien las cosas? Si me

lo preguntaras te diría que Eetes, aunque tal vez fuera un hombre discreto en lo que respecta a sus asuntos públicos (digo públicos, no domésticos), ha merecido su suerte con creces.

—El que Eetes se haya comportado de forma necia o incluso cruel no justifica que su hija le desobedezca —dijo Alcinoo—. Todo lo más, es una explicación de su muerte. Dos males, como sabes, no hacen un bien.

—Pero piensa —protestó Arete en lo que ocurrirá si tu veredicto va en contra de los argonautas. Están emparentados de una manera u otra con la mitad de las familias reales de Grecia, y tienen el patrocinio de cinco deidades olímpicas por lo menos. En cuanto a estos colquídeos, viven en el otro extremo del mundo, y dudo mucho que a Medea le quede algún pariente varón cuya cólera hayas de temer en el caso de pronunciar un veredicto equivocadamente generoso en su favor. Más bien al contrario: sus sobrinos, los hijos de Frixo, se solidarizan completamente con ella y la han ayudado a escapar.

—Los olímpicos —dijo Alcinoo en un tono de severidad escupen a un hombre como si se tratara de una cucharada ardiente de gachas en cuanto se comporta de manera traidora o injusta; y yo no tengo la menor intención de perdonar ningún crimen sólo porque el demandado sea una persona rica o de buena familia y porque tenga varios cómplices, ni porque el demandante sea alguien que vive muy lejos. Hasta que no quede demostrada la muerte de Apsirto (y sobre este punto aún me falta escuchar testimonios) estoy obligado a considerarlo vivo y parte interesada. Para serte franco, no me fio nada del joven Jasón: me ha dicho demasiadas verdades a medias y demasiadas mentiras manifiestas; y el heraldo Equión es exageradamente elocuente; y el hecho de que la princesa Medea se haya enamorado de Jasón puede que sea una explicación de su conducta, pero desde luego no es una razón para que yo perdone su mal comportamiento.

Arete dijo:

—Mi querido esposo, puede que tengas razón, como casi siempre ocurre, pero te juro que no podré pegar ojo en toda la noche si no me dices cuál será tu decisión de mañana.

—Te repito, querida —dijo Alcinoo con la mayor suavidad posible—, que no tengo la menor idea. Pienso meditarlo mientras duerma.

—Yo creo —dijo Arete cariñosamente— que dejar que un problema se resuelva mientras uno duerme por darle a uno pereza resolverlo despierto, es un procedimiento muy tonto. Lo único que puede ocurrir es que al despertar uno se olvide de todos los datos de importancia y luego pronuncie un veredicto al azar —bajó de La cama y empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación.

—¡Vuelve, cariño, vuelve! —suplicó Alcinoo¡Estaba tan a gusto entre tus brazos!

—Volveré —respondió Arete con firmeza cuando me hayas dicho más o menos

qué veredicto pronunciarás mañana. Solamente te pido que me digas más o menos cuál será. Soy tu esposa y no puedo soportar no saber lo que está pasando por tu mente.

Como Alcinoo y Arete nunca discutían, él cedió en seguida.

Bueno —dijo—, más o menos, supongo que mí veredicto será este. Puesto que existe un conflicto de testimonios en lo referente a la muerte del rey Apsirto, debo considerar que sigue con vida y que aún es el defensor legal de su hermana, a no ser que se demuestre que ella ya ha pasado a depender de Jasón o de algún otro griego mediante la celebración del matrimonio, cosa que podría muy bien haber ocurrido ya con la debida formalidad y el consentimiento de su padre o de su hermano. Si ella ya está casada, sería totalmente absurdo por mi parte dejar que Aras se la llevase por la fuerza cruzando medio mundo para poder celebrar un matrimonio real. Pero si aún es virgen, como creo que es, a juzgar por sus vestidos, entonces, tiene que regresar, por muy desdichada que se sienta. Ha de hacerse justicia. En cuanto al vellocino ¿quién es su legitimo guardián? Es Medea, la sacerdotisa del santuario de Prometeo; donde vaya Medea, que vaya también el vellocino. En cuanto a la venganza de que se habla contra Atalanta de Calidón, eso a mí no me concierne en absoluto; no obstante, prohíbo todo derramamiento de sangre en mis dominios, bajo amenaza de guerra.

Arete volvió a subir a la cama.

—Creo que tu juicio es el más razonable y equitativo, dentro de un caso difícil, que he oído en mi vida —le dijo—. Ahora duerme, mi querido señor, y descansa bien. No volveré a molestarte. Mi nombre significa «Virtud» y así es mi naturaleza.

En cuanto Alcinoo estuvo roncando, Arete salió sigilosamente de la habitación y envió a una de sus mujeres a llamar a su heraldo personal. Cuando llegó, medio dormido y confuso, le dijo:

—Manda llamar a tu colega Equión. Tengo buenas noticias para él que no pueden esperar. Está durmiendo en el pórtico.

El heraldo parpadeó como un búho pero ella le echó agua en la cara para despejarlo. Cuando fue al pórtico en busca de Equión, no había nadie. Bajó corriendo al puerto y encontró a los argonautas a punto de embarcar de nuevo, pues Jasón había decidido dejar atrás a Medea y escapar con el vellocino, considerando que éste era su deber sagrado.

—¿Dónde vais, señores míos? —preguntó el heraldo.

—Oh, a ninguna parte, hermano, a ninguna parte —replicó Equión—, sólo estamos cambiando de amarradero. Nuestro compañero Corono de Girtón, que, como todos los hombres-cuervo, sabe predecir el tiempo, está convencido de que el viento va a cambiar bruscamente de dirección y soplar del nordeste; sólo vamos a cruzar el puerto para no llevarle la contraria.

—Mi señora Arete tiene buenas noticias para vosotros que no pueden esperar —

dijo el heraldo y si no estoy equivocado lo mejor que podéis hacer es regresar inmediatamente al resonante pórtico de palacio, confiando a las maromas y a las anclas la tarea de mantener a vuestro valiente y viajero navío alejado de las rocas.

Así pues, regresaron como un rebaño de corderos, con el heraldo corriendo detrás como un perro pastor que no necesita ladrar ni mostrar los colmillos porque su sola presencia es suficiente para que el rebaño no se salga del sendero.

Equión fue conducido ante la reina. Ella le sonrió graciosamente y le dijo:

—Quiero que estés al corriente de todo, divino heraldo. A no ser que tu señor Jasón esté casado con Medea antes de la mañana, el fallo del rey seguramente se pronunciará en su contra. Que se den prisa.

Equión preguntó:

—Pero, graciosa señora ¿cómo puede una boda tan importante como ésta celebrarse como es debido con tan poca anticipación?

La reina Arete respondió:

—Si no se celebra inmediatamente, no se celebrará jamás. Ahora escúchame. El rey Alcinoo está durmiendo y yo no quiero que se le moleste con la música de la canción nupcial, pues está extremadamente cansado, y es mi deber de esposa procurar que no pierda el sueño. La isla de Macris, a la entrada de nuestro puerto, es el lugar ideal para la ceremonia. ¿Has visitado alguna vez la cueva sagrada que hay allí, la cueva de Macris la pelasga? Fue la última sacerdotisa de Dioniso en Delfos antes de que Apolo se apoderase de su santuario, y terminó sus días en aquella misma cueva. Comunícale a Jasón que todos los recursos de mi palacio están a su disposición y a la de su real novia. Puede disponer de los músicos de mi corte; y mis doncellas acompañarán a la novia y traerán todo el lino y todos los almohadones de plumas de cisne que sean necesarios para preparar el más elegante lecho nupcial. Supongo que Jasón traerá sus propias mantas, pero yo os proporcionaré vino, cuencos, antorchas, animales para el sacrificio, pasteles, confites y membrillos…, en fin, todo lo que podáis necesitar. Afortunadamente mis doncellas salieron esta tarde al valle y volvieron con sus cestos repletos de flores, así que no creo que falte ningún detalle. Si Apsirto ha muerto, como dices —y no tengo por qué dudar de tus palabras—, los hijos de Frixo son los parientes varones más cercanos que le quedan a Medea y por lo tanto les corresponde a ellos, según las nuevas leyes griegas, entregarla en matrimonio al príncipe Jasón. Yo os proporcionaré un sacerdote —el propio capellán de palacio que conoce bien los sacrificios que hay que dedicar a las deidades matrimoniales locales; y Atalanta puede propiciar a Artemisa.

Equión preguntó:

—Pero ¿y Medea? ¿Está de acuerdo con estos planes precipitados que se hacen pensando en ella?

La reina Arete respondió:

—Naturalmente a Medea le hubiera gustado muchísimo más una boda celebrada, como correspondería, en Yolco, en casa de Jasón, donde podrían haber quemado debidamente el eje del carro en el que ella había llegado. Pero más vale una boda precipitada, aunque sea una boda a hurtadillas, como dice ella, que quedarse sin boda alguna.

Jasón le quedó realmente agradecido a la reina Arete, y, después de reunir a sus compañeros, les suplicó en voz baja que no le contasen a ella ni a nadie más que por exceso de precaución había estado a punto de perder este maravilloso premio. Luego reunieron todas las cosas que Arete les ofreció para la boda y se las llevaron al Argo. Las doncellas acordaron seguirlos más tarde con la novia, pero los músicos de la corte treparon a bordo con sus instrumentos; después de remar unos minutos el Argo quedó varado en el islote de Macris. Allí, en la cueva, los compañeros de Jasón colocaron tepes para formar un lecho nupcial, adornaron la entrada con hiedra y laurel y dispusieron las mesas de caballete para el banquete. Mientras Atalanta propiciaba a Artemisa con el sacrificio de una vaquilla —porque sabía muy bien que la diosa siente aversión por el matrimonio y se venga de quienes la olvidan—, el capellán de la reina Arete honraba a las deidades locales, Aristeo y Autónoe, con ofrendas de uvas, panales de miel, aceite de oliva y queso de cabra. A Butes le encantó poder asistir a esta fiesta, porque Aristeo no sólo había sido el primer quesero en Grecia, y el primero en plantar un huerto de olivos, sino que además había sido el primer colmenero.

El capellán y sus acólitos entonaron un canto en honor de Aristeo. Los acólitos empezaban con esta pregunta:

¿Dónde fuiste a buscar
Tu fértil rama de olivo
Para injertar en el lozano
tronco silvestre?

El capellán respondía:

Fui al huerto de mi vecino
A buscar mi fértil rama
Para injertar en el lozano
tronco silvestre.

Y ellos volvían a preguntar:

Y ¿dónde fue tu vecino
A buscar la fértil rama
Para injertar en el lozano

tronco silvestre?

El capellán volvía a responder:

Fue al huerto del vecino de su vecino
A buscar la fértil rama
Para injertar en el lozano
tronco silvestre

Los acólitos preguntaban, cada vez más enérgicamente, dónde se había ido a buscar esta rama fértil; y nueve veces el capellán le iba siguiendo la pista, de vecino en vecino, hasta que por fin pudo responder triunfalmente:

Al árbol de Aristeo
Fue a buscar la fértil rama
Para injertar en el lozano
tronco silvestre.

Los acólitos preguntaron cómo había conseguido Aristeo el árbol, y entonces les respondió el capellán que por merced de la diosa. Y ¿qué había hecho entonces? Había injertado una rama de olivo silvestre en otro olivo silvestre al salir la luna, y al año siguiente había vuelto a injertar un esqueje de la rama injertada en el injerto, y al tercer año había vuelto a injertar un esqueje de esta nueva rama injertada en el mismo injerto, al salir la luna, invocando tres veces a la diosa por su nombre. La Gran Diosa había hecho susurrar las hojas, y el último esqueje que Aristeo había injertado empezó a echar las bien formadas hojas del olivo dulce, y cuando llegó el invierno lo colmó de jugosos frutos color púrpura.

Butes rompió esta canción con otra parecida que él mismo compuso, y que empezaba así:

¿Dónde fuiste a buscar
Este enjambre tan dulce
Para nutrirse de las flores
de mi huerto?

Y les enseñó a los acólitos a hacerle las preguntas apropiadas. Su primera respuesta fue que lo había ido a buscar a la colmena de un vecino. Y fue siguiendo la pista de vecino en vecino hasta llegar a la colmena de Aristeo. Y ¿de dónde la había obtenido Aristeo? Butes respondía de modo triunfal que la había encontrado en el cadáver del leopardo que había matado en el Pelión cuando el animal intentaba dar muerte a una de las yeguas sagradas de la diosa. Tres veces Aristeo había rechazado a

puntapiés el cadáver, invocando a la diosa por su nombre, y la tercera vez respondió con un trueno que sacudió todos los árboles del monte haciendo caer sus piñas; las abejas se habían levantado zumbando de la herida en el costado del leopardo y el enjambre se había metido en un madroño.

Así terminaba la canción de Butes. Pero sentía mucho no poder alabar sinceramente la miel de Corcira.

Medea atravesó el puerto a remo en una galera feacia. Iba vestida con túnicas de lino blanco y un velo blanco bordado que le había prestado Arete, quien también estuvo presente. Las doce doncellas de la corte, a quienes ella había nombrado damas de honor, ya la habían sumergido tres veces en el manantial sagrado de Corcira. Sobre el altar de Artemisa, que Atalanta había levantado, Medea quemó unos mechones de su cabello rubio. A la diosa Brimo, con quien ya se había reconciliado antes de abandonar la casa de Circe en Eea (propiciándola con una cerda negra y nueve lechoncillos), le ofreció ahora una bebida de miel clara, en un gran cuenco.

A Jasón también lo sumergieron sus compañeros en la pequeña laguna formada por las aguas de la fuente de Macris; luego lo vistieron con sus mejores galas, y le pusieron una guirnalda de flores. En honor del vellocino, la reina Arete les había dado a los argonautas unas flores poco conocidas de color púrpura y oro, llamadas pensamientos, que ella cuidaba en altos tiestos de barro colocados en fila en su patio particular, y con estas flores tejieron la guirnalda de Jasón.

Entonces los hijos de Frixo entregaron a Medea a Jasón y éste la tomó de la mano y la condujo a la cueva, donde las doce damas de honor cantaban el himno nupcial en la entrada, y arrojaban flores a su paso y les tiraban pasteles de miel en forma de toda clase de animales fálicos, y confites de pasta de almendra y puñados de sabrosos granos de anís. La reina Arete en persona les alumbraba con una antorcha.

Los treinta y tres argonautas y un número igual de feacios participaron en el banquete, pero ningún colquídeo, excepto los hijos de Frixo. Todos estaban muy alegres y contaban los chistes obscenos de rigor, capitaneados por Idas en esta diversión; poco después, sobre el ancho y llano suelo de la entrada de la cueva, las damas de honor de Medea danzaron un baile nupcial en honor de la diosa Hera, dándose la mano alrededor de la tosca herma de piedra que Argo había cincelado para el festejo; y el hermoso cántico nupcial se elevaba y descendía, mientras Jasón comía mariscos para incrementar su virilidad.

Por fin Medea, de la mano de Jasón, se dirigió a su lecho en el fondo de la cueva, ante el cual se había colocado una cortina. La reina Arete les dio a cada uno un pedazo de membrillo confitado para que se lo comieran y un membrillo maduro para que lo olieran. Y les dijo:

—¡Conservad el aroma en la boca y en la nariz, encantadora pareja!

Medea se quitó el ceñidor de virginidad y se lo entregó a sus damas de honor para

que ellas lo dedicaran al altar de Artemisa, y luego se volvió para contemplar el lecho nupcial. Se estremeció, quedándose más blanca que un lirio, pues sobre las fragantes sábanas de lino y sobre las mantas que hasta tan lejos habían viajado, se hallaba extendido, como un cobertor nupcial, el vellocino de oro, cuyo astuto robo del santuario de Prometeo ella hubiera preferido olvidar:

Jasón dijo:

—Señora, no tiene por qué asustarte este cobertor. Ha sido colocado aquí para que nuestro matrimonio pueda convertirse en tema principal de una asombrada y envidiosa posteridad.

Ella sonrió débilmente y respondió con labios temblorosos:

—¡Que no nos traiga mala suerte, hermoso mio! —y contra su voluntad, repitió las palabras de la canción de mal agüero de su primo Sísifo, el Lamento por Pasífae, que Orfeo le había enseñado cuando deliraba:

Un vellón manchado ahora por nuestro común dolor
De saber que esta noche será una noche sin luna.

Y así fue, aquella noche no hubo luna; y aunque Sísifo había estado pensando en otras cosas cuando compuso aquellos versos, ahora resultaban tan oportunos como siniestros.

Jasón le dio vino sin mezclar para levantarle el ánimo, y bajo el vellocino se unieron en amor, mientras que al otro lado de la cortina resonaban las bromas, las canciones y las risas de los invitados; y, demasiado pronto para ambos, rompió el claro día.

44. HACIA SICILIA Y EL SUR

Aquella mañana, sentado en su trono, Alcinoo pronunció su veredicto. Dijo:

—Señores, Zeus el Legislador ha puesto en mi corazón las palabras de su voluntad inalterable. ¡Que perezcan quienes la cuestionen! Éstas son las palabras de Zeus: «Si la princesa Medea ya está casada formalmente con Jasón, hijo de Esón, o con algún otro griego, puede quedarse conmigo; pero si aún no está casada, no deberá hacer nada por voluntad propia para cambiar su condición y de este modo disgustar a los legítimos gobernantes de su país. En cuanto al llamado «vellocino de oro», esa cubierta desechada del Carnero del monte Lafistio, se trasladó a Ea, en Cólquide, y se confió al cuidado de la sacerdotisa de Prometeo con mi permiso. Si la sacerdotisa estima que se debe devolver el vellocino, en nombre de Prometeo, a la imagen que anteriormente cubría, no se le ha de impedir tal devolución; sin embargo, siendo como soy el Señor de Todas las Cosas, no me importa demasiado lo que pueda pasarle a esta bagatela de flecos dorados. En lo que respecta a la doncella cazadora Atalanta de Calidón, prohíbo todo acto de venganza dentro del territorio regido por mi Ley, pues ella es la querida sierva de mi hija Artemisa».

Aras estaba contentísimo. Declaró que el juicio divino había sido justo e incontrovertible, y apuntó que, puesto que Medea sólo habría podido casarse formalmente si hubiera recibido el consentimiento de su pariente varón más cercano, es decir, Apsirto, la conclusión del fallo pronunciado por Alcinoo era que debía regresar de inmediato a Cólquide, llevándose el vellocino consigo.

El rostro de la reina Arete era todo inocencia, pero a las doncellas de la corte les resultaba difícil contener la risa, sobre todo cuando Aras le preguntó a Jasón, en tono de burla:

—Y bien, inteligente griego, ¿qué opinas del nuevo cariz que han tomado las cosas?

Jasón respondió tranquilamente:

—Me gusta mucho. La reina Medea de Cólquide ya es mi esposa, y el matrimonio se celebró con el consentimiento unánime de todos sus parientes varones que aún viven, es decir, Frontis, Melas, Argo y Citisoro, los hijos de Frixo. El ceñidor de virginidad de la reina ya ha sido debidamente dedicado como ofrenda en el santuario de Artemisa de Corcira, para que todos puedan contemplarlo.

Al oír estas palabras, todos los griegos presentes se echaron a reír a carcajadas; pero todos los colquídeos, menos Aras, se quedaron callados, pues no habían entendido lo que decía Jasón. Al principio, Aras parecía incrédulo, pero luego se indignó. Pensó naturalmente que Alcinoo le había engañado, pero la cortesía le impedía acusar a su anfitrión de duplicidad. Se quedó allí en pie, mordiéndose las

uñas y jugando con su espada, hasta que Medea se acercó a él con paso elegante y le preguntó con una sonrisa conciliadora:

—¿Por qué sigues aquí, Aras? ¿Por qué no zarpas inmediatamente rumbo a Cólquide?

Él respondió:

—Si tu real hermano Apsirto aún está vivo y es el rey de Cólquide, me matará en cuanto llegue por no haber cumplido sus tres órdenes.

¿Para qué he de regresar a un país que está tan lejos de aquí, sólo para morir miserablemente al final del viaje? Pero si está muerto, como estoy empezando a creer —pues los hijos de Frixo son hombres de mucha honra y no harían una declaración falsa en presencia de las deidades matrimoniales en cuyo honor se han elevado los altares—, entonces tú eres mí reina, y debo recibir las órdenes de ti.

Medea le puso la mano sobre el hombro, en un gesto consolador, y le dijo:

—Noble Aras, regresa a Cólquide si así lo deseas, pero si temes la cólera de mi tío Perses de Táuride y la del rey Estiro de Albania, y la del consejo de estado de Cólquide, ¿por qué no te diriges a Eea, que está situada frente a Pola en el extremo norte del mar Adriático? Allí puedes ponerte, sin peligro alguno, al servicio de la hermana de mi padre, la reina Circe, siempre dispuesta a dar la bienvenida a todos los guerreros que sean fieles adoradores de la diosa de Muchos Nombres. Pero si alguna vez te necesito, ten por seguro que te enviaré a buscar. ¡Márchate, Aras, y que te vaya bien! En cuanto a mí, pienso establecerme en Éfira, donde viven los antiguos súbditos de mi padre, y poco me importa si Perses continúa siendo regente de Cólquide en mi ausencia, que por lo que veo va a ser muy larga. Y te ordeno, honrado Aras, que dejes irse en paz a mi amiga Atalanta. Fue Artemisa y no ella quien mató a mi padre Eetes, y Artemisa es una diosa con quien no es prudente jugar, como habrás visto.

Y de este modo Aras quedó convencido. Se despidió de Medea con una solemne reverencia y sus hombres salieron en tropel tras él y le siguieron hasta el puerto; allí desplegaron las velas de sus naves aprovechando una brisa del sur, y al poco rato ya se habían perdido de vista. Jasón celebró la partida de Aras con sacrificios y con juegos, y los campesinos de todos los alrededores trajeron regalos de boda para la pareja real: uno traía una vaquilla, otro un panal de miel, otro un ganso cebado. Los argonautas sintieron no poder salir de inmediato rumbo a Yolco y desde allí dispersarse honrosamente a sus respectivas ciudades e islas antes de que empeorara el tiempo: pero después de la promesa que Jasón le hiciera a Circe, estaban obligados a entregar primero ciertos obsequios a la ninfa principal del santuario de Cócalo en Agrigento, en Sicilia.

Al quinto día de su estancia en la isla se despidieron de los feacios, quienes llenaron el barco de provisiones y les proporcionaron una vela nueva y aparejos también nuevos, y salieron con rumbo a Calabria, en Italia. Como regalo de

despedida, la reina Arete le entregó a Medea las doce doncellas de la corte, para que se las llevase consigo; y Medea, a cambio, le entregó a Arete algunas de sus más hermosas joyas. También se intercambiaron drogas y amuletos: Medea le dio a Arete un linimento hecho con raíz de lauréola, muy apropiado para combatir los resfriados de pecho que Alcinoo sufría de una manera crónica; y Arete le dio a Medea un preparado de cebolla albarrana, que en Corfú crece profusamente, y que es un veneno seguro contra las ratas, mientras que no perjudica a los demás animales.

—Mientras poseas esto —le dijo Arete no tienes por qué temer las plagas de ratas y ratones que pueda enviar Apolo contra ti.

Después de un agradable viaje, durante el cual los delfines jugueteaban alrededor de la nave desde el alba hasta el anochecer, los argonautas desembarcaron en Leuca, en Calabria, en la punta del promontorio yápige. Allí se encontraron con Canto, hermano de Polifemo, a quien habían dejado atrás en Cios: iba errante en busca de Polifemo, ansioso por decirle que se había revocado su sentencia de exilio y que podía regresar a su hogar en Larisa. Jasón se brindó a llevarlo de nuevo a Grecia, y él aceptó la oferta con gran alegría. Y también en Leuca, Medea, en agradecimiento por la hospitalidad que le habían mostrado sus habitantes, enseñó a los sacerdotes el arte de encantar serpientes, y fueron estos sacerdotes quienes más tarde se lo enseñaron a los marsos del lago Fucino, quienes hasta nuestros días le dispensan, equivocadamente, honores divinos a Medea bajo el nombre de diosa Angitia.

Jasón escogió entonces por piloto a Nauplio, pues había hecho este viaje un montón de veces. Nauplio los condujo felizmente hasta Crotona, donde las focas toman el sol en la playa sin que nadie las moleste; allí lavaron el vellocino en el tercero de los ríos prescritos, a saber, el Esaro, cuyas aguas desembocan en el mar jonio. Desde Crotona navegaron pasando por Regio hasta Catania, que se extiende bajo la sombra del monte Etana, en Sicilia; allí hallaron los prados y los bosques de castaños quemados, y el mar lleno de trozos de piedra pómez que la montaña había arrojado dos días antes. Desde muy lejos ya habían visto cómo se elevaban el humo y las llamas, pero Medea les había dicho que no tenían nada que temer. En Catania volvieron a lavar el vellocino, esta vez en el cuarto de los ríos prescritos, a saber, el Simeto, que desemboca en el mar de Sicilia. Desde Catania, pasando por Heloros y Gela, llegaron hasta Agrigento, una ciudad que goza de buenos regadíos y que está situada en el centro de la costa sur de Sicilia, frente a África.

Cuando entraron en el puerto de Agrigento, una mañana muy temprano, sólo estaban despiertos tres de los argonautas: Idas, que había relevado al gran Anceo en el timón, porque éste había gobernado el navío toda la noche, Nauplio y Butes de Atenas. Cuando el Argo dobló el pequeño promontorio, manteniéndose cerca de la costa, ¡las cincuenta ninfas de Cócalo estaban todas jugando en la playa con una pelota de cuero! Se la estaban tirando de una a otra, siguiendo el compás de una

canción titulada Candón de las sirenas y llevaban las túnicas recogidas en la cintura, enseñando los muslos, para poderse mover con más agilidad. Nauplio y Butes se cubrieron modestamente los ojos con sus capas pero no así Idas, que no poseía ni modestia ni reverencia y llamó:

—¡Corred, bonitas ninfas, y escondeos en las grietas de las rocas! Pues Idas, el hijo de Afareo, os ha echado el ojo.

Butes, que era un hombre extremadamente correcto, reprochó a Idas con estas palabras:

—¡Oh, Idas, Idas! ¡Mantén los ojos fijos en tu ruta! ¡Con tu locura vas a poner en peligro nuestras vidas!

Idas respondió:

—No tanto como tú, Butes, colmenero chiflado, que por probar la miel de Ea causaste la muerte de nuestro querido camarada Ifito, a quien mataron cuando volvía de rescatarte.

Estas palabras, dichas en voz alta, despertaron al espíritu de Ifito, el cual, desdeñando la tumba que le habían erigido en el territorio de los apsileos, había subido a bordo del Argo, oculto en una cesta de provisiones, para poder tomar venganza. Linceo había visto varias veces al espíritu, andando a tientas de banco en banco, sin recordar su nombre ni su propósito. Ahora lo recordó todo y se deslizó bajo la hermosa capa mariandina con la que Butes se cubría la cara y empezó a susurrarle nerviosamente al oído: «¡Soy Ifito, Ifito, Ifito!».

Butes profirió un tremendo grito y dio un gran salto por la borda para escapar de Ifito —pues los espíritus sólo se atreven a cruzar el agua salada en barco o sobre una balsa— y se alejó nadando tan rápidamente como pudo, en dirección oeste. Nauplio lo llamó para que regresara, y al ver que su única respuesta era nadar más de prisa, cambió el rumbo de la nave y fue tras él. Mientras tanto, las ninfas, a quienes el incidente había divertido más que enojado, habían invocado a su diosa y una espesa bruma había envuelto inmediatamente el Argo; así pudieron continuar cantando su canción sagrada a pleno sol en la playa y los ojos entrometidos de Idas quedaron defraudados. Entonces Nauplio detuvo la nave, por temor a pasar por encima de Butes. Despertó a Medea y le contó lo que había pasado. Ella en seguida llamó a las ninfas con un cortés saludo y les pidió que rogaran a la diosa que disipase la bruma, cosa que hizo de buen grado cuando supieron quién les hablaba.

Perdieron a Butes, quien no volvió a poner el pie en el Argo nunca más. Pero, a pesar de esto, no se ahogó; pues unas horas más tarde lo recogió una nave que acertó a pasar junto a él, que aún nadaba, aunque estaba totalmente agotado, y lo llevó hasta Lilibeo, el promontorio más al este de Sicilia. Allí encontró una miel con unas propiedades tan maravillosas que se quedó durante el resto de su vida como huésped del colegio de ninfas del monte Erix. Ya no le tenía miedo al fantasma de Ifito, pues

se había cortado el dedo indice para aplacarlo y tuvo muchos hijos distinguidos con las ninfas, por lo que bendecía el infortunio que le había hecho llegar hasta allí.

En Agrigento, Medea hizo entrega de los obsequios de Circe a la ninfa principal de Cócalo, quién la besó y le enseñó la auténtica imagen articulada de la diosa que había construido Dédalo. Las dos conversaron en el interior del santuario durante mucho tiempo, mientras los argonautas banqueteaban bajo la sombra de manzanos cargados de frutas. Fue entonces cuando Meleagro desmenuzó la droga secreta que le había entregado Circe en el cuenco de aguamiel de Atalanta. De haberlo probado se hubiera enamorado tan apasionadamente de él que habría olvidado toda modestia e incluso la lealtad que le debía a Artemisa. Pero Linceo, el de la vista aguda, se fijó en lo que estaba haciendo Meleagro y volcó el cuenco como por accidente, haciendo que se perdiera la droga.

Entonces llamó a Meleagro aparte y le susurró al oído:

—Camarada, no ofendas a Artemisa, ¡te lo suplico!

El enamorado Meleagro recuperó su sano juicio, pero continuó irritando a Atalanta con sus celos y la poca camaradería con que se mofaba de Melas.

Por fin el Argo podía poner proa al hogar. Corría un viento favorable del oeste cuando empezó a remontar la costa sur de Sicilia, pero justo cuando acababa de dejar atrás el cabo Paquinón empezó a soplar un violentísimo viento del nordeste, que bajaba por el mar de Sicilia. Nauplio le aconsejó a Jasón que navegara con viento a popa y se refugiara en el puerto de Malta, donde hay buenos lugares de anclaje. Jasón consintió, pero, por error, el gran Anceo puso el rumbo demasiado al este y al llegar a la altura de Malta pasaron de largo; estaba ya oscureciendo y, por desgracia, Linceo estaba dormido en aquel momento. Siguieron navegando toda la noche, en medio de un mar increíblemente embravecido, temiendo que cada hora que pasaba seria la última. La mañana no les trajo ningún alivio, sino que, al contrario, incrementó su estado de angustia. Se había abierto una vía de agua en el Argo debido a los terribles golpes del mar; Argo pidió cuerdas para atortorar la nave, cosa que se realizó con grandes dificultades entre las gigantescas olas.

Argo le dijo a Nauplio:

—La vía de agua está en la parte de la nave que reparamos en Teos; no me gustaba aquella madera pero no se pudo conseguir otra. Tenemos que dirigirnos hacia la costa más cercana, y entretanto achicar con todas nuestras fuerzas, echando primero al mar todo lo que no sea necesario.

Jasón dio la orden de aligerar la nave, pero nadie quería tirar ricas armaduras o sacos de oro en polvo a las insaciables olas. Al ver que vacilaban, Augías exclamó:

—Vamos camaradas, tiremos las jarras de agua por la borda. ¡Son los objetos de más peso! —y así lo hicieron, pero para sus necesidades guardaron un poco de agua fresca en jarras de oro y en tarros de plata.

Fueron días y noches terribles, pues nadie pudo dormir y las doce damas de honor se marearon tanto que le suplicaron a su señora que las arrojara al mar, como las vasijas de agua, para poner fin a sus sufrimientos.

Por fin alguien recordó los Misterios de Samotracia y sugirió que había que invocar a la Triple Diosa para que aplacase la fuerza del viento. Mopso intentó invocaría del modo que les habían enseñado los Dáctilos, pero en presencia de tantas personas no iniciadas no le fue posible recordar la fórmula correcta del conjuro, y tampoco lo lograron los demás; parecía como si la diosa les hubiera nublado el cerebro intencionadamente.

En vista de la situación, Jasón le rogó a Medea que propiciara a la diosa, pero Medea se hallaba postrada por el mareo y su única respuesta fue un gemido. Así pues, siguieron navegando, pasando la isla rocosa de Lampedusa, cuyas costas resplandecían con la blancura de las enormes rociaduras de espuma; pero Nauplio la confundió con Pantelaria, que está situada a un día de navegación en dirección norte, y esto le hizo calcular mal el rumbo. El mar empezó a lanzar olas más grandes que las anteriores contra el Argo, enmoheciendo las armas de los argonautas, estropeando sus vestidos y obligándoles a achicar incesantemente hasta que creyeron que se les iba a partir la espalda del esfuerzo.

En la mañana del tercer día, muy temprano, Meleagro exclamó:

—Camaradas, ¿puede alguno de vosotros explicarme por qué ha caído esta desgracia sobre nosotros? Ya que todos los pecados que hemos cometido abiertamente han sido purgados con sacrificios y lustraciones, ¿qué causa o motivo puede haber para tan terrible tempestad?

Cástor fijó la mirada en Idas, una mirada que había perdido su claridad, unos ojos nublados por el agotamiento y enrojecidos por la espuma salada.

—He ahí al culpable —dijo—, el que insultó a las ninfas de Cócalo y por ello ofendió a la Gran Diosa que gobierna los vientos. Si nos libráramos de Idas pronto navegaríamos con el calado debido, se cerrarían las vías de agua, cesarían los vientos, y el martín pescador rozaría alegremente las aguas.

Linceo respondió en nombre de su hermano Idas, dirigiéndose a Jasón:

—Jasón, hijo de Esón, ¿has oído lo que ha dicho Cástor? Olvidando el juramento que nos hizo a todos en la playa de Yolco y que renovó en la isla de Apolo, cuando por primera vez entramos en el mar Negro, este demente está atentando abiertamente contra la vida de Idas. Quiere convertir su rencor particular en condena pública contra el hombre más valiente de a bordo. ¿Por qué se le han de negar a Idas sus inocentes bromas? ¿Acaso no se ha ganado el derecho a decir lo que le plazca? Cuando entre los juncos del río Lico salió aquel prodigioso jabalí que mató a Idmón y que hubiera matado a toda la tripulación con sus ensangrentados colmillos, ¿quién dio en el blanco con su lanza, matando a la fiera? Responde tú, Peleo, ¡tú que corriste el mayor

peligro aquella mañana! Y en la batalla contra los bébrices, ¿quién dirigió el ataque por el borde de la cañada, y, tomando al enemigo por el flanco, logró que se dispersara? Responde tú, gran Anceo, que ibas dos pasos detrás de él. Si el Argo ha de deshacerse de algún hombre, sacrificándolo por los demás, que sea el desagradecido y despreciable Cástor, cuyo corazón roe la envidia como una rata roe una vieja bota negra de cuero en un rincón del sótano.

Linceo e Idas echaron mano a sus armas y lo mismo hicieron Cástor y Pólux, y los cuatro intentaron ponerse a luchar, pero la nave se balanceaba y cabeceaba de tal modo que no podían mantenerse en pie. El resto de los argonautas los sujetaron por las túnicas y los desarmaron. No obstante, Pólux logró acercarse lo suficiente a Idas para poder asestarle un fuerte golpe en la mandíbula. Idas, escupiendo un diente roto y una bocanada de sangre, dijo:

—Pólux, cuando haya terminado este viaje, ¡mi diente roto exigirá toda una dentadura en venganza!

Argo, con la cara enrojecida por la cólera, gritó:

—El viaje terminará aquí y ahora, mastuerzos, imbéciles, si no os ponéis otra vez a achicar en seguida. Hay dos dedos más de agua desde que comenzó esta insensata pelea.

Entonces Meleagro dijo:

—Cúlpame a mí, Argo. Fue culpa mía por no haber hablado con claridad. No tenía intención alguna de empezar una riña entre estos orgullosos pares de hermanos. Yo quería preguntar algo completamente distinto, a saber, si la causante de la tempestad no pudo haber sido Atalanta de Calidón. Cuando desembarcamos en Agrigento vi cómo se apartaba de nosotros y se iba con Melas detrás de los arbustos…

Argo puso un cuenco de bronce en la mano de Meleagro y le chilló:

—¡Achica, hombre, achica y contén tu maldita lengua si quieres volver a ver tierra firme!

Pero Atalanta fue a sentarse junto a Meleagro y le dijo en voz baja:

—Querido Meleagro, permíteme que te confiese que sólo te amo a ti, aunque me cansas con tu importunidad y tus celos infundados contra el honorable Melas. Veo que estás sufriendo y no te castigaré más. Vamos, amado mío, ¡sonríeme y achiquemos juntos!

Meleagro empezó a sollozar y le suplicó su perdón, que ella le concedió con dulzura. Achicaron juntos, rodilla contra rodilla, él recogiendo mientras ella arrojaba el agua por la borda, y luego arrojando él mientras ella recogía. De nuevo reinó la paz en el Argo hasta que Ascálafo, hijo de Ares, sorprendió a todos cuando rompió el silencio, cantando en voz profunda y bien afinada:

Anoche mi padre tracio decía
«¡Guerreros, quitaos los cascos!».
El agua ha abierto en el Argo una vía
«¡Guerreros, quitaos los cascos!».

No temáis el hacha, la maza o la espada
«¡Guerreros, quitaos los cascos!».
La que os quiere hundir es la verde agua
«¡Guerreros, quitaos los cascos!».

No queremos el vino en copas de beber
«¡Guerreros, quitaos los cascos!».
La salmuera en cuencos hay que recoger
«¡Guerreros, quitaos los cascos!»

Estas tres estrofas, y otras del mismo estilo animaron a los argonautas para seguir achicando; la melodía era una de aquellas que se meten en la cabeza y que luego cuestan de sacar. Al poco rato dominaron de nuevo la situación. Argo encontró la vía de agua y la taponó con tiras de tela encerada, y dijo a los demás que había esperanzas de llegar sanos y salvos a tierra si se calmaba un poco el viento.

45. LOS ARGONAUTAS PIERDEN TODA ESPERANZA

Entre la medianoche y el alba del tercer día de sus desventuras, el noveno desde que salieron de Corcira, Linceo, que estaba de vigía en la proa, gritó con voz muy alta para que no se la llevara el viento:

—¡Rompientes avante!

El sencillo Corono de Girtón habló desde su asiento cerca de la popa:

—Camaradas, mucho me temo que haya llegado la hora de decirnos adiós con tristeza los unos a los otros, perdonándonos mutuamente cualquier daño o insulto cuyo recuerdo tal vez aún nos hiera el corazón.

Recordemos sólo las hazañas que hemos realizado en común: pues aunque ahora muramos, nadie puede negar que hemos triunfado en nuestra extraordinaria empresa, y conquistado una gloria que tardará largo tiempo en desvanecerse. Sin embargo, y por desgracia, nuestros camaradas Idmón, Tifis, Calais y Zetes, que han muerto en el camino, serán considerados más afortunados que nosotros. Pues mientras que a ellos les honramos, quemando piadosamente sus huesos, y realizamos todos los ritos funerarios que les correspondían, nuestros cuerpos servirán de pasto a los cangrejos que corren de lado por la costa desierta de África, y ¿quién sabe lo que ocurrirá con nuestros espíritus?

No obstante, Periclimeno el mago se incorporó, sujetándose a la regala con la mano izquierda, y, extendiendo la mano derecha en el aire, invocó confiadamente a su padre, el dios Poseidón:

—Padre, aunque otras deidades dominen las aguas del mar Negro, o las aguas de Samotracia, eres sin duda tú quien gobierna las aguas en este lugar. ¿No recuerdas a los tres hombres a quienes honras con el hombre de hijos, que, en la primavera de este mismo año, te ofrecieron un extraordinario holocausto de veinte intachables toros rojos en el territorio de los bébrices? Estos tres mismos hombres se encuentran a bordo de este navío. Consérvales la vida, te lo suplico, y también la de todos sus compañeros, y condúcelos felizmente a tierra. Al hacerlo, beneficiarás a tu hermano mayor, el todopoderoso Zeus, cuyo vellocino de oro está doblado y bien guardado bajo el asiento del timonel. Si el Argo se hunde, y con él el vellocino, no podrás alegar ignorancia del suceso. El Tronador se encolerizará y exigirá una compensación, aduciendo que nosotros rescatamos el vellocino para él, a fuerza de increíbles trabajos y peligros. Aquí tienes un regalo, Padre, un regalo mio, unas bridas tesalias que gané jugando a los dados con Cástor el espartano; pues fuiste tú quien me enseñó la forma de sacudir el cubilete para que los dados me obedecieran y

cayeran como yo quisiera. Acepta este regalo, y empléalo para sujetar tus insensatos corceles verdes y que no nos hagan naufragar junto a las costas despiadadas de África. Yo te doy, para que tú me des a tu vez.

Entonces alguien gritó: «¡Oh!» y señaló con el dedo hacia la popa. Pues el dios parecía desdeñar el regalo de su hijo Periclimeno y estar decidido a destruirlos. Una prodigiosa ola, única por su tamaño, que se elevaba sobre todas las demás como se eleva la cumbre nevada de una montaña sobre el verde valle, se acercaba a ellos con espantosa velocidad. Levantó al Argo sobre su lomo y siguió avanzando a toda prisa con la nave a cuestas. Los argonautas oyeron el sonido de succión y el rechinar de guijarros y esperaron de un momento a otro verse arrojados contra la rocosa costa; sin embargo, cuando la ola rompió con un gran estampido y los lanzó hacia delante en medio de un torrente de blanca espuma, no sintieron choque alguno.

El Argo fue perdiendo poco a poco su velocidad; era como si los dedos de una mano divina lo cogieran y lo frenaran hasta dejarlo inmovilizado. Todos los argonautas tuvieron el mismo pensamiento: «Estamos muertos. Esto es lo que se siente al estar muerto».

Con aquel extraño pensamiento quedaron dormidos tranquilamente, tal era su agotamiento, y ninguno de ellos esperaba volver a ver la reluciente rueda del sol.

Sin embargo, cuando la aurora con sus dorados dedos descorrió la cortina de las tinieblas, el grito de una gaviota despertó al pequeño Anceo, que se levantó y trepó por la regala para mirar a su alrededor. El Argo se hallaba en iguales calados, dentro de una gran masa de algas, sin haber perdido ni siquiera un fragmento de popa. Antes de despertar a sus camaradas para darles la noticia, Anceo efectuó sondajes y descubrió que se hallaban a flote en aguas de poca profundidad pero fuera del alcance de las olas, que todavía rompían violentamente a una distancia de dos tiros de flecha a popa.

Al principio nadie comprendía lo que había ocurrido. No obstante, Periclimeno se restregó los soñolientos ojos, se incorporó y murmuró las gracias a su padre por este milagroso salvamento. Poco después el viento comenzó a amainar, tras de una serie de nerviosas ráfagas. Al elevarse el sol, una calma chicha sucedió a la tormenta, aunque el mar seguía silbando como un ganso enfurecido en los oídos de los argonautas. Cuando se recobraron de su asombro y empezaron a mirar ansiosamente a su alrededor, vieron que la ola había arrastrado el Argo por encima de una sucesión de arrecifes, cualquiera de los cuales lo hubiera podido partir en mil pedazos, como si fuera una avellana podrida, y lo había arrojado finalmente por encima de una playa alta hasta un lago interior, lleno de algas, cuyas riberas estaban blancas de sal.

Alguien empezó a reír por lo gracioso del caso y pronto toda la tripulación estaba riendo a carcajadas. Pero el viejo Nauplio los contuvo:

—Camaradas —les dijo—, éste no es asunto de risa. La ola que nos ha traído

hasta aquí ha vuelto al seno de los mares, y aunque tal vez pudiésemos, después de un mes de duro trabajo, abrir un canal a través de la playa hasta llegar al mar, jamás conseguiríamos levantar el Argo por encima de aquellos arrecifes que se extienden, fila tras fila, como bancos en una concurrida sala, durante casi una milla. El Argo está atrapado aquí, como una ballena encallada, y aquí ha de permanecer y pudrirse su armazón, y nosotros con él, a menos que el lago comunique con el mar de alguna forma que aún no hemos visto.

El lago se extendía tierra adentro hasta perderse de vista por el sur, y hacia el este llegaba muy lejos, pero la lengua de tierra que los separaba del mar por el este se ensanchaba gradualmente hasta convertirse en una gran planicie pedregosa; mientras que hacia el Oeste estaba limitado, a poca distancia de allí, por una larga fila de dunas.

Jasón le preguntó a Nauplio:

—¿Dónde estamos? ¿Qué lago es éste?

Nauplio respondió:

—No lo sé con certeza, porque nunca he estado aquí. En Hadrumeto, en cuyas cercanías creo que nos hallamos, hay un lago, pero me han dicho que está a muchas millas del mar, y por esto estoy perplejo. Vamos a tratar de llevar la nave a aguas de mayor profundidad y atravesar el lago. Quizás encontremos un río que vaya a desembocar al mar.

Aunque estaban hambrientos y agotados, los argonautas invirtieron los remos, colocándolos en el orificio con las palas hacia dentro, luego se quitaron las ropas mojadas, quedando en calzones, y después de bajar del navío, empezaron a empujarlo por aquel macizo de algas. Avanzaron unos cuantos pasos pero el navío se encalló en un banco de arena. Lo empujaron de nuevo hacia atrás y luego hacia adelante, pero al momento volvió a encallar. Las algas impedían que Nauplio pudiera juzgar la profundidad del agua. Así que les pidió que abandonaran sus inútiles esfuerzos y se apostaran alrededor de la nave, a intervalos y en todas direcciones, para que pudiera calcular, viendo hasta dónde les llegaba el agua, cuál era el lugar más profundo. Así lo hicieron y Nauplio pudo marcar con los remos un torcido canal; hecho lo cual, volvió a llamarlos y empujaron el Argo por el canal, sintiendo a menudo cómo la quilla rozaba el arenoso fondo. Pero cuando el sol ya se hallaba en lo alto del cielo sólo habían avanzado unos doscientos pasos y estaban totalmente agotados.

Jasón inspeccionó las reservas de agua y de vino. De agua encontró algo más de un galón, y de vino menos de medio, con esto había que apagar la sed de treinta y dos hombres y catorce mujeres. Cuando comunicó esta noticia, los argonautas permanecieron callados durante un rato. Luego Nauplio dijo:

—Pasarán dos meses o más antes de que caiga una sola gota de agua en este desierto. A no ser que encontremos una salida del lago pronto moriremos de sed o

enloqueceremos por beber agua salada.

Al oír esto, Ergino de Mileto se volvió a Augías de Elide y exclamó:

—Sobre ti, ambicioso Augías, que sólo piensas en el oro, caerá nuestra maldición al morir, y tanto si vives como sí mueres nuestros espíritus no dejarán de atormentarte en toda la eternidad. ¿Por qué nos aconsejaste que echáramos al mar las vasijas de agua y conservásemos estos inútiles sacos de tesoros? Fui un necio al volver a embarcar en el Argo cuando, después de atravesar el Helesponto, puse de nuevo el pie sobre las losas de mi hermosa ciudad natal, Mileto. ¿Por qué no me fingiría enfermo, como hizo el astuto Orfeo, para huir así de tu funesta compañía, loco de Elide? Nunca volveré a labrar los fértiles campos de cebada junto al tortuoso Meandro, donde la buena tierra negra no contiene piedras ni siquiera del tamaño suficiente para tirar con la honda y donde el saltamontes canta durante todo el verano. Pero algún dios nos cegó a todos; jamás debimos escucharte, renacuajo, después de la humillación que por tu pereza sufrimos en el lago de la Grulla.

Augías respondió con ardor:

—Tú me llamas loco, yo te llamo necio, el necio de la capa rayada. ¿Cómo iba a saber yo dónde nos iba a arrojar tan graciosamente tu padre Poseidón? Yo sólo me hice eco del sentir general de los tripulantes, que no querían arrojar al agua tesoros que luego podrían necesitar. Si hubiéramos naufragado en una costa normal, hubiéramos podido comprar todo el alimento y el agua que hubiéramos querido con medio puñado de oro en polvo. ¿Y por qué me echas la culpa a mí? Jasón es nuestro capitán. Si él hubiera dado la orden de echar los tesoros por la borda, yo hubiera sido el primero en obedecerle. Además, aún no estamos muertos. Es posible que nuestro oro y nuestra plata nos sirvan todavía de algo. Estoy seguro de que así será. Mi honrado corazón me dice que éste no es el fin.

Autólico dijo rápidamente:

—Demuestra la confianza que tienes en tu honrado corazón, querido Augías, vendiéndome tu ración de un día de agua y vino por un puñado de oro en polvo. Me ofrezco como comprador.

—Es una oferta justa —dijo Equión el heraldo y yo te pagaré el mismo precio por tu ración de mañana.

Augías se vio obligado a aceptar el trato, pero lo lamentó amargamente antes de que acabara el día; pues, aunque estaban bien provistos de pan de cebada, carnes secas, miel y encurtidos y cosas así, toda la comida que tomaban sin beber se les pegaba a las gargantas resecas. Sólo quedaba un pequeño jarro de aceite de oliva y el aceite de delfín se había terminado.

El calor del sol era insoportable y el agua del lago, pegajosa y salada, formaba una espuma blanca al secarse sobre sus cuerpos. Alrededor del mediodía un viento caliente barrió el desierto y los argonautas vieron cómo los espíritus rojos de la arena

bailaban en vertiginosas espirales; Idas arremetió contra los espíritus con su lanza, pero los espíritus huyeron a su paso, hasta que él regresó al campamento riendo triunfalmente; pero entonces le persiguieron amenazadoramente, elevándose por encima de él.

El viento llenó de arena la comida de los argonautas cuando intentaban comerla, haciendo que rechinara en sus dientes, pero las doce muchachas feacias no participaron en la comida. Estaban todas juntas sollozando en torno al débil cuerpo de Medea, que se había administrado una droga soporífera. Respiraba pesadamente y de vez en cuando gemía, y una vez exclamó en un susurro apasionado: «¡Perdóname, Prometeo, perdóname! El amor y la necesidad me obligaron. ¡Algún día te indemnizaré!».

Aunque su descanso del mediodía no había restablecido sus fuerzas, los argonautas siguieron empujando el Argo por las algas y consiguieron que avanzara doscientos pasos más por la ribera occidental; un largo y ancho banco de arena situado a babor les impedía empujarlo hacia el centro del lago. Todo el mundo empezó a ponerse de mal humor y a mostrarse desagradable, con la única excepción de Mopso el lapita, que se mostraba hablador, contento y alegre. Cuando Nauplio sugirió que se aligerara el barco, sacando todo lo que se pudiera, fue Mopso quien realizó la tarea.

Se acercó a las muchachas feacias.

—¡Dejad a vuestra señora, queridas niñas! —les dijo en un tono enérgico pero a la vez tierno—. No necesita vuestros servicios en este momento. Si alguna de vosotras quiere volver a ver algún día el interior de un palacio, y sentarse sobre blandos almohadones frente al huso o al telar, con un pequeño cuenco lleno de bayas con nata sobre una mesita dorada a su lado, entonces: ¡vamos, preciosas, levantaos con valor, las doce juntas, y venid a ayudarme!

Mandó que se quitaran toda la ropa menos la camisa, y que transportaran, sobre sus tiernas espaldas, grandes cantidades de provisiones y avíos y el contenido de cada una de las arquetas. Las pobres muchachas iban tan cargadas que tropezaban al andar entre las algas y se caían a menudo, llorando de vergüenza cuando Idas se burlaba de sus desnudas nalgas; pero trabajaban con voluntad y la nave ya había ganado varias pulgadas de altura sobre la superficie del agua antes de que terminaran su labor. Los hombres quitaron el mástil, las velas y las piedras de anclaje y todo lo que las mujeres no podían levantar, como, por ejemplo, los sacos de oro de Sinope.

Al vaciar las arquetas descubrieron tres tesoros de bebidas escondidas que en total sumaban el doble de la cantidad declarada; esto fue confiscado por Jasón. Sus propietarios, que eran Peleo, Acasto y Euridamante el dólope, parecían un poco avergonzados, pero alegaron que ellos creían que solamente les quedaban unas cuantas gotas de bebida y simularon gran alegría al descubrir que aún tenían tanta

cantidad.

Aquella noche los argonautas durmieron junto al lago y, ya por costumbre, encendieron un fuego con madera de deriva, pero no tenían caza que pudieran asar ni tampoco podían llenar la caldera del navío de agua fresca; y sin agua no podían hacer sopa con el pescado pequeño y lleno de espinas que sacaban del lago con las manos. Pasaron el día siguiente igual que el anterior, pero la sed y el calor habían empezado a hacer mella en ellos: gemían y se quejaban al trabajar y al final de la tarde el Argo no estaba a más de media milla del lugar al que había sido arrojado por la ola.

Aquel día los espíritus de la arena no bailaron, pero a lo lejos, en el desierto, vieron un espejismo de palmeras y casas blancas, y una flota de tres naves que navegaba del revés, con la quilla hacia arriba. Al anochecer las muchachas feacias empezaron a sollozar silenciosamente; continuaron así toda la noche porque en la distancia se oía el aullido de un chacal y temían que dentro de poco sus consumidos cadáveres le servirían de banquete.

Al mediodía del tercer día se repartieron las últimas raciones de agua y vino. Algunos bebieron con avidez, otros sorbían el liquido con frugalidad, haciendo pasar el líquido, con sus hinchadas lenguas, por toda la boca; pero el gran Anceo, dando pruebas de increíble humanidad, derramó su copa sobre la arena.

—Deidad querida de este remoto país —exclamó Anceo—, quienquiera que seas, te ruego que aceptes esta libación, sabiendo cuán valiosa es la ofrenda que te hago. Yo te doy de mi pobreza, ¡dame tú de tu abundancia!

Dos o tres hombres se sintieron obligados a hacer lo mismo, entre ellos Jasón, como jefe de la expedición. Pero Jasón, que ya se había tragado su ración de agua y vino, vertió el agua sin mezclar que había apartado para darle a Medea cuando despertase; no lo hizo por falta de consideración hacia ella, sino porque una copa llena de agua no hubiera tardado en provocar algún crimen entre sus camaradas.

Aquella tarde, cuando empezaba a anochecer, mudos y desesperanzados, abandonaron la nave y empezaron a vagar sin rumbo por el árido desierto. Mopso echó a reír alegremente y exclamó:

—Vamos, camaradas, ¡qué rostros tan lúgubres contempla la estrella de la tarde! Cualquiera os tomaría por espíritus ligados a la tierra o por pobladores de una ciudad condenada a morir, cuando las imágenes en las puertas del templo sudan sangre y se escuchan inexplicables rugidos y el sol genial queda eclipsado. En nombre de Apolo, ¿qué es lo que os pasa? Animo camaradas, ni Apolo ni los demás benditos olímpicos nos dejarán en la estacada después de habernos sacado felizmente de tantos peligros.

Pero Mopso no consiguió levantarles el ánimo. Euridamante el dólope le comentó al taciturno Melampo:

—Creo que Mopso será el primero en dejar este mundo. Tanta exaltación es signo seguro de una muerte próxima: presagio más digno de confianza que el irresponsable

piar de lavanderas, golondrinas, pinzones y otros pequeños pájaros.

—En tal caso le envidio —dijo Melampo—, pues quien sucumba a causa de la sed y el calor antes que sus compañeros recibirá el mejor funeral. Mucho me temo que tendré la mala suerte de ser el último de todos.

Entonces los argonautas, sintiéndose de pronto obligados a ello, se reunieron y contemplaron el vellocino que brillaba suavemente a la luz de las estrellas. Pasaron la mano con reverencia por el pesado fleco de oro y por los grandes cuernos. Ergino de Mileto dijo:

—No olvidemos que un día, cuando encuentren aquí nuestros cadáveres, secos y calcinados por el sol como las momias egipcias, también se encontrará el vellocino, y gracias a él se recordarán nuestras grandes hazañas. Recibiremos un funeral digno, todos juntos, y nuestros huesos se amontonarán en una tumba común, a no ser que (y esto sería preferible) nuestras armas, ropas y distintivos sirvan para identificamos y nos entierren en nuestras ciudades o islas respectivas. Yo siento haberme quejado de Orfeo y haberle acusado de fingirse enfermo. Me alegro de que ya no esté con nosotros; se ha ahorrado nuestra desgracia presente y ha podido regresar a su hogar entre los salvajes ciclones de Tracia. Pues cuando sepa la noticia de nuestro destino por medio de algún mercader o de algún exiliado, o de algún pájaro profético, llorará nuestra muerte; afinará su lira y con ella cantará, noche tras noche, la larga epopeya de la búsqueda que emprendimos y que llevamos a cabo en su compañía, en versos hexámetros maravillosamente compuestos, que sonarán por el mundo entero durante mil años y más.

Y con estas palabras, Ergino empezó a abrazar a sus camaradas, uno por uno, pidiendo perdón por las injurias que pudiera haberles infligido, y perdonando a todos los que se lo pidieron. Después se despidió de todos y se alejó por el desierto para morir a solas.

Varios de sus camaradas siguieron su ejemplo. Pero Cástor y Pólux se negaron resueltamente a darse la mano, en señal de amistad, con Idas y Linceo. Y Mopso encendió una gran hoguera junto al lago y bailó alegremente a su alrededor en honor a Apolo. Meleagro y Atalanta, con el rostro iluminado por una extraña expresión de alegría, se alejaron, cogidos de la mano, hacia la orilla del mar, donde silbaban las pequeñas olas.

En cuanto a Jasón, se quedó donde estaba, con el vellocino a su derecha y la dormida Medea a su izquierda. Junto a sus pies estaban acurrucadas, todas juntas, las muchachas feacias, agitándose nerviosamente como unos pobres pajarillos que han caído del alto nido y han quedado abajo, sobre las piedras, abandonados por sus padres y sin saber cómo encontrar comida o echar a volar.

46. EL SALVAMENTO DE LOS ARGONAUTAS

Jasón se envolvió la cabeza en su capa y quedó sumido en un profundo sueño, del cual lo despertó una repentina y asombrosa aparición. Tres mujeres con cabeza de cabra y brazos enlazados le sonreían benévolamente, y le dijeron en una sola voz, vibrante como un balido:

—Jasón, hijo de Esón, somos la Triple Diosa de Cabeza de Cabra de Libia, y te agradecemos mucho tu libación de agua pura. Tus camaradas, por ignorancia, han derramado agua mezclada con vino, una bebida embriagadora que no podemos digerir. Sin embargo, puedes comunicarles que todos menos uno saldrán vivos de este trance; todos menos el de la lengua hendida, que deberá morir aquí porque no tiene miedo a la muerte, porque venera a Apolo y no a nosotras, y porque una cigüeña viajera le anunció que hallaría su fin en Libia.

Jasón apartó modestamente la vista mientras la diosa, o las diosas, se dirigían a él. Luego preguntó:

—Señoras, ¿qué debemos hacer los demás para salvamos?

La diosa, que ahora se había convertido en una sola, respondió:

—Tened fe. Y cuando por fin volváis a vuestro país natal no me olvidéis, como me olvidasteis antes. Tanto si rujo como una leona, o balo como una cabra, o chillo como un ave nocturna, o relincho como una yegua, recordad esto: yo soy la misma implacable Triple Diosa —madre, doncella, ninfa y aunque podáis burlaros del padre de los Cielos, que tan poca confianza merece, o de Apolo, el de los ojos de ratón, o de Ares, el de la cabeza pelada, o incluso del engañoso Hermes, el que menea el caduceo, el que es dios de los heraldos, nadie jamás me ha engañado a mí, y nadie ha escapado finalmente al castigo por intentar tal cosa.

Al pronunciar estas palabras se elevó una neblina entre la diosa y Jasón, y, cuando se disipó, ella había desaparecido y él se encontró contemplando el gran disco amarillo de la luna. Luego volvió a dormir, sumido en un sueño de maravillosa satisfacción.

Cuando despertó, se levantó de un salto y empezó a gritar a sus compañeros:

—¡Argonautas, queridos argonautas, estamos salvados! ¡La propia Triple Diosa se me ha aparecido en una visión y nos ha prometido a todos la vida, menos a uno!

El alba rompía sobre el lago con un rojo esplendor que anunciaba otro día de calor. Un argonauta solitario, que resultó ser Melampo, sacó su ojerosa cabeza de entre los pliegues de una capa y respondió con voz ronca:

—Jasón, no interrumpas nuestro último sueño con tu inoportuno griterío. Sueña tus sueños, si quieres, pero deja que nosotros soñemos los nuestros.

Jasón siguió adelante y se encontró con Linceo, al que despertó con una narración

de su sueño. Linceo parpadeó y miró a su alrededor, sin haber comprendido todavía lo que le había dicho Jasón. De pronto exclamó:

—¡Mira, mira! ¡Extiende la mano y dime qué ves a tres dedos de distancia a mano derecha de aquella duna!

—No veo nada —dijo Jasón.

—Pues yo veo a un hombre galopando sobre un caballo de color de cervato —exclamó Linceo—. Y viene hacia nosotros.

Estas palabras despertaron a diez o doce hombres. Se acercaron juntos con mirada preocupada y el cabello polvoriento. Ninguno de ellos pudo ver al jinete.

—Es un espejismo —dijo Eufemo tristemente.

Pero al poco rato, los que tenían mejor vista percibieron una pequeña nube de polvo en la distancia y pronto el jinete ya pudo distinguirse perfectamente y se le oía gritarles en un idioma que no comprendían. Nauplio dijo:

—Es un tritón, de la tribu de los ausensios, a juzgar por su vestido blanco, sus jabalinas adornadas con borlas rojas y el copete que lleva sobre la frente. ¿Será que éste es el lago Tritón, tan al sur de Hadrumeto?

Equión ya se preparaba a adelantarse y hacer un elocuente discurso ante el jinete, pero Autólico le contuvo, diciendo:

—Noble hijo de Hermes, no creas que quiero negarte el derecho, que como heraldo tienes, de representarnos. Pero tu maravillosa elocuencia solamente sirve cuando las personas a quienes te diriges entienden alguno de los dialectos griegos, pelasgos o tracios: se desperdicia ante un salvaje. Déjame, por esta vez, ser el portavoz. En Sinope aprendí bien el lenguaje de los sordomudos.

Autólico se salió con la suya. Se acercó al tritón, le cogió la mano derecha y lo abrazó; luego hizo una pantomima indicando que bebía, señalando sus labios resecos y su lengua hinchada, y se puso a mirar hacia el horizonte con impaciencia.

El tritón comprendió. Hizo la misma pantomima indicando que bebía, señaló vagamente hacia el desierto, y extendió la mano para recibir un obsequio.

Autólico movió la cabeza afirmativamente, y el tritón señaló un trípode de bronce con patas y asiento dorado, tumbado de costado cerca de allí; el rey Alcinoo se lo había entregado a Jasón para que lo dedicara al santuario de Delos a su regreso.

Autólico hizo como que se negaba a dejar que se llevase el trípode, pero finalmente prometió que el tritón podría quedarse con él en cuanto les hubiese llevado a donde hubiera agua.

Trazando un arco imaginario y extendiendo tres veces los dedos de la mano, el tritón dio a entender que el agua se hallaba a una distancia de treinta tiros de flecha. A continuación se irguió todo lo que pudo, echó el pecho hacia adelante, tensó los músculos y empezó a dar golpes contra una roca con una maza imaginaria. Luego hizo un movimiento de agua con los dedos y se agachó con avidez que evidentemente

era un intento de pronunciar la frase griega «¡Serpientes Sagradas!».

Los argonautas se miraron unos a otros con gran asombro y exclamaron al unísono:

—¡Hércules!

El tritón inclinó la cabeza y repitió: «Hércules», luego los miró con ceño, volvió a exclamar «¡Serpientes Sagradas!» con mucha alegría, y estalló en risas.

Le dieron golpecitos en la espalda y lo siguieron ávidamente al lugar donde estaba el agua. Cuando llegaron allí, al poco rato encontraron un manantial claro que borbotaba en una roca de color rosado y hallaron pedazos grandes de roca tirados por allí cerca, en el desierto, recientemente partidos con algún instrumento poderoso, sin duda alguna la maza recubierta de latón de su camarada Hércules. ¡Ah, cómo bebían y volvían a beber de aquel dulce y reconstituyente manantial!

Entonces se dijeron unos a otros:

—¡Hércules nos ha salvado la vida, ha sido Hércules!

Y efectivamente, más tarde supieron que al navegar hacia la isla de las Hespérides en busca de las naranjas sagradas, el viento lo había hecho naufragar no lejos del lugar en que se encontraban. También tenía sed, pero en lugar de resignarse a morir echó a andar por el desierto con sus grandes pasos, olfateando como un león, y en cuanto percibió un ligero olor de agua comenzó a golpear la roca con su maza hasta que el manantial salió a chorro. Alrededor del manantial ya se veían huellas de animales desde todas direcciones y el tritón explicó con gestos expresivos de qué animales se trataba: el diminuto jerbo de grandes ojos, el chacal que se alimenta de cadáveres, el puerco espín con púas que suenan al andar y el espléndido cordero beréber.

Autólico convenció al tritón, mediante regalos y promesas, para que volviera con ellos al campamento. Allí le enseñó el Argo y le preguntó si había modo de sacarlo del lago y devolverlo al mar. El tritón les aseguró que esto era posible porque había un río estrecho que salía del lago a unas millas en dirección este, y el Argo ya estaba situado en el serpenteante canal que comunicaba con este río. Autólico le dio broches y pendientes a los que contribuyeron todos los argonautas gustosamente, y además le prometieron una hermosa capa roja si les ayudaba a escapar. Esto le satisfizo y profirió un fuerte y brusco grito, entre un silbido y un alarido. Inmediatamente, como por arte de magia, gran cantidad de tritones casi desnudos sacaron sus cabezas copetudas detrás de una árida colina a media milla de distancia y echaron a correr hacia los argonautas.

Linceo exclamó:

—¡Por las patas y la cola del Lince, qué necio soy! Ayer al mediodía vi hombres y mujeres sentados en cuclillas en aquella colina, pero creí que se trataba de un espejismo.

Estos tritones, o ausensios, eran trogloditas que vivían en profundas cavernas bajo tierra, con unos pequeños orificios, como los de las madrigueras de los zorros, que les servían de puertas y ventanas. Nadie que caminara por encima de aquella colina hubiera podido creer que bajo sus pies había una ciudad populosa; pues son gente muy tímida y casi nunca se atreven a dejarse ver por extraños. El jefe había tomado la precaución de cabalgar hacia el campamento de los argonautas desde otro punto completamente distinto, como si viniera de muy lejos.

Tanto los ausensios como sus vecinos los machos (que llevan el copete detrás en lugar de delante) veneran a la Triple Diosa al estilo antiguo. No practican el matrimonio sino que se relacionan indistintamente, dentro de ciertos grados de parentesco; y cada tres meses celebran una asamblea tribal durante la cual todos los niños que han nacido se entregan al cuidado del hombre, dentro del parentesco prescrito, con el cual se juzga que tiene más parecido. Las mujeres dan muestras de gran independencia de espíritu; van armadas y deciden anualmente quién será la sacerdotisa de la Luna, mediante una furiosa batalla que libran entre ellas mismas y en la que no puede entrometerse ningún hombre so pena de desmembración. Para los ausensios como para todos los demás habitantes del Doble Golfo, el Sol no es una deidad beneficiosa sino un tirano sin piedad; lo maldicen cada día cuando nace y le arrojan piedras.

Las penas de los argonautas se desvanecieron. Medea se despertó de pronto de su trance y llevó a las muchachas feacias al manantial con jarras y cubos vacíos que luego trajeron llenos; y pronto todos se sintieron restablecidos y llenos de nueva vida y vigor. Los ausensios señalaron con estacas el curso del canal y los argonautas, con su ayuda, después de volver a almacenar el cargamento a bordo, empujaron lentamente el Argo por el camino señalado, durante doce millas en total; avanzaban dos millas más o menos cada día hasta que por fin se encontraron en aguas claras y pudieron nuevamente hacer uso de los remos. Jasón premió a los tritones adecuadamente con telas de colores y otros pequeños regalos, y Argo grabó sobre el trípode una inscripción de gratitud y amistad hacia su nación. Los tritones, chillando de alegría como murciélagos, se llevaron el trípode bajo tierra a algún santuario oculto de la madre de Cabeza de Cabra, cuya triple forma Argo había tallado sobre el asiento.

Los argonautas se acercaron vadeando a la orilla y elevaron un altar sobre un otero cercano al lugar donde el río, que se llamaba Gabes, salía del lago. Allí amontonaron ofrendas sobrias para la diosa de Cabeza de Cabra. Pero en otros altares también ofrecieron sacrificios a los dioses olímpicos: dos corderos beréberes que Idas y Meleagro habían cazado vivos y una gacela que Atalanta había herido lanzando su jabalina a gran distancia.

Cuando ya habían vuelto a embarcar y se habían despedido cordialmente de los

ausensios, y se habían puesto a remar, el jefe recordó que había olvidado una muestra de cortesía: corrió a galope montado en su caballo, siguiendo las riberas del río mientras agitaba un terrón de tierra. Quería que lo aceptaran como símbolo de que siempre que quisieran visitar sus tierras serian bienvenidos. Eufemo guardó su remo, se tiró al agua y nadó hasta la orilla para recibir el obsequio; luego regresó nadando con una mano para que no se le mojara. Entonces la corriente salada del Gabes llevó velozmente al Argo hacia el mar, después de un encierro de diez días.

Medea hizo una profecía a Eufemo:

—Hombre con el emblema de la Golondrina, si consigues llevar este terrón felizmente a tu hogar, en el sagrado Ténaros, tus descendientes en la cuarta generación serán reyes de África. Si no lo consigues, África deberá esperar la semilla de Eufemo hasta la decimoséptima generación.

Pero la cuarta generación de sus descendientes, partiendo de un hijo que tuvo con Lamache en Lemnos, estaba destinada a perder la soberanía; pues en una noche oscura, durante el viaje de regreso, una ola rompió sobre el Argo y deshizo el terrón convirtiéndolo en agua fangosa.

Así pues, todos los argonautas se salvaron, menos Mopso el lapita, que no escapó al destino que le profetizaron. Tres días antes de este suceso, cuando vagaba por las orillas del lago, una enorme sombra oscureció su camino. Al levantar la vista vio un buitre de tamaño prodigioso que se cernía sobre él, con alas puntiagudas y cola en forma de cuña. Estaba llamándolo en tono suplicante, instándolo a alejarse del lago con un grito reiterado, diciendo: «¡Oro, oro!», esperando (según se cree) llevarlo a algún lugar inaccesible y sin agua, para poder devorarlo a sus anchas cuando hubiese muerto de sed. Mopso fue engañado fácilmente. Corrió hacia delante con los ojos fijos en el pájaro, pero no había corrido muchos pasos cuando pisó la cola de una serpiente negra que yacía aletargada al sol. La serpiente se volvió y le clavó los colmillos en la pantorrilla, junto a la espinilla. Mopso gritó y sus compañeros corrieron a ver lo que ocurría.

Sentado en el suelo y acariciándose la herida, Mopso dijo:

—Adiós, queridos camaradas. El buitre me prometió oro si lo seguía. Ahora debo morir, pero no siento excesivo dolor. Enterradme generosamente y hablad bien de mí cuando haya muerto —luego el entumecimiento del veneno se extendió velozmente por sus piernas, se le nublaron los ojos, y cayó hacia atrás.

Bajo el tórrido sol de Libia un cadáver pronto apesta; y el veneno de la serpiente, que iba actuando en el cuerpo de Mopso, empezó a pudrir la carne e hizo que se le cayera el cabello ante los ojos de sus camaradas. En seguida pidieron prestadas unas palas a los tritones y cavaron una profunda tumba mientras su cuerpo se quemaba en la pira que habían construido y encendido. Cuando se hubo consumido toda la carne, elevaron el túmulo sobre sus huesos, y desfilaron tres veces a su alrededor, con toda

la armadura puesta, llorando su muerte con gran dolor y arrancándose mechones de cabello, mientras que el desvergonzado buitre se cernía sobre ellos, dando graznidos al verse privado de su esperado banquete.

47. EL ARGO VUELVE A CASA

Era muy arriesgado, por la avanzada época del año en que se encontraban, realizar un viaje cuya duración no podía ser de menos de dos meses, pero los vientos y el tiempo resultaron favorables en extremo desde el día en que los argonautas se hicieron a la vela en el mar de Libia, junto al río Gabes, hasta el día en que finalmente desembarcaron en Págasas. En su largo costear del Doble Golfo de Sirtes no permanecieron más que el tiempo indispensable en los lugares en que hicieron escala, pues no había ciudades ni otros lugares de interés en toda la larga extensión de la costa: ni siquiera el conocido poblado de Oea merecía una visita. La costa estaba en posesión de salvajes no menos extraños que los que habían visitado en el golfo oriental del mar Negro. Los primeros que visitaron fueron los lotófagos, los perezosos habitantes de la gran isla rocosa de Menix, en la que desembarcaron los argonautas en busca de agua. Los lotófagos, tal como su nombre indica, se alimentan principalmente de las dulces bayas del loto, o azufaifo, el árbol de ramas sueltas y hojas plateadas, que crece espontáneamente en cada hueco de las rocas y en cada rincón protegido. También poseen rebaños de ovejas para sus provisiones de leche y de lana, pero consideran que comer cordero asado es un acto repugnante, peor que el canibalismo. Con las bayas del loto hacen un vino tan fuerte que, por lo visto, perjudica la memoria de quienes lo beben: después de sólo unos tragos olvidan los nombres de sus amigos y de sus parientes e incluso el de los dioses benditos. En Menix los argonautas encontraron agua buena y comieron unos pastelitos redondos y dulces hechos de bayas de loto; pero se negaron a probar el vino de loto porque Nauplio les había advertido de su peligro. Por fin habían aprendido a no buscarse problemas haciendo pruebas peligrosas.

La siguiente escala del Argo fue en el territorio de los gindaneos, que son pastores de ovejas y de cabras y pescadores de atunes; también se alimentan de loto, pero no elaboran vino con él. Fue aquí donde los argonautas vieron por vez primera cómo crecían las palmeras datileras, como altos pilares coronados de plumas, y probaron la fruta pegajosa y amarilla, que tarda mucho en madurar. Las mujeres gindaneas llevan alrededor del tobillo tantas tiras de lienzo como amantes han tenido, y son el sexo dominante, pues son quienes guardan los pozos. A los argonautas que fueron en busca de agua no les dejaron sacar ni un solo cubo del pozo hasta que hubieron disfrutado de su compañía y hubieron entregado una tira de lienzo para el tobillo de cada una de las novias. Las mujeres eran hermosas, aunque excesivamente morenas, y los argonautas, encabezados por Equión, se alegraron de poderles dar el placer que exigían. Los hombres gindaneos no se mostraron celosos por este acto, pero tenían una curiosidad indecente y no querían marcharse de allí; sin embargo, a petición de

Equión, las mujeres les obligaron a irse a bañar en el mar.

La costa del golfo por donde navegaron a continuación era baja, arenosa y monótona, y raramente se veía un vestigio de verdor. El séptimo día llegaron a Oea, que está situado en el centro del Doble Golfo. Oea es más un campamento que una ciudad. El ancho muelle, protegido por arrecifes contra la furia del viento del nordeste, sirve de abrigo a los mercaderes griegos que vienen en busca de los productos locales, tales como pieles de avestruz, esponjas y benjuí (un condimento muy sabroso); algunas veces pueden comprar marfil y otros productos extravagantes que traen las caravanas egipcias. Las caravanas vienen en invierno siguiendo la ruta que conecta los numerosos oasis del interior y que termina en este punto, y regresan al comenzar la primavera. Sin embargo, como la estación comercial de aquel año ya había finalizado, los argonautas sólo encontraron en Oea a los nativos, los macaeos, y no vieron a ningún griego ni a ningún egipcio. Los macaeos se dejan crecer un copete de cabello en el mismo centro del cráneo, afeitándose el resto. Veneran al avestruz y viven en tiendas de pieles.

En Oea Jasón lavó el vellocino en el quinto de los ríos prescritos, el angosto Cínipe, que vierte sus aguas en el mar de Libia. Sus compañeros compraron vasijas de agua griegas de gran tamaño y las llenaron en el mismo río.

Desde Oea continuaron navegando durante dos días enteros a lo largo del territorio de los macaeos, y al atardecer del segundo día llegaron a un lugar que desde lejos había parecido ser tres islas; en realidad eran tres colinas sobre un promontorio rocoso, cubiertas de palmeras. En la distancia habían visto pastar un rebaño de ovejas y esto despertó en los argonautas un irresistible deseo de comer carne asada. Los tres hermanos de Sinope, junto con Idas, Linceo y Canto, el hermano de Polifemo, fueron enviados inmediatamente por Jasón para conseguir que los pastores les entregaran diez ovejas o carneros: con menos no tenían suficiente. A la hora del crepúsculo llegaron al lugar donde estaba el rebaño, pero los pastores macaeos rechazaron los obsequios que les hacían los argonautas y no quisieron entregarles ni una sola oveja. En la batalla que sobrevino, los pastores, que eran maravillosamente ágiles, se defendieron con un valor realmente extraordinario, pues eran cuatro contra seis, y antes de que Idas los ensartara a todos con su jabalina, uno por uno, su jefe lanzó una piedra con su honda contra Canto, haciéndola girar con tremenda fuerza y con tan precisa puntería que le dio en la sien y le rompió los huesos del cráneo.

Con gran pesar cogieron a Canto y lo enterraron junto al mar, bailando en torno a la pira con la armadura puesta y arrancándose mechones de cabello. También elevaron sobre sus huesos un alto montón de piedras blancas, para que los marineros futuros anclasen sus naves cerca de aquel lugar y le ofrecieran libaciones. Pero no sintieron miedo del espíritu de Canto; ya había calmado su sed con la sangre de cuatro adversarios y con la de un centenar de ovejas, que los argonautas encontraron

bastante sabrosas, a pesar de lo flacas que estaban. Se dieron un festín con el cordero asado, acompañado de salsa de cebada y benjuí que las muchachas feacias sabían preparar.

Pasaron luego por las lagunas, las marismas y arenas movedizas, que se extienden durante cien millas o más. Esta parte del golfo tiene un aspecto extraordinariamente caótico, pues no es tierra firme pero tampoco es mar. Algunos poetas dicen que cuando la diosa Eurínome creó originalmente la tierra, se distrajo mirando un áspid con cuernos al que había dado vida involuntariamente, y dejó el golfo de Sirtes sin terminar. Nauplio mantuvo el Argo alejado de aquella costa traidora.

Luego llegaron al país de los morenos psilos, que se atreven a comer serpientes y lagartos, y que, según lo que contó Nauplio, incluso eran inmunes al veneno del áspid. Nauplio explicó que si alguna vez muere un niño psilo por una picadura de áspid, su madre arroja el cadáver al desierto sin funeral alguno, considerándolo un monstruo y no un auténtico psilo. Medea se rió al oír esto, diciendo que los psilos no eran menos inmunes al veneno de las serpientes que las demás razas, pero que utilizan hechizos para aplacarías y se embadurnan con un zumo que es nocivo para todo tipo de serpientes. Declaró que en sus exhibiciones públicas, cuando animan a grandes serpientes encapuchadas para que los muerdan, indudablemente engañan al pueblo al haberles quitado anteriormente y en secreto, los colmillos que contienen el veneno, pasando un trapo por entre los dientes de cada una de las serpientes y tirando con fuerza de él. En cuanto a lo que se decía de que comían carne de serpiente, no se trataba de nada asombroso, pues no es venenosa, sólo desagradablemente dura y rancia. En consecuencia, los argonautas no se molestaron en visitar a los psilos, a quienes hasta entonces habían tenido por seres maravillosos. Siguieron adelante, siempre haciendo uso de la vela, pasando por delante de arrecifes rojos alternados con playas de blanca arena, detrás de las cuales se elevaban unas colinas de tamaño uniforme, desprovistas de árboles y cubiertas de hierba quemada por el sol. De vez en cuando se veían gacelas, pero ningún otro cuadrúpedo de tamaño apreciable.

Luego llegaron al territorio de los nasamonios, que ocupan las partes más firmes del golfo Oriental. Los nasamonios se diferencian de las tribus del oeste en que veneran a una especie de dios Padre y practican una especie de matrimonio. Sin embargo, a los nasamonios no les preocupa la castidad de sus esposas; el esposo permite que los invitados a la boda gocen de su mujer, uno tras otro, según el rango, siempre que le traigan un buen regalo. El rico se casa con muchas mujeres, pero el pobre que no puede permitirse ni siquiera mantener a una, asiste a todas las bodas y de este modo no se ve privado de los placeres naturales del amor. Sin embargo, los argonautas no vieron a muchos miembros de este numeroso clan, pues la mayoría de ellos estaban, como siempre, pasando el verano en los oasis de palmeras que, como las motas de la piel del leopardo, salpican el desolado interior de Libia; no regresarían

hasta que las lluvias del invierno hubieran vestido las colinas de la costa de hierba y flores para engordar su flaco ganado.

Cuando los argonautas desembarcaron en un poblado bastante grande, situado en el ángulo oriental del golfo, nuevamente necesitados de agua, el jefe de los pocos nasamonios que quedaban allí insistió en que Equión, que se había adelantado a los demás como heraldo, hiciese un tratado de amistad con él. El nasamonio bebió agua en la palma de la mano de Equión y le dio a beber agua de la suya. Equión encontró muy desagradable este modo de sellar los tratados. El nasamonio tenía las manos sucísimas y cubiertas de llagas y el agua, que se había obtenido cavando en la arena cerca de la playa, era salobre y tenía un desagradable sabor a azufre. No obstante, Equión procedió con impecable cortesía, como conviene a un heraldo.

Se vieron obligados a esperar allí hasta que el viento del oeste, que los había llevado tan bien y tan lejos, fuera sucedido por el viento del sur, pues la costa se inclinaba ahora hacia el norte. Entretanto, los nasamonios los alimentaron generosamente, pero con comida que no era, ni mucho menos, de su agrado: tiras de ternera secadas al sol, y saltamontes reducidos a polvo y mezclados con leche seca. Al sexto día sopló el viento del sur.

Con gran alegría, poco después, llegaron al fértil país de Cirene, donde la tierra es profunda y crecen toda clase de árboles y plantas. Los cireneos, gente culta y hospitalaria que conoce un poco el griego, los recibieron amablemente a cambio del placer de escuchar los maravillosos relatos que contaban sobre sus viajes. Aquí Jasón compró provisiones para la siguiente etapa del viaje que había de ser Grecia, pasando por Creta, y él y sus camaradas probaron pan fresco de cebada por vez primera desde que salieron de Corfú. El lugar desde el cual finalmente se hicieron a la mar fue Darnis, donde lavaron el vellocino en el sexto de los siete ríos prescritos, el Darnis, que desemboca en el mar Cirenaico. Este río de aguas dulces pasa por un profundo barranco, cuyas laderas están cubiertas de olivos silvestres, pinos y cipreses. Encontraron huertos de higueras bien cuidados y viñas recién plantadas. En la fiesta de despedida los darnios los coronaron con guirnaldas, les llenaron la boca con ternera asada, y al principio no quisieron aceptar ninguna recompensa; pero los argonautas les obligaron a aceptar el oro para embellecer sus templos.

Desde Darnis, impelidos por un buen viento del sudeste, llegaron a Creta al amanecer del tercer día, y al despertarse vieron que estaban a la sombra del monte Dicte. Pensaban desembarcar en Hierapitna, una plaza fuerte situada en una planicie que sobresalía de la costa; pero el primer magistrado de la ciudad, que llevaba un casco de bronce, un escudo de bronce y grebas también de bronce, estaba en pie en lo más alto de una roca cercana al lugar de desembarco y les gritó con malos modales diciéndoles que se desviasen, ya que las naves minias no eran bien recibidas en Creta. A su alrededor se congregaron ciudadanos armados, haciendo chocar sus armas, y se

pusieron a lanzar piedras contra el Argo. Los argonautas debatieron si debían atacar Hierapitna y pasar a cuchillo a todos sus habitantes; pero prevalecieron las opiniones más prudentes cuando Medea se ofreció a castigar al magistrado asestándole un golpe desde lejos.

Hicieron retroceder el Argo para estar fuera del alcance de las flechas y Medea se subió a la proa. Echándose el pliegue de su túnica púrpura sobre la cabeza, empezó a hacer magia. Se la oía cantar y rezar alternativamente y por fin, con un movimiento brusco, sacó la cabeza y le lanzó al magistrado, cuyo nombre era Talo, tal mirada gorgónea, haciendo rechinar los dientes y poniendo los ojos en blanco, que el hombre se desmayó de miedo y cayó desde la punta de la roca en que estaba. Se rompió la pierna por tres lugares distintos, se cortó la arteria principal del tobillo y murió desangrado al cabo de una hora, pues los ciudadanos, aterrados por Medea, no se atrevieron a acudir en su auxilio.

Los argonautas se alejaron remando hacia el este, riendo de placer, y doblaron la escabrosa punta oriental de Creta. Al día siguiente, al amanecer, llegaron a Minoa, donde Argo era bien conocido por los habitantes, y allí aprovisionaron el navío. El río Minos, que desemboca en el mar de Creta, fue el último de los siete ríos prescritos en el que lavaron el vellocino. Ahora ya estaba totalmente limpio y Zeus podría aceptarlo.

Al mediodía salieron de Minoa y siguieron navegando toda la noche con una brisa del sur que hinchaba la vela. El cielo se cubrió de nubes y, aunque el mar no estaba demasiado embravecido, ésta fue la noche más oscura de todo el viaje, sin luna ni estrellas ni ninguna otra fuente de luz. Fue entonces cuando Eufemo perdió el sagrado terrón que le había entregado el tritón, pues alrededor de la medianoche entró mucha agua por el costado del navío. Un negro caos descendió del firmamento y nadie tenía la más remota idea de la distancia que había recorrido el Argo ni de la ruta que llevaba, pero siguieron navegando confiadamente. Al amanecer el cielo se aclaró de pronto y cuando los primeros rayos del sol naciente doraron los desnudos riscos de la isla de Ánafe se dieron cuenta de que alguna deidad les había guiado felizmente entre dos islotes rocosos situados frente a su costa sur a una distancia de unas cuatro millas. Desembarcaron en una playa de arena amarilla y encendieron un fuego con madera de deriva, esperando poder comprar una oveja o cazar una cabra o algún otro animal que pudieran sacrificar en honor al radiante Apolo. Pero en aquel tiempo Ánafe no estaba habitada por hombres ni había aves o bestias adecuadas para un sacrificio. Los argonautas se vieron obligados a derramar libaciones de agua pura sobre los ardientes tizones, cosa que hizo reír tanto a las muchachas feacias que las lágrimas corrían por sus mejillas.

Entonces Idas dijo:

—Por reíros de nosotros, jovencitas, ¡voy a azotar vuestros modestos traseros con

la palma de mi mano!

Las muchachas se defendieron con tizones encendidos y puñados de arena, en medio de mucho jolgorio y griterío; Idas azotó todos los traseros, uno por uno, aunque las muchachas lo quemaban en venganza y casi lo cegaron con la arena. Hoy en día este incidente es recordado por los devotos habitantes de Ánafe en el sacrificio anual que celebran sin carne en honor a Apolo; y se sigue azotando alegremente a las jóvenes con «la mano de Idas».

—También fue en Ánafe donde Medea, guiada por un pito, llegó hasta un tronco hueco cuya base, llena de bultos y protuberancias, tenía una forma parecida a la de una matrona. Medea entendía el lenguaje de los pájaros y, siguiendo el consejo del pito, le pidió a Argo que cortase el árbol. Argo lo hizo, y entonces, con la ayuda de un hacha, alquitrán y minio, siguiendo las instrucciones de Medea, convirtió el tronco en una aterradora estatua de la Artemisaor tracia, que luego transportó a la playa y colocó, envuelta en capas, a bordo del Argo.

Desde Anafe se dirigieron, no a Egina, como algunos pretenden, sino que pasaron entre la dichosa Naxos y Paros, la de las rocas de mármol blanco; y por la noche dejaron Delos atrás a estribor. Los tres más fervientes devotos de Apolo, a saber, Idmón, Ifito y Mopso, habían muerto ya; de lo contrario hubieran persuadido a Jasón de desembarcar en Delos y pasar el día entero bailando.

Tenos y Andros también quedaron atrás, y no tuvieron ninguna aventura más mientras, navegando por las sagradas costas de Eubea, pasaron por la tierra de Cadmo, y por Aulide y por la costa locria, hasta doblar el cabo Ceneo, con sus tierras llanas y cubiertas de lentiscos, donde termina Eubea; y más de siete meses después de su partida entraron en el golfo de Págasas y desembarcaron orgullosamente en la bien conocida playa.

48. LA MUERTE DE PELIAS

Era ya de noche; sin embargo, Jasón quiso que sus compañeros encendieran en seguida un fuego de madera de deriva en la playa desierta de Págasas, mientras él obtenía animales adecuados para sacrificar a Apolo, dios de los Desembarcos, en gratitud por el feliz regreso del Argo. No encontraron madera seca, pero, siguiendo las indicaciones de Acasto, penetraron en un depósito de útiles marinos y encendieron un buen fuego con los remos y bancos que allí encontraron.

Jasón, acompañado de Peleo, se encaminó a la misma granja donde una vez había ido a buscar vino para Hércules, y golpeó la puerta con el pomo de su espada. El granjero que, podadera en mano, vino a abrirles la puerta, parpadeó confusamente, pues lo habían despertado de su primer sueño, que es el más profundo y dulce de toda la noche; pero al momento dejó escapar un grito agudo e intentó cerrarles la puerta en las narices. Jasón metió el pie entre la puerta y la jamba y le preguntó:

—Amigo, ¿por qué te asustas de Jasón, el único hijo de tu rey Esón, y lo tratas como si fuera un ladrón nocturno?

El granjero, tembloroso y balbuciente, respondió:

—Oh, mi señor Jasón, tú estás muerto, ¿es que no lo sabes? Naufragaste y pereciste ahogado en tu viaje de regreso de Sicilia hace dos meses. Tú no eres más que el fantasma de Jasón, y no Jasón en persona.

Jasón se enfadó. Él y Peleo abrieron la puerta empujándola con el hombro y convencieron al granjero de su error con unos golpes de puño. Tembloroso aún, el granjero los condujo a sus bien provistos establos, donde, alumbrados por una linterna, eligieron dos hermosos novillos para el sacrificio. El granjero los condujo por la argolla del morro hasta la neblinosa playa, que ahora estaba espléndidamente iluminada, pues los argonautas habían alimentado el fuego con alquitrán y resma que habían encontrado en el depósito. Jasón inmoló los novillos inmediatamente, en el mismo altar que habían elevado en honor al Apolo de los Embarcos, el día de su partida.

Una vez descuartizadas las víctimas, y mientras la carne se asaba en los espetones, chirriando y despidiendo un olor apetitoso (no había razón para aplacar al dios con un holocausto, sino que podían sentarse tranquilamente como invitados suyos para participar en el banquete), el granjero, que hasta entonces había guardado silencio para evitar que el sacrificio se estropeara con lágrimas o exclamaciones de mal agüero, llamó aparte a Jasón para darle malas noticias. Le dijo que su padre Esón y su madre Alcimeda habían muerto, obligados por Pelias a quitarse la vida, bebiendo sangre de toro. Y esto no era todo: Hipsípila, la reina de Lemnos, había venido recientemente a Yolco en busca de Esón, a quien (según dijo) le había dicho Jasón

que se dirigiera si alguna vez se encontraba en apuros. Había sido desterrada de Lemnos por haber salvado la vida de Toante, su tío, después que se hubiera votado unánimemente la muerte despiadada de todos los hombres lemnios; pues las mujeres lemnias no se enteraron de este hecho hasta la llegada de los argonautas.

Cuando, inocentemente, le dijo a Pelias que estaba encinta y que el padre era Jasón, Pelias pensó que, fuera niño o niña, el hijo que pariese seria el legítimo gobernante de Ptiótide, y decidió acabar con ella lo antes posible; pero ella, avisada a tiempo de lo que tramaba Pelias, huyó y se refugió en el templo de Artemisa de Yolco, donde la vieja Ifias, la sacerdotisa, le dio asilo. Sin embargo, Pelias protestó, aduciendo que, ya que tanto Jasón como Esón estaban muertos, él era ahora el pariente varón más cercano de Hipsípila y, por lo tanto, su guardián; y obligó a Ifias a que le entregara a la joven. Luego la hizo desaparecer, aunque el granjero no le podía decir a Jasón con seguridad cómo había ocurrido el hecho.

Puede uno imaginarse con qué horror Jasón escuchó la noticia. Reunió a sus camaradas y les dijo:

—Dejad que os exponga una tenebrosa cuestión: cierto vil usurpador manda a tierras de allende el mar a su rival, el hijo de su hermano enfermo, el legítimo gobernante de su pueblo; y se cree que ha dado muerte al hijo nonato de este rival; y se sabe que ha obligado a su hermano, y con él a su esposa, a beber sangre de toro, causándoles así la muerte, después de interrumpirles cuando celebraban un sacrificio privado, y amenazándoles con matarlos él mismo con su hacha y dejar sus cuerpos insepultos si se negaban a ello. Camaradas, ¿qué suerte merece este usurpador fratricida?

Aunque ninguno de los argonautas, incluso los de más corto entendimiento, dejó de comprender a qué rey se refería Jasón, todos, menos tres, respondieron:

—¡Morir por la espada!

Los que guardaron silencio fueron Acasto, hijo de Pelias; Admeto, su yerno; y Peleo el mirmidón, su vasallo. Jasón les preguntó a cada uno:

—¿No estáis de acuerdo en que morir por la espada es el castigo que merecen estos crímenes perversos?

Acasto respondió:

—Deja que Admeto responda por mí, no sea que diciendo lo que pienso se me juzgue culpable de parricidio y me acosen las Furias.

Admeto respondió lo siguiente:

—Yo estoy casado con la hija de un rey que podría muy bien ser culpable de los actos que has mencionado; pues fue amamantado por una perra loba y, en consecuencia, es de naturaleza salvaje. Pero antes de que dé el mismo veredicto que han dado mis compañeros, dejadme que pregunte sí enviar a un sobrino a tierras de allende el mar es un crimen que pueda castigarse justamente con la muerte, sobre

todo cuando el sobrino emprende alegremente el viaje como capitán de los más valientes campeones de Grecia y se gana una gloria imperecedera en poco tiempo. En segundo lugar, dejad que pregunte si se puede asesinar a un niño antes de que nazca, y si se puede castigar con justicia a un hombre por un crimen que aún no ha sido probado en su contra. Finalmente dejadme que os pregunte si se puede con justicia castigar a un hombre por ser el asesino de su hermano enfermo y de la esposa de su hermano, si éstos se quitaron la vida por voluntad propia. Si no hubiesen hecho caso de sus amenazas, tal vez aún seguirían con vida; el usurpador lo hubiera pensado dos veces antes de decidirse a derramar la sangre de su hermano, sabiendo muy bien que sus devotos súbditos se negarían a aceptar a un fratricida. Y ¿qué crédito puede darse a una historia en la que se dice que un hombre que guardaba cama estaba sacrificando un toro?

Estas palabras de Admeto agradaron a algunos de sus compañeros, pero, desde luego, no a todos.

Augías de Elide dijo:

—Jasón, juramos obedecerte durante el viaje en busca del vellocino, y hemos sido fieles a nuestro juramento. Ahora que ha terminado el viaje y quedamos libres de esta obligación, puedo hablar con libertad. Yo opino que seria una locura que treinta y un hombres asaltasen la ciudad de Yolco con la esperanza de poderse vengar de Pelias. Puedes estar seguro de que las puertas de la ciudad están bien guardadas; y la última vez que estuvimos aquí había siempre quinientos soldados de la guardia real armados. Sin duda habrán aumentado en número desde entonces. Yo, por mi parte, no quisiera arriesgar mi vida en una empresa como ésta, que promete ser muy peligrosa. ¡Reflexionad, camaradas! Seguro que los vigías que están apostados en los muros ya han visto las llamas de nuestro fuego del sacrificio; y Pelias, si tiene un poco de sentido común, comprenderá que algo ocurre en Págasas, y llamará a su corneta para que dé la señal de alarma.

Idas interrumpió a Augías antes de que hubiese terminado de hablar, gritando:

—Ya os lo dije una vez, Augías nació en una noche sin luna; y el dicho «sin luna no hay hombre» queda confirmado en él. Pero yo, por mi parte, estoy dispuesto a subir a la ciudad contigo ahora mismo, Jasón, antes de que Pelias advierta nuestra presencia. Ataquémoslo por sorpresa y saqueemos su palacio, que tan bien provisto está. Si él cree que hemos desaparecido en un naufragio, como nos asegura el granjero aquí presente, entonces las llamas de nuestra hoguera no tienen por qué alarmarle. Por el color de las llamas deducirá que ha habido un incendio en uno de sus depósitos.

Cástor y Pólux estuvieron de acuerdo con Idas, por vez primera; pero Autólico, hablando en nombre de todos los tesalios, dijo:

—¡No, no! Aunque estamos a tu lado incondicionalmente, Jasón, y no

consideramos terminada esta expedición hasta que el vellocino haya sido restituido a la sagrada imagen del Carnero del monte Lafistio, te rogamos que tengas prudencia. No subamos a Yolco llenos de una furia vengadora, como los siete campeones cuando marcharon contra Tebas, para que luego nos destruyan. Mejor es que organicemos una guerra general contra tu salvaje tío, volviendo primero cada uno de nosotros a nuestras respectivas tribus o ciudades y reuniendo allí a grandes grupos de voluntarios; de este modo numerosas columnas podrían converger sobre Yolco de todas direcciones a la vez.

Luego Peleo dio su respuesta:

—Yo soy príncipe de los mirmidones, como sabéis, y vasallo del rey Pelias. Jamás consentiré en declararle la guerra. Si tenéis intención de asaltar Yolco tendréis primero que matarme a mí, pues tengo con Pelias una deuda de gratitud. Es salvaje y traicionero por naturaleza, lo admito, pero me acogió hace muchos años cuando yo era un miserable suplicante, y me niego a merecer el nombre de traidor oponiéndome a él. Además, si convergen varias grandes columnas sobre Ptiótide, ¿qué suerte correrán mis propias tierras y mis desgraciados súbditos, y el patrimonio de mi querido camarada Acasto? ¿Habéis visto alguna vez cómo una piara de jabalíes arranca los bulbos de los lirios en un tranquilo valle? ¿Creéis que la soldadesca procedería con menos avidez y con menos furia en mis amadas tierras, por muy bien controlada que estuviese por sus oficiales?

Periclimeno el mago se dirigió a Peleo diciéndole en tono persuasivo:

—Querido Peleo, un accidente le robó la vida a tu hermano de leche, a quien odiabas, y también a tu suegro a quien sucediste en Ptía como príncipe de los mirmidones. Es una pena, hombre-hormiga, que la muerte de Pelias, por quien nunca has mostrado afecto, no pueda producirse por otro accidente parecido.

Peleo respondió:

—Al ahogarse Dictis, el vicealmirante colquídeo, se completó debidamente la triada de accidentes.

Durante un rato nadie más dijo nada. Por fin Ascálafo preguntó:

—Medea, dinos, ¿por qué has traído hasta aquí la imagen hueca de la Artemisaa tracia, desde Anfale, que está tan lejos?

Ella respondió en seguida:

—El pito que envió la Madre me lo ordenó. Y ahora que me has hecho esta pregunta os voy a pedir a todos que guardéis un silencio sagrado mientras yo permanezca con la cabeza cubierta por mi manto. Cuando la vuelva a sacar escuchadme atentamente, porque mis palabras, aunque al principio os resulten oscuras y enigmáticas, darán una respuesta única a todas las preguntas que han sido formuladas aquí esta noche. Voy a consultar con la Madre.

Medea se echó el manto de color púrpura sobre la cabeza, y bajo él no se oyó

ruido alguno, aunque los pliegues batían y se agitaban y se hinchaban, como por obra de un viento de cola de serpiente; pronto el manto entero flotó a su alrededor, los pliegues quedaron rígidos como los flecos de una tienda de campaña y luego volvieron a bajar lentamente, envolviéndola en un abrazo. Presenciaron este espectáculo a la luz del brillante fuego.

Por fin Medea sacó la cabeza y habló:

—Estas son las palabras de la Madre: «Mañana, al mediodía, Pelias morirá de una muerte sangrienta que él mismo habrá elegido. Argonautas, vosotros no seréis culpables de esta sangre; sólo yo exigiré la venganza que se me debe. Absteneos de declarar la guerra contra Ptiótide, hijos, y de cualquier otro acto de violencia. Atalanta de Calidón será la única que subirá hasta Yolco, e irá desarmada, bajo las órdenes de mi sierva Medea. Vosotros regresad en el Argo a Metone y subid el navío a la playa; disimuladlo con ramas que cortaréis de los robles; y vosotros escondeos en las espesuras, y no permitáis que ningún transeúnte pueda dar cuenta de vuestra presencia en Yolco. Una vez cumplida mi venganza, se elevará una fina columna de humo rojo por el humero de la sala de palacio. Entonces salid apresuradamente, remad hasta Yolco, azotando el agua con vuestros remos, y tomad posesión de la ciudad sin oposición alguna». Los argonautas se miraron unos a otros con asombro, pero habían tenido abundantes pruebas del poder de Medea y ninguno de ellos dudó ni por un momento que la diosa hablaba la verdad por boca suya. Así pues, no dijeron nada más, y cuando Medea empezó a pedirles prestadas pieles de oso y de avestruz y tocados con plumas del ibis colquídeo y otros trofeos del viaje, ninguno de ellos le rehusó nada de lo que pudiera necesitar para la ejecución de su plan. Seguidamente subieron a bordo del Argo y se alejaron remando, con las palas envueltas en tela para amortiguar el sonido, y habiendo primero extinguido el fuego del altar con arena. Pero Medea se quedó en la playa con Atalanta y las doce muchachas feacias, y con la imagen hueca de Artemisa.

Cuando el Argo se había perdido de vista, Medea le dijo a Atalanta:

—Querida niña, sé muy bien que odias a Jasón, aunque sin motivo alguno, y que me desdeñas a mí por amarle; pero no dejes que esto te impida ahora obedecer las órdenes de la Madre. No te guardo rencor, pues al menos no somos rivales en el amor de un mismo hombre, y no te culpo en lo más mínimo del asesinato de mi padre Eetes, que fue obra de tu señora, Artemisa.

Atalanta le respondió sonriendo:

—Medea, soy una mujer igual que tú, y, aunque pueda odiar a Jasón sin motivo alguno, no soy capaz de odiar a su esposa o de desconfiar de ella. Me he dado plena cuenta de que el genio del Amor se complace en burlarse de las más inteligentes, bondadosas y leales de nuestro sexo.

Se besaron en ambas mejillas y Medea le dijo a Atalanta que se adelantara para

comunicarle un secreto a la vieja Ifias: la diosa Artemisa vendría en persona a Yolco para castigar a Pelias por haber violado su santuario cuando sacó de él por la fuerza a Hipsípila de Lemnos. Ifias debía purificarse y estar dispuesta, con todas sus doncellas de los Peces, a recibir a la diosa y dejarla entrar en la ciudad al amanecer. Atalante tenía que decir: «No te asustes, Ifias, aunque veas cosas asombrosas. Pues la diosa, que se me ha aparecido en un sueño, tiene un aspecto horrible. Vendrá desde el nebuloso país de los guerreros y pelirrojos hiperbóreos, la gran isla triangular, situada al norte de Galia, en la que abunda el ganado rojo. Y no te sorprendas si cuando habla lo hace con engaño, simulando amor y afecto por el bestial Pelias; pues a la diosa le gusta levantar antes de dejar caer, para que la caída sea mayor».

Atalanta se alejó corriendo y entró en la ciudad sin que los guardias le dieran el alto; conocía el camino secreto que bajo las murallas conducía al santuario de Artemisa. Advirtió a Ifias, con las palabras exactas que había pronunciado Medea, de lo que iba a ocurrir el amanecer.

Mientras tanto, Medea se procuró un precioso corderito, que le proporcionó el granjero de Págasas, y lo hizo dormir con la misma droga soporífera que había utilizado para hacer dormir a la serpiente de Prometeo; luego lo ocultó en la estatua hueca y colocó la estatua sobre una basada ligera que había encontrado en el depósito. Disfrazó a sus doncellas feacias con las extrañas ropas que les había pedido a los argonautas, pintándoles primero la cara con yeso y tiñendo de bermellón sus manos y pies. Luego las condujo en procesión por el camino de la costa que va desde Págasas a Yolco, mientras ellas se turnaban en llevar la estatua de la diosa, hasta que llegaron a la vista de las murallas de la ciudad.

No encontraron a nadie por el camino, pues aquella noche era de mal agüero en Ptiótide: era la única noche del año en que los espíritus podían vagar libremente por todas partes, y todos los hombres prudentes permanecían encerrados en sus casas. Pero Medea no temía a los espíritus y cuando llegó el gris amanecer les dio hojas de hiedra a las muchachas feacias para que las masticasen; las jóvenes quedaron intoxicadas y Medea emitió un chillido aterrador y las condujo, como enloquecida, hasta las puertas de la ciudad. Habían pintado la cara de la estatua de Artemisa con una sonrisa de irresistible júbilo y un ceño de implacable furia, y Medea iba vestida con toda la brillante majestad que le corresponde a una sacerdotisa colquídea de Brimo y llevaba una máscara dorada que representaba el rostro de un milano. Pero bajo la máscara llevaba la cara pintada de arrugas que la hacían parecer una vieja centenaria, y se había colocado una peluca con el cabello de aquel color blanco amarillento que es propio de la vejez extrema; sus manos también estaban pintadas de arrugas y cojeaba al andar. Los centinelas, aterrados, huyeron de sus puestos dando alaridos, pero Ifias y sus doncellas de los Peces llegaron corriendo ansiosamente desde el santuario para abrirle la puerta a la diosa.

Medea, gritando con voz cascada, llamó a la gente de Yolco y les dijo que salieran sin miedo de sus casas para reverenciar a Artemisa. Al oírla, una gran multitud salió atropelladamente de todas las casas y de todos los callejones que había a lo largo de la calle que iba de la puerta de la ciudad al palacio, y se humillaron ante la imagen. A instancias de Medea guardaron un silencio sagrado, y ella le informó a lilas, de modo que todos lo oyeran, que Artemisa había venido del nebuloso país de los hiperbóreos, en un carro tirado por serpientes voladoras (que estaban atadas fuera de las puertas de la ciudad), para traer buena suerte al pueblo de Yolco y a su soberano. A continuación animó a todos a alegrarse y bailar, y las muchachas feacias inspiraron a toda la ciudad, a la que acababan de despertar tan bruscamente, un frenesí religioso; corrían enloquecidas de aquí hacia allá entre la multitud tan furiosamente como las mujeres argivas de la hermandad de la Vaca cuando ejecutan el baile del tábano en honor a Hera. Los yolcos golpeaban gongs y hacían sonar las trompetas y, en una palabra, actuaban como enloquecidos.

Medea se dirigió cojeando al palacio y, al verla, los servidores en la casa del guarda gritaron y echaron a correr; entonces irrumpió en el palacio sin ceremonia alguna. Allí, en la sala, encontró a Pelias que, con su gorro de dormir y envuelto en sus vestiduras reales, preguntaba, confundido, qué era lo que ocurría. Sus cuatro hijas estaban a su lado, tan asombradas como él. Las jóvenes feacias se precipitaron en el salón detrás de Medea y se pusieron a bailar frenéticamente sobre las mesas y los bancos, hasta que Medea las llamó severamente al orden; luego lfias y sus doncellas de los Peces entraron solemnemente la estatua de Artemisa, erguida sobre su armazón, y la colocaron sobre la mesa, frente a Pelias. Una gran muchedumbre les seguía pero Medea los expulsó de palacio y cerró la puerta tras ellos.

Entonces se dirigió a Pelias, con su voz cascada y en un griego bárbaro, diciendo:

—Pelias, Pelias, Pelias, yo soy la gran sacerdotisa de Artemisa, la diosa Osa, la señora del Lago, la Proveedora de Caballos, la Cazadora, la diosa de la Buena Fama, y acabo de llegar a Yolco desde el país de los gigantescos hiperbóreos. Yo y mis doncellas, en una sola noche, hemos viajado montadas en fila sobre dos serpientes aladas, atravesando Galia, el país de los druidas, y por encima de los altos Alpes y por las escabrosas tierras de Istria y de Epiro y la fértil Tesalia, mientas que la diosa iba sentada detrás nuestro en su carro, con los brazos en jarras, instándonos a seguir adelante. ¡Ja! ¿Qué asunto trae aquí a la diosa? ¿Es eso lo que preguntas? Escucha, dijo, y vosotras cuatro princesas que os agolpáis alrededor del trono de Pelias, ¡estaos quietas, os digo!

Luego aterrorizó a las hijas de Pelias arrojando por encima de sus cabezas una manzana de plata que estalló con un fragor como de trueno contra la pared y llenó la habitación de humo acre. Les pareció ver unas blancas serpientes de ojos llameantes que se agitaban en el aire entre las columnas de humo. A pesar de estar enloquecidas

de terror, ninguna se atrevió a mover ni un dedo por miedo a que ocurriesen cosas peores.

Medea prosiguió:

—La diosa, algunos de cuyos títulos ya he mencionado, y a quien en nuestra tierra llamamos Samotea, me llamó hace poco y me dijo: «Mira dentro de tu bola de cristal, tú, la más fea y vieja de mis hijas, y dime lo que ves en ella». Yo miré y respondí: «Diosa, veo todo lo que existe. En este cristal puedo contemplar toda la extensión del mundo habitable, tus antiguos dominios; colocada como una isla brillante en el Océano que la rodea». Ella volvió a decir: «Mira más atentamente, cara de Milano, con penetrante mirada; hazme saber, para mi satisfacción, exactamente en qué lugar en todos mis antiguos dominios se encuentra el más devoto de todos los reyes que viven». Yo busqué y rebusqué durante cincuenta días y cincuenta noches, contemplando incesantemente la bola, hasta que por fin mis ojos, que habían viajado por la costa oriental de Grecia desde Laconia y Argólide, subiendo por Ática, Beocia y Lócride, pasaron al reino de Ptiótide y se detuvieron en el palacio de Yolco, con su bien construido tejado, y en la gentil persona de Pelias, el de la barba blanca, hijo de Poseidón. Yo le dije a la diosa Samotea: «Pelias es el más devoto de todos los reyes que viven. Ha vuelto a dedicarte, bajo tu nombre de Artemisa, el santuario que hasta ahora pertenecía a la atroz diosa Ninfa, arriesgándose a ofender a la diosa Ninfa con este acto y sin pedirte nada a cambio. También ha quemado innumerables sacrificios para tu majestad, y honra tu nombre por encima del de todas las demás deidades que existen, incluso por encima del de Hera, esposa de Zeus». Entonces Samotea me respondió: «¡Está bien, Nariz Curva! Marchemos ahora en nuestro carro tirado por serpientes y volemos por encima de medio mundo hasta llegar a Grecia para poder premiar como se merece a Pelias. Despojémoslo de la odiosa vejez y démosle a su cuerpo una juventud perpetua, y a su impotente miembro la virilidad, para que pueda reinar aquí en Yolco para siempre, sobreviviendo a todos sus monarcas rivales y a todos sus súbditos. Hagamos que pueda abrazar a una joven esposa que le dé más hijos dignos de él que el fallecido Acasto, a quien hace poco arrojé sobre la costa rocosa de Libia en castigo por su poco filial acto de deserción».

Pelias no salía de su asombro, pero a la vez dudaba —pues era un viejo astuto al que era difícil engañar— y entonces Medea le recordó muchos extraños detalles que le había sonsacado a Acasto; y a Jasón; y a Periclimeno, hijo de Neleo, hermano de Pelias; y a Equión, hijo de Hermes, cuyo deber, como heraldo, era recordar todo lo que se decía sobre las vidas privadas de los grandes hombres de Grecia. Entonces dijo:

—Dudas Pelias, dudas; puedo leer tus pensamientos más íntimos. No dudes, pues dudar es peligroso. Sin embargo, la diosa ha consentido graciosamente que te dé pruebas de sus poderes mediante una transformación que se realizará en mi propia

persona. Hija —aquí se dirigió a Alcestis, la hija mayor de Pelias y la mujer de Admeto—, tráeme agua pura en una copa de sacrificios de arcilla pintada; pues mis labios no pueden tocar el metal.

Alcestis le trajo agua en una copa pintada, y Medea la acercó a la diosa y rezó en lengua colquídea, que Pelias tomó por la de los hiperbóreos, ya que desconocía ambos idiomas; y cuando Medea comenzó a beber el agua, que emitía un sonido silbante, parecía como si salieran llamas de la copa. Se puso a chillar con fuerza y corrió a meterse en una pequeña alacena de vinos que había en la sala y cuya puerta estaba entreabierta; entonces cerró la puerta y volvió a chillar de un modo tan horrible que se les saltaron las lágrimas a todas las mujeres presentes. Pronto los chillidos se fueron acallando y en su lugar se elevó el sonido de una risa dulce y suave. Medea salió de la alacena convertida en una joven hermosa, con el cabello dorado y ni una sola arruga en la cara. Pues con lo que había quedado del agua y con una esponja libia se había lavado cuidadosamente y se había arrancado la peluca de color blanco amarillento.

Un gran murmullo de asombro corrió entre los espectadores.

Pelias, con voz temblorosa por la ansiedad, dijo:

—No dudo. ¡Haz conmigo lo que quieras, mujer sagrada! Consiento en nombre de la diosa. ¡Devuélveme mi juventud!

Medea, que ya no cojeaba, se acercó a Pelias y le miró fijamente. Redujo las pupilas de sus ojos hasta que parecían dos granos de sésamo y agitó lentamente las manos por encima de la cara de Pelias como juncos blancos que se mecen suavemente en la corriente de un arroyo.

—¡Duerme! —le ordenó, con su voz más melodiosa.

La blanca cabeza de Pelias cayó sobre su pecho, y al instante quedó profundamente dormido.

—¡Llevadlo a su lecho real! —ordenó Medea. Las princesas la obedecieron y ella las siguió a la alcoba. Una vez cerradas las puertas, Medea les dijo en voz baja:

—Niñas, no debéis asustaros por las órdenes que os he de dar ahora. Antes de que vuestro padre pueda renacer, convertido en un hombre joven, primero hay que cortarlo en pedazos y hervirlo en una caldera de hierbas y especias mágicas. Este acto de violencia deben realizarlo sus propias hijas amadas, pues ninguna otra persona tiene el poder mágico necesario. Tomad ahora cuchillos y hachas y pasadlas por la piedra de afilar, para que no aparezca en su nuevo cuerpo ninguna deformidad producida por cortes mal hechos sobre su cuerpo viejo.

Las hijas, cuyos nombres eran Alcestis, Evadne, Astérope y Anilnome se acobardaron. Cada una miraba a la otra para que le diera ánimos, y todas, de común acuerdo, se negaron a ejecutar la tarea que les habían asignado.

Alcestis dijo:

—Yo soy Alcestis y me opongo. Jamás accederé a derramar la sangre de mi padre, no, ni siquiera si me lo ordenara el propio padre Poseidón.

Evadne dijo:

—Yo soy Evadne y también me opongo. Envejecer es el destino común de todos los hombres. No soportaría tener que llamar «padre» a un hombre que pareciera más joven que yo; mis amigas se reirían de mí. Además, es más fácil para una mujer aguantar con paciencia la bilis de un anciano malhumorado que la furia de un impetuoso joven.

Astérope dijo:

—Yo soy Astérope y también me opongo. Un padre joven encontraría a una joven madrastra que nos tiranizaría. Tal como están ahora las cosas, nosotras supervisamos todos los asuntos de palacio, y a nuestro viejo padre sólo le dejamos ocuparse del vino, la armería y los instrumentos para los sacrificios; ya somos lo bastante felices. ¿Para qué hemos de querer cambiar las cosas de un modo tan extraño?

Por fin Anilnome dijo:

—Yo soy Anfinome, y también me opongo, ¿por qué hay que cortar en pedazos a nuestro padre, como si fuera un carnero viejo, y hervirlo en una caldera? A ti te bastó con tragarte un vaso de agua que silbaba y echaba fuego y meterte en la alacena del vino; te hiciste joven y hermosa sin derramar ni una gota de sangre.

Medea apartó de su lado a Alcestis, diciéndole:

—Tú eres Alcestis, una mujer casada. Márchate de este lugar sagrado. Solamente las doncellas pueden participar en los ritos sagrados de Artemisa —vio que Alcestis era la única que no se atrevía a realizar el atroz acto porque sentía amor y compasión, mientras que las otras tres odiaban al anciano.

Cuando Alcestis hubo marchado, comprometiéndose antes a guardar silencio, Medea se dirigió a las demás princesas y les dijo:

—Voy a responder a todas vuestras objeciones, una por una. Evadne, no tengas miedo de llamar «padre» a un hombre joven. Los dioses son eternamente jóvenes, y Pelias creo que jamás se ha quejado de que su padre Poseidón sea más vigoroso que él y lo suficientemente joven para poder engendrar hijos e hijas. Tus amigas no se burlarán de ti, sino que te honrarán por ello. Además, si Pelias está a menudo de mal humor es porque sufre los crueles dolores de la vejez; te aseguro que cuando haya encontrado nuevamente la juventud tendrá un carácter tan dulce como el tuyo. Astérope, no tienes por qué temer a una joven madrastra. Mientras Pelias te necesite para cuidar sus asuntos jamás consentirá que te cases; pero en cuanto vuelva a ser joven te aseguro que encontrará una espléndida pareja para ti, un esposo digno de tu cuna, de tu belleza y de tus talentos. Serás la reina y gobernarás un país rico y muy poblado. En cuanto a ti, Anilnome, tienes que comprender que la fórmula mágica que se utiliza para rejuvenecer a los viejos tiene que ser necesariamente distinta a la que

se utiliza para rejuvenecer a las viejas; y no creas que mi transformación no fue dolorosa.

Anilnome se quedó callada, no queriendo ofender a la sacerdotisa.

Entonces Medea dijo:

—Anilnome, tú hablaste de cortar en pedazos un viejo carnero. Dime ahora, ¿no hay ningún carnero viejo en tu palacio, el carnero sagrado de Zeus? Ve a traérmelo de su establo. Lo mataré y lo cortaré en pedazos y lo herviré en la caldera con hierbas mágicas. Verás luego cómo renace, convertido en corderito por el gusano vital que habita en el hueco de su espinazo. Pronto volverá a pacer en la pradera y a comer las ricas hierbas y los jugosos tallos del terebinto, a los que ahora vuelve la espalda con un suspiro de cansancio.

Anilnome respondió:

—Si puedes realizar este milagro con el viejo carnero de Zeus, me creeré que eres capaz de hacer lo mismo con mi padre. No obstante, soy una devota muchacha aquea, y no me atrevo a poner mis manos sobre el carnero con violencia, por miedo al padre Zeus.

Evadne fue a buscar el carnero, un animal de dieciséis años de edad, legañoso, desdentado, sarnoso, y con enormes cuernos. Una de las tareas diarias de Anfinome era alimentarlo con sopas de leche, mimarlo y barrerle el establo.

Medea condujo al apestoso carnero a la sala donde hervía una caldera llena de agua pura, colgada de un gancho en la chimenea, dispuesto para hacer el acostumbrado caldo de cordero y cebada para el desayuno de la corte. Era la misma caldera que Hércules había abollado con el puño y cuando se llenaba hasta el borde tenía cabida para cincuenta galones. Medea hizo que todos, menos las tres princesas solteras, abandonaran la sala. Les ordenó que cerraran todas las puertas y echasen el cerrojo. Entonces, mientras rezaba largas oraciones en el idioma colquídeo, empezó a cortar despiadadamente al carnero, haciéndolo pedazos con un hacha de obsidiana negra y echando los trozos a la caldera, junto con ramilletes de hierbas aromáticas y cortezas que fue sacando, uno por uno, de la bolsa bordada que llevaba en la cadera. Empezó a pronunciar conjuros y a remover la caldera con una cuchara de madera hasta que por fin, profiriendo un grito de alegría, exclamó en griego:

—¡Mirad, mirad! ¡El gusano levanta la cabeza! ¡Ha comenzado la transformación!

Roció los ardientes tizones con unos polvos que los hicieron crepitar furiosamente y emitir un calor exagerado. Una luz roja como la sangre se difundió por toda la sala, el líquido de la caldera rebosó, y un espeso vapor ocultó todo el rincón de la chimenea.

Cuando el humo se disipó se oyó de pronto un balido y un corderito de seis meses, con pequeños cuernos que ya apuntaban en su frente, se puso a saltar y a

corcovear por la sala, muy asustado, y corrió junto a Anfinome como si se tratara de su madre. Anfinome contempló asombrada al corderito y luego fue corriendo a mirar la caldera. No quedaba nada en ella más que una especie de caldo y unos cuantos mechones mojados de lana vieja.

Medea volvió a dirigirse a las tres princesas:

—Evadne, Astérope y Anfinome, habéis presenciado un milagro. No vaciléis más y cumplid los deseos de vuestro padre, ejecutando las órdenes de Artemisaa. Podéis estar seguras de que, una vez que las hayáis ejecutado, los poetas jamás olvidarán vuestros nombres. Pero herid todas a la vez, para que ninguna pueda reclamar la gloria de haber dado el primer golpe; y dejad entero el espinazo entre la cadera y las costillas, pues ahí es donde reside el gusano de la vida.

Resueltas, las princesas volvieron al dormitorio, llevando cada una un hacha afilada (que cogieron de la armería junto a la sala) y pasaron las hojas por la piedra de afilar; y pronto Medea oyó el ruido de los golpes que tanto anhelaba oír y el agudo chillido de Pelias al despertar de su sueño.

Los argonautas dormitaban al mediodía entre los robles de Metone cuando, de pronto, los despertó Linceo gritando:

—¡Mirad, camaradas! ¡Sale un humo rojo por el humero del palacio de Pelias!

Salieron de su escondite, corrieron al lugar donde se encontraba el Argo, lo empujaron hasta el agua y al poco rato ya estaban remando con furia y a gran velocidad hacia la playa de Yolco. Saltaron a tierra con las armas en la mano y hallaron la puerta principal de la ciudad sin guarnición, pues Medea había dado órdenes de que nadie cerrase el paso a la diosa que pronto volvería a salir por la puerta por la que había entrado y se sentaría de nuevo en el carro de serpientes que la esperaba afuera. Los argonautas entraron corriendo, bajando por la calle principal, en silencio, como perros de caza bien adiestrados.

Las gentes los miraban con asombro, pero nadie se oponía a su paso, pues habían aparecido repentinamente; sólo cuando se hubieron perdido de vista los vecinos se volvieron unos a otros preguntándose con voz entrecortada: «¿Habéis visto lo que he visto yo? ¿Habéis visto pasar a los pálidos espíritus de los argonautas, todos juntos, con Jasón, hijo de Esón, y Acasto, hijo de Pelias, a la cabeza? ¿Cómo es eso? ¿Acaso la noche de los espíritus no acabó con la llegada del alba, como suponíamos?».

Cuando entraron en el palacio, la propia Medea les abrió la puerta de la sala y exclamó:

—Por desgracia, argonautas, llegáis demasiado tarde para salvar a Pelias de la destrucción. Sus tres hijas se han vuelto parricidas. Lo han convertido bárbaramente en pedacitos y en este momento lo están hirviendo en una caldera, con la misma despreocupación que si estuvieran preparando un caldo de cordero para el desayuno real.

49. SE RESTITUYE EL VELLOCINO A ZEUS

Aquella noche los argonautas banquetearon en la sala de Pelias, después de haberla fumigado bien con azufre y con incienso árabe y de haber rociado las paredes por dentro y por fuera con agua lustral. Las tres hachas y la caldera las consagraron a la diosa Perséfone, en cuyo santuario, situado en las afueras de la ciudad, se habían refugiado las tres princesas, presas de un sentimiento de culpabilidad. No se atrevieron a hacer nada contra Medea, pero todos, hombres y mujeres, a excepción de Jasón, evitaban su mirada y su compañía, y palidecían sólo con ver su sombra cruzarse en su camino. Sin embargo, los complació mucho a todos cuando, a la hora de los postres, se puso en pie y pidió públicamente a Jasón que renunciara al trono de Ptiótide en favor de su primo Acasto, sin pedirle nada a cambio, y sin demora. ¿Cómo iba a negarse? ¿No había declarado ante testigos, en otra ocasión, durante la celebración de un sacrificio popular, que no pensaba reclamar las riquezas de su tío? Un rey sin riquezas, dijo ella, es como la punta de una lanza sin el asta, y ya que Acasto no renunciaría voluntariamente a su herencia, ¿seria prudente o apropiado que el rey Jasón se vistiera con harapos y mendigara las cortezas de pan y las sobras de carne de la mesa de su acaudalado primo? Además, aunque Medea no había estado presente en la alcoba real cuando empezaron a caer las hachas, no podía arriesgarse a disgustar a cierto espíritu estableciéndose en el palacio de Yolco.

Al principio Jasón se puso serio y pensativo y no quiso responder. Pero cuando sus compañeros empezaron a bombardearlo alegremente con cortezas de pan y desperdicios de carne, contestó que seguiría el consejo de Medea aunque le apenaba tener que renunciar a lo que era suyo y por ello parecer que desdeñaba a su padre Esón y a su abuelo Creteo; y como premio a su magnanimidad, pidió a sus compañeros que le ayudaran si fuera necesario, a conseguir el trono de Éfira para Medea y para él. Le prometieron unánimemente que así lo harían, pues temían la cólera de Medea si se negaban.

Al día siguiente, sentado sobre el trono de Ptiótide, gloriosamente coronado y vestido, y empuñando el cetro de Atamante, que estaba rematado por una cabeza de carnero y que el propio Jasón había puesto en sus manos, el rey Acasto pidió que se guardara un silencio sagrado mientras pronunciaba una sentencia de destierro perpetuo de Yolco contra Medea, Atalanta, Jasón, Idas, Cástor, Pólux y Periclimeno, como instigadores unos y cómplices otros del asesinato de su padre y contra las propias asesinas, sus tres hermanas. Esta sentencia no causó sorpresa pues hubiera sido muy poco filial no pronunciarla; y Acasto mostró ser extremadamente benévolo al permitir que los culpables permanecieran en Yolco hasta terminados los juegos fúnebres en honor de Pelias.

Estos juegos fueron inaugurados solemnemente por Acasto aquel mismo día, y justo cuando estaban a punto de dar comienzo, llegó nada más y nada menos que Hércules, que había regresado hacía poco de la isla de las Hespérides con un cesto lleno de naranjas sagradas que el rey Euristeo le había mandado traer. Los argonautas se agruparon en torno suyo en seguida, besándole las grandes y sucias rodillas y aclamándole como un salvador de una muerte segura en el desierto de Libia.

Hércules les mostró las naranjas con satisfacción y dijo:

—Oledlas, si queréis, camaradas. Conceden una larga vida. Pero no toquéis ni manoseéis la sagrada fruta.

Hércules no estaba borracho y aún no había comido pero se mostró más afable que de costumbre: un oráculo de Artemisa le había comunicado que por fin pronto engendraría una niña. Parecía haber olvidado incluso el nombre de Hilas, pues no habló en ningún momento del muchacho; ellos también tuvieron buen cuidado de no mencionarlo. Después de haber comido en el palacio durante una o dos horas, consintió en presidir los juegos.

Telamón de Egina ganó el concurso de tiro de tejo; Meleagro el de lanzamiento de jabalina; Eufemo de Ténaro la carrera de carros de dos caballos. Y Peleo obtuvo la victoria en el torneo de lucha, pues Cástor, que de haber concursado hubiera sido el campeón, estaba tomando parte en la carrera de cuadrigas: en dos ocasiones Peleo arrojó a Jasón al suelo con el salvaje movimiento llamado «La yegua voladora», pues ahora que el Argo había regresado felizmente a casa no tenía necesidad de mostrarle a su capitán ternura o compasión alguna.

La cuadriga de Cástor dejó atrás a todos sus rivales tesalios; sin embargo, sus caballos eran todos tesalios, raza a la que no supera ninguna otra en el mundo entero, ni siquiera la laconia. Glauco el corintio también participó en esta carrera. Era el primo hermano de Medea, al ser hijo de Sísifo. Todavía se desconoce el motivo por el que sus caballos se asustaron al llegar al primer poste y no sólo lo arrojaron del carro sino que se echaron sobre él y empezaron a devorar su carne a grandes bocados. Unos dicen que el fantasma de Pelias los había hecho plantarse; otros que Glauco había ofendido de algún modo a Poseidón, protector de los caballos; pero la creencia general es que Medea había envenenado a los caballos con una hierba llamada hipómanes, por temor a que Glauco pudiera ser un obstáculo para ella si algún día quisiera reclamar el trono de Asopia. El hecho es que Glauco murió y que desde entonces su espíritu ronda por el istmo de Corinto y se divierte haciendo que se planten los tiros de los cuadriyugos en las carreras de los Juegos ístmicos.

Pólux ganó el campeonato de boxeo, pero demasiado fácilmente para poder deleitar a los entendidos, a pesar de que el populacho gritaba lleno de júbilo al ver brotar la sangre de la boca y nariz de sus inexpertos adversarios. Hércules participó alegremente en la competición de lucha libre, y Alcestis, por quien sentía gran

respeto, le convenció para que perdonara la vida a su adversario, el centauro Neso, cuando ya le había roto la pierna y tres costillas y lo tenía a su merced. Falero de Atenas ganó la prueba de tiro disparando contra una muñeca de paja, que pendía de un árbol y se mecía al viento, y traspasándole la garganta al primer disparo.

Los concursantes en las carreras pedestres fueron Argo y Melas, los dos hijos menores de Frixo, y dos forasteros, Ificlo el focense y un tal Neoteo. Ificlo llegó el primero, con mucha ventaja. Era un minia, y el hecho de ganar esta carrera ha llevado a algunos poetas a la errónea conclusión de que se trataba de uno de los argonautas, y no lo era; y tampoco lo eran Ificlo, el hermanastro de Hércules, ni Ificlo, el tío de Cástor y Pólux, como también se ha dicho. Hubiera sido necesaria una flota entera de navíos para acomodar a todos los héroes a quienes la vanidad de sus descendientes ha dado el ilustre título de argonautas.

Atalanta participó en el concurso de triple salto; pero cuando Acasto midió la pista del salto y ya tenía la tierra suelta, rastrillada y nivelada, Atalanta elevó una protesta. Declaró que Hércules, al ser el presidente tenía que haberse encargado personalmente de esta tarea y que Acasto, por muy rey de Ptiótide que fuera, no tenía derecho a entrometerse en los preparativos de ninguna de las competiciones. Hércules, muy atento, tomó las medidas para una nueva pista de salto, cuyo borde más distante quedaba, como era costumbre, a cincuenta pies de la línea de salida y el borde más cercano a la mitad de esta distancia. Pero cincuenta pies medidos por Hércules sumaban una distancia que era la mitad más larga que la medida por Acasto, que tenía los pies pequeños. Pronto quedó demostrada la conveniencia de la protesta de Atalanta, pues al saltar llegó hasta el extremo mismo de la pista marcada por Hércules: de haber saltado tan lejos desde el borde de la pista marcada por Acasto hubiera salido volando y se hubiera roto los tobillos en el suelo pedregoso que no había sido ablandado por las palas. Este maravilloso salto no era ninguna novedad para Atalanta, que estaba acostumbrada a mantener la agilidad de sus piernas ejecutando el baile de las nalgas, que consistía en dar saltos sobre una piel de vaca engrasada golpeándose las nalgas primero con un pie, luego con otro, alternativamente: podía dar mil golpes seguidos, o más, mientras que cualquier atleta corriente hubiera resbalado sobre la piel de vaca al primer o segundo puntapié.

En la lucha con espada, celebrada junto al túmulo de Pelias, se enfrentaron un yolco, llamado Pilo, y Ascálafo, hijo de Ares, el argonauta. Con frecuencia ocurre que en torneos de esta clase uno de los espadachines trata de ganarse la admiración del público repartiendo golpes a su adversario con innecesario vigor; después empieza seriamente la lucha. En esta ocasión, Pilo le clavó la espada sin pensarlo en la carne del muslo, casi rozando los genitales; y el dolor enfureció hasta tal punto a Ascálafo que se desquitó con un revés que cortó la mano derecha del yolco por la muñeca. Pilo murió de rabia y de pérdida de sangre, pues continuó luchando con la

mano izquierda negándose a que sus amigos le vendasen el lastimoso muñón. Su muerte produjo una general satisfacción, puesto que Pilo no tenía parientes que pudieran vengarlo y el espíritu de Pelias pudo beber con ansia toda la sangre derramada, como testificó Linceo, el de la vista aguda.

Orfeo se presentó de pronto, cuando ya finalizaban los juegos. Había perdido la salud, y su voz ya no era la de antes. No obstante, entonó un largo y extremadamente dulce canto sobre el viaje del Argo, sin paliar los hechos tristes y condenables, como han hecho otros poetas desde entonces, y fue coronado, con aprobación de todos, con una corona de perfumado laurel. Había conservado, como en miel, el recuerdo de algunos detalles gloriosos que incluso los propios argonautas habían olvidado. Sin embargo, más tarde, los sacerdotes de Dodona se quejaron de que el canto era irrespetuoso con Zeus en algunas estrofas, y le prohibieron que lo cantase, so pena de incurrir en el desagrado del dios; por este motivo sólo se conservan algunos fragmentos.

Una vez terminados los juegos, los argonautas hicieron juntos su último viaje, navegando por el golfo de Eubea hasta llegar a la ciudad de Opo. Allí desembarcaron, dejaron el buque al cuidado de los habitantes de la dudad y después de atravesar las montañas llegaron al lago Copais y a la ciudad beocia de Orcómeno; allí realizaron actos de devoción ante la reluciente tumba de su antepasado Minía.

Desde Orcómeno se dirigieron al monte Lafistio y allí por fin Medea, en nombre de Prometeo, restituyó el vellocino a la imagen de roble del Carnero en su santuario cerca de la cumbre, mientras los demás quemaban ricos sacrificios y cantaban himnos. Sin embargo, Zeus no dio muestras ni de placer ni de gratitud, y ni siquiera les dispensó el lejano retumbar de un trueno, cosa que les dejó a todos confusos. Habían esperado alguna compensación extraordinaria, en la yana creencia de que Zeus, que castiga invariablemente a sus fieles por cualquier injuria que le ha sido infligida, también muestra gratitud por los beneficios recibidos.

Hércules los había acompañado, de camino a Micenas con las naranjas sagradas, y, aunque no subió al monte Lafistio, fue él, más que Ascálafo de Orcómeno y más que nadie, quien obligó al consejo de Orcómeno a devolver a los hijos de Frixo la herencia de su abuelo Atamante y de este modo cumplir la promesa de Jasón. Los hijos de Frixo lo agasajaron como se merecía por su amabilidad.

A continuación se produjo la primera dispersión de los argonautas; los de Tesalia y Ptiótide partieron hacia el norte a pie, después de abrazar llorando a sus compañeros de tantos peligros. Pero Hércules, Jasón, Argo y los demás contrataron remeros beocios y bajaron el Argo por el estrecho de Eubea. Circunnavegaron Ática y dejaron a Falero en Atenas, donde saludaron con reverencia a los reyes arcontes y subieron todos juntos al santuario de Atenea, para darle las gracias humildemente por su incesante protección. Entonces volvieron a embarcar y, después de pasar ante la

isla de Salamis, llegaron al istmo de Corinto.

Jasón dejó la nave varada en Céncreas, y mandó a Equión que se dirigiera al pueblo como su heraldo y anunciara la llegada de su legítima reina, Medea. A Equión le gustó mucho este cometido, ya que quería convertir en realidad la mentira que su padre Hermes le había inspirado cuando desembarcó en el muelle real de Ea. La tarea resultó más fácil de lo que esperaba porque aquel verano en Corinto había habido una gran sequía y también peste, tal como él había dicho, y los corintios estaban hartos del severo y caprichoso usurpador aqueo que se hacía llamar Corinto.

Equión, de pie en la plaza del mercado, informó a los habitantes de la ciudad que Jasón, glorioso hijo de Esón, había cumplido su promesa de rescatar el vellocino y, siguiendo las instrucciones del oráculo, les traía a la rubia hechicera Medea, hija de Eetes, para que fuese su reina, y que, renunciando por voluntad propia a sus derechos a los tronos de Lemnos y de Ptiótide, Jasón consentía en casarse con Medea para convertirse en el amante rey de los corintios. Equión les dijo además que Cástor, Pólux, Atalanta, Meleagro, Melampo, Periclimeno, Idas, Linceo y el mismo Hércules, venían desde Céncreas con armas en las manos, para asegurarse de que se hiciera justicia, aunque tarde, al nombre de Eetes. Corinto, el usurpador, huyó, y el populacho corrió en tropel hacia la costa para dar la bienvenida a la real pareja.

Lo único que sintió Equión fue que el pueblo de Asopia corintia, el antiguo reino de Sísifo, no se dejara persuadir de ningún modo a sublevarse contra su inflexible rey aqueo, y unir así los dos reinos en uno solo, tal como él había profetizado; pues Creonte se había casado con Glauce, la hija de Sísifo, y gobernaba en su nombre.

Jasón decidió consagrar el Argo, con todos sus remos y avíos, al dios Poseidón, en agradecimiento por la gran ola que los salvó de las rocas de la costa libia. Así pues, saliendo de Céncreas, navegó hacia el este hasta llegar a la parte más angosta del istmo, donde dejaron debidamente varada la nave, la colocaron sobre rodillos y la empujaron tierra adentro hasta el recinto de Poseidón. Allí Argo se despidió con orgullo de su hermoso navío y fue el último en abandonarlo cuando ya finalmente se dispersaron los argonautas.

50. EL DESTINO DE LOS ARGONAUTAS

Acasto reinó durante algunos años en Yolco, pero finalmente riñó con su querido amigo Peleo. Se enfadaron a causa de un rebaño de cien ovejas que Peleo pagaba como indemnización por el asesinato accidental de un joven hijo de Acasto; sin embargo, no fue el propio Peleo quien había asestado el golpe, sino uno de sus criados mirmidones que estaba borracho. El rebaño de ovejas fue atacado por una manada de lobos cuando iban desde Ptía a Yolco y solamente sobrevivieron unas cuantas ovejas. Cuando Acasto exigió más ovejas, para reemplazar a las que habían perecido, Peleo se negó, aduciendo que los lobos habían atacado cuando estaban más cerca de Yolco que de Ptía. En la guerra que sobrevino, Acasto fue derrotado, hecho prisionero y condenado a muerte, y Peleo se convirtió en el dueño de toda Ptiótide; pero debió su victoria a la poderosa ayuda de Cástor y Pólux, quienes trajeron carros de Esparta. Peleo vivió hasta una edad muy avanzada, sobreviviendo a su famoso hijo Aquiles, un iniciado de la hermandad del Caballo Centauro que murió en el sitio de Troya.

En cuanto a Atalanta, regresó a Calidón en compañía de Meleagro, tomando el camino que pasa por Arcadia, para aprovechar la caza. Cuando llegó al santuario de Artemisa en el monte Artemisio, donde Hércules había atrapado la cierva blanca de Artemisa, cumpliendo así con su tercer trabajo, dimitió del servicio de la diosa, colgando su arco, su jabalina y su ceñidor y ofreciendo sacrificios inmencionables. Por fin se entregó a Meleagro en un macizo del monte Tafiaso, no lejos de Calidón; pues el deseo la obligó a ello contra su voluntad. Pero ocurrió que Melas estaba viajando a pie de Orcómeno a Calidón, con el propósito de pedirle a Yaso la mano de Atalanta. Por azar se encontró con Meleagro y Atalanta que dormían juntos en el macizo, pero no se atrevió a hacerles ningún daño. Siguió adelante hasta llegar a Calidón, al palacio del rey Eneo, donde malévolamente le contó a Cleopatra, la mujer de Meleagro, lo que había visto. Cleopatra, furiosa, fue a los aposentos de su suegra, la reina Altea, y, al no encontrarla allí, se puso a buscar en sus cofres hasta que por fin encontró lo que necesitaba: un leño de nogal chamuscado. Pues cuando nació Meleagro un augur le había advertido a Altea que el niño sólo viviría el tiempo que tarda en consumirse cierto tizón de su hogar; ella lo cogió, lo apagó y lo ocultó en un cofre. Hasta tal punto estaba enfurecida Cleopatra que cogió el leño y volvió a tirarlo al fuego del hogar; y en el mismo instante Meleagro, que dormía en brazos de Atalanta, a pocas millas de distancia, profirió un grito agudo y comenzó a arder de fiebre. Murió antes de que amaneciese. De este modo se cumplió la profecía de Afrodita según la cual el primer hombre por el que Atalanta colgara su ceñidor moriría aquella misma noche.

Cuando Atalanta se dio cuenta de que estaba encinta, consintió en casarse con Melas, sin saber que él había sido el principal causante de la muerte de Meleagro; y el hijo que tuvo, a quien puso por nombre Partenopeo, se lo atribuyó a Melas. Pero cuando se enteró, a través de Altea, de lo ocurrido, se negó a cohabitar con él, y lo único que obtuvo Melas de este matrimonio fue su odio y su desprecio. Algunos dicen que Melas derrotó a Atalanta en una carrera pedestre, al dejar caer unas manzanas de oro para que ella las recogiera y que, de este modo, consiguió que fuera su esposa; pero esta versión se debe a una mala interpretación de un antiguo fresco de los juegos fúnebres de Pelias que se encontraba en el palacio de Yolco. En él puede verse a Atalanta, agachada en el suelo, en el momento de ganar el concurso de salto; y cerca de ella, Hércules está sentado en una silla, presidiendo los juegos, con las doradas naranjas que han caído del cesto a sus pies, y Atalanta parece estar recogiendo una de ellas; y un poco más adelante está dibujada la carrera pedestre en la que Ificlo el focense llegó primero y Melas el último; todos los corredores, menos Melas, han desaparecido del fresco, porque se ha abierto una nueva puerta en aquel trozo de pared y parece que Melas haya derrotado a Atalanta en la carrera. Y dejemos ya a estos celosos amantes.

La riña entre Idas y Linceo, por una parte, y Cástor y Pólux por otra quedó olvidada durante un tiempo, hasta que un día se unieron para realizar una expedición de castigo contra Anceo de Tegea. Le quitaron ciento una cabezas del mejor ganado, alegando que Anceo les había engañado, hacía mucho tiempo, en Bébricos, cuando se repartió el botín del palacio del rey Amico, al no entregar al tesoro común cuatro valiosos collares de ámbar, esmeralda y oro. Anceo, que no tenía la conciencia tranquila por el asunto de los collares, no salió en persecución de los hermanos, sino que dejó la venganza a su padre Poseidón, a quien ya había prometido diez de los mejores toros del ganado como ofrenda.

Los cuatro saqueadores se sentaron juntos cerca del lugar de confluencia de las fronteras de Laconia, Arcadia y Mesenia y discutieron, de un modo poco cordial, la mejor manera de repartirse el ganado. Finalmente Idas dijo:

—Vamos a divertirnos un poco, camaradas. Yo cortaré este ternero en cuatro partes iguales, y las pondré en el asador, y habrá un trozo para cada uno de nosotros. Al primero que termine su porción, dejando solamente los huesos pelados, le tocará la mitad del ganado, pudiendo elegir las cincuenta cabezas que más le gusten, y el que termine segundo podrá quedarse las otras cincuenta.

Cástor y Pólux estuvieron de acuerdo; Linceo comía muy despacio, porque se había roto los dientes de delante en un encuentro de boxeo, y los dos gemelos consideraban que tenían mejor apetito que Idas. Pero apenas se habían sacado los cuartos del asador y se habían distribuido por sorteo, cuando Idas comenzó a desgarrar su pedazo con dientes y puñal, tragándose la suculenta carne casi sin

masticar. Ya se lo había terminado todo, incluso había chupado el tuétano de los huesos, antes de que empezaran los demás. Y como hermano leal que era, Idas fue a ayudar a Linceo, cortándole la carne en tiras pequeñas y tragándose buena parte de su ración; en consecuencia, Linceo quedó segundo, terminando un poco antes que Pólux, que se dejó varias costillas y parte de los menudillos.

Idas y Linceo se levantaron, ahítos, pero no incapacitados, y se llevaron todo el ganado, despidiéndose con una sonrisa burlona. Pólux, con la boca llena, les llamó, diciéndoles que se quedaran, y protestando porque Linceo no se había terminado su propia porción porque sólo así podía tener derecho a la mitad del ganado; por supuesto no ponía en duda que Idas se había ganado con justicia el derecho a elegir las cincuenta mejores cabezas. Pero Cástor, que se había enfadado al ver que era el más lento de todos, dejó su cuarto de carne sin terminar y echó a correr. Tomó un atajo por las montañas y tendió una emboscada a Idas y Linceo, ocultándose en un roble hueco que estaba consagrado a Zeus. Supuso que pasarían cerca del roble, pues crecía junto a la tumba de su antepasado Afareo, donde sin duda se dirigirían para derramar libaciones de sangre de toro.

Con su aguda vista, Linceo descubrió el escondite desde media milla de distancia, pues la punta de la pluma de cisne del tocado de Cástor se entreveía por una rendija del árbol. Le hizo señas a Idas para que se acercara sigilosamente al árbol por detrás del ganado y sorprendiera la emboscada. Idas así lo hizo; arremetió de pronto contra el árbol con su lanza atravesándole los pulmones a Cástor, que murió al instante.

En aquel preciso momento Pólux venía corriendo por el sendero y oyó el grito mortal de Cástor. Atacó a Idas con su lanza, pero Idas, al no poder sacar la suya del roble dio un salto de costado y se escondió detrás de la tumba de su padre. Arrancó la lápida de la tumba y la arrojó con las dos manos contra Pólux, aplastándole la clavícula izquierda.

Pólux oyó cómo Linceo corría hacia él para atacarle por detrás, y, herido como estaba, se volvió y lo recibió con la punta de la lanza.

Linceo cayó con el vientre traspasado. Pero Idas dio un salto hacia adelante y, agarrando la lanza de su hermano que estaba tirada en el suelo, se la ensartó a Pólux entre las nalgas, causándole una horrible muerte.

Idas comenzó a bailar triunfalmente bajo el árbol sagrado, y a blasfemar en voz alta contra Zeus, padre de los tres campeones muertos, riéndose hasta que las rocas devolvieron su eco una y otra vez, y los pastores —que vivían en una cabaña cercana —, se tuvieron que tapar los oídos por vergüenza. Continuó bailando y blasfemando, sin hacer caso de una tormenta que se acercaba a toda prisa por el norte, hasta que, de pronto, cayó un relámpago deslumbrador y en el mismo instante se oyó un espantoso trueno. El rayo alcanzó la punta de la lanza que Idas blandía, carbonizando su brazo derecho y desgarrando todas sus ropas.

Los pastores hallaron su cadáver tatuado por las hojas del árbol sagrado. Se quedaron maravillados y cercaron el lugar donde había caído, convirtiéndolo en lugar sagrado; y en vez de quemar el cuerpo lo enterraron, como es costumbre hacer con las personas muertas por un rayo.

Los tesalios, Admeto, Corono y Euridamante, volvieron al cuidado de sus rebaños y ganados, y durante el resto de sus vidas ya no tomaron parte voluntariamente en ninguna aventura, habiendo ya conseguido suficiente fama para sentirse satisfechos. Sin embargo, todos murieron de muerte violenta, pues Tesalia es un país donde ni siquiera los hombres más pacíficos pueden evitar el tumulto y las guerras; Corono fue muerto por Hércules cuando los dorios le pidieron que les prestase su ayuda en una guerra contra los lapitas; Euridamante y Admeto se mataron entre si, en un duelo.

Autólico y sus hermanos Flogio y Deileonte pronto se cansaron de Trica, su ciudad natal en Tesalia. En el segundo verano después de su regreso, acompañados por Argo, hijo de Frixo, hicieron una visita a Samotracia en la época de los Grandes Misterios y se iniciaron en ellos; después, regresaron a Sinope, donde los sencillos paflagonios les acogieron con lágrimas de alegría. Ahora que Hércules había quebrantado el poder de Troya, y el de Cólquide se había debilitado con la muerte de Eetes y la pérdida de casi toda la flota colquídea —pues no había regresado ni una sola de las naves que salieron en persecución de Jasón—, Autólico y sus hermanos consiguieron el monopolio de las mercancías orientales y se hicieron fabulosamente ricos. A su muerte se convirtieron en héroes oraculares.

Frontis y Citisoro, los hijos mayores de Frixo, fueron a Yolco a pedirle a Peleo ayuda para resolver una disputa que tenían con los habitantes de Orcómeno; pero apenas habían puesto el pie en la ciudad, cuando Peleo los arrestó y los condenó a muerte. Declaró que la casa de Atamante le debía dos vidas al padre Zeus, desde que Hele y Frixo se escaparon con el vellocino, y que, por esta razón, había recibido tan fríamente a los argonautas cuando fueron a restituir el vellocino a su imagen, y que por ello también escaseaba la lluvia en toda Ptiótide. Peleo enguirnaldó a los dos hombres y llamó a todos los ciudadanos para que los echasen de la ciudad con armas y piedras. Así lo hicieron y al poco rato Citisoro caía muerto a pedradas, pero Frontis consiguió escapar dando saltos y corriendo, y a su regreso sacrificó un carnero a Zeus, dios de las Huidas. Peleo entonces advirtió públicamente a todos los descendientes de Atamante que les esperaba el mismo destino si se atrevían a ir a Yolco, pues la deuda contraída con Zeus había aumentado con el usurario paso del tiempo. Pero Melas siguió viviendo, sin hijos ni felicidad, bajo el mismo techo que Atalanta, que lo despreciaba; ella se dedicó a los finos trabajos de aguja y se volvió muy rolliza.

Falero, el arquero de Atenas, se peleó con su padre, Alcón el arquero, por un mortero de bronce, cuya propiedad se disputaban. En una ocasión, cuando Falero era

un niño, Alcón le había salvado la vida disparando contra una serpiente que se había enroscado en torno suyo y a la cual mató; aunque había disparado la flecha desde bastante lejos, no le había hecho el menor daño. Falero no vilipendió ni hirió a Alcón; se limitó a marcharse silenciosamente de Atenas y murió en el exilio de Eubea, en la ciudad de Calcis. Los atenienses pusieron su nombre a uno de sus puertos y le dedicaron ritos heroicos; le veneraban en especial por su maravillosa hazaña con el arco que salvó el Argo de las rocas Simplégades, y consideraban (aunque este caso nunca se sometió a la decisión de los areópagos) que había tenido razón al reclamar el mortero como suyo.

Melampo de Pilos se hizo adivino, por casualidad. Sus criados mataron a un par de serpientes que habían anidado en un árbol junto a su casa; pero Melampo recogió piadosamente toda la cría de pequeñas serpientes y las guardó en su alcoba como animales domésticos. Un día, mientras dormía después de comer, las serpientes le limpiaron cariñosamente los oídos con sus lenguas hendidas. Cuando Melampo se despertó, descubrió con sorpresa que entendía la conversación de unas carcomas que estaban en una viga situada sobre su cabeza. Una le decía a la otra: «Queridas amigas, ya hemos roído esta viga de punta a punta, dejándola como un colador. Bailemos ahora para celebrar nuestra hazaña. A medianoche se caerá y aplastará a Melampo». Melampo apuntaló la viga y salvó su vida. Al poco tiempo advirtió que podía comprender el lenguaje de todos los insectos y gusanos y también el de los pájaros. Este conocimiento resultó ser tan provechoso que acabó gobernando una gran parte del reino de Argólide y le concedieron un santuario oracular en Egostena, en Mégara.

Ascálafo, hijo de Ares, murió en Orcómeno poco después, ahogado en un estanque de carpas de poca profundidad: un extraño destino para quien ha sobrevivido a los peligros de tantos mares inhóspitos y de tantos arriesgados estrechos. Su nieto, que llevaba su mismo nombre, dirigió un contingente de treinta naves minias durante el sitio de Troya y cayó muerto a manos de Deifobo, el hijo de Príamo.

El gran Anceo regresó a su hogar en Tegea y allí plantó huertos de higueras y viñedos. Dio asilo bondadosamente a Evadne, Astérope y Anfinome, las tres hermanas que Acasto había desterrado de Yolco por el asesinato de su padre Pelias, y encontró marido para cada una de ellas. Un día, cuando se llevaba a los labios la primera copa de vino elaborado con la uva de sus propios viñedos y le estaba comentando a su esposa con satisfacción: «¡Por fin recibo el premio por mis trabajos!», un mensajero entró corriendo y exclamó: «¡Mi señor, un enorme jabalí está destrozando tus viñas!». Anceo dejó la copa cogió su jabalina y corrió a salvar sus campos; pero el jabalí salió bruscamente de un macizo y le vació las entrañas. Fue así cómo se originó el proverbio: «Puede haber muchos tropiezos antes de que la copa llegue al labio.[3]». Se cree que fue Artemisa quien envió el jabalí porque Anceo

no se había acordado de ofrecerle los primeros frutos de su viña. Peor aún así se ganó una tumba de héroe.

Equión, el heraldo, murió por accidente cuando trataba de arreglar una disputa entre los arcadios, los laconios y los mesenios sobre la posesión del ganado que Idas, Linceo, Cástor y Pólux le habían robado a Anceo. El golpe se lo asestó Eufemo de Ténaro, quien, al ver que había dado muerte a un heraldo sagrado, regresó avergonzado a su hogar en Ténaro, se negó a comer y murió al cabo de tres días. La tumba de Equión fue muy frecuentada por los heraldos, y si alguna vez se atentaba contra la sagrada persona de un heraldo, su lápida sudaba sangre, y por debajo de la tumba salía un batallón de genios alados, cumpliendo órdenes suyas, para molestar al criminal.

Antes de que Ergino el minia abandonara Grecia para dirigirse a Mileto, hizo una segunda tentativa contra Tebas, en Beocia, ante cuyas murallas había sido rechazado por Hércules hacía muchos años. Entró corriendo una mañana temprano con unos cuantos compañeros minias disfrazados todos de campesinos que llevaban sus productos para vender en el mercado. Pero quiso el azar que Hércules estuviera en Tebas de visita, y con sus flechas mató a todos los asaltantes menos al propio Ergino. Perdonó a Ergino por tener buenos motivos de resentimiento contra Tebas a causa del asesinato de su padre y la mutilación de sus recaudadores de impuestos. Entonces Ergino y Hércules hicieron las paces y Ergino regresó felizmente a Mileto. Hércules lo acompañó hasta la isla de Tenos y allí elevó un monumento en honor de Calais y Zetes, tal como le habían ordenado sus espíritus en un sueño. Este monumento es más un recordatorio de la fuerza y de la precisión de Hércules que de cualquier cualidad de los dos héroes; se trata de una enorme roca que está equilibrada sobre otra con tanta exactitud que oscila al menor soplo del viento del norte, y sin embargo, ni siquiera veinte hombres armados de palancas podrían bajarla hasta el suelo.

Argo hizo un viaje a Efira para reparar el Argo, cuya madera, según le habían dicho, se estaba resquebrajando y partiendo debido al sol, pues los sacerdotes de Poseidón no se habían preocupado de construir un cobertizo para protegerlo. Unos ladrones le salieron al paso y lo mataron en las cercanías del istmo, y cuentan los poetas, aunque es inverosímil, que el Argo gimió al oír la noticia y con sus suspiros rompió las gruesas cuerdas que lo rodeaban.

Nauplio, el piloto, fundó la ciudad de Nauplia, cerca de Tirinto, en Argólide. Murió allí poco después y los capitanes argivos lo veneran por encima de todos los demás héroes.

El pequeño Anceo fue desterrado de su isla por no tolerar las innovaciones religiosas de sus compatriotas. Cuando la fiesta anual en honor de los hombres de las Mismas Madres fue reemplazada por la de los hombres de los Mismos Padres, Anceo se enfureció e intentó, sin éxito, interrumpir el sacrificio que se celebraba en la

encrucijada. Se marchó al exilio hacia el lejano oeste, llegando casi hasta España, y fue asesinado por los hombres-cabra de Deia, en las Hespérides, siguiendo las órdenes de la ninfa de las Naranjas, como ya hemos relatado. A pesar de todo, la ninfa le honró con una tumba de héroe.

En cuanto a Hércules, continuó realizando los trabajos para el rey Euristeo de Micenas hasta haberlos terminado todos, dentro del período especificado del gran año. Su último trabajo fue el de bajar al mundo subterráneo por la grieta en Licos, en el país de los mariandinos, y una vez allí quejarse a Hades en persona por el supuesto mal trato que el dios le estaba infligiendo al espíritu de Teseo el ateniense. En prueba de que había cumplido su misión, Hércules se trajo una especie de monstruo ciego y blanco como la nieve del lago de los Infiernos; Euristeo supuso que se trataba del can Cerbero, pero sólo tenía una cabeza y no ladraba. Mientras estaba allá abajo, Hércules se encontró con el espíritu de Meleagro quien, a condición de que Hércules le elevara un santuario de héroe en su Calidón natal, le reveló el nombre de la única mujer capaz de darle una hija: su propia hermana Deyanira. Hércules se comprometió a construir el santuario en cuanto naciera su hija, y, lo que es más, mantuvo su promesa.

Mientras Hércules bebía vino en la corte del rey Lico para entrar en calor, porque el terrible frío del mundo subterráneo le había dejado la boca seca, y mientras comía ingentes cantidades de víveres, pues había tenido la sensatez de rechazar la comida de los muertos que le había ofrecido Hades, una hermosa esclava le sirvió pan y un ganso asado frío y le preguntó:

—¿Tiene tan buen sabor este ganso asado como el que te serví en Mirina, en Lemnos, perdonándote la pelota de barro que me tiraste a la cara? Era la exiliada Hipsípila, y cuando le mostró a Hércules los dos hijos gemelos que había tenido con Jasón, llamados Euneo y Nebrófono, recordó que había prometido ayudarla. Así pues, se la compró al rey Lico a cambio de un cinturón de oro, y se la llevó consigo en su nave, pero no se convirtió en su amante. Desembarcó en Lemnos y la devolvió al trono del que había sido expulsada por sus súbditas. También reunió a sus sesenta y nueve hijitos de tres años de edad y, después de formar con ellos una compañía, les hizo jurar que servirían y obedecerían a Euneo, el mayor de los gemelos, como su legítimo rey, y que en adelante, vengaran cualquier injuria que se le hiciera a su madre Hipsípila. Fue Euneo quien, años más tarde, proporcionó vino a los griegos cuando, bajo las órdenes de Agamenón, sitiaron Troya. Pero la isla de Lemnos estaba frecuentada continuamente por los espíritus de los hombres asesinados por Hipsípila y sus compañeras. Por fin Euneo instituyó una fiesta anual de purificación que duraba nueve días. Durante esta fiesta se extinguen todos los fuegos de la isla y se ofrecen sacrificios sangrientos a los muertos; por último, una nave de Delos trae fuego sagrado del santuario de Apolo.

Cuando Hércules hubo terminado sus trabajos y volvió a ser un hombre libre, se acordó de que Augías de Elide le había prometido pagarle una décima parte de su ganado en premio por haberle limpiado sus establos, pero que no había cumplido su promesa. Reunió un ejército de arcadios, y marchó contra Elide, donde mató a Augías y a todos sus hijos menos uno, llamado Fileo, que había instado a Augías a cumplir la promesa que le hiciera a Hércules. Hércules puso a Fileo en el trono, y con el botín de guerra fundó los Juegos Olímpicos como acontecimiento cuadrienal. Luego, en Olimpia, cavó una zanja para sacrificios en honor al espíritu de Pélope, como medio de afrentar al rey Euristeo: pues Pélope había fundado la dinastía que Esténelo, el padre de Euristeo, había derrocado. Más tarde marchó contra Neleo, el funesto hermano de Pelilias, que vivía en la arenosa Pilos y había enviado algunas tropas en ayuda de Augías: mató a Neleo y a todos sus hijos, menos al niño Néstor (que más adelante tomó parte en el sitio de Troya), y ni siquiera dudó en atacar al sacerdote de Hades que entró en la batalla disfrazado de esqueleto con la esperanza de infundir un miedo supersticioso en su corazón. Hades había sido enemigo de Hércules desde el día en que le robó a Alcestis, la mujer de Admeto; pero Hércules, impávido, le arrojó la quijada de una cerda y lo hirió en el costado. En esta batalla también cayó el argonauta Periclimeno: de nada le sirvieron su hechicería y sus asombrosos trueques ante las infalibles flechas de Hércules.

Hércules fue a su vez destruido por su amor hacia Deyanira, con quien se había casado debidamente y con quien había tenido una hija, Macana, a la que adoraba. He aquí la verdadera historia:

Estaba a punto de ponerse a comer en un banquete en el palacio del rey Eneo, su suegro, cuando, por accidente, mató a un niño calidonio al que estaba lanzando al aire para divertirse. El niño había echado agua en las manos de los invitados para que se las lavaran antes de la cena y había vertido tanta cantidad sobre las de Hércules, al verlas tan manchadas y sucias, que éste se había puesto a reír hasta que la sala resonó con sus carcajadas. Lanzó al muchacho al aire con tan exagerada jovialidad, que el pobre chocó contra el techo y se partió el cráneo. Lleno de remordimiento Hércules se marchó voluntariamente al exilio en compañía de Deyanira. Cuando llegaron al río Eveno, que estaba crecido, Hércules cruzó primero con su hija y todos los efectos de su pertenencia, dejando que a Deyanira la cruzase el centauro Neso, el mismo al que había derrotado en el encuentro de lucha libre durante los juegos fúnebres en honor de Pelias; pues Neso se dedicaba ahora a este transporte de gente. Neso trató de ultrajar a Deyanira para vengarse de su pierna rota y Hércules volvió corriendo y lo mató con sus flechas. Pero Neso, agonizante, le susurró al oído a Deyanira que echara un poco de su sangre en una botella porque le serviría como un hechizo seguro para conservar el amor de su esposo. Así lo hizo, y más tarde lo utilizó con Hércules cuando sospechó que estaba enamorado de una muchacha llamada Yole; mezcló un

poco de la sangre con el agua con la que lavó una camisa blanca que Hércules tenía que ponerse para ofrecer un sacrificio en honor de Zeus en Canión, Eubea. La sangre era venenosa y le corroyó la carne produciéndole dolores insoportables. Se arrancó la camisa y con ella enormes trozos de carne que estaban pegados a la tela; fue trasladado en una balsa a Traquis, y subió enfurecido al monte Eta; allí se construyó una enorme pira y le prendió fuego. Luego se tumbó sobre ella, rugiendo de indignación, hasta que su cuerpo quedó totalmente consumido por las llamas.

El alma de Hércules se elevó por los aires, transportada por el humo y las llamas, y el Viento del Sudeste la llevó hasta el monte Olimpo. Los poetas dicen que al llamar a la puerta del Olimpo con su invisible maza forrada de metal dio un susto de muerte a toda la divina familia. Y cuando se negó a bajar al mundo subterráneo para ponerse a disposición de su enemigo Hades, los dioses pensaron que lo mejor que podían hacer era invitarle a unirse a ellos. Pero Hércules se negó a convertirse en una decimotercera deidad, y declaró que se contentaba con ser el portero para quedarse junto a la puerta y allí comer y beber a sus anchas, como hacen todos los porteros. Según los poetas, Hera le perdonó por fin y le dio en matrimonio a su hija Hebe. Pero las cosas que ocurren en el Olimpo no las pueden saber los mortales, ni siquiera los más fidedignos poetas; lo único que se sabe con certeza es que Deyanira se ahorcó, tal fue su dolor al enterarse de que había muerto Hércules; igual que Marpesa, que se había ahorcado el enterarse de la muerte de su valiente esposo Idas.

Los hijos de Hércules acudieron de todos los rincones de Grecia para asistir a los juegos fúnebres en honor de su padre, y al reunirse y ver lo numerosos y fuertes que eran, planearon asaltar Micenas; pero el rey Euristeo les preparó una emboscada anticipándose a su ataque, y los que no murieron huyeron a Ática como suplicantes. Allí los recibieron bien. Cuando Euristeo marchó contra Ática, los hijos de Hércules y los atenienses hicieron frente a sus tropas, y en la batalla de la Roca de Esciros, Hilo, hijo de Hércules, le cortó a Euristeo la cabeza, como había hecho él antes con Esténelo; pero para asegurarse la victoria se había visto obligado a sacrificar a su hermana Macana a Perséfone. Así pues, éste fue el fin de Euristeo; pero después de que Alomena, la madre de Hércules, le vaciara prudentemente los ojos con agujas de tejer, enterraron la cabeza en un puerto de montaña y su cuerpo en otro, para escarmiento de los enemigos que intentaran alguna vez una nueva invasión de Ática. Euristeo fue sucedido por su yerno Atreo, que restauró la dinastía de Pélope y fue padre del famoso rey Agamenón y de Menelao.

Jasón y Medea terminaron del siguiente modo. Vivieron felices en Éfira hasta que los ciudadanos se sintieron ofendidos por Medea cuando ésta pretendió conseguir la inmortalidad para los dos hijos más pequeños de los cinco que tuvo con Jasón, criándolos en el templo de Hera y no permitiéndoles que visitaran el mundo exterior. Jasón intentó disuadiría y hacer que abandonase esta extraña ambición suya, y al ver

que ella se mofaba de él se negó a cohabitar con ella. Creonte, rey de Asopia, al enterarse de esta riña, envió un mensajero a Jasón, proponiéndole que se casara con su hija Auge, porque de este modo el doble reino de Corinto podría reunirse bajo un solo cetro, de acuerdo con la profecía hecha por Equión; pues Creonte era muy anciano y quería renunciar a su trono en favor de Auge.

Jasón aceptó la proposición de Creonte, olvidando que sólo como esposo de Medea tenía derecho al trono de Efira. Se divorció de Medea mediante un decreto público y luego celebró la boda con Auge. Medea simuló aquiescencia y le dio a Auge, como regalo de bodas, una camisa de dormir con preciosos bordados. Pero cuando Auge se la puso, la camisa estalló en llamas que no sólo la consumieron a ella sino también a su padre Creonte que intentaba apagarlas con sus manos, y a todo el palacio real con casi todos sus moradores, incluso los dos hijos mayores de Medea. Su tercer hijo, Tésalo, fue salvado por Jasón, que saltó con él desde una ventana y resultó ileso. (Tésalo fue quien gobernó el reino de Ptiótide después de la muerte de Peleo). Los habitantes de Éfira, enfurecidos, se vengaron en los dos hijos menores que Medea había criado en el templo de Hera; desde entonces tienen que realizar una expiación anual por este crimen.

Medea recordó la promesa de Hércules, que le había transmitido el heraldo Equión, de que la ayudaría en cualquier momento durante los doce años siguientes, si Jasón la abandonaba. Huyó en seguida a Tebas, donde aquél residía por aquel entonces, y le pidió que la restituyera en el trono de Éfira. Hércules accedió, pero mientras pasaban juntos por Ática, Egeo, el rey de Atenas, se enamoró de Medea y la persuadió de que renunciase a su trono de Efira y se convirtiera en su reina; y allí, en Atenas, en el Areópago, quedó absuelta de todos los crímenes de que la acusaban los enviados colquídeos. En agradecimiento a Hércules, que declaró en su favor, lo curó de su locura, cosa que no habían podido hacer los sacerdotes esculapios de Apolo, a pesar de todos sus alardes.

Medea se cansó pronto de Egeo, o él de ella, y un día envió un mensaje a Aras, el almirante colquídeo, que había continuado al servicio de su tía, la reina Circe de Eea, diciéndole que Cólquide lo necesitaba. Aras zarpó inmediatamente rumbo a Atenas con sus naves colquídeas, o al menos con todas las que todavía estaban en condiciones de navegar, y Medea embarcó con él hacia Cólquide, lugar que sentía mucho haber abandonado. Pues incluso cuando más locamente enamorada estaba de Jasón le había disgustado tener que marcharse de Ea, que es un lugar precioso, mejor situado que cualquiera de las ciudades griegas del interior y tan bien construida como Micenas o Tebas. Había llorado al tener que abandonar su alcoba con todos los valiosos muebles, tapices y adornos que no podía llevarse en el navío. Había besado su lecho y las puertas plegadizas y había acariciado las paredes y su botica y su mesa incrustada con conchas y les había prometido: «¡Algún día volveré a vuestro lado,

objetos queridos!». Con Aras también regresó Peucón, que había sido nombrado almirante de la flotilla que Apsirto había llevado hasta el Danubio. Él y todos sus camaradas se habían establecido, hacía ya tiempo, en Epiro, frente a Corfú, pues no se habían atrevido a regresar a Cólquide sin el esqueleto completo de Apsirto del cual se habían perdido irremisiblemente algunos huesos de los dedos de pies y manos. Pero todo lo que habían podido encontrar lo habían envuelto en un cuero de caballo blanco y lo habían colgado, con el consentimiento de Circe, en la isla de Eea, que desde entonces se ha llamado la isla de Apsirto.

Cuando Medea regresó a Cólquide, después de un feliz viaje, le arrebató el reino a su tío taurio Perses y, después de casarse con Ideesas, el rey de Mosquia, gobernó los dos reinos hasta su muerte; y Eetes, el hijo que tuvo con Ideesas, la sucedió en el doble trono. Neera, la hija de Frixo, fue reina madre de Albania durante todo este tiempo, y los asuntos de Cólquide prosperaron inmensamente gracias a la amistad que existía entre ambas casas reales y gracias también a que Medea había aplacado a la serpiente de Prometeo arrojando a los taurios de la parte anterior de su santuario. La dinastía de Eetes se encuentra aún firmemente asentada en el trono de Cólquide.

Se dice que Medea, durante su viaje de regreso, había anclado su nave en el lugar en que Pólux había matado a Amico el bébrice y que allí había encontrado un laurel que crecía en el túmulo de Amico y cuyas hojas tenían la propiedad de provocar violentas riñas entre quienes las tocaban. Medea se llevó un vástago de este «laurel loco» metido en un terrón de tierra, y lo remolcó detrás de su nave en una barquilla hasta llegar a Cólquide. Allí lo plantó y utilizó sus hojas muy provechosamente para fomentar desórdenes entre sus enemigos privados y públicos.

Jasón quedó abrumado por el dolor al morir sus cuatro hijos y Auge, y el hecho de saberse rey incuestionable de doble reino de Corinto le proporcionó muy poco consuelo. Una mañana temprano bajó al santuario de Poseidón, en el istmo, y allí se quedó sentado, meditando bajo la proa del Argo, envuelto en su capa adornada, y sin ofrecer ningún sacrifico a Poseidón ni dirigir ninguna palabra de cortesía a ninguno de los sacerdotes que salieron a saludarle. Ellos veían que estaba atormentado por un profundo dolor, pero ¿cómo podían saber lo que pasaba por su mente? Por fin profirió varios hondos gemidos y murmuró, o eso creyeron, el nombre de lilas, la vieja sacerdotisa de Artemisa de quien se había mofado, hacía mucho tiempo, en el camino de Págasas, y cuya maldición lo había llevado por fin, hasta allí. Pues aunque Jasón todavía estaba en la flor de la vida, había envejecido mucho desde su riña con Medea. Se le habían ulcerado las encías y había perdido varios de sus afilados y blancos dientes; el reumatismo le había producido cojera, y su cabello, tan espléndido en un tiempo, había perdido su brillo y estaba lleno de canas.

El gran sacerdote se dirigió a Jasón, diciéndole:

—Majestad, ¡escucha mi consejo! No te quedes ahí sentado sobre e-I húmedo

suelo bajo el podrido monumento a tu pasada gloria. Esta actitud no puede traerte suerte. Levántate, ahora, tú que empuñas el cetro, y revela tus pesares sin temor al señor de los Caballos, al agitador del Mar, al dios del Tridente. Él los aliviará, te lo aseguro, sobre todo si le ofreces sacrificios de bueyes rojos, alimentando a sus sacerdotes con la sabrosa carne asada y guardándole a él los deliciosos huesos del muslo.

Jasón volvió la cabeza pero tampoco respondió a estas palabras. Miraba con ojos aturdidos y tenía la boca abierta, como la de un niño que está a punto de llorar; pero no lloró.

El gran sacerdote despidió a los demás sacerdotes. Se quedó vigilando, sentado en las gradas del templo, pues su corazón le decía que algo iba a suceder que él no podía prever ni impedir; y allí se quedó hasta después de la hora de la comida, aunque la lluvia caía torrencialmente y parecía que los ocho vientos de cola de serpiente estaban jugando a perseguirse alrededor del recinto, soplando de todas direcciones a la vez.

La cabeza de Jasón cayó sobre su pecho. Se quedó dormido. Y al poco rato el gran sacerdote vio con el rabillo del ojo algo que no hubiera podido ver de frente: las pálidas siluetas de un hombre y un perro que se acercaban, arrastrando los pies mientras corrían, por el camino de Mégara. El sacerdote no volvió la cabeza por miedo a perturbar la claridad de la visión, y los dos fantasmas continuaron avanzando. El hombre iba vestido con el tosco traje de piel de oveja que llevan los eticios y los flegieos, y la oscurecida punta de una lanza de bronce sobresalía del lomo de su fiel perro pelirrojo.

El perro se precipitó hacia el lugar donde estaba Jasón, gruñendo y mostrándole los colmillos, con la piel del cuello erizada; pero el pastor trepó por el costado del Argo hasta situarse en su proa, como un lagarto que trepa por una pared.

Entonces, mientras el gran sacerdote miraba, conteniendo la respiración, el pastor dio un fuerte empujón con el hombro a la curvada proa; y mientras se esforzaba, con los pies apoyados en un puntal, los ocho vientos abandonaron su juego y corrieron todos juntos bramando por la regala, a ambos lados del navío.

Se oyó el ruido de un desgarramiento, seguido de un fuerte estruendo. La alta proa se vino abajo y el mascarón de cabeza de Carnero dio contra el cráneo de Jasón y lo aplastó, reduciéndolo a una sangrienta pulpa. Sin embargo, el prudente sacerdote no se movió de donde estaba sentado hasta que tanto el pastor como el perro se hubieron saciado con la sangre y los sesos de su enemigo; pues de haber estorbado la venganza de estos fantasmas, hubieran rondado el recinto con su insufrible presencia. Ahora, por el contrario, se alejaron del lugar, completamente satisfechos.

El doble reino de Corinto pasó al hijo de Glauco, que se llamaba Sísifo en honor de su abuelo; pero los corintios, desconcertados por la muerte de Jasón, decretaron que la popa del Argo debía mantenerse en perfecto estado de conservación y que si se

pudría algún madero o cordaje tenía que reemplazarse con uno nuevo; solamente la proa, declarada públicamente culpable de homicidio, se colocó como ofrenda en el santuario de la diosa Perséfone. Y de este modo el Argo se hizo inmortal, y sigue existiendo como el Argo de los argonautas, aunque hoy ya no quede ni una sola pieza de madera, desde la quilla hasta la punta del mástil, que sea original. Como dice el proverbio: «Ésta es el hacha de mi abuelo: mi padre le puso un mango nuevo y yo le he cambiado la pala».

Orfeo también murió de muerte violenta. Las mujeres ciconas lo despedazaron una noche durante sus orgías otoñales en honor de la Triple Diosa. Pero esto nada tiene de extraño: la diosa siempre ha premiado con la desmembración a quienes más la aman, esparciendo sus ensangrentados restos sobre la tierra para fecundarla, pero tomando dulcemente bajo su custodia sus asombradas almas.

APÉNDICE HISTÓRICO

Parece ser que un ciclo de baladas sobre los argonautas de Jasón y su viaje para recuperar el vellocino de oro que estaba en poder de Eetes, rey de Cólquide, era ya muy conocido en Grecia en fecha muy temprana, pero se ha perdido por completo, a no ser, quizás, que sobrevivan algunos pasajes como interpolaciones en la Odisea de Homero. Tanto Homero como Hesíodo, los dos primeros poetas griegos cuyas obras han perdurado hasta nuestros días, tenían conocimiento del viaje, y Homero habla de él diciendo que «anda de boca en boca». Aparecen referencias posteriores en las obras fragmentarias de Eumelo (siglo VI antes de J.C.) y en las de Mimnermo. Simónides, Hecateo, Heródoto y Acusilao (siglos VII y VI). En el siglo y los atenienses Esquilo, Sófocles y Eurípides utilizaron episodios del ciclo como temas dramáticos; Heródoto hace varias referencias a este ciclo en su historia universal; Ferecides de Atenas, en su obra mitológica, que sólo ha sobrevivido en pequeñas citas, fue posiblemente el primer escritor que hizo un relato seguido y completo del viaje; y el poeta beocio Píndaro, en su cuarta Oda Pithía (462 antes de J.C.) hace un pequeño resumen, el más antiguo que se conserva en su totalidad.

En el siglo III antes de J.C. Apolonio de Rodas escribió un poema épico sobre los argonautas. En la Biblioteca Real de Alejandría tuvo acceso a las obras de Píndaro, Ferecides, y varios escritores desconocidos que trataron el mismo tema, y que cita su escoliador. Yo lo encuentro no sólo el más útil de las autoridades principales sobre el tema, sino también el de más amena lectura. El poeta Teócrito, un contemporáneo suyo alejandrino, complementa esta epopeya con relatos más completos, en sus Idilios, del combate de boxeo entre Amico y Pólux, y de la pérdida de Hilas. Apolodoro, el gramático ateniense, en un resumen seco pero fidedigno de las leyendas antiguas, llamado la Biblioteca, y escrito alrededor del año 140 antes de J.C., proporciona detalles importantes que, de otro modo, no se conocerían; lo mismo hacen Higinio, el fabulista, que era bibliotecario del emperador Augusto, y su contemporáneo, el poeta Ovidio, autor de las Metamorfosis. Diodoro de Sicilia, el historiador, contemporáneo de Julio César, se muestra muy perspicaz en sus comentarios críticos sobre la historia, tal como él la conocía; igual que Estrabón, Dionisio y Pausanias, geógrafos sensatos que escribieron bajo los primeros emperadores.

El primer poema épico argonáutico escrito en latín que ha perdurado fue compuesto alrededor del año 93 después de J.C. por Valerio Flaco, un sacerdote romano miembro del colegio que estaba encargado de los libros sibilinos y que era responsable ante el emperador de la pureza del ritual religioso. Escribe con pesadez y

falta de sinceridad, pero está bien informado, y es una lástima que no llegara a completar la historia. Como es natural, la antigua tradición sobre los argonautas y el vellocino aparece repetidamente en el transcurso de los siglos, incluso hasta una fecha tan avanzada como el siglo XI después de J.C., cuando Juan Tezetzes, el temperamental bizantino, escribió sus enmarañadas Quilíadas y, con la ayuda de su hermano Isaac, un comentario sobre la Casandra de Licofrón; y también cuando Suidas recopiló su Léxico de autores antiguos.

Todas estas autoridades discrepan unas de otras en innumerables puntos. Incluso aparecen contradicciones entre diferentes obras escritas por el mismo autor. Así pues, cuando Sófocles habla en su Colquides de cómo Jasón asesinó a Apsirto, el hermano de Medea, sitúa el asesinato en Cólquide; pero en otra obra de teatro, Silthae, lo sitúa en algún lugar de Escitia. Ovidio sitúa el mismo asesinato en Tomi, su lugar de exilio, que se encuentra a cierta distancia al sur del delta del Danubio; Apolonio, en la isla de Artemisa cerca de la desembocadura norte del Danubio; Higinio, en la isla de Apsirto en el extremo norte del golfo Adriático. Algunos autores describen a Apsirto simplemente como un niño que su hermana Medea se llevó como rehén; otros como un hombre adulto enviado en persecución de su hermana. Diodoro y el orador romano Cicerón le llaman Egíalo en lugar de Apsirto; Apolonio menciona que algunas veces se le conocía por Faetonte; y su madre tiene los diversos nombres de Ipsia, Idía, Asterodia, Hécate, Neera y Eurilite.

Las listas de tripulantes del Argo dados por Apolonio, Higinio, Apolodoro, Valerio Flaco y Tzetzes son irreconciliables, y en otros autores, aún aparecen más nombres, además de éstos. Esta diversidad de detalles es típica de todo el cuerpo de la leyenda argonaútica y me da pie para que elija la versión de cualquier incidente que a mi juicio tenga más sentido, e incluso, de vez en cuando, para que improvise cuando hay un vacío que no se puede llenar con los materiales existentes. Por ejemplo, he rechazado el relato improbable de Heródoto según el cual Jasón, antes de empezar su viaje desde Yolco, circunnavegó el Peloponeso para ir a consultar el oráculo de Delfos. Evidentemente su objetivo era el oráculo de Dodona y no el de Delfos. Podía haber ido a Delfos por tierra mucho más de prisa y con más seguridad. Y este viaje, que Heródoto ha confundido con el de regreso del Argo, fue sin duda el que dio lugar a la aventura de Jasón con el monstruo marino, de la que no existe evidencia alguna en la literatura, pero sí en muchos jarrones con figuras rojas.

William Morris publicó su Vida y muerte de Jason en 1867, pero los poemas épicos ingleses están pasados de moda, y el de Morris se lee muy poco actualmente. Por consiguiente, la mayoría de personas de habla inglesa conocen la historia sólo a través de la prosa infantil de Charles Kingsley o la de Nathaniel Hawthorne. Los que han estudiado clásicas en el colegio tampoco tienen muchos más conocimientos sobre el tema (a juzgar por mi propia experiencia) ya que la Argonautica de Apolonio no

figura en el plan de estudios de clásicas habitual. Posiblemente saben algo —habiendo leído la Medea de Eurípides sobre la vida de Jasón en Corinto una vez finalizado el viaje—, y quizás hayan recogido algunos detalles más acerca del viaje en si de la decorativa oda de Píndaro, pero el viaje sigue teniendo para ellos aquel encanto inconsecuente, desligado del tiempo y de la geografía, de los viajes descritos en versos infantiles tales como «El gatito y el búho», «Los jumblies» y «Los tres hombres sabios de Gotham». La lectura de la vida y muerte de Jasón poco hará para romper el encanto. Morris era un romántico prerrafaelita, es decir, que cuanto más misteriosa y sin sentido era una leyenda, más poética le parecía. Rechaza la tradición obvia de que el Argo regresó a Grecia de su viaje por el mar Negro siguiendo la misma ruta que tomó a la ida, es decir, por el Bósforo, y sigue obstinadamente la versión más fantástica que existe, la que aparece en la anónima Argonautica Orphica, escrita hacia el año 350 después de J.C. que hace que la nave remonte un río ruso imposible de identificar, ayudada de vez en cuando por rodillos, hasta el golfo de Finlandia, regresando por el Báltico, el canal de la Mancha, Irlanda y el estrecho de Gibraltar. Morris también da muestras de su falta de sentido clásico al omitir el único incidente del viaje en el que todos los autores están de acuerdo —la alegre repoblación de Lemnos supongo que por miedo a ofender el buen gusto victoriano.

Los griegos, que en general eran personas juiciosas, consideraban el viaje como un suceso histórico que había tenido lugar unas dos generaciones antes de la caída de Troya —a la cual atribuyeron la fecha razonable de 1184 antes de J.C.— La fecha del viaje quedaba mucho más próxima a Homero y a Hesíodo que el descubrimiento de América por Colón nos queda a nosotros; y aunque en el siglo y antes de J.C. Tucídides decidió que el relato era demasiado confuso para poderlo incluir en el Primer Libro de su Historia, ningún griego, que yo sepa, se atrevió jamás a negar que el Argo fue un barco real que navegó desde Yolco, en Tesalia, hasta Ea en el Fasis, río de Cólquide —en otras palabras, desde Volo, en Grecia oriental, hasta Kutais, en el río Rion de Georgia—, regresando después. Hay que admitir, sin embargo, que los expertos en la antigüedad clásica aún dudan de la autenticidad del viaje: casi siempre se limitan a reconocer que «la historia probablemente tuvo su origen en los relatos de las expediciones comerciales que los opulentos minias realizaban a las costas del mar Negro». Pero por Otro lado, sólo recientemente la evidencia arqueológica los ha obligado a tomarse en serio las leyendas del Minotauro y de la Cueva del Dicte y a reconocer la historicidad del sitio de Troya. Ya que muchos de los personajes homéricos tienen padres relacionados con la historia del Argo —por ejemplo, el hijo de la reina Hipsípila y de Jasón, el rey Euneo de Lemnos, proporcionó vino a los griegos durante el sitio de Troya, y Peleo, el padre de Aquiles, fue un destacado argonautano parece haber razón alguna para dudar que el viaje realmente tuvo lugar, por muy desfigurados que estén los relatos que de él existen, y en la fecha en que los

griegos afirman que ocurrió. Eratóstenes, el científico alejandrino que calculó la anchura del grado geográfico y de él dedujo, con admirable precisión, la circunferencia del globo, fijó el viaje de Jasón en el año 1225 antes de J.C.; pero no se sabe con exactitud cómo llegó a una y otra conclusión.

Si el viaje fue auténtico, ¿cómo puede uno explicar los incidentes sobrenaturales que van unidos a la leyenda?

He aquí varias respuestas relacionadas entre sí.

> A) Los griegos arcaicos, al igual que los indios americanos, registraban los acontecimientos pictográficamente, tanto en arte como en poesía, y cuando, con el paso del tiempo, el significado original de la composición pictográfica quedaba olvidado, se inventaba un significado nuevo que satisfacía la curiosidad contemporánea. Los griegos llamaban «mitos» a las pictografías poéticas, pero esta palabra no tenía la connotación de mentira que tiene en lenguaje moderno.

> B) El ciclo original de baladas argonáuticas quizá no llegó a escribirse nunca. Algunos de los bardos viajeros que recorrían Grecia llevándolas en la memoria olvidarían algunos fragmentos, otros olvidarían otros, y lo que quedaba perdido se suplía con material inventado, o con episodios tomados de otro relato totalmente distinto.

> C) Algunas partes del ciclo original de baladas llegaron a ofender la susceptibilidad religiosa y política de las generaciones posteriores y, en consecuencia, tuvieron que ser modificadas u omitidas.

> D) El material satírico o humorístico y los relatos de sueños o visiones de la versión original que sobrevivieron pueden haber sido incorporados en versiones posteriores como si se tratara de una simple narración de los hechos.

> E) Probablemente a partir del siglo y antes de J.C. los entusiastas de Orfeo utilizaron la tradición de que Orfeo era uno de los argonautas como pretexto para hacer del viaje una alegoría de los misterios órficos.

Antes de tratar con más extensión estas respuestas, debo insistir en que los griegos no eran unos románticos en el sentido victoriano: no se dedicaban a inventar deliberadamente cosas que no tenían sentido, aunque sí conservaban leyendas fantásticas tal como les habían sido transmitidas, con la seguridad de que su sentido

quedaría aclarado si se interpretaba correctamente. Por ejemplo, aunque muchos poetas rechazaron la sensata narración de Homero (por la que se guió el crítico del siglo VI, Heródoto) según la cual el Argo regresó por el Bósforo, y ofrecían en su lugar extrañas rutas alternativas pasando por el Danubio, el Rion, el Dniéster o el Don, esto no se debía a que les apasionaran los misterios. Mi conclusión es que la rechazaron porque existía una fuerte tradición pre-homérica según la cual el vellocino no regresó a Grecia por el Bósforo, sino pasando por el Danubio, el Save y el mar Adriático. Pero se dieron cuenta que el Save no desemboca en el mar Adriático; así que escribieron Po en lugar de Save; y cuando, más tarde, descubrieron que el bajo Danubio sólo es navegable hasta una distancia de cuatrocientas millas del delta, a causa de las Puertas de Hierro, y que el Po no comunica con el alto Danubio, alguien sugirió que el Argo había remontado el Rion; y cuando se descubrió que el Rion no desemboca en el mar Caspio y que el mar Caspio no se comunica con el océano Indico, otra persona sugirió que sin duda se trataba del Dniéster; y cuando también esta ruta resultó ser una ruta imposible, otra persona más sugirió el río Don.

Los poetas, a mi modo de ver, no estaban pensando con la cabeza. Jamás se les ocurrió que Jasón y Medea pudieran haber regresado a casa con el vellocino por una ruta distinta a la de los argonautas y del Argo —una ruta que el Argo no podía haber tomado—; es más, que no sólo pudieron sino que incluso tuvieron que hacerlo así, porque su alevoso asesinato de Apsirto no les permitía volver a embarcar en el Argo hasta haber sido purificados. Como sabemos que la única persona que podía purificarlos era la rubia Circe, la tía del muerto, lo natural es que hubieran tomado la ruta del Danubio; el comercio del ámbar proporcionaba facilidades de traslado por el río, por el que se llegaba hasta la isla de Eea, frente a Istria, en lo más alto del mar Adriático, donde vivía Circe. Ésta fue la ruta por la que llegaron a Delos los obsequios para Apolo, envueltos en paja, que mandaron los «hiperbóreos» (¿la gente de Britania?) después de su llegada al sur de Rusia. Se desconoce en qué consistían estos obsequios, pero es probable que incluyeran ámbar para utilizar en el culto de Apolo (véase Apolonio de Rodas, Libro IV, 611) y quizá se les recompensara con obsidiana procedente de Melos. Yo sitúo la isla de Circe frente a Istria y no en la costa occidental de Italia (donde se dice que recibió a Odiseo muchos años más tarde), no sólo porque la isla Istria de Apsirto figura en la leyenda argonáutica, sino además por la tradición de que Eea había pertenecido en un tiempo a Crises, padre de Minia el jonio: los jonios seguramente bajaron por el Danubio hasta Grecia, pasando por Istria —difícilmente pueden haber bajado por Italia. La isla se llama ahora Lussin.

A) Hoy en día, el método pictográfico aún existe en el arte, pero raramente se encuentra en la literatura. Aún sigue utilizándose en los dibujos clásicos o pseudoclásicos —por ejemplo, en los frescos de las casas consistoriales que

representan a la Agricultura y a la Industria estrechándose la mano en presencia de una rolliza matrona con una cofia en forma de torre—, pero el lenguaje literario que corresponde a este estilo artístico hace ya mucho que está pasado de moda. Un uso más vigoroso de la pictografía es el que vemos en las caricaturas o dibujos cómicos de los periódicos; y el único ejemplo que yo recuerdo de una de estas caricaturas de periódico interpretada en verso, el poema Bryan, Bryan, Bryan, de Nicholas Vachel Lindsay, merece la atención de los estudiantes de mitología griega. Al recordar sus emociones de adolescente durante la campaña por la presidencia de los Estados Unidos de William Jennings Bryan en el año 1896, Lindsay mezcla unas declaraciones verídicas sobre sí mismo y su chica preferida con el lenguaje pictográfico tomado de los caricaturistas demócratas:

Con levita de diácono
Y un negro sombrero Stetson
Flageló a los plutócratas del Elefante
Con alambre de espinos procedente del Platte…
plutócratas…
Con el signo del dólar en la levita
Y polainas en los pies.

Éste es un mito fácil de descifrar. Es evidente que Bryan sólo flageló verbalmente a McKinley, Hanna y los jefes republicanos, y que el Elefante es el símbolo que utiliza el caricaturista para representar al partido republicano, y que el alambre de espinos simboliza los votos de los ganaderos del Sur y del Oeste: el Platte está en la Nebraska de Bryan. También es evidente que los plutócratas casi nunca llevaban polainas (que simbolizan una afectación de la cultura inglesa) y que el signo del dólar en sus levitas se lo habían colocado imaginatívamente sus adversarios como diciendo con sarcasmo que el dinero era lo que tenían más cerca del corazón.

Los poetas griegos utilizaban exactamente este tipo de lenguaje, y si Lindsay hubiese sido un poeta griego del siglo VI, el poema hubiera aparecido entre las crónicas mitológicas de Higinio y de Apolodoro más o menos así:

> Lindseo, de las praderas ilinoicas, el ditirámbico, relata una fabulosa pelea entre Brianeo, un campeón de los ganados vacunos del bien irrigado Platto, cuyo atuendo era de color negro y de quien se dice que era sacerdote del semidiós Estetos, hijo de Zeus, y ciertos ricos tiranos del Este que le atacaron con elefantes. Brianeo, haciendo uso únicamente de un látigo hecho de filamentos de hierro, hizo huir de los límites del territorio Oeste a estos siniestros tiranos, que llevaban sobrecalzas como

> las que usan los montañeses y unas túnicas blancas sobre las cuales estaba bordado el emblema de una serpiente enroscada alrededor de un palo doble; pues mediante este signo se consagraban a la serpiente infernal, a Plutón, «el Otorgador de riqueza». Sin embargo, al final Brianeo fue derrotado.

—El significado original de los mitos y de otras pictografías pronto queda olvidado. Por ejemplo, los padres de habla inglesa todavía repiten a sus hijos la canción infantil sobre el León y el Unicornio que luchaban por la Corona; y aunque la mayoría de ellos son conscientes de que el León y el Unicornio son tenantes de las armas reales de Inglaterra y de Escocia, debe de haber muy pocos que la consideren como algo más que una simple fantasía sugerida por el motivo heráldico. Sin embargo, es casi seguro que se trata de una crónica pictográfica de la guerra en 1650 entre Inglaterra, representada heráldicamente por el León, y Escocia, representada heráldicamente por el Unicornio. Luchaban por la Corona porque los escoceses, ambiciosamente, habían coronado a Carlos II no sólo rey de Escocia, sino también de Inglaterra, aunque Inglaterra se había proclamado república. (Una explicación alternativa podría ser que la canción perpetúa una riña olvidada en Edimburgo entre el Lord Lyon, o primer heraldo de Escocia, y su persevante del Unicornio).

Diodoro interpreta la pictografía familiar pero misteriosa del Carnero volante, sobre el cual Hele y Frixo viajaron a Cólquide, como una nave veloz con un carnero por mascarón de proa, y sugiere que la caída de Hele al Helesponto sólo significa que la corriente le produjo mareo, y que al inclinarse sobre la borda, se cayó al agua. Es posible que tuviera razón en lo del carnero, aunque sus interpretaciones de otros fragmentos de la leyenda no son, ni mucho menos, tan convincentes. Es obvio que se equivoca cuando dice que la serpiente que guardaba el vellocino era un oficial cuyo nombre era capitán Serpiente. Lo mismo ocurre con Dionisio Scytobrachion cuando sugiere que el vellocino de oro era en realidad la piel del joven señor Carnero, el paje de Frixo, que los colquídeos curaron y doraron después de haberlo matado. También se equivoca Estrabón cuando dice que los argonautas navegaban en busca de oro y que el vellocino era el oro aluvial de Cólquide que los colquídeos recogían en vellones colocados en el fondo de las artesas en las que lavaban los minerales. Y también Suidas cuando dice que se trataba de un libro hecho de piel de cordero que contenía el secreto de la alquimia, que los colquídeos habían heredado de sus antecesores egipcios. Igualmente se equivoca Carax de Pérgamo, el cual escribió en el siglo I después de J.C. que el vellocino era un rollo de pergamino que contenía el secreto de cómo iluminar sobre oro. Sin embargo, todos estos griegos creían que el viaje era un hecho histórico, y que sus símbolos más disparatados podían llegar a ser interpretados como hechos reales; no hicieron como los eruditos alemanes del siglo

pasado que descartaron la historicidad de todo el relato afirmando que se trataba de un mito solar.

Por otra parte, quizás hubiéramos tenido que recurrir a la explicación de Estrabón (que es bastante convincente pues aún existe oro aluvial en el Rion y el método de lavar el oro utilizando el vellón es un método práctico) si Heródoto, Apolodoro, Pausanias y el anónimo mitógrafo del Primer Vaticano, no hubieran revelado, entre todos, el secreto de la historia. Este mitógrafo, aunque escribía en el siglo y después de J.C., evidentemente tuvo acceso a una fuente muy antigua de la leyenda: él es la única autoridad que menciona la oposición de los troyanos a la travesía del Argo hacia el mar Negro[4], que es un elemento importante de la trama. Él deja constancia de que el vellocino era el que Zeus utilizaba para ascender a los Cielos, y de este modo lo relaciona, con más seguridad que Pausanias, con la historia del dios Carnero, Zeus Lafistio, y del intento de sacrificio por parte del minia Atamante de su hijo Frixo como medio de persuadir a Zeus de que enviase lluvia cuando la cosecha había fallado.

El color púrpura del vellón que menciona Simónides, subraya esta relación: las nubes blancas no traen lluvia, pero las de color púrpura sí; lo mismo ocurre con los vellones blancos y de color púrpura utilizados para fines mágicos. Parece ser que Frixo, para salvarse de ser sacrificado al dios Carnero, robó el vellón púrpura (¿con el fleco de oro?) que era el instrumento sagrado y necesario del ritual de la lluvia, y escapó con él a Cólquide donde no podría ser alcanzado. Naturalmente, la pérdida del vellocino produjo entre los minias una sensación de mala suerte y una generación más tarde los argonautas, que eran todos minias, unos de nacimiento, otros por adopción, se hicieron a la vela con el fin de recuperarlo.

B) Se cree ahora que incluso uno o dos de los incidentes más circunstanciales de la Ilíada de Homero son interpolaciones: por ejemplo, ciertos combates singulares que tuvieron lugar en la explanada situada ante la ciudad de Troya, podrían pertenecer a otros ciclos de baladas. Al parecer tanto Héctor, troyano, según se cree, como Patroclo de Opunte, a quien mató, eran venerados como héroes en Beocia antes de que la expedición de Agamenón partiera hacia Troya; así pues, el combate entre estos dos podría representar un conflicto entre los clanes de los cuales eran los fundadores, y no entre ellos dos en persona. Luego es probable que el ciclo argonaútico, que no se estabilizó como narración escrita hasta mucho después de los poemas homéricos, contenga aún más interpolaciones. Muchas de ellas resultan evidentes a causa de su anacronismo. Por ejemplo, Teseo, a quien Apolodoro y otros mencionan como uno de los argonautas, pertenece a un período muy anterior; está relacionado con la historia de Dédalo, Ícaro y el saqueo de Cnosos, que ocurrió alrededor del año 1500 antes de J.C. Y en el año 1225 antes de J.C. los argonautas no pueden haber ofrecido libaciones de vino a los dioses olímpicos, como hacen constar

muchos de los poetas. Los dioses eran conservadores y no aceptaron más que «sacrificios sobrios» hasta muchos siglos después.

En consecuencia, al escribir de nuevo la historia, me hallé siempre dispuesto a descartar por inaplicable cualquier incidente o detalle que no armonizara con el resto de la historia, pero tuve que tener cuidado de no descartar nada demasiado sumariamente. Al principio no estaba seguro si debía o no incluir a Hércules entre los argonautas. Algunas de las más venerables leyendas lo relacionan con Teseo e incluso con épocas anteriores a Teseo. Sin embargo, quizás existieron dos, tres o incluso más campeones llamados Hércules [5]; es más, parece ser que la pitonisa de Delfos le dijo a Hércules de Tirinto, cuando éste fue a consultarla, que no era la primera visita que recibía de un hombre llamado como él. El Hércules tirintio, a quien generalmente se considera el último y más glorioso de estos campeones, podría muy bien pertenecer a la época de los argonautas, y parece haber sido gracias a su oportuna incursión contra Troya, con seis naves y unos cuantos hombres (según Homero) que el Argo regresó sano y salvo a casa. (Tan obviamente equivocados están Diodoro y Valerio Flaco al situar esta incursión en el viaje de ida, y no en el de vuelta, como lo está Píndaro al situar el incidente lemnio en el viaje de vuelta, y no en el de ida). El relato de la incursión, que no debe identificarse con el incendio de la quinta ciudad de Troya dos siglos antes, es bastante verosímil: en compañía de Telamón de Egina, hermano de Peleo y padre de Ayax, Hércules mató al rey Laomedonte de Troya y puso en el trono al joven Príamo —el mismo Príamo que era ya un anciano cuando tuvo lugar la caída de la sexta (homérica) ciudad de Troya—. Además, Euristeo de Micenas, que le imponía los trabajos a Hércules, pudo muy bien haber reinado por esta época, pues fue sucedido por su yerno Arreo, cuyos hijos (o hijastros) Agamenón y Menelao mandaron las fuerzas griegas en el sitio homérico de Troya.

Si los Trabajos de Hércules han de reconciliarse con el orden aceptado de los acontecimientos en el viaje del Argo, entonces deben colocarse en un orden diferente del que tomaron los romanos de los mitógrafos alejandrinos. Las Aves del Lago Estinfalo (6), las Yeguas de Diomedes (8) y el Ceñidor de Hipólita (9) lógicamente deberían ir antes que el Jabalí de Enmanto (4) y los Establos del Rey Augías (5); y las Manzanas de Oro de las Hespérides (11) deberían ir inmediatamente detrás de éstos. Pero la sucesión cronológica de acontecimientos legendarios como éstos es un enredo imposible de desenredar, como si hubiesen acaecido antes de inventarse el tiempo histórico; por ejemplo, aparecen anacronismos en la historia del Argo si uno sitúa la fecha del viaje después de la Cacería del Jabalí de Calidón, pero si situamos el viaje antes, entonces los anacronismos aparecen en la historia de la Cacería. Otro revoltijo de puntos irreconciliables es el que constituyen los relatos tradicionales de la raza, el linaje y parentesco de Euristeo, Sísifo, Creonte y otros. No obstante, si la invasión aquea del sur de Grecia tuvo lugar a mediados del siglo XIII antes de J.C., como

calcularon los griegos posteriores, entonces tal vez Esténelo, el padre de Euristeo, y Creonte de Asopia fueron ambos en realidad aqueos, quienes por razones políticas se procuraron la adopción en las viejas familias reales matrilincares mediante la acostumbrada grotesca ceremonia del renacimiento; esto explicaría un buen número de aparentes contradicciones. Sísifo, aunque era eolio, desde luego no era hermano de los minias Atamante, Creteo, Perieres y Salmoneo —su conexión con Corinto lo relaciona con la casa de Ectes y de Aloco—; por lo tanto yo lo he presentado como un hijo de Aloco. Puesto que el hijo de Sísifo se llamaba Glauco, es razonable suponer que la Glauce con quien se casó el usurpador Creonte, era su hija.

Al principio no estaba seguro si debía incluir el relato el incidente de los «Pájaros de Ares» de cómo los argonautas, cuando estabais cerca de la costa armenia, se alarmaron al ver acercarse una tremenda bandada de pájaros que espantaron gritando y haciendo entrechocar sus escudos. J. R. Bacon en El Viaje de los argonautas, un libro breve pero extremadamente valioso sobre los problemas históricos planteados por la leyenda, escribe:

> *Probablemente este incidente no permanece en su origen a la historia de los argonautas, sino que es una interpolación erudita hecha por Apolonio; Apolonio sabía que, al ejecutar Tiro su sexto trabajo, Hércules había espantado los pájaros del lago Estinfalo en Arcadia, haciéndolos huir a una isla remota en el Ponto Euxino y creyó necesario introducirlos en este relato del viaje del Argo.*

Basándome en esta autoridad, estaba dispuesto a desechar el incidente, sobre todo en vista de que no tenía ninguna influencia sobre la trama. Sin embargo, lo primero que me preguntó mi amigo Francis Hemming, especialista en historia natural, cuando se puso a mirar el mapa del mar Negro del Ministerio de Marina que tenía colocado en la pared de mi estudio, fue esto: «¿En qué estación navegaron los argonautas por el golfo oriental?». Se preguntaba si se habrían encontrado con la gran migración de primavera de los pájaros que subían a millones desde Palestina y Siria, atravesando Asia Menor para volar por encima del mar Negro hasta la desembocadura del Volga. Yo le respondí: «A principios de mayo, según mis cálculos». Entonces recordé los Pájaros de Ares. Yo sabía que durante sus vuelos migratorios, los pájaros descansan en islas, y como sólo hay cuatro islas en todo el golfo oriental, y ninguna de ellas lo suficientemente grande para aparecer en un mapa corriente, se me ocurrió que los peregrinos, al hallar la «isla de Ares[6]» ocupada, y no habiendo quizá nunca visto un barco, posiblemente intentaron posarse en el Argo al pasar. La alarma y confusión naturales que sintieron los argonautas pues todos ellos eran, en cierto modo, augures que se habrían intensificado si entre las aves migratorias había aves de los pantanos

como los que Hércules ahuyentó del lago Estinfalo y de los que se decía que llevaban la fiebre del pantano en las plumas. Desde entonces, Hemming ha tenido la amabilidad de hacer una investigación de los datos, y afortunadamente concuerdan con mi teoría. Según la edición de Meinertzhagen de Las aves de Egipto de Nicolí, la fecha de primeros de mayo no es demasiado tardía para que los argonautas se hayan encontrado con las aves migratorias, que incluyen «cernícalos, alondras, circaetos, patos y zancudas». Yo saco la conclusión de que las aves de pantano descansaban en los pantanos del Kassab, y las paserinas y otras aves migratorias, preferían el islote de Puga.

Lo mismo me ocurrió con el incidente de Finco y las Harpías. A primera vista parece un disparate, pero Diodoro nos proporciona el fundamento histórico. Según él, Idea, la maliciosa esposa escita de Finco, se aprovechó de su ceguera para engañarle con respecto al carácter de sus hijos, haciendo el papel de la mujer de Putifar. Y lo que es más, Diodoro omite toda mención de las Harpías, lo que hace que su relato sea todavía más fidedigno: es decir, que no ha inventado el personaje de Idea para sugerir que también engañó a Finen haciéndole imaginar que le estaban acosando unos seres sobrenaturales.

Yo también he hecho unas cuantas interpolaciones, al dar una oportunidad a algunos de los argonautas de utilizar los talentos peculiares que les son atribuidos por la leyenda. Entre ellos se encontraban los veloces Caíais y Zetes, Linceo el de la vista aguda, Eufemo el nadador, Periclimeno el mago, Hércules el hombre fuerte, Autólico el ladrón astuto (de quien Hesíodo escribe: «cuanto tocaba se hacía invisible»), Orfeo cuya música de lira enternecía las mismas piedras, Pólux el campeón boxeador, Falero el arquero que jamás erraba el tiro, Butes el colmenero, Nauplio el navegante. Pero en los relatos de la leyenda que han sobrevivido, muchas de estas habilidades no quedan demostradas: Falero, Periclimeno, Butes, Nauplio y Autólico no desempeñan más papel que el de remeros. Mi opinión es que en el viaje original se aprovecharon el talento de los compañeros de viaje de aquel hijo menor, siempre el mismo, aunque aparezca con diferentes nombres, en tantas y tantas aventuras de cuentos populares.

C) No es difícil comprender por qué el significado original del vellocino de oro se convirtió en un misterio para los griegos de la edad clásica, dado que el robo del vellocino fue un episodio en un conflicto religioso entre los partidarios de la diosa Luna matriarcal de los «pelasgos» y los del dios Trueno patriarcal de los griegos. Durante un siglo o dos después del viaje del Argo aún debió ser posible hablar abiertamente de este conflicto, que no había terminado todavía con la victoria aparentemente completa de Zeus. Quedan huellas del conflicto incluso en los poemas de Homero, a pesar de las cuidadosas revisiones que sufrieron en la Atenas del siglo VI y en la Alejandría del siglo III: pues los dimes y diretes entre Zeus y Hera representan mucho más que una sátira sobre las diferencias domésticas existentes en

las familias griegas —se trata de un conflicto entre sistemas sociales irreconciliables —. Más tarde, el dios Trueno se hizo tan poderoso y la diosa Luna tan débil, que reyes y héroes tales como Salmoneo, Sísifo y Tántalo, que hasta entonces habían sido mencionados con respeto y habían gozado de honores heroicos, se consideraban como criminales que sufrían un castigo perpetuo en los infiernos. Ha habido un malentendido, accidental o deliberado en la interpretación de todas las pictografías relacionadas con la diosa Luna. Por ejemplo, su boda ritual como Pasífae («La que brilla para todos») con Minos, el dios Sol, a quien estaba consagrado el toro, fue interpretado obscenamente por los escritores clásicos como una perversa pasión de Pasífae, hermana de Ectes y de Circe, por un toro sagrado —cuyo producto antinatural fue un monstruo con cabeza de toro, el Minotauro—. Asimismo Ixión, un héroe pelasgo a quien estaba consagrada la rueda del fuego, fue desfigurado y colocado en los infiernos, despedazado por esta misma rueda como castigo por intentar ultrajar a Hera, la esposa de Zeus. Los sacerdotes de Zeus tenían envidia de todos los héroes relacionados con la creación artificial del fuego —Prometeo fue otro —, porque pretendían que el origen del fuego era el rayo, una de las prerrogativas de Zeus. Igualmente odiaban el recuerdo de Salmoneo (un hermano del rey Atamante) porque había producido lluvia imitando el sonido del trueno.

Probablemente la historia original del Argo ha sido falseada en muchas ocasiones por bardos que querían glorificar ciertas familias o ciudades presentando a sus antecesores o fundadores como argonautas. Por ejemplo, deben rechazarse las pretensiones argonáuticas de Telamón de Egina: si es cierto que ayudó a Hércules en su incursión sobre Troya, no pudo haber estado al mismo tiempo a bordo del Argo en el mar Negro. También rechazo la desviación innecesaria del Argo de su curso entre Creta y Yolco para tocar Egina. Apolonio hace constar que allí los argonautas celebraron un concurso amistoso para ir a buscar agua para el barco, pero parece ser que este episodio fue inventado para explicar una antigua carrera pedestre en Egina, en la que los jóvenes corrían llevando jarras de agua sobre los hombros. El episodio de Ánafe (capitulo cuarenta y siete) podría ser una interpolación similar, inventada para aclarar algún ritual local peculiar; pero al menos es verosímil y divertido.

Es muy extraña la historia sobre Apolonio de Rodas y la primera versión que escribió de su epopeya sobre el vellocino de oro. Apolonio, llamado entonces «de Naucratis» y no «de Rodas», nació alrededor del año 280 antes de J.C. Estudió literatura en Alejandría y escribió su epopeya a los dieciocho años. Cuando recitó su poema, o parte de él, en la Sala de las Musas, fue abucheado con una tempestad de silbidos e insultos y apedreado con tablillas de escribir. Pudo escapar sin lesiones graves, pero, temiendo un juicio, ya que su rival el poeta cortesano Calímaco lo había motejado de «repugnante ibis», decidió abandonar Alejandría durante un tiempo. Se retiró a Rodas y allí, como había llegado a la conclusión de que a los alejandrinos les

interesaba menos la verdad religiosa o histórica que el arte literario, volvió a escribir el relato en la forma que, a su juicio, más les gustaría. A su regreso, unos años más tarde, recitó públicamente la versión enmendada y recibió tantos aplausos, incluso de sus antiguos enemigos, que cuando quedó vacante el cargo de conservador de la Biblioteca Real, el rey Ptolomeo naturalmente se lo dio a él. Apolonio tomó el nombre de Rodas en recuerdo de su larga estancia en aquel lugar, donde lo habían nombrado ciudadano de honor. La versión original no ha sobrevivido, pero su fallo no puede haber consistido en ser poco melodiosa o aburrida. Un hombre que en su juventud es poco melodioso y aburrido no escribe después con tanta frescura y amenidad como lo hizo Apolonio. Lo más probable es que Apolonio, confiando en el apoyo de las mujeres de Alejandría, hubiera sido excesivamente franco en su epopeya en lo que respecta a la humillación que la diosa Luna le hizo sufrir a Zeus, y de este modo había disgustado a sus maridos, adoradores de Zeus. No puedo estar de acuerdo con el doctor Gillies, el más erudito autor de edición de la Argonaútica, en que a los alejandrinos no les gustó la adaptación de la forma épica al estilo de ficción o fábula, sobre todo tratándose de un simple muchacho. Les encantaban las novedades, siempre que fueran doctas y pulidas; y la tradición del eternamente joven Apolo siempre ha predispuesto a los públicos cultos en favor de los poetas jóvenes, en especial en aquellos lugares, como Alejandría, en los que se animaba a las mujeres a expresar su interés por la literatura y las artes. Si estoy en lo cierto, la palabra desdeñosa «ibis» es comprensible, pues este pájaro no sólo tenía unas costumbres repugnantes sino que además estaba consagrado a la diosa Luna egipcia Isis. Y tal vez el discurso de Fineo (Libro 2, versos 311-316) deba interpretarse como una disculpa ante Zeus, por el propio Apolonio, por haber actuado con indiscreción.

A los griegos de la época alejandrina les disgustaba tener que confesar en público las prácticas o creencias que ya habían dejado atrás o los viejos escándalos que pudieran convertirse en precedentes para escándalos nuevos. Ifigenia, decían, no había sido realmente sacrificada en Aulide por su padre Agamenón, sino transportada en una nube basta Crimea mientras que una osa, o algún otro animal, fue sacrificado en su lugar. Según ellos, Helena, en realidad, no se había escapado a Troya con Paris —su esposa fue una falsa Helena, un espectro que le engañó—, y la verdadera Helena se fue a Egipto donde vivió virtuosamente hasta que Menelao fue a buscarla. Decir otra cosa hubiera significado insultar a sus hermanos, los semidioses Cástor y Pólux. Del mismo modo, cuando Píndaro nos relata la historia de cómo fue arrebatado el vellocino en Cólquide, se detiene de pronto, con el pretexto de que el tiempo apremia, para evitar tener que describir los horribles detalles del asesinato de Apsirto por mano de Jasón: pues uno de los antepasados del hombre a quien iba dedicada la oda era el argonauta Eufemo de Ténaro, un cómplice del crimen.

Los romanos no eran tan remilgados como los griegos, y las sangrientas

descripciones de crímenes y batallas que aparecen en la Argonautica de Valerio Flaco han sido para mí un recordatorio útil del verdadero salvajismo de la historia. Pero en general, eran unos sujetos aburridos, sin imaginación y las pictografías les confundían y algunas veces les irritaban. Horacio, en una de sus Epístolas, se muestra muy mordaz en el tema de los centauros. ¿Quién ha visto jamás un caballo semihumano?, se pregunta. No comprendió que los centauros, los silenios, los sátiros y demás, no eran más que pelasgos representados pictográficamenre como miembros de las hermandades totémicas del Caballo, la Cabra u otras.

Los sacerdotes griegos de los dioses olímpicos siempre sabían encontrar una pronta explicación para disfrazar una comprometedora supervivencia histórica; por ejemplo, el nombre «santuario umbilical», que continuó utilizándose en el sepulcro blanco de Delfos mucho tiempo después de que los partidarios de Apolo hubiesen matado al pitón oracular en el que se alojaba el espíritu del ocupante de la tumba, lo explicaron diciendo que el santuario está situado en el centro exacto de Grecia, al igual que el ombligo está en el centro del vientre o, tratándose de escudos, en el centro de éstos. Esta explicación fue aceptada, aunque Delfos no sea exactamente el centro de Grecia, y aunque había dos o tres santuarios umbilicales más en otros lugares del país. Las tumbas de héroes micénicos se construían de piedra y en forma de colmena, lo que recuerda su origen africano, y la verdad parece haber sido que se llamaban santuarios umbilicales porque no sólo contenían la mandíbula y los genitales del héroe, sino también su cordón umbilical, que era el recordatorio visible de que había nacido de mujer y que por lo tanto era un servidor de la diosa Luna.

El vínculo legendario más familiar entre la Grecia de la época heroica y África, es la historia de los «Hijos de Egipto» que se casaron por la fuerza con las «Hijas de Dánao» o, más correctamente las «Hijas de Dánae». Parece ser que fueron estos «Hijos de Egipto», es decir, habitantes del Nilo, quienes llevaron consigo a Grecia el santuario en forma de colmena. Sir James Frazer, en su Totemismo y exogamia, dice de los reyes bantú de Uganda:

> *En los templos sepulcrales de los reyes baganda era costumbre no depositar el cuerpo del rey sino su mandíbula inferior y su cordón umbilical; y allí, sobre un trono, sombreadas por un dosel y protegidas del público por una baranda de espadas centelleantes, se exhibían ceremoniosamente estas reliquias mortales cada vez que sus súbditos eran recibidos en audiencia por su difunto monarca. Allí se comunicaba con ellos a través de su inspirado «medium», el sacerdote; y allí, rodeado de sus esposas y nobles, que vivían en el sepulcro o en casas adyacentes, mantenía una sombría corte, débil reflejo de la pompa real que le había rodeado en vida. Cuando morían sus viudas, eran*

reemplazadas por mujeres de sus mismos clanes, y de este modo se continuaba atendiendo al rey muerto y se le consultaba como a un oráculo en su tumba, de generación en generación.

Pues bien, estos templos sepulcrales de los reyes de Uganda parecen no ser más que modelos agrandados y glorificados de las pequeñas chozas (masabo) que los bagandas tienen la costumbre de erigir cerca de las tumbas de sus parientes para acomodar a los espíritus. En estos pequeños santuarios, que miden unos dos o tres pies de alto por dos de ancho, los supervivientes hacen ofrendas de comida, ropas y leña para fuego, y vierten cerveza en el suelo para apagar la sed de las pobres almas que yacen en la tumba. Pero si estos templos sepulcrales de los reyes baganda no son más que versiones ampliadas de las chozas para espíritus de los baganda comunes, ¿no es entonces posible que los templos de algunos de los dioses nacionales baganda (balubare) tengan el mismo origen? En otras palabras, ¿no podría ser que algunos de estos dioses nacionales sólo fueran, igual que los espíritus adorados de difuntos reyes, muertos deificados? De hecho tenemos la mejor prueba de que el gran dios de la guerra, el dios Kibuka, una de las más importantes deidades de los baganda, había sido un hombre de carne y hueso; pues sus restos mortales, que consten en su mandíbula, su cordón umbilical y sus órganos genitales, se obtuvieron hace algunos años del sacerdote que los había enterrado cuidadosamente cuando los mahometanos quemaron el templo de este dios, y ahora se conservan en el Museo Etnológico de Cambridge.

En el mismo párrafo, Frazer menciona un dios pitón de los baganda.

Si estoy en lo cierto al suponer que el primer santuario de Delfos estaba equipado al estilo baganda, queda claro el motivo de los sacerdotes de Apolo el usurpador, que originariamente había sido un humilde siervo de la Diosa Madre, para mentir acerca del santuario umbilical. Puesto que su «smedium» oracular seguía conociéndose popularmente por Pitiaí y el lugar por Pito, tuvieron que explicar estas palabras comprometedoras diciendo que eran derivadas del verbo griego *pytein*, (pudrirse) —pues los enemigos de Apolo se pudrieron al ser tocados por sus pestilentes flechas y no del sustantivo *python*[7]; del mismo modo había que disfrazar con una falsa etimología el cordón umbilical, recordatorio de su antigua dependencia de la Triple Musa original.

Un curioso problema argonáutico lo constituye el segundo objeto del viaje que nos da Píndaro —el de proporcionar descanso al espíritu de Frixo—. La historia

corriente, la que nos cuenta Apolonio, es que Frixo murió de muerte natural en Cólquide después de haber pasado allí muchos años tranquilos como yerno de Eetes. Nadie explica por qué había que proporcionar descanso a su espíritu —excepto Higinio y Flaco, quienes pretenden que Frixo fue asesinado por Eetes y que su espíritu pedía venganza a sus parientes—. Sin embargo, pienso que la verdadera explicación puede encontrarse enterrada en la descripción general de Cólquide que hace Apolonio. Dice, como de pasada, que «hasta nuestros días» los colquídeo detestan la incineración y los entierros con túmulos, excepto cuando se trata de mujeres; «a los hombres los envuelven en pieles de buey sin curtir y los suspenden de las ramas de las mimbreras, los sauces u otros árboles, lejos de las ciudades». Por lo tanto no es necesario postular ninguna hostilidad de Eetes hacia Frixo; Eetes debió darle un funeral decente al estilo colquídeo, pero el espíritu de Frixo, incapaz de hallar descanso en la piel de buey, debió exigir la incineración o el entierro de sus huesos bajo un túmulo, al estilo griego. Por este motivo, parece probable que en el relato original los argonautas fueron a Cólquide so pretexto de rogar que les entregaran el cuerpo de Frixo para enterrarlo en algún otro lugar. Si así fue, consiguieron lo que querían, como sabemos por Estrabón: finalmente se enterró el cadáver cerca del templo de la Diosa Blanca en Mosquia, donde a Frixo se le rendía culto de héroe en tiempos de Estrabón y donde «jamás se sacrifica un carnero». Resulta increíble que Jasón llegara a Ea y le pidiera con audacia a Eetes que le entregara el vellocino, como sugieren la mayoría de los relatos. El «siniestro» Eetes, como le llama Homero, lo hubiera matado en el acto por su impertinencia. Y, más todavía, en la historia original, la tarea de darle a Frixo un entierro decente no debe de haberle sido impuesta a Jasón por Zeus (que odiaba a Frixo y persiguió a sus descendientes), sino por la Diosa Blanca —Isis—, a instancias de la cual Frixo se había llevado el vellocino. Lo razonable es suponer que en Alejandría se prohibió oficialmente toda mención pública de la humillación que la Diosa Blanca hizo padecer a Zeus Lafistio y que esto fue lo que impidió que Apolonio contara lo ocurrido con el espíritu de Frixo. Parece ser que todo lo que queda de su franca versión original es el breve párrafo sobre las costumbres funerarias de los colquídeos. (La misma Diosa Blanca, caracterizada como Samotea, dio a Britania su primer nombre).

Los Misterios, que complementaban el culto ordinario de los griegos en la era clásica, parecen haberse basado mayormente en la divulgación de antiguos secretos religiosos a personas en quienes se podía confiar que no los revelarían públicamente, causando así un escándalo; y en los Misterios, la Diosa Madre era la deidad principal a la que se adoraba. Estos secretos no se conservaban por escrito, excepto muy raramente en forma cifrada, y entonces sólo fragmentariamente. Deduzco que el fallo principal de Apolonio fue que recitó, en una sala pública, una versión de la historia

del vellocino de oro tomada de fuentes antiguas, que a los iniciados les pareció una profanación de algunos de sus secretos mejor guardados. La versión oficial era que Frixo había escapado de la muerte montado en un carnero mágico que le había proporcionado su madre beocia Néfele, y que lo sacrificó piadosamente a Zeus, dios de las Huidas, al llegar a Cólquide.

D) Los narradores primitivos hacen uso a menudo de la exageración humorística para divertir a su público, sobre todo cuando se trata de un tema orgiástico. El vigor sexual de Hércules, lo mismo que su glotonería, les resultaba muy cómico a los griegos, y su tremenda noche de cópula con las cincuenta hijas de Penco podría compararse con las hazañas de héroes populares indecentes como por ejemplo el francés Marius, el inglés Stone-Creacker John, el americano Paul Bunyan o el Hombre de las Islas Trobiand, mencionado en la Vida sexual de los salvajes de Malinowski, cuyo falo era tan largo que por la noche solía arrastrarse silenciosamente por el pueblo para seducir a las pueblerinas imprudentes. La aventura orgiástica de Lemnos fue en su origen una historia totalmente obscena; Apolonio conserva algunos detalles humorísticos, como por ejemplo los rubores de Hipsípila al contar sus mentiras, y el reproche que le hace Hércules a Jasón por «pasarse todo el día abrazado a Hipsípila hasta haber repoblado la isla de niños varones». Pero la tradición épica ha refrenado su pluma. El absurdo relato de cómo los hijos del Viento del Norte persiguieron a las Harpías por el mar Egeo y por el Peloponeso y regresaron después de una o dos horas, posiblemente también tenía una intención cómica al principio: la alardeada velocidad de estos dos hombres, como la aguda vista de Linceo, los poderes mágicos de Periclimeno y la funesta belleza de Jasón, puede haber sido una broma constante entre los argonautas. También cabe la posibilidad de que el incidente de la unción de los toros y de la matanza de los Hombres Sembrados pertenezca realmente al sueño de Eetes, y que haya quedado separado de su contexto.

E) Tengo mis dudas sobre si Orfeo debería o. no incluirse entre los argonautas. Sin embargo, Ferecides lo incluye en la lista, y si hubiera omitido a Orfeo también tendría que haber omitido la isla de Samotracia del itinerario; además, los pendencieros argonautas necesitaban a un músico para mantener la paz entre la tripulación casi tanto como necesitaban un timonel, y Jasón parece haber sido de poca utilidad para ambas cosas. El concepto órfico de la religión pudo muy bien haber llegado a Grecia muchos siglos antes de su primera expresión literaria en el siglo VI antes de J.C. Se dice que Orfeo visitó Egipto, pero no creo que trajera de allí sus Misterios. La doctrina de la metempsicosis de los himnos órficos, que contienen muchos términos celtas, es más probable que proceda de los druidas hiperbóreos. Las instrucciones que da a los muertos sobre la forma de comportarse en los infiernos (capítulo dieciocho) están tomadas de las tablillas de oro de Petelia, Compagno y

Timpone Grande, según el desciframiento del profesor Gilbert Murrav. Valiéndome de la mitología druídica, que tiene una relación curiosamente estrecha con la griega arcaica, he proporcionado la parte de las instrucciones que faltaba, y en las que se enseña al espíritu a distinguir entre la fuente de la memoria y la fuente del olvido.

Algunos de los incidentes en mi relato puede parecer tener un carácter demasiado moderno, pero la civilización micénica de la última época minoica parece haber sido mucho más avanzada que la de la época homérica. Después de la caída de Troya hubo un retroceso gradual de la cultura en Grecia, y esto se agravó con la irrupción de los dorios alrededor del año 1200 antes de J.C. Por ejemplo, me parece probable que el código de boxeo del siglo XIII antes de J.C. fuera mucho más parecido al código Queensbery que el del siglo VII; parece ser que a los cretenses les entusiasmaba el boxeo, y que, por el contrario, no les gustaba la lucha libre. Desde luego la fontanería doméstica era notablemente más civilizada, como descubrió sir Arthur Evans en Cnosos.

Las mareas, corrientes, vientos predominantes, lugares de referencia en el paisaje y lugares de anclaje, han sido comprobados en geografías y periplos antiguos y modernos y en el Mar Negro y Pilotos mediterráneos. En el viaje, tal como yo lo señalo, pueden ponerse en duda muchos detalles, pero al menos es un viaje que le hubiera resultado físicamente posible de realizar a una galera de guerra de velas cuadradas, con un poco de suerte y mucha habilidad, en el plazo dado de siete meses. Yo rechazo la tradición de la que deja constancia Apolodoro y según la cual el viaje sólo duró cuatro meses, a no ser que haya calculado el tiempo hasta el primer regreso del Argo a las aguas de su país y considere la aventura de África como un viaje separado; también la declaración de Teócrito de que el buque demoró su salida hasta que hubieran salido las Pléyades. Asimismo rechazo el relato según el cual tenía cincuenta remos, aunque en los primeros sellos cretenses aparezcan naves de este tamaño; para la tarea asignada a los argonautas, treinta era suficiente.

La alianza que yo postulo entre los colquídeos y los troyanos está sugerida en parte por la probabilidad geográfica —pues Cólquide era la puerta del lejano Oriente y Troya la puerta de Occidente—, para todas las gentes del mar Negro y en parte por la afirmación hecha por Heródoto de que el hecho de que se llevaran a Helena a Troya fue una especie de represalia por haberse llevado a Medea a Grecia.

La forma que le he dado a la historia de los argonautas es la de novela histórica, y un novelista histórico siempre debe dejar bien claro desde qué atalaya en el tiempo está mirando. En este caso no hubiera sido sensato relatar la historia como sí fuera el siglo XIII antes de J.C.: esto hubiera significado escribirla en forma de pictografías poéticas. Relataría desde la posición del tiempo presente no sólo me hubiera obligado a redactar las conversaciones en un estilo moderno muy poco apropiado, sino que además me hubiera impedido creer sinceramente en la historia. La única solución era

situarme en una edad que aún creía, pero que ya había alcanzado el alejamiento crítico necesario y un estilo de prosa sencillo pero digno.

Por lo tanto he dejado que en mi libro aparezcan aquí y allá las frases «hasta nuestros días» y «hoy en día». Los historiadores colegirán de la lectura de la última página que «hoy en día» no puede ser más tarde del año 146 antes de J.C. en que Lucio Mumio saqueó Corinto: porque entonces el Argo, que había permanecido expuesto en el templo de Poseidón en el istmo desde que Jasón se lo había consagrado (con continuas reparaciones a través de los siglos), finalmente desapareció, probablemente destrozado por soldados romanos borrachos[8]. Como sabemos por un epigrama de Marcial, a Roma llegaron algunas partes del Argo como recuerdo de la campaña.

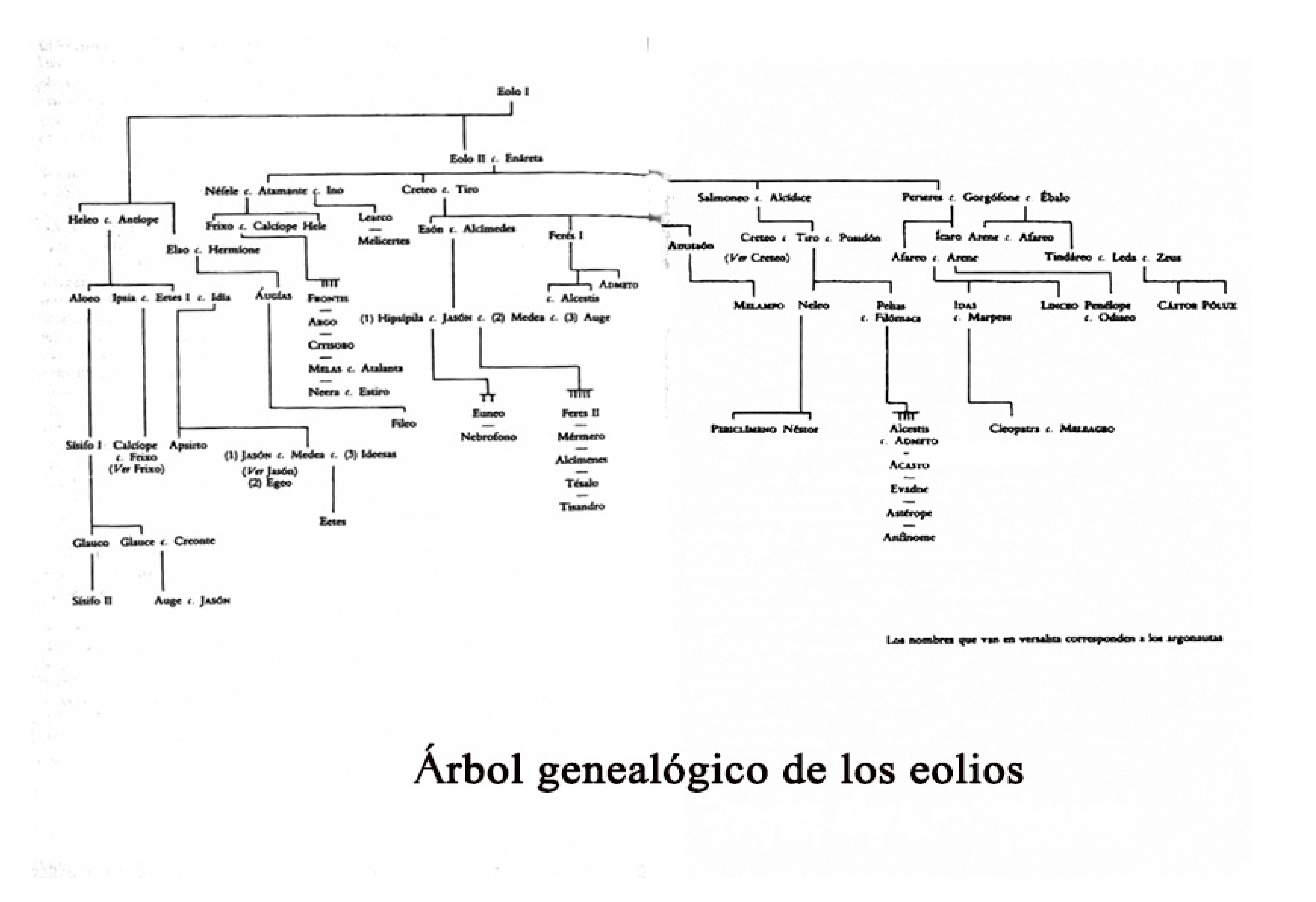
Recientemente ha ocurrido un portento celeste que sería ingrato no mencionar en estas lineas: la aparición de una nova, o nueva estrella, de brillo excepcional en la constelación Argo. El Argo, algunas veces llamado simplemente «el Navío», está situado en los cielos entre el Centauro, que es Quirón, el tutor de Jasón, y el Can Mayor, en un tiempo consagrado a la Diosa Blanca. Habría que observar que no sólo el Argo sino también el viaje que realizó está dibujado en las estrellas, porque, como señaló sir Isaac Newton, los doce signos del Zodiaco conmemoran diversos episodios de su historia, siendo el primer signo Aries, el Carnero del vellocino de oro.

No hay el santuario de donde Frixo y Hele hurtaron el vellocino de oro-, los niños siguen pasando bajo sus faldas siguiendo un arcaico ritual de renacimiento. Pero esto se ha convertido en un acontecimiento del Viernes Santo, y las faldas son las del féretro sobre el cual su Hijo está expuesto en capilla ardiente y cuya carne luego se desgarra simbólicamente y cuya sangre se derrama por el bien de la tierra.

Ha resultado difícil mantener una armonía respecto a los nombres. Siempre que me ha sido posible he utilizado los más conocidos: como Hércules por Heracles, Pólux por Polideuces, Corfú por Feacia, el mar Negro por el mar Inhóspito y griegos por helenos; «griegos» es, además, según dicen, el nombre más antiguo de los dos.

Fin.

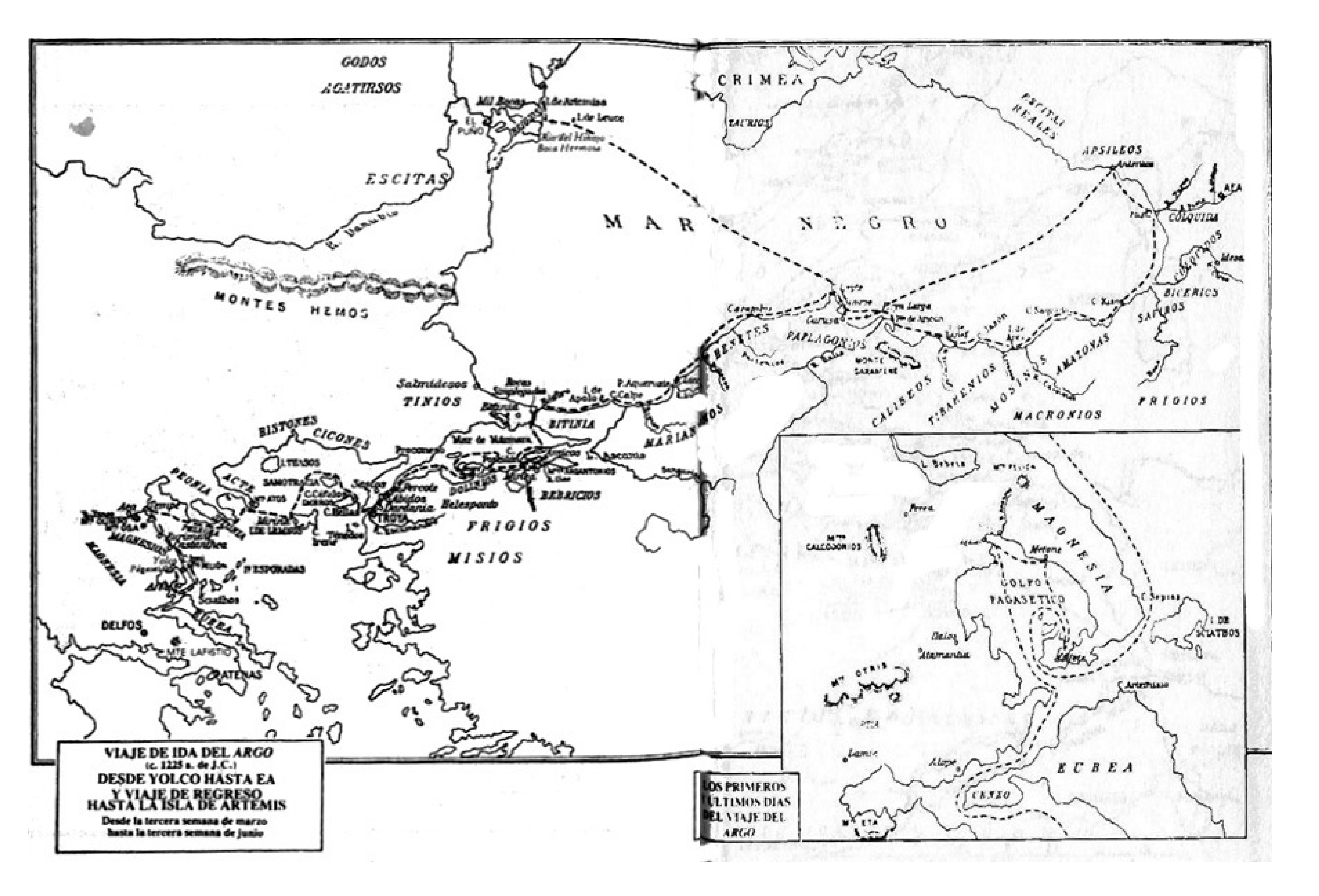
ÁRBOL GENEALÓGICO DE LOS EOLIOS

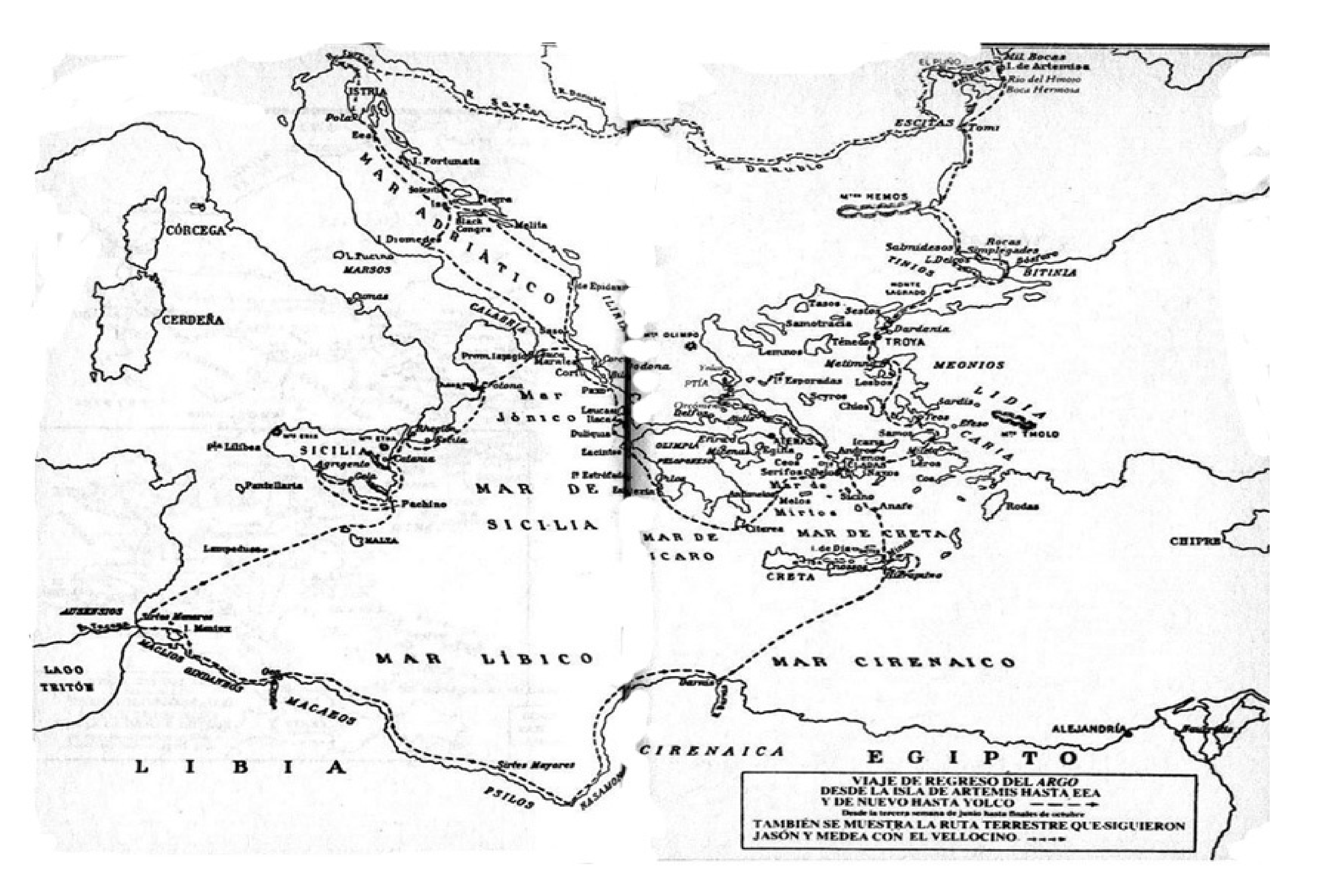


Árbol genealógico de los eolios

MAPAS


MAPA DE GRECIA
Que muestra el viaje de Jason
desde Yolco hasta Delfos
y Dodona y su regreso
CALCÍDICA
Golfo de Tesalónica
TESALIA
MOLOSOS
ETOLIA
JONIA
ELIS
ARGOLIS
ARCADIA
PELOPONESO
MESENIA
LACONIA
MAR JÓNICO
Dodona
Larisa
Delfos
Esparta
Pilos
I. Scyros
I. Citerea
Olimpia


VIAJE DE IDA DEL ARGO
(c. 1225 a. de J.C.)
DESDE YOLCO HASTA EA
Y VIAJE DE REGRESO
HASTA LA ISLA DE ARTEMIS
Desde la tercera semana de marzo hasta la tercera semana de junio
LOS PRIMEROS
ÚLTIMOS DIAS
DEL VIAJE DEL
ARGO
GODOS
AGATIRSOS
ESCITAS
MONTES HEMOS
MAR NEGRO
CRIMEA
TAURIOS
ESCITAS REALES
APSILEOS
COLQUIDA
BICERIOS
SAPIROS
PRIGIOS
AMAZONAS
MACRONIOS
CALIBEOS
TIBARENIOS
PAFLAGONIOS
MARIANDINOS
TINIOS
BITINIA
BISTONES
CICONES
PEONIA
ACTE
SAMOTRACIA
DOLIONES
BEBRICIOS
FRIGIOS
MISIOS
ESPORADAS
MAGNESIA
DELFOS
MTE LAFISTIO
ATENAS
MAGNESIA
GOLFO PAGASETICO
MTE OTRIS
EUBEA
CENEO
I. DE SCIATOS
C. Sepias


VIAJE DE REGRESO DEL ARGO
DESDE LA ISLA DE ARTEMIS HASTA EEA
Y DE NUEVO HASTA YOLCO
TAMBIÉN SE MUESTRA LA RUTA TERRESTRE QUE SIGUIERON
JASÓN Y MEDEA CON EL VELLOCINO
MAR ADRIÁTICO
MAR DE SICILIA
MAR DE ICARO
MAR DE CRETA
MAR LÍBICO
MAR CIRENAICO
Mar Jónico
LIBIA
CIRENAICA
EGIPTO
CÓRCEGA
CERDEÑA
SICILIA
CRETA
CHIPRE
ALEJANDRÍA
TROYA
LIDIA
CARIA
MEONIOS
BITINIA
ESCITAS
Mil Bocas
I. de Artemisa
Río del Hmoso
Boca Hermosa
Tomi
R. Danubio
R. Save
ISTRIA
I. Fortunata
Melita
I. Diomedes
MARSOS
Cumas
CALABRIA
Mte. HEMOS
Salmideso
Rocas Simplegades
TINIOS
Tasos
Sestos
Samotracia
Dardania
Lemnos
Ténedos
Lesbos
Chios
Samos
Icaria
Andros
Naxos
Leros
Cos
Rodas
Mte. TMOLO
Sardis
Efeso
Mileto
Anafe
Melos
Thera
Citerea
PTÍA
Corfú
Paxo
Leucas
Itaca
Dulíquia
Zacintos
Pº Estrófades
OLIMPIA
PELOPONESO
Pilos
Catania
Agrigento
Gela
Pachino
Pta. Lilibea
Pantelaria
MALTA
Lampedusa
AUSENSIOS
Sirtes Menores
I. Meninx
MAGLIOS
GINDANES
MACAEOS
Sirtes Mayores
PSILOS
NASAMONES
LAGO TRITÓN

MÁS MAPAS

La ruta de ida de los Argonautas, de Grecia a Colchis, se mantiene de forma remarcable entre los diferentes narradores, poetas y historiadores. La ruta de vuelta es otro cantar. La siguiente serie de mapas da varias versiones de la ida y (sobre todo) de la ruta de vuelta de los Argonautas, tomando como fuente de partida a Apollonius. En los siguientes mapas veremos la ruta conforme la Oda cuarta de Píndaro, según Hecateo de Mileto, según Herodoro de Heracles, según Timaeus, segun la Argonáutica órfica y según el análisis de ésta por Judith Bacon (1931) y, por último, según la teoría de Henriette Mertz (1964).


THE ARGONAUTICA
AFTER APOLLONIUS OF RHODES
Ljubljana
Istria
Danube
BLACK SEA
Colchis
Cape Jason
ITALY
Symplegades
Cyzicus
Samothrace
ASIA MINOR
Aeaea
Paestum
GREECE
Lemnos
Iolkos
Sirens
Drepane
Corinth
Scylla &
Charybdis
Thera
Crete
MEDITERRANEAN SEA
Lake
Tritonis
LIBYA
EGYPT
Outward journey
Return journey
Map © Jason Colavito. Satellite composite from NASA

Ruta de los Argonautas, tal como la describe Apolonio.


Map © Jason Colavito. All rights reserved. Satellite composite from NASA.
BLACK SEA
Colchis
River Phasis
Symplegades
Lemnos
Iolkos
THE ARGONAUTICA
FOLLOWING PINDAR'S PYTHIAN 4
Thera
Outward journey
Return journey
LIBYA
(Shaded region imagined as Red Sea)
(Shaded area imagined as River Ocean)

Ruta de los Argonautas, en la cuarta oda pinthia de Píndaro.


BLACK SEA
Colchis
Phasis
CASPIAN SEA
(connects to OCEAN)
Iolkos
THE ARGONAUTICA
ACCORDING TO HECATAEUS OF MILETUS
Outward journey
Return journey
Nile
Shaded region imagined as River Ocean
Map © Jason Colavito. Satellite composite from NASA.

Ruta de los Argonautas, según Hecateo de Mileto.


THE ARGONAUTICA
ACCORDING TO HERODORUS OF HERACLEA
BLACK SEA
Colchis
Heraclea
Iolkos
Outward journey
Return journey
(Map © Jason Colavito. Satellite composite from NASA)

Ruta de los Argonautas, según Herodoro de Heracles.


THE ARGONAUTICA
ACCORDING TO TIMAEUS OF TAUROMENION
Outward journey
Return journey
River Tanais
BLACK SEA
Colchis
Iolkos
Gades (Cadiz)
Map © Jason Colavito / Satellite composite image from NASA

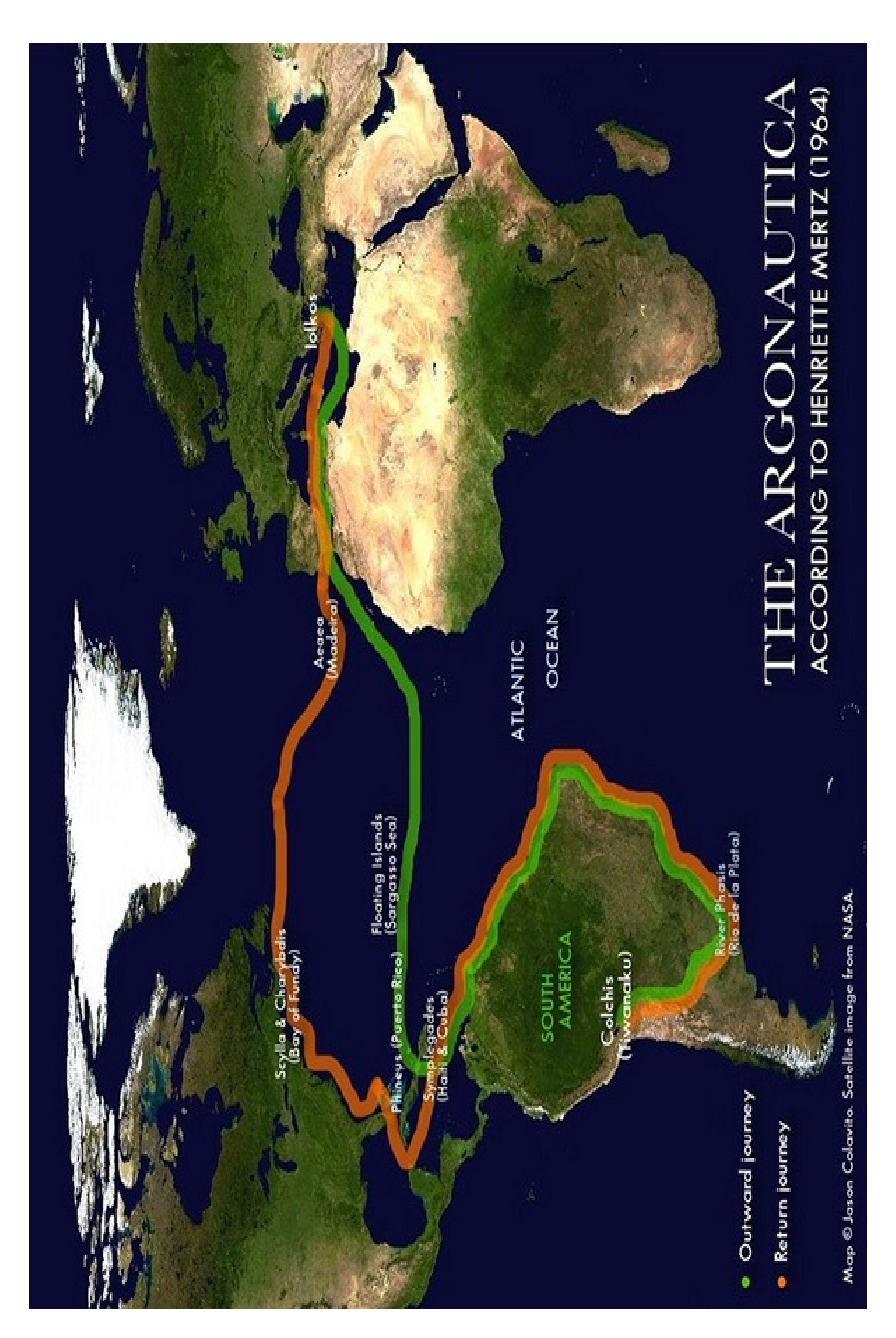
Ruta de los Argonautas, según Timaeus de Tauromenion.


CRONIAN SEA
Macrobii
Outward journey
Return journey
Cimmerians
Hermioneia
Ierne
THE ARGONAUTICA
AFTER THE ORPHIC ARGONAUTICA
Lake Maeotis
Colchis
Aeaea
Iolkos
Map Jason Colavito. Satellite image from NASA.

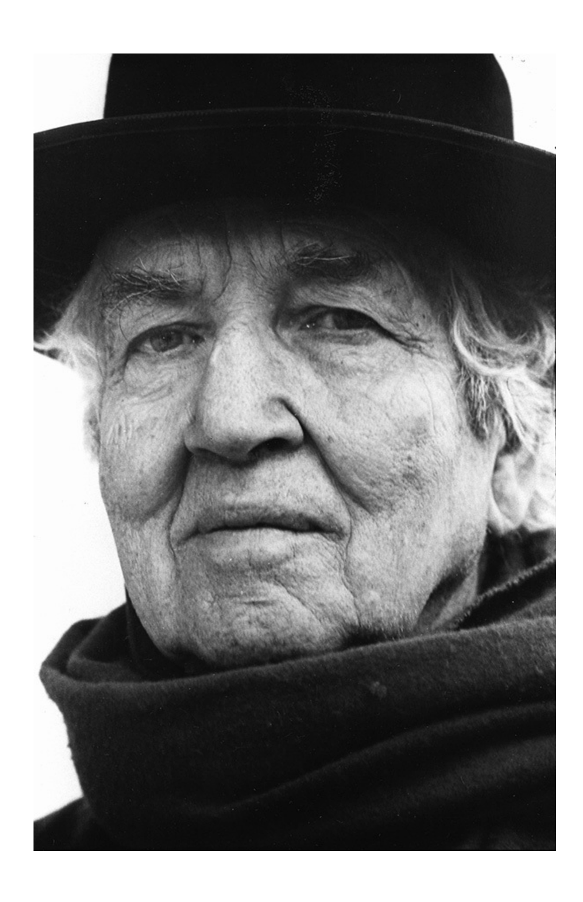
Ruta de los Argonautas, según la Argonáutica Órfica.


THE ORPHIC ARGONAUTICA
FOLLOWING THE ANALYSIS OF JUDITH BACON
Outward Journey
Return Journey
Proposed route of early Orphic epic
(Proposed original locations)
CRONIAN SEA
Hyperboreans
Cimmerians
Hermioneia
Ierne
(Cimmerians)
(Lake Maeotis)
BLACK SEA
Colchis
Lake Maeotis
(Cronian Sea)
(Hyperboreans)
Iolcos
Sicily
(Hermioneia)
Aeaea
Map © 2011 Jason Colavito. All rights reserved. Satellite composite from NASA.

Ruta de los Argonautas, según el análisis de Judith Bacon sobre la Argonáutica Órfica (1931).


THE ARGONAUTICA
ACCORDING TO HENRIETTE MERTZ (1964)
Iolkos
Aeaea
(Madeira)
ATLANTIC
OCEAN
Floating Islands
(Sargasso Sea)
Scylla & Charybdis
(Bay of Fundy)
Phineus (Puerto Rico)
Symplegades
(Haiti & Cuba)
SOUTH
AMERICA
Colchis
(Tiwanaku)
River Phasis
(Rio de la Plata)
Outward journey
Return journey
Map © Jason Colavito. Satellite image from NASA.

Ruta de los Argonautas, según Henriette Mertz (1964).



ROBERT GRAVES. Escritor, poeta y traductor inglés, es conocido principalmente por su vasta obra histórica, aunque también su poesía alcanzó numerosos reconocimientos.

Graves estudió en importantes instituciones como el Kings College o St. Johns antes de incorporarse a filas durante la Primera Guerra Mundial, conflicto que marcó su producción literaria, sobre todo la poética, siendo uno de los llamados poetas de la guerra. Herido de gravedad, Graves volvió a Inglaterra en 1916.

Tras la guerra Graves dio clases en Egipto y vivió a caballo entre varios países y Londres hasta que decidió instalarse en Mallorca con su mujer, donde, tras unos primeros libros de crítica literaria, comenzó a publicar novela histórica. De este periodo son algunas de sus obras más conocidas como *Yo, Claudio* o *Belisarius*.

Tras la Guerra Civil, que Graves pasó en EEUU e Inglaterra, llegó un periodo en el que vieron la luz *Rey Jesús* o *La diosa blanca*, entre otras grandes novelas históricas en las que el autor británico completó su abanico de obras dedicadas a la antigüedad y los mitos griegos, romanos e incluso celtas.

Graves murió en Deià, Mallorca, a los 90 años.

Notas

[1] Deidades Del Olimpo: Zeus (Júpiter), Poseidón (Neptuno), Apolo (Apolo), Ares (Marte), Hermes (Mercurio), Hefesto (Vulcano), Hera (Juno), Atenea (Minerva), Deméter (Ceres), Hestia (Vesta), Afrodita (Venus) y Artemisa (Diana).
Deidades De Los Infiernos: Hades (Plutón), Perséfone (Proserpina) <<

[2] 2. Tanto Eetes como Apsirto, empiezan con la letra alfa en griego. (N. del t.) <<

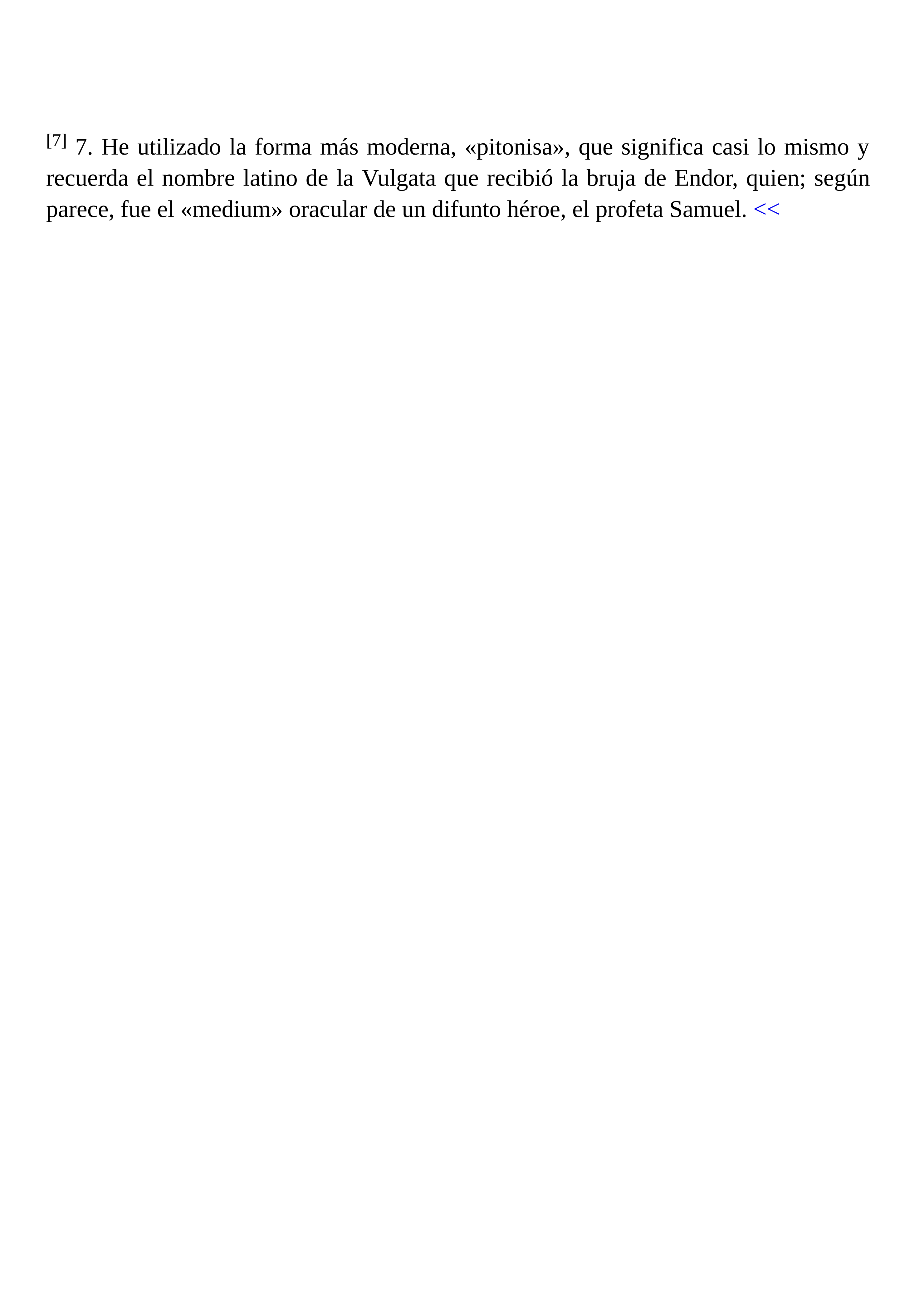


[3] 3. El equivalente en castellano sería: «Del plato a la boca se pierde la sopa». (N. del t.) <<

[4] 4. Donde dice «in porturn ire non permisit Laómedon» yo entiendo «in Ponttim ire»; sólo así tiene sentido la frase. <<

[5] 5. Cicerón dice seis, Varrón dice cuarenta y cuatro. <<

[6] 6. Los alejandrinos identificaban esta isla con el islote de Puga (Long. 38«29' E.) situado cerca de la desembocadura del río Ceraso, o Kassab. Ésta se halla directamente en la ruta migratoria y hay un desfiladero conveniente en las altas montañas de atrás. <<



[7] 7. He utilizado la forma más moderna, «pitonisa», que significa casi lo mismo y recuerda el nombre latino de la Vulgata que recibió la bruja de Endor, quien; según parece, fue el «medium» oracular de un difunto héroe, el profeta Samuel. <<



[8] 8. Creo que la popa era lo único que se conservaba, pues la proa fue maldita al ser la causa de la muerte de Jasón; desde luego solamente se honró la popa en la constelación de Argo. <<